El descubrimiento de la Tierra

Julio Verne

Publicado originalmente en 1878, en esta obra se narran, a modo de aventuras, los principales viajes y descubrimientos realizados a lo largo de la historia de la humanidad, incluyendo completas biografías de los viajeros y aventureros que los protagonizaron. Aparecen, junto a los nombres de los grandes navegantes (Piteas, Polo, Colón, Cook, Drake, Hudson, etc.), otros menos conocidos pero de gran importancia como Eudoxio, Ibn Batutah y Picard. Si el mapa del mundo a finales del siglo XIX presentaba grandes zonas vacías con la denominación «tierra incógnita», gracias al genio de Verne, en ellas no sólo se aventuraron hombres como David Livingstone, Henry M. Stanley, *sir* Richard Burton, etc.; también lo hicieron el capitán Hatteras, el doctor Ferguson, Otto Lindenbrock, el capitán Nemo y, desde ya, los millones de ávidos lectores que crecieron o se iniciaron en el maravilloso mundo que nos reveló el señor Julio Verne. No habría grandes viajes ni grandes viajeros sin grandes cronistas. Esta verdad es la que se le revelará de inmediato al lector cuando tome contacto con tan singular y amena obra del escritor francés.

Jules Verne

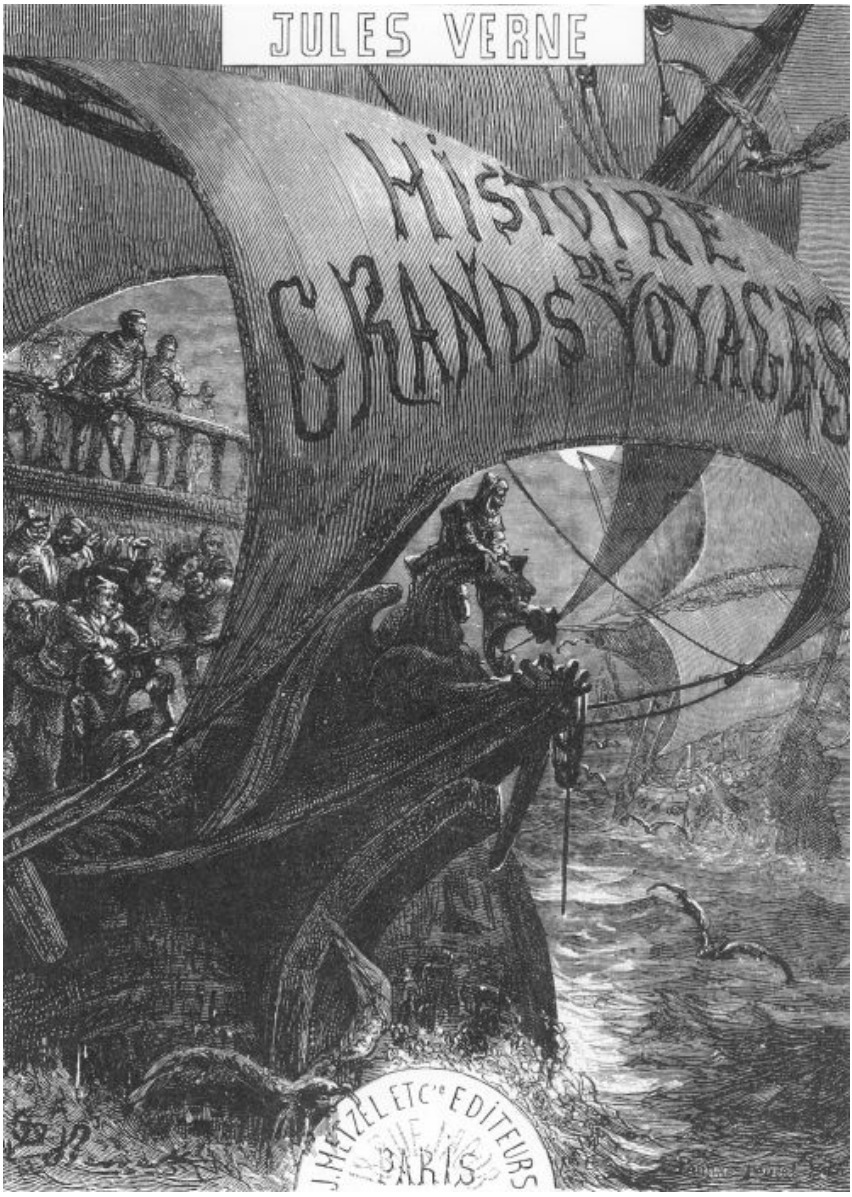
El descubrimiento de la Tierra

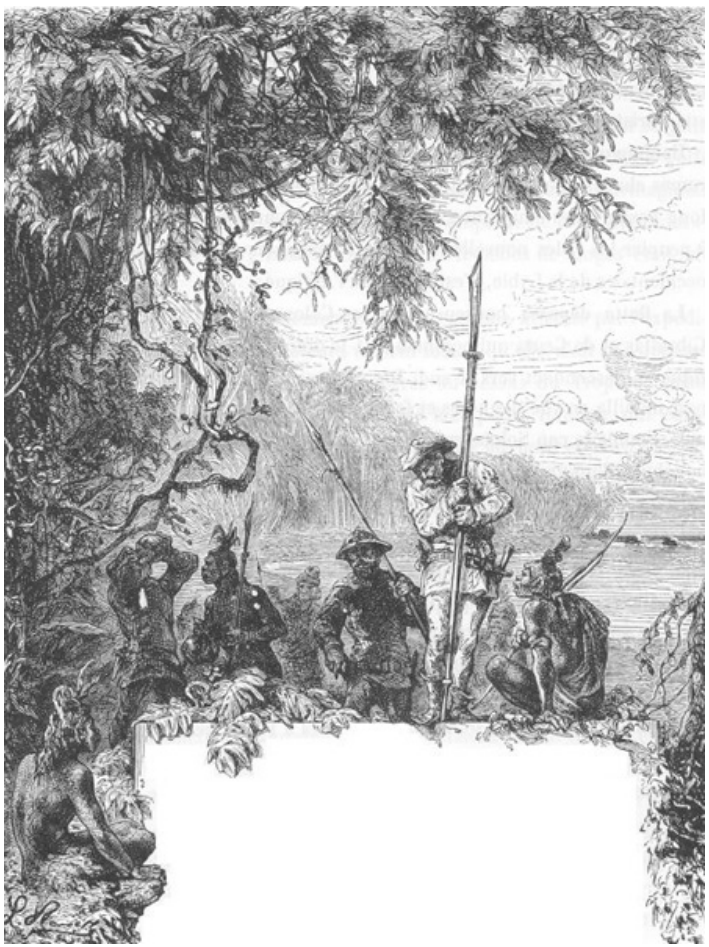
Historia de los grandes viajes y de los grandes viajeros - 1

ePub r1.0
Titivillus 29.07.2017

Título original: *La découverte de la terre*
Jules Verne, 1878

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2


JULES VERNE
HISTOIRE DES GRANDS VOYAGES
J. HETZEL ET Cie ÉDITEURS
PARIS



PRIMERA PARTE

I

VIAJEROS CELEBRES ANTERIORES A LA ERA CRISTIANA

HANNÓN (505). —HERODOTO (484). —PITEAS (340). —NEARCO (326). — EUDOXIO (146). —CÉSAR (100). — ESTRABÓN (50).

Hannón el Cartaginés. —Las islas Afortunadas, el Cuerno de la Tarde, el Cuerno del Mediodía, el golfo del Río de Oro. —Herodoto visita el Egipto, la Libia, la Etiopía, la Fenicia, la Arabia, Babilonia, Persia, la India, la Media, la Cólquida, el mar Caspio, la Escitia, la Tracia y Grecia. —Piteas explora las costas de la Iberia y de la Céltica, la Mancha, la isla de Albión, las Oreadas, la tierra de Thule. —Nearco recorre la costa asiática desde el Indo hasta el golfo Pérsico. —Eudoxio, reconoce la costa occidental del África. — César conquista la Galia y la Gran Bretaña. —Estrabón recorre el Asia interior, el Egipto, Grecia e Italia.

El primer viajero que nos presenta la historia en el orden cronológico es Hannón, a quien el Senado de Cartago envió a colonizar varios territorios de las costas occidentales del África. El relato de esta expedición fue escrito en lengua púnica, traducido al griego y conocido con el título *Periplo de Hannón*. ¿En qué época vivió este explorador? Los historiadores no están acordes acerca de este extremo, pero la versión más probable fija en

Hannón zarpó de Cartago con una flota de sesenta bajeles de cincuenta remos cada uno, conduciendo treinta mil personas y los

víveres necesarios para un largo viaje. Aquellos emigrantes, que así se les puede llamar, debían poblar las nuevas ciudades que los cartagineses se proponían fundar en las costas occidentales de la Libia, es decir, del África.

La flota cruzó felizmente por entre las columnas de Hércules, esas montañas de Gibraltar y Ceuta que dominan el Estrecho, y desembocó en el Atlántico, dirigiéndose hacia el Sur. Dos días después de haber pasado el estrecho, fondeó a la vista de tierra y fundó la ciudad de Thymaterion; después se hizo a la mar, dobló el cabo de Solois, creó nuevas factorías y avanzó hasta la desembocadura de un gran río africano en cuyas riberas acampaba una tribu de pastores nómadas.

Después de haber hecho un tratado de alianza con aquellos pastores, el navegante cartaginés continuó sus exploraciones hacia el Sur, llegando hasta cerca de la isla de Cerne, situada al fondo de una bahía cuya circunferencia medía cinco estadios, o sean novecientos veinticinco metros. Según aparece en el diario de Hannón, esta isla debía encontrarse con relación a las columnas de Hércules a una distancia igual a la que separa a éstas de Cartago. ¿Qué isla era? Sin duda un islote perteneciente al grupo de las Afortunadas.

Emprendióse de nuevo la navegación y llegó Hannón a la desembocadura del río Cretes, que formaba una especie de bahía interior. Los cartagineses remontaron este río y fueron recibidos a pedradas por los naturales, que eran de raza negra.

En aquellos parajes abundaban los cocodrilos y los hipopótamos.

Efectuada esta exploración, regresó la flota a Cerne, y doce días después llegó a la vista de una comarca montañosa, en la cual abundaban los árboles odoríferos y las plantas balsámicas y penetró en un gran golfo cerrado por una llanura. Esta región apacible durante el día, por la noche se iluminaba con torrentes de llamas, producidas por hogueras que encendían los salvajes, o por la combustión espontánea de las hierbas secas después de la estación de las lluvias.

Cinco días después dobló Hannón el cabo llamado Cuerno de la Tarde, y allí, según su propia expresión, *oyó todavía el sonido de los pitos, de los címbalos, de los tamboriles y de los clamores de un pueblo innumerable*. Los adivinos que acompañaban la expedición, le

aconsejaron que huyese de aquella espantosa tierra, y obedeciendo este consejo, siguió la flota su rumbo hacia latitudes más bajas. Llegó a un cabo que formaba un golfo llamado Cuerno del Mediodía. Según
d'Avezac,
debía ser la desembocadura misma del río de Oro, que desagua en el Atlántico, cerca del trópico de Cáncer. En el fondo del golfo se veía una isla habitada por gran número de gorilas, que los cartagineses tomaron por salvajes velludos; se apoderaron de tres hembras y tuvieron que matarlas. ¡Tan indomable era el furor de aquellos animales!

El Cuerno del Mediodía fue ciertamente el límite que alcanzó la expedición púnica. Algunos comentadores suponen que no pasó del cabo Bojador, que se extiende dos grados más abajo del Trópico, mas parece que ha prevalecido la opinión contraria. Como al llegar a dicho punto, Hannón empezaba a encontrarse escaso de víveres, hizo rumbo hacia el Norte y regresó a Cartago, donde mandó grabar la relación de este viaje en el templo de Baal Moloch.

Después del explorador cartaginés, el más ilustre de los viajeros de la antigüedad durante los tiempos históricos fue Herodoto, llamado *el padre de la Historia*, sobrino del poeta Panyasis, cuyas poesías rivalizaban a la sazón con las de Homero y Hesiodo.

Por nuestra parte, haciendo caso omiso del historiador, seguiremos al viajero a través de las comarcas que recorrió.

Herodoto nació en Halicarnaso, ciudad del Asia Menor, el año 484 antes de J.
C. Su
familia era rica y pudo, por medio de sus muchas relaciones comerciales, favorecer los instintos de explorador que en él se revelaban. En aquella época se hallaban muy divididas las opiniones respecto a la forma de la tierra; no obstante, la escuela pitagórica empezaba a sostener que debía ser redonda; pero Herodoto no tomó ninguna parte en la discusión que apasionaba a los sabios de su época, y joven todavía se alejó de su patria con el objeto de explorar con el mayor cuidado las comarcas conocidas en su tiempo y acerca de las cuales sólo se tenían datos inseguros.

Salió de Halicarnaso en 464, a la edad de veinte años, y, según toda probabilidad, se dirigió desde luego hacia el Egipto, donde

visitó Menfis, Heliópolis y Tebas. Hizo en este viaje útiles estudios acerca de los desbordamientos del Nilo, y resolvió las diversas opiniones de la época, respecto de las fuentes de este río, al que adoraban los egipcios como un dios. «Cuando el Nilo se ha desbordado, dice, no se ven más que las ciudades sobresaliendo de las aguas, semejantes a las islas del mar Egeo». Refiere las ceremonias religiosas de los egipcios, sus piadosos sacrificios, su diligencia en asistir a las fiestas de la diosa Isis, principalmente en Busiris, cuyas ruinas se ven aún cerca de Busyr, y su veneración por los animales salvajes y domésticos que consideraban como sagrados y a los que tributaban honras fúnebres. Describe con la exactitud de un naturalista el cocodrilo del Nilo, su estructura, sus costumbres, y la manera de cazarlo; después el hipopótamo, el tupinambo, el fénix, el ibis y las serpientes consagradas a Júpiter.

Nadie ha sido tan exacto al describir los usos egipcios, las costumbres domésticas, los juegos, y los embalsamamientos en que tanto sobresalían los químicos de aquel tiempo. Después relata la historia del país, desde Menes, su primer rey; describe las pirámides y cómo fueron construidas en tiempo de Ceops; el laberinto situado un poco más arriba del lago Moeris, cuyos restos se descubrieron en 1799; el lago Moeris, que, a su juicio, fue hecho por mano del hombre, y las dos pirámides que se elevaban sobre sus aguas; admira mucho el templo de Minerva en Sais, los de Vulcano e Isis en Menfis, y el colosal monolito, para cuyo transporte desde Elefantina a Sais emplearon tres años dos mil hombres, todos marineros.

Después de haber visitado escrupulosamente el Egipto, pasó Herodoto a la Libia, es decir, al África propiamente dicha, pero no creía el joven viajero que esta región se extendiera más allá del trópico de Cáncer, suponiendo que los fenicios dieron la vuelta a dicho continente y regresaron a Egipto por el estrecho de Gibraltar. Herodoto enumera después los pueblos de la Libia, los cuales no eran más que simples tribus nómadas que habitaban las costas; más adelante, en el interior de las tierras infestadas por fieras, cita los amonienses, que poseían el célebre templo de Júpiter Amón, cuyas ruinas se han descubierto al nordeste del desierto de la Libia, a quinientos kilómetros del Cairo. Da también interesantes pormenores acerca de las costumbres de los libios, y describe sus

usos; habla de los animales que pueblan su suelo, tales como serpientes de prodigioso tamaño, leones, elefantes, osos, asnos con cuernos (probablemente rinocerontes), monos cinocéfalos (animales sin cabeza con ojos en el pecho), zorras, hienas, puercos espines, carneros salvajes, panteras, etc., y termina diciendo que toda la comarca está habitada solamente por dos pueblos indígenas, los libios y los etíopes.

Según Herodoto, estos últimos se encuentran ya al Norte de Elefantina, pero ¿viajó realmente el sabio explorador por aquella comarca? Sus comentadores lo dudan, y lo probable es que adquiriese por conducto de los egipcios los detalles que da acerca de la longevidad de los habitantes. Lo que no admite duda, porque lo dice terminantemente, es que visitó Tiro, en Fenicia, en donde admiró los dos magníficos templos de Hércules. Después hizo un viaje a Tasos y utilizó los informes tomados sobre el terreno para hacer una abreviada reseña histórica de la Fenicia, de Siria y de Palestina.

Desde aquellas comarcas pasó Herodoto al Sur hacia la Arabia a cifyo país da el nombre de Etiopía de Asia, es decir, la parte meridional de Arabia que suponía era el último país habitado. Considera a los árabes como el pueblo que guarda más religiosamente su juramento; sus únicos dioses son Urania y Baco; el suelo produce abundantemente incienso, mirra, canela, cinamomo y ledón, y termina el viajero dando interesantes detalles sobre la recolección de esas substancias odoríferas.

Después encontramos a Herodoto en aquellas célebres comarcas que él llama indistintamente Asiria o Babilonia. Describe minuciosamente la gran ciudad de Babilonia que los reyes del país habitaban después de la destrucción de Nínive y cuyas ruinas no son hoy más que montículos esparcidos a ambas orillas del Eufrates a setenta y ocho kilómetros sudoeste de Bagdad. El Eufrates, caudaloso, profundo y rápido, dividía la ciudad en dos partes; a un lado se elevaba el palacio fortificado del rey, y al otro el templo de Júpiter Belus, que quizá fue edificado sobre los cimientos de la torre de Babel. Herodoto habla después de las reinas Semíramis y Nitocris, y refiere todo lo que hizo la segunda para afirmar el bienestar y la seguridad de su capital. Pasa después a describir los productos de la comarca, del cultivo del trigo, la cebada, el mijo, el

sésamo, la vid, la higuera y la palma; y termina hablando de las costumbres de los habitantes, particularmente las concernientes a los matrimonios, los cuales efectuaban por medio de pregón público.

Después de haber explorado la Babilonia, se trasladó Herodoto a Persia; y como el objeto de su viaje era recoger sobre el terreno los

documentos relativos a las prolongadas guerras de Persia y de Grecia, debía visitar el teatro de los combates cuya historia quería escribir. Principia citando las costumbres de los persas, que no reconocían en los dioses forma humana, por lo cual ni les erigían templos ni altares, contentándose con adorarles desde la cúspide de las montañas. Cita después sus costumbres domésticas, su desprecio por la carne, su afición a las golosinas, su pasión por el vino, el hábito de tratar los asuntos serios después de haber bebido con exceso, su curiosidad por conocer los usos extranjeros, su afán de placeres, sus virtudes bélicas, su bien entendida severidad para la educación de los niños, su respeto a la vida del hombre y hasta la del esclavo, su horror a la mentira y a las deudas y su repugnancia hacia los leprosos, cuya enfermedad probaba, según ellos, que «el infeliz enfermo había pecado contra el Sol».

La India de Herodoto, según Vivien de Saint-Martin, no comprendía más que la comarca bañada por los cinco afluentes del Penyab actual, junto con el Afganistán. Allí se dirigió el joven viajero al abandonar el reino de Persia; para él, los indios eran los pueblos más numerosos de todos los conocidos. Unos tenían morada fija, otros eran nómadas; los del Este, llamados padeos, mataban a los ancianos y a los enfermos y se los comían; los del Norte, que eran los más valientes e industriosos, recogían las arenas auríferas. La India era para Herodoto la última comarca habitada al Este, y advierte que «en los confines de la tierra se encuentra la parte más deliciosa de toda ella, así como Grecia tiene la temperatura más agradable».

Viajero infatigable, Herodoto pasó en seguida a la Media, y hace la historia de estos pueblos que fueron los primeros en sacudir el yugo de los asirios. Los medos fundaron la inmensa ciudad de Ecbatana, rodeada de siete murallas concéntricas, y quedaron reunidos en un solo pueblo bajo el reinado de Dejoces. Después de atravesar las montañas que separan la Media de la Cólquida, penetró el viajero griego en el país que ilustró Jason con sus proezas, y estudió con mucha exactitud sus usos y costumbres.

Parece que Herodoto llegó a conocer perfectamente la posición topográfica del mar Caspio, puesto que dice que «es un solo mar», y que no tiene comunicación alguna con otro. El Caspio, a su juicio, está limitado al Oeste por el Cáucaso, y al Este por una gran llanura

que habitaban los masagetas, los cuales podían ser muy bien escitas, según la opinión admitida por Arriano y Diodoro de Sicilia. Estos masagetas adoraban únicamente al Sol, y sacrificaban caballos en honor suyo. Herodoto habla en este punto de dos grandes ríos, uno de los cuales, el Araxes, debe ser el Volga, y el otro, Ister, el Danubio.

Después el viajero pasó a Escitia; según él, los escitas eran las diversas tribus que poblaban el territorio comprendido entre el Danubio y el Don, es decir, una considerable porción de la Rusia europea. Los escitas tenían la costumbre de arrancar los ojos a los prisioneros. No se dedicaban al cultivo porque eran nómadas. Herodoto refiere las diversas leyendas que obscurecen el origen de la nación escita y en el cual desempeña Hércules un papel principal. Cita después los distintos pueblos o tribus que componían la nación, mas no parece que visitó las comarcas situadas al norte del Ponto Euxino; hace una descripción minuciosa de las costumbres de estos pueblos, y muestra una sincera admiración hacia el Ponto Euxino, el inhospitalario mar. Consigna con bastante exactitud las dimensiones del Mar Negro, del Bósforo, de la Propóntide, del Palus-Meótides y del mar Egeo. Enumera los grandes ríos que vierten sus aguas en dichos mares, como el Ister o Danubio, el Boristenes o Dniéper, el Tanais o Don, y concluye refiriendo la mañero cómo se realizó la alianza y por consiguiente la unión de los escitas y de las amazonas, lo cual explica por qué no podían casarse las jóvenes del país hasta haber matado a un enemigo.

Después de una corta permanencia en Tracia, durante la cual reconoció que los getas eran los más valientes de esta raza, llegó Herodoto a Grecia, término final de sus viajes, el país en donde se proponía recoger los últimos documentos necesarios para la historia. Visitó los lugares que hicieron memorables los principales combates entre griegos y persas, tales como el paso de las Termopilas, del que hace una escrupulosa descripción; recorrió también la llanura de Maratón, el campo de batalla de Platea, y de allí volvió a pasar al Asia Menor, visitando el litoral, en donde los griegos habían fundado numerosas colonias.

Al regresar a Caria, en el Halicarnaso, no contaba aún veintiocho años el célebre viajero, pues al cumplir esa edad, el año de la primera olimpiada, o sea 456 antes de J. C, fue cuando leyó su

historia en los juegos olímpicos. Su patria estaba entonces oprimida por Lygdamis y tuvo que retirarse a Samos; poco tiempo después consiguió derribar al tirano, mas la ingratitud de sus conciudadanos le obligó a tomar otra vez el camino del destierro. En el año 444 asistió a las fiestas panateneas, donde leyó su obra completamente terminada, provocando un entusiasmo universal, y hacia el fin de sus días se retiró a Italia, a Turín, donde murió en el año 406 antes de la era cristiana, dejando la reputación de ser el más ilustre viajero e historiador de la antigüedad.

Después de Herodoto, saltando siglo y medio, citaremos al médico Ctesias, contemporáneo de Jenofonte, que publicó la relación de su viaje por la India, que, según parece, no verificó, y llegaremos al marsellés Piteas, el cual era a la vez viajero, geógrafo y astrónomo y una de las celebridades de la época. Hacia el año 340 Piteas se aventuró con un solo bajel a ir más allá de las columnas de Hércules, pero en vez de dirigirse hacia el Sur siguiendo la costa africana, como habían hecho sus antecesores los cartagineses, se remontó hacia el Norte, corriéndose por las costas de la Iberia y de la Céltica hasta los puntos avanzados que forman actualmente el cabo Finisterre; después embocó el canal de la Mancha llegando a Inglaterra, a la isla de Albión, cuyo primer explorador fue él. En efecto, desembarcó en distintos puntos de la costa y entró en relaciones con sus habitantes, gentes sencillas, honradas, sobrias, dóciles e industriosas que hacían un gran comercio en estaño.

El navegante galo se aventuró más hacia el Norte; traspuso las islas Oreadas situadas al extremo de Escocia, y se remontó a una latitud tan alta que durante el verano las noches eran de dos horas. Después de seis días de navegación, llegó a una tierra llamada Tule, probablemente la Jutlandia o la Noruega, de la cual no pudo pasar. «Más allá —dice—, no había ni mar ni tierra ni aire». Regresó, pues, por el mismo camino, pero, modificando su primera dirección, llegó a la desembocadura del Rin, donde habitaban los ostiones y más lejos los germanos. Desde allí llegó a las bocas del Tanais, que se supone fuese el Elba o el Oder, y regresó a Marsella, un año después de haber zarpado de ella.

No sólo era Piteas un atrevido navegante, sino también un sabio notable; fue el primero que conoció la influencia de la Luna en las mareas, y que la estrella Polar no ocupa exactamente e punto por

donde se supone que pasa el eje del globo.

Algunos años después de Piteas, hacia el 326 antes de J. C, ilustróse entre los exploradores un viajero macedonio, Nearco, natural de Creta, almirante de Alejandro, quien le dio el encargo de explorar toda la costa meridional del Asia, desde la desembocadura del Indo hasta el Eufrates.

Cuando concibió el conquistador la idea de hacer un reconocimiento que debía asegurar las comunicaciones de la India con el Egipto, se hallaba con su ejército a ochocientas millas de la costa, cerca del nacimiento del Indo. Confió a Nearco el mando de una flota que se supone estaba compuesta de treinta y tres galeras, de navíos de dos puentes y muchos buques de transportes, tripulados por dos mil hombres, y reuniendo en su totalidad unas ochocientas velas. Nearco tardó cuatro meses en bajar por el Indo, siendo escoltado desde ambas riberas por los ejércitos de Alejandro. Llegado el conquistador a las bocas del gran río, empleó siete meses en la exploración del Delta; Nearco se hizo más tarde a la vela y siguió la costa que forma en el día el límite sur del reino de Baluchistán.

Nearco emprendió su viaje el 2 de octubre, es decir, un mes antes de lo que le convenía para que el monzón de invierno imprimiese una dirección favorable a su viaje y a sus proyectos. No obstante, el principio de su viaje fue muy lento, pues en los primeros cuarenta días apenas logró avanzar ochenta millas al Oeste. Arribó primeramente a Stura y Coreestis, nombres que no corresponden a ninguna de las poblaciones que existen actualmente en aquella costa; después llegó a la isla de Crocala, que forma la bahía de Caranthey. Azotada la flota por los vientos a poco de haber doblado el cabo de Monza, se refugió en un puerto natural, que el almirante tuvo que fortificar para defenderse de los ataques de los bárbaros, los sangarianos actuales, que forman todavía una tribu de piratas.

Veinticuatro días después, el 3 de noviembre, se hizo Nearco nuevamente a la vela, pero los golpes de viento le obligaron con frecuencia a recalar en diversos puntos de la costa, teniendo siempre que defenderse de los ataques de los arabitas, esos feroces baludíes modernos a quienes presentan los historiadores orientales «como gentes bárbaras que llevan sus largos cabellos enmarañados,

que se dejan crecer la barba y se asemejan a los faunos y a los osos». Hasta entonces no había sobrevenido ningún accidente grave a la flota macedónica, pues el 10 de noviembre, el viento sopló con tal violencia que hizo naufragar dos galeras y un navío. Nearco fondeó entonces en Crocala y se abasteció con un convoy de granos que le había enviado Alejandro, con lo cual cada embarcación recibió víveres para diez días.

Después de diversos incidentes de navegación, y de sostener una corta lucha con los bárbaros de la costa, llegó Nearco al confín del territorio de los oritas, que señala con el nombre de cabo Moran la geografía moderna. Al llegar a este pasaje de su narración, consigna Nearco que cuando se hallaba el sol a la mitad de su carrera hería verticalmente los objetos, y no proyectaban sombra alguna, pero es evidente que estaba en un error, porque en dicha época el astro del día se hallaba en el hemisferio Sur, en el trópico de Capricornio, y además los buques de Nearco estuvieron siempre alejados algunos grados del trópico de Cáncer; de consiguiente, ni en pleno verano se habría podido producir semejante fenómeno.

Continuó la navegación en mejores condiciones cuando se regularizó el monzón del Este. Nearco recorrió la costa de los ictiófagos, los *comedores de pescado*, tribus miserables que por falta de pastos en su país tienen que alimentar sus rebaños con los productos del mar. La flota volvió otra vez a sufrir por falta de víveres y dobló el cabo de Posmi; allí tomó Nearco un piloto indígena, y empujadas las naves por algunas brisas de tierra pudieron avanzar con rapidez. La costa era menos árida y se veían esparcidos por ella algunos árboles. Nearco llegó a un pueblecillo de ictiófagos, que no nombra, y, como carecía de víveres, se apoderó por sorpresa dé los que encontró, con perjuicio de los habitantes, quienes tuvieron que ceder a la fuerza.

La flota llegó a Canasida, que es el actual pueblo de Churbar, cuyas ruinas se ven aún en la bahía de este nombre, pero empezaba a faltar nuevamente el trigo; Nearco recaló sucesivamente en Canata, Trois y Dagasira, sin poder proveerse de víveres en aquellas míseras poblaciones; los navegantes carecían de carne y de trigo y no podían decidirse a comer tortugas que tanto abundan en aquellos parajes.

No bien llegó la flota a la entrada del golfo Pérsico, se encontraron ante un enorme grupo de ballenas. Los marineros se asustaron y querían huir, pero Nearco los animó con su palabra, y les hizo acometer aquellos enemigos que fueron dispersados fácilmente.

Al llegar a la altura de la Caramania, volvió un poco el rumbo

hacia el Oeste, y se mantuvo entre el Occidente y el Norte. La costa era fértil y se veían en ella abundantes campos de trigo, pastos y toda clase de árboles frutales, menos olivos. Nearco hizo escala en Badis, el Jask actual, y después de doblar el promontorio de Maceta o Musendam, los navegantes descubrieron la entrada del golfo Pérsico, al que, igual que los geógrafos árabes, da el nombre de mar Rojo.

Penetró en el golfo, y llegó al punto llamado Harmozia, que más tarde ha dado su nombre a la isleta de Ormuz. Allí supo que el ejército de Alejandro se encontraba a cinco jornadas de distancia, y se apresuró a desembarcar para reunirse al conquistador, el cual hacía veintiuna semanas que no tenía noticias de la flota y no esperaba ya volver a verla. Fácil es imaginar su alegría al ver al inesperado almirante, a quien habían enflaquecido y demudado las fatigas. Para festejar su regreso, Alejandro hizo celebrar juegos gimnásticos y ofreció grandes sacrificios a los dioses, en acción de gracias. Después quiso Nearco volver a tomar el mando de la flota para conducirla a Susa, volvió a Harmozia, y se hizo a la mar, invocando antes a Júpiter Salvador.

Visitó varias islas, probablemente las de Arek y Kismis; poco tiempo después, encallaron los bajeles, si bien la marea alta los puso a flote; doblaron el promontorio de Bestión y tocaron en Keish, isla consagrada a Mercurio y Venus, límite extremo de la Caramania, pues allí comenzaba Persia. La flota siguió la costa pérsica visitando diversos puntos: Gillam, Inderabia, Shevu, Konkun y Sita-Reghio, donde Nearco pudo recoger un convoy de trigo que le envió Alejandro.

Después de muchos días de navegación, llegó la escuadra a la desembocadura del río Endian, que separa la Persia de la Susiana, y desde allí descubrió la entrada de un gran lago abundante en pesca llamado Cataderbis, que está situado en la comarca que lleva hoy el nombre de Dorghestan. Por fin, fondeó delante de Déjela, ciudad babilónica, en las mismas fuentes del Eufrates, después de haber reconocido toda la costa comprendida entre este punto y el Indo. Nearco se reunió por segunda vez con Alejandro que le recompensó magníficamente y le confirmó en el mando de la flota, pues el conquistador se proponía emprender el reconocimiento de toda la costa árabe hasta el mar Rojo, pero le sorprendió la muerte sin

haber podido realizar sus proyectos.

Créese que posteriormente fue Nearco gobernador de la Libia y de la Panfilia; durante sus horas de ocio escribió la relación de sus viajes, trabajo que se había perdido, pero del cual afortunadamente había hecho Arriano un análisis completo en su *Historia Indica*. Es probable que Nearco fuera muerto en la batalla de Ipsus logrando la reputación de hábil navegante, pues su viaje es un hecho memorable en la historia de la navegación.

Ahora debemos citar una audaz tentativa realizada en aquella época por Eudoxio de Cícico, geógrafo que floreció en el año 146 antes de J. C, en la corte de Evergetes II. Después de haber visitado el Egipto y las costas de la India, concibió este atrevido aventurero la idea de dar la vuelta al África, pensamiento que no debía verse realizado hasta mil seiscientos años después por Vasco de Gama. Eudoxio fletó un gran navío y dos barcazas, y se lanzó en las desconocidas olas del Atlántico, pero es difícil determinar hasta dónde condujo sus embarcaciones. Sea lo que fuese, volvió a la Mauritania después de haber aprendido la lengua de los naturales, a quienes consideró como etíopes; desde allí pasó a Iberia e hizo los preparativos de un nuevo viaje de circumnavegación alrededoi del África. ¿Llegó a efectuarlo? No puede asegurarse, y hasta es preciso añadir que este Eudoxio, más valeroso que probo, ha sido calificado de impostor por muchos sabios.

Sólo nos falta mencionar dos nombres entre los viajeros que se ilustraron antes de la era cristiana; César y Estrabón. César, que nació cien años antes de J. C, fue más que todo un conquistador, en cuyos planes no entraba la exploración de países nuevos. Recordaremos únicamente que el año 58 emprendió la conquista de la Galia, y durante los diez años que duró tan grande empresa, condujo sus victoriosas legiones hasta las costas de la Gran Bretaña cuyas provincias estaban habitadas por pueblos de origen germánico.

Estrabón, que nació en Capadocia, 50 años antes de J. C, se distinguió más bien como geógrafo que como viajero; sin embargo recorrió el interior del Asia, el Egipto, Grecia e Italia, y vivió largo tiempo en Roma, donde murió en los últimos tiempos de reinado de Tiberio. Estrabón dejó una geografía dividida en diecisiete libros, de los que se conservan la mayor parte; esta obra forma, con la de

Ptolomeo, el monumento más importante que la antigüedad ha legado a los geógrafos modernos.

II

VIAJEROS CELEBRES DE LOS SIGLOS I AL IX

PAUSANIAS (174). —FA-HIAN (399). — COSMAS INDICLOPEUSTES (5...). ARCULFO (700). — WILLIBALD (725). —SOLIMÁN (851).

Plinio, Hippalus, Arriano y Ptolomeo. —Pausanias visita la Ática, la Corintia, la Laconia, la Mesina, la Elida, la Acaya, la Arcadia, la Beocia y la Fócida. —Fa-Hian explora el Kantcheu, la Tartaria, la India del Norte, el Penyab Ceilán y Java. —Cosmas Indicloupeustes y la topografía cristiana del universo. —Arculfo describo a Jerusalén, el valle de Josafat, el Monte de los Olivos, Belén, Jericó, el Jordán, el Líbano, el Mar Muerto, Cafarnaum, Nazaret, el Monte Tabor, Damasco, Tiro, Alejandría, Constantinopla. —Willibald y los Santos Lugares. —Solimán recorre el mar de Omán, Ceilán, Sumatra, el golfo de Siam y el mar de la China.

Durante los primeros siglos de la era cristiana, el movimiento geográfico fue muy notable desde el punto de vista puramente cientifico, pero los viajeros propiamente dichos, es decir, los exploradores y los descubridores de países nuevos, fueron ciertamente muy contados.

Plinio, en el año 23 de nuestra era, consagró los libros 3.º, 4.º, 5.º y 6.º de su *Historia Natural* a la geografía. En el año 50, Hippalus, hábil navegante, encontraba la ley de los monzones del Océano Indico y enseñó a los navegantes a entrar en alta mar, para efectuar, favorecidos por estos vientos constantes, su viaje de ida y vuelta a las Indias en el intervalo de un solo año.

Arriano, un historiador griego, nacido en el año 105, compuso su *Periplo del Ponto-Euxino*, y procuró fijar con gran precisión las comarcas que se habían descubierto en las exploraciones precedentes. Por último el egipcio Claudio Ptolomeo, hacia el año 175, coordinando los trabajos de sus antecesores, publicó una geografía célebre, a pesar de sus graves errores, en la cual se establece por primera vez sobre una base matemática la situación de las poblaciones, su longitud y latitud.

El primer viajero de la era cristiana, cuyo nombre haya sobrevivido, es Pausanias, escritor griego que habitó en Roma en el segundo siglo, y del que se conserva una relación que compuso hacia el año 175. Este Pausanias precedió a nuestro contemporáneo Joanne, en la redacción de las *Guías del viajero*, efectuando, respecto de la Grecia antigua, lo que el ingenioso y laborioso francés, relativamente a las diversas comarcas de Europa. Su reseña es un manual exacto, escrito con sobriedad, preciso en sus pormenores, y en el cual los viajeros del segundo siglo podían recorrer con fruto las diversas provincias de Grecia.

Pausanias describe minuciosamente Arica, y con especialidad Atenas y sus monumentos, sus sepulcros, sus arcos, sus templos, su ciudadela, su areópago, su academia y sus columnas. Del Ática pasa a la Corintia, y explora las islas de Egina y de Eacea. Después de la Corintia, estudia con cuidado la Laconia y Esparta, la isla de Citeres, la Mesenia, la Elida, la Acaya, la Arcadia, la Beocia y la Fócida. En esta narración se mencionan los caminos de las provincias, y las calles de las ciudades, sin olvidar el aspecto general de las diversas comarcas de Grecia. Pero, no obstante, Pausanias no añadió ningún descubrimiento nuevo a los que habían mencionado sus predecesores. Pausanias fue un viajero que se limitó a explorar con exactitud la Grecia, pero no un descubridor. Sin embargo, su relato ha sido aprovechado por todos los geógrafos y comentadores que han tratado de la Hélade y del Peloponeso, habiendo podido llamarle con razón un sabio del siglo XVI, «un tesoro de la más antigua y rara erudición».

Cerca de ciento treinta años después del historiador griego, un viajero chino, un monje, emprendió, a fines del siglo IV, una exploración de los países situados al Occidente de la China. Se ha conservado hasta el día la relación de su viaje, y es preciso

asociarse al parecer de Charton, que considera este relato, «como un monumento tanto más precioso, cuanto que nos aparta de nuestro punto de vista exclusivo de la civilización oriental».

Fa-Hian,

acompañado de varios monjes, queriendo salir de la China por la parte de Occidente, atravesó algunas cordilleras, y llegó al país que forma en el día el Kan-tcheu, situado no lejos de la gran muralla. Allí se le agregaron algunos samaneos. Cruzaron el río

Cha-ho

y un desierto que Marco Polo debía explorar ochocientos años después, y pudieron llegar, al cabo de diecisiete días de marcha, al lago del Lobo, que se encuentra en el Turkestán chino actual. Todos los reinos que visitaron posteriomente estos religiosos, se parecían en sus usos y costumbres; sólo se diferenciaban en lengua.

Poco satisfechos de la acogida que les dispensaron en la comarca de los uiguros, cuyos habitantes no tienen nada de hospitalarios, se aventuraron hacia el Sudeste, en un país desierto, cuyos ríos vadearon con suma dificultad. Después de treinta y cinco días de matcha, la pequeña caravana llegó al reino de Khotan, en Tartaria, que contaba «muchas veces diez mil religiosos».

Fa-Hian

y sus compañeros fueron recibidos en monasterios especiales, y después de una detención de tres meses, pudieron asistir a la *procesión de las imágenes*, gran fiesta común a los budistas y brahamanes, en la cual pasean a las imágenes de los dioses en un carro magníficamente adornado, por las calles sembradas de flores, y entre nubes de perfumes.

Terminada la fiesta, los religiosos salieron de Khotan y se dirigieron al reino que forma en el día el cantón de

Kuke-yar.

Después de un descanso de quince días, vuelve a encontrárseles más hacia el Sur, en un país que forma el Balistam moderno, país frío y montañoso donde no madura otro grano que el trigo. Allí, los religiosos hicieron uso de sus cilindros, en que están arrolladas las oraciones, los cuales hacen girar los fieles con suma rapidez. Desde este reino pasó

Fa-Hian

a la parte oriental del Afganistán, y no necesitó menos de un mes

para atravesar unas montañas cubiertas de nieves perpetuas, y en las cuales afirma que existen dragones venenosos.

Al otro lado de esta cordillera, los viajeros se encontraron en la India del Norte, en el país que riegan las primeras aguas que forman el Sin o el Indo. Luego, después de haber atravesado los reinos de U-tchang, Su-ho-to, y Kian-tho-wei, llegaron a Fo-lu-cha, que debe ser la ciudad de Peichaver, situada entre el Kabul y el Indo; y veinticuatro leguas más al Oeste, a la ciudad de Hilo, construida en la orilla de un afluente del río Kabul. En todas estas ciudades,
Fa-Hian
hablaba especialmente de las fiestas y costumbres relativas al culto de Foe, que no es otro que Budha.

Los religiosos, al dejar a Hilo, tuvieron que atravesar los montes Hindus-Kusch, que se elevan entre Tokharestan y el Gandara. Allí, era tan intenso el frío, que uno de los compañeros de
Fa-Hian
cayó para no volver a levantarse. Después de mil fatigas, la caravana pudo llegar a la ciudad de Banú, que todavía existe; y

volviendo a pasar el Indo por la parte media de su curso, entró en el Penyab. Desde allí, bajando hasta el Sudoeste, con intención de atravesar la parte septentrional de la península índica, llegó a Mahtura, ciudad de la provincia actual de Agrá, y atravesando el gran desierto salado que se halla al este del Indo, recorrió un país que

Fa-Hian

llama «el reino central, cuyos habitantes buenos y piadosos, sin magistrados ni leyes, ni suplicios, sin alimentarse de ser alguno viviente, sin carnicerías ni tabernas, viven felices en la abundancia y la alegría, bajo un clima en que el frío y el calor se templan mutuamente». Este reino es la India.

Descendiendo hacia el Sudeste,

Fa-Hian

visitó el distrito actual de Ferukh-abad, en el que, según la leyenda, puso el pie Budha al descender del cielo por una triple escalera de preciosos peldaños. El religioso viajero se extiende largamente acerca de las creencias del budismo.

Desde allí partió a visitar la ciudad de Kanudja, situada en la orilla derecha del Ganges, al cual da el nombre de Heng. Ésta es la tierra de Budha por excelencia. Dondequiera que se sentó el dios, han levantado sus fieles altas torres, y los piadosos peregrinos no dejan de acudir al templo de Tchiuan, donde Foe se entregó durante veinticuatro años a mortificaciones voluntarias.

Contemplando el lugar sagrado donde Foe devolvió la vista a quinientos ciegos, «los religiosos sintieron un vivo dolor en el corazón».

Reanudando su camino, visitaron a Kapila, a Gorakhpur, en la frontera del Nepol, a Kin-i-na-kie, parajes célebres por los milagros de Foe, y llegaron al delta del Ganges, a la célebre ciudad de Palian-fu, en el reino de Magadha, país muy rico, habitado por gente compasiva y justa, que gustaba de discusiones filosóficas. Después de haber subido el pico del Buitre, que se eleva sobre el nacimiento de los ríos Dahder y Banurha,

Fa-Hian

siguió la corriente del Ganges, visitó el templo de Isis-Patenea muy frecuentado en otro tiempo por los magos *voladores*, llegó a Benarés en el «reino resplandeciente», y más allá todavía, a la ciudad de To-

mo-liti, situada en la embocadura del río, a poca distancia del sitio que ocupa actualmente Calcuta.

Como a la sazón una caravana de mercaderes se disponía a hacerse a la mar, con la intención de ir a la isla de Ceylán,
Fa-Hian
se embarcó con ellos, y al cabo de catorce días de navegación, desembarcó en las riberas de la antigua Taprobana, sobre la cual el mercader griego Jambólo había dado algunos siglos antes pormenores muy curiosos. El religioso chino volvió a encontrar en este reino todas las tradiciones legendarias que se refieren al dios Foe, y permaneció dos años ocupándose en investigaciones bibliográficas. Dejó a Ceylán para marchar a Java, a donde llegó después de una malísima travesía, durante la cual cuando se obscurecía el cielo, «no se veían más que grandes olas que chocaban entre sí, relámpagqs de color de fuego, tortugas, cocodrilos, monstruos marinos y otros prodigios».

Después de cinco años de permanencia en Java,
Fa-Hian
se embarcó para Cantón; pero los vientos le contrariaron todavía, y después de haber soportado mil fatigas, tuvo que desembarcar en el actual
Chan-tung;
y después de haber permanecido algún tiempo en
Nan-king,
volvió a entrar en
Sian-tu,
su ciudad natal, después de dieciocho años de ausencia.

Tal es la relación de este viaje, del cual ha hecho Abel Nemusat una excelente versión francesa, y que suministra pormenores muy interesantes sobre las costumbres de los tártaros y de los indios, particularmente en lo relativo a sus ceremonias religiosas.

Al monje chino, sucede, siguiendo el orden cronológico, en el siglo VI, un viajero egipcio llamado Cosmas Indicopleustes, nombre que Charton traduce de este modo: «Viajero cosmográfico en la India». Era éste un mercader de Alejandría, que después de haber visitado la Etiopía y parte del Asia, se hizo monje a su regreso.

Su narración lleva el título de *Topografía cristiana del universo*. No se halla, en ella detalle alguno sobre los viajes de su autor, pero

el principio de la obra sé compone de discusiones cosmográficas para probar que la tierra es cuadrada, y que está encerrada con los demás astros en un gran cofre oblongo; siguen después varias disertaciones sobre las funciones de los ángeles, y una descripción del traje de los sacerdotes hebreos. Cosmas describe también la historia natural de los animales de la India y de Ceylán y cita el rinoceronte, el toro-ciervo, que puede utilizarse para los usos domésticos, la jirafa, el toro salvaje, la cabra almizclada, cuya caza tiene por objeto recoger «su sangre perfumada», el unicornio, al que no considera como un animal quimérico, el jabalí, al que llama puerco-ciervo, el hipopótamo, la foca, el delfín y la tortuga. Después de los animales. Cosmas describe el pimiento, arbusto tan quebradizo y delicado como los sarmientos más delgados de la vid, y el cocotero, cuyo fruto tiene un sabor dulce como el de las nueces verdes.

Desde los primeros tiempos de la era cristiana, se apresuraban los fieles a visitar los Santos Lugares, cuna de la nueva religión. Estas peregrinaciones llegaron a ser cada día más frecuentes, y la historia ha conservado los nombres de los principales personajes que acudían a Palestina durante las primeras edades del cristianismo.

Uno de estos peregrinos, el obispo francés Arculfo, que vivía a fines del siglo VII, nos ha dejado la narración circunstanciada de su viaje.

Principiaba por exponer la situación topográfica de Jerusalén, y describe la muralla que rodea la ciudad santa. Visita luego la iglesia en forma de rotonda, construida sobre el Santo Sepulcro la tumba de Jesucristo y la piedra que la cierra, la iglesia de Santa María, la construida en el Calvario y la basílica de Constantino, edificada en el sitio donde se encontró la Vera Cruz.

Estas diferentes iglesias se hallaban agrupadas en un edificio único que encierra también el sepulcro de Cristo y el Calvario en cuya cumbre fue crucificado.

Arculfo baja en seguida al valle de Josafat, situado al este de la ciudad donde se elevan la iglesia que encierra el sepulcro de la Virgen y la tumba de Absalón, que él llama torre de Josafat.

Después sube al monte de los Olivos, situado frente a la ciudad, más allá del valle, y reza en la gruta en donde oró Jesús. Se dirige

entonces al monte Sión, situado fuera de la ciudad, hacia el Sur; contempla al pasar la higuera gigantesca en la cual, según la tradición se ahorcó Judas Iscariote, y por último, visita la iglesia del Cenáculo, actualmente destruida.

Dando vuelta a la ciudad por el valle de Siloé, y volviendo a subir el torrente Cedrón, retorna el obispo al Monte de los Olivos, cubierto de ricas mieses de trigo y cebada, de hierbas y de flores, y describe desde la cumbre de la Montaña Santa el sitio en que Jesucristo se elevó a los cielos. Allí han levantado los fieles una gran iglesia circular, con tres pórticos abovedados, la cual no tiene techo ni bóveda, quedando a cielo raso. «No se ha cubierto el interior de la Iglesia —dice la relación del obispo— a fin de que este lugar, donde se fijaron por última vez las divinas plantas, cuando el Señor se elevó al cielo sobre una nube, sea un camino siempre abierto hasta el cielo, a donde conduzcan las oraciones de los fieles». Cuando se construyó esta iglesia de que hablamos, no se pudo embaldosar como el resto del edificio el sitio donde descansaron los pies del Señor, pues a medida que se iban aplicando las losas de mármol, la tierra, como si rehusara soportar cosa alguna humana las arrojaba a la cara de los obreros. Además, todavía conserva el polvo, como enseñanza eterna, la huella de los pasos divinos, y aunque diariamente la fe de los que visitan estos lugares recoge este polvo, y con él la huella, vuelve ésta a aparecer sin cesar, y la tierra la conserva eternamente.

Después de haber explorado el campo de Bethania, en medio del gran bosque de los Olivos donde se halla el sepulcro de Lázaro, y la iglesia situada a la derecha, en el sitio mismo donde Cristo acostumbraba reunirse con sus discípulos, Arculfo fue a Belén, pueblo que se halla situado a dos horas de la ciudad santa, al sur del valle de Zefrahim. Describe el lugar del nacimiento del Señor, que no es más que una semigruta natural abierta al extremo del ángulo oriental del pueblo, encima de la cual se halla la iglesia construida por Santa Elena; después describe los sepulcros de los tres pastores que al nacer el Señor fueron circundados de una claridad celestial; el sepulcro de Raquel, las tumbas de los cuatro patriarcas Abraham, Isaac, Jacob y Adán, el primer hombre. En seguida fue a ver la montaña y la encina Mambré, a cuya sombra dio Abraham en otro tiempo hospitalidad a los ángeles.

Después visitó Arculfo a Jericó, o más bien el sitio que ocupaba esta ciudad, cuyas murallas se desplomaron al sonido de las trompetas de Josué. Exploró el lugar en que los hijos de Israel, después de haber pasado el Jordán, hicieron su primer descanso en la tierra de Canaán; contempló en la iglesia de Gálgala las doce piedras que los israelitas sacaron, por orden del Señor, del torrente sin agua y seco. Siguió las riberas del Jordán, y reconoció a la derecha, en un remanso del río, y a una hora de camino del Mar Muerto, en medio de un sitio pintoresco plantado de magníficos árboles, el lugar donde el Señor fue bautizado por San Juan, en cuyo sitio mismo se ha colocado una cruz que cubren por completo las aguas blancuzcas del río cuando están crecidas.

Después de haber recorrido las riberas del Mar Muerto cuyas aguas salobres gustó; después de haber buscado en Fenicia la falda del Líbano, donde se hallaban las fuentes del Jordán; después de haber explorado la mayor parte del lago Tiberíades, y visitado el pozo de Samaria, donde dio de beber a Jesucristo la Samaritana, la fuente del desierto donde bebía San Juan Bautista, la vasta llanura de Gazán, «ya nunca más cultivada», en la que multiplicó Jesús cinco panes y dos peces, Arculfo bajó después hacia Cafarnaum, cuyos restos no existen ya, se trasladó a Nazaret, donde pasó su infancia Jesucristo, y a Galilea, terminando en el monte Tabor su viaje propiamente dicho a los Santos Lugares.

La relación del obispo contiene también pormenores geográficos e históricos sobre otras ciudades que visitó, tales como la ciudad real de Damasco, que cruzan cuatro grandes ríos «para su recreo». Tiro, metrópoli de la provincia de Fenicia, que estando separada en otro tiempo del continente, fue unida a él por los muelles que mandó construir Nabucodonosor; Alejandría, en otro tiempo capital de Egipto, a donde llegó el viajero cuarenta días después de haber salido de Jaffa, y por último Constántinopla, en donde visitó con frecuencia la vasta iglesia en que se conserva el «madero sagrado de la cruz donde el Salvador murió crucificado por la salvación del género humano».

Finalmente, la relación de este viaje, que fue dictada por el obispo al abad de San Columbano, termina recomendando a los lectores que imploren la clemencia divina a favor del santo prelado Arculfo, y que rueguen también a Jesucristo, juez de todos los

siglos, por el pobre pecador que sirvió de amanuense.

Algunos años después que el obispo francés, emprendió el mismo viaje un peregrino inglés con un objeto piadoso, y lo cual realizó casi con las mismas condiciones.

Este peregrino se llamaba Willibald, y pertenecía a una rica familia que, según todas las probabilidades, habitaba el condado de Southampton. A consecuencia de una larga enfermedad, sus padres le consagraron a Dios, y pasó su juventud en ejercicios piadosos en el monasterio de Waltheim. No bien llegó a la adolescencia, Willibald resolvió ir a Roma, con el objeto de rezar a Dios en la iglesia consagrada al apóstol San Pedro, y sus vivas instancias determinaron a su padre Ricardo, a su hermano Wimebaldo y a su joven hermana Walpurge a acompañarle.

La piadosa familia se embarcó en Hamble-Haven, en la primavera del año 721, y remontando el Sena, fue a desembarcar cerca de la ciudad de Ruán. Willibald da pocos pormenores sobre su viaje hasta Roma. Después de pasar por Cortona, ciudad de la Liguria, y por Lucca, en Toscana, donde Ricardo sucumbió de resultas de las fatigas del viaje, el 7 de febrero de 722, después de haber pasado los Apeninos durante el invierno, los dos hermanos y la hermana entraron en Roma, donde pasaron el resto del invierno habiendo sufrido violentas fiebres.

No bien recobró la salud Willibald, formó el proyecto de proseguir su peregrinación hasta los Santos Lugares. Envió, pues, a sus hermanos a Inglaterra, y partió en compañía de algunos religiosos. Fueron a Nápoles por Terracina y Gaeta, donde se hicieron a la vela para Reggio en Calabria, y para Catania y Siracusa, en Sicilia; luego, tomando definitivamente la vía del mar, después de haber tocado en Cos y en Samos, desembarcaron en Efeso, en el Asia Menor, donde se encuentran los sepulcros de San Juan Evangelista, de María Magdalena y de los Siete Durmientes, que son siete cristianos martirizados en el reinado del emperador Decio.

Después de haber permanecido algún tiempo en Strobolo, Patara, y por último en Mitilene, capital de la isla de Lesbos, se trasladaron los peregrinos a Chipre, visitaron igualmente a Pafos y Constanza, y por fin se les encuentra, en número de siete, en la ciudad fenicia de Edissa, donde existe el sepulcro del apóstol Santo

Tomás.

Al llegar a este punto, Willibald y sus compañeros fueron tomados por espías y hechos prisioneros por los sarracenos; pero el rey, por recomendación de un español, les hizo poner en libertad. Los peregrinos salieron inmediatamente de la ciudad, y desde aquel momento su itinerario es casi igual al del obispo Arculfo. Visitaron a Damasco, en Siria; a Nazaret, en Galilea; Cana, donde se puede ver una de las ánforas milagrosas; el monte Tabor, en que se efectuó el milagro de la Transfiguración; Tiberíades, situada en el mismo punto donde el Señor y Pedro anduvieron sobre las olas; Magdala, donde vivían Lázaro y sus hermanas; Cafarnaum, donde resucitó Jesús a la hija del príncipe; Betsaida de Galilea, patria de Pedro y de Andrés; Corosain, donde curó el Señor a los endemoniados; Cesárea, donde le fue entregada a Pedro la llave del cielo; el lugar donde fue bautizado Nuestro Señor Jesucristo; Gálgala, Jericó y Jerusalén.

La Ciudad Santa, el valle de Josafat, el monte de los Olivos, Belén, Thema, donde Herodes hizo degollar a los inocentes, el valle de Laura y Gaza, fueron visitados por los piadosos peregrinos. En esta ciudad, mientras se celebraban los divinos oficios en la iglesia de San Matías, refiere Willibald que perdió de improviso la vista, la cual no volvió a recobrar hasta que llegó a Jerusalén, dos meses después, al entrar en la iglesia de Santa Cruz. En seguida recorrió el valle de Diospolis, a diez millas de Jerusalén; de allí pasó a las orillas del mar Sirio, visitando a Tiro, Sidón y Trípoli, de Siria; y por el Líbano, Damasco y Cesárea, fue Willibald a Emaús, pueblo de la Palestina, donde brota la fuente en que Jesucristo se lavó los pies, y finalmente a Jerusalén, en donde los viajeros permanecieron durante toda la estación de invierno.

Los infatigables peregrinos no limitaron a esto su exploración. Vuelve a encontrárseles sucesivamente en Ptolemaida, llamada actualmente San Juan de Acre, en Emessa, en Jerusalén, en Damasco, en Samaria, donde están los sepulcros de San Juan Bautista, de Abdias, y de Eliseo; en Tiro, donde, preciso es confesarlo, el piadoso Willibald defraudó a la aduana pasando de matute el bálsamo de Palestina, muy apreciado entonces, y que debía pagar ciertos derechos. En Tiro, después de una larga permanencia, pudo embarcarse para Constantinopla, donde él y sus

compañeros vivieron dos años, y finalmente regresaron todos por Sicilia, Calabria, Nápoles y Capua. El peregrino inglés llegó al monasterio de Monte Casino, al cabo de diez años de ausencia. Sin embargo, aún no había llegado para él la hora del reposo. El pontífice Gregorio II le confió un obispado creado nuevamente en Francia; a la sazón tenía cuarenta y un años, y ocupó no obstante esta silla episcopal por espacio de cuarenta y cinco años, pues falleció en el 745. En el año 938 fue canonizado Willibald por el papa León VII.

Terminaremos la lista de los viajeros en los nueve primeros siglos de la Iglesia, citando a un tal Solimán, mercader de Basora, que habiendo partido del golfo Pérsico, llegó a los confines del Asia y desembarcó en las costas chinas. Esta narración contiene dos partes distintas: la una, redactada en el año 851 por el mismo Solimán, que fue quien realmente hizo este viaje; la otra escrita en 878 por un geógrafo llamado Abu-Zeid-Hassán, con el objeto de completar k primera.

Según la opinión del orientalista Reinaud, esta narración suministra nueva luz sobre las relaciones comerciales que existían en el siglo IX entre las costas de Egipto, de la Arabia y de los países ribereños del golfo Pérsico, por una parte, y por otra de las vastas provincias de la India y de la China.

Solimán salió del golfo Pérsico, se surtió de agua dulce en Mascara y visitó primeramente el segundo mar, es decir, el mar Larevy de los árabes, o mar de Omán, según la geografía moderna.

Vio un pez en una masa enorme, probablemente un cachalote, a quien los prudentes navegantes procuraron espantar tocando la campana; después un tiburón, en cuyo vientre se encontró otro más pequeño, que también encerraba otro menor todavía, «ambos vivos», dice el viajero, con manifiesta exageración. Después de haber descrito la rémora, el dactilóptero y la marsopa, recorre el

mar de Herkend, comprendido entre las Maldivas y las islas de la Sonda, en donde contó por lo menos mil novecientas islas, «cuyas riberas estaban llenas de grandes trozos de ámbar gris».

Entre estas islas, gobernadas por una mujer, cita principalmente con su nombre árabe a Cylán y su pesquería de perlas; a Sumatra, rica en minas da oto, y habitada en parte por antropófagos; las de Nicabor y las de Andaman, cuyas tribus se componen aún hoy día de caníbales. «El mar de Herkend —dice— se levanta a veces en trombas furiosas que destrozan las naves y arrojan a la costa una inmensa cantidad de peces muertos, y aun peñascos y trozos de montaña. Cuando se encrespan las olas de este mar, presenta el agua el aspecto de fuego. Solimán la cree frecuentada por una especie de monstruos que devoran a los hombres, y en el cual han creído reconocer los comentadores al voraz pez llamado perro de mar, del género escualo».

No bien llegó a Nicobar, Solimán, después de haber cambiado con sus habitantes hierro por cocos, cañas de azúcar, bananas y vino de coco, atravesó el mar de Kalah-Bar, que baña la costa de Malaca; luego, al cabo de diez días de navegación por el mar Schelaheth, se dirigió para proveerse de agua hacia un lugar que podía ser Singapur; después volvió a subir al Norte por la mar de Kedrenj, que debe ser el golfo de Siam, para llegar a la vista de
Pulo-Oby,
situado al sur de la punta de Camboya.

Entonces se abrió ante los navíos del mercader de Basora el mar de Senf, extensión de agua comprendida entre las Molucas y la Indochina. Solimán fue a avituallarse a la isla de Sander-Foulat situada hacia el cabo Varela, y de allí se lanzó a la mar de Sandjy o de China, y un mes después entró en
Khan-fu,
puerto chino de la actual ciudad de Tche-kiang, donde tenían costumbre de atracar las embarcaciones en aquella época.

El resto de la relación de Solimán, completada por Abu-Zeid-Hassán, sólo contiene noticias minuciosas sobre las costumbres de los indios, de los chinos y de los habitantes del Zendj, comarca situada en la costa oriental de África, pero no es ya el viajero quien habla, y los detalles que da volvemos a encontrarlos más interesantes y más exactos en las relaciones de sus sucesores.

Para resumir los trabajos de los exploradores que recorrieron la tierra dieciseis siglos antes de la era cristiana y nueve siglos después, debemos decir que desde Noruega hasta los confines del imperio chino, pasando por el Atlántico, el Mediterráneo, el mar Rojo, el Océano Indico y el mar de la China, esta inmensa extensión de costas fue en gran parte conocida y visitada por los antiguos. Habíanse intentado atrevidas exploraciones tierra adentro en Egipto hasta la Etiopía, en Asia Menor hasta el Cáucaso, en la India y la China hasta la Tartaria, y si bien faltaba todavía la exactitud matemática para determinar los diversos puntos descubiertos por los viajeros, por lo menos los usos, las costumbres de los habitantes, las producciones de los diversos países, los modos de efectuar los cambios, y las costumbres religiosas eran suficientemente conocidos; las naves aprovechándose de los vientos, podían arriesgarse con más confianza por los mares, las caravanas sabían dirigirse con más seguridad al interior del continente, y gracias a este conjunto de conocimientos, difundidos por los escritos de los sabios, el comercio tomó un impulso considerable en el último período de la Edad Media.

III

VIAJEROS CÉLEBRES DE LOS SIGLOS X AL XIII

BENJAMÍN DE TUDELA, (1159-1173). —PLAN DE CARPIN, (1245-1247). RUBRUQUIS (1253-1254).

Los escandinavos en el Norte, la Irlanda y la Groenlandia. —Benjamín de Tudela, visita Marsella, Roma, la Valaquia, Constantinopla, el Archipiélago, la Palestina, Jerusalén, Belén, Damasco, Balbek, Nínive, Bagdad, Babilonia, Basora, Ispahan, Schiraz, Samarcanda, el Tibet, Malabar, Ceylán, el mar Rojo, el Egipto, Sicilia, Italia, Alemania y Francia. — Plan de Carpin explora el país de Coman y del Khangita, el Turkestán moderno. —Usos y costumbres de los tártaros. — Rubruquis y el mar de Azof. —El Volga, el país de los Baskhires, Caracorum, Astrakán, Derbend.

Durante el siglo X y principios del XI se inició un movimiento geográfico bastante considerable en el Norte de Europa. Audaces noruegos y galos se aventuraron en los mares septentrionales, y si ha de darse crédito a algunas relaciones más o menos auténticas, llegaron hasta el mar Blanco y visitaron las comarcas que hoy día poseen los samoyedos. Algunos documentos llegan a suponer que el príncipe Madoc exploró el continente americano.

No obstante, puede afirmarse que Irlanda fue descubierta hacia el año 861 por unos aventureros escandinavos y que no tardaron los normandos en colonizarla.

Por esta época un noruego se refugió en una tierra nueva situada en el extremo Oeste de Europa, y maravillado de su verde aspecto le dio el nombre de tierra verde o Groenlandia. Pero las comunicaciones con esta porción del continente americano eran muy difíciles, tanto que, según el geógrafo Cooley, «una nave empleaba cinco años para ir y volver de Noruega a Groenlandia». Algunas veces, durante los inviernos rigurosos, se helaba el Océano septentrional en toda su extensión, y un tal Hollur-Geit pudo ir a pie conducido por una cabra, desde Noruega a Groenlandia. Pero no olvidemos que hablamos de tiempos legendarios y que en aquellas regiones hiperbóreas abundan las tradiciones maravillosas.

Volvamos, pues, a los hechos reales, demostrados, incontrovertibles, y relatemos el viaje de un judío español, cuya veracidad está confirmada por sabios comentadores.

Este judío era hijo de un rabino de Tudela, ciudad del antiguo reino de Navarra, llamado Benjamín de Tudela. Es de creer que el objeto da su viaje era conocer el número de sus correligionarios esparcidos por la superficie de la tierra; pero cualquiera que fuese su objeto, lo cierto es que exploró en catorce años, desde 1160 al 1173, casi todo el mundo conocido, siendo su relato un documento detallado y hasta minucioso que gozó de gran autoridad en el siglo XVI.

Benjamín de Tudela salió de Barcelona, y por Gerona, Narbona, Beziers, Montpellier, Lunel, Pousquiers, Saint-Gillés y Arles, llegó a Marsella. Después de visitar dos sinagogas y a los judíos notables de esta ciudad, se embarcó para Genova, adonde arribó cuatro días después. Los genoveses eran a la sazón dueños del mar y hacían la guerra a los pisanos, hombres valerosos, que, lo mismo que aquéllos, dice el viajero, «no tienen reyes ni príncipes, sino únicamente jueces que designan según su voluntad».

Después visitó a Luca y en seis días llegó a la gran Roma. Era Papa a la sazón Alejandro III, y según refiere Benjamín de Tudela, contaba algunos judíos entre sus ministros. Entre los monumentos de la eterna ciudad, cita especialmente San Pedro y San Juan de Letrán, pero sus descripciones adolecen de cierta aridez. Desde

Roma fue a Capua, y Pozzuoli, y a Nápoles donde no vio otra cosa sino los quinientos judíos que habitaban esta ciudad. De aquí pasó a Salerno, Amalfi, Benevento, Ascoli, Trani, San Nicolás de Bari, Tarento y Bríndisi, llegando al golfo de Otranto después de haber atravesado la Italia sin recoger nada interesante en una comarca tan curiosa.

Por pesada que sea la nomenclatura de los pueblos visitados o citados por Benjamín de Tudela, no debemos omitir uno solo, porque es muy preciso d itinerario del viajero judío, y hasta útil el seguirlo sobre el mapa que Lelewel trazó expresamente para él. Desde. Otranto a Zeitún, en Valaquia, sus etapas fueron Corfú, el golfo de Arta, Aquelous, antigua ciudad de Etolia, Anatolia, en Grecia; en el golfo de Patrás, Patrás, Leparrto, Crisa, construida al pie de Parnaso, Corinto, Tebas, cuyos dos mil judíos son los mejores obreros de Grecia en el arte de fabricar la seda y la púrpura; y después Negroponto y Zeitún.

Allí empieza la Valaquia, según el viajero español. Los valacos corren como cabras y bajan las montañas para entregarse al pillaje en el territorio de los griegos. Desde aquel punto, pasó por Gardicki, pequeña aldea del golfo de Volo; por Armiros, puerto frecuentado por los venecianos, los genoveses y los pisanos; por Bissina, ciudad actualmente destruida; por Salónica, la antigua Tesalónica; y por Dimitritzi, Darma, Christopolo y Abidos, llegó a Constantinopla.

El viajero da algunos detalles de esta gran capital de todo el país griego, donde reinaba a la sazón el emperador Manuel Comneno, que habitaba un palacio construido a orillas del mar. Allí se elevaban columnas de plata y oro puros y «un trono de oro y de piedras preciosas sobre el cual pende una corona de oro sostenida por una cadena del mismo metal, la cual cae precisamente en la cabeza del rey, cuando éste se sienta. Tiene esta corona piedras de tan alto precio, que nadie puede estimarlas, y son tan brillantes, que por la noche no hay necesidad de luz porque se ve perfectamente a favor del brillo que despiden las piedras». Añade el viajero que la ciudad está muy poblada, que a ella acuden mercaderes de todas partes, y que desde este punto de vista, sólo puede compararse con Bagdad. Sus habitantes visten trajes de seda cubiertos de bordados, y parecen hijos de los reyes; pero no tienen corazón ni valor para la guerra y mantienen a sueldo mercenarios de todos los países para

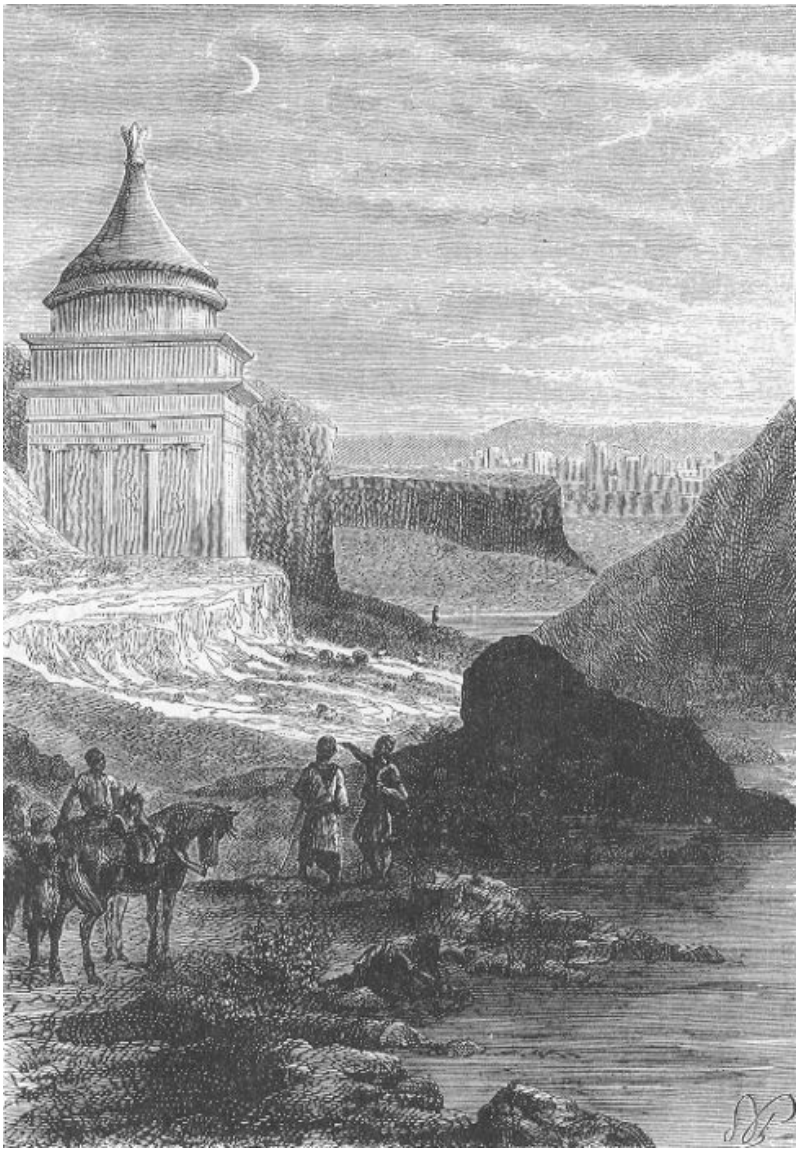
que se batan por ellos.

Benjamín de Tudela se lamenta de que no haya judíos en la ciudad, porque están relegados más allá de la torre de Galata, cerca de la entrada del puerto. Allí se contaban cerca de dos mil quinientos de dos sectas, los rabinitas y los caraítas, entre los cuales hay muchos obreros en seda y algunos ricos mercaderes, y todos ellos son sumamente odiados por los griegos, que los tratan con dureza. Ninguno de aquellos opulentos judíos tiene el derecho de montar a caballo, excepto uno tan sólo, el egipcio Salomón, el médico del rey. En cuanto a los monumentos de Constantinopla, cita Benjamín el templo de Santa Sofía, que posee, tantos altares como días tiene el año, e innumerables columnas y candelabros de oro y plata; cita después el hipódromo, convertido hoy en mercado de caballos, en el cual, para divertir al pueblo, se hacían luchar «leones, osos, tigres, ocas salvajes y hasta pájaros».

Cuando salió de Constantinopla, Benjamín de Tudela visitó la antigua Bizancio, Gallípoli y Kilia, puerto de la costa oriental; y después se embarcó para recorrer las islas del archipiélago, Mitilene, Chio, que hace el comercio del jugo del alfóncigo; Samos, Rodas y Chipre. Más tarde se hizo a la vela hacia la tierra de Aram, pasó por Messís, por Antioquía, donde admiró la distribución de las aguas y por Lataquia, para llegar a Trípoli, que acababa de sufrir un temblor de tierra que se dejó sentir en todo el país de Israel. Desde Trípoli pasó a Beirut, a Sidón, a Tiro, célebre por su púrpura y por sus fábricas de vidrio; a Acre, a Khaifa, cerca del monte Carmelo, donde se encuentra la gruta de Elías; a Cafarnaum, a Cesárea, ciudad magnífica; a Kakon, a Samaría, edificada en medio de una campiña cruzada de arroyuelos y rica en jardines, vergeles, viñedos y olivares; a Naplusa, a Gabaón, y llegó a Jerusalén.

En la ciudad santa no podía ver el judío español nada de lo que un cristiano hubiera admirado sin duda. Para él, Jerusalén no era más que una pequeña ciudad defendida por tres murallas y muy poblada de jacobitas, de sirios, griegos, georgianos y francos, que hablaban distintos idiomas. Posee dos hospitales, en uno de los cuales hay siempre cuatrocientos caballeros, apercibidos constantemente para ir a la guerra; un gran templo, que es el sepulcro de aquel hombre, calificación que da el Talmud a Jesucristo, y una casa en la cual los judíos, mediante cierto canon,

tienen el privilegio de hacer tintes. Además, los correligionarios de Benjamín de Tudela no eran numerosos en Jerusalén; apenas llegaban a doscientos que habitaban en la torre de David, en un rincón de la ciudad.



Fuera de Jerusalén, cita el viajero la tumba de Absalón, el sepulcro de Osías, la fuente de Siloé, cerca del torrente Cedrón; el

valle de Josafat y el monte de los Olivos, desde cuya cima se divisa el mar de Sodoma. A un par de leguas de allí se levanta la indestructible estatua de la mujer de Lot, y el viajero afirma que, «aun cuando los rebaños que pasan junto a ella lamen continuamente esta estatua de sal, crece y se repone, volviendo a quedar como estaba anteriormente».

Desde Jerusalén, Benjamín de Tudela, después de haber escrito su nombre en el sepulcro de Raquel, según la costumbre de los judíos que pasan por aquel sitio, se trasladó a Belén, donde encontró doce tintorerías israelitas; y luego se dirigió a Hebrón, ciudad actualmente desierta y arruinada.

Después de haber visitado, en la llanura de Makhfela, las tumbas de Abraham y de Sara, de Isaac y de Rebeca, de Jacob y de Lía, se dirigió a Damasco pasando por Beith-Jaberin, Scilo, el monte Morija, Beith-Nubi, Rama, Jaffa, Jabneh, Azotos, Ascalón, edificada por Esdras el sacrificador; Lud, Serain, Sufurieh, Tiberíades donde se encuentran los baños calientes «que salen del fondo de la tierra», Gish, Meirún, que todavía es lugar de peregrinación para los judíos; Alma, Kadis, Belinas, cerca de la caverna en donde nace el Jordán, y saliendo por fin de la tierra de Israel llegó a Damasco.

He aquí la descripción que hace Benjamín de Tudela, de la ciudad de Damasco, donde comienza el país de Nureddín, rey de los turcos.

«La ciudad es muy grande y muy hermosa; está rodeada de murallas; el terreno abunda en jardines y vergeles a quince millas a la redonda, no habiendo en toda la tierra un país tan fértil como éste. La ciudad se halla situada al pie del monte Hermón, donde nacen los ríos Amana y Farfar, el primero de los cuales pasa por en medio de la ciudad, cuyas aguas, conducidas por medio de acueductos, llegan a las casas de los grandes, y a las plazas y a los mercados. Este país comercia con el resto del mundo. El Farfar riega los jardines y los vergeles que hay fuera de la ciudad. Los israelitas tienen en Damasco una mezquita llamada Goman-Daminesec, es decir, sinagoga de Damasco. No existe en la tierra un edificio semejante, y hay quien dice que fue en otro tiempo un palacio de Benhadad. Hay en ella una muralla de vidrio, construida por arte mágico, con tantas troneras o agujeros como días tiene el año solar; el sol, descendiendo doce grados, según el número de las horas del

día, entra cada día por uno de estos agujeros, pudiendo saber cada cual la hora que es, según el agujero por donde entra el sol. En el interior del palacio hay construidos casillas de oro y plata, del tamaño de tinas, que pueden contener tres personas, que quieran lavarse o bañarse».

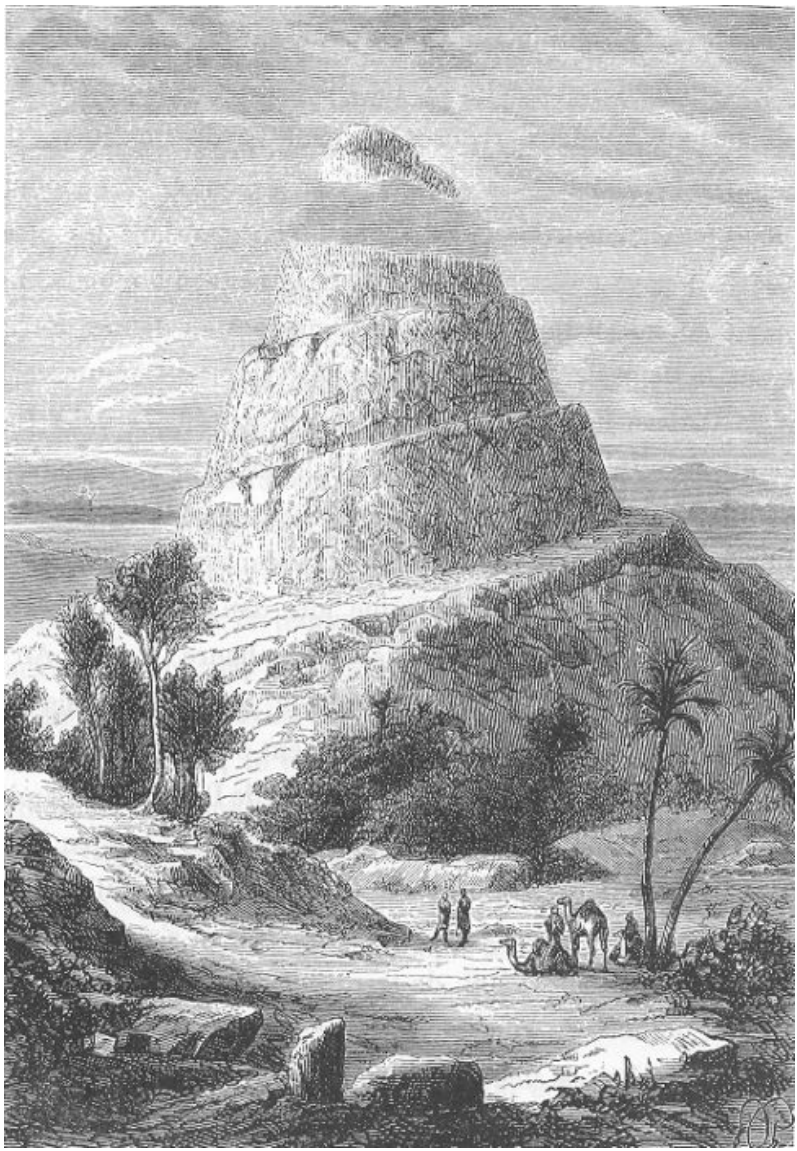
Después de Galaad y Salkah, situada a dos jornadas de Damasco, llegó Benjamín de Tudela a Balbek, la Heliópolis de los griegos y de los romanos, construida por Salomón en el valle del Líbano; luego a Tadmor, edificada como Palmira, coa grandes piedras. Siguió luego a Cariatin y se detuvo en Hama, destruida en parte por el terremoto que en 1157 destrozó muchas ciudades de la Siria.

Sigue en la relación del viaje una árida nomenclatura de poblaciones cuyos nombres se limita solamente a citar, tales como Halab, Beles, Kalatdajbar, Racca, Harran, la principal ciudad de los sábeos; Nisibe, Djeziret, cuyo nombre turco es Kora; Mosul, sobre el Tigris, donde comienza la Persia; Nínive, punto de partida del cual vuelve el viajero hacia el Eufrates; Rahaba, Karkesia, Juba, Abkera, y, en fin, Bagdad, residencia del califa.

Bagdad agrada mucho al viajero israelita; es una gran ciudad de tres millas de circunferencia, con hospital para los enfermos ordinarios y para los judíos. De todas partes acuden a ella los sabios, filósofos, conocedores de todas las ciencias y magos expertos en toda clase de encantamientos. Es residencia y capital de un califa, que según ciertos comentadores debe ser Mostaidjed, que reinaba en la Persia occidental en las riberas del Tigris. Este califa poseía un gran palacio en medio de un parque regado por un afluente del Tigris y poblado de animales salvajes. Este soberano puede ser propuesto, bajo cierto concepto, como ejemplo a todos loe potentados de la tierra. Es un hombre amante de la verdad, afable y atento con cuantos se acercan a él. Vive solamente del trabajo de sus manos, fabrica cobertores marcados con su sello, que hace vender en el mercado por los príncipes de su corte, a fin de proveer a los gastos de su manutención. No sale de su palacio más que una vez al año en la fiesta de Ramadán, para dirigirse a la mezquita que está en la puerta de Basora, y desempeña las funciones de imán, explicando la ley a su pueblo. Después vuelve a su palacio por un camino diferente, y la ruta que ha seguido se vigila todo el año, a fin de que ningún transeúnte profane las

huellas de sus pasos.

Los hermanos del califa habitan su mismo palacio; son tratados con toda clase de honores y tienen bajo su mando algunas villas y ciudades cuyas rentas les permiten pasar una vida agradable; pero, como en una ocasión se rebelaron contra su hermano, están atados con cadenas de hierro y tienen guardias delante de sus habitaciones.



Después de haber anotado estas particularidades, Benjamín de Tudela bajó por el ángulo de la Turquía Asiática bañada por el Tigris y el Eufrates y pasó por Gihiagin y Babilonia, ciudad arruinada, cuyas calles se extienden a treinta millas de circuito. Vio de paso el horno en que fueron arrojados Ananías, Misad y Azarías, así como Hillah y la torre de Babel, que describe así: «Allí está la torre que edificaron los dispersos. Era de ladrillo; sus cimientos ocupaban cerca de dos millas de extensión: la anchura de la torre era de doscientos cuarenta codos y su elevación era de cien canas. A. cada diez codos había rampas que conducían a una escalera de caracol por donde se subía hasta, arriba. Desde la torre se descubría el espacio de veinte millas, porque el país es llano; pero el fuego del cielo que cayó sobre la torre la destruyó hasta sus cimientos».

Desde Babel se dirigió el viajero a la sinagoga de Ezequiel, situada sobre el Eufrates, verdadero santuario al que afluyen los creyentes para leer, el gran libro escrito por la mano del profeta. Después pasó por Alkotzonath, Ain-Japhata, Lefras, Kefar, Kuffa, Sura, donde hubo una célebre universidad judía; Shafjathib, cuya sinagoga está construida con piedra de Jerusalén, y atravesando el desierto de Yemen pasó por Tema, Tilimas, Caibar, en la que había cincuenta mil israelitas; Waseth, y por fin, llegó a Basora, que se halla sobre el Tigris, casi en la extremidad del golfo Pérsico. El viajero no suministra ningún detalle acerca de esta importante y comercial ciudad, pero desde allí se dirigió probablemente a Karna para visitar la tumba del profeta Esdras; después entró en Persia deteniéndose en Chuzestan, gran ciudad, en parte arruinada, que divide el Tigris en dos mitades, la una rica, y la otra pobre, unidas ambas por un puente, sobre el cual y por motivo de equidad está suspendido el féretro de Daniel.

Benjamín de Tudela continúa su viaje por la Persia, pasando por Rudbar, Holwan, Mulehet y Amaría, donde comienza la Media; en este punto cuenta que apareció David el Rey, hacedor de milagros el cual no es otro que el Jesús de los judíos. Después llegó por Hamadan, donde se encuentran las tumbas de Mardoqueo y de Ester, y por Dabrestan llegó a Ispahan, capital del reino, que mide doce millas de circuito.

Al llegar a este punto, la relación del viajero se hace un tanto obscura. Siguiendo sus notas se le vuelve a encontrar en Shiras,

probablemente el reino de Herat en el Afghanistán, después en Samarcanda, y por último al pie del Tibet. Desde este punto extremo situado al Nordeste, debió volver a Nisapur y a Chuzestan en las orillas del Tigris, donde seguramente se embarcó, y después de navegar dos días bajaría a El-Cachiff, ciudad de la Arabia, situada en el golfo Pérsico, donde se explotan las pesquerías de perlas. Tras siete días más de navegación y después de atravesar el mar de Omán, debió llegar a Chulan, hoy día Quilón, en la costa de Malabar.

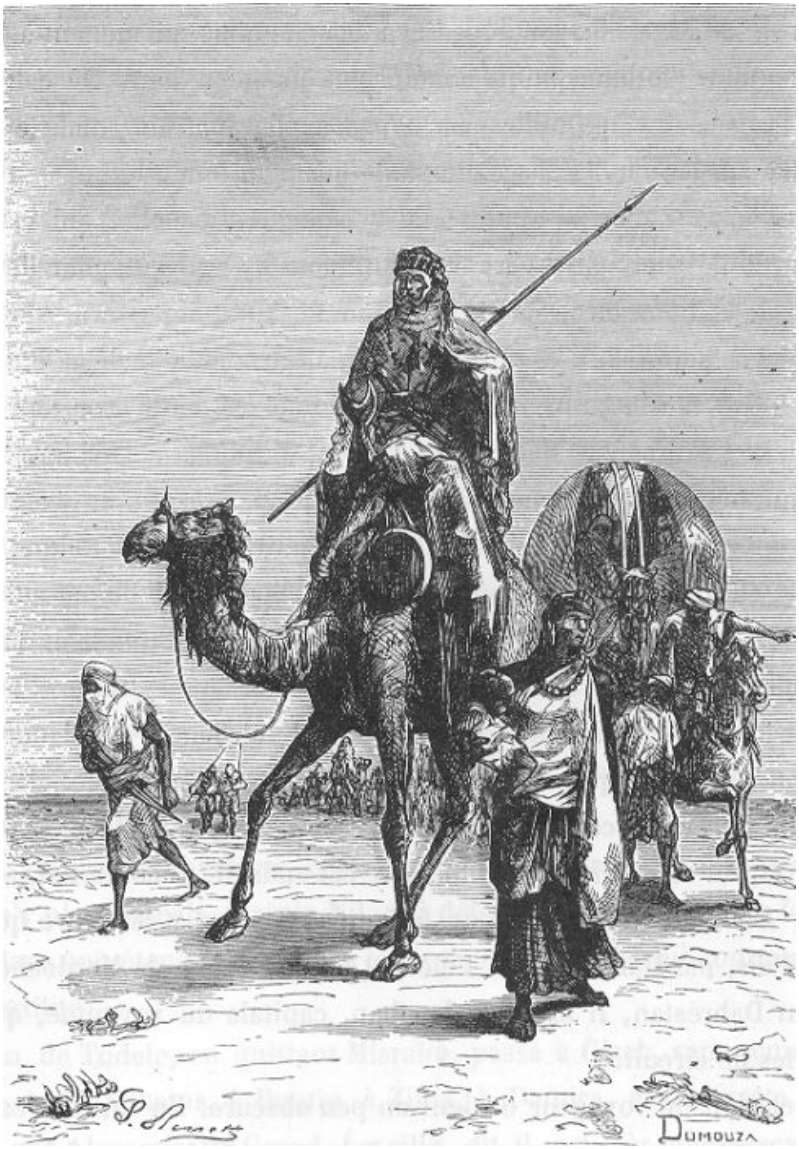
Benjamín de Tudela estuvo, finalmente, en las Indias, en el reino de los que adoran al Sol, hijos de Cush, contempladores de los astros. En este país se produce la pimienta, la canela y el jengibre. A los veinte días de su salida de Chulan, llegaba el viajero a las islas de Cinrag, es decir, a Ceylán, cuyos habitantes son fanáticos adoradores del fuego.

¿Desde Ceylán fue Benjamín de Tudela a la China? No puede afirmarse, pues considera muy peligroso el viaje por mar, en el que naufragan muchas embarcaciones. Así, pues, propone nuestro viajero el siguiente medio singular para librarse del peligro. «Se toman, dice, muchas pieles de buey, si llega el viento a amenazar el buque; el que quiere librarse se mete en una de estas pieles; la cose por dentro para que no penetre el agua en ella y después se arroja al mar; entonces, algunas de esas águilas grandes, llamadas grifos, al verle, cree que es un animal, baja, lo toma, y se lo lleva a tierra, transportándolo a alguna montaña o a algún valle para devorarlo, y entonces el hombre que se ha ocultado en la piel mata al águila con su cuchillo, y saliendo después de su piel se marcha a buscar algún lugar habitado. Son muchas las personas que se han salvado de esta manera».

Vuélvese a encontrar Benjamín de Tudela en Ceylán; después, probablemente en la isla de Socotora a la entrada del golfo Pérsico y en seguida en Sebid; atraviesa el mar Rojo y llega a Abisinia, que él llama «la India de tierra firme». Desde allí; siguiendo la corriente del Nilo, atravesando la comarca de Assuan, llega a la aldea de Holvan, y por el desierto de Sahara, donde el viento sepulta a las caravanas bajo una capa de arena, llega a Zavila, Kous, Faim y Misraim, es decir, el Cairo.

Misraim es una gran ciudad adornada de plazas y de tiendas.

Allí no llueve nunca, pero el Nilo se desborda una vez al año y riega el país «en una extensión de quince jornadas», comunicando a las tierras una extraordinaria fertilidad.



Al dejar Benjamín de Tudela a Misraim fue a Gizeh sin mirar sus pirámides, a Ain-Schams, a Boutig, a Zifita, a Damira, deteniéndose en Alejandría, edificada por Alejandro el Grande. La ciudad, dice, es

muy comercial y acuden a ella gentes de todas las partes del mundo; sus plazas y sus calles están muy concurridas, y son tan largas que no se les ve el fin. Extiéndese un dique una milla mar adentro, el cual sostiene una torre que levantó el conquistador, y en cuyo remate había dispuesto un mirador de cristal, «desde donde se podía ver a cincuenta jornadas de distancia todos los buques que acudieran de la Grecia o del Occidente a hacer la guerra o perjudicar de otra suerte la ciudad». Esta torre, si ha de creerse al viajero, servía también «de señal para todos los buques que navegan hacia Alejandría, porque se la descubre desde cien millas, bien sea de día o de noche, por medio de una gran antorcha que se enciende». ¿Qué son, comparados con esta torre, nuestros faros cuya luz alcanza a lo más a treinta millas aunque sea luz eléctrica?

Damieta, Sunbat, Ailah, Refidim y la aldea de Thor al pie del monte Sinaí fueron visitadas por el viajero judío, y al regresar al primero de los expresados puntos se embarcó, llegando a Messina veinte días después. Deseando proseguir haciendo el censo de sus correligionarios, subió por Roma y Luca a la Mauriena, al monte de San Bernardo, y cita gran número de ciudades de Alemania y Francia donde se habían refugiado los judíos, los cuales, según el cálculo que hizo Chateaubriand, en vista del itinerario de Benjamín de Tudela, ascenderían a
768 165.

Finalmente, para terminar, habla el viajero de París, que sin duda visitó, esa gran ciudad que pertenecía al rey Luis y que se halla situada en las orillas del Sena. «Encierra, dice, discípulos de sabios que no tienen iguales en el día en toda la tierra, los cuales se aplican día y noche al estudio de la ley, son muy hospitalarios para con todos los extranjeros, y demuestran su amistad y fraternidad con todos sus hermanos judíos».

Tal es el viaje de Benjamín de Tudela, el cual forma un importante monumento de la ciencia geográfica de la mitad del siglo XII; con el empleo del nombre actual de todas las ciudades citadas en el relato, no es difícil seguir su curso, consultando los mapas modernos.

Al nombre de Benjamín de Tudela, sucede en el orden cronológico el de Juan de Plan de Carpin, a quienes algunos autores llaman simplemente Carpini. Era éste un franciscano, que nació

hacia el año 1182, en una aldea del distrito de Perusa, en Italia. Conocidos son los progresos que hicieron las hordas mongolas bajo el mando del ambicioso Gengis-Kan. En 1206 el hábil jefe había hecho de Caracorum, antigua ciudad turca situada en la Tartaria, al norte de la China, la capital de su imperio. Bajo su sucesor Ogadai, se extendió la dominación de los mongoles hasta la China central, y este soberano bárbaro, armando un ejército de seis mil hombres, invadió la Europa. Rusia, Georgia, Polonia, Moravia, Silesia y Hungría, fueron teatro de luchas sangrientas que terminaban siempre en favor de Ogadai. Considerábase a estos mongoles como demonios lanzados por un poder infernal, y el Occidente se vio seriamente amenazado por su invasión.

El papa Inocencio IV envió una embajada al kan de los tártaros, la cual sólo obtuvo una respuesta arrogante y poco satisfactoria. Al propio tiempo se enviaron otros embajadores a los tártaros del Nordeste a fin de contener la irrupción mongola, y se eligió para jefe de esta embajada al franciscano Carpini, considerado a la sazón como un diplomático inteligente y hábil.

Carpini, acompañado de Esteban de Bohemia, se puso en camino el día 6 de abril de 1245. Dirigióse desde luego a Bohemia; el rey de este país le dio carta de recomendación para los parientes que tenía en Polonia y cuya influencia debía facilitar a los embajadores su entrada en Rusia. Carpini y sus compañeros llegaron sin dificultad hasta los Estados del duque de Rusia, donde por consejo de éste se compraron pieles de castor y de otros animales para regalárselas a los jefes tártaros. Provisto de esta suerte se dirigió Carpini hacia el Nordeste y llegó a Kiev, entonces capital de la Rusia, y actualmente residencia del gobierno de este nombre; pero no sin haber tenido que temerlo todo de los lituanos, que eran enemigos de la Cruz y recorrían entonces la comarca.

El gobernador de Kiev indujo a los embajadores del Papa a cambiar los caballos que llevaban por otros tártaros acostumbrados a descubrir la hierba debajo de la nieve, y así montados llegaron los embajadores a la ciudad de Danilón, donde cayeron gravemente enfermos, pero no bien se restablecieron compraron un carro, y a pesar del frío y de la nieve continuaron su camino. Al llegar a Kaniev, sobre el Dniéper, se encontraron en la primera aldea del imperio mongol; desde aquí los hizo acompañar al campamento de

los tártaros un jefe bastante brutal a quien fue necesario ablandar con regalos.

Aquellos bárbaros, después de haberles recibido bastante mal, los dirigieron al duque de Corrensa, que mandaba un ejército de vanguardia de sesenta mil hombres. Este general, ante el que tuvieron que arrodillarse, los envió, custodiados por tres tártaros, al príncipe Bathy, que era el jefe más poderoso después del emperador.

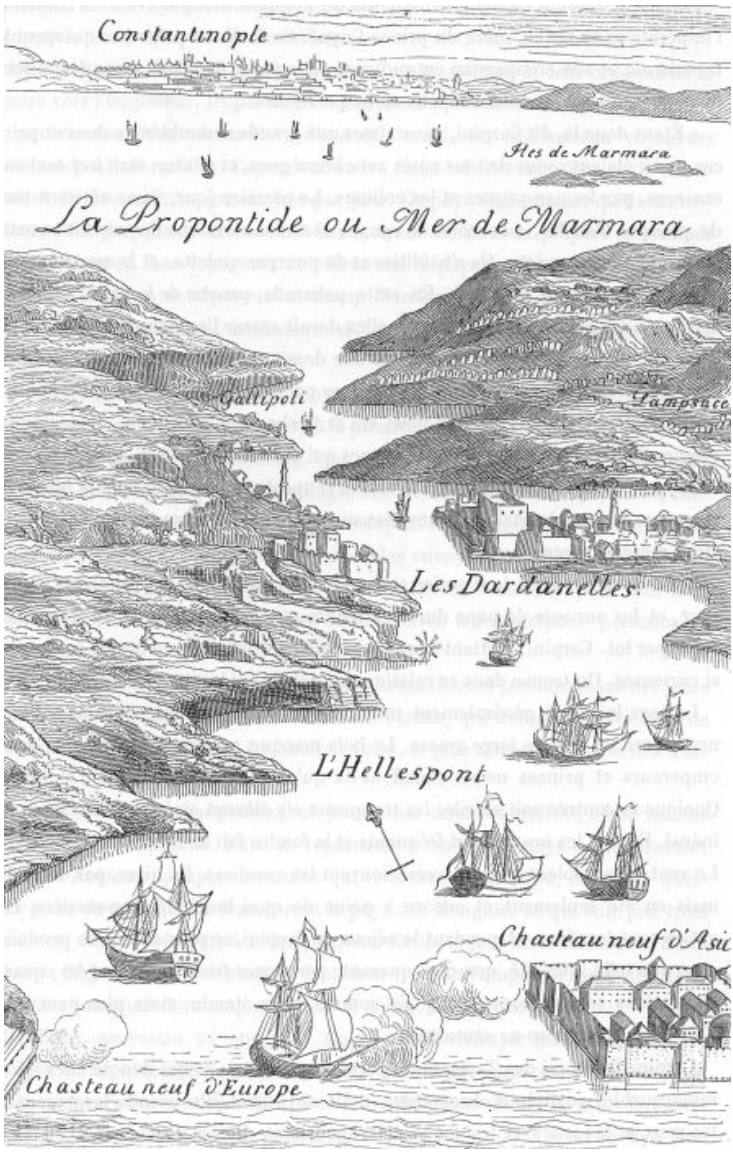
En el camino había preparados relevos de caballos de suerte que el viaje se hizo a grandes jornadas, siempre al trote, de día y de noche. El franciscano atravesó de esta manera el país de los comanes, comprendido entre el Dniéper, el Tañáis, el Volga y el Jaek, subiendo con frecuencia por ríos helados, y por fin llegó a la corte del príncipe Bathy, en las fronteras del país de los comanes. «Al conducirnos a la presencia de aquel príncipe, dice Carpini, se nos advirtió que debíamos pasar por entre dos fuegos a fin de que si acaso nos impulsara algún siniestro designio contra su señor y dueño, o lleváramos cualquier veneno, pudiera deshacer nuestros planes el fuego, a lo que accedimos para desvanecer toda sospecha».

El príncipe ocupaba un trono en medio de su corte y de sus oficiales, dentro de una magnífica tienda dé finísimo lino. Tenía fama de ser muy afable para con los suyos, pero muy cruel, en la guerra. Carpini y Esteban se colocaron a su izquierda.

Era viernes santo. Los enviados pontificios presentaron al príncipe las cartas del Papa, traducidas en lengua esclavona, árabe y tártara; aquél las leyó con mucha atención y envió a los embajadores a su tienda, donde por toda cena se les sirvió una escudillita de mijo.

Al siguiente día les llamó Bathy y les ordenó que se presentaran al emperador; con cuyo objeto partieron el día de Pascua con dos guías; pero como se alimentaban solamente con mijo, agua y sal, los infelices viajeros no tenían muchos ánimos; sin embargo, se les obligó a marchar muy rápidamente, cambiando de caballos cinco o seis veces al día. La parte de la Comania que atravesaban estaba casi desierta, a causa de haber sido exterminados la mayor parte de sus habitantes por los tártaros. Los viajeros penetraron en el país de los kangitas, al este de la Comania, en muchos de cuyos puntos escasea el agua. En esta provincia, las pocas tribus que encontraban,

se ocupaban únicamente en ganadería, sufriendo la dura servidumbre de los mongoles.



Hubo de emplear Carpini todo el tiempo que media desde la octava de Pascua a la de la Ascensión para atravesar el país de los kangitas, y penetró después en la comarca de los biserminos, es decir, de los musulmanes, que corresponden al Turkestán moderno.

Por todas partes se veían ciudades, aldeas y castillos derruidos; y emplearon en atravesar la montañosa región desde la Ascensión hasta la octava de San Juan, es decir, hasta el 1.º de julio, en cuya fecha entraron los enviados del papa en Kara-Kitay. El gobernador de la provincia los acogió bien, y para honrarles hizo bailar en su presencia a sus dos hijas con los principales personajes de su corte.

Al salir de Kara-Kitay cabalgaron los viajeros por algunos días a lo largo de un lago situado al norte de la ciudad de Yeman, que según opina Remusat, debía ser el lago Kesil-Basch. Allí residía Ordu, el capitán más antiguo de los tártaros.

Carpini y Esteban descansaron todo un día en aquel punto donde no les faltó la hospitalidad. Después, volvieron a partir a través del país frío y montañoso de los nemans, pueblos nómadas que vivían bajo tiendas, y, al cabo de algunos días de camino, cruzaron el país de los mongoles, en lo cual perdieron tres semanas, a pesar de la rapidez de su marcha. Finalmente, el día de la Magdalena, es decir, el 22 de julio, llegaron al punto donde sel hallaba el emperador, o más bien, el que iba a ser emperador, porque todavía no se había hecho su elección. El futuro soberano, que se llamaba Cuyné, reintegró generosamente a los enviado del Papa los gastos que habían hecho, pero no pudo recibirlos porque no intervenía aún en los negocios de Estado. No obstante, una carta del príncipe Bathy le había enterado de las razones que determinaron al Papa Inocencio IV, a enviarle una embajada.

Después de la muerte de Ogadai, desempeñaba la regencia del Imperio mongol la emperatriz viuda, madre del príncipe Cuyné. Esta princesa fue, pues, la que recibió al franciscano y a su compañero en audiencia solemne, en una tienda de púrpura, que podía contener dos mil personas.

«Estando allí, dice Carpini, vimos una gran asamblea de duques y príncipes que habían acudido de todas partes con sus gentes, y que montados a caballo se hallaban esparcidos por los campos y colinas. El primer día se vistieron de blanco, el segundo de rojo, y entonces fue cuando Cuyné se presentó en la tienda; el tercer día vistieron de color violeta y el cuarto de escarlata muy fina o carmesí. En una empalizada próxima a la tienda, había dos grandes puertas, por una de las cuales debía entrar solamente el emperador; en esta puerta no había ningún centinela, aun cuando permanecía

de par en par abierta, y todos entraban y salían por la otra, en la cual había centinelas con espada, arco y flecha, de manera que si alguien se aproximaba a la tienda más de lo que permitían los límites señalados y podían apoderarse de él, lo apaleaban, o le hacían huir a flechazos. Había allí muchos señores que en los arneses de sus caballos llevaban, a nuestro juicio, más de veinte marcos en plata».

Transcurrió un mes completo antes que Cuyné fuera proclamado emperador, y los enviados del Papa tuvieron que esperar hasta su elección, para poder ser recibidos por él. Carpini aprovechó estos días para estudiar las costumbres de aquellas curiosas hordas, de suerte que se hallan en relación de su viaje pormenores interesantes sobre este particular.

El país le pareció en general montañoso y arenisco con muy poca tierra de cultivo. Apenas se encuentra en él leña, de modo que el emperador y los príncipes no se calentaban sino quemando el estiércol de los animales. Aunque la comarca sea estéril, se mantienen fácilmente en ella los ganados. El clima es desigual; en verano son frecuentes las tempestades, causando los rayos numerosas víctimas; el viento es tan fuerte que derriba a menudo los jinetes; no hay lluvias durante el invierno, y las de verano son tan escasas, que apenas humedecen el polvo; las granizadas son terribles, y durante la permanencia de Carpini se produjo este fenómeno con tal intensidad que se ahogaron 140 personas al producirse el deshielo. En resumen, era un país extenso, pero más pobre y miserable de lo que puede imaginarse.

Carpini hace al propio tiempo un retrato muy exacto de los tártaros, retrato que demuestra en él notables cualidades de observador. «Tiene, dice, muy separados los ojos de las mejillas, cuyos pómulos son muy salientes; su nariz es achatada y chica; sus ojos muy pequeños y sus párpados se elevan hasta las cejas. Son muy delgados, de cintura estrecha, de estatura generalmente mediana, y escasa barba; pero muchos tienen algunos pelos en el labio superior y en la barbilla, que dejan crecer sin cortarlos nunca. En la cabeza llevan coronas como las de nuestros sacerdotes, y desde una oreja se afeitan unos tres dedos de ancho, dejando crecer hasta las cejas los cabellos que quedan entre su cojona y lo afeitado. A un lado y otro de la frente, llevan el catello medio cortado; en lo

restante lo dejan crecer tan largo como las mujeres, formando con él dos trenzas que se atan detrás de las orejas. Tienen los pies bastante pequeños».

Es muy difícil distinguir los hombres de las mujeres, porque sus trajes no se diferencian en nada; van vestidos con túnicas forradas de pieles, abiertas de arriba abajo, y gorras de bucarán o de púrpura

que se ensanchan por la parte superior. Viven en casas en forma de tiendas, hechas con ramas y palos que pueden desmontarse y transportarse sobre acémilas. Otras hay más grandes que no se desmontan y las transportan en carros, siguiendo a sus dueños y a través del país.

Los tártaros creen en un Dois creador de todas las cosas, así visibles como invisibles, que premia o castiga, según los méritos; pero adoran también el Sol y la Luna, el fuego, la tierra y el agua, y se postran ante ídolos rellenos de barro hechos a semejanza del hombre. Son poco tolerantes y han martirizado a Miguel de Turnigow y Feodor, a quienes ha colocado la Iglesia griega en el número de los santos, porque se negaron a prosternarse hacia el mediodía, a semejanza de los tártaros, como les ordenaba el principe Bathy. Estos pueblos son supersticiosos; creen en los encantamientos y hechicerías y admiten que el fuego lo purifica todo. Cuando muere uno de sus señores se le entierra con una mesa, un plato de carne, una taza de leche de yegua, una yegua con su potro y un caballo ensillado y embridado.

Los tártaros son muy obedientes a sus jefes; evitan la mentira, huyen de las discusiones; son entre ellos raros los homicidios y las vías de hecho; cometen pocos robos y jamás encierran los objetos preciosos. Soportan sin quejarse el ayuno y la fatiga, el calor y el frío, jugando, cantando y bailando en toda ocasión, pero son propensos a la embriaguez; su principal defecto consiste en ser orgullosos, despreciar a los extranjeros y en no estimar en nada la vida humana.

Para concluir de pintarlos, añade Carpini que aquellos bárbaros comen toda clase de carne, como la de perro, lobo, zorra, caballo y hasta la humana si así lo exige la necesidad. Su bebida consiste en leche de yegua, de cabra, de vaca y de camella; no conocen el vino, ni la cerveza ni el hidromel, sino únicamente licores embriagadores. Por otra parte, son muy sucios, y a falta de otros comestibles se alimentan de ratones y sabandijas; no lavan jamás los platos en que comen, y a lo sumo lo hacen con los guisos mismos; ni se limpian sus vestidos, ni permiten a los demás que lo hagan; «sobre todo cuando truena». Los hombres no se sujetan a ningún trabajo; cazar, tirar el arco, cuidar de los ganados y montar a caballo son todas sus ocupaciones. Las jóvenes y las mujeres no desdeñan estos ejercicios,

en los cuales son muy diestras y muy audaces; además curten pieles y hacen los vestidos, guían los carros y los camellos, y desempeñan estos diversos trabajos, tanto mejor cuanto que son numerosas en las familias, pues aquellos bárbaros polígamos compran a buenos precios cuantas mujeres pueden mantener.

Tal es el resumen de las observaciones hechas por Carpini durante el mes que permaneció en
Sira-Orda,
esperando la elección del emperador. En breve indicaron ciertos síntomas hallarse ésta próxima. En efecto, cantábase delante de Cuyné cuando, salía de su tienda, se le saludaba con lindas varillas que tenían en su extremo un copo de lana escarlata. A cuatro leguas de
Sira-Orda,
en una llanura, y en la margen de un arroyuelo habíase preparado una tienda, destinada a la coronación, tapizada de púrpura por dentro y sostenida por dos columnas incrustadas de láminas de oro. Por fin, el día de San Bartolomé se reunió una numerosa asamblea en que todos los concurrentes oraban de continuo con el rostro vuelto hacia el Mediodía, prosternación idólatra a que el franciscano y su compañero rehusaron asociarse. Después, colocado Cuyné en la silla imperial doblaron ante él la rodilla los duques y el pueblo. Estaba consagrado.

Acto continuo Carpini y Esteban fueron admitidos a la presencia del emperador, no sin registrarlos antes que penetraran en la tienda al mismo tiempo que otros embajadores portadores de ricos presentes. En cuanto a ellos, pobres enviados del Papa, no podían ofrecer nada. ¿Influyó esto en la acogida que se les hizo? No lo sabemos; lo cierto es que transcurrió largo tiempo antes de que Carpini y Esteban pudieran enterar a Su Majestad tártara de la misión que allí les llevaba. Los días pasaban, siendo muy maltratados y muriéndose de hambre y de sed, cuando el día de San Martín les hicieron comparecer a la presencia del intendente y de los secretarios del emperador para entregarles unas cartas dirigidas al Papa que terminaban con las soberbias palabras, fórmula final de los soberanos asiáticos: «Adoramos a Dios, y con su ayuda destruiremos toda la tierra desde el Oriente al Occidente».

Hacia el día de Santa Brígida, partieron los embajadores, y

durante todo el invierno, caminaron por desiertos helados. Por la Asunción, llegaban a la corte del príncipe Bathy, quien les dio pasaportes, y no volvieron a entrar en Kiew hasta quince días antes de San Juan del año 1247. El 9 de octubre nombraba el Papa a Carpini arzobispo de Antivari, en Dalmacia. Este célebre viajero murió en Roma por el año 1521.

La misión de Carpini no produjo ningún resultado, y los tártaros continuaron siendo lo que eran, hordas feroces y salvajes. Sin embargo, seis años después del regreso del franciscano, fue enviado otro monje menor, llamado Guillermo de Rubruquis, de origen belga, a visitar a aquellos bárbaros que habitaban el territorio situado entre el Don y el Volga.

Diremos el objeto de la misión.

En aquella época, San Luis guerreaba con los sarracenos del Siria, y mientras él hostigaba a los infieles, un príncipe mogol, Erkaltay, les atacaba por la parte de la Persia, haciendo una diversión favorable al rey de Francia. Circuló, pues, el rumor de que este príncipe se había convertido al cristianismo, y, deseando San Luis asegurarse del hecho, encargó al monje Rubruquis que observara a Erkaltay en su propio país.

En el mes de junio de 1253, se embarcaron Rubruquis y sus compañeros para Constantinopla, y desde allí marcharon a la desembocadura del Don, en el mar de Azof, donde encontraron muchos godos descendientes de las tribus germánicas. Al llegar a Tartaria, los enviados del rey de Francia fueron bastante mal recibidos, pero al presentar sus cartas al gobernador Zagathal, pariente del kan, aquél les facilitó carros, caballos y bueyes para su viaje. Partieron, pues, y al día siguiente encontraron un pueblo ambulante; eran unos carros cargados de casas que pertenecían al gobernador. Los viajeros vivieron por espacio de diez días con esa tribu, que no se distinguía verdaderamente por su generosidad, y a no ser por sus provisiones de galleta, Rubruquis y sus compañeros se hubieran muerto de hambre sin duda alguna. Al llegar al extremo del mar Azof, se dirigieron hacia el Este, a través de un árido desierto, sin un árbol y sin una piedra. Era el país de los comanes, que había atravesado más al Norte Carpini. Rubruquis, dejando al Sur las montañas habitadas por las poblaciones circasianas, llegó después de un viaje fatigoso de dos meses, al campo del príncipe

Sartach, establecido en las orillas del Volga.

Allí estaba la corte del príncipe, hijo de Baatu-Kan, el cual tenía seis esposas, y cada una de ellas poseía un palacio, casas y doscientas carretas, algunas de veinte pies de longitud, que eran arrastradas por veintidós bueyes, formando once yuntas.

Sartach recibió a los enviados del rey de Francia con suma afabilidad, y viéndoles pobres, les suministró cuanto necesitaban; pero Rubruquis y sus compañeros tuvieron que presentarse ante el príncipe revestidos con sus hábitos sacerdotales. Pusieron, pues, sobre un cojín una magnífica Biblia, regalo del rey de Francia; un Salterio, regalo de la reina; un misal, un crucifijo y Un incensario, y entraron en la estancia del príncipe, teniendo mucho cuidado de no tocar el umbral de la puerta, lo cual hubiera sido una profanación inexcusable. Una vez en presencia de Sartach, estos piadosos embajadores entonaron el *Salve Regina*. El príncipe y una de las princesas que asistían a la ceremonia, examinaron atentamente los ornamentos de los religiosos y les permitieron retirarse. En cuanto a si Sartach era cristiano, Rubruquis no se atrevió a averiguarlo.

Empero no estaba terminada la misión de los enviados del rey San Luis, así es que el príncipe les encargó que fuesen a la corte de su padre. Obedeció Rubruquis, y atravesando por tribus mahometanas que habitaban en la comarca comprendida entre el Don y el Volga, llegó al campo del rey, situado a orillas del río.

Allí se verificó la misma ceremonia que en la corte del príncipe Sartach. Los religiosos se revistieron de sus ornamentos de iglesia, y se presentaron así delante del kan, que ocupaba un sitial dorado tan ancho como una cama. Pero Baatu creyó que no debía tratar por sí mismo con los embajadores del rey de Francia, y les envió a Caracorum, corte de Mangu-Kan.

Atravesó Rubruquis el país de los baskhirs, estuvo en Kenchat y Talach, pasó el Axiartes y llegó a Equius, ciudad cuya posición no han podido determinar los comentadores; después, por la tierra de Organum, donde se ve el extenso lago de Balka, y por el territorio de los uigurs, llegó a Caracorum, capital ante la cual se había detenido Carpini, sin entrar en ella.

Esta ciudad, según Rubruquis, estaba rodeada de murallas de tierra, con cuatro puertas. Dos mezquitas y una iglesia cristiana formaban sus principales monumentos. El monje recogió en esta

ciudad algunas noticias acerca de los pueblos vecinos, principalmente de los tanguros, cuyos bueyes, de una raza especial, no son otros que los yacks, tan renombrados en el Tibet, y acerca de los tibetanos, cuya más extraña costumbre consiste en comerse los cadáveres de sus padres, con el objeto de procurarles una honrosa sepultura.

Sin embargo, el gran kan no se encontraba a la sazón en Caracorum. Rubruquis y sus compañeros hubieron de trasladarse a su residencia, situada al otro lado de las montañas que se elevan en la parte septentrional de la comarca. Al siguiente día se presentaron en la corte descalzos, conforme la regla franciscana, a consecuencia de lo cual se les helaron los dedos de los pies. Introducidos a la presencia de Mangu-Kan, vieron «un hombre de nariz aguileña, de mediana estatura, tendido en un diván y vestido con una brillante piel manchada como la de una vaca marina». Hallábase rodeado de muchos halcones y otras aves. Ofrecieron a los enviados del rey de Francia toda clase de licores, un ponche de arrack, leche de yegua fermentada, y una especie de hidromiel; pero ellos se abstuvieron de beber; aun cuando no hizo lo mismo el kan, el cual perdió al poco rato el conocimiento bajo la influencia de aquellas bebidas excitantes, teniendo que levantarse la audiencia sin que los embajadores llenaran su misión.

Rubruquis pasó muchos días en la corte de Mangu-Kan. En ella encontró gran número de prisioneros alemanes y franceses, empleados principalmente en la fabricación de armas y en la explotación de las minas de Bocol. Estos prisioneros eran bien tratados por los tártaros, por lo que no se quejaban de su situación. Después de haber recibido el kan varias veces en audiencia a Rubruquis, obtuvo éste el permiso de partir, y volvió a Caracorum.

Cerca de esta ciudad se eleva un magnífico palacio de la pertenencia del kan, semejante a una inmensa iglesia con su nave. Allí es donde el soberano se sentaba en un estrado alzado al extremo septentrional; los hombres se colocaban a su derecha y las mujeres a su izquierda. En el mismo palacio se celebraban cada año dos espléndidas fiestas en las que todos los señores del país se reúnen alrededor de su soberano.

Durante su permanencia en Caracorum, Rubruquis recogió interesantes documentos referentes a los chinos, a sus costumbres,

su escritura, etc. Después, dejando la capital de los mongoles, volvió a emprender el camino que había ya recorrido; pero no bien llegó a Astrakán, en la embocadura del gran río, descendió hacia el Sur, entró en Siria, y custodiado por una escolta de tártaros, lo cual era necesario a causa de que existían varias tribus que se entregaban al pillaje, llegó a Derben, la ciudad de las Puertas de Hierro. Desde este punto, por Nakshivan, Erzerum, Sivas, Cesárea e Iconium, llegó al puerto de Curch, donde se embarcó para regresar a su patria.

Según puede observarse, su viaje se parece bastante al de Carpini, pero es menos interesante su relación, y de ella se desprende que el fraile belga no estaba dotado del espíritu observador que caracteriza al franciscano italiano.

Con Carpini y Rubruquis concluye la lista de los exploradores que se hicieron célebres en el siglo XIII; pero su renombre debía ser superado con mucho, por el del veneciano Marco Polo, el viajero más ilustre de toda aquella época.

IV

MARCO POLO (1253-1324).

I

Interés de los mercaderes genoveses y venecianos en provocar exploraciones en el centro de Asia. —La familia Polo y su posición en Venecia. —Los dos hermanos Nicolás y Mateo Polo. —Su viaje desde Constantinopla a la corte del emperador de la China. —Su recepción en la corte de Kublai-Kan. —El emperador los nombra sus embajadores cerca del Papa. —Su regreso a Venecia. —Marco Polo parte con su padre Nicolás y su tío Mateo a la residencia del rey tártaro. —El nuevo pontífice Gregorio X. —La relación de Marco Polo escrita en francés, dictándosela él mismo, por Rusticiano de Pisa.

Los mercaderes genoveses y venecianos no podían permanecer indiferentes a las exploraciones que emprendían audaces viajeros en el Asia Central, la India y la China, comprendiendo que aquellas comarcas ofrecían nuevos mercados donde podrían expender sus productos y realizar al mismo tiempo inmensos beneficios en Occidente con las mercaderías de la industria oriental.

Los intereses comerciales debieron impulsar a algunos nuevos viajeros por la vía de descubrimientos. Tales fueron las razones que

decidieron a dos nobles venecianos a abandonar su patria y arrostrar cuantas fatigas y peligros se encuentran en tan arriesgados viajes con el objeto de extender sus relaciones comerciales.

Estos dos viajeros pertenecían a la familia Polo, originaria de Dalmacia, a quienes sus riquezas adquiridas en el comercio, habían colocado en la categoría de las familias patricias de Venecia.

En 1620, los hermanos Nicolás y Mateo, que se encontraban desde hacía muchos años en Constantinopla, donde habían establecido una sucursal, se dirigieron con una considerable colección de alhajas a la factoría de Crimea, que dirigió su hermano mayor Andrés Polo. Desde este punto, subiendo hacia el Nordeste y atravesando el país de Comania, llegaron al campo de Barkai-Kan, situado a; orillas del Volga. Este príncipe mongol recibió muy bien a los dos mercaderes venecianos, y les compró todas las alhajas que le ofrecían, por doble precio de su valor.

Nicolás y Mateo permanecieron allí un año; pero en aquella época (1262), estalló una guerra entre Barkai y el príncipe Hulagú, conquistador de Persia. Los dos hermanos no quisieron quedarse expuestos en medio de unas comarcas atacadas por los tártaros, y prefirieron ir a Bolghara o Bokhara, que era la principal residencia de Barkai, donde permanecieron durante tres años. Vencido Barkai y tomada su capital, los partidarios de Hulagú indujeron a los venecianos a que les siguiesen a la residencia del gran kan de Tartaria, cuyo príncipe seguramente les acogería bien. Era éste Kublai-Kan, cuarto hijo de Gengis-Kan, y emperador de la China, que a la sazón se encontraba en su residencia de verano en Mongolia, en la frontera del imperio chino.

Los mercaderes venecianos emprendieron su marcha y emplearon un año entero en cruzar esta inmensa extensión de terreno que separa a Bolghara de los límites septentrionales de la China. Kublai-Kan recibió con sumo gusto a estos viajeros extranjeros procedentes de los países occidentales; les obsequió, mucho y les interrogó con solicitud acerca de los acontecimientos que ocurrían entonces en Europa, pidiendo amplios pormenores sobre los emperadores y reyes, su administración y su modo de hacer la guerra; y después les habló largamente del Papa y de los asuntos de la Iglesia latina.

Mateo y Nicolás hablaban correctamente el tártaro y contestaron con franqueza a todas las preguntas del emperador. Entonces concibió éste la idea de enviar mensajeros al Papa, y rogó a los dos hermanos que fueran sus embajadores cerca de Su Santidad. Los mercaderes aceptaron con gratitud semejante distinción, porque revestidos de aquel carácter podrían efectuar el regreso a su patria

en condiciones ventajosas. El emperador mandó extender cartas en lengua turca, pidiendo al Papa que le enviara cien hombres de luces para convertir los idólatras al cristianismo, y dispuso también que acompañara a los dos venecianos uno de los señores de su corte llamado Cogatal, encargándoles que le trajesen aceite de la lámpara sagrada que ardía continuamente sobre la tumba de Jesucristo en Jerusalén.

Los dos hermanos, provistos de pasaportes que ponían a su disposición hombres y caballos en toda la extensión del imperio, se despidieron del kan y se pusieron en camino en 1266. Pero en breve el barón de Cogatal cayó enfermo, y los viajeros se vieron obligados a separarse de él y continuaron su camino. Mas a pesar de todo auxilio que recibieron, tardaron tres años en llegar a Layas, puerto de la Armenia, conocido actualmente con el nombre de Issus, y situado en el golfo Isico. Dejaron a Layas y llegaron a Acre en 1269; allí supieron la muerte del Papa Clemente IV, a quien iban enviados; pero el legado Tebaldo, que residía en esta población, recibió a los venecianos, y al saber la misión de que les había encargado el gran kan, les dijo que esperasen la elección del nuevo pontífice.

Mateo y Nicolás, que estaban ausentes de su patria hacía quince años, resolvieron volver a Venecia. Marcharon, pues, a Negroponto, y se embarcaron en un buque que los condujo directamente a su ciudad natal.

Al desembarcar, supo Nicolás la muerte de su esposa y el nacimiento de un hijo que había visto la luz algunos meses después de la marcha de su padre y que se llamaba Marco. Los dos hermanos tenían empeño en cumplir su misión y esperaron dos años en Venecia la elección del nuevo Papa; pero como ésta no se verificaba, creyeron que no podían diferir por más tiempo su regreso al imperio mongol, y así partieron para Acre, llevando consigo al joven Marco, que a la sazón contaba sólo diecisiete años. En Acre volvieron a encontrar al legado Tebaldo, el cual les autorizó para ir a buscar a Jerusalén aceite de la lámpara del Santo Sepulcro. Cumplida esta misión volvieron a Acre, y a falta de Papa, pidieron al Legado cartas para Kublai-Kan, en las cuales debía hacerse mención de la muerte del pontífice Clemente IV. Tebaldo les dio las cartas que deseaban, y ambos hermanos volvieron a

Layas, donde supieron con alegría que Tebaldo acababa de ser elegido Papa con el nombre de Gregorio X, el 1.º de septiembre de 1271. El nuevo Papa les llamó inmediatamente, y el rey de Armenia puso una galera a su disposición para trasladarse más rápidamente a Acre. El Papa los recibió con gran satisfacción, les entregó cartas para el emperador de la China, hizo que se agregasen a él los dos hermanos predicadores, Nicolás de Viena y Guillermo de Trípoli, y les dio su bendición.

Los embajadores se despidieron entonces de Su Santidad, y volvieron a Layas; pero apenas llegaron a esta ciudad, estuvieron a punto de ser hechos prisioneros por las partidas del sultán mameluco Bibars, que asolaba entonces la Armenia.

Los dos padres dominicos, poco satisfechos de este comienzo, renunciaron a su viaje a la China, dejando a los dos venecianos y a Marco Polo el cuidado de entregar al emperador mongol las cartas del Papa.

Aquí es donde comienza el viaje propiamente dicho de Marco Polo. ¿Visitó realmente todos los países y las poblaciones que describe? No, sin duda alguna; y en la narración escrita en francés y que dictó a Rusticiano de Pisa, se dice rotundamente, que «Marco Polo, sabio y noble ciudadano de Venecia, vio todo esto con sus propios ojos, y lo que no vio lo oyó de boca de personas veraces».

No obstante, debemos decir que la mayor parte de las ciudades y países citados por Marco Polo han sido realmente recorridos por él. Seguiremos, pues, el itinerario tal como existe en su relato, indicando solamente lo que el célebre viajero supo de oídas durante las importantes misiones que le confió el emperador Kublai-Kan. Durante su segundo viaje, no siguieron exactamente los venecianos el mismo camino que tomaron cuando se dirigieron por primera vez al celeste imperio. Entonces pasaron por el Norte los montes celestes, que son los Thian-chap-pe-lu, lo cual alargó su camino. En el viaje rodearon por el Sur los mismos montes, y no obstante, aunque este camino fuese más corto que el anterior, emplearon tres años y medio en recorrerlo, a causa de las lluvias y del desbordamiento de los grandes ríos. Fácil será seguir el itinerario en un mapa de Asia, pues hemos substituido a los antiguos nombres del relato de Marco Polo la nomenclatura de los mapas modernos.

II

La Pequeña Armenia. —La Gran Armenia. —El monte Ararat. —La Georgia. —Mosul, Bagdad, Bassora, Tauris. —La Persia. —La provincia de Kirmán. —Comadi. —Ormuz. —El Viejo de la montaña. —Cheburgan. —Balk. —El Balaciam. — Cachemira. —Caschgar. —Samarcanda. — Cotán. —El Desierto. —Tangut. —Caracorum. —Signan-fu. —Tendue. — La gran muralla. —Ciandu, la actual ciudad de Changtu. —La residencia de Kublai-Kan. —Cambaluc, actualmente Pekín. — Las fiestas del emperador. —Sus cacerías. —Descripción de Pekín. —La casa de la moneda y los billetes de banco chinos. —Los correos del imperio.

Al dejar la ciudad de Isus, habla Marco Polo de la pequeña Armenia como de una tierra muy insalubre y cuyos habitantes, si fueron valientes en otro tiempo, se han vuelto después viles y miserables, sin tener otra habilidad que la de embriagarse. Referente al puerto de Isus, consigna que era la factoría de las más preciosas mercancías del Asia y el punto de reunión de los mercaderes de todos los países. Desde la pequeña Armenia pasó Marco Polo a la Tucumania, cuyas tribus, sencillas y algo salvajes, utilizaban buenos pastos para la cría de afamados caballos y mulos; los obreros de las ciudades descollaban en la fabricación de tapices y tela de seda.

La Gran Armenia, que Marco Polo visitó en seguida, ofrecía al ejército tártaro un buen campamento de verano, y allí visitó el viajero al monte Ararat, donde se detuvo el arca de Noé después del diluvio, y en las tierras que confinan con el mar Caspio encontró abundantes fuentes de nafta, que son objeto de gran explotación.

Marco Polo, dejando entonces, la Gran Armenia, se dirigió por el Nordeste hacia la Georgia, reino que se extiende por la vertiente meridional del Cáucaso, y cuyos antiguos reyes tenían al nacer,

según la tradición, «una águila dibujada en el hombro derecho». Los georgianos, según él, son buenos arqueros y aptos para la guerra. Los obreros del país fabrican admirables telas de seda y de oro. Allí está el célebre desfiladero de cuatro leguas de largo, situado entre el Cáucaso y el mar Caspio, que llaman los turcos la Puerta de Hierro, y los europeos el paso de Derbent, y el maravillosa lago del que se cuenta que sólo produce pescado durante la cuaresma.

Después descendieron los viajeros hacia el reino de Mosul y llegaron a la ciudad de su nombre, situada en la orilla derecha del Tigris, pasando después a Bagdad, donde vivía el califa de todos los sarracenos del mundo. Refiere Marco Polo en este pasaje la toma de Bagdad por los tártaros en 1255, y cita una historia maravillosa en apoyo de la máxima cristiana de que la fe levanta montañas; después indica a los mercaderes la ruta que conduce desde esta ciudad al golfo Pérsico, viaje que puede hacerse en dieciocho días, atravesando el río y el país de los dátiles.

El itinerario de Marco Polo aparece interrumpido desde este punto hasta Tauris, ciudad persa de la provincia de Adzerbaidjan. Como quiera que sea, vuelve a encontrársele en Tauris, grande y mercantil ciudad, edificada en medio de hermosos jardines y que hace el tráfico de piedras preciosas y de otras mercancías de alto precio; pero cuyos habitantes sarracenos son malos y desleales. Allí hace la división geográfica de la Persia en ocho provincias. Los indígenas de la Persia son, según él, terribles para los mercaderes que no pueden viajar sin ir armados de arcos y flechas. El principal comercio del país consiste en caballos y asnos que se envían a Kis o a Ormuz, y de allí a las Indias. En cuanto a los productos agrícolas, consiste en trigo, cebada, mijo y uvas en abundancia.

Marco Polo descendió hacia el Sur hasta Yezd, la ciudad más oriental de la Persia propiamente dicha, excelente población, noble e industriosa; al dejarla los viajeros hubieron de cabalgar durante siete días a través de magníficos bosques abundantes en caza, para llegar a la provincia de Kirman, en la cual algunos mineros explotaban con provecho minas de turquesas, de hierro y de antimonio; ocupábanse también gran número de habitantes en hacer bordados a mano, en la fabricación de arneses y de armas, y en amaestrar halcones para la caza.

Al dejar la ciudad de Kirman, Marco Polo y sus dos compañeros

emplearon nueve días en atravesar una comarca rica y populosa pare, llegar a Comadi, que se supone que sea la Memaun moderna que a la sazón ya estaba en decadencia. La campiña era soberbia; veíanse en todas partes rebaños de hermosos y gordos carneros, bueyes blancos como la nieve, de cuernos cortos y fuertes, y por millares ortegas y otras clases de caza; además magníficos árboles, principalmente palmeras, naranjos y alfóncigos.

Al cabo de cinco días de viaje hacia el Mediodía, entraron los tres viajeros en la magnífica llanura de Formosa, hoy día Ormuz, regada por caudalosos ríos. Después de otros dos días más de marcha se encontró Marco Polo en las playas del golfo Pérsico, en la ciudad de Ormuz, que es el puerto marítimo del reino de Kirman. Le pareció el país muy cálido y malsano, pero rico en palmeras y árboles de especias; la ciudad contenía almacenes de productos agrícolas, piedras preciosas, telas de seda y oro, dientes de elefante, vino extraído de los dátiles y otras mercancías; allí acudían numerosas embarcaciones de un solo palo aseguradas con pernos en vez de clavos, muchas de las cuales perecían al atravesar el mar de las Indias.

Desde Ormuz, volvió Marco Polo al Kirman tomando la dirección del Nordeste, y se lanzó por caminos peligrosos a través de un árido desierto, en el cual no se encontraba más que un agua salobre, desierto que 1500 años antes atravesó Alejandro con su ejército, después de haberse reunido con el almirante Nearco en las bocas del Indo; y siete días después entraba el veneciano en la ciudad de Khabis, fronteriza del reino de Kirman. Al dejar este ciudad, atravesó en ocho días otro desierto y llegó a Tonocain que debe ser la capital actual de la provincia de Kumis, o sea Damaghan. Aquí Marco Polo suministra algunos antecedentes acerca del Viejo de la montaña, el jefe de los asesinos, secta mahometana que se distinguía por su fanatismo religioso y sus espantosas crueldades. Después de seis días de marcha llegó a la ciudad corasana de Cheburgan, la ciudad por excelencia, donde son los melones más dulces que la miel, y se trasladó después a la noble ciudad de Balck, situada cerca del Oxus. Atravesó más tarde una comarca donde se encuentran algunos leones, y llegó a Taikan, gran mercado de sal que atrae numerosos traficantes y a Scasem, que algunos comentadores opinan sea la moderna Goundoz, en cuya

comarca se encuentran muchos puercos espines, y según dice Marco Polo, cuando se trata de cazar a estos animales, se reúnen en compacte grupo y se defienden de los perros presentando las espinas de que están provistos. En la actualidad es sabido a qué podemos atenernos respecto de la facultad defensiva que atribuye el viajero al puerco espín.

Entonces entraron los viajeros en el territorio montañoso, de Balacian, comarca fría que produce buenos caballos muy corredores, halcones muy voladores y toda especie de caza; allí hay minas de rubíes orientales, que explota el rey en provecho propio en una montaña llamada Sighinan, en la que nadie puede poner el pie, bajo pena de muerte; recógense también en otros lugares minerales de plata y muchas piedras con que se hace «el azul más fino del mundo», es decir, el lapislázuli. A diez jornadas de Balancian, se encuentra una provincia que debe ser la Paishora moderna, cuyos habitantes idólatras tienen la tez muy obscura; luego, a siete leguas de camino, hacia el Mediodía, está el reino de Cachemira, país templado, con numerosas ciudades y aldeas, y cuyo terreno, lleno de quebradas y desfiladeros, facilita la defensa. Si Marco Polo hubiera seguido desde este punto más adelante en igual dirección, hubiera entrado en el territorio de la India, pero subió hacia el Norte, y al cabo de doce días se encontró en el territorio de Vaccan, regado por la corriente superior del Oxus, y en medio de aquellos magníficos pastos donde pacen inmensos rebaños de carneros salvajes que se llaman verracos. Desde allí, por las comarcas del Pamer y de Belor, territorios montañosos situados entre los sistemas orográficos del Altai y del Himalaya, para atravesar los cuales necesitaron los viajeros cuarenta días de una marcha penosa, llegaron a la provincia de Caschgar. Aquí fue donde Marco Polo tomó el itinerario de Mateo y Nicolás Polo en su primer viaje, donde fueron llevados desde Bolghara a la residencia del gran kan. De Caschgar, Marco Polo se encaminó al Oeste para llegar hasta Samarcanda; gran ciudad habitada por cristianos y sarracenos; después, volviendo a pasar por Caschgar, se dirigió a Yarkund, ciudad frecuentada por las caravanas que hacen el comercio entre la India y el Asia septentrional; entonces, pasando por Cotan, capital de la provincia de este nombre, y Pein, ciudad incierta, situada en una comarca abundante en jaspe y calcedonia, llegó al reino de

Circacian, tal vez Kharachar, que debía extenderse sobre las fronteras del desierto de Gobi; al cabo de cinco días a través de las llanuras arenosas, faltas de agua potable, descansó ocho días en la ciudad de Lob, que está destruida actualmente, en la que hizo todos sus preparativos para atravesar el desierto que se extiende al Este, «desierto tan largo, dice, que sería necesario un año para atravesarle en toda su longitud; desierto habitado por los espíritus, y en medio del cual resuenan tambores invisibles y otros instrumentos».

Emplearon los tres viajeros un mes en cruzar aquel desierto, y llegaron a la provincia de Tangut, tocando a Cha-tcheu, ciudad construida en el límite occidental del imperio chino. Pocos comerciantes hay en esta provincia, pero en cambio cuenta numerosos labradores que viven del producto del trigo. Entre las costumbres del Tangut que llamaron la atención de Marco Polo, debe citarse la de no quemar los cadáveres hasta el día que fijan los astrólogos, y «mientras tienen el difunto en casa, sus parientes le ponen cubierto en la mesa y le sirven de comer y beber como si estuviera vivo».

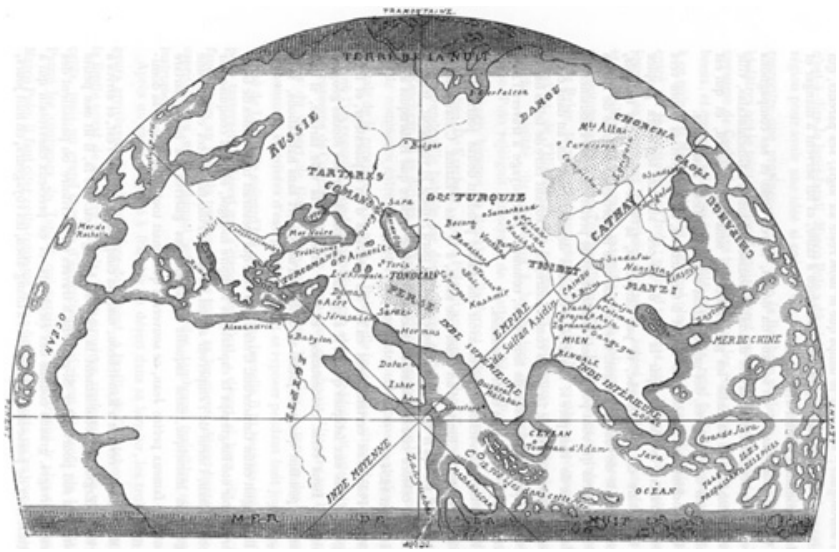
Al salir del desierto por la parte del Oeste, Marco Polo y sus compañeros hicieron una excursión hacia el Nordeste, saliendo del desierto, a la ciudad de Amil, y llegaron hasta Ginchintalas, pueblo sobre cuya situación no se hallan acordes los geógrafos y que se hallaba habitado entonces por idólatras, mahometanos y cristianos nestorianos.

Desde Ginchintalas, volvieron a Cha-tcheu para tomar de nuevo la ruta hacia el Este, a través del Tangut, por la ciudad de Soceu, terreno propio para el cultivo del ruibarbo, y por Canpicion, el Khan-tcheu de los chinos, entonces capital de todo el Tangut. Canpicion era una ciudad importante, poblada de ricos jefes idólatras, polígamos que preferían para casarse a sus primas o «a la mujer de su padre». Todo un año vivieron los tres venecianos en aquella ciudad, y en vista de sus detenciones y de que se desviaban sin cesar de su camino, se comprende cómo emplearon tres años para realizar su viaje a través del Asia central.

No bien salió de Khan-tcheu, después de haber caminado durante doce días, Marco Polo llegó a la ciudad de Etzina, situada en el límite de un desierto de arena. Esto era un nuevo rodeo, pues

volvía a subir directamente al Norte; pero el viajero trataba de visitar la célebre ciudad de Caracorum, capital tártara en que Rubruquis había habitado en 1254.

Marco Polo tenía todo el instinto de un explorador y no reparaba en las fatigas cuando trataba de completar sus estudios geográficos. En esta circunstancia hubo de andar durante cuarenta días a través de un desierto sin albergues y sin pastos, para visitar la ciudad tártara.



Llegó, por fin, a Caracorum, ciudad que tenía tres millas de circuito, y que después de haber sido por largo tiempo la capital del Mogol, fue conquistada por Gengis-Kan, abuelo del actual emperador. Marco Polo hace sobre esto una digresión histórica en la que refiere las guerras del héroe tártaro contra el famoso preste Juan, soberano que tenía todo el país bajo su dominio.

Volvió Marco Polo a Khan-tcheu; anduvo cinco jornadas hacia el Este, y llegó a la ciudad de Erginul, probablemente la ciudad de Liang-sheu de nuestros días; torció un poco hacia el Sur para visitar a Si-gnan-fu a través de un territorio donde pastaban bueyes salvajes, grandes como elefantes, y los preciosos cervatillos tan celebrados de aquel país. Habiendo vuelto a Liang-sheu, al cabo de ocho días de andar en dirección Este, llegaron a Cialis, donde se fabrican los camelotes más hermosos del mundo, de piel de camello,

y de allí pasaron a la ciudad de Tenduc, provincia del mismo nombre, y donde reinaba un descendiente del preste Juan, tributario del kan. Tenduc era una ciudad industrial y mercantil. Dando un rodeo hacia el Norte, subieron los venecianos por Sindacheu más allá de la gran muralla de la China, hasta Ciagannor, que debe ser Tsaan-Balgasa, linda ciudad donde el emperador suele residir para entregarse al placer de cazar con gerifalte, pues en aquel terreno abundan las grullas, las cigüeñas, los faisanes y las perdices.

Finalmente, Marco Polo, su padre y su tío, llegaron tres días después de haber salido de Ciagannor, a la ciudad de Ciandu, el Chang-tu actual, que en la relación de Marco Polo se llama Clemen-fu. Allí fue donde los enviados del Papa fueron recibidos por Kublai-Kan, que habitaba entonces en su residencia de verano, situada más allá de la gran muralla al norte de Cambaluc, en la actualidad Pekín, y que era la capital del imperio. El viajero habla poco de la acogida que se le hizo, pero describe con particular cuidado el palacio del kan, «gran edificio de piedra y de mármol, cuyas habitaciones están todas doradas». Este palacio está edificado en un parque rodeado de muros donde hay corrales para aves y fieras, hermosas fuentes y hasta un edificio construido con cañas tan perfectamente entrelazadas, que no puede penetrarlas la lluvia; es una especie de kiosco que podía desarmarse, y que habitaba el gran kan durante los meses de junio, julio y agosto, es decir durante el verano. Dicha estación no podía menos de ser agradable, porque al decir de Marco Polo, estaban encargados de disipar las lluvias, nieblas y el mal tiempo por medio de sortilegios los astrólogos que tenía el kan. El viajero veneciano pone en duda el poder de tales magos. «Estos sabios —dice— son de dos razas, idólatras; saben más que todos los hombres respecto de artes diabólicas y encantamientos, y aquello que hacen lo efectúan con auxilio del diablo, si bien persuaden a las gentes que lo verifican por su santidad y por obra de Dios. Estos magos tienen la costumbre siguiente: cuando ha sido ejecutado un reo condenado a muerte, se apoderan de él, le hacen cocer y se lo comen pero no se lo comerían si hubiese fallecido de muerte natural. Y sépase que estas gentes de que he hablado, que saben tanto de encantamientos, hacen el prodigio que voy a referir: Cuando el gran kan está en su salón

principal sentado a la mesa, que tiene a lo menos ocho codos de altura, las copas de que se sirve están colocadas en el suelo a unos diez pasos de distancia y llenas de leche y de otras bebidas; aquellos sabios hechiceros, tanto por su arte como por sus encantamientos, hacen que las copas llenas se levanten por sí mismas y vayan a colocarse delante del gran kan, sin que nadie las toque. Esto lo verifican delante de diez mil personas; y es la pura verdad sin engaño ni exageración alguna; además de que los inteligentes en nigromancia aseguran que esto puede verificarse».

Marco Polo refiere después la historia del emperador Kublai, que es el más poderoso de los hombres y el que desde nuestro padre Adán posee más tierras y tesoros. Relata asimismo la manera cómo el gran kan, de edad entonces de ochenta y cinco años, hombre de mediana estatura, bastante grueso, pero de miembros proporcionados, de rostro blanco y encendido, de hermosos ojos negros, subió al trono en el año 1256 del nacimiento de Jesucristo. Era un buen capitán en la guerra, habiéndolo probado bien cuando su tío Naia se rebeló contra él, para disputarle el poder, al frente de cuatrocientos mil jinetes. Pero Kublai-Kan, reuniendo «en secreto» trescientos sesenta mil caballos y cien mil infantes, marchó contra su tío. «La batalla fue terrible, pues murieron tantos hombres de una y otra parte que fue una maravilla». Pero Kublai-Kan quedó vencedor, y Naia, como príncipe de sangre real, fue cosido vivo dentro de un tapiz, muriendo de esta suerte, en medio de atroces sufrimientos.

Después de esta victoria entró triunfante el emperador en su capital de Catay, llamada Cambaluc, que ha llegado a ser poco a poco la actual ciudad de Pekín. Marco Polo tuvo que permanecer en esta ciudad algún tiempo, hasta el momento en que se le confiaron algunas misiones para el interior del imperio. En Cambaluc se encuentra el magnífico palacio, de los soberanos mongoles, del que hace el viajero veneciano la siguiente descripción:

«Rodea el palacio un muro cuadrangular, cada uno de cuyos lados tiene una milla, formando todos juntos cuatro millas de circuito; este muro es muy grueso, de diez pasos de alto, todo blanco y almenado. En cada ángulo de este muro hay un palacio muy bello y rico, en el cual se conservan los arneses del gran kan, sus arcos, sus aljabas, sus sillas, los frenos de sus caballos, sus

cuerdas de arco y todo lo necesario para la guerra; en medio de cada lienzo; del muro hay también una palacio semejante al de los ángulos, de suerte, que son ocho en su totalidad, los que están llenos de arneses del gran señor; de manera que én cada uno de ellos hay una especie diferente; en el uno los arcos, en el otro las sillas, y así de los demás. En este muro hay cinco puertas en el lado del Mediodía. La del centro es muy grande y no se abre sino para que entre o salga el gran kan; a cada lado hay otras dos más pequeñas para las demás personas. En el interior del cuadrado hay otro muro más grueso que alto, y allí se ven otros ocho palacios dispuestos como los anteriores, donde se conservan también los arneses del gran señor».

Según se cree por esta descripción, todos los mencionados palacios constituyen los guadarneses y la armería del emperador. Pero no parecerá extraño que haya tantos arneses cuando se sepa que el gran kan poseía una raza de caballos blancos como la nieve, y entre otras, diez mil yeguas, cuya leche estaba reservada exclusivamente para los príncipes de sangre real.

Marco Polo continúa diciendo: «El segundo muro tiene cinco puertas al Mediodía lo mismo que el exterior, y en los demás costados una sola; en el centro está el palacio del gran señor, hecho del modo que voy a explicar. Es el mayor que he visto. No tiene segundo piso, pero la planta baja está a diez palmos sobre el nivel del suelo. El techo es muy alto; las paredes de los salones y de los aposentos están cubiertas de oro y de plata, representando dragones, fieras, aves, caballos y otros animales con tal profusión, que allí no se ve más que oro y pinturas. El comedor es tan grande y espacioso, que pueden sentarse a la mesa más de seis mil personas. Tiene tantas habitaciones que causa maravilla el verlas. Todo es grande, magnífico y tan bien dispuesto, que no hay en el mundo hombre capaz de hacer una cosa mejor por más dinero que tuviese para ello.

»La parte superior del techo es roja, verde, azul, amarilla y de todos los colores, y está tan bien barnizada, que resplandece como el cristal y se divisa desde muy lejos. Además, es tal su solidez, que dura muchísimos años. Entre las dos praderas y muros hay praderas con hermosos árboles y diversas especies de animales, ciervos blancos, cabras, cervatillos, gamos y numerosas clases de bonitos

animales que pueblan todo el terreno, excepto los caminos destinados para personas. En un lado, hacia el Noroeste, hay un lago muy grande con toda clase de peces, pues el gran señor ha mandado poner en él muchas variedades a fin de hacérselos servir a medida de su gusto. Dentro del palacio hace un gran río, pero está rodo arreglado con redes de hierro y de bronce de manera que no puedan escaparse los peces. Hacia el Norte, a un fro de flecha del palacio, ha hecho construir el gran kan un montecillo a cien pasos de elevación y de más de una milla de circunferencia. Hallábase cubierto de árboles que jamás pierden «follaje y siempre están lozanos. Es de saber que el gran señor en el momento que se hablaba de algún árbol notable, por grande que fuese, lo hacía arrancar con todas sus raíces y con la tierra que lo rodeaba, y lo trasladaba por dondequiera que fuese a la montaña, cargado en sus elefantes. De esta suerte reunió los árboles más hermosos del mundo. El gran señor hizo cubrir todo el suelo de la montaña con herrumbres de azur, que es muy verde, de modo que estando los árboles siempre verdes y lo mismo el monte, no se ve por todas partes más que verde, hasta el punto de habérsele llamado el monte Verde. En la cumbre de la montaña hay un hermoso y gran palacio, también verde. Ofrecen tan bello golpe de vista la montaña y los árboles del palacio, que todos cuantos los ven experimentan un gran placer; y el gran señor hizo todo esto para gozar de tan hermosa vista y de este placer».

Después del palacio del kan, cita Marco Polo el de su hijo el príncipe heredero; luego describe la ciudad de Cambaluc, antigua población que está separada de la moderna Taidu por ua canal que divide a Pekín en ciudad china y en ciudad tártara. El viajero, observador minucioso, nos refiere el modo de vivir y hasta las acciones del emperador; según dice, tenía Kublai Kan una guardia de honor de dos mil jinetes, «pero no la sostiene porque tenga miedo». Las comidas eran verdaderas ceremonias sujetas a una severa etiqueta. «Su mesa está más elevada que las otras, toman siempre dirección al Norte, teniendo a la izquierda su primera mujer, y a la derecha y más abajo sus hijos, sus sobrinos y parientes. Les sirven elevados personajes, que se tapan la boca y la nariz con ricas telas de oro, a fin de que ni su hálito, ni su olor lleguen a los manjares y bebidas del gran señor. Cuando va a beber

el emperador, se oye un gran concierto de instrumentos, y al tomar una copa en la mano, los nobles y los espectadores se arrodillan humildemente».

El gran kan celebra dos fiestas principales: una en el aniversario de su nacimiento, y la otra a principio de cada año. En la primera, colócanse alrededor del trono doce mil barones a quienes ofrece el emperador anualmente ciento cincuenta mil trajes de seda y oro, adornados con perlas, mientras que los súbditos idólatras o cristianos, hacen rogativas públicas. En la segunda fiesta, al principio de cada año, el pueblo entero, hombres y mujeres, se visten de blanco, porque es tradicional que el color blanco augura prosperidad futura, y cada cual lleva al soberano regalos de gran valor. Cien mil caballos ricamente enjaezados, cinco mil elefantes cubiertos de ricas telas y cargados con la vajilla imperial, y un considerable número de camellos desfilan por delante del emperador.

Durante los tres meses de diciembre, enero y febrero, que habita el emperador en la ciudad de invierno, todos los señores, en un radio de sesenta jornadas de camino, están obligados a surtirle de jabalíes, ciervos, gamos, cervatillos y osos. Por otra parte, el mismo Kublai-Kan es un gran cazador, y su montería está muy bien provista y conservada. Tiene leopardos, lobos cervales y grandes leones amaestrados para la caza de fieras; águilas bastante fuertes para cazar lobos, zorras, gamos, cervatillos, y «que con frecuencia hacen presas», y por fin, perros que se cuentan a millares. Hacia el mes de marzo es cuando el emperador comienza sus grandes cacerías, dirigiéndose hacia el mar, acompañado por lo menos de diez mil halconeros, de quinientos gerifaltes y de numerosos azores, de halcones peregrinos y sagrados. Durante esta excursión le acompaña siempre un palacio portátil armado sobre cuatro elefantes pareados, cubierto por fuera con pieles de león y tapizado por dentro con tejidos de oro.

El rey tártaro se complace en desplegar todo ese lujo propio de la pompa oriental, y de esta manera avanza hasta el campo de Chachiri-Mondu, situado junto a un río tributario del Amor, y allí levanta su tienda que puede contener hasta diez mil caballeros o barones. Éste es un salón de recepción donde da las audiencias. Cuando quiere retirarse a descansar, penetra en otra tienda, que es

un salón maravilloso tapizado de pieles de armiño y de cibelina, cada una de las cuales vale unos dos mil besantes de oro, o sea unos diecinueve mil francos de nuestra moneda.

El emperador permanece allí hasta la Pascua, cazando grullas, cigüeñas, liebres, gamos, cervatillos, y luego regresa a su capital de Cambaluc.

Marco Polo completa este pasaje con la descripción de esta magnífica ciudad. Enumera los doce barrios que la componen, en los cuales han hecho levantar magníficos palacios los mercaderes ricos. Esta ciudad es el emporio mercantil, y a ella se llevan más preciosas mercancías que a ninguna otra del mundo. Mil carros cargados de seda entran en ella diariamente, porque es el depósito y el mercado de los productos más ricos de la India, tales como perlas y piedras preciosas, y a ella acuden a comprarlos desde más de doscientas leguas a la redonda. Así es, que para atender a lo que reclama este comercio, ha establecido el gran kan una casa de moneda, que es para él una fuente inagotable de riquezas. Es verdad que esta moneda, verdadero billete de Banco que lleva el sello del soberano, es hecha de una especie de cartón fabricado con las cortezas de las moreras. El cartón preparado de esta suerte, está cortado de diversas maneras, según el valor fiduciario que le impone el soberano. Naturalmente, el curso de esta moneda es forzoso. El emperador se sirve de ella para todos sus pagos, la hace circular por los países sometidos a su dominación, «y nadie puede rehusarla bajo pena de la vida». Por otra parte, los poseedores de piedras preciosas, de perlas, de oro o de plata, estaban obligados a llevar varias veces al año sus riquezas a casa de la moneda, y recibían en cambio aquellas piezas de cartón, de manera que el emperador posee de esta suerte todas las riquezas de su imperio.

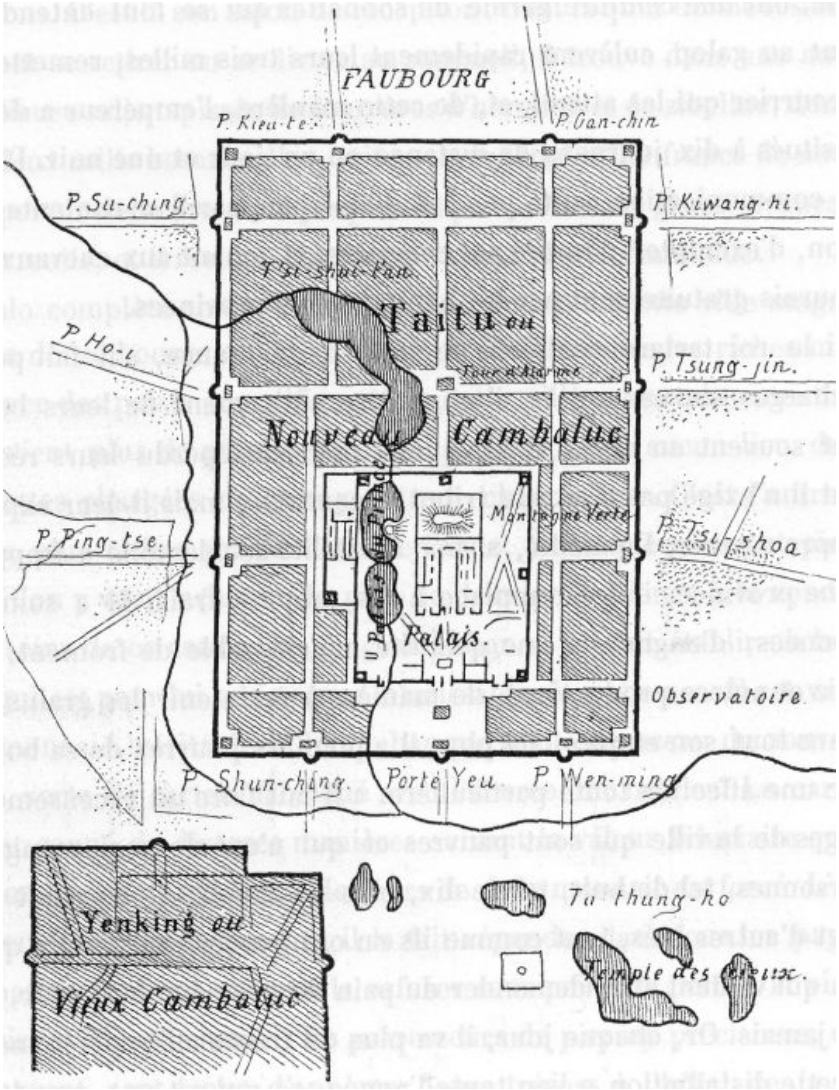
Según Marco Polo, el sistema del gobierno imperial se apoya en una excesiva centralización. Dividido el reino en treinta y cuatro provincias, es administrada por doce grandes barones, que residen en la misma ciudad de Cambaluc; y en los respectivos palacios de estos barones habitan los intendentes y empleados que entienden en los asuntos de cada provincia. De la ciudad salen varios caminos bien conservados, que terminan en diversos puntos del reino; y a cada veintidós millas hay colocadas postas lujosamente montadas en las cuales hay dispuestos doscientos mil caballos para correr las

órdenes del emperador. Además de estas postas, hay cada tres millas aldeas compuestas de unas cuarenta casas, cada una habitada por los correos que conducen a pie las órdenes del gran kan, cuyos correos llevan una cinta atada a la cabeza, y la cintura rodeada de un cinturón lleno de campanillas que se oyen desde lejos; parten al galope, andan las tres millas señaladas y entregan el pliego a otro correo, de modo que en un día y una noche el monarca recibe noticias de puntos que distan diez jornadas. Pocos gastos le acarrea este sistema de comunicaciones, porque exime de la contribución a los peatones como retribución de su servicio, y los caballos de las postas los suministran gratuitamente los habitantes de las provincias.

Pero si el rey tártaro hace uso de esta suerte de su omnipotencia, si oprime con pesadas cargas a sus súbditos, en cambio se cuida mucho de sus necesidades y acude con frecuencia en su auxilio. Así es, que cuando se pierden sus cosechas, no solamente no exige de ellos el tributo acostumbrado, sino que les envía trigo de sus graneros. Igualmente, cuando ataca una epidemia a los ganados de una provincia, los reemplaza a su costa. En los años que hay buena cosecha, tiene cuidado de acopiar una cantidad considerable de trigo, de cebada, mijo, arroz y otros productos para mantener los granos a un precio medio en todo el imperio. Además, manifiesta un afecto especial a los pobres de su buena ciudad de Cambaluc. «Manda hacer un censo de todas las familias de la ciudad que carecen de recursos; una se compone de seis individuos, otra de ocho, otra de diez, más o menos, y hace que se les dé trigo y otros granos en la cantidad que necesitan, y a nadie de cuantos van a pedir pan a la corte se les niega nunca. Así es que, cada día acuden más de treinta mil personas a buscarlo, pues la distribución se verifica todo el año, poniendo así de manifiesto la gran bondad del señor que se compadece de sus súbditos pobres.

Por eso, todos le adoran como a un dios». Además, el imperio está administrado con esmero; sus caminos están bien conservados, y plantados de árboles magníficos que sirven sobre todo para reconocerlos en las comarcas desiertas. De esta suerte, sin acudir a los bosques, no carecen de leña los habitantes del reino, y por otra parte, en el Catay, principalmente, se explotan numerosas minas que proveen de carbón en abundancia.

Marco Polo residió en Cambaluc bastante tiempo, y por su viva inteligencia, su talento y su facilidad en aprender los diversos idiomas del imperio, fue simpático al emperador. Encargado de diferentes misiones, no sólo en la China, sino también en los mares de la India, en Ceylán, en las costas de Coromandel y de Malabar y en la parte de Cochinchina, inmediata a Camboya, fue nombrado, probablemente de 1277 a 1280, gobernador de la ciudad de Yang-techeu y de veintisiete ciudades más comprendidas en su jurisdicción. Gracias a estas misiones, recorrió una gran parte del país recogiendo útiles documentos, tanto geográficos como etnológicos. Ahora vamos a seguirle cuidadosamente, con el mapa en la mano, en aquellos viajes de que ha reportado a la ciudad tanta utilidad.


FAUBOURG
P. Kieu-te.
P. Gan-chin
P. Su-ching
P. Kiwang-hi.
T'si-shui-t'an
Taitu ou
Tour d'Horloge
P. Ho-t
P. Tsung-jin.
Nouveau Cambaluc
Montagne Verte
P. Ping-tse.
P. Tsi-shoa
Palais.
Observatoire
P. Shun-ching.
Porte Yeu
P. Wen-ming
Yenking ou
Vieux Cambaluc
Tu thung-ho
Temple des Cieux.

III

Tso-cheu.
—Tai-yen-fu, Pin-yang-fu. —El río amarillo. —Si-gnan-fu. — El Szu-tchuan. —Ching-tu-fu. —El Tibet. —Li-Kiang-fu. —El Caraján. — Yung-chang. —Mien. —Bengala. —Anam. —Tai-ping. —Cintingui. —Sindi-fu. —Te-cheu. —Tsi-nan-fu. —Lin-tsin-cheu. —Lin-cing. —El Mangi. — Yang-tcheu-fu. — Ciudades del litoral. —Quin-say o Hang-tcheu-fu. —El Fo-kien.

Después de haber residido Marco Polo en Cambaluc, se le encargó una misión que le tuvo ausente de la capital durante cuatro meses. A diez millas de Cambaluc, descendiendo hacia el Sur, atravesó el magnífico río Pe-ho-nor, que él llama Pulisanghi, sobre el que había un hermoso puente de mármol con 24 arcos de 300 pasos de longitud, que no tiene igual en todo el mundo.

Treinta millas más abajo encontró la ciudad de
Tso-cheu,
donde se trabaja especialmente la madera de sándalo. A diez jornadas de
Tso-cheu,
llegó a la moderna ciudad de Tai-yen-fu, capital del

Shan-si,
que en otro tiempo fue la residencia de un gobierno independiente; toda la provincia le pareció rica en viñedos y moreras, siendo la principal industria del pueblo la fabricación de arneses por cuenta del emperador. A siete jornadas se hallaba la ciudad de Pianfu, hoy día Pin-yang-fu, dedicada principalmente al comercio y al arte de la seda. Marco Polo la visitó, y después llegó a las célebres márgenes del río Amarillo, que él llama Caramoran o río Negro, probablemente a causa del color de sus aguas, obscurecidas por las plantas acuáticas, y dos jornadas más adelante encontró la ciudad de Cacian-fu, cuya posición moderna no han podido determinar con seguridad los comentadores.

Marco Polo, al salir de esta ciudad, donde no vio nada digno de notarse, cabalgó a través de una hermosa comarca, llena de quintas, de granjas y jardines, y muy abundante en caza. Al cabo de ocho días de camino, llegó a la noble ciudad de Quen-gianfu, la antigua capital de la dinastía de los Thang, esto es, la moderna ciudad de Si-gnan-fu, actualmente capital de
Shen-si.
Allí reinaba el hijo del emperador Mangalia, príncipe justo y amado de su pueblo, el cual ocupaba fuera de la población un magnífico palacio, construido en medio de un parque cuyas tapias almenadas no medían menos de cinco millas de circunferencia.

Desde Si-gnan-fu, se dirigió el viajero hacia el Tibet, a través de la moderna provincia de Szu-tchuan, comarca montañosa, surcada por grandes valles, donde pululan leones, osos, lobos cervales, gamos, cervatillos y ciervos, y al cabo de veintitrés días de marcha, se encontró en los límites de la gran llanura de Acmelec-Mangi. Este país es fértil, produce en abundancia toda clase de frutos y particularmente el jengibre, de cuya substancia surte a toda la provincia de Catay, y es tal la fertilidad del suelo, que, según refiere un viajero francés, E. Simón, el terreno se vende a
30 000
francos la hectárea, es decir, a razón de tres francos el metro. En el siglo XIII esta llanura estaba cubierta de ciudades y de castillos, y los habitantes vivían de los frutos de la tierra, del producto de los ganados y de la caza, que proporcionaban a los cazadores un botín fácil y abundante.

Marco Polo llegó entonces a la capital de la provincia de Szu-tchuan, Sindafu, la moderna Ching-tu-fu, cuya población excede actualmente, de quinientos mil habitantes. Sindafu medía entonces veinte millas de circunferencia y se hallaba dividida en tres partes, rodeadas de un modo particular; cada una de dichas partes tenía un rey antes que se hubiese apoderado de ellas Kublai-Kan. Esta ciudad

estaba atravesada por el gran río Kiang, muy abundante en pescado, ancho como un brazo de mar y cuyas aguas surcaban innumerables embarcaciones. Marco Polo, después de haber abandonado esta ciudad industrial y mercantil, y al cabo de cinco días de marcha a través de dilatados bosques, llegó a la provincia de Tibet, la cual, según él mismo dice, «está muy desolada, por haber sido destruida por la guerra». «Esta provincia está habitada por muchas fieras: leones, osos y animales feroces de los que se hubieran defendido difícilmente los viajeros, a no ser por esas cañas maravillosamente gruesas y grandes, llamadas bambúes. En efecto, los comerciantes y viajeros que recorren aquellas comarcas por la noche, encienden una gran hoguera con estas cañas, las cuales, al arder, hacen tal estrépito y crepitan de tal modo, que los leones, los osos y las demás fieras, huyen espantados; por nada del mundo se aproximarían al fuego. He aquí cómo se produce ese gran ruido: se toman cañas de esta clase, muy verdes, y se ponen muchas de ellas juntas en una hoguera hecha con leña; al cabo de cierto tiempo que están en el fuego, se retuercen y abren por el medio, con tal estrépito, que por la noche se oye a diez millas de distancia, y quien no está acostumbrado a este ruido, siente un gran sobresalto, tan fuerte y espantoso es el estrépito; los caballos que no lo han oído nunca, se asustan tanto, que rompen las cuerdas y las riendas y huyen despavoridos, lo cual acontece con frecuencia; pero cuando se sabe que no están habituados a ese ruido, se les venda los ojos y se les traba de las cuatro patas, de suerte que al oír aquel estrépito no pueden huir. De esta manera es como se libran los hombres y los animales de los leones, osos y demás alimañas, que son muy numerosos en este país». El procedimiento referido por Marco Polo, se emplea todavía en las comarcas que produce el bambú, y verdaderamente el estrépito de estas cañas devoradas por las llamas, puede compararse con el más violento estampido de los petardos de un fuego artificial.

Según la relación del viajero veneciano, el Tibet es una gran provincia que tiene su lengua particular y cuyos habitantes idólatras forman una raza de temibles ladrones; atraviesa aquella provincia un río importantísimo, el Khin-cha-kiang, cuyas arenas son auríferas, y se recoge el coral, con el que se engalanan las mujeres, y sirve también de adorno a los ídolos. El Tibet se hallaba entonces

bajo el dominio del gran kan.

Marco Polo, al salir de Sindafu, tomó la dirección hacia el Oeste. Atravesó el reino de Gaindu y llegó probablemente a LI-Kiang-fu, capital de esta comarca, que forma en el día el país de
Si-mong.
En esta provincia visitó un hermoso lago que produce las ostras perlíferas, cuya pesca está reservada al emperador. Es un país en que se recogen abundantes cosechas de clavo, de jengibre, canela y otras especies.

Salió del reino de Gaindu, y después de atravesar un río, tal vez el Irauadi, torció decididamente al Sudeste, y penetró en la provincia de Carajan, región que formaría probablemente la parte nordeste del Yunnan. Según dice el viajero, los habitantes de esta provincia, casi todos buenos jinetes, se alimentan con carne cruda de gallina, de carnero, de búfalo y de toro, sistema de alimentación que era general, y solamente las personas acomodadas aderezaban la carne cruda con una salsa de ajo y de buenas especias. El territorio abundaba en grandes culebras y monstruosas serpientes de horrible aspecto, reptiles que seguramente serían aligátores, de diez pasos de largo, provistos de dos patas armadas con uñas, y colocadas en la parte anterior, cerca de la cabeza, la cual era tan grande, que podía, tragarse un hombre.

A cinco jornadas al oeste de Garajan, Marco Polo, haciendo nuevo rumbo hacia el Sur, entró en la provincia de Zardandan, cuya capital, Nocian, forma la ciudad moderna de Yung-chang. Todos los habitantes de esta ciudad tenían dientes de oro, es decir, que la moda era entonces cubrir sus dientes con pequeñas láminas de oro, las cuales se quitaban cuando quedan comer. Los hombres eran todos jinetes y sólo se ocupaban en amaestrar halcones, cazar e ir a guerrear. De los trabajos penosos estaban encargados las mujeres o los esclavos. Los zardandienses no tenían ídolos ni templos, pero adoraban al mayor de la familia, es decir, al antepasado, al patriarca. El reparto de comestibles se hacía por medio de carruajes semejantes a los que usan los panaderos en Francia. No tenían médicos, sino hechiceros que saltaban, bailaban y tocaban instrumentos al lado del enfermo hasta que se moría o se curaba.

Al dejar la provincia de los hombres de dientes de oro, Marco Polo, siguiendo por dos días el gran camino que sirve para el tráfico

entre la India y la Indochina, pasó por Bamo, donde se celebraba tres veces a la semana un gran mercado que atraía a los comerciantes de los países más remotos. Cabalgó quince días seguidos por los bosques llenos de elefantes, unicornios y otros animales salvajes, y llegó a la gran ciudad de Mien, esto es, aquella parte del alto Birman, cuya actual capital, de reciente construcción, se llama Amapura. Esta ciudad de Mien, que fue tal vez la antigua ciudad de Ava, hoy arruinada, o la ciudad de Paghan, situada en el Irauadi, poseía una verdadera maravilla arquitectónica, consistente en dos torres, la una construida con hermosas piedras y cubierta enteramente con una lámina de oro, ambas destinadas a servir de sepulcro al rey de Mien, antes de que su reino cayese en poder del kan.

Después de visitar esta provincia, bajó hasta Bengala, la actual Bengala que en aquella época, 1290, no pertenecía aún a Kublai-Kan. Los ejércitos del emperador se ocupaban entonces en conquistar este fértil país, rico en algodón, jengibre y en cañas de azúcar, y cuyos magníficos bueyes igualaban en magnitud a los elefantes. Desde allí se aventuró el viajero hasta Cancigú, en la provincia de este nombre, probablemente la actual ciudad de Kassay. Los habitantes de este reino se pinchaban el cuerpo, y por medio de agujas se dibujaban en el rostro, el cuello, el vientre, las manos y las piernas, figuras de leones, dragones y pájaros, considerando como el ser humano más hermoso al que llevaba mayor número de esta clase de pinturas.

Cancigú es el punto más lejano a que llegó Marco Polo en este viaje; al salir de esta ciudad subió al Nordeste; y por el país de Amu, que es el Annam y el Tonquín actual, llegó, después de quince días, a la provincia de Toloman, hoy departamento de
Tai-ping.
Allí encontró aquellos hermosos hombres de piel morena, aquellos valientes guerreros que han coronado sus montañas con fuertes castillos y cuyo alimento habitual consiste en carne de animales, leche, arroz y especias.

Dejando a Toloman, Marco Polo visitó la provincia de Guigui o Chintingui y su capital, que lleva el mismo nombre. Lo que más le llamó la atención en esta comarca, y hay motivos para creer que el explorador era un cazador resuelto, fue el gran número de leones

que recorrían las llanuras y las montañas; pero los comentadores están de acuerdo en que los leones de Marco Polo debían ser tigres, puesto que no existen en China leones: He aquí, no obstante, lo que dice en su relación: «Hay tantos leones en este país, que no se puede dormir fuera de casa sin ser devorado por ellos. Lo mismo sucede cuando se va por un río y hay que detenerse en cualquier parte, pues es preciso dormir lejos de tierra, porque de lo contrario, llegan hasta las barcas los leones, que son muy grandes y peligrosos; pero lo maravilloso es que en esta comarca hay perros que tienen la audacia de asaltar a los leones, aunque es preciso que sean dos perros, porque dos perros y un hombre pueden más que un león».

Desde esta provincia pasó directamente Marco Polo a Sindiu, capital de la Szu-tchuan, de donde había partido para efectuar su excursión al Tibet, y volviendo a emprender la ruta recorrida, regresó al lado de Kublai-Kan, terminando felizmente la misión que le llevara a Indochina.

Es de suponer que entonces encargase el emperador a Marco Polo otra misión en la parte sudeste de la China, «la más rica y comercial de este vasto imperio», dice Pauthier en su bella obra sobre el viajero veneciano, y la parte también sobre la cual se han obtenido más noticias en Europa desde el siglo XVI. Si hemos de guiarnos por el itinerario trazado en el mapa de Pauthier, al salir Marco Polo de Cambaluc, se dirigió al Mediodía, a la industriosa ciudad de Giangli, que sería probablemente
Te-cheu,
y, seis jornadas más allá a Condinfu, la actual ciudad de Tsi-nan-fu, capital de la provincia de
Chan-tung,
donde nació Confucio. Era ésta entonces una gran ciudad, la más notable de toda la comarca, muy frecuentada por los mercaderes de seda, y cuyos maravillosos jardines producían una gran cantidad de frutos. A tres jornadas de Condifu, fue a parar Marco Polo a la ciudad de Lin-tsin-cheu, situada al principio del gran canal de
Yun-no,
punto de escala de innumerables buques dedicados a transportes de mercaderías del Mangi y del Catay. Ocho días después, pasó por Ligui, que parece ser la actual ciudad de
Ling-cing;

después por
Pi-ceu,
población mercantil de la provincia de Tohiangsu; luego a la ciudad de Cingui, llegando a Cara-moran, o sea el río Amarillo, que ya había atravesado al dirigirse a la Indochina. En este punto, no distaba más que una legua de la embocadura de esta gran arteria china, y después de atravesarla, se encontró el viajero en la provincia de Mangi, territorio designado con el nombre de imperio de los Song.

Antes de pertenecer dicho reino a Kublai-Kan, estaba gobernado por un rey pacífico, que no gustaba dé los crueles azares de la guerra, y que se mostraba compasivo con los desgraciados.

He aquí los términos en que hablaba de él Marco Polo, pues lo hace tan bien, de un modo tan agradable, que nos impulsa a copiar aquí sus mismas palabras: «Este último emperador de la dinastía de los Song gastaba tanto, que era un prodigio. Voy a referir dos rasgos muy nobles de su munificencia. Cada año mantenía a su costa veinte mil criaturas, porque en esta provincia tienen la costumbre las mujeres pobres de abandonar sus hijos en cuanto nacen, cuando no pueden criarlos. El rey los mandaba recoger todos, los hacía inscribir bajo el signo y el planeta en que habían nacido, y los daba a criar en diversos lugares, porque allí abundaban las nodrizas.

Cuando un rico no tenía hijos, acudía al rey, y éste mandaba que le dieran los que quería y los que más le agradaban. Después, el rey, cuando los niños y las niñas llegaban a la edad núbil, los casaba unos con otros y les daba con qué vivir; de esta suerte cada año educaba más de veinte mil, tanto varones como niñas. Cuando iba por algún camino y veía alguna casa pequeña en medio de dos grandes, preguntaba por qué aquella casa no era tan grande como las demás, y si se le contestaba que por ser de un pobre no podía ser mayor, mandaba que la edificaran por su cuenta, tan bella y alta como las otras. Este rey se hacía servir siempre por dos mil jóvenes de ambos sexos. Hacía tan severa justicia en su reino, que jamás se cometía en él crimen alguno; por la noche, permanecían abiertas las casas de los comerciantes, y nadie quitaba cosa alguna de ellas, y se podía viajar lo mismo de día que de noche».

A la entrada de la provincia de Mangi, encontró Marco Polo la ciudad de Coigangui, actualmente Hoai-gnan-fu, situada en la orilla

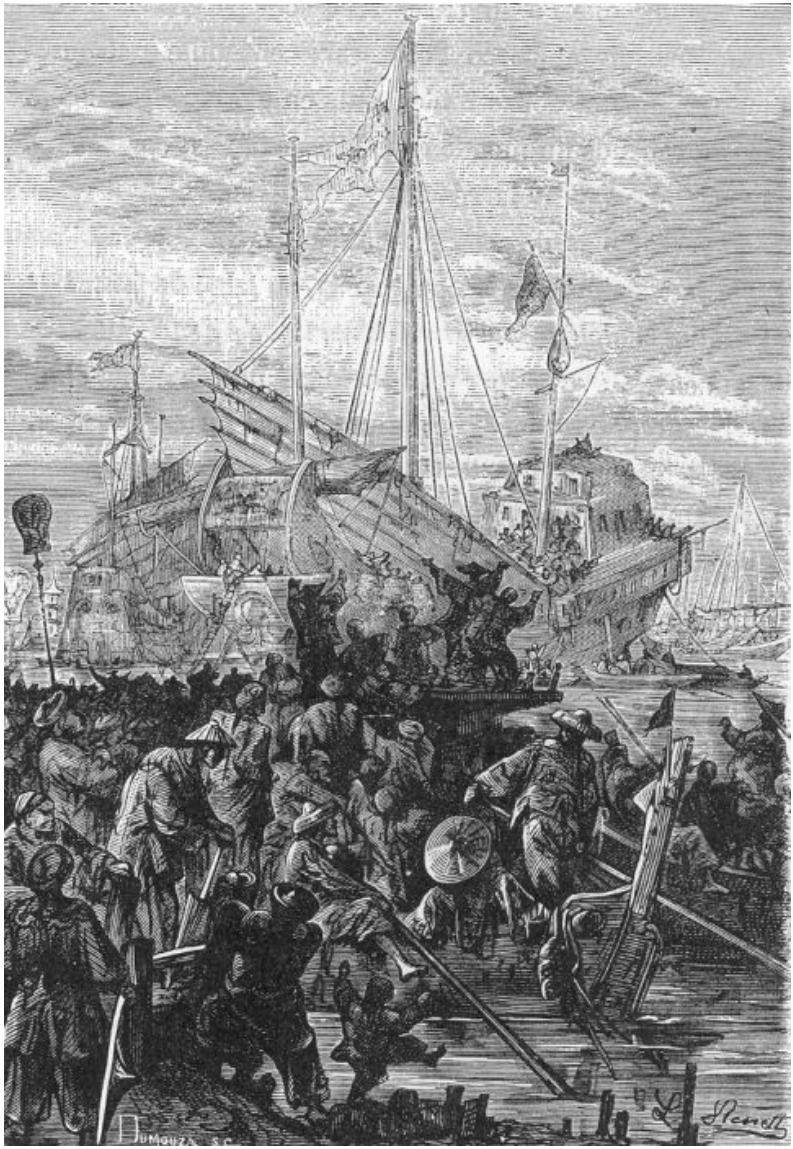
del río Amarillo, y cuya principal industria consiste en la elaboración de la sal que extrae de sus lagunas. A una jornada de esta ciudad, siguiendo una calzada construida con magníficas piedras, pasó el viajero por la ciudad de Pau-in-chen, célebre por sus tejidos de oro; por la ciudad de Caiu, actualmente
Kao-yu,
cuyos habitantes son pescadores y cazadores, y después por la de
Tai-cheu,
adonde afluyen numerosas embarcaciones, llegando por fin a la ciudad de Yangui.

Esta ciudad de Yangui es la moderna Yang-tcheu, de que fue gobernador Marco Polo durante tres años. Es una ciudad muy populosa y muy comercial, que no mide menos de dos leguas de circunferencia. De Yangui, partió Marco Polo a verificar diversas exploraciones que le permitieran estudiar minuciosamente las ciudades del litoral y del interior.

El viajero primeramente se dirigió hacia el Oeste y llegó a la ciudad de
Nan-king,
que no hay que confundirla con el Nankín actual. Su nombre moderno es Ngan-khing, y se halla situada en una provincia muy fértil. Marco Polo se internó todavía más en la misma dirección y llegó a Saian-fu, la moderna Siang-yang que está situada en la parte septentrional de la provincia de Hu-kuang, cuya ciudad fue la última del Mangi que resistió la dominación de Kublai-Kan. El emperador la sitió durante tres años, pero sus defensores se resistían tenazmente, y si se apoderó al fin de ello, lo debió al concurso de los tres Polo que construyeron poderosas balistas que aplastaron a los sitiados bajo una lluvia de piedras, algunas de las cuales pesaban hasta trescientas libras.

De Saianfu, retrocedió Marco Polo, con el objeto de explorar las ciudades del litoral. Volvió, pues, a entrar en Yang-tcheu. Visitó a Singui (Kiu-kiang), situada sobre el Kiang, de una legua de anchura en aquel sitio, y que puede dar paso hasta a cinco mil buques a la vez; después fue a Kaingui, que surte de trigo a la mayor parte de la corte del emperador; a Cinghianfu (Chingiam), donde había dos iglesias cristianas nestorianas; a Cinguigui, actualmente Tchang-tcheu-fu, ciudad mercantil e industrial, y a Singui, actualmente Su-

tcheu o Sucheu, gran ciudad cuya circunferencia es de seis leguas, y que según la exagerada relación del viajero veneciano, tenía a la sazón más de seis mil puentes.



Después de residir por algún tiempo en Vugui, probablemente la actual Hu-tcheu-fu, y en Ciangan, hoy día
Kia-hin,

entró Marco Polo, al cabo de tres jornadas, en la noble ciudad de Quinsay, cuyo nombre significa *Ciudad del Cielo*, y actualmente se llama Hang-tcheu-fu. Tiene seis leguas de circuito y la atraviesa el río Tsien-tang-kiang, el cual, ramificándose hasta lo infinito, hace de Quinsay otra Venecia. Esta capital de los Song tiene una población casi como Pekín; el pavimento de sus calles es de losas y ladrillos; cuenta, según dice Marco Polo, «seiscientas mil casas, cuatro mil establecimientos de baños y doce mil puentes de piedra». Allí viven los comerciantes más ricos del mundo, con sus mujeres, que son hermosas y angelicales criaturas. Es residencia de un virrey, que gobierna en nombre del emperador más de cuarenta ciudades, viéndose todavía allí el palacio del antiguo soberano del Mangi, rodeado de hermosos jardines, lagos, y que encierra más de mil habitaciones. El gran kan saca de esta ciudad y su provincia inmensos recursos, y cuenta por millones de francos el producto de la sal, del azúcar, de las especias y de la seda, que forman los principales productos del país. A una jornada al Sur de Quinsay, después de haber recorrido un país encantador, Marco Polo visitó a Tampigui (Chao-hing-fu), a Vugui (Hu-tcheu), a Ghengui (Kui-tcheu), a Cianscian (Yen-tcheu-fu, según Charton, Sui-tchang-fu, según Pauthier), y Cugui (Kiutcheu), última ciudad del reino de Quinsay; después entró en el reino de Fugui, cuya principal ciudad, del mismo nombre, es en el día Fu-cheu-fu, capital de la provincia de
Fo-kien.
Según Marco Polo, los habitantes de este reino eran guerreros crueles, que jamás perdonaban a sus enemigos, se bebían su sangre y se comían su carne. Después de haber atravesado Quenlifu (Kien-ning-fu), y
Un-guen,
Marco Polo hizo su entrada en la capital de Fugui, probablemente la ciudad moderna de Huangcheu, que sostiene un gran comercio de perlas y piedras preciosas, y después de cinco jornadas de camino llegó al puerto de Zaitem, probablemente la ciudad de Tsuen-tcheu, punto extremo visitado por él en la exploración de la China Sudorienta.

IV

El Japón. —Partida de los tres Polo con la hija del emperador y los embajadores persas. —Saigón. —Java. — Cóndor. —Bintang. —Sumatra. — Las islas Nicobar. — Ceylán. — La costa de Coromandel. —La costa de Malabar. — El mar de Omán. —La isla de Socotora. —Madagascar. — Zanzíbar y la costa africana. —La Abisinia. —El Yemen, el Hadramán y el Omán. —Ormuz. —Regreso a Venecia. —Una fiesta en casa de los Polo. —Marco Polo prisionero de los genoveses. —Muerte de Marco Polo hacia 1323.

Marco Polo, después de haber terminado felizmente la exploración de que hemos hablado, volvió sin duda a la corte de Kublai-Kan, donde se le confiaron diversas misiones que le eran fáciles por sus conocimientos de las lenguas mongola, turca, mantchua y china. Es probable que formase parte de una expedición a las islas de la India, haciendo a su regreso una circunstanciada relación acerca de la navegación de aquellos mares todavía poco conocidos, pues se tienen pocos pormenores de su vida desde esta época. Su relación da detalles minuciosos de la isla de Cipangu, nombre aplicado al grupo de islas que componen el Japón, pero no parece que visitara este reino. El Japón era entonces un país célebre por sus riquezas, y hacia 1264, algunos años antes de la llegada de Marco Polo a la corte tártara, Kublai-Kan había intentado conquistarlo. Su flota llegó felizmente a Cipangu y se apoderó de una ciudadela cuyos defensores fueron pasados a cuchillo, pero una tempestad dispersó los bajeles tártaros y no dio ningún resultado la expedición. Marco Polo refiere esta tentativa circunstancialmente, citando varias particularidades relativas a las costumbres japonesas.

Hacía diecisiete años, sin contar los que habían empleado en el viaje de Europa a China, que Marco Polo, su tío Mateo y su padre

Nicolás se hallaban al servicio del emperador. Tenían deseos de volver a su patria, pero Kublai-Kan, que los estimaba y apreciaba en extremo sus méritos, no podía decidirse a dejarlos partir; así es que hizo todo lo posible para revocar aquella resolución y les ofreció inmensas riquezas si consentían en quedarse a su lado.

Los tres venecianos persistieron en sus designios de regresar a Europa; pero el emperador se negó resueltamente a autorizar su partida. Marco Polo no sabía cómo burlar la vigilancia de que eran objeto, cuando un incidente hizo cambiar a Kublai-Kan de determinación.

Un príncipe mongol, llamado Arghun, que reinaba en Persia, había enviado una embajada al emperador para pedirle en matrimonio a una princesa de la sangre real. Concedió Kublai-Kan al príncipe Arghun la mano de su hija Cograta y la hizo partir con numerosa comitiva, pero las comarcas que debía atravesar la escolta para ir a Persia no ofrecían ninguna seguridad, y pronto quedó detenida la caravana en su camino por motines y rebeliones y tuvo que regresar al cabo de algunos meses a la residencia de Kublai-Kan. Entonces fue cuando los embajadores persas oyeron hablar de Marco Polo como de un navegante instruido, bastante práctico én el Océano Indico, y suplicaron al emperador que le confiase la princesa Cograta para conducirla a su prometido, surcando aquellos mares menos peligrosos que el continente.

Kublai-Kan accedió, por fin, a esta demanda, no sin alguna dificultad, e hizo equipar una flota de catorce buques de cuatro mástiles, repostándola de provisiones para un viaje de dos años. Algunos de estos bajeles contaban con doscientos cincuenta hombres de tripulación; era, pues, una expedición importante y digna del opulento soberano del imperio chino.

Mateo, Nicolás y Marco Polo partieron con la princesa Cograta y los embajadores persas. ¿Fue acaso, durante esta travesía, que duró dieciocho meses, cuando Marco Polo visitó las islas de la Sonda y la India, de las que hace una completa descripción? Puede admitirse hasta cierto punto, sobre todo en lo relativo a Ceylán, y al litoral de la península india. Vamos, pues, a seguirle durante todo el decurso de su navegación y a referir las descripciones que hace de estos países tan imperfectamente conocidos entonces.

Fue hacia el año 1291 o 1292 cuando la flota, mandada por

Marco Polo, zarpó del puerto de Zaitem, que había ya visitado el viajero durante su viaje por las provincias meridionales de la China, y se dirigió a la vasta comarca de Ciamba, situada al sur de la Cochinchina que comprende la provincia de Saigón, perteneciente hoy a Francia. El viajero veneciano había visitado ya aquella provincia hacia el año 1280, para desempeñar una misión que le había confiado el emperador, y en esta época pagaba Ciamba a este soberano un tributo anual consistente en cierto número de elefantes. Cuando Marco Polo recorrió el país, el rey que lo gobernaba tenía trescientos veintisiete hijos, ciento cincuenta de los cuales se hallaban en estado de tomar las armas. Al dejar la península camboyana, la flota se dirigió hacia la pequeña isla de Cóndor; pero antes de describirla, cita Marco Polo la gran isla de Java, de la que nunca había podido apoderarse Kublai-Kan, isla que posee grandes riquezas, y que produce en abundancia la pimienta, la nuez moscada, la cubeba, el clavo y otras preciosas especias. Después de haber tocado en Cóndor y en Sandur, extremo de la península Cochinchina, llegó Marco Polo a la isla de Pentam «(Bintang), situada cerca de la entrada oriental del estrecho de Malaca, y a la isla de Sumatra, a la cual llama la pequeña Java». Esta isla se halla situada tan al Mediodía, dice Marco Polo, que «jamás se ve en ella la estrella polar»; lo cual es cierto respecto a los habitantes de su parte meridional. Es una fértil comarca donde crece el áloe y donde se encuentran elefantes salvajes, rinocerontes, llamados por Marco Polo unicornios, y monos que van en numerosas manadas. La flota tuvo que hacer en aquellas costas una estada de cinco meses a causa del mal tiempo, y el viajero se aprovechó de este incidente para visitar las provincias de la isla, tales como Sumatra, Dagrean, Labrin, que cuenta con gran número de hombres ron rabo (evidentemente monos), y Fandur, es decir, la isla de Panchor, donde crece el sagú, del cual se saca una harina para hacer un pan excelente.

Por fin los vientos permitieron a las naves abandonar a la pequeña Java, y después de tocar en la isla de Necaran, que debe ser una de las de Nicobar, del grupo de las Andamán, cuyos naturales son aún en el día antropófagos como en tiempo de Marco Polo, la flota tomó la dirección del Sudeste, y arribó a las cosías de Ceylán. Esta isla, dice la relación, era mucho mayor en otro tiempo,

porque tenía tres mil seiscientas millas, según se ve en las cartas de los pilotos de este mar; pero el viento del Norte sopla con tal fuerza en estos parajes, que ha hundido parte de esta isla en el agua, «tradición que todavía se conserva entre los habitantes de Ceylán». Allí es donde se recogen en abundancia los nobles y buenos rubíes; los zafiros, los topacios, las amatistas y otras piedras preciosas, tales como granates, ópalos, ágatas y sardónicas. El rey del país poseía en aquella época un rubí de un palmo de largo, y grueso como el brazo de un hombre, encendido como el fuego. El gran kan quiso comprarlo, pero no lo consiguió, a pesar de ofrecer a este soberano una ciudad.

A sesenta millas al oeste de Ceylán encontraron los navegantes la gran provincia de Maabar, que no debe confundirse con Malabar, situada en la costa occidental de la península india. El Maabar forma la parte sur de la costa de Coromandel, muy apreciada por sus pesquerías de perlas, donde viven algunos encantadores que hacen inofensivos los monstruos marinos para los pescadores, especie de astrólogos cuya raza se ha perpetuado hasta los tiempos modernos. Marco Polo da interesantes detalles acerca de las costumbres de los indígenas, de la muerte de sus reyes, en honor de los cuales se arrojan los señores al fuego, sobre los suicidios religiosos, que son frecuentes, sobre el sacrificio de las viudas, que entregan su cuello al hacha del verdugo al morir el marido, sobre las abluciones bicuotidianas a que obliga la religión, sobre la aptitud de los indígenas, para ser buenos fisonomistas, y sobre su confianza en las prácticas astrológicas y en los adivinos.

Después de haber permanecido en la costa de Coromandel, Marco Polo se dirigió al Norte hacia el reino de Muftili, cuya capital es actualmente la ciudad de Masulipatam, población principal del reino de Golconda. Este país estaba gobernado por una reina, viuda hacía cuarenta años, que quiso permanecer fiel a su esposo; allí se explotaban ricas minas de diamantes, situadas en montañas desgraciadamente infestadas de serpientes, pero para recoger las piedras preciosas sin peligro, han ideado los mineros un medio muy singular. «Toman varios pedazos de carne, dice el viajero, y los arrojan en aquellos precipicios escarpados adonde nadie puede bajar, y al caer la carne sobre los diamantes quedan éstos prendidos en ella. En las montañas viven águilas blancas que cazan, las

serpientes; cuando estas águilas ven la carne en el fondo de los precipicios, caen sobre ella y la arrebatan; entonces los hombres que han seguido los movimientos del águila, no bien la ven ocupada en comerse la carne, lanzan grandes gritos, el águila espantada levanta el vuelo sin llevarse su presa, temiendo que la sorprendan los hombres, y llegando éstos, toman la carne y los diamantes que han quedado pegados a ella. A veces también, cuando se come el águila los pedazos de carne, arroja los diamantes en su excremento, del que se extraen aquéllos».

Después de visitar la ciudad de Santo Tomás, a algunas millas al sur de Madras, donde reposa el cuerpo del apóstol Santo Tomás, exploró Marco Polo el reino de Maabar y la provincia de Lar, de donde son oriundos los «abraimanes» del mundo, probablemente los brahamanes. Estas gentes, según dice el viajero, alcanzan una edad muy avanzada, gracias a su sobriedad y abstinencia; y algunos monjes llegan a la de 150 o 200 años, no comiendo más que arroz y leche y bebiendo una mezcla de azufre y azogue. Estos abraimanes son mercaderes hábiles, aunque supersticiosos, pero de muy buena fe; no quitan nada a nadie, no matan a ningún ser viviente, cualquiera que sea, y adoran el buey, que es para ellos un animal sagrado.

Desde este punto de la costa volvió la flota a Ceylán a donde había enviado Kublai-Kan, en 1284, una embajada que le trajo unas supuestas reliquias de Adán, y entre ellas dos muelos; pues si ha de darse crédito a la tradición de los sarracenos, el sepulcro de nuestro primer padre debía estar situado en la cima de la escarpada montaña que forma el punto más elevado de la isla. Después de haber perdido de vista a Ceylán, pasó Polo a Cail, puerto que parece haber desaparecido de los mapas modernos, y en el cual tocaban entonces todos los buques procedentes de Ormuz, de Kis y de Aden y de las costas de Arabia. Desde allí, doblando el cabo de Comorín, punta de la península, llegaron los navegantes a la vista de Coilum, el Culam actual, que era, en el siglo XIII, una ciudad muy comercial. Allí es donde se recoge particularmente la madera de sándalo, y el añil, y adonde acuden a traficar en gran número los mercaderes de Levante y Poniente.

El país de Malabar es muy fértil en arroz, no faltando animales salvajes, tales como los leopardos, que Marco Polo llama «leones

negros», y también papagayos de diferentes especies, y pavos reales, que son más hermosos que sus congéneres de Europa.

Al dejar la flota a Coilum, corriéndose hacia la costa de Malabar, llegó a las riberas del reino de Eli, que toma su nombre de una montaña situada en el límite del Kanara y del Malabar; allí se recoge pimienta, jenjibre, azafrán y otras especias. Al norte de este reino se extiende la comarca llamada por el viajero veneciano Melibar, que se halla situada al norte del Malabar propiamente dicho, y frecuentada por los mercaderes del Mangi, que negocian con los indígenas de aquella parte de la India y cargan sus embarcaciones con excelentes especias, magníficas telas y otras mercaderías de precio; pero muchas veces caen los barcos en manos de los piratas de la costa, considerados como marinos muy temibles. Estos piratas habitan particularmente en la península de Gohurat, hoy Gudjarate, hacia la cual se dirigió la flotilla después de haber reconocido a Tanat, comarca donde se recoge el incienso pardo, y de Canbaot, actualmente Kambayet, ciudad que hace un importante tráfico de cueros. Después de haber visitado a Sumenat, ciudad de la península, cuyos habitantes son idólatras crueles y feroces, y a Kesmacoran, probablemente la actual ciudad de Kedge, capital de la comarca de Makran, situada al este del Indo, cerca del mar y a la altura de la India, entre el Occidente y el Norte, Marco Polo, en vez de subir hacia la Persia, donde le esperaba el prometido de la princesa tártara, se lanzó hacia el Oeste al través del vastó mar de Omán.

Su insaciable pasión de explorador le arrastró hasta quinientas millas de las playas de Arabia, y abordó a las islas Macho y Hembra, llamadas de esta manera porque en una habitan los hombres y en otra las mujeres, a quienes no visitan más que durante los meses de marzo, abril y mayo. Al dejar estos islotes, la flota hizo vela al Sur hacia la isla de Socotora, situada a la entrada del golfo de Aden, de la cual reconoció Marco Polo algunos puntos. Este explorador habla de los habitantes de Socotora, hábiles hechiceros que obtienen con sus encantos lo que quieren y dominan los huracanes y las tempestades; después, descendiendo mil millas hacia el Sur, impulsó su flota hasta las riberas de Madagascar. Dice el viajero que esta isla es una de las mejores y más grandes del mundo. Sus habitantes se dedican al comercio, y en especial al

tráfico de colmillos de elefante; se alimentan con carne de camello, que es mucho mejor y más sana que cualquiera otra. Los mercaderes que van a dicha isla desde las costas de la India, sólo emplean veinte días en atravesar el mar de Omán; pero al regresar necesitan al menos tres meses, a causa de las corrientes contrarias que propenden incesantemente a rechazar hacia el Sur. No obstante, frecuentan mucho la isla, porqué les suministra madera de sándalo, de cuyos árboles existen bosques enteros, a cambio de telas de oro y de seda, con lo cual obtienen grandes utilidades. No faltan en este reino animales salvajes ni caza, según Marco Polo, abundando los leopardos, osos, leones, ciervos, jabalíes, jirafas, asnos salvajes, cervatillos, gamos y otras clases de ganado; pero lo que más llamó la atención del veneciano fue ese supuesto grifo, esa ave monstruosa de que tanto se habla en las *Mil y una noches*, el cual no es, como se cree, un animal mitad león y mitad ave, capaz de arrastrar un elefante entre sus garras. Este pájaro maravilloso, era probablemente el *epyornis máximus*, del que se encuentran algunos huevos todavía en Madagascar.

Desde esta isla subió Marco Polo hacia el Noroeste, pasó por Zanzíbar y la costa africana, cuyos habitantes le parecieron demasiado gruesos, pero fuertes, y capaces de llevar la carga de cuatro hombres, «lo cual no debe causar extrañeza, porque cada uno de ellos come como cinco». Estos indígenas eran negros e iban enteramente desnudos; tenían la boca enorme, la nariz remangada,

los labios y los ojos grandes, descripción exacta que se aplica todavía a los naturales de dicha parte del África. Estos africanos viven de arroz, carne, leche y dátiles, y fabrican su vino con arroz, azúcar y especias. Son guerreros y valientes que no temen la muerte; combaten sobre camellos y elefantes, armados de un escudo negro de cuero, una espada y una lanza, y excitan a sus cabalgaduras, embriagándolas con un brebaje espirituoso.

En tiempo de Marco Polo, según hace observar Charton, se dividían en tres partes los países comprendidos bajo la denominación de la India: la India Mayor, es decir, el Indostán y todo el territorio situado entre el Ganges y el Indo; la India Menor, o sea el país situado allende el Ganges y comprendido entre la costa Oeste de la península y la Cochinchina, y por último, la India Media, es decir, la Abisinia y las costas arábigas hasta el golfo Pérsico.

Al abandonar a Zanzíbar, Marco Polo, subiendo hacia el Norte exploró el litoral, y primeramente la Abasia o Abisinia, país muy rico, donde se fabrican hermosas telas de algodón y de bocací.

Después tocó la flota en Zeila, puerto situado casi a la entrada del estrecho de Bab-el-Mandeb, y por último, siguiendo las costas de Yemen y de Hadramaut, pasó a la vista de Aden, puerto frecuentado por todos los buques que hacen el comercio con la China; de Escier, ciudad que exporta gran número de caballos; de Dafar, que produce un incienso de primera clase; de Calatu, en la actualidad Kalajate, situada en la costa de Omán, y finalmente de Cormos, o sea Ormuz, población que Marco Polo había visitado al ir desde Venecia a la corte del rey tártaro.

En este puerto del golfo Pérsico fue donde terminó su travesía la flota armada por el emperador mongol. La princesa había llegado, por fin, a los límites de la Persia, después de una navegación de dieciocho meses, pero su prometido, el príncipe Arghun, había, muerto en una guerra civil que ensangrentaba el país. La princesa quedó confiada al hijo de Arghun, el príncipe Ghazán, que no subió al trono hasta 1295, cuando el usurpador, hermano de Arghun, fue estrangulado.

Se ignora lo que fue de la princesa, pero antes de separarse de Marco, de Nicolás y de Mateo Polo, dióles prueba de gran reconocimiento.

Es probable que mientras Marco Polo permaneció en Persia recogiera curiosos documentos sobre la gran Turquía, pero algunos fragmentos sin ilación terminan su relato, verdadera historia de los kanes mongoles de la Persia. Sus viajes de exploración habían terminado ya. Después de haberse despedido de la princesa tártara, los tres venecianos, bien escoltados y libres de toda dase de gastos, tomaron el camino de tierra para regresar a su patria. Fueron a Trebisonda, de aquí a Constantinopla, y después a Negroponto, donde se embarcaron para Venecia.

Marco Polo volvió a entrar en su ciudad natal en el año 1295, veinticuatro años después de su partida. Los tres viajeros, tostados por los ardores del sol, toscamente vestidos con ropas tártaras, conservando en sus maneras los usos y costumbres mongoles y sin el hábito de hablar la lengua veneciana, no fueron conocidos ni aun de sus más próximos parientes. Por otra parte, habíase esparcido hacía largo tiempo el rumor de su muerte, y nadie esperaba volverlos a ver nunca más; fueron a su casa y la encontraron ocupada por diferentes miembros de la familia Polo, quienes acogieron a los viajeros con suma desconfianza, como sin duda merecía su pobre apariencia, y no dieron ningún crédito a los relatos algún tanto extraordinarios que hizo Marco Polo. Sin embargo, al ver su insistencia, los admitieron en aquella casa de que eran verdaderamente legítimos poseedores.

Algunos días después, Nicolás, Mateo y Marco, queriendo destruir hasta las menores sospechas acerca de su identidad, dieron un magnífico banquete seguido de una espléndida fiesta, a la que fueron invitados los diversos miembros de su familia y los principales señores de Venecia.

Cuando estuvieron reunidos todos los convidados en el salón aparecieron los tres Polos vestidos con trajes de raso carmesí. Los convidados pasaron a la sala del banquete y comenzó el festín.

Después del primer servicio, Marco Polo, su padre y su tío se retiraron un instante y volvieron espléndidamente vestidos Con suntuosas telas de damasco que hicieron pedazos y distribuyeron entre los convidados. Después del segundo servicio, volvieron a vestirse con trajes todavía más ricos que los anteriores, de terciopelo carmesí que conservaban hasta el fin del banquete, y entonces volvieron a aparecer vestidos a la moda veneciana.

Maravillados y absortos estaban los convidados al ver aquel lujo de vestidos, y sin saber adonde irían a parar sus anfitriones, cuando éstos mandaron que les trajeran los vestidos toscos que les habían servido durante su viaje; después, deshaciendo las costuras y arrancando los dobleces, hicieron esparcirse por el suelo rubíes, zafiros, carbunclos, esmeraldas y diamantes, todas piedras preciosas de inestimable valor. Aquellos harapos ocultaban inmensas riquezas.

Este espectáculo tan inesperado disipó toda clase de dudas, y los tres viajeros fueron reconocidos por quienes eran realmente, Marco, Nicolás y Mateo Polo, recibiendo de todos los convidados las más sinceras pruebas de afecto.

Un hombre tan célebre como Marco Polo, no podía librarse de los honores cívicos; así es, que fue llamado a la primera magistratura de Venecia, y como hablara sin cesar de los «millones» del gran kan que mandaba «millones» de súbditos, se le llamó a él mismo, *Señor Millón*.

Hacia esta época, en 1296, estalló una guerra entre Venecia y Génova. Una flota genovesa mandada por Lamba Doria, surcaba las aguas del Adriático y amenazaba el litoral. El almirante veneciano, Andrea Dándolo, armó al punto una flota superior en número a la genovesa, y confió el mando de una galera a Marco Polo, que con justicia era tenido por un navegante afamado. Sin embargo, en la batalla naval que se trabó el 8 de septiembre de 1296, fueron vencidos los venecianos, y Marco Polo quedó gravemente herido y prisionero de los genoveses. Los vencedores, conociendo y apreciando el valor de su prisionero, le trataron con muchas consideraciones y fue conducido a Genova, donde las principales familias, deseosas de oír sus relatos, le hicieron la más favorable acogida; pero si ellos no se cansaron de escucharle, en cambio él se cansó de relatar, y habiendo conocido en 1298, durante su cautiverio, a Rusticiano de Pisa, le dictó la narración de sus viajes.

Habiendo recobrado su libertad en 1299, el ilustre viajero volvió a Venecia, donde contrajo matrimonio. Desde esta época, no cuenta nada la historia acerca de los diversos incidentes de su vida, y únicamente se sabe por su testamento, fechado en 9 de enero de 1323, que dejó tres hijas y se cree que murió por aquella época a la edad de setenta años.

Tal fue la existencia de este célebre viajero, cuyas narraciones tuvieron una influencia considerable en el progreso de las ciencias geográficas. Hasta mediados del siglo XVIII los documentos sacados de la obra de Marco Polo sirvieron para los estudios geográficos, así como para las expediciones comerciales en la China, la India y el centro de Asia; así es que la posteridad no ha podido menos de aprobar el título que los primeros copistas dieron a la obra de Marco Polo: *El libro de las maravillas del mundo*.

V

IBN BATUTAH (1324-1353).

Ibn-Batutah. —El Nilo. —Gaza, Tyro, Tiberias, el Líbano, Balbek, Damasco, Meshed, Basora, Bagdad, Tébriz, Medina, La Meca. — El Yemen. —La Abisinia. —El país de los Bereberes. —El Zangue-bar. —Ormuz. —La Siria. —La Anatolia. —El Asia menor. —Astrakán. — Constantinopla. — El Turkestán. —Herat. —El Indo. —Delhl. —Malabar. —Las Maldivas. —Ceylán. — Coromandel. —Bengala. — Las islas Nicobar. —Sumatra. —La China. —El África. —El Níger. — Tombuctu.

Hacía veinte años escasos que Marco Polo había vuelto a ver a su patria, cuando un hermano menor de la orden de San Francisco atravesó toda el Asia, de 1313 a 1330, desde el mar Negro hasta los últimos confines de la China, pasando por Trebisonda, el monte Ararat, Babel y la isla de Java; pero su relación es tan confusa y su credulidad tan evidente, que no se puede dar importancia alguna a su relato. Lo mismo puede decirse de los fabulosos viajes de Juan Mandeville, respecto de los cuales ha dicho Cooley, «que aquel viajero ha publicado una obra tan plagada de embustes, que acaso no existe otra semejante en ninguna lengua conocida».

Para encontrar un sucesor digno del viajero veneciano es preciso citar a un árabe que hizo en el Egipto, la Arabia, la Anatolia, la Tartaria, la India, la China, la Bengala y el Sudán, lo que había hecho Marco Polo en una parte relativamente considerable del Asia Central. Este hombre ingenioso y audaz a la vez, debe ponerse en primer término de los más atrevidos exploradores.

Era un teólogo, llamado Abd-Allah-El-Lauati, pero adquirió la celebridad con el nombre de Ibn-Batutah. En el año 1324, o sea 725 de la Egira, resolvió hacer la peregrinación a la Meca, y abandonando Tánger, su ciudad, marchóse a Alejandría y después al Cairo. Durante su permanencia en Egipto estudió particularmente el Nilo, sobre todo en su desembocadura. Después trató de seguir su

curso, pero detenido por los disturbios que ocurrieron en la frontera de la Nubia, tuvo que descender al gran río y se dio a la vela para el Asia menor.

Después de visitar en Gaza las tumbas de Abraham, de Isaac y de Jacob, así como a Tiro, entonces muy fortificada e inexpugnable por tres puntos, y a Tiberias, convertida en un montón de ruinas y cuyos célebres baños están completamente destruidos, se dejó seducir por las maravillas del monte Líbano, que era el punto de reunión de todos los ermitaños de la época, los cuales habían elegido juiciosamente una de las más bellas comarcas de la tierra para acabar en ella sus días. Atravesando por Balbek, llegó a Damasco el año 1345, y encontró esta ciudad diezmada por la peste. El horrible azote devoraba hasta «veinticuatro mil personas cada día», si hemos de dar crédito al célebre viajero, y sin diida se hubiera despoblado Damasco en poco tiempo a no ser por la intervención del Cielo que, según él, cedió a las oraciones del pueblo reunido en la venerada mezquita donde se ve la preciosa piedra que conserva la huella del pie de Moisés.

El teólogo árabe, al dejar a Damasco, fue a la ciudad de Meshed, donde visitó el sepulcro de Alí.

Esta tumba atrae gran número de peregrinos paralíticos, a quienes basta pasar la noche sobre ella para curarse de su dolencia. Batutah no parece poner en duda la autenticidad de este milagro, que se conoce en todo el Oriente con la denominación de «noche del restablecimiento».

Siempre infatigable Ibn-Batutah y arrastrado por el imperioso deseo de ver, marchó a Basora, se internó en el reino de Ispahan y después en la provincia de Shiraz, donde quería tener una entrevista con el célebre taumaturgo Magd-Oddin. De Shiraz pasó a Bagdad; después a Tébriz, luego a Medina, donde, rezó en el sepulcro del profeta, y finalmente a la Meca, donde descansó por espacio de tres años.

Sabido es que de esta ciudad santa salen caravanas que recorren los países circunvecinos. En compañía de algunos de estos audaces comerciantes, pudo visitar Ibn-Batutah todas las ciudades del Yemen, llegando hasta Aden, en la extremidad del mar Rojo, y allí se embarcó para Zaida, uno de los puertos de la Abisinia. Volvió, pues, a poner el pie en tierra africana.

Avanzando hacia el país de los bereberes estudió los hábitos y costumbres de aquellas sucias y repugnantes tribus que sólo se alimentan de pescado y de carne de camello. No obstante, Ibn-Batutah encontró en la ciudad de Makdasbu cierto lujo y comodidad de que conservó un grato recuerdo. Sus habitantes eran muy gruesos, y cada uno de ellos comía «tanto como una comunidad», siendo muy aficionados a las golosinas, tales como llantén hervido con leche, limoncillos confitados, vainilla y jengibre verde.

Después de adquirir algunos datos del país de los bereberes, particularmente del litoral, resolvió Ibn-Batutah ir a Zanguebar y, atravesando el mar Rojo, fue costeando las playas arábigas hasta Zafar, ciudad situada en el mar de las Indias. La vegetación de esta comarca era magnífica; el betel, el cocotero y el árbol de incienso formaban frondosas selvas; pero el viajero árabe, impulsado siempre por su espíritu aventurero, siguió más adelante y llegó a Ormuz, en el golfo Pérsico. Después de haber recorrido algunas provincias persas, se le encuentra por segunda vez en la Meca en el año 1332, en cuya ciudad santa entró tres años después de haberla abandonado.

Empero no era más que un descanso en la agitada existencia de Ibn-Batutah; porque dejando el Asia, por el África, se aventuró de nuevo en medio de las pocas conocidas regiones del alto Egipto, y descendió hasta el Cairo. Desde este punto se lanzó a Siria, corrió a Jerusalén, a Trípoli y penetró hasta el país de los turcomanos y la Anatolia, donde la *hermandad de los jóvenes* le dispensó una acogida hospitalaria.

Después de la Anatolia, habla la relación árabe del Asia menor; Ibn-Batutah avanzó hasta Erzerum, donde le enseñaron un aerolito que pesaba 310 kilogramos. Atravesando el mar Negro, vio Crim y Kafa, Bulgar, ciudad situada en una latitud bastante elevada para que la desigualdad de los días y de las noches fuese bastante notable, y por fin, llegó a Astrakán, en la embocadura del Volga, residencia del Kan tártaro durante la estación del invierno.

La princesa Bailun, esposa de este jefe e hija del emperador de Constantinopla, se disponía a visitar a su padre, presentándosele con este motivo a Ibn-Batutah una ocasión para explorar la Turquía europea. Obtuvo, pues, permiso de acompañar a la princesa, la cual partió escoltada por cinco mil hombres y una mezquita portátil que

se levantaba en cada etapa. El recibimiento que se le hizo a la princesa en Constantinopla fue magnífico y tocaron las campanas con tal entusiasmo «que hasta se conmovía el horizonte».

La acogida que dispensaron al teólogo los príncipes del país, fue digna del viajero, y habiendo permanecido en la ciudad durante treinta y seis días, pudo visitarla detenidamente.

Como se deja ver, Ibn Batutah emprendió sus exploraciones en una época en que eran muy difíciles y peligrosas las comunicaciones entre los diversos países; había recorrido el Egipto, la Arabia, la Turquía de Asia, y la provincia del Cáucaso, siendo justo que descansase después de tantas fatigas. Había alcanzado renombre, y esto debía satisfacer a un alma menos ambiciosa que la suya, pues era indudablemente el viajero más celebre del siglo XIV; pero su insaciable pasión le llevó más lejos y ensanchó consider rablemente el círculo de sus exploraciones.

Partiendo de Constantinopla, Ibn Batutah volvió de nuevo a Astrakán; desde allí, atravesando los áridos desiertos del Turquestán actual, llegó a la ciudad de Chorasm, que le pareció grande y populosa; después a Bukharah, medio destruida todavía por los ejércitos de Gengis-Kan. Poco tiempo después volvemos a encontrar al viajero, en Samarcanda, ciudad religiosa que le agradó mucho, y

en Ealk, a donde no pudo llegar sino después de atravesar el desierto de Jorasán. En esta ciudad todo era ruina y desolación, pues habían pasado por allí los ejércitos bárbaros y no pudiendo detenerse en ella quiso volver al Oeste, a la frontera del Afganistán; pero se encontró con el montañoso país del Kunistán, a pesar de lo cual no se arredró, y después de grandes fatigas, que supo soportar con tanta fortuna como paciencia, llegó a la importante ciudad de Herad. Éste fue el último punto que visitó en el Poniente, resolviendo entonces emprender de nuevo su ruta hacia el Este y llegar a los últimos límites del Asia y las riberas del Océano Pacífico; si lo conseguía, habría rebasado el círculo de exploraciones de Marco Polo.

Púsose, pues, en camino siguiendo el Cabul y la frontera del Afganistán, hasta las riberas del Sindhi, o sea el Indo moderno, por el que descendió hasta su desembocadura. De la ciudad Lahari, se dirigió hacia Delhi, grande y hermosa ciudad que habían abandonado a la sazón sus habitantes huyendo de los furores del emperador Mohammed.

Este tirano, generoso y magnánimo en algunos momentos, acogió muy favorablemente al viajero árabe, no escaseándole sus favores, pues le nombró juez de Delhi con las tierras y ventajas pecuniarias anejas a dicho cargo; pero estos honores no debían durar mucho tiempo, pues apareciendo comprometido Ibn Batutah en una supuesta conspiración, creyóse en el caso de abandonar su cargo y se hizo faquir para librarse de la cólera del emperador. Pero Mohammed tuvo el buen acuerdo de perdonarle y de nombrarle su embajador en China.

La fortuna sonreía al animoso teólogo; iba a conocer aquellos países en excepcionales condiciones de bienestar y de seguridad, puesto que tenía el encargo de llevar los presentes destinados al emperador y debían acompañarle dos mil jinetes.

Ibn Batutah no había contado con los insurrectos que ocupaban las comarcas vecinas. Empeñóse un combate entre la gente de su escolta y los hindúes, y separado el embajador de sus acompañantes, cayó prisionero de los sublevados, que le quitaron cuanto tenía, le cargaron de cadenas y se lo llevaron. ¿Dónde? No se sabe, ni él mismo lo supo; pero sin perder la esperanza ni el Valor, consiguió escapar de las manos de estos bandoleros; y

después de andar errante por espacio de siete días, fue recogido por un negro, y por fin conducido a Delhi, presentándose en el palacio del emperador.

Mohammed preparó al punto una segunda expedición y confirmó al viajero árabe en su cargo de embajador. Esta vez atravesó la misión sin obstáculos el país insurrecto y pasando por

Kanoge, Merwa, Gwalior y Barun, llegó a Malabar. Poco tiempo después, Ibn Batutah entraba en Calicut, que más tarde fue la capital de la provincia de Malabar, puerto importante en el cual esperó, durante tres meses, vientos favorables para hacerse a la mar. Aprovechóse de esta involuntaria detención para estudiar la marina mercante de los chinos que frecuentaban aquella ciudad.

Habla con admiración de sus juncos, jardines flotantes, sobre los cuales se cultiva el jengibre y algunas hortalizas, especie de ciudades independientes que algunos ricos particulares poseían en gran número.

Llegó, por fin, la estación favorable para navegar. Ibn Batutah eligió para el viaje un pequeño junco, cómodamente preparado, en el cual embarcó sus riquezas y bagajes, y preparó otros trece juncos para trasladar los presentes enviados por el soberano de Delhi al emperador de la China; pero durante la noche una violenta tempestad echó a pique todas las embarcaciones. Por una feliz casualidad, Ibn Batutah se había quedado en tierra para asistir a las oraciones de la mezquita, y su piedad le salvó; pero lo había perdido todo y no le quedaba más que «el tapiz sobre el cual hacía sus oraciones». Después de esta segunda catástrofe, no se atrevió ya a presentarse ante el soberano de Delhi, pues había motivo para irritar a un emperador menos impaciente. Ibn Batutah tomó su resolución: abandonó el servicio del emperador y las ventajas anejas a su cualidad de embajador, y se embarcó para las islas Maldivas, que estaban gobernadas entonces por una mujer y que hacían un gran comercio de hilo de coco. Allí también el teólogo árabe fue investido con la dignidad de juez, se casó con tres mujeres, incurrió en la cólera del visir, celoso de su reputación, y tuvo que fugarse muy en breve. Cifraba su esperanza en llegar a la costa de Coromandel, pero los vientos empujaron la embarcación en que iba hacia la isla de Ceylán. Ibn Batutah fue recibido con grandes consideraciones, y obtuvo permiso del rey para escalar la montaña sagrada de Serendil, o pico de Adán, con objeto de ver la huella milagrosa situada en la cúspide de la montaña, llamada por los hindus *Pie de Budha*, y por los mahometanos *Pie de Adán*. En su relación consigna que esta huella mide once palmos de longitud, cálculo muy inferior al que hace un historiador del siglo IX que no la supone menos de setenta y nueve codos. Añade también este

historiador que uno de los pies de nuestro primer padre se apoyaba en la montaña y el otro hendía el Océano Indico. Ibn Batutah habla igualmente de grandes monos barbudos que formaban una gran parte de la población de la isla, los cuales estaban sometidos a un gobierno monárquico, representado por un rey cinocéfalo, coronado de hojas de árboles. Sabido es lo que significaban todas estas fábulas propaladas por la credulidad de los hindúes.

Desde Ceylán pasó el viajero a la costa de Coromandel, habiendo sufrido durante la travesía violentas tempestades, y desde esta costa ganó la orilla opuesta, atravesando el extremo inferior de la península Indica; donde se embarcó de nuevo. Pero su navío fue apresado por los piratas, y despojado, casi desnudo y extenuado de hambre, Ibn Batutah llegó a Calicut. Sin embargo, no podía intimidarle desgracia alguna, pues pertenecía a esa clase de grandes viajeros que se templan y fortalecen en el infortunio. En cuanto a la generosa hospitalidad de algunos mercaderes de Delhi le permitió volver a empuñar su báculo de viajero, se embarcó de nuevo para las Maldivas, corrió a Bengala, donde admiró sus riquezas naturales y se hizo a la vela para Sumatra; arribó después de cincuenta días de malísima travesía a una de las islas de Nicobar, situadas en el golfo de Bengala, y quince días después llegó por fin a Sumatra, cuyo rey le acogió con gran favor, como acostumbraba a hacer con todos los mahometanos; pero, como Ibn Batutah no era un hombre vulgar, agradó al soberano de la isla, el cual le suministró los medios necesarios para volver a la China.

Un junco transportó al viajero árabe por el «mar tranquilo», y setenta y un día después de haber salido de Sumatra arribó a Kailuka, capital de un país bastante problemático, cuyos habitantes, gallardos y valientes, sobresalían en el ejercicio de las armas. Desde Kailuka pasó Ibn Batutah a las provincias chinas y visitó desde luego la magnífica ciudad de Zaitem, que probablemente sería la Tsuen-tcheu de los chinos, situada algo al norte de Nankín. Recorrió así también diversas ciudades de aquel gran imperio, estudiando las costumbres de sus pueblos y admirando sus riquezas, industria y civilización; pero no adelantó hasta la gran muralla, a la que llama el «obstáculo de Gog y Magog». Explorando estos países inmensos permaneció en la gran ciudad de Chensi, que comprendía seis ciudades fortificadas. Los azares de sus peregrinaciones le

permitieron asistir a los funerales de un kan que fue enterrado en compañía de cuatro mujeres esclavas, de seis favoritos y de cuatro caballos.

Entretanto, estallaron turbulencias en Zaitem, que obligaron a Ibn Batutah a abandonar aquella ciudad; embarcóse para Sumatra, y desde allí, tocando en Calicut y en Ormuz, entró en la Meca el año 1348, después de haber dado la vuelta a la Persia y a la Siria.

Pero no había llegado la hora de descanso para el infatigable explorador; al año siguiente regresó a Tánger, su ciudad natal, y después de visitar las comarcas meridionales de España, volvió a Marruecos, se internó en el Sudán, recorrió los países regados por el Níger, atravesando el gran desierto, y no paró hasta Tombuctú, haciendo de esta suerte un trayecto que hubiera bastado para satisfacer a un viajero menos ambicioso.

Ésta debía ser su última expedición. En 1353, veintinueve años después de haber abandonado Tánger por primera vez, volvió a entrar en Marruecos y se estableció en Fez. Ibn Batutah merece seguramente la reputación de ser el explorador más intrépido del siglo XIV, y la posteridad ha sido justa inscribiendo su nombre inmediatamente después del ilustre veneciano Marco Polo.

VI

JUAN DE BETHENCOURT (1339-1425).

I

El caballero normando. —Sus ideas de conquista. —Lo que se sabía de Canarias. —Cádiz. —El archipiélago de las Canarias. —La Graciosa. — Lanzarote. — Fuerteventura. — Lobos. — Juan de Bethencourt regresa a España. —Rebelión de Berneval. —Entrevista de Juan de Bethencourt con el rey Enrique III. —Gadifer visita el archipiélago canario. —La Gran Canaria. —La isla de Hierro. —La isla de la Palma.

Allá por el año 1339 nació en el condado de Eu (Normandía), Juan de Bethencourt, barón de Saint-Martin-le-Gaillard. Juan de Bethencourt era de muy buena familia, y habiéndose distinguido en la guerra y la navegación fue nombrado chambelán de Carlos VI. Tenía afán por los descubrimientos, y así es que, fatigado del servicio de la corte durante la demencia del rey, poco feliz por otra

parte en el hogar doméstico, resolvió abandonar su país e ilustrarse por medio de alguna aventurera conquista. Ofreciósele ocasión, y he aquí cómo.

Hay en la costa africana un grupo de islas llamadas Canarias, que llevaron en otro tiempo el nombre de islas Afortunadas. Juba, hijo de un rey de Numidia, las había explorado, según dicen, hacia el año 776 de Roma. En la Edad Media, si se han de creer ciertas relaciones, los árabes, los genoveses, los portugueses, los españoles y los vizcaínos visitaron en parte este grupo interesante. Finalmente, hacia el año 1393, un caballero español, llamado Almonaster, que mandaba una expedición, efectuó un desembarco en Lanzarote, y trajo, con cierto número de prisioneros, productos que atestiguaban la gran fertilidad del archipiélago.

Este hecho llamó la atención del caballero normando. La conquista de las Canarias le alentó, y como hombre piadoso, resolvió convertir a sus habitantes a la fe católica. Era un caballero valeroso, inteligente, recto y rico en recursos. Dejó su palacio de Grainville-la-Teinturière, en Caux, y se fue a la Rochela. Allí hizo conocimiento con el buen caballero Gadifer de la Salle, que iba en busca de aventuras. Juan de Bethencourt le refirió sus proyectos de expedición a Gadifer, y éste le manifestó deseos de ir en su compañía. Cruzáronse entre los dos muy *bellas palabras*, largas de referir, y el asunto quedó arreglado.

Entretanto Juan de Bethencourt había reunido su ejército. Poseía buenas naves suficientemente provistas de gente y vituallas. Gadifer y él hiciéronse a la vela, y después de haber sido contrariados por los vientos al pasar por la isla de Ré, y todavía más contrariados por las disensiones que frecuentemente estallaban entre los jefes y la tripulación, llegaron al puerto de Vivero, en la costa de Galicia, y después a la Coruña. Allí Juan de Bethencourt y sus caballeros permanecieron ocho días. Los franceses tuvieron algunas cuestiones con cierto conde de Escocia, pero todo quedó reducido a un cambio de palabras. El barón se hizo nuevamente a la mar, dobló el cabo de Finisterre, siguió la costa portuguesa hasta el cabo San Vicente, y luego al puerto de Cádiz, donde permaneció largo tiempo. Allí se le presentaron todavía algunas dificultades con los mercaderes genoveses que le acusaban de haberse apoderado de un buque de su propiedad. A causa de esto, tuve que trasladarse a Sevilla, donde el

rey Enrique III le hizo justicia, librándole de toda molestia. Juan de Bethencourt volvió a Cádiz y se encontró con una parte de su tripulación en plena insubordinación. Sus marineros, asustados por los peligros de la expedición, no querían continuar el viaje; pero el caballero francés, alentando a los valientes, y despreciando a los cobardes, hizo aparejar y, abandonando el puerto, ganó la alta mar.

El buque del barón fue detenido durante tres días por la calma, que él llama la bonanza; después, mejorando el tiempo, llegó en cinco días a una de las pequeñas islas del grupo de las Canarias, la Graciosa; y finalmente, a una isla importante, Lanzarote, cuya longitud es de 44 kilómetros por 16 de latitud, teniendo casi la magnitud y la forma de la isla de Rodas. Lanzarote abunda en pastos y en buenas tierras de labor, propias para la producción de cebada. Las fuentes y las cisternas, que son muy numerosas, suministran allí un agua excelente. La planta tintórea llamada orchilla crece allí en abundancia. En cuanto a los habitantes de esta isla, que tienen por costumbre ir a casa desnudos, son altos, bien formados, y sus mujeres, que visten largas sayas de cuero que van arrastrando hasta el suelo son hermosas y honestas.

Juan de Bethencourt, antes de que se descubriesen sus propósitos de conquista, hubiese querido apoderarse de cierto número de las islas Canarias, pero como no conocía el país, la operación era difícil. Fuese, pues, al abrigo de un islote del archipiélago, situado más al Norte, y reuniendo en consejo a sus caballeros, les preguntó su parecer sobre lo que convenía efectuar. El consejo fue de parecer que a toda costa, bien por medio de la seducción o del engaño, era preciso tomar a su servicio gentes del país. La fortuna favoreció al bizarro caballero. El rey de la isla, Guadarfia, se puso en relaciones con él y le juró obediencia como amigo, mas no como súbdito. Juan de Bethencourt hizo construir un castillo, o mejor, un fuerte en la parte sudeste de la isla, dejó en él algunos hombres bajo el mando de Berthin de Berneval, hombre diligente, y partió con su tropa a conquistar la isla de Erbania, que no es otra que Fuerteventura.

Gadifer aconsejó que se efectuase un desembarco durante la noche, y así se hizo; después tomó el mando de una pequeña partida de tropa, y en el espacio de ocho días recorrió toda la isla sin poder hallar uno sólo de sus habitantes, los cuales se habían

refugiado en las montañas. Gadifer, falto de víveres, tuvo que regresar y marcharse al islote de los Lobos, situado entre Lanzarote y Fuerteventura; pero allí se revolvió contra él su jefe de la marina, y no sin dificultad volvió Gadifer con el barón al fuerte de la isla de Lanzarote.

Juan de Bethencourt resolvió entonces regresar a España para procurarse provisiones y un nuevo contingente de soldados, porque no podía contar con su tripulación. Dejó el mando general de la isla a Gadifer, y después, aconsejándose de todos sus compañeros, se hizo a la vela para España en un navío perteneciente a Gadifer.

Se recordará que Juan de Bethencourt había hecho a Berthin de Berneval comandante del fuerte de la isla de Lanzarote. Este Berneval era enemigo personal de Gadifer. Apenas había partido el caballero normando, cuando Berneval trató de ganarse a sus compañeros y consiguió arrastrar a algunos de ellos, particularmente a los gascones, a rebelarse contra el gobernador. Éste, no sospechando en manera alguna de la conducta de Berneval, ocupábase en la caza de los lobos marinos en el islote de Lobos, acompañado de su amigo Remonnet de Leveden y otros muchos.

Este Remonnet, habiendo sido enviado a Lanzarote a proveerse de víveres no encontró a Berneval, porque había abandonado la isla con sus cómplices para ir a un puerto de la isla de Graciosa, donde un patrón de un barco, engañado por sus promesas, había puesto el buque a su disposición.

De la isla Graciosa el traidor Berneval volvió a Lanzarote y puso el colmo a su maldad simulando una alianza con el rey de las islas Canarias. El rey, no pensando que pudiera engañarle un oficial del señor de Bethencourt, en quien tenía entera confianza, fue con ochenta y cuatro súbditos suyos a ponerse en manos de Berneval. Éste, cuando estaban durmiendo, hizo que los atasen y los trasladó a un puerto de la isla Graciosa. El rey, viéndose indignamente engañado, rompió sus ligaduras, libertó a tres de los suyos y consiguió fugarse; pero sus desgraciados compañeros quedaron prisioneros y fueron entregados por Berneval a unos ladrones que los llevaron a vender a tierra extranjera.

A esta infamia añadió Berneval otras. Por orden suya apoderándose sus compañeros del navío que Gadifer había enviado al fuerte de Lanzarote para traerle víveres. Remonnet quiso

defenderse contra esos traidores, pero él y los sayos eran pocos. Sus súplicas no fueron obstáculos para que Berneval robase y destruyese las provisiones, útiles y armas que Juan de Bethencourt había reunido en el fuerte de Lanzarote. Después no escasearon los insultos al gobernador y el mismo Berneval exclamó: «Quiero que Gadifer de la Salle sepa que, si fuese tan joven como yo, iría a matarle; pero ya que por dicha suya no lo es, no quiero tomarme ese trabajo. Y si aún se me antoja, tal vez vaya a hacerle nadar en la isla de Lobos y a ver cómo pesca los lobos marinos».

Entretanto, Gadifer y diez de sus compañeros estaban en grave peligro de morir en la isla de Lobos. Afortunadamente los dos capellanes del fuerte de Lanzarote, habiendo marchado al puerto de la isla Graciosa, lograron enternecer a un patrón de barco, víctima ya de la traición de Berneval, el cual les dio uno de sus compañeros, llamado Ximénez, quien regresó al fuerte de Lanzarote. Allí había una frágil barquilla que Ximénez cargó de víveres; después embarcándose con cuatro hombres, fieles a Gadifer, se aventuró a ganar el islote de Lobos, que distaba cuatro leguas, en las que era preciso franquear «el paso más horrible de todos los que hay en esta parte del mar».

Entretanto, Gadifer y los suyos estaban próximos a los tormentos más horribles de hambre y de sed. Ximénez llegó a tiempo para impedir que sucumbieran. Habiendo sabido Gadifer la traición de Berneval, se embarcó en la canoa para regresar al fuerte de Lanzarote. Hallábase indignado por la conducta de Berneval con los pobres canarios, a quienes el señor de Bethencourt y él habían jurado protección. ¡Nunca hubiese creído que traición semejante hubiese podido maquinarse por uno de aquéllos en quienes se había depositado mayor confianza! ¿Qué hacía Berneval durante ese tiempo? Después de haber hecho traición a su señor, la hizo también a los compañeros que le habían auxiliado en sus maldades; abandonó en tierra a doce de entre ellos, y fuese a España, con la intención de avistarse con Juan de Bethencourt y hacerle aprobar su conducta, contándole los hechos como a él le conviniera. Tenía, pues, interés en deshacerse de testigos embarazosos, y los abandonó. Estos desgraciados tuvieron al principio la idea de implorar la generosidad del gobernador y se confesaron con el capellán, que les animó a llevarla a efecto. Pero ellos, temiendo la

venganza de Gadifer, se apoderaron de una embarcación, y en un momento de desesperación huyeron a tierra de moros. El buque se estrelló en la costa de Berbería. Diez de los fugitivos se ahogaron y los otros dos cayeron en manos de los moros y fueron reducidos a la esclavitud.

En la época en que ocurrían estos sucesos en la isla de Lanzarote. Juan de Bethencourt, en la nave de Gadifer llegaba a Cádiz, donde tomó desde luego rigurosas medidas contra los hombres de su tripulación inclinados a la sedición, haciendo encarcelar a los cabezas del motín. Después envió su embarcación a Sevilla, donde se hallaba a la sazón el rey Enrique III; pero aquélla naufragó en el Guadalquivir, con gran perjuicio de Gadifer.

Al llegar Juan de Bethencourt a Sevilla, recibió a un tal Francisco Calve, que acababa de llegar de las Canarias y que le ofreció volverse a las islas para llevarle provisiones al gobernador. El barón de Bethencourt no quiso, sin embargo, tomar una decisión sobre el particular antes de haber visto al rey.

En esto llegó Berneval con sus principales cómplices y algunos indígenas de las Canarias a quienes trataba de vender como esclavos. Este malvado esperaba que redundase la traición en provecho propio, sorprendiendo la buena fe de Juan de Bethencourt; pero había contado sin un tal Courtille, trompeta de Gadifer, que se encontraba con él. Este valiente soldado denunció las tropelías de Berneval, y con sólo su denuncia, fueron encerrados los autores de ellas en las prisiones de Cádiz. Courtille dio a conocer también la situación de los canarios que iban a bordo.

El caballero normando, no pudiendo dejar a Sevilla en el momento en que iba a obtener una audiencia del rey, dio orden para que los insulares fuesen tratados con toda consideración, pero, mientras se recibía la orden el buque que los conducía había marchado al reino de Aragón, donde aquellas pobres gentes fueron vendidas como esclavos.

Entretanto Juan de Bethencourt había sido recibido en audiencia por el rey de Castilla, y después de haberle referido los resultados de su expedición, le dijo: «Señor, vengo a pediros socorros, si es que os place darme permiso para conquistar a la fe cristiana las islas llamadas Canarias. Como sois rey y señor de todos los países inmediatos y el más próximo de los reyes cristianos, vengo a

implorar vuestra gracia y a haceros homenaje de mis conquistas».

El rey recibió muy satisfecho el homenaje del caballero normando, dióle el señorío de las Canarias y el quinto de las mercancías que viniesen a España de dichas islas. Además le entregó veinte mil maravedises, poco más de catorce mil francos, para comprar provisiones destinadas al gobernador Gadifer, y le concedió el derecho de fabricar moneda en las Canarias.

Desgraciadamente estos veinte mil maravedises fueron confiados a un hombre de mala fe que huyó a Francia llevándose el donativo del rey de Castilla.

Sin embargo, Juan de Bethencourt obtuvo aún de Enrique III un buque bien equipado, con ochenta hombres de tripulación y bien provisto de víveres, de armas y de herramientas. Juan de Bethencourt, muy reconocido a la generosidad del rey, escribió a Gadifer dándole cuenta de todo lo que había hecho, su irritación y su disgusto al saber la conducta de aquel Berneval, a quien se había confiado, y anunciándole la próxima partida del buque que le había dado el rey de Castilla.

Durante este tiempo ocurrían graves acontecimientos en la isla de Lanzarote. El rey Guadarfia, lastimado por los procedimientos del traidor Berneval, se había sublevado, y algunos de los compañeros de Gadifer habían muerto a manos de los canarios. Éste se hallaba resuelto a exigir el castigo de los culpables, cuando un pariente del rey, el indígena Ache, le propuso apoderarse de Guadarfia y destronarle en beneficio propio. Este Ache era un malvado que, después de haber hecho traición a su rey se proponía hacerla también a los normandos y arrojarles del país. Gadifer, no sospechando sus malas intenciones y queriendo vengar la muerte de los suyos, aceptó las proposiciones de Ache, y algún tiempo después, la víspera de Santa Catalina, fue sorprendido el rey y conducido al fuerte, donde le encadenaron.

Algunos días después Ache, proclamado nuevamente soberano de la isla, atacó a los compañeros de Gadifer e hirió a muchos mortalmente. Pero a la noche siguiente Gadifer, que había podido escaparse, se apoderó de Ache y le hizo lapidar y quemar inmediatamente.

El gobernador, irritadísimo con las violentas escenas que cada día se renovaban, tomó la resolución de matar a todos los indígenas

y de conservar solamente las mujeres y los niños para hacerlos bautizar. En estos momentos fue cuando afortunadamente llegó el buque enviado por Bethencourt, y otros cuidados reclamaron la atención de Gadifer. Este buque, además de sus ochenta hombres y de las provisiones de que estaba cargado, llevaba una carta en la cual, entre otras cosas, decía Juan de Bethencourt a Gadifer que había hecho homenaje al rey de Castilla de las islas Canarias, lo cual no fue del agrado del gobernador, porque había concebido el proyecto de tener parte en aquellas islas; pero disimuló su descontento y acogió benévolamente a los recién llegados.

El desembarque de los víveres y de las armas hízose en seguida, y Gadifer se embarcó en el buque para ir a explorar, las islas vecinas. Iba acompañado de Remonnet y de otros muchos, como también de dos indígenas para que le sirviesen de guías.

Gadifer llegó sin tropiezo alguno a la isla de Fuerteventura, y algunos días después de su desembarco salió con treinta y cinco hombres, a fin de explorar el país; pero muy en breve la mayor parte de su gente le abandonó, y sólo trece hombres, entre ellos dos arqueros, quedaron a su lado. Gadifer continuó, sin embargo, su exploración, y después de haber pasado a nado un gran río, penetró en un magnífico valle adornado por ochocientas palmeras. Luego, habiendo descansado y repuesto, volvió a emprender su camino a lo largo de una extensa ribera.

Allí aparecieron unos cincuenta indígenas, los cuales, cercando aquella pequeña fuerza, amenazaron exterminarla. Gadifer y sus compañeros opusieron una firme resistencia y lograron poner en fuga a sus enemigos. Por la noche regresaron al buque, llevándose cuatro mujeres prisioneras.

Al día siguiente dejó Gadifer a Fuerteventura y fondeó en la

Gran Canaria, en un gran puerto situado entre Teldes y Argonez. Quinientos indígenas salieron a su encuentro, pero sin hacerle ninguna demostración hostil; al contrario cambiaron con ellos por anzuelos y objetos de hierro, productos del país, tales como higos y sandragón, substancia resinosa sacada del dragonero o dracena, cuyo balsámico olor es muy agradable; pero aquellos canarios se tenían en guardia contra los extranjeros, porque estaban agraviados de las gentes del capitán López, las cuales, veinte años antes, habían invadido la isla y no permitieron a Gedifer saltar a tierra.

El gobernador tuvo que hacerse a la vela sin haber podido explorar la Gran Canaria, y se dirigió hacia la isla de Hierro; pero, después de costearla, el buque se dirigió de noche a la isla de la Gomera, donde se veían brillar los fuegos de los indígenas.

No bien se hizo de día, quisieron desembarcar algunos amigos de Gadifer, pero los gomeritas, muy temibles por su destreza y su intrepidez, corrieron al encuentro de los castellanos, que se vieron obligados a embarcarse a toda prisa.

Gadifer, en extremo descontento de la acogida que le dispensaban los indígenas, resolvió tentar fortuna otra vez en la isla de Hierro. Partió, pues, y llegó de día a esta isla, donde pudo desembarcar sin obstáculo y permaneció allí veintidós días.

La isla era magnífica en su parte central. Regábanla en muchos sitios arroyos de agua clara y copiosa; las codornices pululaban, y encontrábanse en abundancia cabras, cerdos y otros animales; pero estaba poco poblada.

Desde esta isla hospitalaria pasaron los conquistadores a la de Palma, donde fondearon en un puerto situado a la derecha de un importante río. Esta isla es la más avanzada hacia la parte del Océano. Cubierta de pinos y de otros árboles, regada por buenos ríos, revestida con exuberante vegetación, podía prestarse a toda clase de cultivo. Sus habitantes, altos y valientes, eran fornidos, de fisonomía agradable y piel muy blanca.

Gadifer permaneció poco tiempo en esta isla; sus marineros proveyéronse de agua para su regreso, y al cabo de dos noches y dos días de haber costeado las islas del archipiélago sin desembarcar en ellas, llegaron al fuerte de Lanzarote, después de una ausencia de tres meses. Durante este tiempo, sus compañeros, siempre en guerra con los indígenas, les habían hecho un gran

número de prisioneros, y los canarios, desmoralizados, iban todos los días a rendirse a discreción e implorar el sacramento del bautismo. Gadifer, encantado por estos resultados, envió a España a uno de los caballeros, con el fin de que diese cuenta a Juan de Bethencourt del estado en que se encontraba a la sazón la colonia de las Canarias.

II

Vuelta de Juan de Bethencourt. —Envidia de Gadifer. — Juan de Bethencourt visita el archipiélago. —Gadifer marcha a conquistar la Gran Canaria. —Contienda de los señores. — Regresan ambos a España. —El rey vitupera a Gadifer. — Regreso del caballero normando. — Los indígenas de Fuerteventura se hacen bautizar. —Juan de Bethencourt regresa al país de Caux. —Vuelta a Lanzarote. —Desembarco en la costa africana. —Conquista de la Gran Canaria, de la isla de Hierro y de la Palma. —Maciot es nombrado gobernador del archipiélago. —Juan de Bethencourt obtiene del Papa la creación de un obispo canario. —Su regreso a su patria y su muerte.

Aún no había llegado a Cádiz el enviado del gobernador cuando el barón de Bethencourt desembarcaba en el fuerte de Lanzarote *con una lucida aunque pequeña escolta*. Gadifer y sus compañeros hiciéronle muy buen recibimiento así como los canarios bautizados. Pocos días después el rey Guadarfia iba personalmente a entregarse a discreción, y el año 1404, en 20 de febrero, se hizo cristiano con todos sus compañeros. Los capellanes de Juan de Bethencourt redactaron, por indicación del mismo una instrucción muy sencilla comprensiva de los principales hechos del cristianismo, la creación del mundo, la caída de Adán y Eva, la historia de Noé y de la torre de Babel, la vida de los patriarcas, la historia de Jesucristo y de su muerte y pasión por los judíos y por último, la manera cómo deben entenderse los diez mandamientos de la ley de Dios, el Santísimo Sacramento del altar, la Pascua, la confesión y otros puntos.

Juan de Bethencourt era un hombre muy ambicioso: no contento con haber explorado, y por decirlo así tomado posesión del archipiélago de las Canarias, aún soñaba con la conquista del África

bañada por el Océano. Éste era su pensamiento secreto al volver a Lanzarote, a pesar de que tenía aún mucho que hacer para dar una denominación efectiva a aquel grupo de islas de las cuales no era más que señor nominal. Resolvió poner manos a la obra y visitar personalmente todas las islas que Gadifer había ya explorado.

Pero antes de partir tuvo lugar una conversación entre Gadifer y él, que es conveniente referir. Gadifer, ponderando sus servicios, le pidió al barón que le recompensase dándole Fuerteventura, Tenerife y Gomera.

—Amigo mío —le contestó el barón—; las islas y el país que queréis no están aún conquistados, pero mi intención no es que perdáis vuestro trabajo y que no se os recompense, porque tenéis derecho a ello. Terminemos la empresa acometida y os aseguro que quedaremos como hermanos y amigos.

—Muy bien —replicó Gadifer—, pero hay una cosa de por medio de que no estoy contento, y es que hayáis hecho ya homenaje al rey de Castilla de las islas Canarias, y que os tituléis señor de ellas.

—Es verdad que he hecho homenaje de las islas al rey de Castilla —respondió Bethencourt—, y que me considero dueño de ellas, pues así lo ha querido el rey; sin embargo, si aguardáis al fin de nuestra empresa, haré tanto por vos, que no quedaréis descontento.

—No pienso permanecer mucho tiempo aquí —repuso Gadifer —, porque necesito regresar a Francia. No quiero continuar en este país.

Después de esto los dos caballeros se separaron; pero Gadifer se calmó poco a poco y no rehusó acompañar a Juan de Bethencourt durante su exploración por el archipiélago de las Canarias.

El barón de Bethencourt, bien abastecido y mejor armado se hizo a la vela para Fuérteventura, donde permaneció tres meses, y al marcharse se apoderó de gran número de indígenas que hizo trasportar a la isla Lanzarote. No debe causar extrañeza este modo de proceder, que era muy natural en aquella época en que todos los exploradores obraban de esta suerte. Durante su permanencia, el barón recorrió toda la isla, después de haberse fortificado contra los ataques de los indígenas, que eran gentes de gran estatura, fuertes y muy aferradas a su ley. Edificó, pues, en la pendiente de una

elevada montaña una ciudadela llamada Richeroque, cuyos restos se ven todavía en medio de una aldea.

En esta época, y a pesar de que aún no se habían olvidado sus quejas y malhumor, que se traducían frecuentemente por algunas bravatas, Gadifer aceptó el mando de una compañía que el barón puso a sus órdenes para conquistar la Gran Canaria.

Partió el 25 de julio de 1404, pero esta expedición no obtuvo resultado alguno útil. Los navegantes fueron muy molestados por las tempestades y los vientos contrarios. Al fin, llegaron cerca del puerto de Teldes, pero como se aproximaba la noche y el viento soplaba de firme, no se atrevieron a desembarcar en este puerto, y fueron más adelante a la ciudadela de Argyneguy, enfrente de la cual permanecieron durante once días. Los naturales, excitados por su rey Artamy, les tendieron muchos lazos que debieron ser fatales a las gentes de Gadifer. Hubo escaramuzas en las que se derramó la sangre, y los castellanos, no siendo suficientes en número, pasaron dos días en Teldés y de allí volvieron a Lanzarote.

Gadifer, sumamente contrariado por su mal éxito, empezó a no encontrar bien nada de cuanto pasaba a su alrededor. Su envidia contra su jefe se acrecentaba cada día más, y se permitía violentas recriminaciones, repitiendo que el barón de Bethencourt lo había hecho todo para sí y que no estarían las cosas tan adelantadas si otros no hubieran puesto la mano en ella. Estas palabras llegaron a oídos del barón, que se irritó en extremo y se las censuró al envidioso Gadifer, lo cual produjo entre ambos una viva reyerta. Gadifer insistió en su propósito de abandonar aquel país, en el cual, decía, que cuanto más permaneciera menos ganaría.

Precisamente entonces Juan de Bethencourt lo había dispuesto todo para regresar a España y le propuso a Gadifer que le acompañase a fin de ver el modo de arreglar su desacuerdo. Gadifer aceptó; pero los dos rivales no quisieron ir juntos; mientras que partía el barón en su buque, Gadifer se daba a la vela en el suyo. Ambos llegaron a Sevilla, donde Gadifer presentó sus reclamaciones; pero como el rey de Castilla se negase a tomarlas en cuenta, y antes por el contrario aprobase completamente la conducta del barón de Bethencourt, Gadifer partió de España, volvió a Francia y ya no regresó jamás a las Canarias, que había querido conquistar por cuenta propia.

El barón de Bethencourt se despidió del rey casi al mismo tiempo, porque la administración de la colonia naciente reclamaba imperiosamente su presencia. Antes de marcharse, los habitantes de Sevilla que le estimaban mucho, le hicieron mil regalos, y lo que era aún más útil, le proveyeron de armas, oro y plata.

Juan de Bethencourt llegó a la isla de Fuerteventura, donde fue acogido con suma alegría por sus compañeros. Al partir Gadifer había dejado en su lugar a su bastardo Aníbal, el cual hizo, no obstante, al barón muy buena acogida.

Los primeros días de la instalación del barón de Bethencourt en la isla se señalaron por frecuentes combates con los indígenas que destruyeron la fortaleza de Richeroque, después de haber quemado una capilla y robado las provisiones. El barón los persiguió sin descanso y acabó por obtener la victoria. Envió gran número de sus hombres, que habían quedado en Lanzarote, y dio orden para que se reconstruyese inmediatamente la ciudadela.

Sin embargo, volvieron a comenzar los combates, pereciendo muchos canarios, entre otros, cierto gigante de nueve pies de alto, que Juan de Bethencourt hubiera querido tomar vivo. El barón no podía fiarse del bastardo de Gadifer, ni de las gentes que le acompañaban. Dicho bastardo había heredado la envidia de su padre contra el barón, pero éste, que necesitaba sus servicios, disimulaba su desconfianza. Por fortuna sus gentes eran más numerosas que las que habían permanecido fieles a Gadifer. Empero, las recriminaciones de Aníbal llegaron a ser tales, que el barón le envió uno de sus ayudantes, Juan Courtois, para recordarle su juramento y la necesidad de cumplirlo.

Juan Courtois fue bastante mal recibido, y estuvo a punt de reñir con el bastardo y los suyos, especialmente por causa de ciertos prisioneros canarios que los partidarios de Gadifer retenían indebidamente y no querían devolverles.

Aníbal obedeció sin embargo; pero Juan Courtois, al presentarse al barón, le contó las insolencias del bastardo y trató de excitar a su señor contra él. «De ninguna manera, le contestó el recto Bethencourt; no quiero que se le haga daño alguno, ni a él ni a los suyos. No siempre debe hacerse todo aquello que sería justo hacer. En toda ocasión es preciso contenerse y procurar más por el honor que por el provecho». Magníficas frases que no serán nunca

bastante ponderadas.

Sin embargo, a pesar de estas discordias intestinas, continuaba la guerra contra los indígenas y contra los conquistadores; pero éstos, bien armados y *artillados* triunfaban en todos los encuentros. A esto debióse que los reyes de Fuerteventura, deseosos de parlamentar, enviaran un emisario al barón de Bethencourt para pedirle una tregua, añadiendo que deseaban convertirse al cristianismo. El barón, muy contento con esta idea, respondió que los reyes serían muy bien recibidos, si se le presentaban.

Inmediatamente el rey de Maxorata, que reinaba en el Noroeste de la isla, se presentó con un séquito de veintidós personas, todas las cuales fueron bautizadas el 18 de enero de 1405. Tres días después, otros veintidós indígenas recibían el sacramento del bautismo. El 25 de enero el rey que gobernaba en Handía, al sudeste de Fuerteventura, se presentó con veintiséis súbditos, que

fueron igualmente bautizados. En poco tiempo todos los habitantes de Fuerteventura abrazaron la religión católica.

El barón de Bethencourt, satisfecho con tan feliz resultado, pensó entonces en volver a su país.

Dejó el mando y gobierno de las islas a su nuevo lugarteniente Juan Courtois y partió el último día de enero, en medio de las lágrimas y bendiciones de sus compañeros, llevándose consigo a tres hombres y una mujer de las islas Canarias, a quienes quería enseñar el reino de Francia. Partió. «Dios quiera llevarle y volverle», dice la relación.

En veintiún días el barón de Bethencourt llegó al puerto de Harfleur, y dos dfas después entraba en su palacio de Grainville. Todos los nobles del país salieron a festejarle, y la baronesa le hizo una cordialísima acogida. La intención de Bethencourt era regresar a las Canarias en breve plazo. Contaba llevar consigo a todos sus compatriotas a quienes conviniera seguirle, enganchando gentes de todos los oficios, casados o sin casar, a quienes prometió darles tierras. Consiguió, pues, reunir cierto número de emigrantes, entre los cuales había veintiocho soldados, de los cuales veintitrés se llevaban a sus mujeres. Habían fletados dos buques para transportar esta gente, y señalóse para el embarque el 6 de mayo. El 9 del mismo mes, el barón se hizo a la vela, y desembarcó en Lanzarote cuatro meses y medio después de haber dejado el archipiélago.

El señor normando fue recibido al son de trompetas, clarines, tamboriles, arpas, bocinas y otros instrumentos. Los canarios saludaron con sus bailes y sus danzas la vuelta del gobernador, gritando: «¡Ya ha venido nuestro rey!». Juan Courtois fue a presentarse al gobernador, el cual le preguntó cómo estaban las islas: «Señor, todo va bien, y cada vez mejor» —contestó el lugarteniente.

Los compañeros del barón de Bethencourt, que fueron alojados con él en el fuerte de Lanzarote, quedaron encantados del país. Comieron dátiles y otras frutas, propias de las islas, que les parecieron excelentes, y «nada les hacía daño».

Después de haber permanecido por algún tiempo en Lanzarote, Juan de Bethencourt partió con sus nuevos compañeros a visitar a Fuerteventura. La acogida que se le dispensó aquí no fue menos halagüeña, sobre todo por parte de los canarios y de sus dos reyes.

Estos últimos cenaron con el barón en la fortaleza de Richeroque, que había hecho reparar Juan Courtois. Bethencourt anunció entonces sus propósitos de conquistar la Gran Canaria, como había hecho con Lanzarote y Fuerteventura. Acariciaba la idea de que su sobrino Maciot, a quien había traído de Francia, le sucediera en el gobierno de las islas, para que en este país se perpetuase el apellido Bethencourt, y comunicó este proyecto a su lugarteniente Juan Courtois, que lo aprobó, añadiendo: «Señor, si Dios quiere, cuando volváis a Francia volveré yo también. Soy un mal marido, pues hace cinco años que no veo a mi mujer, y debe estar disgustadísima».

Fijóse la partida a la Gran Canaria para el día 6 de octubre de 1405. Tres buques transportaron el pequeño ejército del barón; pero el viento los impelió a la costa africana, pasando más allá del cabo Bojador, donde desembarcó Juan de Bethencourt. Hizo un reconocimiento de ocho leguas en el país, y se apoderó de algunos indígenas y algunos camellos que llevó a la playa, embarcando en su buque el mayor número posible de estos animales, pues juzgó oportuno aclimatarlos en las Canarias, y haciéndose de nuevo a la vela, abandonó el cabo de Bojador, que había tenido la gloria de reconocer treinta años antes que los navegantes portugueses.

Durante esta navegación desde la costa africana a la Gran Canaria los tres buques fueron separados por los vientos. El uno llegó a Fuerteventura y el otro a Palma, pero al fin todos se reunieron en el punto de cita. La Gran Canaria mide veinte leguas de longitud y doce de ancho. La parte Norte es un terreno llano, y montañoso hacia el Sur. Los abetos, olivos, higueras, palmas y otros árboles formaban verdaderos bosques. Encontrábanse en gran número los carneros, las cabras y los perros salvajes. La tierra, fácil de labrar, producía anualmente dos cosechas de trigo, y esto sin ningún trabajo. Sus habitantes formaban un gran pueblo y todos se tenían por nobles.

Cuando Bethencourt hubo verificado el desembarco, pensó en conquistar el país. Desgraciadamente, sus caballeros normandos se hallaban muy enorgullecidos, y se lisonjeaban de conquistar solamente con veinte hombres toda la gran Canaria y a sus diez mil indígenas. El barón de Bethencourt, viéndoles tan envanecidos, les recomendó mucho la prudencia, pero no le hicieron caso, y hubieron de arrepentirse. Efectivamente, en una escaramuza en que

llevaban ventaja sobre los canarios, se desbandaron; y sorprendidos entonces por los indígenas fueron asesinados en número de veintidós, entre ellos Juan de Courtois, y Aníbal, el bastardo de Gadifer.

Después de este sensible encuentro, el barón de Bethencourt abandonó la Gran Canaria para ir a someter a su dominio la isla de Palma. Sus naturales eran hombres muy hábiles en el manejo de la honda, y raras veces dejaban de hacer blanco; así es que en los combates que tuvo con los indígenas, hubo muchos muertos de ambas partes, siendo, sin embargo, muchos más los canarios, a pesar de que de los normandos murieron un centenar.

Después de seis semanas de escaramuzas, el barón abandonó la isla de Palma y fue a pasar tres meses a la de Hierro, de siete leguas de largo por cinco de ancho, y que tiene la forma de media luna. Su suelo es elevado y plano. Grandes bosques de pinos y laureles lo pueblan por todas partes. Humedécenlo los vapores retenidos por las altas montañas, haciéndole propio para el cultivo del trigo y de la vid. Es muy abundante en caza, y recorren la campiña multitud de cerdos, cabras y carneros en compañía de grandes lagartos que tienen el tamaño de las iguanas de América. En cuanto a los habitantes del país, tanto los hombres como las mujeres son hermosos, alegres, sanos, ágiles de cuerpo, bien proporcionados y muy inclinados al matrimonio. En suma, esta isla de Hierro es una de las más «agradables» del archipiélago.

El barón de Bethencourt, después de haber conquistado la isla de Hierro y la de Palma, volvió con sus buques a Fuerteventura. Esta isla, de diecisiete leguas de largo por ocho de ancho, está formada por llanuras y montañas; sin embargo, su suelo es menos quebrado que el de las demás islas del archipiélago.

Grandes corrientes de agua dulce atraviesan magníficos bosques, y las euforbias de jugo lechoso y acre, suministran un veneno muy activo. Abundan las palmeras y los olivos, así como unas plantas tintóreas cuyo cultivo no podría menos de ser muy productivo. La costa de Fuerteventura no ofrece fácil refugio a los grandes buques, pero los pequeños pueden cobijarse en ellos con seguridad. En esta isla fue donde el barón de Bethencourt comenzó a efectuar un repartimiento de tierras entre sus colonos; y lo verificó con tanta equidad y justicia, que todos quedaron contentos con su lote. Los

individuos que había llevado consigo, sus propios compañeros, quedaban exentos de todo impuesto durante nueve años.

La cuestión religiosa y su administración no podía ser indiferente a un hombre tan piadoso como el barón de Bethencourt. Tomó, pues, la determinación de ir a Roma con el objeto de alcanzar para su territorio un obispo que «ordenara y ensalzara la fe católica». Pero antes de partir, nombró a su sobrino, Maciot de Bethencourt, lugarteniente y gobernador de todas las islas del archipiélago.

Bajo sus órdenes debían funcionar dos inspectores encargados de administrar justicia. Ordenó también que dos veces al año se le enviase noticias a Normandía y que las rentas de Lanzarote y Fuerteventura se empleasen para edificar dos iglesias.

Al partir, dijo a su sobrino Maciot: «Además, os doy pleno poder y autoridad para que ordenéis y hagáis ejecutar cuanto juzguéis útil y honroso, salvando primero mi honor y mi provecho. Seguid lo más pronto que sea posible las costumbres de Francia y Normandía, en lo respectivo a la administración de justicia y en lo demás que creáis conveniente practicar. Así, os ruego y encargo que en cuanto fuera posible mantengáis la paz y unión entre todos, que os améis todos como hermanos y especialmente los nobles a fin de que no nazcan envidias ni rencores. Le he señalado a cada uno su parte; el país es bastante grande; disimulaos vuestras faltas y defendeos mutuamente. No sé ya qué otra cosa mandaros, a no ser que mantengáis la paz y de este modo todo irá bien».

El barón de Bethencourt permaneció tres meses en la isla de Fuerteventura y en las demás; cabalgaba en una mula conversando con las gentes del país, que ya empezaban a hablar la lengua normanda. Maciot y otros nobles le acompañaban; y por su parte les indicaba todo aquello que convenía hacer y las medidas prudentes que debían tomar. Después que se hubo explorado bien este archipiélago anunció que partiría para Roma el 15 de diciembre de aquel año.

Volvió a Lanzarote y allí permaneció hasta el día de su marcha. Ordenó entonces a todos los nobles que le habían acompañado, a sus trabajadores y a los tres reyes indígenas que se reuniesen en su presencia dos días antes de su marcha, a fin de decirles su voluntad y encomendarles a Dios.

Ninguno faltó a la cita. El barón de Bethencourt les recibió a todos en la fortaleza de Lanzarote y los trató espléndidamente. Terminada la comida, subió a un sillón un poco alto y reiteró sus recomendaciones relativas a la obediencia que todos debían prestar a su sobrino Maciot, al pago del quinto de todos los productos en beneficio suyo, a la práctica de los deberes de cristiano y el amor de Dios. Después, escogió a los que debían acompañarle a Roma, y se dispuso a partir.

Apenas estuvo aparejado el navío, todos prorrumpieron en llantos, lamentándose de la marcha de aquél «equitativo señor», a quien ya no esperaban volver a ver. Gran número de ellos se echaron al agua y trataron de detener el buque que se lo llevaba; pero la vela está izada y el señor de Bethencourt parte. «¡Dios le guarde con su gracia de todo mal y tropiezo!».

En siete días llegó a Sevilla el barón normando; y desde allí pasó a Valladolid a ver al rey, el cual le recibió con mucho favor. Refirió la historia de su conquista al rey de España, y le pidió cartas de recomendación para el Papa, a fin de obtener la creación de un obispado en las islas Canarias.

El rey, después de haberle tratado muy bien y de haberle colmado de presentes, entrególe las cartas que le pedía, y el barón de Bethencourt, seguido de un séquito brillante, partió para Roma.

En la ciudad eterna permaneció el barón tres semanas. Fue admitido a besar los pies del papa Inocencio VII, quien al felicitarle por haber conquistado a la fe católica todas las islas Canarias, le cumplimentó por el valor de que había dado prueba al alejarse tanto de Francia. Después se le firmaron las bulas tal y como las pedía y se nombró obispo de las Canarias a Alberto de Maisons. Finalmente, el barón se despidió del Papa, que le dio su bendición.

El nuevo prelado despidióse del barón y fuese inmediatamente a su nueva diócesis. A su paso por España, entregó al rey las cartas de Juan de Bethencourt; después, hízose a la vela para Fuerteventura, a donde llegó sin dificultad. Maciot, que había sido nombrado caballero, le recibió con suma satisfacción. Alberto de Maisons organizó inmediatamente su diócesis, gobernando con benevolencia y equidad, predicando con frecuencia, ya en una isla, ya en otra, e instituyendo en su iglesia oraciones especiales por Juan de Bethencourt. Maciot era querido de todos igualmente, y en especial

de las gentes del país. Bien es verdad que esta bonanza no duró más que cinco años; pues más tarde Maciot, embriagado por el ejercicio de su soberano poder, entró en la vía de las exacciones y fue arrojado del país.

Entretanto el barón de Bethencourt había abandonado a Roma, y pasando por Florencia y París llegó a Bethencourt, donde gran número de nobles fueron a visitarle como a rey de las Canarias. No hay que preguntar si fue agasajado, pues si acudió mucha gente en el primer viaje del barón, esta vez el recibimiento que se le hizo excedió a toda ponderación.

El barón de Bethencourt, ya *anciano*, se instaló en Grainville con su mujer, aún joven y hermosa. Recibía con frecuencia noticias de sus queridas islas y de su sobrino Maciot, y tenía esperanzas de regresar a su reino de Canarias; pero Dios no le concedió este gusto.

Cierto día, el barón cayó enfermo en su palacio, y desde el primer momento se comprendió que iba a morir. Hizo, pues, su testamento, recibió los Santos Sacramentos de la Iglesia, y, según dice la relación, al terminar, se fue de este siglo al otro. ¡Dios le haya perdonado sus faltas! Está enterrado en Grainville la Teinturière, en la iglesia de dicha población, delante del altar

mayor, y murió en el año 1425.

VII

CRISTÓBAL COLÓN (1436-1506).

I

Descubrimiento de la isla Madera, de las islas de cabo Verde, de las Azores, de la Guinea y del Congo. —Cabot y el Labrador. —Tendencias geográficas y comerciales de la Edad Media. —Error admitido generalmente sobre la distancia que separaba la Europa del Asia. — Nacimiento de Cristóbal Colón. —Sus primeros viajes. —Son rechazados sus proyectos. —Su permanencia en el convento de Franciscanos. —Es recibido al fin por Fernando e Isabel. —Su tratado de 17 de abril de 1492. —Los hermanos Pinzón. —Armamento de tres carabelas en el Puerto de Palos. —Partida del 3 de agosto de 1492.

El año 1492 es célebre en los anales geográficos. Es la fecha memorable del descubrimiento de América. El genio de un hombre iba, por decirlo así, a completar el globo terrestre, justificando aquel verso de Gagliuffi:

Unus erat mundus; duo sint, ait iste; fuere.

El antiguo mundo debía, pues, encargarse de la educación moral

y política del nuevo. ¿Estaba a la altura de esta misión, con sus ideas estrechas, sus tendencias semibárbaras, sus odios religiosos? Los hechos responderán por sí mismos.

¿Qué había pasado entre el año 1405, a fines del cual Juan de Bethencourt acababa de terminar su colonización de las Canarias, y el año 1492? Puede referirse en pocas líneas.

Gracias a los moros, que pronto habían de ser expulsados de España, se produjo en toda la Península un movimiento científico muy notable. En todos los puertos, especialmente en los de Portugal, se hablaba de África y de los países ricos y maravillosos allende los mares. «Millares de narraciones, dice Michelet, inflamaron la curiosidad, el valor y la avaricia; todos querían ver esas misteriosas comarcas donde la naturaleza había prodigado los monstruos, y esparcido el oro en la superficie de la tierra». Un joven príncipe, el infante don Enrique, duque de Viseo, tercer hijo de Juan I, que se dedicaba al estudio de la astronomía y geografía, ejerció sobre sus contemporáneos una influencia considerable: es a él a quien debe Portugal su poder colonial; y las expediciones de que daban cuenta relatos entusiastas y los resultados grandiosos obtenidos, debían inflamar la imaginación de Cristóbal Colón.

Establecido en la parte meridional de la provincia de los Algarbes, en Sagres, desde donde sus miradas abarcaban la inmensidad del Océano y parecían buscar allí alguna tierra nueva, don Enrique hizo construir un observatorio, creó una escuela marítima, donde los sabios trazaban los mapas más correctos y enseñaban el uso de la brújula; se rodeó de sabios y reunió

preciosas informaciones acerca de la posibilidad de llegar a las Indias, dando la vuelta al África. Sin que él formara parte nunca de alguna expedición marítima, alentó y protegió de tal modo a los marinos, que mereció el sobrenombre de *el Navegante*, con que se le conoce en la historia.

El cabo Non, límite fatal de los navegantes antiguos, había sido doblado, cuando en 1418 dos hidalgos de la corte del rey Enrique, Juan González Zarco y Tristán Vaz Texeira, naufragaron en alta mar y lanzados hacia un islote, al que dieron el nombre de Puerto Santo. Algún tiempo después, navegando hacia un punto negro que permanecía fijo en el horizonte, entraban en una isla vasta y cubierta de magnífica floresta. Era la isla de Madera.

En 1433, el cabo Bajador, que durante tan largo tiempo habían determinado los exploradores, fue doblado por los portugueses Gillianes y González Baldaya, que navegaron más de cuarenta leguas mis allá.

Enardecidos por este ejemplo, Antonio González y Nuño Tristán se adelantaron, en 1441, hacia el cabo Blanco, sobre el grado veintiuno, «hazaña, dice Faria y Souza, que en la opinión común no está por completo por debajo de los grandes trabajos de Hércules», y llevaron a Lisboa cierta cantidad de polvo de oro, producido en Río de Oro. En un segundo viaje descubrió Tristán algunas islas de cabo Verde y reconoció la costa hasta Sierra Leona. Durante el curso de esta expedición, había comprado a los traficantes moros, en la costa de Guinea, una docena de negros, que llevó consigo a Lisboa, en donde los vendió a alto precio, ya que excitaban la curiosidad pública. Tal fue el origen del comercio de negros esclavos, que, durante cuatro siglos, debía arrebatar muchos millones de sus habitantes al África y cubrir de oprobio a la humanidad.

En 1441, Cada-Mosto doblaba el Cabo Verde y exploraba una parte de la costa inferior. Hacia el año 1446, avanzando los portugueses hacia el Oeste, más allá que sus antecesores, llegaron al archipiélago de las Azores; desde entonces, todo temor quedó desterrado. Franqueada esta línea tan temible, donde creían que el aire quemaba como el fuego, las expediciones se sucedieron sin descanso, y cada una volvía después de haber aumentado el número de regiones descubiertas. Parecía que la costa de África era

interminable. Cuanto mis avanzaban hacia el Sur, tanto más parecía alejarse ese cabo tan buscado, esa extremidad del continente.

Después de algún tiempo el rey Juan II había añadido a sus títulos el de señor de Guinea. Ya, con el Congo, había descubierto un nuevo cielo y estrellas ignoradas, cuando Diego Cam, en tres viajes sucesivos, reconoció el África más lejos de lo que lo habían hecho sus predecesores, y faltó arrebatar a Díaz el honor de haber reconocido el punto austral del continente, el punto extremo situado en 21º 50' Sud, o sea el cabo Cros, donde elevó, según la costumbre, un *padrao* o *padrón*, es decir, una columna conmemorativa para volverlo a encontrar. A su vuelta visitó al rey de Congo en su capital y trajo consigo a Lisboa un embajador llamado Cacuta, con un séquito numeroso de africanos, para que fueran bautizados e instruidos en los dogmas de la fe que debían propagar cuando volvieran a su país.

Poco tiempo después de la vuelta de Diego Cam, el mes de agosto de 1487, tres carabelas partieron del Tajo, al mando superior de un caballero de la casa real llamado Bartolomé Díaz, veterano de los mares de Guinea. A las órdenes de éste había un marino experimentado, Juan Infante, y su propio hermano Pedro Díaz, que mandaba el más pequeño de los tres barcos, que estaba cargado de víveres. Se carece de datos acerca del primer viaje de esta memorable expedición; sabemos solamente por Juan Barros, al que es preciso recurrir siempre en todo lo referente a las navegaciones de los portugueses, que habían ido mucho más allá del Congo, siguió la costa hasta el 29º paralelo, y tomó tierra en un punto al que denominó *Das Voltas*, a causa de los rodeos que tuvo que dar para llegar al sitio donde había dejado la más pequeña de las carabelas, bajo la custodia de nueve marineros. Después de haber estado cinco días retenido en esta ensenada por el mal tiempo, Díaz se dirigió hacia el Sur; pero se vio molestado durante tres días por la tempestad.

Cuanto más avanzaba hacia el Sur, más bajaba la temperatura, llegando a ser relativamente rigurosa. Por fin la furia de los elementos se calmó y Díaz dobló el cabo al Este, donde peusaba encontrar tierra. Pero como algunos días después estaban por los 42º 54' Sur, cambió la ruta dirigiéndose hacia el Norte y ancló en la bahía *dos Vaqueiros*, llamada así, por las grandes manadas de

ganado de cuernos y pastores que huyeron de la playa hacia el interior a la vista de las dos carabelas. Entonces, Díaz se hallaba a cuarenta leguas al este, del cabo de Buena Esperanza, que había doblado sin darse cuenta de ello. La expedición se hizo a la mar y ganó la bahía
Sanz-Braz
(San Blas, hoy día Mossel-Bay), y remontó la costa hasta la bahía de *l'Algua*
y a una isla *da Cruz*, donde fue elevado un padrón. Pero allí, los navegantes, abatidos por los peligros que habían tenido que afrontar, y extenuados por la mala calidad y la escasez de los víveres, declararon que no querían ir más lejos. «Por otra parte, decían ellos, ya que la costa corta al Este, es buena idea la de ir a reconocer el cabo que hemos doblado sin saberlo».

Díaz reunió consejo y se optó por remontar durante dos o tres días más hacia el Nordeste. Gracias a su firmeza pudo alcanzar a veinticinco leguas de *da Cruz*, una ría que bautizó con el nombre de su segundo, *Río Infante*; pero ante las negativas de la tripulación a seguir más adelante, Díaz se vio obligado a volver a Europa.

«Cuando se separó —dice Barrós— del pilar que había levantado en su lugar, lo hizo con tal sentimiento de amargura y tal dolor, que dijo que dejaba un vástago suyo desterrado por siempre en aquella lejana región, adonde habían ido únicamente para fijar el límite, ya que Dios no les había otorgado lo principal, a pesar de los peligros que habían corrido él y su gente».

Por fin, descubrieron el gran cabo «ignorado durante tantos siglos, y que el navegante y sus compañeros llamaron *Cabo de las Tormentas*, en recuerdo de los peligros y tempestades que les habían hecho sufrir antes de ser doblado».

Con esa intuición propia de los hombres de genio, Juan II substituyó el nombre de *Cabo de las Tormentas* por el de *Buena Esperanza*. Para él, el camino de las Indias estaba desde entonces abierto, y sus vastos proyectos para la extensión de su comercio y la influencia de su patria habíanse podido realizar.

El 24 de agosto de 1488, Díaz volvió a Angra das Voltas; de nueve hombres que había dejado murieron seis, y el séptimo pereció de alegría al ver a sus compañeros. La vuelta se efectuó sin incidentes dignos de mención. Después de una estada en la costa de

Benin, donde hicieron la venta de esclavos, y en la Mina, donde recibieron del gobernador el dinero que procedía del comercio de la colonia, la expedición llegó a Portugal en diciembre de 1488.

Mas ¡cosa asombrosa! Díaz no solamente no obtuvo ninguna recompensa por su atrevida expedición, sino que, por lo contrario, parece que no se le volvió a emplear durante diez años.

Bien pronto la dirección de la expedición encargada de doblar el cabo que él había descubierto fue confiada a Vasco de Gama, y Díaz no fue más que para acompañarlo bajo sus órdenes hasta La Mina. Pudo escuchar los relatos de su afortunado émulo en la India y juzgar la inmensa influencia que tal acontecimiento ejerció en los destinos de su patria.

Formó parte de la expedición de Cabral, que descubrió el Brasil, pero no experimentaba la misma alegría que había experimentado al contemplar las costas por él mismo descubiertas.

Apenas la flota partió del continente americano, se levantó una horrible tempestad. Cuatro embarcaciones naufragaron, entre ellas la que Díaz gobernaba. Para hacer alusión a este trágico fin, Camoens pone en boca de Adamastor, el genio del cabo de las Tormentas, esta triste predicción:

«Haré un ejemplo terrible de la primera flota que pasará cerca de las rocas, y señalaré mi venganza en el primero que venga a desafiarme en mi residencia».

Vasco de Gama dobló este cabo en 1497, o sea cinco años después del descubrimiento de América. Puede, pues, afirmarse que si el extremo del África se hubiera doblado antes de 1492, si Vasco de Gama hubiera precedido a Colón, es verosímil que hubiera retardado algunos siglos el descubrimiento del nuevo continente.

En efecto, los navegantes de esta época se mostraban muy tímidos y no se atrevían a aventurarse en pleno Océano; poco resueltos a arriesgarse en mares desconocidos, seguían prudentemente la costa africana sin atreverse a perderla de vista. Si hubiesen doblado, pues, el cabo de las Tormentas, los marinos hubieran tomado la costumbre de ir a las Indias por esta vía y ninguno de ellos se hubiera acordado de ir al «País de las Especias», o sea el Asia, atravesando el Atlántico. ¿A quién se le hubiera ocurrido buscar el Oriente por las rutas del Occidente?

Precisamente por tales motivos hallábase esta idea al orden del

día. «El principal objeto de las empresas marítimas de los portugueses en el siglo XV, dice Cooley, era buscar un paso a las Indias por el Océano». Los más sabios no llegaban a suponer la existencia de un nuevo continente por razones de equilibrio y de ponderación del globo terrestre, Diremos más, algunas partes del continente americano habían sido descubiertas. Un navegante italiano, Sebastián Cabot, en 1487, había fondeado en un punto del Labrador. Los normandos escandinavos habían desembarcado sin duda en estas costas desconocidas. Los colonos de Groenlandia habían explorado la tierra de Vinland; pero era tal la disposición de los espíritus en esta época, tal la improbabilidad de la existencia de un nuevo mundo, que aquella Groenlandia, aquel Vinlad y aquel Labrador no eran considerados sino como una prolongación de las tierras europeas.

Los navegantes del siglo XV, sólo trataban, pues, de establecer comunicaciones más fáciles con las costas del Asia, En efecto, la ruta de las Indias, de la China y del Japón, comarcas ya conocidas por los maravillosos relatos de Marco Polo, esta ruta que atravesaba el Asia Menor, la Persia y la Tartaria, era larga y peligrosa. Por otra parte, estas «vías terrestres» no podían ser nunca comerciales, porque los transportes era muy difíciles y caros, Era preciso, pues, encontrar una comunicación más práctica, así es que todos los pueblos del litoral europeo, desde Inglaterra hasta España; todas las poblaciones ribereñas del Mediterráneo, al ver abiertos ante sus bajeles los grandes caminos del Atlántico, debían preguntarse, y se preguntaban en efecto, si conducían a las costas del Asia.

Habiéndose demostrado la forma esférica de la tierra, era exacto este raciocinio. Marchando siempre hacia el Oeste debía llegarse con precisión al Este. En cuanto a la ruta al través del Océano no podía menos de estar libre. En efecto, ¿quién hubiese previsto ni sospechado ese obstáculo de tres mil doscientas leguas de extensión, colocado entre la Europa y el Asia y que se llama América?

Es preciso observar, por otra parte, que los sabios de la Edad Media no creían que las costas de Asia estuvieran situadas a más de dos mil leguas de las de Europa. Aristóteles suponía el globo terrestre mucho más pequeño de lo que es realmente. «¿Cuál es la distancia desde las últimas costas de España hasta la India?, decía Séneca. La de muy pocos días, si el viento es favorable al buque».

Tal era el parecer de Estrabón. Esta ruta entre Europa y el Asia debía ser corta, y, además, debían asegurar la facilidad de las comunicaciones transoceánicas, los puntos de escala tales como las Azores y las islas Antillas, cuya existencia se admitía en el siglo XV, entre Europa y Asia.

Puede, pues, afirmarse, que este error de distancia tan generalmente admitido, fue el que por fortuna tentó a los navegantes de aquella época a aventurarse a atravesar el Atlántico. Si hubieran sabido la verdadera distancia que separa la Europa del Asia, esto es, cinco mil leguas, no se habrían aventurado en los mares del Oeste.

Debemos también advertir que algunos hechos daban o parecían darle fuerza a la opinión de Aristóteles y Estrabón, que consideraban muy próximas las riberas orientales. Así, navegando un piloto del rey de Portugal, a cuatrocientas cincuenta leguas del cabo de San Vicente, situado en la punta de los Algarves, encontró un pedazo de madera adornado con tallas antiguas que sólo podían provenir de un continente poco lejano. Cerca de la isla de Madera, habían encontrado unos pescadores un poste esculpido y largos bambúes, que por su forma parecíanse a los de la península india. Además, los habitantes de las Azores, encontraban frecuentemente en sus playas pinos gigantescos de una especie desconocida, y un día recogieron dos cuerpos humanos: «cadáveres de ancha faz, dice el cronista Herrera, y que no se parecían a los cristianos».

Estos diversos hechos agitaban, pues, las imaginaciones. Como se ignoraba en el siglo XV la existencia del *Gulf-Stream*, que al aproximarse a las costas europeas, les trae residuos americanos, había fundamento para atribuir a estos restos un origen puramente asiático. El Asia, pues, no podía estar muy lejos de Europa, y las comunicaciones entre estos dos extremos de continente debían ser fáciles.

Así es que ningún geógrafo de aquella época pensaba que pudiera existir un nuevo mundo, lo cual conviene consignar categóricamente. No se trataba, pues, de buscar esta ruta al Oeste, de extender los conocimientos geográficos. No; por eso fueron los comerciantes los que se pusieron a la cabeza del movimiento y preconizaron la travesía del Atlántico. Sólo pensaban en traficar y en hacer más corto el camino.

Debe también añadirse que la brújula inventada, según la opinión más general, hacia el año 1302, por un tal Flavio Gioja, natural de Amalfi, permitía a las embarcaciones alejarse de las costas y aventurarse fuera de la vista de tierra; además, Martín Behain y dos médicos de Enrique de Portugal, habían encontrado el medio de guiarse por la altura del sol y de aplicar el astrolabio a las necesidades de la navegación.

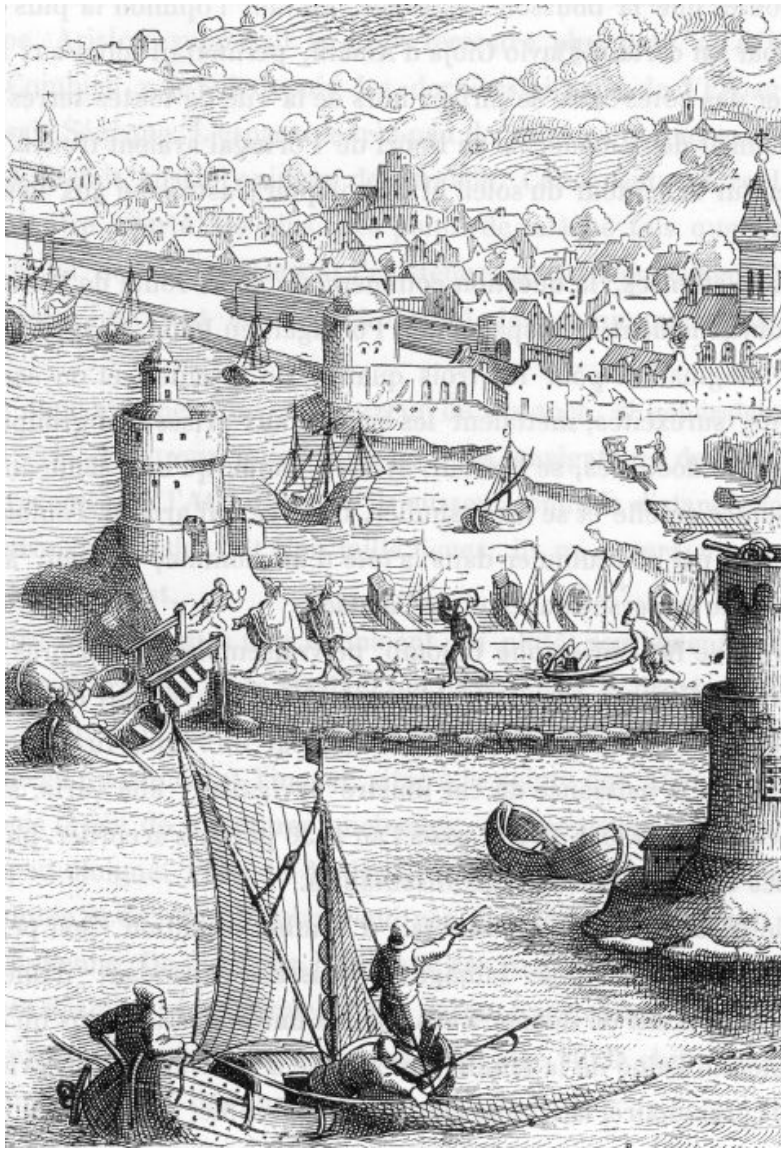
Admitidas estas ventajas, la cuestión comercial de la ruta del Oeste, era tratada diariamente en España, en Portugal, en Italia, país donde la ciencia es obra de la imaginación, respecto de las tres cuartas partes de sus habitantes. Se discutía, y se escribía. Sobreexcitados los comerciantes, interesaban a los sabios en sus trabajos. Formábase un grupo de hechos, de sistemas, y era llegada la época de que una inteligencia los resumiese y se lo asimilase. Esto sucedió. Todas estas ideas esparcidas acabaron por acumularse en la cabeza de un hombre que tenía en alto grado el genio de perseverancia de audacia. Este hombre fue un Cristóbal Colón, que nació, según es lo más probable, en Génova, hacia el año 1436. Decimos según lo más probable, porque las poblaciones de Cogoreo y Nervi reclaman con Savona y Genova el honor de haberle visto nacer. En cuanto al año exacto del nacimiento de este ilustre navegante, varía, según los comentadores, de 1430 a 1445; pero el año 1436 parece corresponder más exactamente con los documentos menos discutibles.

La familia de Cristóbal Colón era de condición humilde. Su padre, Domingo Colón, cardador de lanas, gozaba de cierto desahogo que le permitió dar a sus hijos una regular educación. El joven Colón, el mayor de la familia, fue enviado a la universidad de Pavía con el objeto de aprender gramática, latín, geografía, astronomía y navegación.

A los catorce años dejó Colón los bancos de la escuela por la cubierta de un buque, y preciso es confesar que, desde esta época hasta 1487, aparece muy obscuro este período de su vida. Citemos a propósito de esto la opinión del mismo Humboldt, cuyo dolor aumenta «al ver esta incertidumbre respecto a Colón y recordar todo cuanto los cronistas han conservado minuciosamente acerca de la vida del perro *Becerillo* o el elefante *Abuiababat*, que Aarun-al-Raschyd envió a Carlomagno».

Lo que parece más probable, si se recuerdan los documentos de la época y los escritos del mismo Colón, es que el joven viajero visitó el Levante, el Occidente, el Norte, varias veces a Inglaterra, Portugal, la costa de Guinea, las islas africanas y tal vez también la misma Groenlandia, habiendo navegado a la edad de cuarenta años, «todo cuanto se había navegado hasta su época».

Cristóbal Colón había llegado a ser un buen marino. Su bien sentada reputación hizo que le eligieran para mandar las galeras genovesas en la época de la guerra de Venecia. El nuevo comandante hizo en seguida una expedición a las costas berberiscas por cuenta del rey Renato de Anjou, y finalmente, en 1477, fue a reconocer estas tierras encerradas más allá en los hielos de Islandia.



Terminado felizmente este viaje, volvió Cristóbal Colón a Lisboa, donde había fijado su domicilio. Allí se casó con la hija de un caballero italiano, Bartolomeo Muñiz Perestrello, marino como él y muy entregado a la corriente de las ideas geográficas. Su mujer, doña Felipa, carecía de fortuna, como él; así es que fue necesario trabajar para vivir. El futuro descubridor del Nuevo Mundo se puso

a hacer libros de estampas, a fabricar globos terrestres, mapas geográficos y planos náuticos hasta 1484, sin abandonar sus trabajos científicos y literarios. Es muy probable que durante todo este tiempo repasase todos sus estudios y que acabase por adquirir una instrucción muy superior a la de los marinos de su época. ¿Fue tal vez en este tiempo cuando germinó «la grande idea» por primera vez en su mente? Es de suponer que sí. Cristóbal Colón seguía asiduamente las discusiones relativas a las rutas del Oeste y a la facilidad de las comunicaciones por el Occidente entre la Europa y el Asia. Su correspondencia prueba que participaba de la opinión de Aristóteles sobre la distancia, relativamente corta, que separaba las riberas extremas del antiguo continente. Escribía con frecuencia a los sabios más distinguidos de su tiempo, a aquel Martín Behaim, de quien ya hemos hablado, y al célebre astrónomo florentino Toscanelli, cuyas opiniones no dejaron de influir en las de Cristóbal Colón.

En esta época, según el retrato que hace de él su historiador Washington Irving, Cristóbal Colón era un hombre alto, robusto y de noble presencia. Tenía la cara larga, la nariz aguileña, los pómulos salientes, los ojos claros y llenos de fuego; la tez viva y salpicada de algunas pecas. Era un cristiano de profundas convicciones que llenaba con una fe sincera los deberes de la religión católica.

En el tiempo en que Cristóbal Colón se hallaba en relaciones con el astrónomo Toscanelli, supo que éste, a petición de Alfonso V, rey de Portugal, había entregado al rey una memoria sobre la posibilidad de llegar a las Indias por la vía del Oeste, Consultado Colón, apoyó con todas sus fuerzas las opiniones emitidas por Toscanelli, favorables a esta tentativa; pero este proyecto no tuvo resultado alguno, porque el rey de Portugal, distraído con las guerras que sostenía con España, murió sin haber podido dirigir su atención a los descubrimientos marítimos.

Su sucesor, Juan II, aceptó con entusiasmo los planes combinados de Cristóbal Colón y Toscanelli. Sin embargo, con una mala fe que debe denunciarse, trató de despojar a estos dos sabios del beneficio de su proposición, y sin avisarles, hizo partir una carabela para tentar esta grande empresa y llegar a la China atravesando el Atlántico. No contó, sin embargo, con la

inexperiencia de sus pilotos ni con la tempestad que se declaró contra ellos, y algunos días después, de su partida un huracán devolvía a Lisboa a los marinos del rey de Portugal.

Justamente resentido Cristóbal Colón por esta acción tan poco delicada, comprendió que no podía contar ya con un rey que le había engañado tan indignamente. Habiendo enviudado, pasó por España, con su hijo Diego, a fines del año 1484. Créese que se fue a Genova, y después a Venecia, donde fueron bastante mal acogidos sus proyectos de navegación transoceánica.

Como quiera que sea, vuelve a encontrársele en España durante el año 1485. El pobre gran hombre se hallaba sin recursos. Viajaba a pie llevando en brazos a su hijo Diego, niño de diez años de edad. Después de este período de su vida, la historia le sigue paso a paso, no le pierde de vista, y llega a conservar a la posteridad hasta los menores incidentes de esta gran existencia.

Cristóbal Colón se encontraba entonces en Andalucía, a media legua del puerto de Palos. Desprovisto de todo, pereciendo de hambre, llamó a la puerta de un convento de franciscanos dedicado a Santa María de la Rábida, y pidió limosna de un poco de pan y de agua para su hijo y para él.

El guardián del convento, Juan Pérez de Marchena, concedió hospitalidad al infortunado viajero. Hízole algunas preguntas y quedó sorprendido de la nobleza de su lenguaje y maravillado de lo atrevido de sus ideas, pues Cristóbal Colón le dio a conocer sus aspiraciones. Durante muchos meses permaneció el marino errante en este convento hospitalario. Varios monjes ilustrados se

interesaron por él y por sus proyectos. Estudiaron sus planes, se asesoraron de renombrados marinos, y es bueno advertir que fueron los primeros que creyeron en el genio de Cristóbal Colón. Juan Pérez hizo más; ofreció al padre encargarse de la educación de su hijo, y le dio una eficaz carta de recomendación para el confesor de la reina de Castilla.

Este confesor, prior del monasterio del Prado, gozaba de toda la confianza de Fernando e Isabel; pero no supo comprender los proyectos del navegante genovés y no le sirvió de nada cerca de su real penitente.

Cristóbal Colón tuvo que resignarse todavía a esperar. Fijó su residencia en Córdoba, adonde había de trasladarse en breve la corte, y para poder vivir emprendió nuevamente sus trabajos de dibujante. ¿Se podía citar en la historia de los hombres ilustres una existencia más desgraciada y fuera de su centro que la del gran navegante? ¿La fortuna podía combatirle más? Pero este hombre de genio, indomable, infatigable, sobreponiéndose a tantas pruebas, no desesperaba. Poseía el fuego sagrado, trabajaba continuamente, visitaba las personas influyentes propagando y defendiendo sus ideas, y luchando sin cesar con la energía más heroica. Finalmente, concluyó por obtener la protección del gran cardenal, arzobispo de Toledo, don Pedro González de Mendoza, y gracias a él fue admitido a la presencia del rey y la reina de España.

Cristóbal Colón debió creer entonces que llegaba al término de sus tribulaciones. Fernando e Isabel acogieron favorablemente su proyecto, que fue sometido al examen de un consejo de sabios, de prelados y de religiosos reunidos *ad hoc*, en un convento de dominicos de Salamanca.

El desgraciado solicitante no había llegado aún al término de sus vicisitudes. En esta reunión estuvieron todos los jueces contra él. Efectivamente sus ideas rozaban las cuestiones religiosas, tan apasionadas en el siglo XV. Los Padres de la Iglesia habían negado la figura esférica de la tierra, y en su consecuencia, ya que la tierra no era redonda, un viaje de circunnavegación estaba absolutamente en contradicción con los textos de la Biblia, y no podía emprenderse lógicamente. «Por otra parte, decían aquellos teólogos, ¿si se llegase a bajar a otro hemisferio, cómo se podría volver a subir a éste?».

Este argumento era de mucho peso en aquellos tiempos; así,

Cristóbal Colón se vio acusado del crimen de herejía; y si bien pudo librarse de las malas disposiciones del consejo, quedó aplazado todavía el estudio de su proyecto.

Así transcurrieron largos años. El pobre hombre, desesperado de alcanzar algún resultado en España, envió a su hermano al rey Enrique VII de Inglaterra, con el objeto de ofrecerle sus servicios. Probablemente el rey no contestó siquiera.

Cristóbal Colón volvió entonces con una nueva instancia al rey Fernando; pero éste se hallaba a la sazón empeñado en su guerra de exterminio contra los moros, y hasta 1492, en que los hubo arrojado de España, no prestó nuevamente oído al genovés.

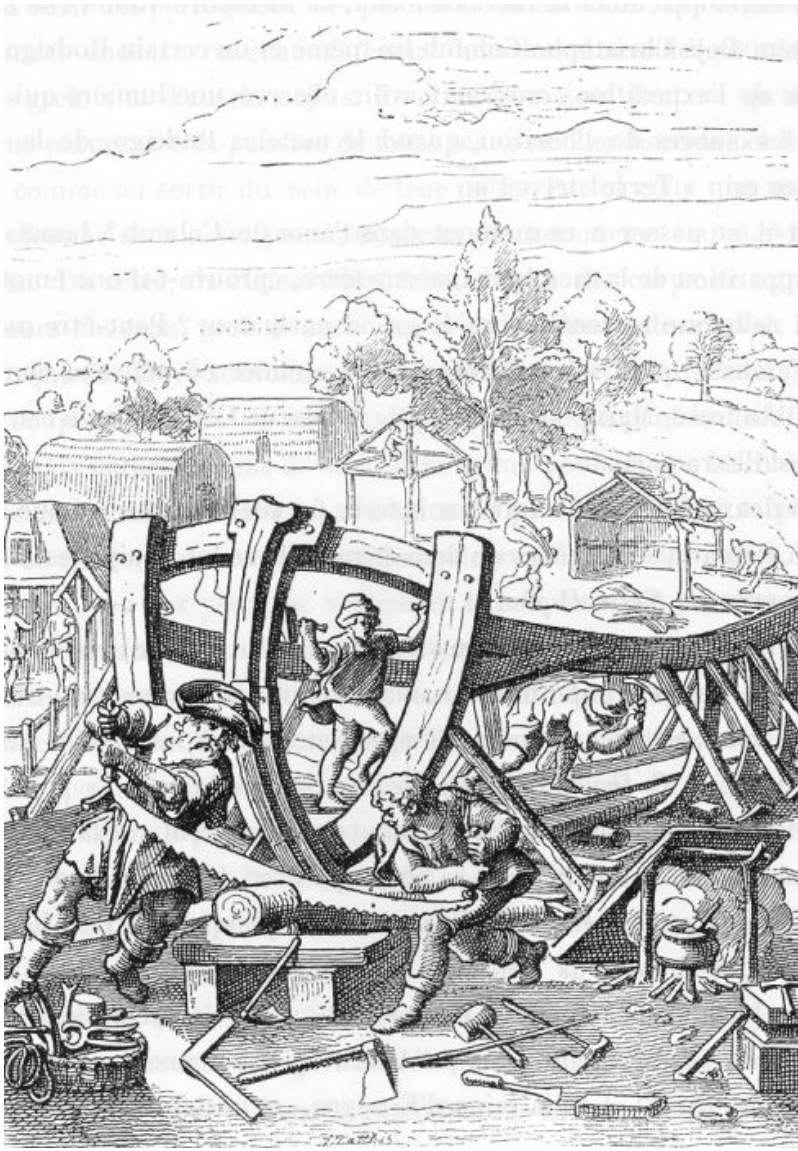
El proyecto fue esta vez maduramente examinado. El rey consintió en intentar la empresa; pero, como es propio de almas bien templadas, Cristóbal Colón quiso imponer condiciones. ¡Se regateó a quien iba a enriquecer a España! Colón, indignado, iba sin duda a abandonar para siempre este ingrato país; pero la reina Isabel, conmovida con la idea de convertir a la fe católica a los infieles de Asia, hizo conducir a su presencia al navegante y accedió a todas sus demandas.

Fue, pues, dieciocho años después de haber concebido su proyecto, y a los siete de haber dejado el monasterio de Palos, cuando Colón, de edad de cincuenta y seis años, firmó en Santa Fe, el 17 de abril de 1492, su tratado con el rey de España.

Nombróse a Cristóbal Colón, por convenio solemne, gran almirante de todas las tierras que descubriese. Esta dignidad debía pasar a sus herederos y sucesores perpetuamente. Cristóbal Colón fue nombrado virrey y gobernador de las nuevas posesiones que esperaba conquistar en la rica comarca del Asia, y debía también pertenecerle como patrimonio propio la décima parte de las perlas, piedras preciosas, oro, plata, especias y toda clase de efectos y mercancías de cualquier manera que fueran obtenidas en los límites de su jurisdicción.

Todo estaba convenido, y Cristóbal Colón iba a ejecutar al fin sus proyectos; pero, lo repetimos, no pensaba encontrar aquel nuevo mundo cuya existencia no se sospechaba; no trataba más que de «buscar el Oriente por el Occidente, y pasar por la vía del Oeste a la tierra donde se producen las especias». Se puede asimismo certificar que Colón murió en la creencia de que había llegado a las

playas del Asia, sin haber sospechado siquiera que había descubierto la América. Pero esto no disminuye en manera alguna su gloria. El hallazgo del nuevo mundo no fue más que una casualidad; pero lo que asegura a Colón una fama inmortal es el genio audaz que le impulsó a arrostrar los peligros de un nuevo Océano; a huir de las riberas de donde ningún navegante había sabido separarse hasta entonces; a aventurarse sobre las embravecidas olas en los frágiles buques de la época, que la primera tempestad podía destrozar, a lanzarse, en fin, al sombrío espacio desconocido de los mares.



Cristóbal Colón comenzó sus preparativos. Entendióse con los ricos navegantes de Palos, los tres hermanos Pinzón, que hicieron los adelantos necesarios para completar el armamento.

En el puerto de Palos se equiparon tres carabelas: la *Gallega,la Niña* y *la Pinta*. La *Gallega* debía mandarla Colón y la bautizó con el nombre de *Santa María.La Pinta* era mandada por Martín Alonso

Pinzón, y *la Niña* por los hermanos de éste, Francisco Martín y Vicente Yáñez Pinzón. Fue difícil encontrar tripulación, porque los marineros se asustaban ante la magnitud de la empresa; sin embargo, consiguió reunir un efectivo de ciento veinte hombres.

El viernes, 3 de agosto de 1492, el almirante franqueaba, a las ocho de la mañana, la barra de Saltes, situada cerca de la ciudad de Huelva, en Andalucía, aventurándose con sus tres carabelas de medio puente en las olas del Atlántico.

II

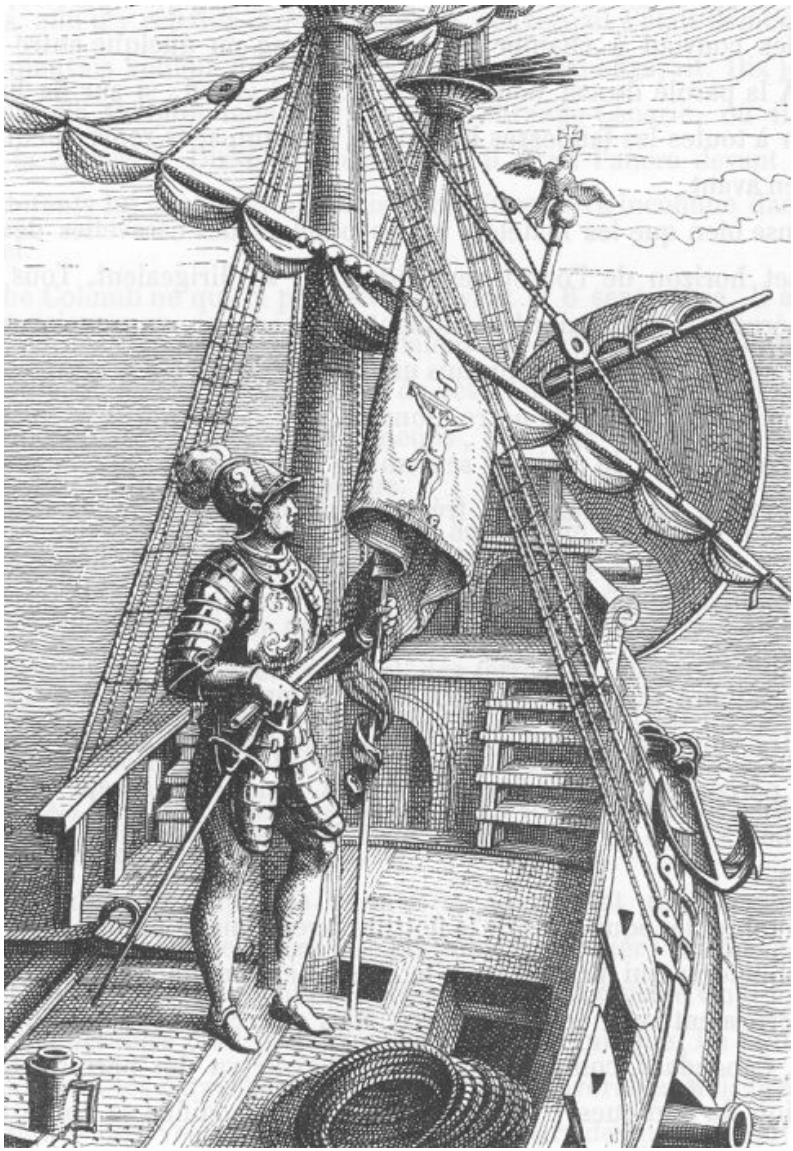
Primer viaje: La Gran Canaria. —Gomera. —Variación magnética. — Síntomas de rebelión. — ¡Tierra, tierra! —San Salvador. —Toma de posesión. —Concepción. —Fernandina o Grande Exuma. —Isabela o Isla Larga. —Las Mucaras. — Cuba. —Descripción de la isla. —Archipiélago de Nuestra Señora. —Isla Española o Santo Domingo. —Islote de la Tortuga. —El cacique a bordo de la Santa María. —Encalla la carabela de Colón. —Islote de Monte Cristo. —Regreso. — Tempestad. — Llegada a España. —Homenajes tributados a Cristóbal Colón.

Durante el primer día de su viaje, el almirante, pues con este título le designaban las relaciones, dirigiéndose derechamente hacia el Sur, hizo quince leguas antes de ponerse el sol; virando entonces al Sudeste se dirigió a las Canarias a fin de reparar en ellas *la Pinta*, cuyo timón se había desmontado, tal vez por mala intención del timonel, a quien asustaba el viaje. Diez días después, Cristóbal Colón se hallaba delante de la Gran Canaria, donde reparaba la avería de la carabela. Diecinueve días después fondeaba delante de la Gomera, cuyos habitantes le confirmaron la existencia de una tierra desconocida al Oeste del archipiélago.

Cristóbal Colón no abandonó esta isla antes del 6 de septiembre. Había tenido noticia de que tres navíos portugueses le esperaban al largo con el objeto de cortarle el camino. No obstante, sin tomar en cuenta esta advertencia, se hizo a la vela, evitó hábilmente el encuentro de sus enemigos, tomó exactamente la dirección del Oeste, perdió por fin, de vista la tierra.

Durante el curso de su viaje, el almirante tuvo cuidado de ocultar a sus compañeros la verdadera distancia del camino recorrido cada día; aminorábala en sus cálculos diarios con el

objeto de no alarmar demasiado a sus marineros, dándoles a conocer la distancia efectiva en que se hallaban de tierra europea. Observaba todos los días atentamente las brújulas, y a él es a quien se debe el descubrimiento de la variación magnética, de que se hizo cargo en sus cálculos. Pero sus pilotos se apuraban mucho viendo a sus brújulas «nornorestear», según su expresión.



El 14 de septiembre, los marineros de *la Niña* apercibieron una golondrina y un rabo de junco. La presencia de estas aves podía indicar la existencia de tierras cercanas, porque ordinariamente no se aventuran a más de veinticinco leguas mar adentro. La temperatura era muy dulce y el tiempo magnífico. Soplaba el viento de Este e impulsaba las carabelas en dirección favorable. Pero precisamente esta persistencia de los vientos del Este asustaba a la mayor parte de los marineros, porque siendo tan propicia para avanzar, debía presentar grandes obstáculos para volver.

El 16 de septiembre encontraron hierbas de fucos todavía verdes mecidas sobre las olas. Pero no aparecía la tierra. Estas hierbas provenían sin duda de rocas submarinas y no de las riberas de un continente. El 17, o sea treinta y cinco días después de haber partido la expedición, se encontraron más hierbas que flotaban, y en una de ellas en cangrejo vivo, lo cual era un síntoma de la proximidad de la costa.

Durante los siguientes días, gran número de pájaros bobos, rabos de juncos y golondrinas, volaron alrededor de las carabelas. Colón se fundaba en la presencia de aquellos pájaros para reanimar a sus compañeros, que comenzaban a asustarse demasiado de no encontrar tierra alguna después de seis semanas de travesía. En cuanto a él, demostraba gran confianza poniendo toda su esperanza en Dios. Así era que dirigía con frecuencia a los suyos palabras enérgicas, y todas las noches les invitaba a cantar el *Salve Regina* o algún otro himno a la Virgen. A la palabra de este hombre heroico, tan grande, tan seguro de sí mismo, tan superior a todas las debilidades humanas, los mulantes recobraban ánimo y seguían adelante.

Bien se comprenderá que los marineros y oficiales de las carabelas devoraban con la mirada aquel horizonte del Oeste hacia el cual se dirigían. Todos tenían un interés pecuniario en señalar el nuevo continente, porque al primero que lo descubriera había prometido el rey Fernando una suma de diez mil maravedís, que equivalen a cerca de ocho mil francos de nuestra moneda.

Los últimos días del mes de septiembre se señalaron por la presencia de cierto número de petreles, de fragatas, y de rabihorcados, grandes pájaros que van volando comúnmente por parejas, lo cual demostraba que no se habían extraviado. Así era

que sostenía Cristóbal Colón, con una inquebrantable convicción, que la tierra no podía encontrarse lejos.

El 1.º de octubre, anunció el Almirante a sus compañeros que habían hecho quinientos ochenta y cuatro leguas al Oeste desde la isla de Hierro. En realidad, la distancia recorrida por las carabelas pasaba de setecientas leguas, y Cristóbal Colón estaba seguro de ello, pero persistía en ocultar la verdad sobre este punto.

El 7 de octubre, hubo gran emoción entre los tripulantes de la flotilla a causa de las descargas de mosquetería que partían de *la Niña*. Los comandantes, hermanos Pinzón, creían haber visto tierra, pero en breve se supo que se habían engañado. Sin embargo como afirmaban que se habían visto algunos loros volando hacia el Sudoeste, consintió el almirante en torcer un poco el rumbo hacia el Sur. Esta modificación tuvo consecuencias felices para el porvenir, porque si hubiesen continuado hacia el Oeste, las carabelas se hubiesen estrellado contra el gran banco de Bahama.

Sin embargo, la tierra tan ardientemente deseada no aparecía. Todas las tardes, al ponerse el sol en el horizonte, se ocultaba tras una interminable línea de agua. Las tres tripulaciones, víctimas muchas veces de una ilusión óptica, comenzaban a murmurar contra Colón, «contra aquel genovés, aquel extranjero», que les había arrastrado lejos de su patria. Manifestáronse a bordo algunos síntomas de sedición, y el 10 de octubre los marineros declararon que no avanzarían más.

Aquí los historiadores un poco fantásticos, que han contado el viaje de Cristóbal Colón, hablan de escenas graves de que fue teatro su carabela. Según ellos, la vida del ilustre marino estuvo en peligro a bordo de *la Santa María*; añaden también que, a causa de estas recriminaciones y por una especie de transacción, se dieron tres días de plazo al Almirante, después de los cuales, si no se había descubierto la tierra, viraría la flotilla y tomaría la ruta de regreso. Se puede afirmar que todo esto es fruto de la imaginación de lps novelistas de la época. En las relaciones de Cristóbal Colón no hay nada que confirme aquel hecho. Es, sin embargo, conveniente el darlo a conocer, porque no se debe omitir nada de lo que hace referencia al navegante genovés y porque un poco de leyenda no perjudica la gran figura de Cristóbal Colón.

De cualquier modo que se presente, lo cierto es que no se puede

dudar de que se murmuraba a bordo de las carabelas, pero los tripulantes, dominados por las palabras del almirante, y por su enérgica actitud frente a lo desconocido, no se negaban a maniobrar.

El 11 de octubre observó el almirante cerca de su carabela una caña todavía verde que flotaba en una mar bastante agitada. Al mismo tiempo la tripulación de *la Pinta* izaba a bordo otra caña y una tablilla que parecía haber sido cortada con un instrumento de hierro. La mano del hombre había indudablemente impreso su huella en estos despojos. Casi en el mismo instante la tripulación de *la Niña* vio una rama de espino en flor, con lo que se regocijaron todos en extremo y alentaron los ánimos, pues no podía dudarse de la proximidad de la costa.

En eso vino la noche, *la Pinta*, que era la más ligera de la flotilla, iba a la cabeza, y un tal Rodríguez Sánchez, interventor de la expedición, creía haber observado una luz que mudaba de sitio en las sombras del horizonte, cuando el marinero Rodrigo, de *la Pinta*, dio el grito de «¡Tierra!, ¡tierra!».

¿Qué debió pasar en ese momento por el alma de Colón? Jamás hombre alguno desde la aparición de la raza humana sobre la tierra debió experimentar una emoción comparable a la que sintió entonces el gran navegante. Tal vez puede asegurarse que los primeros ojos que descubrieron este nuevo continente fueron los del almirante. Pero poco importa; la gloria de Colón no consiste en

haber llegado sino en haber partido.

A las dos de la noche fue cuando realmente se descubrió la tierra. Las carabelas no estaban ni a dos horas de distancia. Todos los tripulantes entonaron con voz conmovida la *Salve Regina*.

A los primeros rayos del sol se vio una pequeña isla a dos leguas de distancia. Formaba parte del grupo de Bahama. Colón la llamó San Salvador, y al punto, poniéndose de rodillas, comenzó a decir con San Ambrosio y San Agustín; *Te Deum laudamus, te Domine confitemur*.

En aquel momento los naturales de la isla, completamente desnudos, aparecieron en la nueva costa. Cristóbal Colón bajó a la chalupa con Alonso Yáñez Pinzón, el interventor Rodrigo, el secretario Escovedo y algunos otros. Acercóse a tierra con la bandera real en la mano, mientras que los dos capitanes llevaban la bandera de la cruz verde en que estaban enlazadas las cifras de Fernando e Isabel. Después el almirante tomó solemnemente posesión de la isla en nombre del rey y de la reina de España, e hizo levantar acta de todo ello.

Durante esta ceremonia los indígenas rodearon a Colón y a sus compañeros. He aquí los términos en que, según Charton, conforme el relato mismo de Colón, tuvo lugar esta escena:

«Deseando inspirarles a los indígenas alguna confianza, y persuadido al verles de que confiarían más en nosotros y se hallarían mejor dispuestos a abrazar nuestra santa fe si apelábamos a la dulzura para persuadirles más bien que si recurríamos a la violencia, hice dar a muchos de ellos gorros de color y cuentas de vidrio, las cuales se pusieron al cuello. Repartí algunas otras cosas de poco valor, y experimentaron tal alegría y se mostraron tan reconocidos, que nos dejaron sumamente maravillados. Cuando volvimos a las embarcaciones vinieron a nado hacia nosotros a ofrecernos papagayos, ovillos de algodón, azagayas y otras muchas cosas; en cambio les dimos cuentas de vidrio, cascabeles y otros objetos. Ellos dieron de todo lo que tenían, pero me parecieron muy pobres. Los hombres y las mujeres iban desnudos como salieron del seno de su madre. Entre los que vimos, sólo una mujer era bastante joven y ninguno de los hombres tenía más de treinta años. Por lo demás, eran gentes bien formadas, de hermosa presencia y de agradable rostro. Sus cabellos, gruesos como las cerdas, les caían

por delante hasta las cejas, y por detrás les colgaba un largo mechón que nunca cortaban. Hay algunos que se pintan de un color obscuro, pero generalmente son del mismo color que los habitantes de las islas Canarias, ni negros ni blancos; los hay también que se pintan de blanco o de rojo, o con cualquier otro color, ya sea todo el cuerpo o solamente la cara, los ojos o la nariz. No tienen armas como las nuestras ni saben lo que son. Cuando les enseñé los sables los tomaban por el filo y se cortaban los dedos. No conocen el hierro. Sus azagayas son a manera de bastones, pero no es de hierro la punta, si bien en ella ponen a veces un diente de pescado o cualquier otra cosa dura; sus movimientos son graciosos. Habiendo observado que muchos tenían cicatrices en el cuerpo, les pregunté por señas cómo habían sido heridos, y me contestaron de la misma manera, que los habitantes de las islas vecinas les atacaban para apresarlos y que se defendían. Yo pensé, y pienso aún, que acuden allí de tierra firme para apresarlos y hacerlos esclavos, pues deben ser servidores leales y obedientes. Tienen facilidad en repetir pronto lo que oyen, y estoy seguro de que se convertirán al cristianismo sin dificultad, porque no pertenecen a secta alguna».

Cuando Cristóbal Colón volvió a bordo, alguno de estos naturales debió seguir a nado su embarcación, pues al día siguiente, que era el 13 de octubre, acudieron muchos en tropel alrededor de las carabelas. Iban en vastas piraguas hechas de troncos de árboles, algunas de las cuales podían sostener cuarenta hombres; la dirigían por medio de un pala parecida a la de los horneros. Muchos de estos salvajes llevaban pequeñas placas de oro colgadas de la nariz. Parecían muy sorprendidos con la llegada de los extranjeros; indudablemente se figuraban que aquellos hombres blancos habían caído del cielo. Tocaban los vestidos de los españoles con respeto y curiosidad, creyéndose tal vez que era un plumaje natural, y excitó particularmente su admiración el traje de escarlata del almirante. Era evidente que consideraban a Colón como a un papagayo de la especie superior. Por otra parte, reconociéronle inmediatamente por el jefe de los extranjeros.

Cristóbal Colón y sus gentes visitaron esta nueva isla de San Salvador. No podían menos de admirar su excelente situación, sus magníficos bosques, sus arroyos y sus verdes praderas. La fauna era poco variada. Abundaban papagayos de tornasolado plumaje bajo

las arboledas, representando ellos solos el orden de los pájaros. San Salvador formaba una planicie poco quebrada; un pequeño lago ocupaba la parte central, ninguna montaña desnivelaba el suelo; sin embargo, San Salvador debía encerrar grandes riquezas minerales, supuesto que sus habitantes llevaban adornos de oro. Este precioso metal, ¿lo sacaban de las entrañas de la tierra?

El almirante interrogó a uno de estos indígenas, y por señas llegó a comprender que, dando la vuelta a la isla y navegando hacia el Sur, descubriría una comarca cuyo rey poseía grandes vasos de oro e inmensas riquezas. A la mañana siguiente, al despuntar el día, dio Cristóbal Colón a sus carabelas orden de aparejar, y se dirigió hacia el continente indicado, que, según él, no podía ser más que Cipango.

Debemos hacer aquí una observación muy importante, porque resulta del estado de conocimientos geográficos de esta época, y es que Colón creía haber llegado a Asia. Cipango es el nombre que Marco Polo da al Japón. Este error del almirante lo era también de todos los compañeros y se necesitaron muchos años para deshacerlo. A ellos se debe, como hemos dicho ya, que el navegante, después de cuatro viajes sucesivos a las islas, muriese sin saber que había descubierto un nuevo mundo. Es indudable que los compañeros de Colón, y el mismo Colón se imaginaron haber encontrado en la noche del 11 de octubre de 1492 el Japón, la China, o las Indias. Así se explica el que la América haya llevado por mucho tiempo el nombre de Indias occidentales, y que a los naturales de este continente se les designe aún con el nombre de indios, lo mismo en Méjico que en el Brasil y que en los Estados Unidos.

Cristóbal Colón deseaba tan sólo llegar al Japón. Costeó la isla de San Salvador con el objeto de explorar la parte occidental, y los indígenas, acudiendo a la playa, le ofrecían agua, frutos y cazabe, especie de pan fabricado con una raíz llamada «yuca». Varias veces desembarcó el almirante en diferentes puntos de la costa, y debemos confesarlo, faltando a la voz de la humanidad se apoderó de algunos indios con el objeto de conducirlos a España. Estos desgraciados a quienes se comenzaba por arrancarlos de su país no debían tardar en ser vendidos. Finalmente, las carabelas, perdiendo de vista a San Salvador, se encontraron en pleno Océano.

El destino había favorecido a Cristóbal Colón, conduciéndole de esta suerte a uno de los más hermosos archipiélagos del mundo entero. Todas las nuevas tierras que iba a descubrir eran como un estuche de preciosas islas, en las cuales no había más que tomar a manos llenas.

El 15 de octubre, al ponerse el sol, la flotilla echó el ancla cerca del extremo Oeste de una isla que se llamó Concepción, y que estaba sólo a unas cinco leguas de San Salvador. Al día siguiente el almirante se acercó a la playa con las embarcaciones armadas y dispuestas contra toda sorpresa. Los naturales pertenecían a la misma raza que los de San Salvador, e hicieron muy buena acogida a los españoles. Sin embargo, como se levantase un fuerte viento Sudeste, Colón reunió la flota y se adelantó nueve leguas al Oeste, descubriendo una nueva isla, a la que dio el nombre de Fernandina, y que en la actualidad se conoce por Exuma Grande Toda la noche permaneció al pairo, y al día siguiente, el 17 de octubre, rodearon a las carabelas grandes piraguas. Los salvajes cambiaban sus frutos y pequeños ovillos de algodón por abalorios, panderos y agujas que les agradaban mucho, y así como por melaza, a que eran muy aficionados. Estos indígenas algo más vestidos que sus vecinos los de San Salvador, estaban también más civilizados, habitaban en casas construidas en forma de pabellones y provistas de altas chimeneas; estas casas eran muy limpias en su interior y se hallaban muy bien conservadas. La parte occidental de la isla, profundamente sesgada, hubiera ofrecido a cien bajeles un ancho y magnífico puerto.

Pero Fernandina no ofrecía a los españoles esas riquezas que filos buscaban y que tenían tanto deseo de llevar a Europa; faltaban las minas de oro. Sin embargo, los naturales embarcados a bordo de la flotilla, hablaban siempre de una isla más grande, situada hacia el Sur y llamada Samoeto, en la que se recogía ese precioso metal. En consecuencia, Colón puso la proa hacia la indicada isla. El viernes 19 de octubre, llegó durante la noche, cerca de Samoeto, a la que llamó Isabela, y que es la isla Larga de los mapas modernos.

De creer a los indígenas de San Salvador, debía encontrarse en esta isla un rey de gran poder; pero el almirante le esperó en vano durante algunos días, y tan gran personaje no se presentó.

La isla Isabela ofrecía un aspecto delicioso con sus límpidos

lagos y sus frondosos bosques. Los españoles no se cansaban de admirar aquellos nuevos árboles cuyo verdor asombraba justamente a los europeos. Los papagayos volaban en innumerables bandadas por los frondosos árboles, y unos grandes reptiles, sin duda las enanas, se deslizaban por entre la crecida hierba. Los habitantes de la isla que habían huido en principio a la vista de los españoles, se familiarizaron en breve con ellos y cambiaron los productos de su suelo.

Entretanto, Cristóbal Colón no abandonaba la idea de llegar al Japón. Habiéndole dicho los indígenas que a poca distancia, hacia el Oeste, había una gran isla, que ellos llamaban Cuba, supuso el almirante que debía formar parte del reino de Cipango, y no dudó de que llegaría dentro de poco a la ciudad de Quinsay, llamada antes Hang-tcheu-fu, y que fue en otro tiempo la capital de la China.

Por eso, en cuanto lo permitieron los vientos, levó anclas la flotilla, y el jueves, 25 de octubre, se tuvo conocimiento de siete u ocho islas escalonadas en una sola línea, probablemente las Mucaras. Cristóbal Colón no se detuvo en ellas y llegó el domingo a la vista de Cuba. Las carabelas fondearon en un río al que dieron los españoles el nombre de San Salvador; luego, después de una corta parada, volviendo a emprender su navegación hacia Poniente, entraron en un puerto situado en la embocadura de un gran río, y que llegó a ser más adelante el puerto de Nuevitas del Príncipe.

En las riberas de la isla crecían numerosas palmeras, de tan largas hojas, que una sola bastaba para cubrir las cabañas de los naturales. Éstos habían huido a la aproximación de los españoles, los cuales encontraron en la playa varios ídolos de figura de mujer, aves domesticadas, osamentas de animales, de perros muertos y utensilios de pesca. Los salvajes de Cuba fueron atraídos por los medios ordinarios, e hicieron cambios con los españoles.

Cristóbal Colón se creyó en tierra firme y a pocas leguas de Hang-tcheu-fu. Esta idea se había fijado tanto en su pensamiento y en el de sus compañeros, que trataron de enviarle presentes al gran kan de la China. El 2 de noviembre, encargó a un caballero de a bordo y a un judío que hablaba el hebreo, el caldeo y el árabe que fueran a visitar a este monarca indígena.

Los embajadores, provistos de collares de perlas y con un plazo

de seis días para cumplir su misión, se dirigieron hacia las comarcas del interior del pretendido continente.

Durante este tiempo, Cristóbal Colón remontó como cosa de dos leguas, un hermoso río que corría por debajo de copudos y odoríferos árboles. Los habitantes efectuaban cambios con los españoles y les indicaban frecuentemente un sitio denominado Bohío, en el que abundaban el oro y las perlas; y añadían también, que allí vivían unos hombres con cabeza de perro, que se alimentaban de carne humana.

Los enviados del almirante volvieron al puerto el 6 de noviembre, después de cuatro días de ausencia. Dos días de marcha les habían bastado para llegar a una aldea compuesta de unas cincuenta chozas, en la que les acogieron con grandes consideraciones de respeto. Besáronle los pies y las maños, y les tomaron por dioses bajados del cielo. Entre otros detalles de sus costumbres, refirieron que tanto los hombres como las mujeres, fumaban tabaco por medio de un tubo bifurcado, aspirando el humo por las narices. Estos indígenas producían el fuego frotando dos pedazos de madera. En sus casas había gran cantidad de algodón dispuestas en forma de tiendas y hasta el punto de haber en una de ellas cerca de once mi libras. En cuanto al gran kan no vieron ni su sombra.

Demos cuenta ahora de otro error cometido por Cristóbal Colón, y cuyas consecuencias, según Irving, cambiaron toda la serie de descubrimientos. Colón, al creerse en las costas de Asia, miró lógicamente a Cuba como una parte del Continente, y desde entonces no pensó ya en costearla, sino que se decidió a volver hacia el Este. Si en esta ocasión no se hubiera equivocado, si hubiese continuado siguiendo su dirección primera, los resultados de su empresa se hubieran modificado mucho. En efecto, o hubiera sido arrojado hacia la Florida, o sea la punta de la América del Norte, o hubiese corrido rectamente a Méjico. En este último caso, en vez de naturales, ignorantes y salvajes, ¿qué hubiera encontrado? Aquellos habitantes del gran imperio de los Aztecas, del reino semicivilizado de Moctezuma. Allí hubiera encontrado ciudades, ejércitos, inmensas riquezas, y su empresa se hubiese convertido en la de Hernán Cortés. Pero no debía ser así, y el almirante, perseverando en su error, volvió hacia el Este con su

escuadrilla, que levó ancla el 12 de noviembre de 1492.

Cristóbal Colón costeó la isla de Cuba barloventeando, y reconoció las dos montañas del Cristal y del Moa; exploró un nuevo puerto, que llamó Puerto Príncipe, y un archipiélago, al cual puso el nombre de mar de Nuestra Señora. Cada noche se veían las hogueras de los pescadores en estas numerosas islas, cuyos habitantes se mantenían con arañas y grandes gusanos. Muchas veces los españoles desembarcaron en diferentes puntos de la costa, donde plantaron cruces en señal de toma de posesión.

Los indígenas hablaban frecuentemente con el almirante de una isla llamada Babeca, donde abundaba el oro, Colón resolvió ir a ella, pero Martín Alonso Pinzón, el capitán de *la Pinta*, cuya carabela era la más ligera de la flotilla, tomó la delantera, y el 21 de noviembre, al despuntar el día, había desaparecido completamente.

El almirante se vio muy contrariado por esta separación, como lo prueba su relato cuando dice: «Pinzón me ha dicho y hecho otras muchas cosas». Continuó su ruta explorando la costa de Cuba, y descubrió la isla de Moa, la punta de Mangle, la de Vaez y el puerto de Baracoa; pero en ninguna parte encontró caníbales, no obstante hallarse con frecuencia las chozas de los naturales adornadas con cráneos humanos, de lo cual se mostraron envanecidos los indígenas que iban a bordo.

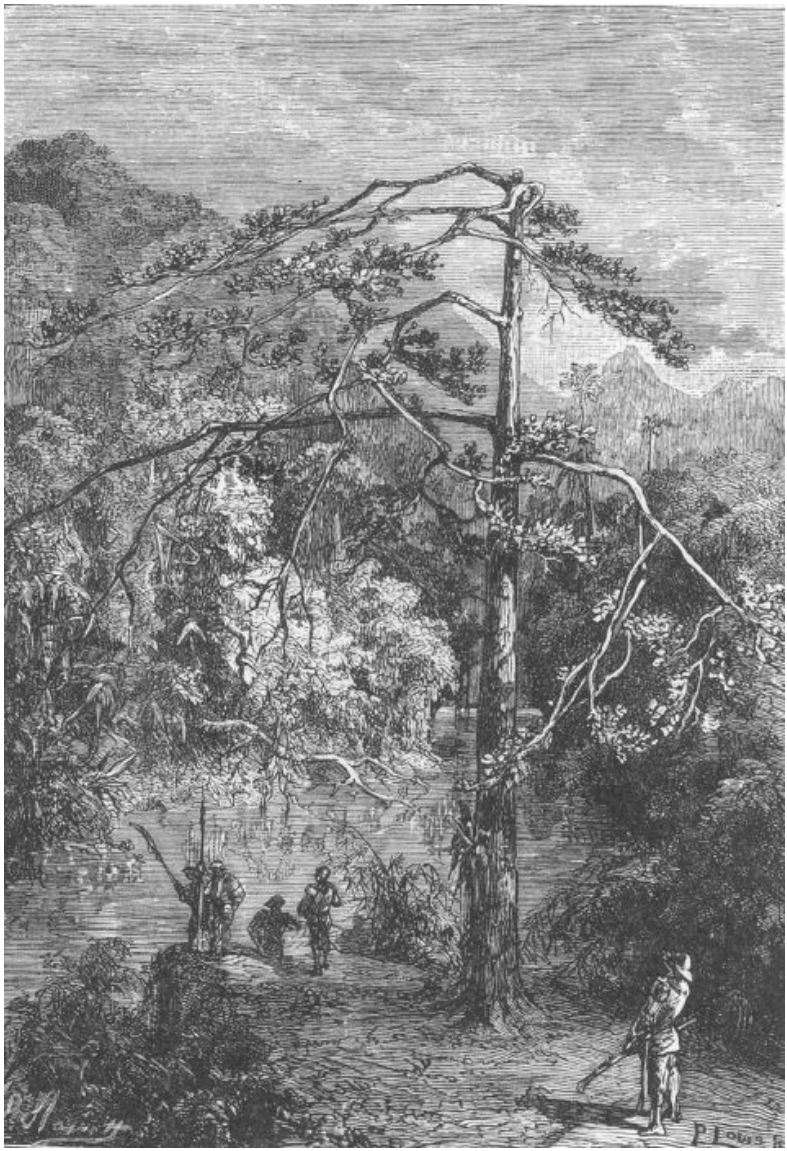
Los días siguientes se vio el río Boma, y las carabelas, al doblar la punta de los Azules, se encontraron en la parte oriental de la isla, la cual reconocieron después de una marcha de ciento veinticinco leguas. Colón, en vez de emprender su ruta hacia el Sur, marchó hacia el Este, y el 5 de diciembre, descubrió una gran isla que los indios llamaban Bohío. Era Haití o Santo Domingo.

Por la noche, *la Niña*, de orden del almirante, entró en un puerto que se llama puerto de San Nicolás, y se halla situado junto al cabo de este nombre, en el extremo noroeste de la isla.

Al día siguiente los españoles descubrieron gran número de cabos, y un islote que fue llamado isla de la Tortuga. En cuanto aparecían las carabelas hacían huir a las piraguas indias. Esta isla les pareció, al costearla, muy extensa y elevada, de donde le provino el nombre de Haití, que significa tierra elevada. El reconocimiento de estas riberas les llevó hasta la bahía de los

Mosquitos. Los pájaros que revoloteaban por los hermosos árboles de la isla, sus plantas, sus llanuras, sus colinas recordaban los parajes de Castilla. Así es que Colón bautizó esta nueva tierra con el nombre de isla Española. Los habitantes eran muy miedosos y desconfiados, de suerte que no pudo entablarse relación alguna con ellos, porque huían hacia el interior. Sin embargo, algunos marineros consiguieron apoderarse de una mujer, a la cual condujeron a bordo. Era joven y bastante bonita. El almirante le dio sortijas, perlas y un vestido, de que tenía necesidad absoluta, y en fin, la trató generosamente y la envió a tierra.

Estos buenos procedimientos tuvieron por consecuencia el tranquilizar a los naturales, y al día siguiente nueve marineros bien armados penetraron cuatro leguas en tierra y fueron recibidos con respeto. Los indígenas corrían en tropel a su encuentro, y les ofrecían los productos de su suelo. Los marineros regresaron encantados de su expedición. El interior de la isla les había parecido rico en algodoneros, en áloes y en lentiscos y surcado por un hermoso río de clarísimas aguas.



El 15 de diciembre se dio Colón a la vela, llevándole, el viento hacia el islote de la Tortuga, donde vio un curso de agua navegable, y un valle tan hermoso, que le dio el nombre de Valle del Paraíso. Al otro día, navegando por un golfo profundo, vio a un indio que manejaba hábilmente una pequeña canoa, a pesar de la violencia del viento; y, habiéndole invitado a subir a bordo, le colmó Colón

de regalos, desembarcándole después en un puerto de la isla Española, que se llama el puerto de la Paz.

Este buen trato atrajo hacia el almirante a todos los indígenas, quienes desde aquel día acudían en gran número delante de las carabelas. Acompañábales su rey, que era un joven de veinte años, bien formado y vigoroso. Iba desnudo como sus súbditos, que le demostraban mucho respeto; pero sin el menor asomo de humildad. Hízole tributar Colón los honores debidos a un soberano, y aquel rey o mejor dicho, cacique, en reconocimiento de su proceder, hizo saber que las provincias del Este rebosaban de oro.

Al día siguiente, otro cacique fue a poner también delante de los españoles todos los tesoros de su país. Asistió a la fiesta de la Virgen, que Colón hizo celebrar con toda pompa en su carabela, la cual fue empavesada para ese efecto. El cacique fue admitido a la mesa del almirante e hizo buen honor a la comida. Después de haber probado diferentes manjares y diversas bebidas, envió las botellas y los platos a su comitiva. Este cacique tenía buen aspecto, hablaba poco y se mostraba muy comedido. Una vez terminada la comida ofrecióle algunas hojas de oro al almirante, el cual le presentó algunas monedas en que estaban grabados los retratos de Fernando e Isabel, y después de haberle expresado por señas que eran los monarcas, más poderosos de la tierra, hizo desplegar delante del rey indígena las banderas reales de Castilla. Al llegar la noche, el cacique se retiró muy satisfecho, y salvas de artillería saludaron su marcha.

Al día siguiente algunos tripulantes plantaron una gran cruz en medio del pueblo y abandonaron esta costa hospitalaria.

Al salir del golfo que forman la isla Española y la de la Tortuga, descubrieron muchos cabos, bahías, puertos y ríos, y en la punta Limbé un islote al que dieron el nombre de Santo Tomás; finalmente, un vastísimo puerto seguro y resguardado, oculto entre la isla y la bahía de Acul, al que daba entrada un canal rodeado de altas montañas cubiertas de árboles.

El almirante desembarcaba frecuentemente en la costa, y los naturales le acogían como un enviado del cielo, y le invitaban a permanecer entre ellos. Colón les regalaba cascabeles, sortijas de latón, cuentas de vidrio y otras fruslerías que eran muy del agrado de los indígenas. Un cacique llamado Guacanagari, soberano de la

provincia de Marién, envió a Colón un cinturón adornado con la figura de un animal de grandes orejas y con la lengua y la nariz de oro. Este metal parecía abundar en la isla, pues sus naturales llevaron en breve una respetable cantidad. Los habitantes de esta parte de la isla Española parecían superiores a los demás por
s-u
inteligencia y su belleza. Según el parecer de Colón, la pintura roja, negra o blanca con que se teñían el cuerpo les servía para preservarles del ardor del sol. Las casas de estos indígenas eran bonitas y bien construidas. Cuando Colón les interrogó acerca del país que producía el oro, los indígenas señalaron hacia el Este una comarca que ellos llamaban Cibao, en la que se obstinaba el almirante en ver el Cipango del Japón.

El día de Navidad ocurrió un grave accidente a la carabela del almirante. Era la primera avería de esta navegación, tan feliz hasta entonces. Un timonero inexperto sostenía la barra de *la Santa María* durante una excursión fuera del golfo de Santo Tomás; al llegar la noche se dejó arrastrar por las corrientes que le empujaban hacia las rocas, y chocó contra ellas la carabela, estropeándose el timón. El almirante despertó al choque, y acudiendo a cubierta, dio orden de echar un ancla por la parte de proa a fin de inclinarse y salvar el buque. El contramaestre y algunos marineros encargados de esta maniobra saltaron a la chalupa; pero sobrecogidos de espanto, huyeron a todo remo a la parte donde estaba *la Niña*.

Entretanto bajaba la marea, *la Santa María* se encallaba más y más; fue, pues, necesario cortar sus mástiles para aligerarla, y en breve hubo que transportar la tripulación a otro buque. El cacique Guacanagari, comprendiendo la triste situación de la carabela, corrió con sus hermanos, sus parientes y gran número de indios y ayudó a descargar el buque. Gracias a sus cuidados no se perdió ni un solo objeto del cargamento, y durante toda la noche los indígenas, armados, hicieron guardia a los depósitos de provisiones.

Al día siguiente, Guacanagari fue a bordo de *la Niña* para consolar al almirante, y puso todas sus riquezas a su disposición; al mismo tiempo le ofreció una comida compuesta de pan, cangrejos, pescados, raíces y frutas. Conmovido Colón por estas demostraciones de amistad, formó el proyecto de fundar un establecimiento en esta isla. Procuró, pues, captarse la buena

voluntad de los indios por medio de regalos y agasajos, y después, deseando también darles una idea de su poder, hizo descargar un arcabuz y una espingarda, cuya detonación asustó mucho a aquellas pobres gentes.

El 26 de diciembre empezaron los españoles a construir una fortaleza en la parte de la costa. La intención del almirante era dejar allí cierto número de hombres, provistos de pan, vino y grano para un año, y la chalupa de *la Santa María*. Los trabajos se emprendieron con actividad.

El mismo día se recibieron noticias de *la Pinta*, que se había separado de la flotilla desde el 21 de noviembre; los naturales decían que estaba anclada en un río al extremo de la isla; pero una canoa que para ese efecto había enviado Guacanagari, regresó sin haber podido descubrirla. Entonces fue cuando Colón, no queriendo continuar sus exploraciones en las condiciones en que se hallaba, y reducido a una sola carabela, desde la pérdida de *la Santa María*, que no había podido volver a flote, resolvió regresar a España, y comenzó los preparativos necesarios.

El 2 de enero dio Colón al cacique el espectáculo de un simulacro del que este rey y sus súbditos se maravillaron en extremo. Después eligió treinta y nueve hombres encargados de guardar la fortaleza durante su ausencia, y dio el mando a Rodrigo de Escovedo. Se les entregó la mayor parte del cargamento de *la Santa María*. Entre estos primeros colonos del Nuevo Mundo se contaba un escribiente; un alguacil, un arcabucero, un constructor de buques, un calafate, un tonelero, un médico y un sastre. Estos españoles tenían la misión de descubrir las minas de oro y de señalar un sitio favorable para fundar una ciudad.

El 3 de enero, después de una solemne despedida dirigida al cacique y a los nuevos colonos, *la Niña* levó el ancla y salió del puerto. Bien pronto descubrieron un islote, dominado por un monte muy elevado, al que dieron el nombre de Monte-Cristo. Cristóbal Colón hacía dos días que iba costeando, cuando se marcó la aproximación de *la Pinta*. Su capitán, Martín Alonso Pinzón, fue en seguida a bordo de *la Niña* y trató de excusar su conducta. La verdad es que Pinzón se había adelantado para descubrir la pretendida isla de Baneca, que según las relaciones de los naturales, era muy rica. El almirante se dio por contento con las malas razones

de Pinzón, y supo que *la Pinta* no había hecho más que costear la isla Española, sin haber descubierto ninguna otra nueva.

El 7 de enero se detuvo para cegar una vía de agua que se había abierto en los fondos de *la Niña*. Colón se aprovechó de este descanso para explorar un ancho río, situado a una legua de Monte-Cristo, al que dio el nombre de río de Oro, a causa de las pepitas de oro que arrastraban sus aguas. Colón hubiera querido visitar con más detenimiento esta parte de la isla Española, pero sus tripulantes tenían prisa de regresar, e influidos de los hermanos Pinzón, comenzaban a murmurar contra su autoridad.

El 9 de enero, las dos carabelas volvieron a darse a la vela, dirigiéndose hacia el Sudeste: Las menores sinuosidades de la costa fueron bautizadas con el nombre de Punta Isabélica, cabo de la Roca, cabo Francés, cabo Cabrón, y finalmente bahía de Samaná, situada al extremo occidental de la isla. Allí se abría un puerto en el cual fondeó la escuadrilla, retenida por la calma. Las primeras relaciones con los naturales fueron excelentes; pero se modificaron de pronto; cesaron los cambios, y ciertas demostraciones hostiles no dejaron lugar a duda respecto a las malas intenciones de los indios. En efecto, el 13 de enero, los salvajes lanzáronse de improviso contra los españoles. Éstos, a pesar de su corto número, dieron buena cuenta de ellos, y con el auxilio de sus armas pusieron en fuga a sus enemigos, después de breves minutos de combate. Por vez primera se vertía la sangre india por manos europeas.

Al día siguiente, Cristóbal Colón se llevó a bordo cuatro jóvenes indígenas y, a pesar de sus reclamaciones, se hizo a la vela. Sus tripulantes, agobiados y rendidos, le ocasionaron graves disgustos, según se ve por las amargas quejas que exhala en la relación de su viaje este hombre superior a todas las debilidades humanas, ya quien no pudo abatir el infortunio. El 16 de enero fue cuando principió verdaderamente el viaje de regreso, desapareciendo en el horizonte el cabo de Samaná, punto extremo de la isla Española.

La travesía fue rápida y ningún incidente sobrevino hasta el 12 de febrero. En esta fecha, las dos carabelas fueron asaltadas por una terrible tempestad, que duró tres días, con vientos furiosos, grandes olas y relámpagos de Noroeste. Tres veces los espantados marineros hicieron voto de peregrinación a Santa María de Guadalupe, a Nuestra Señora de Loreto y a Santa Clara de Moguer. Finalmente,

toda la tripulación juró ir a orar con los pies desnudos y en camisa a una iglesia dedicada a Nuestra Señora.

Entretanto redoblaba la tempestad. El almirante, temiendo una catástrofe, escribió rápidamente en un pergamino el resumen de sus descubrimientos, suplicando a quien lo encontrara lo hiciera llegar a manos del rey de España. Después, envolviendo este documento en una tela encerada, lo metió en un tonel de madera, que hizo arrojar al mar. Al salir el sol, el 15 de febrero, cesó la tormenta, y las dos carabelas, separadas por la tempestad, volvieron a unirse. Tres días después fondearon en la isla de Santa María, del grupo de las Azores. Acto continuo, el almirante procuró cumplir los votos hechos durante la tempestad; envió a tierra la mitad de su gente, pero fueron detenidos por los portugueses, los cuales no los soltaron hasta cinco días más tarde, gracias a las enérgicas reclamaciones de Colón.

El almirante se hizo de nuevo a la mar el 23 de febrero. Contrariado por los vientos y combatido otra vez por la borrasca, hizo nuevos votos con toda su tripulación, obligándose a ayunar el primer sábado que siguiese a su llegada a España. Finalmente, el 4 de marzo, reconocieron sus pilotos la desembocadura del Tajo, en la cual pudo refugiarse *la Niña*, mientras que *la Pinta* era rechazada por los vientos hasta la bahía de Vizcaya.

Los portugueses acogieron bien al almirante y hasta el mismo rey le concedió audiencia, pero Colón tenía prisa de entrar en España. En cuanto lo permitió el tiempo, volvió a la mar *la Niña*, y el 15 de marzo a mediodía fondeaba en el puerto de Palos, después de siete meses y medio de navegación, durante los cuales había descubierto las islas de San Salvador, Concepción, Exuma Grande, isla Larga, islas Mucaras, Cuba y Santo Domingo.

La corte de Fernando e Isabel se encontraba entonces en Barcelona, a donde partió el almirante con los diez indios que llevaba del Nuevo Mundo. El entusiasmo que excitó fue extraordinario. De todas partes corrían las poblaciones al encuentro del gran navegante y le tributaban los honores reales. La entrada de Cristóbal Colón en Barcelona fue magnífica. El rey, la reina y los grandes de España le recibieron pomposamente en el palacio de la Diputación. Allí hizo la relación de su maravilloso viaje; después presentó las muestras de oro que había traído, y todos los

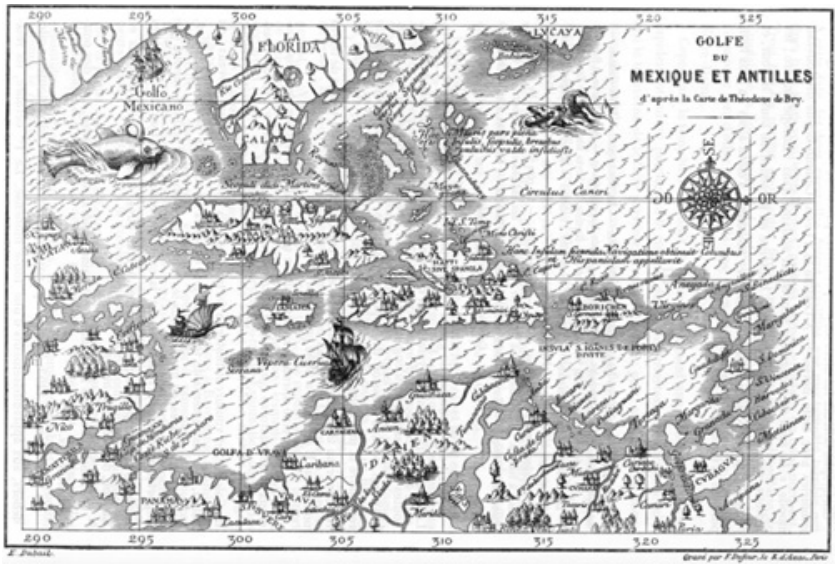
circunstantes, cayendo de rodillas, entonaron el *Te Deum*.

Cristóbal Colón fue ennoblecido por cartas del rey, quien le concedió un escudo de armas con esta divisa: «Por Castilla y por León, nuevos mundos vio Colón». El nombre del navegante genovés fue aclamado en toda Europa; los indios que trajo consigo recibieron el bautismo en presencia de la corte, y aquel hombre de genio, tan largo tiempo pobre y desconocido, se elevó al mayor grado de celebridad.

III

Segundo viaje: Flotilla de diecisiete naves. —Isla de Hierro. —La Dominica. —Marigalante. —La Guadalupe. —Los caníbales. Montserrat. —Santa María de la Rotonda. —San Martín y Santa Cruz. — Archipiélago de las Once mil Vírgenes. —Isla de San Juan Bautista. — Puerto Rico. —Isla Española. —Asesinato de los primeros colonos. Fundación de la ciudad Isabela. — Envío a España de dos buques cargados de riquezas. —Fuerte de Santo Tomás levantado en la provincia de Cibao. —Don Diego, hermano de Colón, es nombrado gobernador de la isla. —La Jamaica. —La costa de Cuba. —La rémora. —Regreso a la Isabela. —Es hecho prisionero el cacique. —Rebelión de los indígenas. — Carestía. —Colón calumniado en España. — Envío de Juan Aguado, comisario de la Isabela. —Las minas de oro. — Partida de Colón. —Su llegada a Cádiz.

La relación de las aventuras del gran navegante genovés había sobreexcitado las imaginaciones, y todo el mundo entreveía ya continentes de oro situados más allá de los mares. Todas las pasiones que engendra la avaricia hervían en los corazones. El almirante, bajo la presión de la opinión pública, no podía excusarse de hacerse nuevamente a la mar en el plazo más breve que fuera posible, y aun él mismo por su parte tenía prisa de volver al teatro de sus conquistas y de enriquecer los mapas de la época con nuevas tierras. Así, pues, manifestó que se hallaba dispuesto a partir.



El rey y la reina pusieron a su disposición una flotilla compuesta de tres navíos y de catorce carabelas. Mil doscientos hombres debían marchar con él. Cierto número de nobles castellanos no dudaron en confiarse a la buena estrella de Colón y quisieron probar fortuna más allá de los mares. Caballos, ganados, instrumentos de todas clases destinados a sacar y purificar el oro, diversidad de semillas, y en una palabra, todos los objetos necesarios para fundar una gran colonia llenaba la cala de los buques. De los indígenas traídos a Europa cinco volvían a su país, tres quedaron enfermos y dos habían muerto.

Cristóbal Colón fue nombrado capitán general de la escuadra con poderes ilimitados.

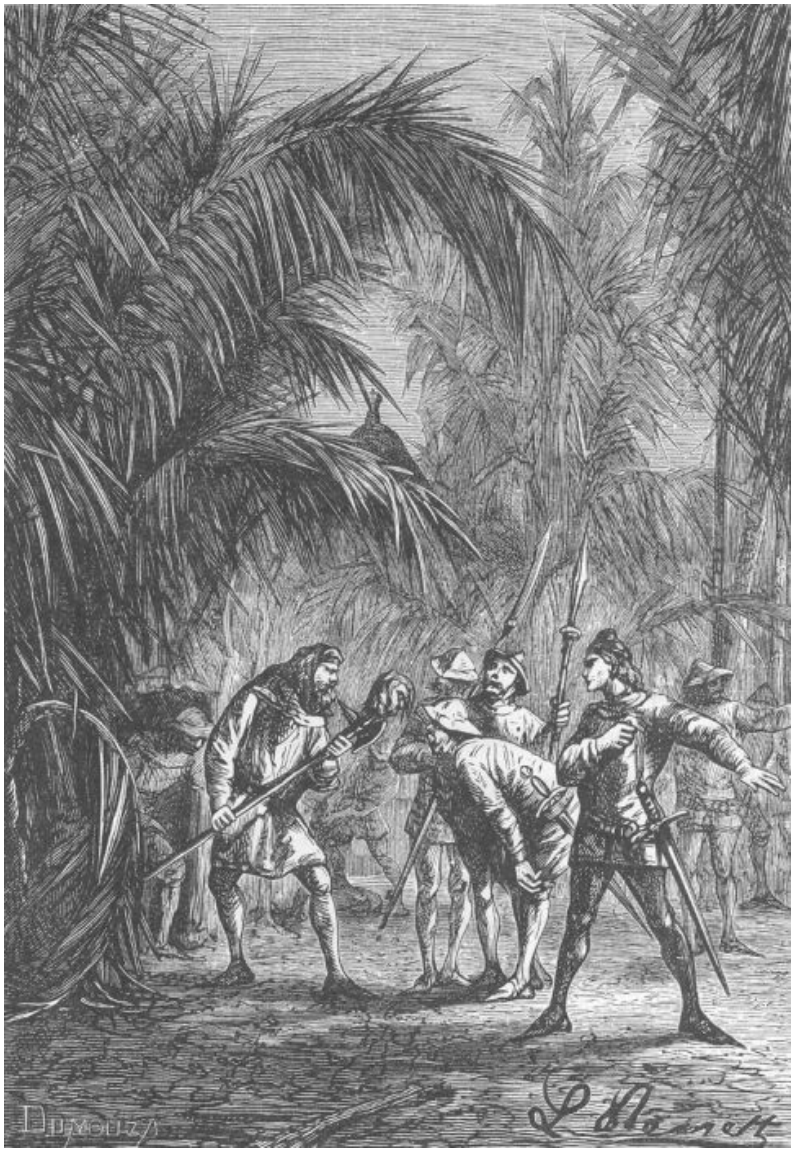
En 25 de septiembre de 1493 salieron de Cádiz las diecisiete embarcaciones a velas desplegadas en medio de los aplausos de una multitud inmensa. El 1.º de octubre fondearon en la isla de Hierro, la más occidental de las Canarias. Después de veintitrés días de una navegación que favorecían constantemente el viento y la mar, Cristóbal Colón descubrió nuevas tierras.

En efecto, el 3 de noviembre, domingo de la octava de Todos los Santos, al salir el sol, el piloto del navío almirante *María Galante* exclamó: «¡Buena noticia! ¡Tierra! ¡Tierra!».

Esta tierra era una isla cubierta de árboles. El almirante,

creyéndola deshabitada, pasó adelante y reconoció algunos islotes esparcidos en su camino hasta encontrar una segunda isla. A la primera la llamaron Dominica, y a la otra *María Galante*, nombres que aún llevan en el día. A la mañana siguiente, descubrieron otra isla mucho mayor, y según dice la relación de este viaje hecha por Pedro Mártir, contemporáneo de Colón, «cuando llegaron cerca de ella reconocieron que era la isla de los infames caníbales o caribes de los que sólo se había oído hablar durante el primer viaje».

Los españoles bajaron bien armados a aquélla, en la que se levantaban unas treinta casas de madera, de forma redonda y cubiertas con hojas de palmera. En el interior de estas chozas había colocadas hamacas de algodón. En la plaza se elevaban dos especies de árboles, alrededor de los cuales estaban enlazadas dos grandes serpientes muertas Al aproximarse los extranjeros huyeron los naturales a todo correr, abandonando algunos prisioneros que se disponían a devorar. Los marineros registraron sus casas y encontraron huesos de piernas y brazos, cabezas recién cortadas y todavía tintas en sangre, y otros restos humanos que no dejaban lugar a duda acerca del sistema de alimentación de estos caribes.



Esta isla, que el almirante hizo explorar en parte y cuyos principales ríos fueron reconocidos, recibió el nombre de Guadalupe, a causa de su semejanza con una provincia de Extremadura.

Algunas mujeres de quienes se habían apoderado los marineros fueron enviadas a tierra, después de haber sido bien tratadas en el

navío almirante. Cristóbal Colón esperaba que su conducta para con las indias decidiría a los indios a ir a bordo; pero sus esfuerzos fueron inútiles.

El 8 de noviembre dio la señal de marcha el almirante, y se hizo a la vela con toda su escuadra hacia la isla Española, actualmente Santo Domingo, en la cual había dejado treinta y nueve compañeros de su primer viaje. Subiendo hacia el Norte, descubrió una gran isla a la cual llamaban Madanino los indígenas que habían guardado a bordo, después de haberles librado de los dientes de los caribes. Decían que sólo estaba habitada por mujeres, y como la relación de Marco Polo citaba una comarca asiática en la que sólo había mujeres, Cristóbal Colón tuvo fundados motivos para creer que navegaba a lo largo de la costa de Asia. El almirante deseaba explorar esta isla, pero el viento contrario le impidió acercarse a ella.

A diez leguas más allá, descubrió otra isla rodeada de altas montañas, que fue llamada Montserrat; a la mañana siguiente, divisaron otra isla, a la que se dio el nombre de Santa María Rotonda, y al siguiente día otras dos más, Santa María y Santa Cruz.

La escuadra fondeó delante de Santa Cruz para hacer agua. Allí ocurrió una escena grave que Pedro Mártir refiere en estos términos: «El almirante, dice, mandó que treinta hombres de su buque bajasen a tierra para explorar la isla; y habiendo llegado estos hombres a la playa, encontraron cuatro perros y muchos hombres y mujeres jóvenes que corrían a su encuentro, tendiendo los brazos como suplicando y pidiendo que les auxiliaran y libertasen de la gente cruel. Viendo esto los caníbales, se retiraron huyendo a las selvas como en la isla de Guadalupe; y nuestras gentes permanecieron dos días en la isla para visitarla.

»Durante este tiempo los que habían quedado a bordo, vieron venir una canoa tripulada por ocho hombres y otras tantas mujeres; nuestras gentes hicieron señales, pero ellos, aproximándose, tanto los hombres como las mujeres, empezaron a arrojar flechas tan ligera y ferozmente, que los nuestros no tuvieron tiempo de cubrirse con sus escudos, y uno de ellos murió traspasado por la flecha de una mujer, y otro, después, por otra flecha de la misma.

»Estos salvajes llevaban saetas de hierro envenenadas, y entre ellos había una mujer a quien obedecían todos los demás

inclinándose ante ella. Era ésta, según podía conjeturarse, una reina, a la cual seguía un hijo, de mirada cruel, robusto y con cara de león.

»Los nuestros, comprendiendo que era mejor batirse cuerpo a cuerpo que esperar mayores males luchando desde lejos, adelantaron la embarcación a fuerza de remos, y con tal violencia la hicieron correr, que pasaron por ojo la canoa y la echaron a pique.

»Pero los indios eran muy buenos nadadores, y no por ello cesaron, tanto los hombres como las mujeres, de arrojar flechas contra los nuestros, y se esforzaron tanto, que consiguieron llegar nadando a una roca cubierta de agua en la cual se subieron y siguieron luchando valerosamente.

Por fin, fueron apresados, siendo muerto uno de ellos y recibiendo dos heridas el hijo de la reina. Los otros fueron llevados al buque del almirante, donde no mostraron menos ferocidad y terrible encono que los leones de Libia, cazados en una trampa, hasta tal punto de que ninguno podía mirarlos sin que se horrorizase su corazón y sus entrañas; ¡tan espantosa, terrible e infernal era su mirada!».

Cómo se ve, la lucha empezaba a formalizarse entre los indios y los europeos. Gristóbal Colón empezó a navegar hacia el Norte, entre apacibles e innumerables islas cubiertas de bosques dominados por montañas de todos colores. Esta aglomeración de islas se la denominó archipiélago de las Once mil Vírgenes. En breve apareció la isla de San Juan Bautista, hoy día Puerto Rico, tierra a la sazón infestada de caribes, pero cuidadosamente cultivada y llena de grandes árboles. Algunos marineros bajaron a la ribera y no encontraron más que una docena de casas deshabitadas. El almirante se hizo de nuevo a la mar y costeó, durante/más de cincuenta leguas, la parte meridional de Puerto Rico.

El viernes, 12 de noviembre, llegó, en fin, Colón a la isla Española. Fácil es imaginarse la emoción que debió de experimentar al ver nuevamente el teatro de sus primeros descubrimientos y al buscar aquella fortaleza en la cual había dejado a sus compañeros. ¿Qué les había sucedido durante un año a aquellos europeos abandonados en tierra salvaje? En aquel momento una gran canoa tripulada por el hermano del cacique Guacanagari llegó enfrente de

la *María Galante*, y subiendo a bordo, ofreció dos imágenes de oro al almirante.

Entretanto, Cristóbal Colón trataba de descubrir su fortaleza, y a pesar de que había anclado enfrente del sitio en que la había construido, no veía el menor vestigio. Muy inquieto por la suerte de sus compañeros, bajó a tierra, y ¡cuál fue su asombro al encontrar sólo cenizas! ¿Qué había sido de sus compañeros? ¿Habían pagado con su vida aquella primera tentativa de colonización? El almirante hizo disparar a un tiempo toda la artillería de los buques, para anunciar su llegada a la isla Española. Ninguno de sus compañeros se presentó.

Colón, desesperado, envió mensajeros al cacique Guacanagari. Éstos, a su regreso, le trajeron funestas nuevas. Si había que creer lo dicho por Guanacagari, otros caciques, irritados por la presencia de extranjeros en su isla, habían atado a nuestros desgraciados colonos y los habían asesinado. Guacanagari mismo había sido herido al quererlos defender, y en prueba de ello mostraba la pierna vendada con una tela de algodón.

Cristóbal Colón no dio ningún crédito a esta intervención del cacique, pero resolvió disimular, y al siguiente día, cuando Guacanagari fue a bordo le dispensó muy buena acogida. El cacique aceptó una imagen de la Virgen y se la colgó al cuello. Mostróse muy sorprendido al ver los caballos que le enseñaron, pues estos animales eran desconocidos para él, lo mismo que para sus compañeros. Terminada su visita, volvió el cacique a la playa, penetró de nuevo en la región de las montañas y ya no se le volvió a ver más.

El almirante envió entonces a uno de sus capitanes con trescientos hombres a sus órdenes, con la misión de explorar el país y apoderarse del cacique. El capitán penetró en las regiones del interior, pero no encontró huellas ni del cacique ni de los desgraciados colonos. Durante su excursión había descubierto un gran río y un puerto muy seguro, al que se dio el nombre de Puerto Real.

Colón, no obstante el mal éxito de su primera tentativa, resolvió fundar una nueva colonia en esta isla, que parecía rica en metales de oro y plata. Sus naturales hablaban sin cesar de minas situadas en la provincia de Cibao. Dos hidalgos, Alonso Ojeda y Corvalán,

encargados de hacer estas investigaciones, partieron en el mes de enero con una numerosa escolta y descubrieron cuatro ríos con arenas auríferas, trayendo una pepita que pesaba nueve onzas.

El almirante, al ver estas riquezas, se confirmó en su idea de que la isla Española debía ser la célebre Ofir de que habla el libro de los Reyes. Buscó un sitio para fundar una ciudad, y dos leguas al este de Monte-Cristo, en la embocadura de un río que formaba un puerto, echó los cimientos de la Isabela, y el día de la Epifanía, trece sacerdotes oficiaron en la iglesia delante de un inmenso concurso de naturales.

Colón pensó entonces en enviarle noticias de la colonia al rey de España.

Doce buques cargados de oro recogido en la isla y de diferentes productos del suelo, se dispusieron a volver a Europa, bajo el mando del capitán Torres. Esta escuadrilla se hizo a la vela el 2 de febrero de 1494, y poco tiempo después Cristóbal Colón envió todavía uno de los cinco buques que le quedaban con el lugarteniente Bernardo de Pisa, de quien tenía motivos de queja.

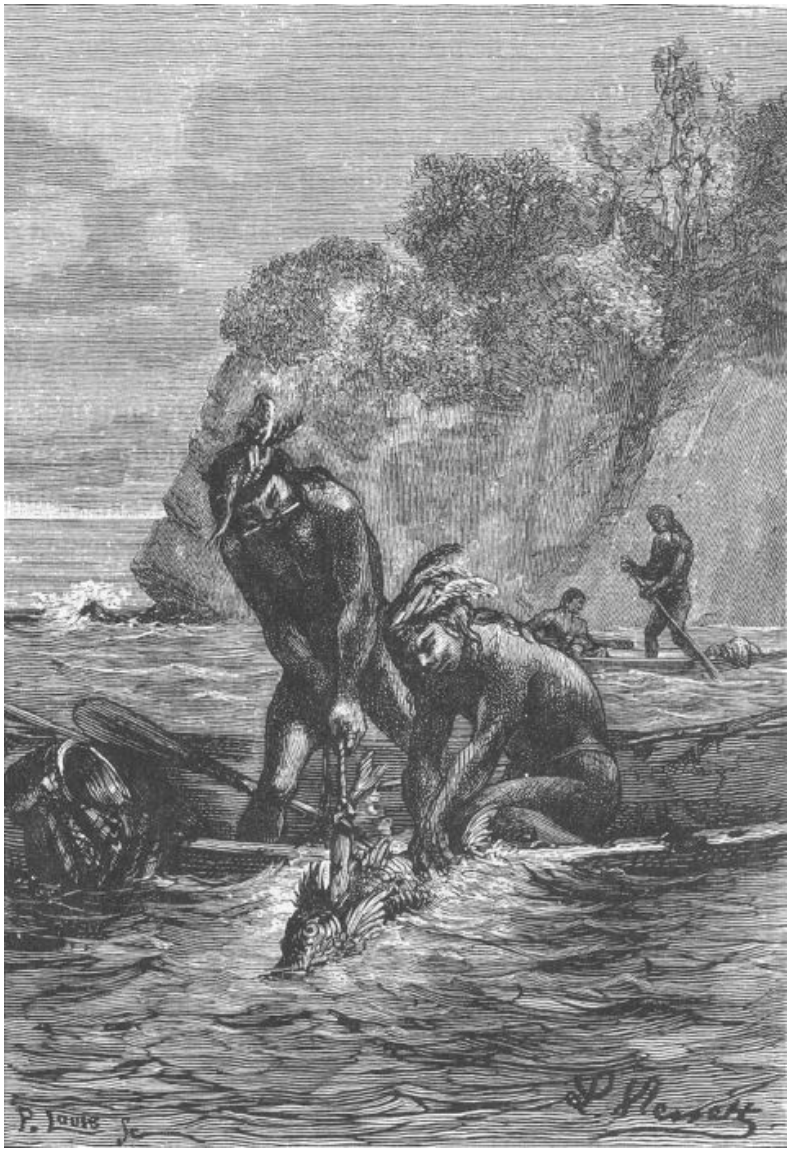
No bien se restableció el orden en la colonia de la Isabela, dejó en ella el almirante a su hermano don Diego, en calidad de gobernador, y partió con quinientos hombres deseoso de visitar por sí mismo las minas de Cibao. El país que atravesó este pequeño ejército presentaba una admirable fertilidad; en él maduraban las hortalizas en trece días; el trigo, sembrado en febrero, daba magníficas espigas en abril, y cada año producía dos abundantes cosechas. Traspusieron sucesivamente valles y montañas; muchas veces fue preciso emplear el pico para abrirse camino a trevés de estas tierras vírgenes, pero al fin los españoles llegaron a la provincia de Cibao. Allí, en una colina situada al lado de un gran río, el almirante hizo construir un fuerte de madera y piedras, abrió un buen foso y le dio el nombre de Santo Tomás, para burlarse de algunos de sus oficiales que no creían en las minas de oro. Hacían mal, sin embargo, en dudar de ellas, porque de todas partes les traían los indígenas pepitas y granos que cambiaban con premura por abalorios y especialmente por cascabeles, cuyo sonido argentino les excitaba a bailar. Además, este país no era solamente el país del oro, sino también el de las especias y de los aromas, formando los árboles que los producían verdaderos bosques, de suerte que los

españoles no podían dejar de felicitarse por haber conquistado una isla tan opulenta.

Después de haber dejado encargada la custodia del fuerte de Santo Tomás a cincuenta y seis hombres mandados por don Pedro de Margarita, Cristóbal Colón emprendió nuevamente el camino hacia la Isabela a primeros de abril. Grandes lluvias contrariaron su regreso. Al llegar, encontró la colonia naciente en medio del mayor desorden; les amenazaba el hambre por falta de harina, y la harina por falta de molinos; soldados y trabajadores se hallaban extenuados por las fatigas. Colón quiso obligar a los hidalgos a que le ayudasen; empero éstos, llenos de orgullo, aunque estaban muy deseosos de adquirir fortuna, no querían bajarse a recogerla y se negaron a todo trabajo material y mecánico. Los sacerdotes les apoyaron y Colón se vio obligado a mostrarse severo y a poner en entredicho las iglesias. Sin embargo, no podía prolongar su permanencia en la Isabela, y tenía prisa de descubrir otras tierras. Habiendo formado un Consejo destinado a gobernar la colonia, compuesto de tres nobles y del jefe de los misioneros, bajo la presidencia de don Diego, se hizo a la mar con tres navíos el 24 de abril, para completar el ciclo de sus descubrimientos.

La escuadrilla bajó hacia el Sur y descubrió una nueva isla que los naturales llamaban Jamaica. Esta isla formaba una montaña con unas pendientes muy suaves, Sus habitantes parecían ingeniosos y muy aficionados a las artes mecánicas, pero de temperamento poco pacífico. Muchas veces se opusieron al desembarque de los españoles, pero fueron rechazados y concluyeron por formar un tratado de alianza con el almirante.

De la Jamaica, Cristóbal Colón llevó sus investigaciones más al Occidente y creía haber llegado al punto donde los geógrafos antiguos ponen la Quersoneso, o sea la región de oro del Occidente. Unas fuertes corrientes le rechazaron hacia Cuba, cuya costa recorrió en una extensión de doscientas veintidós leguas. Durante esta peligrosa navegación por entre arrecifes y pasos estrechos, contó más de setecientas islas, reconoció gran número de puertos y estuvo frecuentemente en relaciones con los indígenas.



En el mes de mayo los vigías de los buques señalaron gran número islas herbáceas fértiles y habitadas. Colón, acercándose a tierra, penetró en un río cuyas aguas estaban tan calientes que nadie podía meter la mano en ellas. Hecho indudablemente exagerado y que nunca han justificado los descubrimientos posteriores. Los pescadores de esta costa empleaban para la pesca

cierto pez llamado «rémora», que desempeña entre ellos el mismo papel que el perro cerca del cazador.

«Este pez, de forma desconocida, tiene el cuerpo semejante a una gran anguila, y encima de la cabeza una piel en figura de bolsa para coger los pescados. Llevan este pez atado al buque con una cuerda y metido siempre en el agua; porque no puede soportar el contacto del aire. Cuando ven un pez o una tortuga, que allí son más grandes que un broquel, entonces le aflojan la cuerda al animal, el cual, al sentirse libre, más rápido que una flecha asalta al pez o tortuga, y lo sujeta a su piel a manera de bolsa, con tal fuerza que nadie se lo puede quitar si no se le saca fuera del agua, pues tan pronto como ve los esplendores del aire suelta la presa. Los pescadores descienden tanto cuanto lo creen necesario para tomar la presa, la meten en el buque, colocan la rémora en su sitio y le dan con otra cuerda por recompensa una poca carne de la presa que ha hecho».

La exploración de las costas contiríuó hacia el Occidente. El almirante visitó diferentes comarcas, en las cuales abundaban los ánsares, las garzas y esos perros mudos que los naturales se comen como si fuesen cabritos. Los bancos de arena eran cada vez más numerosos, librándose de ellos los navíos con dificultad. A causa de ello, el almirante tenía miedo de alejarse de estas riberas que, por otra parte, deseaba reconocer. Un día creyó ver en una punta de tierra varios hombres vestidos de blanco, a quienes tomó por hermanos de la Orden de Santa María de la Merced, y envió algunos marineros para hablar con ellos; ¡pura ilusión óptica!, estos pretendidos monjes no eran otra cosa que grandes garzas de los trópicos a quienes la distancia daba la apariencia de seres humanos.

Durante los primeros días de junio, Colón se detuvo para limpiar los buques, cuyos cascos se encontraban muy sucios a causa de los bajos fondos de la costa. El 7 del mismo mes hizo celebrar una misa solemne en la playa, y durante el oficio llegó un viejo cacique, el cual, terminada la ceremonia, ofreció algunos frutos al almirante. El soberano indígena pronunció después estas palabras:

«Hásenos referido el modo como te has hecho dueño de estas tierras que te eran desconocidas, extendiendo tu poder en ellas y que tu presencia ha causado a los pueblos y a los habitantes un gran temor. Creo un deber mío exhortarte y advertirte que cuando las

almas se separan del cuerpo se abren ante ellas dos caminos: uno lleno de tinieblas y de tristezas, destinado a los que molestan y castigan al género humano; otro ameno y lleno de alegrías, reservado a aquellos que durante su vida han amado la paz y el reposo de las gentes. Así, pues, si te acuerdas de que eres mortal y de que las recompensas futuras se miden por las obras de la vida presente, estoy seguro de que no molestarás a nadie».

¿Qué filósofo antiguo o moderno ha pronunciado palabras más bellas? Toda la parte humana del cristianismo se refleja en estas magníficas palabras pronunciadas por boca de un salvaje. Colón y el cacique se separaron muy complacidos el uno del otro, no siendo en verdad el viejo indígena quien quedó más sorprendido.

Por otra parte, toda esta tribu parecía vivir practicando los excelentes preceptos indicados por su jefe. La tierra era común entre los naturales, como el sol, el aire y el agua. Lo mío y lo tuyo, causa de toda discordia, no existía en sus costumbres y vivían contentos con poco. «Viven en la edad de oro, dice la relación; no hacen fosos ni cercados para guardar sus posesiones; dejan los

jardines abiertos y no tienen ni leyes, ni jueces, ni libros; pero poseen el instinto de lo que es bueno y consideran malo e injusto todo aquello que pueda perjudicar a otro».

Al abandonar la tierra de Cuba, Cristóbal Colón volvió hacia la Jamaica, recorriendo la costa o lado del Sur hasta su extremidad oriental. Su intención era penetrar en las islas de los caribes y destruir aquel foco de malhechores. Pero a consecuencia de sus vigilias y fatigas, se vio atacado de una enfermedad que le obligó a suspender sus proyectos. Tuvo que regresar a la Isabela, donde, bajo la influencia de su excelente clima y del descanso, recobró la salud, gracias a los cuidados de su hermano y de sus familiares.

Por lo demás, la colonia reclamaba imperiosamente su presencia. El gobernador del fuerte de Santo Tomás había hecho sublevar a los indígenas con sus crueles exacciones. Don Diego, hermano de Colón, le había hecho observaciones que no habían sido escuchadas. Este gobernador, durante la ausencia de Colón, había regresado a la Isabela, donde se había embarcado para España, en uno de los navíos que acababa de conducir a la isla Española a don Bartolomé, segundo hermano del almirante.

Entretanto Colón recobraba su salud, no podía dejar que se desconociese la autoridad que había delegado en sus representantes, y resolvió castigar al cacique que se había insurreccionado contra el gobernador de Santo Tomás. Ante todo envió nueve hombres bien armados para que se apoderasen de un temible cacique llamado Caonabo. Su jefe, Ojeda, con una intrepidez de que debía más tarde dar nuevas pruebas, arrebató al cacique en medio de los suyos, y lo llevó preso a la Isabela. Colón hizo embarcar a este indígena para Europa, pero naufragó la nave que lo conducía y no se oyó hablar más de él.

Entretanto, Antonio de Torres, enviado por el rey y la reina para cumplimentar a Colón, llegó a Santo Domingo con cuatro buques. Fernando se declaraba muy satisfecho del éxito del almirante y acababa de establecer un servicio mensual de transportes entre España y la isla Española.

La captura de Caonabo había producido una sublevación general entre los indígenas, quienes querían vengar a su jefe ultrajado e injustamente deportado. Sólo el cacique Guacanagari, a pesar de la parte que había tomado en la muerte de los primeros colonos,

permaneció fiel a los españoles. Cristóbal Colón, acompañado de don Bartolomé y del cacique, marchó contra los rebeldes. En breve encontró un ejército de naturales, cuyo número, evidentemente exagerado, se hace llegar por aquél a cien mil hombres. Como quiera que sea, este formidable ejército fue derrotado por un simple destacamento compuesto de doscientos infantes, veinticinco perros y veinticinco caballos. Esta victoria restableció aparentemente la autoridad del almirante. Impúsose un tributo a los vencidos.

Los indios próximos a las minas, tuvieron que pagar cada tres meses una pequeña medida de oro, y los que estaban más distantes veinticinco libras de algodón. Pero la sublevación sólo estaba reprimida y no extinguida. A la voz de una mujer, Anacaona, viuda de Caonabo, los indígenas se sublevaron por segunda vez, consiguiendo arrastrar en su revolución al mismo Guacanagari, que había permanecido fiel hasta entonces a Colón; después, destruyendo los campos de maíz y todas las plantaciones, huyeron a las montañas. Los españoles se vieron entonces reducidos a todos los horrores del hambre, y ejercieron con los naturales terribles represalias. Hay quien afirma que una tercera parte de la población indígena pereció de hambre, de enfermedades o a manos de los compañeros de Cristóbal Colón. Estos desgraciados indios pagaban caras sus relaciones con los conquistadores europeos. Cristóbal Colón había entrado en el camino de los reveses. Mientras que su autoridad se veía más y más comprometida en la isla Española, su reputación y su carácter sufrían violentos ataques en España. No estaba allí para defenderse, y los oficiales que había mandado a la madre patria, le acusaban en alta voz de mostrarse injusto, cruel y aun llegar a insinuar que el almirante trataba de declararse independiente del rey. Fernando, imbuido por estas indignas acusaciones, nombró un comisario a quien encargó, que apreciara los hechos referidos y que fuera a las Indias occidentales. Era este comisario un noble llamado Juan de Aguado. La elección de este caballero, destinado a cumplir una misión de confianza, no fue acertada. Juan de Aguado era un espíritu parcial y prevenido. Llegó, pues, en el mes de octubre al puerto de la Isabela, y en el momento en que el almirante, ocupado en sus exploraciones, se hallaba ausente, comenzó Jratando con suma altivez al hermano de Cristóbal Colón. Don Diego, apoyándose en su título de gobernador

general, se negó a someterse al comisario del rey.

Juan de Aguado se disponía a volver a España no llevando más que muy incompletas informaciones, cuando un terrible huracán echó a pique dentro del mismo puerto los barcos que había llevado. No había más que dos carabelas en la isla Española. Cristóbal Colón, que había vuelto a la colonia, obrando con una grandeza de alma que nunca se admirará demasiado, puso una de estas embarcaciones a disposición del comisario regio, con la condición de que él se embarcaría en la otra para justificarse en presencia del rey.

A tal estado habían llegado las cosas cuando fueron descubiertas nuevas minas de oro en la isla Española. El almirante suspendió la marcha. La codicia tuvo el poder suficiente para cortar todas las discusiones. Nadie se acordaba ni del rey ni de España, ni de la información que había mandado abrir. Acudieron muchos oficiales a los nuevos terrenos auríferos, donde encontraron pepitas, algunas de las cuales pesaban hasta veinte onzas, y así mismo un bloque de ámbar, de peso de trescientas libras. Colón hizo levantar, dos fuertes para proteger a los marineros, el uno en el límite de la provincia de Cibao, y el otro en las orillas del río Hayna. Tomada esta precaución y urgiéndole justificarse, partió para España.

Las dos carabelas abandonaron el puerto de Santa Isabel el 10 de marzo de 1496. Cristóbal Colón llevaba a bordo doscientos veinticinco pasajeros y treinta indios. El 9 de abril, tocó en Marigalante, y el 10 hizo agua en la Guadalupe, donde sostuvo una refriega bastante viva con los naturales. El 20 dejó esta isla poco hospitalaria, y por espacio de un mes tuvo que luchar contra los vientos alisios. El 11 de junio se divisó la tierra de Europa, y al día siguiente entraban las carabelas en el puerto de Cádiz.

Este segundo regreso del almirante no fue saludado como el primero con el entusiasmo de las poblaciones, al cual había sucedido la frialdad y la envidia. Los mismos compañeros del almirante se volvían contra él, pues, descorazonados y sin ilusiones, sin la fortuna en cuya busca habían corrido tantos peligros y sufrido tantas fatigas, se mostraban injustos. Sin embargo, no era culpa de Colón el que las minas explotadas hasta entonces costaran más de lo que producían.

Sin embargo, el almirante fue recibido en la corte con cierto

favor. El relato de su segundo viaje le volvió a conquistar fas simpatías perdidas. ¿Acaso no había descubierto durante esta segunda expedición las islas Dominica, Marigalante, Guadalupe, Montserrat, Santa María, San Martín, Santa Cruz, Puerto Rico y Jamaica? ¿No había efectuado un nuevo reconocimiento de Cuba y de Santo Domingo? Colón combatió nuevamente a sus adversarios, no empleando contra ellos más armas que la ironía. A los que negaban el mérito de sus descubrimientos, les propuso que hicieran sostener un huevo en equilibrio sobre una de sus extremidades, y cuando se convencieron de que no podían conseguirlo, el almirante, cascando un poco la cascara, conseguía lo propuesto diciendo: «¿No habíais pensado en ello, no es verdad? Pues bien, todo es lo mismo».

IV

Tercer viaje: Madera. —Santiago del archipiélago del Cabo Verde. — La Trinidad. —Se ve por vez primera la costa americana de Venezuela, más allá del Orinoco, actualmente provincia de Cumaná. — Golfo de Pavía. —Los jardines. — Tobago. —Granada. —Margarita. —Cubaga. —La isla Española durante la ausencia de Colón. —Fundación de la ciudad de Santo Domingo. —Llegada de Colón. — Insubordinación de la colonia. —Quejas en España. —Envía el rey a Bobadilla para averiguar la conducta de Colón. — Prenden a Colón y le envían encadenado, con sus dos hermanos. —Su llegada a presencia de Fernando e Isabel. — Recobra el favor real.

Cristóbal Colón no había renunciado todavía a continuar sus conquistas más allá del Océano Atlántico. Ni las fatigas, ni la injusticia de los hombres podían detenerle. Después de haber triunfado, no sin dificultad, de la malevolencia de sus enemigos, consiguió organizar una tercera expedición bajo los auspicios del gobierno español. El rey le concedió ocho buques, cuarenta jinetes, cien infantes, sesenta marineros, veinte mineros, cincuenta labradores, veinte obreros de diferentes oficios, treinta mujeres, médicos y músicos. Prometióse además al almirante que todas las penas de presidio que se impusieran en el reino serían conmutadas por deportación a las islas; de esta suerte se anticipaba a los ingleses en la idea tan acertada de poblar las nuevas colonias con reos arrepentidos a quienes debía rehabilitar el trabajo.

Cristóbal Colón se dio a la vela el 30 de mayo de 1498, aunque padecía de la gota y se encontraba todavía enfermo a causa de los disgustos que había experimentado desde su regreso. Antes de partir supo que le espiaba una flota francesa a la altura del cabo de San

Vicente, con objeto de poner obstáculos a su expedición. Para evitarlo, se dirigió a la isla Madera, y desde allí envió a la Española todos sus buques, menos tres, mandados por los capitanes Pedro de Arana, Alonso Sánchez de Carbajal y Juan Antonio Colón, pariente suyo. Él mismo, con un navío y dos carabelas, puso la proa al mediodía con la intención de cortar el Ecuador y buscar tierras más meridionales, que, según la opinión generalmente admitida, debían ser más ricas en producciones de todas clases.

El 27 de junio tocó la flotilla en las islas de la Sal y de Santiago, que forman parte del archipiélago del cabo Verde. Desde aquí volvió a partir el 5 de julio; hizo veinte leguas al Sudoeste, experimentó las grandes calmas y los calores tórridos, y al llegar a Sierra Leona se dirigió directamente hacia el Oeste.

El 31 de julio a mediodía, uno de los marineros anunció tierra. Era una isla situada en el extremo Nordeste de la América Meridional, muy próximo a la costa. El almirante le dio el nombre de la Trinidad, y toda la tripulación entonó el *Salve Regina*, con acentos de gratitud. Al día siguiente, 1.º de agosto, a cinco leguas del punto señalado, el buque y las dos carabelas anclaron cerca de la punta de Alcatraz. El almirante hizo bajar a tierra a algunos de sus marineros para renovar sus provisiones de agua y leña. La costa parecía deshabitada, pero notábanse en ella numerosas huellas de animales que debían ser cabras.

El 2 de agosto, una larga canoa, tripulada por veinticuatro indígenas, se adelantó hacia los buques. Aquellos indios, que eran de elevada estatura, y más blancos de piel que los indígenas de la isla Española, llevaban en la cabeza un turbante de lienzo de algodón de vivos colores, y alrededor del cuerpo un tonelete de la misma tela. Se trató de hacerlos subir a bordo, dándoles espejos y dijes, y los marineros, para inspirarles confianza, empezaron a bailar alegremente; pero los indígenas, asustados del ruido del tamboril, que les pareció una demostración hostil, contestaron con una nube de flechas y se dirigieron hacia una de las carabelas; allí un piloto trató aún de apaciguarles, dirigiéndose hacia ellos, pero bien pronto la canoa se alejó y no volvió a aparecer.

Cristóbal Colón se hizo entonces nuevamente a la mar, y descubrió una nueva isla a la que dio el nombre de Gracia; pero lo que creyó una isla era realmente la costa americana; eran las riberas

de Venezuela, que forman el delta del Orinoco, entrecortado por los múltiples ramales de este río. Aquel día fue cuando descubrió Colón el continente americano en la parte de Venezuela que se llama provincia de Cumaná.

Entre esta costa y la isla de Trinidad, forma la mar un golfo peligroso, el golfo de Paria, en el cual difícilmente puede resistir un buque las corrientes que impulsan al Oeste con suma rapidez. El almirante se creía en alta mar y corrió grandes peligros en este golfo, porque los ríos del continente, hinchados por una crecida accidental, arrojaban sobre los buques masas considerables de agua. He aquí en qué términos refiere Cristóbal Colón este incidente en la carta que escribió al rey y a la reina:

«Hallándome en el puente a una hora avanzada de la noche, oí un rugido terrible; traté de penetrar la obscuridad, y de pronto vi el mar en forma de una colina tan alta como mis buques que se levantaba lentamente sobre ellos. Por encima de esta colina venía una corriente con gran estrépito. No vacilé un momento en creer que íbamos a ser absorbidos, y aún hoy experimento a éste solo recuerdo una sensación dolorosa; mas, por fortuna, pasaron la corriente y el oleaje; se dirigieron hacia la embocadura del canal, donde lucharon por largo tiempo y desaparecieron».

Sin embargo, a pesar de las dificultades de la navegación, el almirante, recorriendo este mar, cuyas aguas se hacían más apacibles a medida que iba hacia el Norte, reconoció diferentes cabos, uno al Este, en la isla Trinidad, el cabo de Peña Blanca, otro al Oeste en el promontorio de Paria, que es el cabo de Lapa, y vio muchos puertos, entre ellos el de los Monos, en la embocadura del Orinoco. Colón tomó tierra hacia el Oeste de la punta de Cumaná, y obtuvo muy buena acogida por parte de los habitantes, que eran numerosos. Hacia el Occidente, más allá de la punta de Alcaraz, era magnífico el terreno, y los indígenas afirmaban que en él se recogía mucho oro y perlas.

Colón hubiera querido permanecer algún tiempo en esta parte de la costa; pero no se veía en ella ningún abrigo para sus buques; y, por otra parte, su salud, seriamente alterada, y su vista, muy debilitada, exigían cierto reposo, de manera que tanto por él como por sus compañeros necesitaba llegar cuanto antes al puerto Isabela. Avanzó, pues, por la costa venezolana cuanto pudo, manteniendo

relaciones con los indígenas. Estos indios estaban muy bien formados y eran de agradable fisonomía; sus viviendas demostraban cierto gusto; tenían casas con sus fachadas, y en ellas se veían algunos muebles bien hechos. Llevaban el cuello adornado con placas de oro.

En cuanto al terreno, era magnífico; sus ríos, sus montañas, sus bosques numerosos hacían de aquello un país delicioso; así es que el almirante dio a tan excelente comarca el nombre de Gracia, y en el curso de una discusión trató de probar que allí estuvo situada la cuna del género humano: el Paraíso terrenal que habitaron Adán y Eva por tanto tiempo. Para comprender hasta cierto punto esta opinión del gran navegante, es preciso no olvidar que creía hallarse en las riberas del Asia. Aquel sitio encantador fue llamado por él los Jardines.

El 23 de agosto, después de haber salvado, no sin peligro ni fatigas, las corrientes de este punto, Cristóbal Colón salió del golfo de Paria por el estrecho llamado. Boca del Dragón, cuyo nombre se ha conservado hasta nosotros. No bien llegaron a alta mar los españoles, descubrieron la isla de Tabago, situada al nordeste de la Trinidad; más al Norte, la Concepción, hoy Granada. Entonces, el almirante puso la proa al Sudoeste y volvió hacia la costa americana, la cual prolongó en una extensión de cuarenta leguas. El 25 de agosto recorrió la poblada isla de Margarita, y finalmente la isla de Cubaga, situada cerca de tierra firme. En este punto, los indígenas habían fundado una pesquería de perlas y se ocupaban en la recolección de este precioso producto. Colón envió una canoa a tierra, y realizó cambios muy ventajosos, pues por pedazos de loza o cascabeles, obtuvo muchas libras de perlas, algunas de las cuales eran muy gruesas y de un magnífico oriente.

Al llegar a este punto de sus descubrimientos, el almirante se detuvo, pues aunque tenía vivos deseos de explorar este país la tripulación y su mismo jefe se hallaban extenuados. Se emprendió, pues, la ruta hacia Santo Domingo, donde llamaban a Cristóbal Colón intereses más graves.

El almirante, antes de su partida, había autorizado a su hermano para echar los cimientos de una nueva ciudad. Con este objeto, don Bartolomé había recorrido toda la isla, y habiendo encontrado a unas cincuenta leguas de la Isabela un excelente puerto, en la desembocadura de un gran río, trazó allí las primeras calles de la ciudad de Santo Domingo. De esta manera los dos hermanos de

Colón reunieron toda la administración de la colonia; pero agitábanse ya muchos descontentos y se disponían a rebelarse contra la autoridad de aquéllos. En estas circunstancias fue cuando llegó a Santo Domingo. Dio la razón a sus hermanos, quienes, por otra parte, habían administrado bien los negocios, y publicó una proclama para reducir a la obediencia a los españoles rebeldes. Después, el 18 de octubre, hizo partir cinco buques con un oficial encargado de comunicar al rey los nuevos descubrimientos y el estado de la colonia, puesta en peligro por los autores del desorden.

En aquel momento, los asuntos de Cristóbal Colón tomaban mal giro en España. Desde que había marchado, las calumnias no habían cesado de acumularse contra él y contra sus hermanos. Algunos revoltosos, expulsados de la colonia, denunciaban una nueva dinastía, la de los Colones, y excitaban los celos de un monarca vanidoso e ingrato. La misma reina Isabel, hasta entonces fiel protectora del marino genovés, se sintió indignada al ver que desembarcaban de los buques trescientos indios a quienes se había arrancado a su país y se trataba como a esclavos. Pero doña Isabel ignoraba que el abuso de la fuerza se había llevado a cabo contra la voluntad de Colón y durante su ausencia. No por ello dejó de ser juzgado menos responsable el almirante, y para poner en claro su proceder, envió la corte a la isla Española a un comendador de Calatrava, llamado Francisco Bobadilla, al cual se dieron los títulos de intendente de justicia y de gobernador general, lo que era realmente destituir a Colón. Bobadilla, investido de este poder discrecional, partió con dos carabelas a fines de junio de 1500, y el 23 de agosto los colonos vieron los dos buques que trataban de entrar en el puerto de Santo Domingo.

Cristóbal Colón y su hermano Bartolomé se hallaban ausentes, ocupados en la construcción de un fuerte en el cantón de Jaragua. Don Diego mandaba en su nombre. Bobadilla saltó a tierra y fue a oír misa, desplegando durante esta ceremonia una ostentación muy significativa; después mandó a don Diego que compareciese a su presencia y le ordenó que resignara sus poderes en sus manos.

Cristóbal Colón, avisado por un mensajero, llegó a toda prisa, leyó las cartas patentes de Bobadilla, y no bien las hubo leído, le reconoció como intendente de justicia, pero no como gobernador general de la colonia.

Entonces Bobadilla le entregó una carta de los Reyes Católicos, concebida en estos términos:

> *«Don Cristóbal, nuestro almirante en el Océano.*
>
> *»Hemos ordenado al comendador don Francisco Bobadilla que os explique nuestras intenciones. Os ordenamos que le deis fe y ejecutéis lo que os diga de nuestra parte.*
>
> *»YO, EL REY.*
> *YO, LA REINA».*

El título de virrey que pertenecía a Colón, según el convenio solemnemente firmado por Fernando e Isabel, no se mencionaba en esta carta. Colón ahogó su justa cólera y se sometió; pero contra el almirante desgraciado se levantó todo el campo de los falsos amigos. Todos los que debían su fortuna a Colón se volvieron contra él y le acusaron de haber querido hacerse independiente. ¡Necias acusaciones! ¿Cómo hubiera podido ocurrírsele semejante idea a un genovés, a un extranjero, solo, en medio de una colonia española?

Bobadilla encontró la ocasión favorable. Don Diego estaba ya preso y el gobernador hizo aherrojar a don Bartolomé y al mismo Cristóbal Colón. Acusado el almirante de alta traición, fue embarcado con sus dos hermanos en un buque que los condujo a España, mandado por Alfonso de Vallejo. Este oficial, hombre de ánimo resuelto, avergonzado del trato que sufría Colón, quiso quitarle las ligaduras que le sujetaban, pero el descubridor se negó a ello. El que había conquistado el Nuevo Mundi quiso llegar cargado de cadenas al reino de España que había enriquecido.

El almirante tenía razón para obrar así, porque al verle en este estado de humillación, atado como un malhechor, tratado como un criminal, se sublevó el sentimiento público. El reconocimiento ante el hombre de genio, abrióse paso al través de las malas pasiones sobreexcitadas tan injustamente. Fue aquello un desbordamiento de

cólera contra Bobadilla. Los reyes, arrastrados por la opinión, condenaron altamente la conducta del comendador y dirigieron a Cristóbal Colón una carta muy afectuosa invitándole a ir a la corte.

Tuvo, pues, aún un gran día Colón. Presentóse delante de Fernando y de Isabel, no como acusado, sino como acusador; el recuerdo de sus indignos tratamientos le destrozaba el alma; prorrumpió en llanto el grande hombre, e hizo llorar a los que le rodeaban. Explicó su conducta con altivez. Acusábanle de ambición, de haberse enriquecido con la administración de la colonia, y se presentaba tal como se encontraba; casi sin recursos. ¡El que acababa de descubrir un mundo no poseía ni un techo que le cobijara!

Doña Isabel, buena y compasiva, lloró con el viejo marino y estuvo largo rato sin poderle contestar a causa de los sollozos. Finalmente, salieron de sus labios palabras afectuosas; aseguró a Colón que podía contar con su protección; le prometió vengarle de sus enemigos; se excusó de la mala elección que había hecho enviando a Bobadilla a las islas, y juró que haría Un castigo ejemplar. En seguida rogó a Cristóbal Colón que dejase pasar algún tiempo, antes de tomar nueva posesión de su gobierno, a fin de que los ánimos prevenidos contra él volviesen al sentimiento del honor y de la justicia.

Las afectuosas frases de la reina tranquilizaron a Cristóbal Colón, que mostróse satisfecho de la manera como le había recibido, y comprendió la necesidad de que transcurriese el plazo que le pedía doña Isabel. Sus más ardientes deseos eran continuar sirviendo a su país de adopción y a su soberano, y hacía entrever algunas otras cosas que podían intentarse aún en el camino de los descubrimientos. En efecto, su tercer viaje, no obstante su corta duración, no había sido infructuoso, y el mapa se enriqueció con los nombres nuevos de la Trinidad, el golfo de Paria, costa de Cumaná, y las islas de Tabago, Granada, Margarita y Cubaga.

V

Cuarto viaje: una flotilla de cuatro buques. —La Gran Canaria. —La Martinica. —La Dominica. —Santa Cruz. — Puerto Rico. —La isla Española. —La Jamaica. —La isla de los Caimanes. —Isla de los Pinos. — Isla de Guanaja. —Cabo Honduras. —La costa americana de Trujillo en el golfo de Darién. —Islas Limoares. —Isla Huerta. —Costa de Veragua. —Terrenos auríferos. —Rebelión de los indígenas. —El sueño de Colón. — Porto Bello. —Las Mulatas. —Detención en la Jamaica. — Miseria. —Sublevación de los españoles contra Colón. —El eclipse de luna. —Llegada de Colón a la isla Española. —Regreso de Colón a España. —Su muerte el 20 de marzo de 1506.

Cristóbal Colón había reconquistado en la corte de Fernando e Isabel, todo el favor que se le debía. Tal vez el rey manifestase hacia él cierta frialdad, pero la reina le protegía calurosa y ostensiblemente. Sin embargo, no se le había devuelto todavía el título de virrey; pero el almirante, como hombre superior, no lo reclamó. Tuvo, por otra parte, la satisfacción de ver a Bobadilla destituido, tanto por los abusos del poder como por su conducta para con los indios, que había sido atroz. La inhumanidad de este hombre llegó hasta tal extremo, que durante su administración disminuyó sensiblemente la población indígena.

Entretanto, la isla Española comenzaba a ver realizadas las promesas de Colón, que no pedía más de tres años para aumentar en sesenta millones las rentas de la Corona. El oro se recogía en abundancia en aquellas minas mejor explotadas; ya un esclavo había desenterrado en las orillas del río Hayna un pedazo que, pesaba tres mil seiscientos escudos de oro y se preveía que las nuevas colonias encerraban riquezas incalculables.

El almirante, no pudiendo permanecer inactivo, quiso prender en seguida otro viaje, a pesar de tener sesenta y seis años de edad. Las razones, que él daba en favor de esta nueva expedición, eran muy plausibles. Efectivamente, un año antes del regreso de Colón, el portugués Vasco de Gama había vuelto de las Indias, después de haber doblado el cabo de Buena Esperanza. Pues bien, Colón quería, yendo a él por las rutas del Oeste, mucho más seguras y mucho más cortas, hacer una seria competencia al gobierno portugués. Continuaba, pues, sosteniendo, en su creencia de haber llegado al Asia, que las islas y continentes que él había descubierto sólo estaban separadas de las Molucas por un estrecho. Quería, pues, sin tocar en la isla Española y en las colonias ya instaladas, ir directamente a las Indias. Así, pues, el virrey destituido volvía a ser el audaz navegante de sus primeros años.

El rey accedió a la demanda del almirante, y le confió el mando de una flotilla compuesta de cuatro buques, el Santiago, el Gallego, el Vizcaíno y la carabela capitana. El mayor de estos buques no medía más de setenta toneladas; el más pequeño tan sólo cincuenta. En realidad no eran más que barcos de cabotaje.

Cristóbal Colón salió de Cádiz el 9 de mayo de 1502, con ciento cincuenta hombres de tripulación. Llevaba consigo a su hermano Bartolomé y a su segundo hijo Fernando, de trece años de edad, que era fruto de un segundo matrimonio.

El 20 de mayo, los buques llegaron a la Gran Canaria, y el 15 de junio a una de las islas del Viento y la Martinica; después tocaron en la Dominica, y Santa Cruz y en Puerto Rico, y finalmente, después de una feliz travesía, llegaron el 29 de junio delante de la isla Española.

La intención de Colón, aconsejado por la reina, era no poner el pie en esta isla, de donde había sido tan indignamente arrojado; pero no soportando la mar su carabela, por ser de mala construcción y reclamar con urgencia la carena, el almirante pidió al gobernador permiso para entrar en el puerto.

El nuevo gobernador que había sucedido a Bobadilla era un caballero de la orden de Alcántara, llamado Nicolás Ovando, hombre justo y moderado. Sin embargo, por un exceso de prudencia, pretextando que la presencia de Colón podría ocasionar desórdenes en la colonia, le negó la entrada en el puerto. Colón

ocultó en su corazón el mal efecto que le produjo semejante conducta, y correspondió con un buen consejo a tan mal proceder.

La flota que debía conducir a Bobadilla a España, juntamente con un gran pedazo de oro e inmensas riquezas, estaba pronta a darse a la vela. El tiempo había adquirido, sin embargo, un aspecto amenazador, y habiendo observado Colón, con su perspicacia de marino, señales de una próxima tempestad, lo puso en conocimiento del gobernador para que no expusiese los buques y los que los tripulaban. Pero Ovando no hizo caso alguno del consejo del almirante. Los barcos se hicieron a la mar, y aún no habían llegado a la punta occidental de la isla, cuando un terrible huracán hizo perecer veintiuno de ellos, con toda su tripulación y cargamentos. Bobadilla y la mayor parte de los enemigos de Colón se ahogaron, mientras que, por una excepción providencial, el buque que llevaba los restos de la pequeña fortuna de los Colón, escapó del desastre. Él Océano acababa de engullir oro y piedras preciosas por valor de diez millones.

Entretanto, las cuatro carabelas del almirante, rechazadas del puerto, habían huido ante la tempestad, y aunque fueron desamparadas y apartadas unas de otras, volvieron a reunirse. La borrasca las llevó el 14 de julio a la vista de Jamaica, desde donde las arrastraron grandes corrientes al Jardín de la Reina, y después en dirección del Este, cuarto Sudoeste. La escuadrilla luchó entonces durante sesenta días, sin hacer más de sesenta leguas, y fue, por fin, arrojada a la costa de Cuba, lo cual produjo el descubrimiento de las islas Caimanes y la de los Pinos.

Cristóbal Colón hizo entonces rumbo hacia el Sudoeste por medio de mares que ningún buque europeo había recorrido todavía. Lanzábase de nuevo en la vía de los descubrimientos con todas las apasionadas emociones del navegante. La fortuna «le condujo hacia la costa septentrional de América, reconoció la isla de Guanaja el 30 de julio, y el 14 de agosto tocó en el cabo de Honduras, esa lengua de tierra que, prolongada por el istmo de Panamá, reúne los dos continentes».

Así, pues, costeaba Colón, sin saberlo, la verdadera tierra americana. Siguió los contornos de aquellas playas durante más de nueve meses, en medio de peligros y luchas de todo género, y señaló la forma de estas costas desde el punto donde estuvo después

Trujillo hasta el golfo de Darién. Todas las noches echaba el áncora para no alejarse de tierra, y así llegó hasta el límite oriental que termina bruscamente en el cabo de Gracias a Dios.

El 14 de septiembre dobló este cabo, pero el almirante se vio asaltado por golpes de viento que el más viejo de los marineros de su tripulación no había experimentado jamás. He aquí en qué términos refiere este terrible episodio en su carta al rey de España: «Por espacio de ochenta días las olas continuaron sus asaltos, y mis ojos no vieron ni el sol, ni las estrellas, ni planeta alguno; mis buques estaban deshechos, mis velas rotas, perdidas las cuerdas y las lanchas; mis marineros, enfermos y consternados, se entregaban a los piadosos deberes de la religión; ninguno dejaba de ofrecer en voto peregrinaciones, y todos se confesaban mutuamente, temiendo a cada momento ver el término de su existencia. He presenciado muchas tempestades, pero ninguna tan larga y violenta. Muchos de mis hombres, que pasaban por marinos intrépidos, perdieron el valor; pero lo que me llegaba profundamente al alma era la aflicción de mi hijo, cuya juventud acrecentaba mi desesperación, y a quien consideraba víctima de mayores penas y tormentos que ninguno de nosotros. Sin duda Dios le prestó tanto valor; pues sólo él reanimaba a los marineros y les devolvía la paciencia en su tribulación; finalmente, parecía ser navegante envejecido en las tempestades, siendo el caso tan notable y tan difícil de creer que venía a mezclar un poco de alegría a las penas que me agobiaban. Estaba enfermo y muchas veces vi acercarse mi último momento… Finalmente, para colmo de desgracia, veinte años de servicios, de fatigas y de peligros no me han procurado utilidad alguna, puesto que actualmente no poseo un techo en España, y cuando quiero tomar algún descanso y los alimentos más comunes, tengo que acudir a una posada; y aun llega a acontecerme con frecuencia que no me es posible pagar mi escote…».

¿No indican estas líneas los supremos dolores que laceraban el alma de Colón? En medio de tantos peligros e inquietudes, ¿cómo podía conservar la energía necesaria de un jefe de expedición?

Todo el tiempo que duró la tempestad, los buques recorrieron la costa que lleva sucesivamente los nombres de Honduras, isla de los Mosquitos, Nicaragua, Costa Rica, Veragua y Panamá. Las doce islas Limonares fueron descubiertas durante este período. Finalmente, el

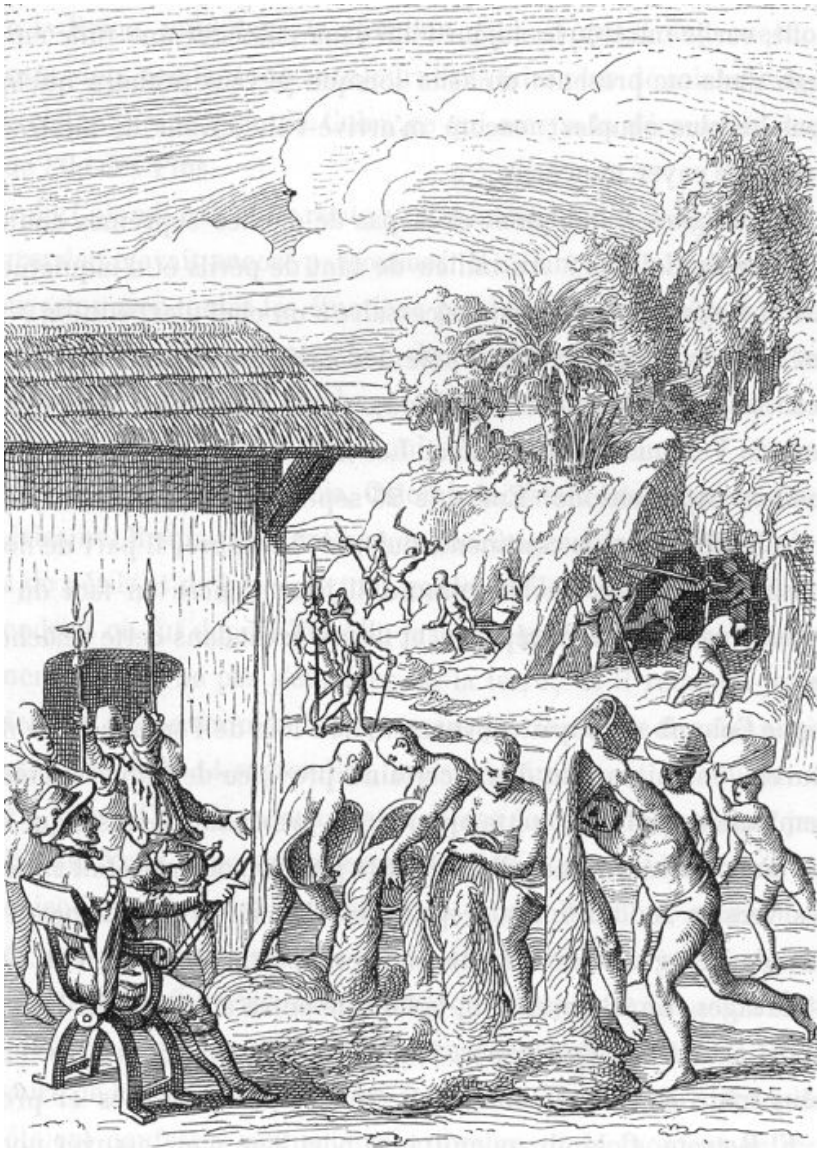
25 de septiembre se detuvo Colón entre la isla de la Huerta y el continente; luego, el 5 de octubre, partió de nuevo y después de recorrer la bahía del Almirante, echó el áncora delante de la aldea de Cariay. Allí fueron reparados los buques y quedaron detenidos hasta el 15 de octubre.

Cristóbal Colón creyó entonces haber llegado no muy lejos de la embocadura del Ganges, y al hablarle los naturales de cierta provincia de Ciguara, cercada por el mar, parecían confirmar esta opinión. Suponían también que la comarca encerraba minas de oro, de las cuales la más importante estaba situada veinticinco leguas hacia el Sur. El almirante volvió a hacerse a la mar y comenzó a seguir la escarpada costa de Veragua. En esta parte del continente los indios parecían muy salvajes. El 26 de noviembre, la flotilla entró en el puerto del Retrete, que forma el actual puerto de Escribanos. Los buques, carcomidos, se hallaban en el más lamentable estado; por lo que fue preciso reparar sus averías y prolongar la permanencia en Retrete. Colón no salió de este puerto sino para sufrir una tempestad más horrible aún que las anteriores. «Durante nueve días, dice, permanecí sin ninguna esperanza de salvación. Jamás hombre alguno vio una mar más violenta y terrible; hallábase cubierta de espuma; el viento no permitía seguir hacia adelante ni dirigirse hacia algún cabo; y me retenía en aquella mar, cuyas olas parecían de sangre y estaban hirviendo como si estuvieran al fuego. Jamás vi un cielo de más espantoso aspecto, ardiendo todo un día y una noche como un horno; despedía sin cesar rayos y centellas, de suerte que temía a cada momento ver desaparecer las velas y los mástiles. Retumbaba el trueno con tan horrible estrépito, que parecía que iba a destruir nuestros buques; y entretanto caía la lluvia con tal violencia, que parecía un nuevo diluvio. Extenuados los marineros por tantas fatigas y tormentos, invocaban como término a tantos males la muerte; mis buques estaban abiertos por doquiera y las lanchas, las áncoras, las cuerdas, las velas, todo estaba perdido».

Durante esta larga y penosa navegación, el almirante ha recorrido cerca de trescientas cincuenta leguas. La tripulación había agotado sus fuerzas. Vióse, pues, obligado a retroceder y a ganar la costa de Veragua; pero no habiendo encontrado un abrigo seguro para sus buques, se fue a la embocadura del río Belén, hoy el Yebra,

en donde echó el ancla el día 6 de la Epifanía del año 1503.

A la mañana siguiente volvió a comenzar la tempestad, y en el día 24 de enero experimentó tan rápida crecida el río, que se rompieron las amarras de los buques y no pudo salvárseles sino con gran trabajo.



Entretanto, el almirante, no olvidando el principal objeto de su

misión en estas nuevas tierras, había comenzado a establecer relaciones con los indígenas. El cacique de Belén se mostraba muy complaciente y señaló a cinco leguas al interior una comarca en la que las minas de oro debían ser muy ricas. El 6 de febrero Cristóbal Colón envió hacia el sitio indicado un destacamento de setenta hombres, bajo la dirección de su hermano Bartolomé. Después de haber atravesado un terreno muy quebrado y surcado por ríos tan sinuosos, que uno de ellos tuvo que ser cruzado treinta y nueve veces durante el trayecto, los españoles llegaron a los terrenos auríferos. Eran inmensos y se extendían hasta perderse de vista. El oro era tan abundante, que un hombre solo podía recoger una medida en diez días. En cuatro horas recogieron Bartolomé y sus compañeros una cantidad enorme, y volvieron a donde estaba el almirante, el cual, no bien supo el resultado, dispuso que se estableciesen en la costa e hizo construir en ella barracas de madera.

Las minas de esta región eran verdaderamente de una incomparable riqueza; parecían inagotables, y por ellas olvidó Colón Cuba y Santo Domingo. Su carta al rey Fernando demuestra el entusiasmo; es cosa extraña que este hombre escribiera las siguientes palabras, que ni son propias de un filósofo, ni de un cristiano: «¡Oro! ¡Oro! ¡Excelente cosa! ¡El oro engendra las riquezas! ¡Por él todo se hace en el mundo y muchas veces es bastante para hacer entrar las almas en el Paraíso!».

Los españoles trabajaban con ardor para llevar el oro a sus buques. Hasta entonces las relaciones con los indígenas habían sido pacíficas, a pesar de ser estas gentes de un carácter feroz. Pero en breve, irritado el cacique con la usurpación que habían efectuado los extranjeros, resolvió degollarlos y quemar sus viviendas. Un día se arrojó sobre los españoles con fuerzas considerables. Los indios fueron rechazados y el cacique cayó prisionero con toda su familia. Sus hijos y él consiguieron escapar y ganaron la región de las montañas con gran número de sus compañeros. Más tarde, en el mes de abril, los indígenas, formando un grupo considerable, atacaron por segunda vez a los españoles y casi los exterminaron.

Entretanto, la salud de Colón empeoraba cada día; le faltaba aliento para abandonar aquel lugar, lo cual le desesperaba. Un día, rendido de fatiga, durmióse profundamente, y en su sueño oyó una

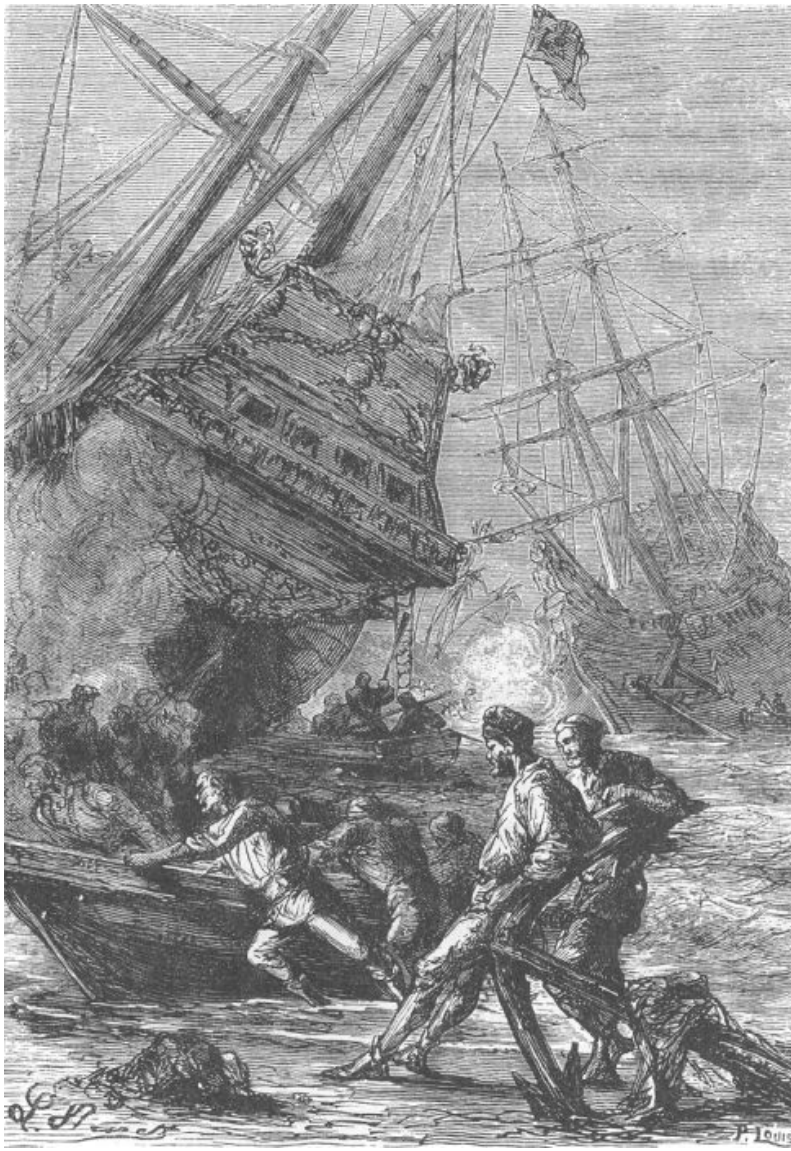
voz compasiva que le dictó las palabras que vamos a repetir textualmente, porque están impregnadas de cierta religiosidad extática que completa la personalidad del viejo navegante. He aquí lo que dijo aquella voz:

«¡Oh insensatos!, ¿por qué tanta lentitud en creer y servir a tu Dios, el Dios del universo? ¿Qué más hizo por Moisés y por David su siervo? Desde tu nacimiento, ¿no has sido objeto por su parte de la más tierna solicitud? Y cuando llegaste a la edad de realizar sus designios, ¿no hizo resonar gloriosamente tu nombre por la tierra? ¿No te ha dado las Indias, esta parte del mundo tan rica? ¿No te ha dejado en libertad de ofrecerlas en homenaje a quien te plazca? ¿Quién, si no Él, te ha procurado los medios de realizar tus proyectos? La entrada del Océano estaba cerrada por cadenas y verjas que no podías romper, y Él te dio la llave para abrirlas. Tu poder fue reconocido en tierras lejanas y tu gloria proclamada por todos los cristianos. ¿Mostróse acaso Dios más favorable al pueblo de Israel cuando se retiró de Egipto? ¿Protegió más eficazmente a David cuando, de simple pastor, lo hizo rey de Judea? Vuélvete hacia Él y reconoce tu error, porque, su misericordia es infinita. Tu vejez no será ya un obstáculo para los grandes hechos que te esperan; porque en sus manos tiene los destinos más brillantes. ¿No tenía Abrahán más de cien años y Sara había pasado ya de la primera juventud cuando nació Isaac? Pides un auxilio inseguro. Responde: ¿quién te ha puesto, en tan graves peligros? ¿Ha sido Dios o el mundo? Dios no deja de cumplir jamás las promesas que hace a sus servidores. No es, pues, Él quien, luego de haber recibido un servicio, dice que no se han seguido sus intenciones y quien da a sus órdenes uní nueva interpretación; no es Él quien da un color favorable a los actos arbitrarios. Sus palabras no pueden ser nunca mal interpretadas; todo lo que promete lo cumple con usura. Siempre procede así. Ya te he dicho lo que, el Creador ha hecho por ti; en este momento demuestra el premio y la recompensa de los peligros y penalidades que has debido arrostrar por el servicio de los otros». Y yo, aunque extenuado por los padecimientos, escuché este discurso; pero no tuve fuerzas para contestar a promesas tan seguras y me limité a llorar mis errores. Aquella voz acabó de hablar en estos términos: «Espera, ten confianza; tus trabajos serán grabados en mármol, y lo serán con justicia».

No bien se sintió restablecido, Cristóbal Colón se dispuso a abandonar aquella costa. Hubiera querido fundar allí un establecimiento, pero sus tripulantes eran demasiado pocos para que se atreviera a dejar allí una parte de ellos.

Las carabelas estaban carcomidas y tuvo que abandonar una en Belén y hacerse a la vela con las otras el día de Pascua. Mas apenas hubo navegado treinta leguas, se abrió una vía de agua en una de las naves. El almirante tuvo que ganar la costa a toda prisa y llegó afortunadamente a Porto-Bello, donde dejó aquel barco cuyas averías eran irreparables. La escuadrilla, que sólo se componía entonces de dos carabelas, sin chalupas, casi sin provisiones y teniendo que recorrer siete mil millas, remontó la costa, pasó por delante del puerto del Retrete, reconoció el grupo de las Mulatas y penetró en el golfo de Darién, que fue el punto extremo que Colón tocó en el Este.

El 1.º de mayo, el almirante se dirigió hacia la isla Española, y el 10 llegó a la vista de la de los Caimanes; pero no pudo vencer los vientos, que le dirigen al Noroeste, hasta cerca de Cuba. Allí una tempestad en medio de los arrecifes, le hizo perder las velas y las áncoras, y los dos buques chocaron durante la noche. Después, arrojándole el huracán hacia el Sur, volvió con sus deshechas embarcaciones a la Jamaica, fondeando el 23 de junio en el puerto de San Gloria, que después fue la bahía de Don Cristóbal. El almirante quería ganar la isla Española, porque allí se encontraban los recursos necesarios para reparar los buques, recursos que faltaban absolutamente en Jamaica; pero estas dos carabelas, enteramente carcomidas, parecidas «a dos panales de abejas», no podían intentar sin gran riesgo aquella navegación de treinta leguas. ¿Cómo enviar un mensaje a Ovando, gobernador de la isla Española?



Entretanto, las carabelas hacían agua por todas partes y el almirante tuvo que abandonarlas; después tuvo que organizar la vida común en estas riberas. Los indios fueron en seguida en su auxilio, de que estaban tan necesitados. Pero estos desgraciados marineros, que habían pasado tantos trabajos, manifestaban su descontento contra el almirante y se hallaban dispuestos a

rebelarse, y el infortunado Colón, combatido por la enfermedad, no podía abandonar su lecho de dolores.

Entonces fue cuando los valientes oficiales Méndez y Fieschi propusieron al almirante que intentara hacer en piraguas indias la travesía de Jamaica a la isla Española. En realidad era un viaje de doscientas leguas, porque era preciso volver a subir la costa hasta el puerto de la colonia; pero los valerosos oficiales estaban prontos a afrontar todos los peligros, porque se trataba de la salvación de sus compañeros. Cristóbal Colón, comprendiendo esta audaz proposición que él mismo hubiera hecho en cualquier otra circunstancia, autorizó a Méndez y Fieschi para que partiesen. El almirante, sin buques y casi sin víveres, se quedó con su tripulación en aquella isla salvaje.

En breve la miseria de estos náufragos, pues tal nombre pudiera dárseles, fue tanta, que estalló una sublevación. Los compañeros del almirante, cegados por los sufrimientos, se indignaron porque su jefe no se atrevía a volver al puerto de la isla Española, cuya entrada le había negado ya el gobernador Ovando, y creyeron que esta proscripción les alcanzaba a ellos lo mismo que al almirante. Dijeron también que el gobernador, al expulsar la escuadrilla de los puertos de la colonia, había obrado en vista de las órdenes del rey. Estos absurdos razonamientos sublevaron aquellos ánimos mal dispuestos, y finalmente, el 2 de enero de 1504, el capitán de una de las carabelas, el tesorero militar y dos hermanos llamados Porras, se pusieron a la cabeza de los descontentos. Pretendían regresar a Europa y se precipitaron en la tienda del almirante gritando: «¡A Castilla! ¡A Castilla!».

Colón se hallaba enfermo y en cama. Su hermano y su hijo acudieron a escudarle con sus cuerpos. Los revoltosos, en presencia del viejo almirante, se detuvieron y desapareció su enojo. No quisieron, sin embargo, escuchar sus advertencias y consejos, sin comprender que no podían salvarse más que por un esfuerzo general y porque cada uno se olvidase de sí mismo para trabajar por los demás. Habían resuelto ya abandonar la isla con cualquier pretexto. Porras y los revoltosos corrieron a la playa, se apoderaron de las canoas de los indios, y se dirigieron al extremo oriental de la isla. Sin respetar nada, embriagados por el furor, saquearon las cabañas de los indios, haciendo de esta suerte al almirante

responsable de sus violencias, y arrastraron a algunos desgraciados naturales del país a bordo de las canoas que habían robado. Porras y los suyos continuaron su navegación; pero algunas leguas al largo, sorprendidos por una ráfaga de viento que les puso en grave peligro, y para aligerar las embarcaciones, arrojaron los indios al mar. Después de esta bárbara ejecución, las canoas trataron de ganar la isla Española, como lo habían hecho Méndez y Fieschi, pero fueron arrojadas de nuevo a la costa de Jamaica.

El almirante, que había quedado solo con sus amigos y los enfermos, consiguió restablecer el orden en la gente que estaba a sus órdenes. Pero la miseria iba en aumento y el hambre era amenazadora. Los indígenas se cansaban de alimentar a estos extranjeros, cuya permanencia se prolongaba en la isla. Por otra parte, habían visto a los españoles reñir entre sí, lo cual había concluido por dar en tierra con su prestigio. Los naturales habían llegado a comprender que aquellos europeos no eran más que simples mortales, y aprendieron a no respetarles ni temerles. La autoridad de Colón sobre los indios disminuía diariamente y fue necesaria una circunstancia fortuita que el almirante aprovechó hábilmente, para devolverle un prestigio tan necesario a la salvación de sus compañeros.

Un eclipse de luna, previsto y calculado por Colón, debía verificarse en un día determinado. En la mañana misma de este día pidióles una entrevista a los caciques. Éstos accedieron a la invitación, y cuando estuvieron reunidos en la tienda de Colón, éste les anunció que Dios, queriendo castigar su falta de hospitalidad y por sus malas disposiciones para con los españoles, les privaría por la noche de la luz de la luna. En efecto, todo ocurrió como lo había previsto el almirante. La sombra de la tierra fue a ocultar la luna, cuyo disco parecía habérselo tragado un monstruo formidable. Los salvajes, espantados, arrojáronse a los pies de Colón, suplicándole que intercediese en su favor, y prometiéndole poner sus riquezas a su disposición. Colón, después de algunas negativas, fingió ceder a las súplicas de los indígenas, y so pretexto de ir a implorar a la Divinidad encerróse en su tienda por todo el tiempo del eclipsé, y no salió de ella hasta que iba terminando el fenómeno. Entonces anunció a los caciques que el Cielo se había conmovido a sus ruegos, y extendiendo el brazo, mandó a la luna que volviera a

aparecer. En breve el disco salió del cono de la sombra, y el astro de la noche brilló en todo su esplendor. Desde aquel día los indios, reconocidos y humildes, aceptaron la autoridad del almirante, que los poderes celestes les imponían de un modo tan manifiesto.

Mientras tenían lugar estos sucesos en Jamaica, Méndez y Fieschi habían logrado su objeto hacía largo tiempo. Estos valerosos oficiales, después de una milagrosa travesía de cuatro días, verificada en una débil canoa, habían llegado a la isla Española. Al punto hicieron saber al gobernador la desesperada situación de Cristóbal Colón y de sus compañeros. Ovando, rencoroso e injusto, detuvo a los oficiales, y con pretexto de que le dieran cuenta del verdadero estado de las cosas, despachó a Jamaica, al cabo de ocho meses, a un tal Diego Escobar que era enemigo particular del almirante. Escobar al llegar a Jamaica, no quiso comunicarse con Colón, ni desembarcar, contentándose con echar a tierra a disposición de aquellos desgraciados un cerdo y un barril de vino… Después se marchó sin admitir a bordo a persona alguna. La conciencia se niega a creer tales infamias, y sin embargo nada más cierto que esto.

El almirante se indignó ante ésta crueldad, pero no se dejó arrebatar ni expresó queja alguna. Además, la llegada de Escobar debía consolar a los náufragos porque probaba que era conocida su situación. Su salvación no era, pues, más que cuestión de tiempo, con lo que se fueron reanimando poco a poco los españoles.

El almirante intentó entonces atraer nuevamente a Porras y a los que le seguían, los cuales, desde su separación, no hacían más que recorrer la isla ejerciendo con los indios odiosas crueldades. Propúsoles una reconciliación; pero aquellos insensatos contestaron a los ofrecimientos de Colón yendo a atacarle hasta su retiro. Los españoles que habían permanecido fieles a la causa del orden tuvieron que empuñar las armas. Los amigos del almirante defendieron con valor a su jefe; no perdieron más que un hombre en tan triste lucha, y quedaron dueños del campo, después de haberse apoderado de los hermanos Porras. Los sublevados se arrojaron entonces a los pies de Colón, quien, teniendo en cuenta sus padecimientos, los perdonó.

Finalmente, un año después de la partida de Méndez y Fieschi, apareció el navío, equipado por ellos a costa de Colón, para volver a

su patria a los náufragos. El 24 de junio de 1504 se embarcaron todos los españoles, y abandonando Jamaica, teatro de tantas miserias morales y físicas, hicieron rumbo hacia la isla Española.

Al llegar Cristóbal Colón al puerto, después de una buena travesía, fue muy bien recibido, con grande admiración suya. El gobernador Ovando, no atreviéndose a resistir a la opinión pública, tributó todos los honores al almirante. Pero estas favorables disposiciones no debían durar mucho tiempo, pues muy pronto empezaron de nuevo las murmuraciones. Entonces, Colón, no pudiendo ni queriendo soportarlo por más tiempo, humillado y hasta maltratado, fletó dos buques, partió al mando de ellos con su hermano Bartolomé, y el 12 de septiembre de 1504 tomó por última vez el camino de Europa.

En este cuarto viaje había enriquecido la ciencia geográfica con las islas Caimanes, Martinica, Limonares, Guanaja, costas de Honduras, Mosquitos, Nicaragua, Veragua, Costa Rica, Porto-Bello, Panamá, islas Mulatas y golfo de Darién.

Todavía tuvo que sufrir otra tempestad Colón durante su última travesía del Océano. Su buque fue abandonado, y él y su tripulación pasaron al de su hermano. El 19 de octubre, un formidable huracán rompió el palo mayor de este buque, el cual hizo en tal disposición setecientas leguas con su velamen imperfecto. Finalmente, el 7 de noviembre, el almirante entró en el puerto de Sanlúcar.

Una triste noticia esperaba a Colón a su regreso. Su protectora, la reina Isabel, acababa de morir. ¿Quién se interesaría en adelante por el anciano genovés?

El rey Fernando, ingrato y envidioso, recibió fríamente al almirante, y no le escatimó ni los falsos pretextos, ni las dilaciones, con el objeto de librarse de los tratados que solemnemente había firmado, y acabó por proponerle a Colón la cesión de una pequeña población de Castilla, Carrión de los Condes, a cambio de sus títulos y dignidades.

Tanta ingratitud y deslealtad abrumaron al ilustre anciano. Su salud, tan profundamente alterada, no volvió a restablecerse, y la tristeza le condujo rápidamente al sepulcro. El 20 de mayo de 1506 entregó su alma a Dios en Valladolid, a la edad de setenta años, pronunciando estas palabras: «Señor, en vuestras manos dejo mi espíritu y mi cuerpo».

Los restos de Colón fueron depositados en el convento de San Francisco; después, en 1513, fueron trasladados al convento de cartujos de Sevilla. Mas parece que no había sonado la hora del reposo para el gran navegante ni aun después de su muerte. En 1536, su cuerpo fue trasladado a la catedral de Santo Domingo. La tradición parcial afirma que después del tratado de Basilea en 1795, en el que el gobernador español, antes de ceder a Francia la parte oriental de la isla de Santo Domingo, ordenó la traslación de las cenizas del gran viajero a La Habana, un canónigo substituyó por otros los restos de Colón, y que los de éste fueron depositados en el coro de la catedral, a la izquierda del altar.

Gracias a los manejos de este canónigo, inspirados bien por un sentimiento de patriotismo local, o por el respeto de la última voluntad de Colón fijando Santo Domingo como lugar escogido para su sepultura, aquellas cenizas no eran las del ilustre navegante que España poseía en La Habana, sino probablemente eran las de su hermano Diego.

El descubrimiento, que fue hecho el 10 de septiembre de 1877, en la catedral de Santo Domingo, en una caja de plomo que contenía restos humanos y la inscripción, prueba que ella encierra los restos del descubridor de América, y parece confirmar de todo punto la tradición que acabamos de contar.

Por otra parte, que el cuerpo de Cristóbal Colón se halle en Santo Domingo o en La Habana, poco importa; su nombre y su gloria resuenan en todas partes.

VIII

LA CONQUISTA DE LA INDIA Y DEL PAÍS DE LAS ESPECIAS

I

Covilham y Païva. —Vasco de Gama dobla el cabo de Buena Esperanza. —Escalas en San Braz, Mozambique, Mombaz y Meliñda. — Llegada a Calicut. —Traiciones del zamorín. —Batallas. —Regreso a Europa. —El escorbuto. — Muerte de Pablo de Gama. —Llegada a Lisboa.

Al mismo tiempo que enviaba a Díaz para hallar el camino de las Indias por el sur de África, el rey de Portugal, Juan II, encargó a dos nobles de su corte de informarse si era posible penetrar en las Indias por otro camino más fácil, más rápido y más seguro: el istmo de Suez, el mar Rojo y el Océano Indico.

Esta misión exigía un hombre hábil, emprendedor, que estuviese, al corriente de las dificultades de un viaje a aquellas regiones, que conociera las lenguas orientales o por lo menos el árabe. Hacía falta un hombre de carácter flexible y disimulado, inteligente, en una palabra, que no dejase adivinar unos proyectos que no tenían otro objeto que el de arrebatar a los musulmanes, a los árabes, y por tanto a los venecianos, todo el comercio de Asia para enriquecer a Portugal.

Un navegante experimentado, Pedro de Covilham, que había servido brillantemente a las órdenes de Alfonso V en la guerra de Castilla, había fijado desde largo tiempo su residencia en África, y fue en éste en quien Juan II puso sus ojos. Le hizo acompañar de Alonso de Païva, y los dos, provistos de instrucciones detalladas y de una carta de mar trazada de conformidad con el mapamundi del obispo de Calzadilla, siguiendo la cual podían dar la vuelta al África, partieron de Lisboa el mes de mayo de 1487.

Los dos viajeros llegaron a Alejandría y al Cairo, donde tuvieron la suerte de encontrar mercaderes moros de Fez y de Tremecén que los condujeron a Thor, el antiguo Asiongaber, al pie del Sinaí, donde pudieron procurarse preciosos informes acerca del comercio de Calicut.

Covilham, decidió aprovechar esta favorable circunstancia para visitar un país en el cual, desde hacía un siglo, tenía puestas Portugal sus miradas de codicia, mientras que Païva se internaba en las regiones entonces tan vagamente designadas con el nombre de Etiopía, a la busca del famoso preste Juan, que reinaba, según contaban los antiguos viajeros, en una comarca del África maravillosamente rica y fértil.

Païva, perdido sin duda en su tentativa aventurera, no encontró sus huellas. En cuanto a Covilham, llegó a Aden, donde embarcó para la costa de Malabar, y visitó sucesivamente Cananor, Calicut y Goa, recogiendo los necesarios informes acerca del comercio y las producciones de los países vecinos del mar de las Indias, sin despertar las sospechas de los indios, que estaban muy lejos de pensar que la amistosa y cordial acogida que dispensaban al viajero, había de causar la ruina y la esclavitud de su patria.

No creyendo Covilham haber hecho bastante por su país, partió para la India, ganó la costa oriental de África visitando Mozambique, Sofala, durante largo tiempo famosa por sus minas de oro, cuya reputación llegó a Europa con los árabes, y Ceilán, la *Avalites portus* de los antiguos, la ciudad principal de la costa de Aden, a la entrada del golfo Arábigo, en el mar de Omán. Después de una larga estancia en esta comarca, volvió por Adén, que era a la sazón el emporio comercial de Oriente, avanzó hasta la entrada del golfo Pérsico, a Ormuz, y después, remontando el mar Rojo volvió al Cairo.

Juan II había enviado dos judíos instruidos que debían esperar allí a Covilham.

Éste entregó a uno de ellos, el rabino Abraham Beja, sus notas, el itinerario de sus viajes y un mapa de África que le había dado un musulmán, encargándole que lo llevara todo a Lisboa lo más pronto posible.

Por su parte, no contento de lo que había llevado a cabo hasta entonces y queriendo llenar la misión que la muerte había impedido realizar a Païva, penetró en Abisinia, donde el negus, conocido con el nombre de preste Juan, halagado al ver que uno de los monarcas más poderosos de Europa buscaba su alianza, lo acogió con extremada benevolencia, le confió un alto cargo en su corte, y para no verse privado de sus servicios, se opuso constantemente a dejarlo salir del país. Aunque Covilham habíase casado y tenía dos hijos, sentía la nostalgia de su patria, y cuando, en 1525, una embajada portuguesa, de la cual formaba parte Alvarez, llegó a Abisinia, vio con pesar partir a sus compatriotas, y el capellán de la expedición fue el sencillo intérprete de sus quejas y dolores.

«Suministrando, dice Fernando Denis, datos precisos sobre la posibilidad de la circunnavegación del África, indica el camino de las Indias, dando acerca del comercio de aquellas comarcas, las nociones más positivas y claras, y haciendo sobre todo la descripción de las minas de oro de Sofala, que debió excitar la codicia portuguesa, Covilham contribuyó poderosamente a acelerar expedición de Vasco de Gama».

Si se ha de dar crédito a las antiguas tradiciones, que ningún documento auténtico ha confirmado, Vasco de Gama descendía de una rama ilegítima de Alfonso III, rey de Portugal. Su padre, Esteban Eanez de Gama, gran alcalde de Sines y de Silves en el reino de los Algarbes, y comendador de Seixal, ocupaba una alta posición en la corte de Juan II. Su reputación de marino era tal, que

este rey, en el momento en que le sorprendió la rnuerte, pensaba en darle el mando de la escuadra que quería enviar a las Indias.

De su casamiento con doña Inés Sodré, hija de Juan Resende, celador de las fortificaciones de Santarem, nacieron muchos hijos, entre ellos Vasco, que había de ser el primero en llegar a las Indias doblando el cabo de Buena Esperanza, y Pablo, que había de acompañarle en esta memorable expedición. Se sabe que Vasco de Gama vino al mundo en Sines, pero se ignora la fecha de su nacimiento. La época que ordinariamente se admite es el año 1469, pero aparte de que Gama habría sido demasiado joven (hubiera contando solamente veintiocho años cuando le fue confiado el importante mando de la expedición de las Indias, hace unos veinte años se encontró en los archivos españoles un salvoconducto concedido en 1478, a dos personajes llamados Vasco de Gama y Lemos, para pasar a Tánger; y como no es verosímil que ese pasaporte fuera dado a un niño de nueve años, sería forzoso fijar una fecha muy anterior a la del nacimiento del célebre viajero).

Parece que Vasco de Gama fue destinado desde muy temprano a seguir la carrera de marino, en la cual estaba tan ilustrado su padre.

El primer historiador de las Indias, López de Castañeda, dice que comenzó su carrera en los mares de África.

Se sabe, además, que fue encargado de apresar en los puertos de Portugal todos los navíos franceses anclados, en represalia de la captura de un rico galeón portugués que venía de Mina, realizada en plena paz por los corsarios franceses.

Semejante misión no podía ser confiada sino a un capitán activo, enérgico y conocido por sus hazañas, y esto prueba hasta qué punto apreciaba el rey el valor y la pericia de Gama.

Por ese tiempo casó con doña Catalina de Ataíde, una de las más altas damas de la corte, de la que tuvo muchos hijos, entre otros Esteban de Gama, que fue gobernador de la India, y don Cristóbal, que por sus luchas en Abisinia contra Ahmed Guerad, llamado *el Zurdo*, y por su fin novelesco, merece ser contado entre los aventureros famosos del siglo XVI.

Gracias a un documento encontrado en la biblioteca pública de Porto, documento que Castañeda debe conocer y que Fernando Denis ha publicado en la traducción de los *Viajeros antiguos y modernos*, de Edmundo Charton, la duda no es posible sobre la fecha

del primer viaje de Gama; se puede fijar con toda certidumbre en el sábado, 8 de julio de 1497. Todos los detalles de esta expedición audaz, desde hacía tiempo proyectada, fueron minuciosamente registrados.

Componíase la escuadrilla de cuatro naves de mediano porte, «a fin —dice Pacheco— de que pudiesen entrar y salir prontamente de todas partes». Sólidamente construidas, estaban provistas de triple repuesto de velas y amarras, y todos los toneles destinados a contener las provisiones de agua, aceite o vino, habían sido reforzados con aros de hierro; provisiones de todas clases, harina, vino, legumbres, artículos de farmacia, artillería, de todo había en abundancia; los mejores marineros, las más hábiles pilotos, los capitanes más experimentados formaban el personal.

Gama, que había recibido el título de *capitán mayor*, enarboló su pabellón en *San Gabriel*, de 120 toneladas; su hermano Pablo, montó el *San Rafael*, de 100; y el experto marino Nicolás Coelho mandaba una carabela de cincuenta toneladas, el *Berrio*, así llamado en memoria del piloto Berrio, que la había vendido al rey Manuel I. Finalmente, otra gran nave, cargada de provisiones y mercancías destinadas para el comercio con los naturales de los países que visitarían, estaba al mando de Pedro Núñez.

Pedro Alemquer, que había sido el piloto de Bartolomé Díaz, debía dirigir la marcha de la expedición.

La tripulación de la escuadra, contando los diez galeotes que habían embarcado para cumplir misiones peligrosas, se componía de 160 personas. Comparados con la magnitud de la empresa que esos hombres iban a realizar, ¡qué débiles medios, qué recursos casi irrisorios!

A los primeros rayos del sol, el 8 de julio, Vasco de Gama, seguido de sus oficiales, dirigióse hacia las naves en medio de un inmenso gentío. A su alrededor se desplegaba un cortejo compuesto de monjes y religiosos, los cuales cantaban himnos sagrados, y pedían al Cielo que dispensaran su protección a los viajeros.

Debía ser una escena singularmente conmovedora aquella partida de Rastrello, en la que todos, actores y espectadores, mezclaban sus cantos, sus gritos, sus saludos y sus lágrimas, mientras que las velas, hinchadas por un viento favorable, impelían hacia alta mar a Gama, y la fortuna de Portugal.

Una gran carabela y una nave más pequeña que volvían a Mina, al mando de Bartolomé Díaz, debían viajar en conserva con la flota de Gama.

El sábado siguiente, los buques se hallaban a la vista de Canarias, y pasaron la noche a barlovento de Lanzarote.

Cuando llegaron a la altura del río de Oro, una espesa niebla separaba a Pablo de Gama, Coelho y Díaz del resto de la escuadra; pero se reunieron cerca de las islas de Cabo Verde, que alcanzaron pronto. En Santiago renovaron las provisiones de carne, agua y maderas, y los barcos, puestos en buen estado de navegabilidad, abandonaron la playa de Santa María el 3 de agosto.

El viaje se efectuó sin incidentes notables, y el 4 de noviembre anclaron en una bahía de la costa de África, a la que dieron el nombre de *Santa Elena*. Pasaron allí ocho días proveyéndose de madera y poniendo orden a bordo de las naves, y entonces vieron por primera vez a los boschis, raza miserable y débil que sólo se alimentaba con carne de lobo marino, de ballenas y de raíces.

Los portugueses se apoderaron de algunos de ellos tratándolos amistosamente. Los salvajes no conocían el valor de ninguna de aquellas mercancías que se les presentó; las veían por primera vez, e ignoraban su uso.

Lo único que, al parecer, apreciaban era el cobre, y llevaban en las orejas cadenitas de este metal. Sabían también servirse admirablemente de las azagayas, especie de jabalinas con la punta endurecida al fuego, como pudieron comprobar tres o cuatro marineros y el propio Gama, al tratar de rescatar de su poder a un tal Velloso, que imprudentemente habíase adentrado en el país. Este hecho inspiró a Camoens uno de los más bellos episodios de *Os Lusiadas*.

Al abandonar Santa Elena, Pedro de Alemquer, el antiguo piloto de Díaz, creyó, que se encontraba a treinta leguas del Cabo pero, en la duda, tomó el largo, y, el 18 de noviembre, la escuadrilla se hallaba a la vista del Cabo de Buena Esperanza, que dobló al día siguiente con viento en popa.

El 25 las naves fondearon en la bahía de Sam Braz, donde permanecieron trece días, durante los cuales destruyeron el buque en que transportaban los víveres, que fueron distribuidos entre las otras naves. Los portugueses regalaron a los boschis cascabeles y

otros objetos que aquéllos aceptaron con gran sorpresa de los exploradores, porque cuando el viaje de Díaz, los negros habíanse mostrado recelosos y hostiles, y defendieron a pedradas sus costas. En seguida les proveyeron de bueyes y carneros, y para demostrar su satisfacción por la permanencia de los navegantes, «comenzaron, dice Nicolás Velho, a tocar cuatro o cinco flautas, haciendo unos los altos y otros los bajos, formando un concierto maravilloso, tratándose de negros que entienden muy poco de música. Danzaron también como suelen bailar los negros; el capitán mayor mandó tocar las trompetas, nosotros bailamos en las chalupas, y el capitán, bailando también como ellos, volvió a reunirse con nosotros».

¿Qué les parece esta fiesta y la serenata que se daban recíprocamente los portugués y los negros? Hubiera sido curioso ver al grave Vasco de Gama que nos representan sus retratos, imitando a los negros en los encantos de la pavana. Desgraciadamente, estas buenas disposiciones no fueron duraderas; fue preciso hacer algunas demostraciones hostiles con descargas de artillería.

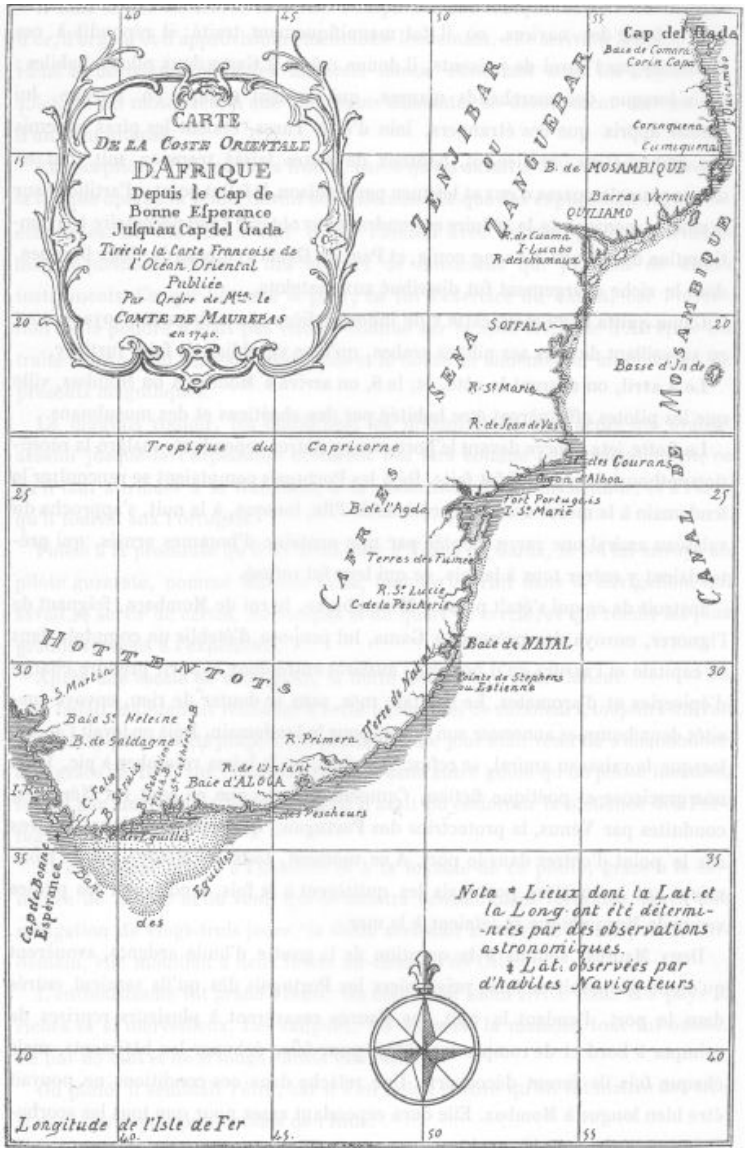
Gama plantó un *padrao* en la bahía de Sam Braz, que fue derribado apenas hubo zarpado la escuadrilla. Pasado el río Infante, último punto tocado por Díaz, una violenta corriente, neutralizada por el viento favorable, puso en peligro las naves, y el 25 de diciembre, día de Navidad, fue descubierta la tierra de Natal.

Los barcos habían sufrido averías y faltaba el agua potable, por lo que era preciso ganar un puerto, y al fin lo consiguió la expedición el 10 de enero de 1498.

Los negros que hallaron los portugueses al desembarcar eran mucho más corpulentos que los que habían encontrado hasta entonces, y estaban armados de un gran arco, de largas flechas y de azagayas guarnecidas de hierro; eran cafres, raza muy superior a los boschis. A causa de las buenas relaciones que se establecieron entre ellos y los portugueses, Gama dio a aquel país el nombre de *Terra da boa Gente*.

Un poco más lejos, remontando la costa, visitaron a los portugueses dos mercaderes musulmanes, uno de los cuales llevaba un turbante y el otro un capuchón de seda verde, acompañando a un joven que, «según lo que pudieron comprender por sus señas, pertenecía a un pueblo muy distante de allí y decía que había visto barcos tan grandes como los nuestros».

Esto fue para Vasco de Gama una prueba de que se acercaba a las tierras de la India, tanto tiempo y con tanta ansiedad buscadas; así que denominó al río que en aquel lugar desembocaba en el mar, *Rio dos Boms Signaes*. Por desgracia aparecieron entonces en la tripulación los primeros síntomas del escorbuto, que no había de tardar en causar grandes bajas entre los marineros.



El 10 de marzo, la expedición ancló en la isla de Mozambique, donde supo Gama, por medio de sus intérpretes árabes, que entre los habitantes de origen mahometano había varios mercaderes que traficaban con la India, y que el oro, la plata, los tapices y las especias, las perlas y los rubíes eran el objeto principal de su comercio. Aseguraron también a Gama que remontando el litoral,

encontrarían numerosas ciudades. «Nos pusimos tan contentos —dice Velho en su sencilla y preciosa narración—, que lloramos de alegría, rogando a Dios que nos diera salud para que pudiéramos ver lo que tanto habíamos deseado».

El virrey Colyytam, creyendo que eran musulmanes, visitó varias veces sus naves, en las que fue muy bien tratado, y correspondiendo a los regalos que le hicieran, dio a Gama dos pilotos muy hábiles; pero cuando supo por los mercaderes moros, que habían traficado en Europa que aquellos extranjeros, lejos de ser turcos, eran irreconciliables enemigos de los mahometanos, el virrey, avergonzado de haberse dejado engañar, hizo todo lo posible para apoderarse de ellos y matarlos a traición. Fue preciso apuntar la artillería a la ciudad y amenazarla con reducirla a cenizas para obtener el agua potable necesaria para continuar el viaje; corrió la sangre, y Pablo de Gama se apoderó de dos barcas cuyo rico cargamento fue repartido entre los marineros.

Gama abandonó el 29 de marzo aquella ciudad inhospitalaria y se hizo a la mar, vigilando de cerca a los pilotos árabes, a quienes se vio obligado a azotar.

El 4 de abril se descubrió la costa, y el 8 llegó la expedición a Mombaca o Mombaz, ciudad que, según afirmaron los pilotos, estaba habitada por cristianos y musulmanes.

La escuadrilla echó anclas delante del puerto, sin entrar en él, a pesar del recibimiento entusiasta que se le hizo. Los portugueses proponíanse reunirse al día siguiente con los cristianos de la isla durante la misa, cuando, por la noche, aproximóse a la nave almirante una *zavra* ocupada por cien hombres armados, que pretendían pasar a bordo, a lo que Gama se opuso resueltamente.

Enterado de lo que había ocurrido en Mozambique, el rey de Mombaca fingiendo ignorarlo, envió presentes a Gama, proponiéndole el establecimiento de una factoría en su capital, y asegurándole que podía entrar en el puerto para hacer un cargamento de especias y de materias aromáticas. Vasco de Gama, sin sospechar nada, envió en seguida dos hombres con objeto de anunciar su entrada para el día siguiente. Levadas, empero, las anclas, no hubo medio de hacer virar la nave almirante, y las áncoras volvieron a caer. En una bella ficción poética dice Camoens que las nereidas, guiadas por Venus, protectora de los portugueses,

detuvieron las naves en el preciso momento en que iban a entrar en el puerto. Los moros que se hallaban a bordo las abandonaron precipitadamente, y los pilotos embarcados en Mozambique se arrojaron al mar.

Dos moros, sometidos al tormento de la gota de aceite hirviendo confesaron que se proponían hacer prisioneros a los portugueses cuando hubieran entrado en el puerto.

Durante la noche, los moros trataron varias veces de rodear las naves y romper los cables para que aquéllas chocaran, pero no lograron su objeto, porque siempre fueron descubiertos. En semejantes condiciones la estada en Mombaz no podía ser larga; la escuadrilla sólo permaneció allí el tiempo necesario para que se repusieran los enfermos de escorbuto.

A ocho leguas de tierra, la expedición apresó una barca cargada de oro, plata y provisiones, y al día siguiente llegó a Melinda, ciudad rica y floreciente, donde los dorados alminares brillaban heridos por los rayos del sol y las blancas mezquitas destacaban bajo un cielo azul purísimo.

El recibimiento, muy frío al principio, porque en Melinda se tenían ya noticias del apresamiento de la barca, fue luego muy cordial cuando mediaron recíprocas explicaciones, y los hijos del rey visitaron al almirante, acompañados de un séquito de cortesanos magníficamente vestidos y de gran número de músicos que tocaban diversos instrumentos.

Lo que más le admiró fue el ejercicio de cañón, porque el invento de la pólvora no era conocido aún en la costa oriental de África.

Cambiaron magníficos presentes y celebraron un tratado que ambas partes juraron cumplir por el Evangelio y el Corán, respectivamente.

Todas las insidias, asechanzas, emboscadas y dificultades que hasta entonces había sido objeto la expedición, cesaron como por encanto, gracias a la franqueza y generosidad del rey Melinda y a la ayuda que prestó a los portugueses.

Fiel a la promesa que hiciera a Vasco de Gama, el rey le envió un piloto guzarate, llamado Malemo Cana, hombre muy instruido en navegación, que sabía servirse de las cartas de marear, de la brújula y del cuarto de círculo y que fue de gran utilidad en la

expedición.

Después de una estada de nueve días, la escuadrilla zarpó para Calicut. Fue preciso renunciar a la navegación de cabotaje, siempre a la vista de las costas; había llegado la hora de aventurarse en el inmenso mar, confiando solamente en Dios, y sin más guía que un piloto desconocido, facilitado por un rey que, a pesar de sus atenciones, no había logrado disipar los recelos de los portugueses.

Y, sin embargo, gracias a la habilidad y la lealtad de este piloto y a la clemencia del mar y del viento, que le fue siempre favorable, después de una navegación de veintitrés días, la escuadrilla divisó tierra el 17 de mayo, y al día siguiente echaba anclas a dos leguas más abajo de Calicut.

El entusiasmo que reinó a bordo fue indescriptible: ¡finalmente habían llegado al país tan rico y maravilloso! Se olvidaron de los peligros, las privaciones, las enfermedades, de todo, para sólo pensar en que el objeto tan ardientemente deseado y que tantos esfuerzos y trabajos les costara, había sido conseguido.

Pero aún no lo habían alcanzado todo; era preciso que fueran dueños de los tesoros y las ricas producciones de la India.

Apenas hubieron fondeado, cuatro embarcaciones destacáronse de la orilla y evolucionaron en derredor de la escuadrilla, invitando a los marineros a desembarcar; pero Gama, a quien los sucesos de Mozambique y Mombaza, habían hecho muy cauto, envió uno de los galeones a modo de explorador para que recorriese la ciudad y tratase de descubrir las disposiciones de los habitantes.

Rodeado de una multitud de curiosos que le hacían preguntas a las que el galeote no podía contestar, fue conducido a casa de un moro llamado Muzaida, que hablaba el español, al que refirió sucintamente las peripecias de la expedición. Muzaida le acompañó a las naves, y al poner el pie en la cubierta, sus primeras palabras fueron:

—¡Buena suerte!, ¡buena suerte!, ¡muchos rubíes!, ¡muchas esmeraldas!

Desde aquel momento Muzaida quedó agregado a la expedición como intérprete.

Como el rey de Calicut se encontraba a unas quince leguas de su capital, Gama le envió dos hombres para notificarle que había llegado un embajador del rey de Portugal, que era portador de

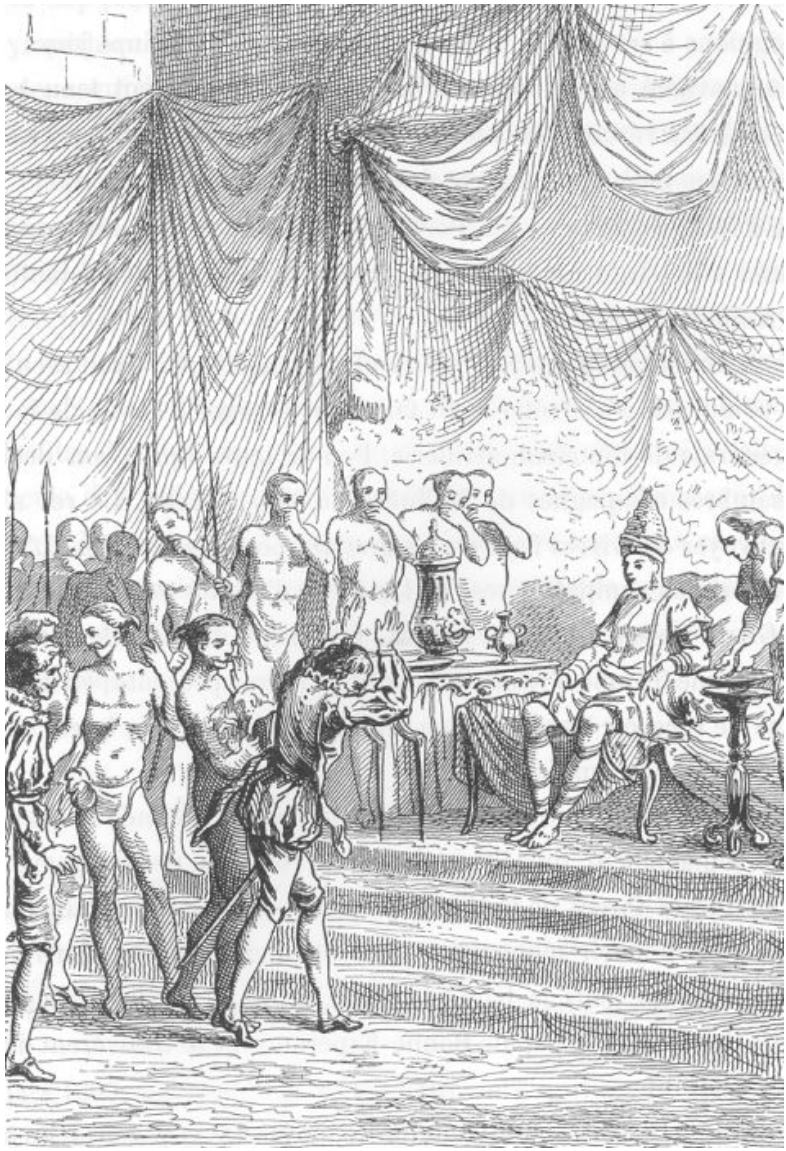
cartas de su soberano.

El rey despachó en seguida un piloto encargado de conducir las naves portuguesas a la rada de Pandarany, que era más segura, y anunciar que al día siguiente estaría en Calicut.

En efecto, encargó a su intendente que invitase a Gama a bajar a tierra para tratar de su embajada; y a pesar de las súplicas de su hermano Pablo, que le exponía los peligros que iba a arrostrar y los que su muerte haría correr a la expedición, Vasco de Gama saltó a la playa donde le esperaba una multitud inmensa.

La idea de que se hallaban en un país cristiano estaba tan arraigada en las mentes de todos los individuos de la expedición, que habiendo encontrado una pagoda a su paso, entró el capitán mayor para hacer sus devociones. Sin embargo, uno de sus compañeros, Juan de Saa, entrando en sospecha al ver las horribles imágenes pintadas en las paredes, dijo en alta voz, al mismo tiempo que se arrodillaba: «Si ése es el diablo, conste que yo pienso adorar al Dios verdadero». Restricción que hizo reir al almirante.

Cerca de las puertas de la ciudad, la multitud era todavía más numerosa. Gama y los portugueses, guiados por el enviado del monarca, llegaron, no sin dificultad, al palacio del rey, a quien daban el título de *zamorín*, y que les aguardaba con viva impaciencia.



Introducidos en unas salas espléndidamente adornadas con tapiees y cortinajes de seda, en las que se quemaban perfumes exquisitos, se encontraron en presencia del zamorín, que vestía un traje magnífico y lucía joyas de valor inestimable, con perlas y diamantes de extraordinario grosor.

El soberano mandó que les sirvieran refrescos, y les permitió que

se sentaran, favor grandísimo en un país donde sólo se puede hablar al rey profundamente prosternado, y les hizo pasar a otra sala para enterarse él solo, según le pidiera Gama, de los motivos de su embajada y de los deseos del rey de Portugal de celebrar con él un tratado de comercio y de alianza.

El zamorín respondió al discurso de Gama diciendo que se tendría por muy dichoso de considerar al rey Manuel como un hermano y amigo, y que enviaría embajadores a Portugal con el objeto indicado.

Hay ciertos proverbios que, aun cambiando de latitud, son siempre verdaderos, y uno de ellos es el que dice: «Los días se suceden y ninguno es igual al otro». El entusiasmo que despertaron en el ánimo del zamorín el discurso de Gama y la esperanza que había concebido de establecer un comercio ventajoso con el rey de Portugal se desvanecieron al ver los presentes que le destinaban.

«Doce piezas de tela rayada, doce mantos de escarlata con capuchas, seis sombreros y cuatro ramas de coral acompañadas de una vajilla de doce piezas, una caja de azúcar y cuatro barriles llenos unos de miel y otros de aceite, no eran, en efecto, un obsequio digno de un monarca».

Al ver aquello, el primer ministro dijo en tono desdeñoso que el más pobre mercader de la Meca llevaba más ricos presentes, y que el rey no aceptaría de ningún modo semejantes bagatelas.

Después de semejante afrenta, Gama visitó al zamorín, pero tuvo que estar un buen rato confundido por la multitud que se burlaba de él antes de ser introducido a presencia del soberano.

El zamorín le reprochó en tono despectivo que no llevara ningún presente a pesar de llamarse embajador de un monarca rico y poderoso. Gama respondió con firmeza y exhibió las cartas del rey Manuel que, concebidas en términos afectuosos, contenían la formal promesa de enviar mercaderías a Calicut. El zamorín sonrió y se informó con interés de la importancia de los productos y de los recursos de Portugal, y dio permiso a Vasco para que pudiese desembarcar y vender sus mercancías.

Pero este brusco cambio de las disposiciones del zamorín debía contrariar a los comerciantes moros y árabes de la ciudad; no podían ver tranquilamente que unos extranjeros desviaran en su favor el curso del comercio, que hasta entonces había estado en sus

manos, y resolvieron apelar a todos los medios para alejar, por siempre jamás de las costas de la India a aquellos temibles competidores. Su primer cuidado fue ganar a su causa al intendente, y después pintaron con los más negros colores a aquellos aventureros insaciables, a aquellos bribones matriculados, que habían ido únicamente con el objeto de hacerse cargo de las fuerzas y recursos con que contaba la ciudad para volver después en mayor número y robar y matar a todos los que se opusieran a sus designios.

Cuando llegó a la rada de Pandarany, Gama no encontró ninguna embarcación que le condujera a sus naves y vióse obligado a pernoctar en tierra. El intendente, que no se separaba de él un momento, esforzábase por convencerlo de la necesidad de que mandara a la escuadrilla que se acercase a la costa; y como el almirante se negara resueltamente, lo declaró prisionero.

¡Qué poco conocía la entereza de Gama!

Fueron enviadas dos chalupas armadas para sorprender a las naves, pero los portugueses, que secretamente habían sido advertidos por Gama de lo que ocurría, estaban alerta, y aquéllos hubieron de renunciar a su tentativa.

Entretanto Gama, que continuaba prisionero, amenazaba al intendente con la cólera del zamorín, suponiendo que éste no faltaría a los deberes de la hospitalidad; pero viendo que sus amenazas no surtían efecto, regaló al ministro algunas piezas de tela, con lo cual se ganó su favor. «Si los portugueses —dijo— cumplen la promesa hecha al rey de desembarcar sus mercancías, el almirante podrá volver a sus naves». Vasco de Gama dio inmediatamente orden de desembarcarlas, estableció una factoría que confió a Diego Díaz, hermano del descubridor del cabo de Buena Esperanza, y así pudo regresar a bordo.

Pero como los musulmanes pusieran toda clase de obstáculos a la venta de los géneros, Gama vióse obligado a enviar al zamorín su factor Díaz, para que le expusiera sus quejas por la perfidia de los moros y por los malos tratamientos de que él había sido objeto, y solicitar al mismo tiempo que se le permitiera trasladar su comercio a Calicut, donde creía que podría vender más fácilmente sus mercancías.

La reclamación fue atendida, y, a despecho de los manejos de los

moros, se mantuvieron las buenas relaciones hasta el 10 de agosto de 1498. Este día, Diego notificó al zamorín la próxima partida de Gama, recordóle su promesa de enviar una embajada a Portugal y le pidió muestras de cada uno de los productos del país, que le serían pagadas con el importe de los primeros géneros que vinieran después de la marcha de la escuadrilla, pues los empleados de la factoría pensaban permanecer en Calicut durante la ausencia de Gama.

El zamorín, influido aún por los traficantes árabes, no sólo se negó a cumplir su promesa, sino que exigió el pago de 600 serafines por derechos de aduanas, embargó las mercancías y encarceló a los empleados de la factoría.

Semejante ultraje, tal menosprecio del derecho de gentes, exigían una pronta reparación; sin embargo, Gama disimuló y esperó la ocasión de recibir a bordo la visita de algunos ricos mercaderes para retenerlos en su poder y proponer al zamorín un canje de prisioneros.

El rey no contestó en el término señalado por el almirante, y la escuadrilla se hizo a la vela, echando el ancla a cuatro leguas de Calicut.

Después de un nuevo e infructuoso ataque de los hindús, los dos factores volvieron a bordo, y Gama devolvió una parte de sus rehenes.

Díaz era portador de una carta para el rey de Portugal, escrita por el zamorín en una hoja de palmera. La reproducimos en su extraño laconismo, tan diferente del pomposo estilo oriental:

«Vasco de Gama, naire de tu corte, ha venido a mi país, lo cual ha sido grato para mí. En mi reino hay mucha canela, clavo y pimienta, y gran cantidad de piedras preciosas, y lo que yo deseo de tu país es oro, plata, coral y escarlata. Adiós».

Al día siguiente, Muzaida, el moro de Túnez que había servido de intérprete a los portugueses, y que éstos habían tenido a sueldo durante sus negociaciones con el zamorín, pidió asilo a bordo. Las mercancías no habían sido devueltas el día señalado, y el capitán mayor resolvió llevarse consigo a los hombres que tenía en rehenes.

Entretanto, como la escuadrilla veíase detenida por la calma a pocas leguas de Calicut, fue atacada por una flotilla de veinte barcas, ocupadas por hombres armados, a los que la artillería

apenas podía mantener
a’raya,
y un violento huracán obligó a los portugueses a buscar un abrigo en las costas.

El almirante seguía a lo largo del Dekkan y había dado permiso a algunos marinos para que saltasen a tierra a recoger frutos y canela, cuando divisó ocho barcos, que, al parecer, se dirigían hacia él. Gama llamó a su gente a bordo y corrió al encuentro de los hindús, que apenas tuvieron tiempo de escapar, dejando, empero, en poder de los portugueses una embarcación cargada de cocos y víveres.

Llegados al archipiélago de las Laquedivas, Gama mandó despalmar el *Berrio* y carenar su propia nave.

Mientras los marineros estaban ocupados en estos trabajos, fueron atacados una vez más por los naturales, pero sin resultado.

Al día siguiente se les presentó un hombre como de cuarenta años, vestido según la costumbre de los hindús, y en el más puro italiano les refirió que era originario de Venecia, que siendo aún niño fue llamado a aquel país y que era cristiano, pero que no podía practicar su religión. Añadió que ocupaba un alto cargo en la corte del rey, y que éste le enviaba para que se pusiera a disposición de ellos todo lo que encerraba el país y podía convenirles. Semejantes ofrecimientos, tan contrarios a la acogida que hasta entonces habían tenido en todas partes, despertaron las sospechas de los portugueses, los cuales no tardaron en saber que aquel aventurero era el jefe de la flotilla que les atacó la víspera. En consecuencia, le azotaron hasta que confesó que había ido allí con el único objeto de observar si podrían atacar a la escuadrilla con seguridades de éxito, y acabó declarando que todos los pueblos del litoral habíanse aliado para exterminar a los portugueses. Se le retuvo, pues, a bordo, y cuando los trabajos estuvieron terminados y completo el abastecimiento de agua y víveres, la expedición se hizo a la vela con rumbo a Europa.

Para llegar a la costa de África, empleó la escuadra tres meses menos tres días, a causa de la calma chicha y de los vientos contrarios. Durante esa larga travesía, el escorbuto atacó violentamente a la tripulación y perecieron treinta marineros. En cada barco no quedaban más que siete u ocho hombres en

condiciones de maniobrar, y a menudo los oficiales tenían que ayudarles. «Se puede asegurar —dice Velho—, que si el temporal con que bogamos se a hubiera prolongado quince días más, nadie hubiera podido navegar… Los capitanes celebraron consejo y acordaron que si volvían a sorprendernos vientos como aquéllos, regresaríamos a tierras de la India y nos refugiaríamos allí».

El 2 de febrero de 1499, los portugueses se encontraron, al fin, frente a una gran ciudad de la costa de Ajan, llamada Magadoxo, situada a cien leguas de Melinda.

Pero Gama, acordándose de lo que les había sucedido en Mozambique, no quiso detenerse allí, y al pasar por delante de la ciudad mandó hacer una descarga cerrada de artillería.

Pocos días después divisaban las ricas y saludables costas de Melinda, donde fondeó la escuadrilla.

El rey se apresuró a enviarles víveres frescos y naranjas para los enfermos; la acogida fue en extremo cordial y afianzáronse los lazos de amistad contraídos en la primera visita de Gama.

El jeque de Melinda le entregó para el rey de Portugal una trompa de marfil y otros presentes, y rogó a Gama que recibiese a bordo a un joven moro, como prenda para el rey de que deseaba ardientemente su amistad.

Los cinco días de estada en Melinda fueron para los portugueses un gran alivio, y descansados y repuestos se hicieron de nuevo a la mar.

Poco después de haber pasado Mombaza, viéronse obligados a quemar el *San Rafael*, porque no disponían de hombres para tripular tres barcos. Descubrieron la isla de Zanzíbar, fondearon en la bahía de Sam Braz, y el 20 de febrero, gracias a un viento favorable, doblaron el cabo de Buena Esperanza y se encontraron de nuevo en el Océano Atlántico.

La continuidad de la brisa aceleraba la marcha de los viajeros: en veintisiete días llegaron a los parajes de la isla de Santiago.

El 25 de abril, Nicolás Coelho, que mandaba el Berrio, ansioso de ser el primero que noticiara al rey Manuel el descubrimiento de las Indias, se separó de su jefe, y sin tocar en las islas del cabo Verde, según lo convenido, navegó directamente hacia Portugal, donde llegó el 10 de julio.

Entretanto, el infortunado Gama pasaba por un trance

dolorosísimo: su hermano Pablo, que había participado de sus fatigas y angustias, y que, por lo tanto, debía participar también de su gloria, agonizaba lentamente.

Como al llegar a Santiago, la expedición se encontraba en mares conocidos y frecuentados, confió a Juan de Saa el mando de su nave y fletó una rápida carabela para apresurar el momento de que viera su hermano las costas de la patria. Pero esta esperanza no se realizó; la carabela tuvo que anclar en Terceira para dar cristiana sepultura al valiente y simpático Pablo de Gama.

A su regreso, que debió tener lugar en los primeros días de septiembre, se hizo al almirante un gran recibimiento, celebrándose fiestas en su honor.

De los ciento sesenta portugueses que habían embarcado con él, sólo volvían cincuenta y cinco. Las pérdidas eran muy grandes y sensibles, seguramente, pero ¿qué importancia podían tener comparadas con los inmensos beneficios que reportarían?

El público no se engañó y dispensó a Vasco de Gama la acogida más entusiasta.

En cuanto al rey Manuel I, añadió a sus propios títulos el de señor de la conquista y navegación de la Etiopía, la Arabia, Persia y las Indias; pero aún tardó dos años en recompensar a Vasco de Gama con el título de almirante de las Indias, título que le autorizaba a hacer preceder su nombre de la partícula don, tratamiento que no se concedía entonces fácilmente.

Y luego, quizá para hacer olvidar a Gama la tardanza con que había recompensado sus servicios, le dio mil escudos, suma muy considerable en aquella época, y le concedió sobre el comercio de las Indias ciertos privilegios que pronto habían de enriquecerle.

II

Alvarez Cabral. —Descubrimiento del Brasil. —La costa de África. — Llegada a Calieut, Cochín, Cananor. —Juan de la Nova. —Segunda expedición de Gama. —El rey de Cochín. — Los comienzos de Albuquerque. —Da Cunha. —Primer sitio de Ormuz. —Almeida, sus victorias, sus altercados con Albuquerque. —Toma de Goa. —Sitio y toma de Malaca. — Segunda expedición contra Ormuz. —Ceilán. —Las Molucas. —Muerte de Albuquerque. —Destinos del imperio portugués en las Indias.

El 9 de marzo de 1500, una flota de trece naves partió de Rastrello a las órdenes de Pedro Alvarez Cabral; en ella se encontraba como voluntario Luis de Camóens, que debía ilustrar en su poema *Os Lusiadas* la intrepidez y el espíritu aventurero de sus compatriotas. Se sabe muy poco acerca de Cabral, y se ignora completamente por qué le concedieron el mando de esta importante expedición.

Cabral pertenecía a una de las más ilustres familias de Portugal, y su padre, Fernando Cabral, señor de Zurada da Beira, era alcaide mayor de Belmonte. En cuanto a Pedro Alvarez, se había casado con Isabel de Castro, primera dama de la infanta doña María, hija de Juan III. ¿Cabral se había hecho célebre por algún importante descubrimiento marítimo? No hay lugar a creerlo, pues ningún historiador lo menciona. Es, sin embargo, también difícil admitir que solamente el favor le valió el ser jefe de una expedición en qué había hombres como Bartolomé Díaz, Nicolás Coelho, el compañero de Gama y Sancho de Thovar que estaban a sus órdenes. ¿Por qué esta misión no había sido confiada a Gama, que había regresado seis meses antes, y que, por sus conocimientos de los países recorridos, como también de las costumbres de sus habitantes, parecía el más indicado para ello? ¿No estaba aún repuesto de sus

fatigas? ¿El dolor de la pérdida de su hermano, que murió casi a la vista de las costas de Portugal, le había afligido profundamente hasta el punto de no poder aceptar el cargo? ¿No sería que el rey Manuel, celoso de la gloria de Gama, no quiso ofrecerle la ocasión de acrecentar su Hombradía? Éstos son otros tantos problemas que la historia no podrá resolver.

Se cree fácilmente en la realización de lo que desea con ardor. Manuel se figuraba que el zamorín de Caliclit no se opondría al establecimiento en sus Estados de agencias y factorías portuguesas, y Cabral, que llevaba los presentes cuya magnificencia debían hacer olvidar la mezquindad de los que Gama le había presentado, obtuvo lo que el soberano había prohibido a los moros: todo el comercio en su capital.

Además, el nuevo capitán mayor debía anclar en Melinda, ofrecer al rey presentes suntuosos y devolver después de esto el moro que había tomado pasaje a bordo de la escuadra de Gama. Finalmente, dieciséis religiosos, embarcados en la flota, debían ir a propagar el Evangelio por las lejanas comarcas del Asia.

Después de trece días de navegación, la escuadra había pasado las islas del cabo Verde, cuando advirtió que la nave mandada por Vasco de Attaide no navegaba ya en conserva. Se pusieron por algún tiempo al pairo para esperarla, pero fue en vano, y los doce buques restantes continuaron su camino en plena mar, y no de cabo a cabo, por las costas de África, como hasta entonces habían hecho.

Cabral esperaba evitar las calmas que habían retardado las expediciones anteriores al golfo de Guinea. ¿El capitán mayor, estaba al corriente, como todos sus compatriotas, de los descubrimientos de Cristóbal Colón? ¿Tenía la secreta esperanza de descubrir, dirigiéndose hacia el Oeste, alguna región no visitada por el gran navegante?

Atribuyase este hecho a la tempestad o a algún designio secreto, lo cierto es que la flota estaba fuera del rumbo que debiera seguir para doblar el cabo de Buena Esperanza, cuando, el 22 de abril, descubrieron una alta montaña, y pronto, una larga serie de costas a las que dieron el nombre de

Vera-Cruz,

nombre cambiado más tarde por el de Santa Cruz.

Era el Brasil, y el mismo sitio donde se eleva hoy Porto-Seguro.

A partir del 28, después de un hábil reconocimiento del litoral por Coelho, los marinos portugueses tomaron tierra americana y comprobaron una dulzura de temperatura y una exuberante vegetación que dejaban muy atrás todo lo que habían visto en las costas de África o de Malabar.

Los indígenas, casi completamente desnudos, llevaban en la muñeca un loro amaestrado, de la misma manera que los señores de Europa tienen su halcón o su gerifalte, agrupándose curiosamente alrededor de los extranjeros, sin el menor signo de pavor. El domingo de Pascua, 26 de abril, se celebró la misa en tierra delante de los indios, cuyo silencio y actitud respetuosa fueron la admiración de los portugueses.

El 1.º de mayo levantaron una grande cruz y un padrao en la playa, y Cabral tomó solemnemente posesión del país en nombre del rey de Portugal. Su primer cuidado, una vez cumplida esta formalidad, fue el de mandar a Lisboa a Gaspar de Lemos para anunciar el descubrimiento de aquella rica y fértil colonia. Lemos llevaba al mismo tiempo el relato de la expedición, escrito por

Pedro Vaz de Caminha, y un importante documento astronómico, debido al maestro Juan, que determinaba sin duda la posición de la nueva conquista.

Antes de partir para el Asia, Cabral desembarcó dos galeotes, a los cuales encargó de enterarse de los recursos y de las riquezas del país, así como de las costumbres y usos de los habitantes.

Estas medidas tan sabias, y llenas de previsión, hablan muy alto de la prudencia y sagacidad de Cabral.

El 2 de mayo la escuadra perdió de vista el Brasil. Entusiasmados todos por el buen principio del viaje, creían fácil y rápido el éxito, cuando la aparición, durante ocho días consecutivos, de un brillante cometa llenó de terror los espíritus ignorantes y sencillos que vieron en él un funesto presagio.

Los acontecimientos debían, por esta vez, dar razón a la superstición. Desencadenóse una furiosa tempestad, y las olas, tan altas como montañas, se elevaban sobre los navíos, mientras que el viento rugía y la lluvia caía sin cesar. Cuando el sol apareció en el espacio rodeado de nubes que interceptaban casi completamente la luz, apareció un horrible cuadro.

El mar parecía negro y ceganoso, grandes manchas de un blanco lívido marmolizaban las olas de crestas espumosas; y durante la noche, luces fosforescentes rasgaban la inmensa llanura, húmeda, marcando un rastro de fuego en la estela de las naves.

Durante veintidós días, sin tregua ni descanso, los elementos se batieron con los navíos portugueses. Los marineros, espantados, llegaron al colmo de la postración, después de haber, aunque en vano, agotado sus plegarias y sus votos, y sólo obedecían por costumbre la voz de mando de sus oficiales. Desde el primer día habían hecho el sacrificio de su vida y esperaban ser sumergidos de un momento a otro.

Cuando, al fin, volvió la luz y se calmaron las olas, los que creían que sólo ellos habían sobrevivido, registraron con mirada ansiosa el mar buscando a sus compañeros. La alegría que experimentaron al ver tres naves, trocóse muy pronto en profunda tristeza: faltaban ocho buques, cuatro de los cuales habían sido engullidos por una tromba gigantesca en los últimos días de tempestad, uno de ellos el que mandaba Bartolomé Díaz, descubridor del cabo de Buena Esperanza. Había sido sumergido

por aquellas olas mortíferas, defensoras, como dice Camoens, del imperio de Oriente contra los pueblos del Oeste, que después de tantos siglos les arrebataban sus maravillosas riquezas.

Durante esta serie de tempestades el cabo había sido doblado y la escuadra se acercaba a las costas de África.

El 20 de julio llegó a la vista de Mozambique. Los musulmanes se mostraron más afables que con la expedición de Gama, y proporcionaron a los portugueses hábiles pilotos que los condujeron a Quiloa, isla famosa por el comercio de polvo de oro que mantenía con Sofala.

Allí encontró Cabral dos de sus naves, empujadas a aquel paraje por el viento, y después de haber escapado con una rápida marcha al complot que se había tramado para matar a todos los europeos, llegó a Melinda sin ningún grave contratiempo.

La estada de la escuadra en aquel puerto dio ocasión a grandes fiestas y regocijos, y una vez abastecidas y reparadas sus averías y provistas de excelentes pilotos, las naves portuguesas zarparon para Calicut, adonde llegaron el 13 de diciembre de 1509.

En esta ocasión, gracias a su poderoso armamento y a los ricos presentes ofrecidos al zamorin, la acogida que les dispensaron fue muy diferente; y el voluble príncipe accedió a todo lo que pidió Cabral: privilegio exclusivo de subsistencias aromáticas y de especias y derecho de embargar los buques que violaran esa concesión.

Durante cierto tiempo, los moros disimularon su descontento, pero cuando tuvieron exasperada a la población contra los extranjeros, a una señal previamente convenida, se precipitaron tumultuosamente sobre la factoría dirigida por Ayres Correa y asesinaron a unos cincuenta portugueses que sorprendieron allí.

La venganza no se hizo esperar: diez barcos que se hallaban anclados en el puerto fueron apresados, saqueados e incendiados ante los ojos de los hindús, que no tenían fuerzas para oponerse, y la ciudad quedó casi reducida a escombros por la artillería de la escuadra.

Continuando la exploración de la costa de Malabar, Cabral llegó a Cochín, donde el raja, vasallo del zamorín, se apresuró a hacer un tratado de alianza con los portugueses y aprovechóse de la ocasión para declararse independiente.

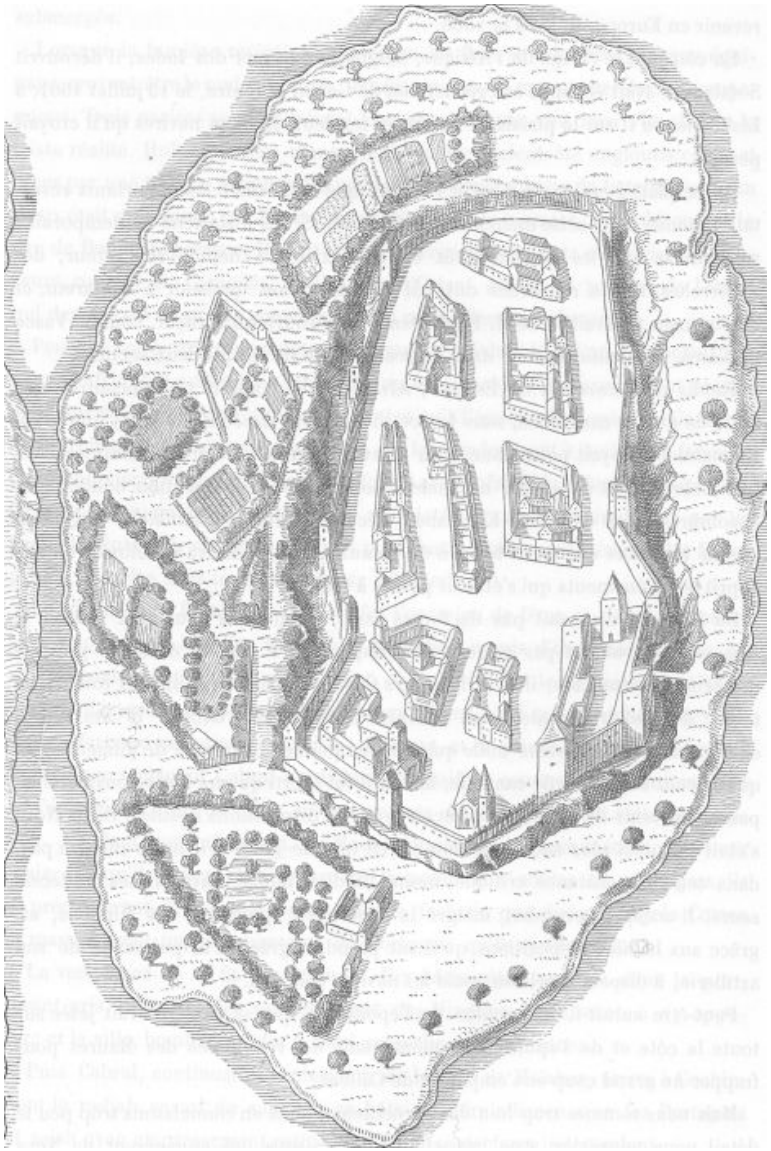
Aunque la escuadra llevaba ya un rico cargamento, Cabral visitó Cananor, donde celebró también un tratado de alianza con el raja del país, e impaciente por volver a Europa, se hizo a la vela.

Costeando el litoral del África bañado por el mar de la India, descubrió la isla de Sofala, que había escapado a las investigaciones de Gama, y el 13 de junio de 1501 entraba en Lisboa, donde tuvo la alegría de encontrar las otras dos naves que creía perdidas.

Es de suponer que tuvo la acogida que merecía por los importantes resultados obtenidos de esta memorable expedición. Los historiadores contemporáneos nada dicen de él desde la fecha de su regreso, pero las investigaciones modernas descubrieron su sepulcro en Santarem, y, gracias a los notables estudios de Fernando Denis, se sabe que, lo mismo que a Vasco de Gama, se le concedió el tratamiento de *don*, en recompensa de sus gloriosos servicios.

Mientras regresaba a Europa, Alvarez Cabral pudo tropezar en su ruta con una escuadrilla de cuatro carabelas, al mando de Juan da Nova, que el rey Manuel enviaba para dar mayor incremento a las relaciones comerciales que Cabral había debido establecer en la India.

La nueva expedición dobló sin dificultad el cabo de Buena Esperanza, descubrió entre Mozambique y Quiloa una isla desconocida, que recibió el nombre del comandante, y llegó a Melinda, donde tuvo conocimiento de los hechos acaecidos en Calicut.



Da Nova no disponía de fuerzas suficientes para infligir un severo castigo al zamorin, y no queriendo comprometer por un jeque el prestigio de las armas portuguesas, se dirigió a Cochín y Cananor, cuyos reyes, tributarios del zamorin, habían celebrado tratados de alianza con Alvarez Cabral.

Había cargado ya en sus naves mil quintales de pimienta,

cincuenta de jenjibre y cuatrocientos cincuenta de canela, cuando le advirtieron que una escuadra numerosa procedente, sin duda de Calicut, avanzaba con disposiciones hostiles.

Si hasta entonces Da Nova habíase mostrado más amante de los negocios que de la guerra, no por eso dejó de portarse con igual valor y arrojo que sus predecesores. Aceptó el combate, a pesar de la aparente superioridad de los hindús, y, gracias a sus hábiles maniobras y al poder de su artillería, capturó o echó a pique las naves enemigas.

¿Hubiera debido aprovecharse del espanto que su victoria había sembrado en toda la costa y del agotamiento momentáneo de recursos de los moros para dar un golpe y apoderarse de Calicut?

Estamos muy lejos de aquellos acontecimientos, y conocemos demasiado superficialmente los pormenores para juzgar con imparcialidad los motivos que indujeron a Da Nova a regresar a Europa inmediatamente.

En esta última parte de su viaje fue cuando descubrió en medio del Atlántico la pequeña isla de Santa Elena.

Acerca de este descubrimiento existe una curiosa leyenda. Un tal Fernando López, que acompañó a Gama a la India, abjuró el cristianismo y se hizo musulmán, para poder casarse con una hindú. Al pasar Da Nova, López, bien porque estuviera ya cansado de su mujer o de su nueva religión, pidióle que le repatriara y volvió a su antiguo culto. Mas, cuando visitaron Santa Elena, López, asaltado por una idea repentina que tomó por inspiración dei Cielo, suplicó que le dejaran allí para expiar su detestable apostasía y repararla haciendo bien a la humanidad. Tanto insistió y tan atendibles parecieron a Da Nova sus razones, que accedió a sus ruegos, dejándole, conforme había pedido, semillas de fruta y de legumbres. El extraño eremita trabajó con tanto afán y tan prodigioso resultado en el cultivo de aquellas tierras, que al cabo de cuatro años pudieron abastecerse siempre las naves que hacían la larga travesía de Europa al cabo de Buena Esperanza.

Las expediciones sucesivas de Gama, Cabral y Da Nova habían demostrado hasta la evidencia que no se podía contar con un comercio seguido y un cambio continuo de géneros con los pueblos de las costas de Malabar, que se habían aliado con los portugueses, si éstos no respetaban su independencia y libertad. Éste comerció,

que tan enérgicamente rehusaban mantener con los europeos, era preciso imponerlo, y, para ello, había que fundar establecimientos militares permanentes, capaces de mantener a raya a los descontentos y, en caso de necesidad, de apoderarse del país.

Pero ¿a quién se confiaría una misión tan importante? La elección no podía ser dudosa, y Vasco de Gama fue designado para el mando del ejército expedicionario.

Vasco de Gama tenía a sus inmediatas órdenes diez navíos; su segundo hermano, Esteban, y su primo Vicente Sodres mandaban cada uno cinco barcos, pero debían reconocer a Vasco por jefe.

Las ceremonias que precedieron a la partida de la expedición de Lisboa revistieron un carácter grave y solemne. El rey Manuel, seguido de su corte y rodeado de inmensa muchedumbre, se dirigió a la catedral para impetrar del Cielo que derramara sus bendiciones sobre los expedicionarios, infundiéndoles la fe religiosa y militar, y el arzobispo bendijo el estandarte que fue entregado a Gama.

El principal cuidado del almirante fue dirigirse a Sofala y Mozambique, ciudades de las que no conservaba muy grato recuerdo; y deseoso de contar con puertos de estada y aprovisionamiento, estableció allí factorías y echó los cimientos de fortalezas; impuso al jefe de Quiloa un importante tributo y se hizo luego a la vela para el Indostán.

Hallábase a la altura de Cananor, cuando, el 3 de octubre de 1502, divisó un buque de gran porte, que le pareció debía llevar un rico cargamento. Era el *Merii*, que traía de la Meca una infinidad de peregrinos, venidos de todas las comarcas del Asia. Gama atacó al buque, sin que mediara provocación por parte de éste, se apoderó de él y pasó a cuchillo a los trescientos hombres que llevaba; sólo se salvaron veinte niños que, enviados a Lisboa, fueron bautizados y entraron al servicio de Portugal. Esta horrible matanza debía, según Gama, llevar el pánico al ánimo de los hindús, pero a nada condujo. Semejante crueldad, completamente inútil y odiosa, echó una mancha indeleble en la reputación, hasta entonces intachable del gran almirante.

En llegando a Cananor, Vasco de Gama obtuvo sin dificultad una entrevista con el raja, el cual le autorizó para establecer una factoría y levantar un fuerte, y celebraron un tratado de alianza ofensiva y defensiva.

Cuando vio comenzados los trabajos y establecida la factoría, el almirante hizo rumbo a Calicut, a fin de exigir cuentas al zamorín de su deslealtad y de la matanza de los portugueses de la factoría.

Aunque el rey de Calicut tenía ya noticias de la llegada de sus implacables enemigos, no tomó ninguna precaución militar, y Gama pudo apoderarse, sin encontrar resistencia, de los barcos fondeados en el puerto y de un centenar de prisioneros; después concedió al zamorín un plazo de cuatro días para que le diera completa satisfacción por la muerte de Correa y pagarle el importe de las mercancías que habían sido robadas a los portugueses en aquella circunstancia.

Apenas había expirado el plazo concedido, cuando cincuenta cadáveres de prisioneros se balanceaban colgados de las vergas de los buques, donde permanecieron expuestos todo el día a la vista de la ciudad. Al anochecer, cortaron los pies y las manos a aquellas víctimas expiatorias, y enviaron a tierra estos miembros mutilados con una carta del almirante en la que decía que su venganza no se limitaría a esas ejecuciones.

En efecto, a favor de la obscuridad, las naves se situaron a corta distancia de la ciudad y la bombardearon durante tres días consecutivos. No se ha sabido nunca el número de víctimas, pero debió ser considerable, pues sin contar los que habían caído bajo las descargas de la artillería y los mosquetes, muchos hindús quedaron sepultados bajo las ruinas de los edificios demolidos e incendiados.

La ciudad quedó casi destruida. Uno de los primeros que huyeron de Calicut fue el zamorín, y de ello pudo felicitarse, porque su palacio fue uno de los edificios demolidos.

Finalmente, satisfecho por haber infligido tan duro castigó a ufla ciudad tan rica y populosa, y creyendo que la lección sería provechosa, Vasco de Gama zarpó para Cochín, dejando en el puerto de Vicente Sodres con algunas naves para que mantuviese el bloqueo.

Triumpara, el soberano de esta ciudad, había sido solicitado vivamente por el zamorín para que, aprovechándose de la confianza que los portugueses tenían en él, se apoderara de ellos por sorpresa, y el almirante, para recompensar la lealtad del raja que le exponía a la enemistad del monarca de Calicut, al regresar a Lisboa con un rico cargamento le dejó unas naves que le permitirían defenderse en

el caso de ser atacado, hasta que llegase una nueva escuadra.

El único hecho digno de mención que se registró en el regreso de Gama a Europa, a donde llegó el 20 de diciembre de 1503, es la destrucción de otra flota malabar.

En esta ocasión los eminentes servicios que el gran almirante prestó a su patria no fueron reconocidos, o mejor dicho, no fueron apreciados como merecían.

El que acababa de echar los fundamentos del imperio colonial portugués en la India, tuvo necesidad de la intercesión del duque de Braganza para que se le concediera el título de conde de Videgueyra, y estuvo veintiún años sin empleo. Ejemplo de ingratitud demasiado frecuente y digno siempre de la más acerba censura.

En cuanto Vasco de Gama hizo rumbo hacia Europa, el zamorín, acuciado por los musulmanes, que veían su poder comercial cada día más comprometido, reunió a sus aliados en Pani con objeto de atacar al rey de Cochín y castigarlo por los socorros y avisos que había dado a los portugueses.

La fidelidad del pobre raja fue puesta a dura prueba: sitiado en su capital por fuerzas imponentes, veíase de pronto privado del auxilio de aquéllos por quienes habíase lanzado a tan peligrosa aventura.

Sodres y algunos de sus capitanes, desertando del puesto en que el honor y la gratitud les mandaba morir si fuese preciso, abandonaron a Triumpara para realizar cruceros por Ormuz y la entrada del mar Rojo, donde esperaban que la peregrinación anual de la Meca haría caer en sus manos un rico botín. En vano el factor portugués les reprochó su indigna conducta; partieron apresuradamente para librarse de censuras enojosas.

El rey de Cochín, traicionado también por algunos naires de su corte, que se habían vendido al zamorín, vio su capital tomada por asalto y tuvo que refugiarse con los portugueses en una roca inaccesible de la pequeña isla de Niopia.

Cuando lo creyó reducido al último extremo, el zamorín le envió un emisario, prometiéndole olvido y perdón si le entregaba los portugueses; pero Triumpara, que era la fidelidad personificada, le respondió «que el zamorín podía hacer uso de los derechos del vencedor, que no ignoraba los peligros que le amenazaban, pero

que no existía poder humano capaz de hacerle faltar a los tratados y a obligarle a ser perjuro». No era posible contestar más noblemente al abandono y villanía de Sodres.

Este último había llegado al estrecho de Bab-el-Mandeb, cuando le sorprendió una horrorosa tempestad, y su nave fue a estrellarse contra los escollos, pereciendo él y su hermano; y los sobrevivientes, viendo en esto un castigo providencial de su abominable conducta, luciéronse a la vela con rumbo a Cochín. Retenidos por los vientos en las islas Laquedivas, reuniéronse allí con una nueva escuadra portuguesa, mandada por Francisco de Albuquerque, el cual había salido de Lisboa casi al mismo tiempo que su primo Alfonso, el más grande capitán, de la época que, con el título de capitán mayor, había partido de Belem a principios de abril de 1503.

La llegada de Francisco de Albuquerque restableció la situación de los portugueses, tan comprometida por la falta criminal de Sodres, y salvó al mismo tiempo a su fiel aliado Triumpara.

Los sitiadores huyeron, sin intentar siquiera la resistencia, a la vista de la escuadra, y los portugueses que estaban allí, apoyados por las tropas del rey de Cochín, ganaron la costa de Malabar.

Triumpara, agradecido, permitió a sus aliados que construyeran otra fortaleza en sus Estados, y les autorizó para aumentar en número e importancia de sus establecimientos.

Entonces llegó Alfonso de Albuquerque, que había de ser el verdadero fundador del dominio portugués en las Indias.

Díaz, Cabral y Gama habían abierto el camino, pero Albuquerque fue el gran capitán de vastas concepciones que supo determinar las grandes ciudades de que era preciso apoderarse para establecer sobre sólidas bases la dominación portuguesa; así es que todo lo referente a la historia de este inminente colonizador tiene un interés capital, y conviene decir algo acerca de su familia, de su educación y de sus primeras empresas.

Alfonso de Alboquerque o Albuquerque, nació en 1453, a seis leguas de Lisboa, en Alhandra. Por su padre, Gonzalo de Albuquerque, señor de Villaverde, descendía de una rama ilegítima del rey Diniz, y por su madre de los Menezes, los grandes exploradores. Educado en la corte de Alfonso V, recibió una instrucción tan variada y extensa como lo permitían los tiempos;

estudió sobre todo la literatura clásica, de la que tomó la elevación y precisión de estilo, y las matemáticas, de las que aprendió todo lo que entonces se sabía. Después de varios años de permanencia en Arcila, África, que había sido conquistada por Alfonso V, volvió a Portugal y fue nombrado escudero de Juan II, cuya única preocupación era extender allende los mares el nombre y poder de Portugal. Evidentemente el frecuente trato con el rey, impuesto por los deberes de su cargo, impulsaron a Albuquerque a dedicarse a los estudios geográficos y hallar los medios de dar a su patria el imperio de las Indias. Había tomado parte en una expedición enviada en socorro del rey de Nápoles contra una incursión de los turcos, y en 1489 había sido encargado de avituallar y defender la fortaleza de Graciosa en las costas de Larache.

No tardó mucho Alfonso de Albuquerque en hacerse cargo de la situación; comprendió que para desarrollar el comercio portugués había que apoyarlo con las conquistas; pero su primera empresa fue proporcionada a la escasez de sus medios; puso sitio a Raphelim, de la que quería hacer upa plaza de guerra para sus compatriotas, y con dos naves reconoció personalmente las costas del Indostán. Mas, atacado de improviso por mar y por tierra, hubiera sucumbido irremisiblemente sin el auxilio de su primo Francisco, que acudió a tiempo para equilibrar las fuerzas y puso en fuga a las tropas del zamorín.

La importancia de esta victoria fue considerable, puesto que proporcionó a los vencedores un inmenso botín y una gran cantidad de piedras preciosas, que excitaron sobremanera la codicia de los portugueses y afianzó a Albuquerque a sus proyectos de conquista, para los que necesitaba el consentimiento del rey y recursos más considerables. En su consecuencia, regresó a Lisboa, a donde llegó en julio de 1504.

Este mismo año, queriendo el rey Manuel constituir en las Indias un gobierno regular, expidió el nombramiento de virrey a favor de Tristán de Acuña, pero habiéndose quedado éste repentinamente ciego, no pudo tomar posesión de su cargo y fue designado para substituirle Francisco de Almeida, que partió con su hijo en 1505. Más adelante veremos qué medios juzgó necesarios para llevar al triunfo a sus compatriotas.

El 6 de marzo de 1506, dieciséis navíos zarparon de Lisboa al

mando de Tristán de Acuña, que había recobrado la vista. Con él partió Alfonso de Albuquerque, que llevaba, sin saberlo, su nombramiento de virrey. No podía abrir el pliego cerrado hasta al cabo de tres años, cuando terminara el período de mando de Francisco de Almeida.

Esta numerosa flota, después de haber recalado en las islas de cabo Verde y reconocido el cabo de San Agustín en el Brasil, se internó tan profundamente en las regiones inexploradas del Sur del Atlántico, que, según refieren los cronistas de aquel tiempo, muchos marineros, que iban muy ligeros de ropa, murieron de frío, mientras que los otros a duras penas podían ejecutar las maniobras. En el 37º 8' de latitud Sur y 14º 21' de longitud Oeste, Acuña descubrió tres pequeñas islas deshabitadas, la mayor de las cuales lleva su nombre.

Una tempestad le obligó a desembarcar allí, y dispersó de tal modo su flota, que no pudo reuniría hasta que llegó a Mozambique.

Remontando este litoral del África reconoció la isla de Madagascar o de San Lorenzo, recientemente descubierta por Soares, comandante de una escuadra de ocho buques que Alemania mandaba a Europa, sin que se le ocurriera fundar allí un establecimiento.

Acuña invernó en Mozambique, desembarcó en Melinda tres embajadores para el interior del continente que debían llegar hasta Abisinia, y ancló en Brava, que Coutinho, su lugarteniente, no pudo someter. Los portugueses pusieron entonces sitio a esta ciudad, que resistió heroicamente, pero acabó por sucumbir, gracias al armamento perfeccionado de sus enemigos. La población fue exterminada sin piedad y la ciudad reducida a cenizas.

En Magadoxo, situada en la misma costa de África, Acuña intentó en vano imponer su autoridad; las fuerzas de la ciudad, que era muy populosa, opuso tan enérgica resistencia, que al principio del invierno los portugueses tuvieron que levantar el sitio.

Tristán volvió entonces sus armas contra la isla de Socotora, en la entrada del golfo de Adén, y se apoderó de la fortaleza, pasando a cuchillo a toda la guarnición; sólo fue respetado un viejo soldado ciego que había sido encontrado encondido en un pozo. Cuando le preguntaron cómo había podido bajar hasta allí respondió: «Los ciegos sólo ven el camino que conduce a la libertad».

En Socotora, los dos jefes portugueses construyeron el fuerte de

Coco, con el objeto, según dijo Albuquerque, de defender el golfo de Aden y el mar Rojo del estrecho de Bab-el-Mandeb, y cortar, en consecuencia, una de las líneas de navegación que seguían los venecianos en su comercio con la India.

Allí se separaron Acuña y Albuquerque; el primero se dirigió a las Indias para hacer un cargamento de especias; y el segundo, oficialmente revestido del cargo de capitán mayor y firme en llevar a cabo los proyectos que había concebido, partió el 10 de agosto de 1507 para Ormuz, dejando en la nueva fortaleza a su sobrino Alfonso de Noronha. Sucesivamente, y como «para abrir boca», tomó a Calayate, donde encontró grandes provisiones, Curiate y Mascate, que entregó al pillaje, al incendio y a la destrucción para vengar una serie de traiciones muy comprensibles para quienes conozcan la doblez de aquellos pueblos.

El éxito obtenido en Máscate, aunque importante, no fue suficiente para Albuquerque, que soñaba con otros proyectos más grandiosos, cuya ejecución comprometió gravemente la envidia de los capitanes que estaban a sus órdenes, especialmente de Juan de la Nova, que quiso abandonar a su jefe y a quien Albuquerque se vio obligado a arrestar a bordo de su propia nave.

Después de restablecer el orden y de haber hecho fracasar estas tentativas de desobediencia y rebelión, el capitán mayor se dirigió a Orfacate, que tomó tras de una resistencia bastante vigorosa.

Es raro que después, de haber oído hablar tanto de Ormuz, Albuquerque ignorase aún su situación. Sabía que esta ciudad era como el entrepuente de todas las mercancías que pasaban de Asia a Europa. Su riqueza y poder, el número de sus habitantes y la belleza de sus monumentos eran entonces célebres en todo el Oriente, y solía decirse que «si el mundo es un anillo, Ormuz es su piedra preciosa de más valor».

Albuquerque resolvió apoderarse de ella, no sólo porque constituía una presa codiciable, sino también porque dominaba todo el golfo Pérsico, la segunda de las grandes rutas comerciales entre Oriente y el Occidente.

Sin consultar a los capitanes de su flota, que seguramente se hubieran opuesto a atacar una ciudad tan fuerte, capital de un poderoso imperio, Albuquerque hizo doblar el cabo Mocendon, y la escuadra se halló en el estrecho de Ormuz, puerta del golfo Pérsico,

desde donde veíase desplegar en toda su magnificencia una ciudad animada, construida sobre una isla rocosa, cuyo puerto encerraba una flota más numerosa de lo que a primera vista se podía suponer, provista de formidable artillería y defendida por un ejército de quince a veinte mil hombres.

Los capitanes de la flota hicieron las más vivas demostraciones de desagrado por el peligro a que se les exponía atacando a una ciudad tan fortificada, e hicieron hincapié sobre las consecuencias desastrosas que podría tener para Portugal una derrota; pero Albuquerque les replicó impertérrito que, «en efecto, habíanse metido en la boca del lobo, pero que ya no había tiempo para retroceder y que se necesitaba más decisión y menos consejos».

No bien el ancla hubo tocado fondo, Albuquerque envió su ultimátum.

Aunque las fuerzas que tenía a sus órdenes eran muy desproporcionadas en relación con las del adversario, el capitán mayor exigía imperiosamente que se reconociera la soberanía de Portugal y se sometiera a la ciudad sino quería correr igual suerte que Mascate.

El rey Seif-Ed-din, soberano a la sazón de Ormuz, era todavía niño, y su primer ministro, Kodja-Atar, diplomático sagaz y muy diestro, gobernaba en su nombre.

Sin rechazar en principio las pretensiones de Albuquerque, el astuto ministro quiso ganar tiempo para que lo tuvieran sus contingentes de llegar en auxilio de la capital; pero el almirante adivinó sus proyectos, y, sin esperar más, al cabo de tres días rompió las hostilidades con sus cinco navíos, y la *Flor de la Mar*, la más hermosa y grande nave de aquella época, atacó a la formidable flota reunida bajo la protección de los cañones de Ormuz.

El combate fue muy sangriento e indeciso durante largo rato; pero, cuando vieron los moros que la fortuna les volvía las espaldas, abandonaron sus naves y trataron de ganar la costa a nado. Entonces los portugueses saltaron a sus chalupas y les persiguieron ahincadamente, haciendo en ellos una verdadera carnicería.

Albuquerque volvió luego sus armas contra un reducto de madera defendido por gruesa artillería y por arqueros que, con sus flechas hábilmente dirigidas, hirieron a muchos portugueses y al propio general, lo cual no impidió que éstos desembarcaran y

prendieran fuego a los arrabales de la ciudad.

Convencidos de que toda resistencia sería inútil y que su capital corría el riesgo de ser destruida, los moros izaron la bandera de parlamento y firmaron un tratado por el que el rey Seid-Ed-din se declaraba vasallo del rey Manuel, se comprometía a pagar un tributo anual de
15 000
serafines o *xerafines*, y se autorizaba a los vencedores para levantar una fortaleza, que, pese a la repugnada y recriminaciones de los capitanes portugueses, estuvo pronto en condiciones de resistir.

Desgraciadamente los desertores pusieron en conocimiento de Kodaj-Atar estas funestas disensiones, y el ministro se aprovechó de ellas para eludir el cumplimiento de los artículos del nuevo tratado.

Algunos días después, Juan da Nova y otros dos capitanes, envidiosos del triunfo de Albuquerque y pisoteando el honor, la disciplina y el patriotismo, le abandonaron para ganar las Indias, y él mismo vióse obligado, a causa de ésta felonía, a retirarse sin poder dejar guarnecida la fortaleza que con tanto cuidado y empeño había construido.

Dirigióse entonces a Socotora, cuya guarnición estaba necesitada de auxilio, y aunque cruzó varias veces por delante de Ormuz, como carecía de fuerzas para intentar un golpe de mano, se retiró a Goa, adonde llegó a fines de 1508.

¿Qué había sucedido en Malabar durante esta larga y azarosa campaña? Lo diremos en pocas palabras.

Sabemos que Almeida había salido de Belem en 1505, con una flota de veintidós velas, llevando mil quinientos hombres de tropa. Primero se apoderó de Quiloa y después de Mombaza, donde «los caballeros, como los habitantes, decían que no se rendirían tan fácilmente como los gallinas de Quiloa». Del inmenso botín que cayó en esta ciudad en poder de los portugueses, Almeida no tomó para sí más que una flecha, dando así un raro ejemplo de desinterés.

Después de recalar en Melinda llegó a Cochín, donde entregó al raja la corona de oro que el rey Manuel le enviaba, dándose a sí mismo, con la presuntuosa vanidad que le era propia, el título de virrey.

Construyó luego en Sofala una fortaleza destinada mantener a raya a los musulmanes de aquella costa, y recorrió con su hijo los

mares de la India, destruyendo las flotas malabares, apoderándose de los buques mercantes y haciendo un daño incalculable al enemigo, puesto que les interceptaba las antiguas rutas.

Mas, para mantener esta guerra de crucero, necesitaba una flota muy considerable y ligera, puesto que en todo el litoral asiático no tenía más puerto de refugio que el de Cochín. Cuán mejor era el sistema de Albuquerque, que se establecía en el país de una manera permanente, levantando en todas partes fortalezas, apoderándose de las ciudades principales, desde la que era más fácil llegar al interior y dominarlo, y haciéndose dueño de las llaves de los estrechos, y aseguraba con menos riesgo y más solidez el monopolio del comercio de la India.

Entretanto, las victorias de Almeida y las conquistas de Albuquerque, habían alarmado al sultán de Egipto. Abandonada la ruta de Alejandría, habíase producido una baja muy considerable en la recaudación de impuestos y en las rentas de aduanas que se mantenían con los derechos que pagaban las mercancías asiáticas que pasaban por sus Estados. En consecuencia, con ayuda de los venecianos, que les proporcionaron las maderas de construcción necesarias y hábiles marinos, armó una escuadra de doce navíos de gran porte, que buscó y encontró en las cercanías de Cochín la flota de Lorenzo Almeida, hijo del virrey, y la derrotó después de un sangriento combate en el que pereció aquél.

Almeida debió experimentar un dolor inmenso por tan irreparables pérdidas, pero no lo dejó traslucir, e hizo cuanto estuvo en su mano para tomar pronta y ejemplar venganza. Con diez y ocho buques dirigióse Almeida al puerto donde había sido muerto su hijo y alcanzó una señaladísima victoria, seguida del tan espantosas crueldades, que pronto estuvo de moda decir: «que la cólera de los Franguis caiga sobre ti como cayó sobre Daboul».

No contento con este triunfo, Almeida aniquiló, algunas semanas después, delante de Diu, las fuerzas combinadas del sultán de Egipto y del rajá de Calicut.

Esta victoria tuvo una gran resonancia en la India y puso fin al poder de los mahometanos en Egipto.

Juan da Nova y los capitanes que habían abandonado a Albuquerque delante de Ormuz, estaban entonces decididos a reunirse con Almeida; habían explicado su desobediencia con

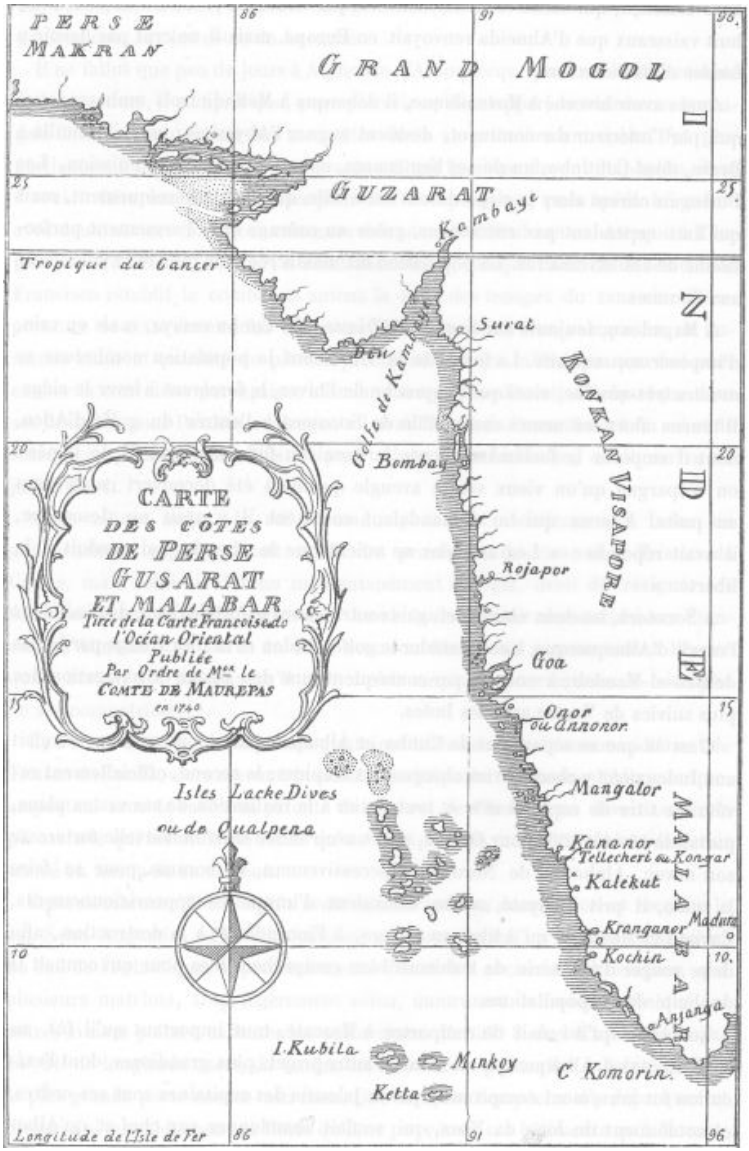
calumnias, a consecuencia de las cuales habían comenzado unas informaciones judiciales contra Albuquerque, cuando el virrey recibió la noticia de su reemplazo por este último. Desde el primer momento Almeida había declarado que se debía obedecer aquella soberana decisión; pero, influido por los traidores que temían un castigo severísimo cuando la autoridad pasara a manos de Albuquerque, volvió a Cochín, en el mes de marzo del 1509, con la firme resolución de no resignar el mando en su sucesor.

Entre estos dos grandes hombres hubo violentos y penosos altercados, en los que la sinrazón estaba de parte de Almeida, y Albuquerque iba a ser enviado a Lisboa cargado de cadenas, cuando entró en el puerto una flota de quince naves, al mando del gran mariscal de Portugal, Fernando Coutinho. Éste se puso a disposición del prisionero, que fue libertado al punto, y reconociendo por

válidos los poderes que Albuquerque tenía del rey, amenazó a Almeida con toda la cólera de don Manuel, si no le obedecía.

Almeida no tenía otro remedio que ceder y lo hizo noblemente.

En cuanto a Juan da Nova, causante de estos desgraciados incidentes, murió algún tiempo después abandonado de todos, y no hubo nadie que le acompañara a su última morada, excepto el nuevo virrey, que olvidó generosamente de esta manera las injurias hechas a Alfonso de Albuquerque.



Después de la partida de Almeida, el gran mariscal, Coutinho, declaró que había ido a la India con la misión de destruir a Calicut, aprovechando la ocasión de la ausencia del zamorín de su capital. En vano el nuevo virrey quiso moderar su ardor y hacerle tomar algunas sabias medidas aconsejadas por la experiencia; Coutinho no quiso prestar oídos a nada y Albuquerque tuvo que seguirle.

Al principio Calicut, sorprendida, fue fácilmente incendiada; pero los portugueses que se habían quedado rezagados saqueando el palacio del zamorín, fueron atacados por los naires que habían logrado reunir sus tropas.

Coutinho, llevado de su temerario arrojo, fue muerto, y el virrey necesitó de toda su habilidad y sangre fría para dirigir el reembarque de las tropas bajo el fuego del enemigo, e impedir le destrucción completa de las fuerzas enviadas por el rey Manuel.

De vuelta en Cintagara, puerto de mar dependiente del rey Narsingue, de quien los portugueses habían sabido hacer un aliado suyo, Albuquerque se enteró de que Goa, capital de un poderoso reino, era víctima de una anarquía política a la vez que religiosa. Muchos jefes se disputaban el poder. Uno de ellos, Melek Cufergugi, estaba a punto de apoderarse del trono, y era preciso aprovecharse de las circunstancias y atacar la ciudad antes que hubiera podido reunir fuerzas capaces de resistir a los portugueses.

El virrey comprendió toda la importancia del caso. La posesión de Goa, que le aseguraba la del reino de Narsingue y del Dekkan, habíale impresionado vivamente.

No vaciló, pues, y pronto los portugueses contaron con una conquista más. Goa la Dorada, ciudad cosmopolita donde coexistían todas las sectas del islam, de los parsis, adoradores del fuego, y de los cristianos, sufrió el yugo de Albuquerque, y pronto vino a ser, bajo su sabia y severa administración, que supo conciliar las simpatías de las sectas enemigas, la capital, la fortaleza y el emporio principal del imperio portugués en las Indias.

Insensiblemente, y con el correr de los años, la luz se hizo en aquellas ricas comarcas. Reuniéronse informes preciosos facilitados por todos los que habían surcado atrevidamente aquellos mares llenos de sol, y que sabían entonces que aquél era el centro de la producción de las especias, que tenían que ir a buscar tan lejos y a través de tantos peligros. Desde hacía muchos años Almeida había fundado las primeras factorías portuguesas en Ceylán, la antigua Taprobane; las islas de la Sonda y la cercana isla de Malaca excitaron entonces la codicia del rey Manuel, que había sido apellidado *el Afortunado*, y resolvió enviar una flota para explorarlas, porque Albuquerque tenía sobrado quehacer en la India conteniendo a los rajaes agitados y a los musulmanes, los moros,

como los llamaban entonces, siempre prontos a sacudir el yugo.

Los moros de Malaca, siguiendo su política tradicional, recibieron amistosamente a esta expedición que iba a las órdenes de Diego López Sequeira; pero cuando éste estaba más confiado, en vista de sus reiteradas protestas de alianza, sublevóse contra él el populacho y se vio forzado a reembarcar, dejando en poder de los malayos treinta de sus compañeros.

Había transcurrido ya bastante tiempo desde estos acontecimientos, cuando llegó a Malaca la noticia de la toma de Goa, y el *bendarra* o ministro de justicia, que ejercía la regencia en nombre de su sobrino, niño aún, temiendo al venganza que los portugueses tomarían seguramente de su traición, resolvieron apaciguarlos.

Fue, pues, a ver a sus prisioneros, se excusó, ante ellos jurando que todo se había hecho sin saberlo él y contra su voluntad, puesto que su más vivo deseo era que los portugueses fueran a comerciar con Malaca, y que había dado orden de buscar y de castigar a los autores de la traición.

Los prisioneros, naturalmente, no creyeron estas declaraciones falaces, pero, aprovechándose de la libertad relativa que se les concedió desde entonces, pudieron hábilmente enviar a Albuquerque datos precisos acerca de la situación y la fuerza de la ciudad.

Albuquerque reunió a duras penas una flota de diecinueve buques de guerra que conducían mil cuatrocientos hombres entre los cuales había ochocientos portugueses. ¿Debió entonces, como le había mandado el rey Manuel, dirigirse a Aden, la llave del mar Rojo, de la que convenía hacerse dueño si quería cerrar el paso de la nueva escuadra que el sultán de Egipto se proponía enviar a la India? Titubeaban cuando los elementos vinieron a acabar con su irresolución. En efecto, le era imposible llegar a Aden, con los vientos reinantes, que en cambio le eran favorables para descender hasta Malaca.

Esta ciudad, que se hallaba entonces en todo su esplendor, no contaba menos de cien mil habitantes. Aunque las casas estaban construidas de madera y cubiertas con hojas de palmeras, no escaseaban los edificios importantes, mezquitas y torres de piedra, y el panorama se desarrollaba en una legua de extensión.

La India, la China, los reinos malayos y los habitantes de las islas de Sonda se daban cita en su puerto, donde numerosos buques venidos de la costa de Malabar, del golfo Pérsico, del mar Rojo, de la costa del África cargaban mercancías de todo origen y de toda especie.

Cuando vio llegar la flota de Albuquerque a sus aguas el raja de Malaca comprendió que era preciso dar una aparente satisfacción a los portugueses, sacrificando el ministro que había excitado su cólera y determinado su venida. En consecuencia, envió un emisario al virrey para anunciarle la muerte del *bendarra* e informarse de las intenciones de los extranjeros.

Albuquerque respondió reclamando la devolución de los prisioneros que habían quedado en manos del raja; pero éste, deseoso de ganar tiempo para que sobreviniera el cambio del monzón que iba a producirse, cambio que forzaría a los portugueses a abandonar la costa de Malabar sin haber logrado nada, o les obligaría a quedarse en Malaca, donde contaba poder exterminarlos, inventó mil pretextos dilatorios, y, durante este tiempo, puso en batería ocho mil cañones, según las antiguas narraciones, y reunió un contingente de veinte mil hombres de tropa.

Albuquerque, perdiendo la paciencia, hizo incendiar algunas casas y muchos navíos guzáratas, principio de represalias que ocasionó al punto la devolución de los prisioneros; después, pidió treinta mil cruzados de indemnización por los daños causados a la flota de López Sequeira; y, por último, exigió que le dejaran edificar en la ciudad una fortaleza que debía servir al mismo tiempo de factoría. Esta exigencia no podía ser aceptada. Albuquerque lo sabía muy bien, y decidió entonces apoderarse de la ciudad. El día de Santiago era designado para el ataque. A pesar de una defensa muy enérgica, que duró nueve días enteros, a pesar del empleo de los medios extraordinarios, tales como los elefantes de guerra, azagayas y flechas envenenadas, trampas hábilmente disimuladas, y barricadas, la ciudad fue tomada barrio por barrio, casa por casa, después de una lucha verdaderamente heroica. Los soldados pudieron repartirse un botín inmenso.

Albuquerque no se reservó más que seis leones de bronce, dicen unos, y de hierro, según otros, que destinaba para ornar su tumba y

perpetuar el recuerdo de su victoria.

La puerta que daba al Océano y la alta Asia quedaba abierta. Muchos pueblos, hasta entonces desconocidos, entraron en relaciones con los europeos; las costumbres extranjeras y la historia fabulosa de tantas naciones iban a ser conocidas por el Occidente maravillado; una era nueva se abría, ¡y estos resultados inmensos deberíanse a la audacia asombrosa, al valor indomable de una nación apenas visible en el mapa del mundo!

Gracias a la tolerancia religiosa de que Albuquerque dio pruebas, tolerancia que contrastaba con el cruel fanatismo de los españoles, y gracias también a las hábiles medidas que supo tomar, la prosperidad de Malaca resistió a esta ruda sacudida. Algunos meses más tarde no quedaba más huella del duro trance por que había atravesado, que el pabellón portugués, que ondeaba orgullosamente en aquella inmensa ciudad, que había llegado a ser la cabeza y vanguardia del imperio colonial de este pequeño pueblo, tan grande por su valor y espíritu emprendedor.

Esta nueva conquista, a pesar de ser maravillosa, no había hecho olvidar a Albuquerque sus antiguos proyectos. Si parecía que había renunciado a ellos, era porque no le habían favorecido hasta entonces las circunstancias. Con la decisión y tenacidad que formaban el fondo de su carácter, desde el extremo meridional que acababa de fundar puso sus miradas en el Norte. Ormuz, que al principio de su carrera tuvo que abandonar por la envidia y traición de sus subordinados en el preciso momento en que el éxito iba a coronar sus esfuerzos y su constancia, Ormuz le tentaba cada día más.

La fama de sus hazañas y el terror que inspiraba su nombre indujeron a Kodja Atar a tantear el terreno, y proponiéndole la celebración de un convenio, le envió el resto del tributo que aún no había abonado. A pesar de no dar ningún crédito a estas declaraciones de amistad respetuosa, a esta fe mora que debía hacerse tan célebre como la fe púnica, el virrey acogió afablemente al emisario, esperando que podría establecer su dominación de una manera permanente en aquellas comarcas.

En 1513 o 1514, no se sabe con exactitud la fecha, cuando la conquista de Malaca y la tranquilidad que reinaba en sus otras posesiones, dejaban libres a su flota y a sus soldados. Albuquerque se dirigió hacia el golfo Pérsico.

Aunque una serie de revoluciones había cambiado el gobierno de Ormuz, y el poder estaba en manos de un usurpador llamado Rais-Nordim o Nureddin, Albuquerque exigió la entrega inmediata de la fortaleza que los portugueses habían empezado a construir, y cuando las obras estuvieron terminadas, tomó partido contra el pretendiente Rais Nordim en las luchas que dividían la ciudad de Ormuz, le arrebató el poder de Persia, se apoderó de ella y la entregó a quien había aceptado de antemano sus condiciones y que le parecía ofrecía mayores garantías de sumisión y fidelidad. Por lo demás, en lo sucesivo no le sería difícil obligarle a estar de su parte, pues Albuquerque había dejado en la nueva fortaleza una

guarnición en perfectas condiciones para hacer arrepentirse a Rais-Nordim de la menor tentativa de sublevación o veleidad de independencia. Acerca de esta expedición de Ormuz se refiere una anécdota que, a pesar de ser muy conocida vamos a reproducir.

Como el rey de Persia reclamara a Nureddin el tributo que los soberanos de Ormuz acostumbraban pagarle, Albuquerque hizo

llevar a sus naves una cantidad de balas y bombas, mostrándolas a los enviados, les dijo que aquélla era la moneda con que solía pagar los tributos el rey de Portugal. Parece que los embajadores de Persia no reiteraron su demanda.

Con su sagacidad peculiar, Albuquerque esforzóse por contentar a los habitantes, que volvieron bien pronto a la ciudad. Lejos de exprimirlos, como hicieron pronto sus sucesores, estableció una administración íntegra, que supo hacer amar y respetar el nombre portugués.

Al mismo tiempo que dirigía personalmente estos maravillosos trabajos, Albuquerque confió a algunos lugartenientes suyos la misión de explorar las regiones misteriosas cuyo acceso había abierto apoderándose de Malaca. Antonio y Francisco de Abreu, mandando una pequeña escuadra que conducía ciento veinte hombres, exploraron todo el archipiélago de Sonda, Sumatra, Java, Anjoam, Simbala, Jolor, Galam, etc.; y apenas llegados a la costa de Australia, remontaron al Norte después de haber hecho un viaje de más de quinientas leguas a través de los archipiélagos peligrosos, sembrados de escollos y de arrecifes de coral, en medio de pueblos hostiles, hasta las islas Buró y Amboine, que forman parte de las Molucas. Después de haber hecho un cargamento de clavo, moscada, madera de sándalo, de macis y perlas, se dieron a la vela en 1512 con rumbo a Malaca. Esta vez, el verdadero país de las especias había sido encontrado; no quedaba más que fundar establecimientos, y tomar definitivamente posesión de él, cosa que no debía hacerse esperar mucho.

La roca Tarpeya está cerca del Capitolio, suele decirse. Alfonso de Albuquerque habría de saberlo por experiencia; sus últimos días habían de ser muy tristes por una desgracia inmerecida, resultado de las calumnias y mentiras, trama artísticamente urdida que, si momentáneamente empañó su reputación a los ojos del rey de Portugal, no obscureció a los ojos de la posteridad la gloria de este gran conquistador. En repetidas ocasiones se había querido hacer creer al rey Manuel que la toma de Goa había sido un enorme desacierto, porque, decían, su clima debía diezmar en poco tiempo a los europeos; pero el rey, confiado en la experiencia y rectitud de su capitán mayor, no escuchó a sus enemigos, y Albuquerque le dio públicamente las gracias, diciendo: «Mayor gloria cabe al rey

Emmanuel por haber defendido a Goa contra los portugueses, que a mí por haberla conquistado dos veces». Pero en 1514, Albuquerque pidió al rey que le concediera en recompensa de sus servicios el título de duque de Goa, y sus adversadios supieron sacar partido de esta demanda imprudente.

Suárez de Albergavia y Diego Méndez, a quienes Albuquerque había enviado prisioneros a Portugal, después de declararse públicamente enemigos suyos, lograron no solamente justificarse de la acusación que Albuquerque había formulado contra ellos, sino que hasta persuadieron a don Manuel de que el virrey quería constituir un ducado independiente, cuya capital sería Goa, y acabaron por obtener su desgracia.

La noticia del nombramiento de Albergavia para el cargo de capitán general de Cochín llegó a oídos de Albuquerque cuando salía del estrecho de Ormuz para ir a la costa de Malabar; y atacado ya profundamente por la enfermedad «elevó las manos al cielo —dice Denis en su excelente historia de Portugal—, y pronunció estas sencillas palabras: "Estoy mal con el rey por el amor de los hombres, mal con los hombres por amor del rey. Viejo, vuelve tus ojos a la Iglesia, acaba de morir, ya que importa a tu honor que mueras, y que no has dejado de hacer nada que importara a tu honor"».

No bien llegó a la rada de Goa, Alfonso de Albuquerque cumplió con sus deberes religiosos, se hizo vestir con el hábito de Santiago, de cuya orden era comendador, y, «el domingo, 16 de diciembre de 1515, una hora antes de la aurora, entregó su alma a Dios. Allí terminaron todos sus trabajos, sin que le hubiesen reportado ninguna satisfacción».

Albuquerque fue enterrado con gran pompa. Los soldados que habían sido compañeros fieles de sus maravillosas aventuras y testigos de sus dolorosas tribulaciones se disputaron, llorando, el honor de llevar sus restos hasta la última morada. En su dolor, los hindús no podían creer que había muerto; decían que había sido llamado a mandar las tropas del cielo.

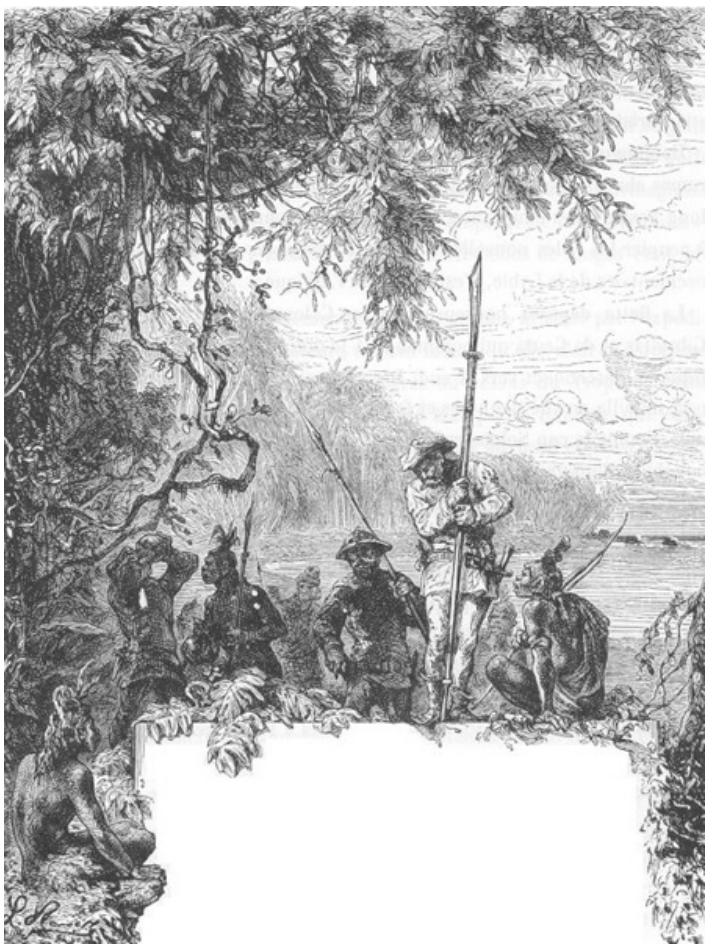
El descubrimiento relativamente reciente de una carta de don Manuel prueba que aunque este rey fue momentáneamente engañado por los falsos informes de los enemigos de Albuquerque, no tardó sin embargo en hacerle plena y entera justicia.

Desgraciadamente esta carta reparadora no llegó nunca al poder del segundo virrey de las Indias; ella hubiera endulzado la amargura de sus últimos momentos, mientras que murió con el dolor de encontrar ingrato a un soberano, a cuya gloria y poder había consagrado su existencia.

Con él —dice Michelet— desapareció entre los vencedores toda justicia, toda humanidad. Algún tiempo después, los indios fueron a la tumba del grande Albuquerque pidiéndole justicia de las vejaciones de sus sucesores.

Entre las numerosas causas que condujeron prontamente a la decadencia y pérdida del inmenso imperio colonial que Albuquerque dio a su patria, y que, aun después de su ruina, dejó en la India recuerdos indelebles, debe citarse, con Michelet, el alejamiento y diseminación de las factorías, la escasez de población de Portugal, poco proporcionada a la extensión de sus establecimientos; el excesivo amor al lucro, y las exacciones de una administración en desorden, y, por encima de todo, el indomable orgullo nacional que impidió la mezcla de razas entre vencedores y vencidos.

Esta decadencia fue, sin embargo, detenida por dos héroes, Juan de Castro, tan pobre después de haber manejado tantas riquezas, que no pudo comprarse una gallina durante su dirima enfermedad, y Ataide, que dieron una vez más a estos pueblos corrompidos el ejemplo de las más preclaras virtudes y de la administración más íntegras. Pero, después de ellos, el hundimiento se produjo: aquel inmenso imperio cayó en manos de los españoles y de los holandeses, que no supieron guardarlo intacto. Todo pasó, todo se transformó. ¿No es éste el caso de repetir, con el refrán español, pero aplicándolo a los imperios: *La vida es un sueño*?



SEGUNDA PARTE

I

LOS CONQUISTADORES DE AMÉRICA CENTRAL

I

Ojeda. —Américo Vespucio. —Da su nombre al Nuevo Mundo. —Juan de la Cosa. —V. Yáñez Pinzón. —Bastidas. —Diego de León. —Díaz de Solís. —Ponce de León y la Florida. —Balboa descubre el Océano Pacífico. —Grijalba recorre las costas de Méjico.

Las cartas y relatos de Colón y sus compañeros, que se extendían con cierta complacencia sobre la abundancia de oro y perlas encontradas en los países recientemente descubiertos, inflamó la imaginación de cierto número de comerciantes ávidos y de una multitud de hidalgos, desesosos de aventuras.

El 10 de abril de 1495, el gobierno español publicó una concesión general para ir a descubrir nuevas tierras; mas el abuso que se produjo al poco tiempo y las quejas formuladas por Colón, sobre los privilegios que de esta manera le usurpaban, ocasionaron el retiro de esta cédula el 2 de junio de 1497. Cuatro años más tarde, fue preciso renovar la prohibición e imponer como castigo a los transgresores las penas más severas.

Entonces se produjo una especie de arrastramiento general

favorecido por el obispo de Badajoz, Fonseca, del que Colón hubo de quejarse, y por aquellos que dirigían los asuntos de las Indias.

Apenas el almirante hubo salido de San Lúcar para realizar su tercer viaje, cuando cuatro expediciones de descubrimientos se organizaron casi simultáneamente a expensas de los ricos armadores, entre los cuales figuraban en primer lugar los Pinzones y Américo Vespucio.

De estas expediciones, la primera, que estaba compuesta de cuatro navíos, partió del puerto de Santa María el 20 de mayo, de 1499, bajo el mando de Alonso de Ojeda, que llevó con él a Juan de la Cosa, como piloto, y Américo Vespucio, cuyas funciones no están determinadas, pero parece haber sido el astrónomo de la flota.

Antes de resumir muy brevemente la historia de este viaje, daremos algunos detalles acerca de estos tres personajes, sobre todo del tercero, que desempeña un papel muy importante en la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo, pues éste ha recibido su nombre.

Ojeda, nacido en Cuenca hacia 1465, y criado en casa de los duques de Medinaceli, hizo sus primeras armas en las guerras contra los moros. Alistado entre los aventureros que Colón reclutaba para su segundo viaje, repetidas veces se hizo notar por su fría resolución al mismo tiempo que por los recursos de su espíritu ingenioso.

¿Qué causas ocasionaron entre Colón y Ojeda una ruptura completa, después de los eminentes servicios que este último había prestado especialmente en 1495, cuando decidió la batalla de la Vega en que la confederación caribe fue aniquilada? No se sabe. Cuando llegó a España encontró cerca de Fonseca apoyo y protección. El ministro de las Indias le enseñó, según dice, el diario del último viaje del almirante y el mapa de los países que había descubierto.

El primer piloto de Ojeda era Juan de la Cosa, nacido probablemente en Santoña. Había navegado mucho por la costa del África antes de acompañar a Colón en su primer viaje, y en la segunda expedición, en donde desempeñaba las funciones de hidrógrafo (*maestro de hacer cartas*).

Como testimonio de la habilidad cartográfica de la Cosa, poseemos dos mapas muy curiosos: uno registra los datos

adquiridos sobre el África en 1500; el otro, en vitela y enriquecido con colores como el precedente, expone los descubrimientos de Colón y sus sucesores.

El segundo piloto era Bartolomé Roldán, que había hecho igualmente con Colón el viaje de Paria.

En cuanto a Américo Vespucio, sus funciones están, como ya hemos dicho, bastante mal definidas; iba para ayudar a descubrir (*per ajutare a discoprire*, dice el texto italiano de su carta a Soderini).

Nació en Florencia el 9 de marzo de 1451, y pertenecía a una familia respetable y muy acomodada. Estudió con fruto las matemáticas, la física y la astrología, como se llamaba entonces. Sus conocimientos en historia y literatura, si se juzgan por sus cartas, eran bastante vagos y mal definidos. Salió de Florencia hacia el 1492, sin objeto determinado, y se vino a España, en donde se

ocupó primeramente en transacciones comerciales, y desempeñaba en Sevilla el cargo de factor de la poderosa casa de comercio de su compatriota Juanoto Berardi. Como esta casa había hecho a Colón los anticipos para su segundo viaje, hay motivo para suponer que Américo Vespucio conoció al almirante durante esta época. A la muerte de Juanoto en 1495, Vespucio fue puesto por los herederos de aquél a la cabeza de la contabilidad de la casa.

Sea porque estuviese cansado de una situación que no creía a la altura de su capacidad, o bien porque fue víctima a su vez de la fiebre de descubrimientos, o que pensara hacer rápidamente fortuna en los países nuevos que decían ser ricos, Vespucio se unió a la expedición de Ojeda en 1499, como consta en la declaración de este último en el pleito formulado por el fiscal a los herederos de Colón.

La flotilla, compuesta de cuatro navíos, se hizo a la vela en Santa María el 20 de mayo y dirigióse hacia el Sudoeste, empleando nada más que 27 días para descubrir el continente americano en un paraje que fue designado con el nombre de Venezuela, porque las habitaciones construidas sobre pilotes, recordaban las de Venecia. Ojeda, después de algunas tentativas inútiles para conferenciar con

los indígenas, a los que tuvo muchas veces que combatir, visitó la isla de Margarita; y al cabo de un viaje de 80 leguas al Este del Orinoco, llegó al golfo de Paria, en una bahía que se llamó bahía de *las Perlas*, porque los indígenas se dedicaban a la pesca de ostras perlíferas.

Guiado por los mapas de Colón, Ojeda pasó por la *Boca del Dragón*, que separa la Trinidad del continente, y fue hacia el Oeste, hasta el cabo de *la Vela*. Después de haber tocado las islas caribes, en donde hizo gran número de prisioneros, que contaba vender en España, hubo de detenerse en Yaquimo, en la isla Española, el 5 de septiembre de 1499.

Conociendo el almirante el atrevimiento y el espíritu inquieto de Ojeda, creyó ver un nuevo elemento de turbación en la colonia, y despachó a Francisco de Roldán con dos carabelas a fin de que averiguara los motivos de su venida, y de oponerse, en caso necesario, a que desembarcara. El almirante estuvo bien inspirado, pues apenas desembarcado con cierto número de descontentos, Ojeda excitó una sublevación en Jaragua, resuelto a expulsar a Colón. Después de varias escaramuzas que no le reportaron ninguna ventaja, fue necesario que en una entrevista, Roldán, Diego de Escobar y Juan de la Cosa se interpusieran para decidir a Ojeda a partir de la Española. Llevóse consigo un prodigioso cargamento de esclavos, que vendió en el mercado de Cádiz pon sumas enormes. En febrero de 1500, entró en España, siendo precedido por Américo Vespucio y B. Roldan, que había regresado el 18 de octubre de 1499.

La latitud más meridional que Ojeda alcanzó en su viaje es el 4º Norte, y la expedición de descubrimientos no duró más que tres meses y medio.

Nos hemos extendido un poco acerca de este viaje, porque fue el primero que realizó Vespucio. Ciertos autores, sobre todo Varnhagen, y últimamente M.
H. Major
en su historia del príncipe Enrique el Navegante, admite que el primer viaje de Vespucio fue en 1497, y que habría visto, por lo tanto, el continente americano antes que Cristóbal Colón; pero nosotros hemos tenido a bien establecer la fecha de 1499, apoyándonos en la autoridad de Humboldt, que ha consagrado

tantos años al examen de la historia del descubrimiento de América, y teniendo presente lo que dicen Edmundo Charton y Julio Codina, que trató esta cuestión en el Boletín de la sociedad de Geografía de 1873 a propósito de la obra de Major. «Aun cuando fuese verdad, dice Voltaire, que Vespucio hizo el descubrimiento de la parte continental, la gloria no sería suya, pues pertenece incontestablemente al que tuvo genio y valor para emprender el primer viaje, a Colón. La gloria, como dice Newton en su disputa con Leibnitz, no es sino del inventor». Pero ¿cómo admitir en 1497, diremos con Codina, «una expedición que habría descubierto 850 leguas de costas de tierra firme sin que quedara el menor vestigio ni en los grandes historiadores contemporáneos ni en las deposiciones jurídicas, donde a propósito de las reclamaciones del heredero de Colón, contra el gobierno español, expuso en juicio contradictorio, cada jefe de expedición la prioridad de sus descubrimientos en cada parte de la costa recorrida?».

En fin, los documentos auténticos, sacados de los archivos de la *Casa de Contratación*, afirman que Vespucio fue el encargado del armamento de los navíos destinados a la tercera expedición de Colón en Sevilla y en San Lúcar, desde el mes de agosto de 1497 hasta la partida de Colón, el 20 de mayo de 1498.

Los relatos que se poseen de los viajes de Vespucio, son extremadamente difusos, faltándoles precisión y orden; no da acerca de los lugares que ha recorrido más que algunos informes muy vagos, que se pueden aplicar a tal punto de la costa como a otro; no hace de los sitios en que estuvo, así como de sus compañeros de viaje, ninguna indicación que pueda ilustrar al historiador. Ni un solo nombre de personaje conocido, y hechos que se contradicen; he aquí lo que se encuentra en las cartas famosas por el número de comentarios a que dieron lugar. «Hay, dice A. de Humboldt, como una especie de juego en los documentos más auténticos, para embrollar todo lo que se refiere al navegante florentino».

Acabamos de referir el primer viaje de Ojeda, con el cual coincide el primero de Vespucio, según Humboldt, que ha comparado y puesto en claro los principales incidentes de los dos relatos. Ahora bien, Varnhagen dice, que habiendo partido el 10 de mayo de 1497 Vespucio penetró en el golfo de Honduras en 10 de junio, siguió las costas del Yucatán y de Méjico, remontó el

Mississipi, y dobló, a fines de febrero del año siguiente, la punta de la Florida. Después de un descanso de treinta y siete días en la desembocadura del San Lorenzo, entró en Cádiz en Octubre del año 1498.

Si Vespucio efectuó realmente esta maravillosa expedición, deja muy atrás a los navegantes contemporáneos suyos, y con toda justicia habríase impuesto su nombre al continente americano, ya que él había explorado una larga línea del litoral. Pero nada de esto está probado, y la opinión de Humboldt ha parecido hasta aquí a los escritores más autorizados que reúne la mayor suma de probabilidades.

América Vespucio hizo tres viajes más. Humboldt identifica el primero con el de Vicente Yáñez Pinzón, y Avezac con el de Diego de Lepe
(1499-1500).
A fines de este último año, Giuliano Bartolomeo de Giocondo fue intérprete del rey Manuel ante Vespucio y le arrastró a pasar al servicio de Portugal. Vespucio hizo dos viajes más al servicio de esta potencia. En el primero no era él jefe de la expedición, y no representaba a bordo de la flota más que el papel de un hombre que por sus conocimientos náuticos podía ser útil en circunstancias dadas. La extensión de las riberas americanas recorridas en su tercera expedición estaba comprendida entre él cabo de San Agustín y el grado 52 latitud austral.

La cuarta expedición de Vespucio se señaló con el naufragio del buque almirante cerca de la isla de Fernando de Noronha, circunstancia que impidió a las demás naves proseguir su rumbo y hacer vela al otro lado del cabo Buena Esperanza, hacia Malaca, obligándoles a entrar en la bahía de Todos los Santos, en el Brasil. Este cuarto viaje lo realizó Vespucio con Gonzalo Coelho.

En cuanto al tercero, se ignora por completo quién era el jefe.

Estas diferentes expediciones no habían enriquecido a Vespucio; siendo tal su situación en la corte de Portugal, que determinó volver al servicio de España.

El 22 de marzo de 1608 fue nombrado *piloto mayor*. Como los emolumentos del nuevo cargo fuesen para él bastante importantes, acabó sus días, si no rico, a lo menos al abrigo de sus necesidades, y murió en Sevilla el 22 de febrero de 1512, en la convicción de que,

como Colón, había llegado a las riberas del Asia.

Américo Vespucio, es sobre todo célebre porque el Nuevo Mundo recibió su nombre, aunque con justicia debería llamarse Colombia. Pero no fue culpa suya, ni le alcanza responsabilidad. Durante largo tiempo, y sin razón se le acusó de impudencia, de superchería y de embuste, pretendiendo que había querido obscurecer la gloria de Cristóbal Colón y atribuirse el honor de un descubrimiento que no le pertenecía. No hay nada de eso. Vespucio era amado y estimado por Colón y sus contemporáneos, y nada en sus escritos apoya esa imputación calumniosa. Existen siete documentos impresos atribuidos a Vespucio, que son la narración abreviada de los cuatro viajes de Vespucio, dos relatos más del tercero y cuarto viaje en forma de cartas dirigidas a Lorenzo Pedro Francisco de Médicis, y por fin una carta dirigida al mismo personaje relativa a los descubrimientos de los portugueses en las Indias. Estos documentos, impresos en forma de folleto o de libritos, fueron pronto traducidos en muchas lenguas y se propagaron por toda Europa.

En 1507 un tal Hylacolymus, cuyo nombre verdadero era Martín Waldtzemuller, en un libro impreso en Saint-Dié, y titulado *Cosmografiae introductio*, fue el primero en proponer que se diese al Nuevo Mundo el nombre de América.

En 1509 apareció en Estrasburgo un pequeño tratado de geografía que siguió la recomendación de Hylacolymus; en 1520 fue impresa en Basilea una edición de Pomponio Mela, que contenía un mapa del Nuevo Mundo con el nombre de América. El número de obras que, después de esta época emplearon a Waldtzemuller, fue cada día mayor. Algunos años más tarde, mejor enterado de quién era el verdadero descubridor, y sobre todo el valor de los viajes de Vespucio, Waldtzemuller quiso hacer desaparecer de su obra todo lo referente a este último, substituyendo en todo el nombre de Vespucio por el de Colón. ¡Pero ya era tarde! El error estaba ya consagrado.

En cuanto a Vespucio, es muy probable que no tuviese conocimiento de los rumores propalados en Europa y lo que pasó en Saint-Dié. Testimonios unánimes alaban su honradez, y deben definitivamente limpiarle de una acusación inmerecida que durante largo tiempo pesó sobre su memoria.

Al mismo tiempo que Ojeda, partieron de España dos expediciones más, compuesta la primera de una sola nave, que salió de la barra de Saltés el mes de junio de 1499. El comandante era Pedro Alonso Niño, que había servido a las órdenes del almirante en sus dos últimos viajes, y llevaba de segundo un comerciante de Sevilla, Cristóbal Guerra, que sin duda había hecho los gastos de la expedición. Este viaje a la costa de Paria parece que tuvo por objeto un comercio lucrativo más que el interés científico. No se realizó ningún nuevo descubrimiento, pero los dos viajeros regresaron a España con una cantidad de perlas bastante considerable para excitar la codicia de sus compatriotas y el deseo de tentar aventuras semejantes.

El segundo viaje fue dirigido por Vicente Yáñez Pinzón, hermano menor de Alonso, el comandante de *la Pinta*, que se mostro tan envidioso de Colón y que adoptó esta falsa divisa:

A Castilla y a León
Nuevos mundos dio Pinzón

Yáñez Pinzón, cuyo afecto hacia el almirante era tan grande, como la envidia de su hermano, le había adelantado la octava parte de los gastos de la empresa, y había mandado *la Niña* en la expedición de 1492.

Partió en diciembre de 1499 con cuatro naves, de las cuales sólo dos volvieron a entrar en Palos a fines de septiembre de 1500. Abordó el continente un poco más abajo de los parajes visitados algunos meses antes por Ojeda, exploró la costa en una longitud de 700 a 800 leguas, y descubrió el cabo de San Agustín, situado en los 8º 20' de latitud austral; siguió la costa al Noroeste hasta el Río Grande, al que dio el nombre de *Santa María de la Mar Dulce*, y siguiendo la misma dirección llegó al cabo de San Vicente.

Por fin, de enero a junio del año 1500, Diego de Lepe, con dos carabelas exploró los mismos parajes; pero en este viaje no tenemos que registrar más que la observación muy importante hecha en la dirección de las costas del continente a partir del cabo de San Agustín.

Apenas Lepe acababa de llegar a España, Rodrigo de Bastidas, hombre honorable y rico, salía para ir al descubrimiento de nuevas

tierras, pero sobre todo con el objeto de obtener el oro y las perlas que cambiaban entonces por cuentas de vidrio y otros objetos de poco valor.

Juan de la Cosa, cuya habilidad era proverbial (y que conocía todos aquellos parajes por haberlos explorado), era en realidad el jefe de la expedición. Los navegantes ganaron tierra firme, vieron el río Sinú, el golfo de Urabá, y llegaron al *Puerto del retrete o de los Escribanos*, en el istmo de Panamá. Este puerto, que no fue reconocido por Colón hasta el 26 de noviembre de 1502, está situado a diecisiete millas de la ciudad que bien pronto fue célebre pero que hoy está destruida, llamada *Nombre de Dios*.

En breve, esta expedición, organizada por un negociante, llegó a ser, gracias a Juan de la Cosa, uno de los viajes más fecundos en descubrimientos. Por desgracia, debía acabar tristemente. Las naves se perdieron en el golfo de Jaragua, lo que obligó a Bastidas y la Cosa a tomar tierra en Santo Domingo. Aquí Bobadilla, aquel hombre incorruptible, aquel gobernador modelo del cual hemos relatado la infame conducta observada con Colón, hizo arrestar a los dos exploradores, con el pretexto de que habían comprado oro a los indígenas de Jaragua, y los envió a España, donde no llegaron sino después de haber sufrido una horrible tempestad, en la que pereció una parte de la flota.

Después de esta expedición fecunda en resultados, los viajes de descubrimientos son menos frecuentes, durante muchos años, que fueron consagrados por los españoles a asentar su dominación en las comarcas donde habían fundado establecimientos.

En 1493, la colonización de la Española había sido empezada y construían la ciudad de la Isabela. Cristóbal Colón recorrió personalmente dos años más tarde el país, sometió a los pobres salvajes, con la ayuda de perros terribles, adiestrados en la caza de indios, y obligándoles al trabajo excesivo de las minas, ellos que estaban habituados a no hacer nada. Bobadilla, y después Ovando, trataban a los indios como a una manada de bestias, y los habían repartido entre los colonos. Las crueldades hacia esta desgraciada raza, hacíanse cada día más espantosas. En una innoble emboscada, Ovando se apoderó de la reina de Jaragua y de trescientos de los principales del país. A una señal dada, todos ellos fueron pasados a cuchillo, sin que les pudieran reprochar nada.

«Durante muchos años, dice Robertson, el oro que entró en las cajas reales de España se elevó a
460 000
pesos (cerca de 2.
400 000
libras tornesas), lo que parece una suma prodigiosa, si se atiende al gran aumento del valor que el dinero había adquirido a principios del siglo XVI».

En 1511, Diego Velázquez hizo la conquista de Cuba con trescientos hombres, en la cual se renovaron las escenas de asesinato y de pillaje que han hecho tan tristemente famosos a los conquistadores españoles. Cortaban las manos a los indios, les sacaban los ojos, vertían aceite hirviendo en sus heridas, cuando no les quemaban a fuego lento para arrancarles el secreto de los tesoros, de los cuales les creían poseedores. Así la población disminuía rápidamente, y el día no estaba lejano en que sería completamente exterminada. Hay que leer en Las Casas, el infatigable defensor de esta raza tan odiosamente perseguida, el conmovedor relato de las torturas que en todas partes sufrían los indios.

En Cuba, el cacique Hattuey, hecho prisionero, fue condenado a morir en la hoguera. Atado a un poste, un franciscano se esforzaba en convertirle y le prometía que gozaría en seguida de todas las delicias del paraíso, si quería abrazar la fe cristiana.

—¿Hay españoles —dijo Hattuey— en ese lugar de delicias de que me hablas?

—Sí —respondió el monje—; pero solamente aquellos que han sido justos y buenos.

—¡El mejor de ellos —replicó el cacique indignado— no puede tener ni justicia ni bondad! No quiero ir a un lugar donde puedo encontrar un solo hombre de esa raza maldita.

¿No basta éste solo hecho para pintar el grado de desesperación a que habían llegado aquellas desgraciadas poblaciones? ¡Y estos horrores se reproducían allí donde ponían los pies los españoles! Pero echemos un velo sobre estas atrocidades cometidas por hombres que se creían civilizados y pretendían convertir al cristianismo, religión de perdón y de caridad, a pueblos menos salvajes que ellos mismos.

Durante los años 1504 y 1505, cuatro naves exploraron el golfo de Urabá. Éste es el primer viaje en el que Juan de la Cosa tuvo el mando supremo, y en esta misma época debe colocarse el tercer viaje de Ojeda a la tierra de Coquibacoa, viaje cierto, según la expresión de Humboldt, pero muy obscuro.

En 1507, Juan Díaz de Solís, de acuerdo con Vicente Yáñez Pinzón, descubrió una vasta provincia conocida después con el nombre de Yucatán. Aunque esta expedición no fue notable por ningún suceso extraordinario, dice Robertson, es digna de mención porque conduce a descubrimientos de grande importancia. Por la misma razón recordaremos el viaje de Diego de Ocampo que, encargado de dar la vuelta a Cuba, fue el primero en reconocer con certeza que aquel país, considerado en otro tiempo por Colón como una parte del continente, no era más que una gran isla.

Dos años más tarde, Juan Díaz de Solís y Vicente Pinzón, navegando al Sur de la línea equinoccial, avanzaron hasta el grado 40 de latitud meridional, y comprobaron con no poca sorpresa que el continente se extendía a su derecha en aquella inmensa longitud. Desembarcaron varias veces, tomaron solemnemente posesión del país, pero no fundaron establecimientos a causa de la escasez de sus medios. El resultado más positivo del viaje fue una apreciación más exacta de la extensión de esta parte del globo.

El primero que tuvo la idea de fundar una colonia en el continente fue Alonso de Ojeda, del cual hemos contado más arriba sus correrías aventureras. Sin fortuna, pero conocido por su audacia y espíritu emprendedor, encontró fácilmente asociados, que le

suministraron los fondos necesarios para la empresa.

Al mismo tiempo, Diego de Nicuesa, rico colono de la Española, organizó una expedición con el mismo objeto (1509). El rey Fernando, siempre pródigo en buenas y poco costosas empresas, concedióles a los dos muchas patentes y títulos honoríficos, pero no les dio ni un maravedí. Erigió en el continente dos gobiernos, de los cuales uno se extendía desde el cabo de la Vela hasta el golfo de Darién, y el otro, desde este golfo hasta el cabo *Gracias a Dios*. El primero fue dado a Ojeda, el segundo a Nicuesa. Estos dos «conquistadores» tuvieron esta vez que luchar más con aquellos pueblos que eran menos benignos que los de las Antillas. Decididos a oponerse a la invasión de su país, disponían de medios de resistencia nuevos para los españoles; así es que la lucha fue encarnizada. En un solo combate, sesenta de los compañeros de Ojeda perecieron a causa de las flechas de los salvajes, armas terribles, empozoñadas con el «curare», veneno tan activo que la menor herida era seguida de muerte. Nicuesa, por su parte, había tenido que fortificarse para defenderse, de suerte que a pesar de los dos refuerzos considerables recibidos de Cuba, la mayor parte de los que se habían alistado para estas expediciones perecieron en el mismo año, uno tras otro, de las heridas, de las fatigas, de enfermedades o de las privaciones. Los supervivientes fundaron la pequeña colonia de Santa María la Antigua, en el Darién, bajo el mando de Balboa.

Pero antes de contar la maravillosa expedición de este último, debemos registrar el descubrimiento de una comarca que forma la extremidad septentrional de ese arco profundamente ahuecado en el continente, que lleva el nombre de Golfo de Méjico.

En 1502, Juan Ponce de León, perteneciente a una de las más antiguas familias de España, había llegado con Ovando a la Española, contribuyendo a la sumisión de esta isla, y conquistando, en 1508, la de San Juan de Puerto Rico. Habiendo oído decir a los indios que existía en la isla de Bimini una fuente milagrosa cuyas aguas rejuvenecían al que las bebiera, Ponce de León resolvió ir en su busca. Fuerza es creer que sentía la necesidad de experimentar aquella agua, aunque no tenía más que cincuenta años. Ponce de León equipó a su costa tres bajeles y partió del puerto de San Germán de Puerto Rico el 1.º de marzo de 1512. Dirigióse hacia las

Lucayas, que visitó concienzudamente, así como el archipiélago de Bahama. Si no encontró la fuente de la Juventud, que buscaba inocentemente, encontró por lo menos una tierra que le pareció fértil y a la cual dio el nombre de Florida, sea porque desembarcó en ella el día de Pascua Florida o bien a causa de su aspecto encantador. Tal descubrimiento habría satisfecho a un investigador menos obstinado; pero Ponce de León fue de isla en isla probando todas las fuentes que encontró, sin notar, no obstante, que sus cabellos blancos se volvieran negros, ni que sus arrugas desaparecieran. Cansado por fin de ejercer el papel de ingenuo, después de seis meses de infructuosas excursiones, abandonó la partida, dejando a Pérez de Ortubia y al piloto Antonio de Alaminos que continuaran la investigación, y entró en Puerto Rico el 5 de octubre. «Tuvo que sufrir muchas burlas de los que le habían visto regresar más enfermo y más viejo de lo que había partido». Se podría colocar esta expedición, ridícula en sus motivos, pero fértil en sus resultados, en el número de los viajes imaginarios, si no estuviera garantizada por historiadores tan serios como Pedro Martyr, Oviedo, Herrera y Garcilaso de la Vega.

Vasco Núñez de Balboa, que era quince años más joven que Ponce de León, había llegado a América con Bastidas y se había establecido en la Española; pero allí, lo mismo que le sucedía a gran número de sus compatriotas, a pesar del *repartimiento* de indios que le había sido concedido, estaba tan cargado de deudas que no deseaba otra cosa que substraerse a las persecuciones de sus numerosos acreedores. Por desgracia suya, existía una orden prohibiendo la carga para tierra firme de todo buque que recibiera a su bordo a los deudores insolventes. Gracias a su espíritu ingenioso, Balboa supo eludir esta dificultad, y metido en un tonel vacío llegó hasta el buque que llevaba a Encisco al Darién. Quieras que no, el jefe de la expedición tuvo que aceptar el concurso tan singularmente impuesto de aquel bravo aventurero, que no huía sino delante de los alguaciles, como lo probó tan pronto como desembarcó.

Habituados los españoles a encontrar tan poca resistencia en las Antillas, no pudieron someter los pueblos feroces de tierra firme. A causa de sus disensiones intestinas, hubieron de refugiarse en Santa María la Antigua, que Balboa, elegido comandante en lugar de

Encisco, fundó en el Darién.

Si Balboa supo hacerse temer de los indios por su bravura personal, por la ferocidad de su lebrel *Leoncico*, más temible que veinte hombres armados y que recibía regularmente la paga de un soldado, Balboa se hizo igualmente simpático a los indios por su justicia y su moderación relativa, ya que no admitía las crueldades inútiles. Durante muchos años, Balboa recogió preciosos informes sobre *El Dorado*, país del oro adonde no había de llegar nunca, pero que debía facilitar el acceso a sus sucesores.

De esta manera fue como supo la existencia a seis soles (seis días de viaje) de otro mar, del Océano Pacífico, que bañaba el Perú, país donde se encontraba el oro en gran cantidad. Balboa, cuyo carácter era tan bien templado como el de Cortés y de Pizarro, pero no tuvo como ellos el tiempo para probar las cualidades extraordinarias de que la naturaleza le había dotado, no se engañó acerca del valor de aquellas noticias, y comprendió toda la gloria que tal descubrimiento haría recaer sobre su nombre.

Reunió ciento noventa voluntarios, todos soldados intrépidos, habituados, como él a los azares de la guerra, aclimatados a los efluvios malsanos de una comarca pantanosa, donde las fiebres, la disentería y las enfermedades del hígado existen en estado endémico.

El istmo del Darién no tenía más que sesenta millas de anchura y estaba cortado por una cadena de altas montañas, al pie de las cuales, terrenos de aluvión, extremadamente fértiles, mantenían una vegetación frondosa de la cual los europeos no pueden hacerse idea. Es una confusión inextricable de bejucos, de arbustos y de árboles gigantescos que ocultan por completo el sol, verdadero bosque virgen cortado a veces por lagunas de agua cenagosa y que habitan una multitud de pájaros, de insectos y de animales jamás turbados por alma viviente. Un calor húmedo agota las fuerzas y abate en poco tiempo la energía del hombre más robusto.

A estos obstáculos que la naturaleza parecía haber sembrado con mano pródiga en el camino que Balboa debía recorrer, iban a unirse otros, no menos formidables, que los feroces habitantes de aquel país inhospitaliario debían oponerle. Sin temor a los riesgos que podía hacer correr a su expedición, a la fidelidad problemática de sus guías y de los auxiliares indígenas, Balboa partió, escoltado por

un millar de indios porteadores y por una trailla de terribles lebreles que habían tomado el gusto a la carne humana en la Española.

De las tribus que encontró en su camino, unas se refugiaron en las montañas con sus provisiones; las otras, aprovechándose de las ondulaciones del terreno, probaron de luchar. Marchando entre los suyos, sufriendo privaciones sin que economizara ninguna para sí, Balboa supo levantarles el ánimo, más de una vez desfallecido, e inspirarles tal entusiasmo, que después de veinticinco días de marchas y combates, pudo por fin descubrir desde lo alto de una montaña aquel inmenso Océano, del cual, cuatro días después, con la espada desnuda en una mano y la bandera de Castilla en la otra tomó posesión en nombre del rey de España.

La parte del Pacífico a que acababa de llegar está situada al este de Panamá y lleva aún hoy día el nombre de golfo de San Miguel, que Balboa le dio. Las noticias obtenidas de los caciques vecinos, a los que sometió por las armas, y entre los que hizo un cuantioso botín, concordaban perfectamente con las que había recogido a su partida.

Existía en el Sur un vasto imperio «tan rico en oro, que lo más despreciables objetos estaban hechos de este metal», y donde los animales domésticos, las llamas, cuya figura, dibujada por los indígenas, recordaba la del camello, habían sido amaestradas y llevaban pesados fardos. Estos detalles y la gran cantidad de perlas que le fueron ofrecidas, confirmaron a Balboa en la idea de que

había llegado a las comarcas asiáticas descritas por Marco Polo y que no estaba lejos de aquel imperio de Cipango, del cual el viajero veneciano había descrito las maravillosas riquezas que brillaban sin cesar ante los ojos de aquellos ávidos aventureros.

Repetidas veces atravesó Balboa el istmo de Darién, y siempre en direcciones diferentes. Por eso, A. de Humboldt ha podido decir con razón que este país era mejor conocido a principios del siglo XVI que en su tiempo. Además, Balboa había lanzado en el Océano que acababa de descubrir dos buques construidos por orden suya, y preparaba un formidable armamento con el cual contaba conquistar el Perú, cuando fue odiosa y jurídicamente muerto por orden del gobernador del Darién, Pedrarias Dávila, celoso de la reputación que ya había conquistado y de la gloria que iba sin duda a reportarle su audacia con la expedición que proyectaba. La conquista del Perú se retardó veinticinco años a causa de la envidia criminal de un hombre cuyo nombre ha llegado a ser, por el asesinato de Balboa, casi tan célebre como el de Eróstrato.

Sí, gracias a Balboa, se habían recogido los primeros documentos un poco precisos sobre el Perú, y otro explorador debía proporcionarlos no menos importantes acerca de aquel vasto imperio de Méjico, que había impuesto su dominación a casi toda la América central.

Juan de Grijalba había recibido en 1518, el mando de una flotilla de cuatro buques, armados por Diego Velázquez, el conquistador de Cuba, para recoger noticias aceres del Yucatán, visitado el año precedente por Hernán de Córdoba. Acompañado Grijalba del piloto Alaminos, que había hecho con Ponce de León el viaje de la Florida, llevaba a sus órdenes doscientos cuarenta voluntarios, entre los cuales se encontraba Bernal Díaz del Castillo, el sincero autor de una interesante historia de la conquista de Méjico, a la que nos hemos de referir con frecuencia.

Después de trece días de navegación, Grijalba tomó tierra en la costa de Yucatán y la isla de Cozumel, dobló el cabo de Cotoche, y se internó en la bahía de Campeche. Desembarcó el 10 de mayo en Potonchan, cuyos habitantes, a pesar de la sorpresa que les causaron los navíos, a los que tomaban por monstruos marinos, y aquellos hombres de rostro pálido que lanzaban rayos, defendieron tan vigorosamente la aguada y la ciudad, que cuarenta y siete

españoles fueron muertos y hubo gran número de heridos. Tan calurosa recepción no animó a Grijalba a hacer una larga estada en aquella nación belicosa, y se hizo a la mar, después de cuatro días de detención, continuando su viaje a lo largo de la costa de Méjico, hacia el Oeste, entró el 17 de mayo en un río llamado Tabasco, por los indígenas, y pronto se vio rodeado de una flotilla de cincuenta piraguas, cargadas de guerreros apercibidos para el combate. Gracias a la prudencia de Grijalba y a las demostraciones amigables que les hizo, la paz no fue turbada.

«Les hicimos decir —escribe Bernal Díaz— que estábamos sujetos a un gran emperador que se llamaba Carlos, que ellos también debían aceptarlo por señor, y que lo pasarían bien. Nos respondieron que tenían ya un soberano, y que no comprendían que apenas llegados, les ofreciéramos otro antes de conocerles».

Es preciso reconocer que esta respuesta no tiene nada de salvaje.

En cambio de algunas chucherías europeas sin valor, los españoles recibieron pan de yuca, goma de copal, pedazos de oro labrado en forma de peces o pájaros, así como vestidos de algodón, fabricados en el país. Como los indígenas embarcados en el cabo de Cotuche no entendían bien la lengua de los habitantes de Tabasco, la detención en este sitio fue breve, y haciéndose a la mar los navegantes pasaron delante del río Guatzacoalco, vieron las sierra nevadas de San Martín y echaron el áncora en la embocadura de un río que fue llamado Río de las Banderas, a causa de las numerosas banderas blancas que en señal de paz los indígenas desplegaron a la vista de los extranjeros. Cuando desembarcó Grijalba fue recibido con los honores que sólo se rinden a los dioses. Le incensaron con el copal y depositaron a sus pies 1500 piastras, en pequeñas joyas de oro, perlas verdes y hachas de cobre. Después de haber tomado posesión del país, los españoles llegaron a una isla que fue llamada de los *Sacrificios*, porque encontraron en una especie de altar puesto en lo alto de una ancha escalera, cinco indios sacrificados desde la víspera, con el pecho abierto, el corazón arrancado y los brazos y las piernas cortados. Después se detuvo delante de otra pequeña isla que recibió el nombre de San Juan, que era el santo del día, y al cual añadieron la palabra Culua, que oían repetir a los indios, en aquel país. Ahora bien, Culua era el nombre antiguo de Méjico y aquella isla San Juan de Culua, es hoy San Juan de Ulloa.

Después de haber cargado en un navío que mandó a Cuba el oro que había recogido, Grijalba continuó siguiendo la costa, descubrió las sierras de Tusta y de Tuspa, recogió numerosas y útiles noticias acerca de esta comarca populosa y llegó a Río Panuco, donde se vio asaltado por una flotilla de embarcaciones contra las cuales pasó todas las penas del mundo para defenderse. La expedición tocaba a su fin, los buques estaban en muy mal estado y los víveres escaseaban; los voluntarios, heridos oí enfermos, eran muy poco número para poder dejarlos siquiera al abrigo de las fortificaciones, en medio de aquellos pueblos guerreros. Los jefes mismos no estaban de acuerdo sobre lo que habían de hacer. Después de haber carenado el mayor de los buques en el río Tonala, donde Bernal Díaz se alaba de haber sembrado las primeras pepitas de naranjo que hubo en Méjico, los españoles emprendieron en breve el rumbo hacia Santiago de Cuba, donde llegaron el 15 de noviembre, después de un crucero de siete meses y no cuarenta y cinco días, como dice Fernando Denis en la biografía de Didot, y como ha repetido en los *Viajeros antiguos y modernos* Edmundo Charton.

Considerables fueron los resultados obtenidos en aquel viaje. Por primera vez la inmensa línea de costas que forman la cercana isla de Yucatán, la bahía de Campeche y el fondo del golfo de Méjico habían sido explorados sin interrupción de cabo a cabo. No solamente se sabía ya que el Yucatán no era una isla, como hasta entonces se había creído, sino que se habían recogido numerosos y precisos informes acerca de la existencia del rico y poderoso imperio de Méjico. Teníanse sobre todo, muestras de una civilización más avanzada que la de las Antillas, de la superioridad en arquitectura, del hábil cultivo del suelo, de la delicadeza del tejido de los vestidos de algodón y de la figura de los adornos de oro que llevaban los indígenas, cosas todas que debían avivar entre los españoles de Cuba la sed de riquezas y decidirles a lanzarse, como modernos argonautas, a la conquista de aquel nuevo vellocino de oro.

Pero Grijalba no había de recoger los frutos de aquella peligrosa e inteligente navegación que arrojaba una luz tan nueva sobre lo que se sabía de la civilización india. El *sic vos, non vobis* del poeta debía tener una vez más aplicación en aquellas circunstancias.

II

Hernán Cortés. —Su nombramiento. —Preparativos de la expedición y tentativas de Velázquez para detenerla. — Desembarco en Veracruz. —Méjico y el emperador Moctezuma. —La república de Tascala. — Marcha sobre Méjico. —El emperador prisionero. —Traición de Narváez. — La Noche Triste. —Batalla de Otumba. —Segundo sitio y toma de Méjico. —Expedición a Honduras. —Viaje a España. —Expedición al Océano Pacífico. —Segundo viaje de Cortés a España. —Su muerte.

No había esperado Velázquez la vuelta de Grijalba para enviar a España los ricos productos de los países descubiertos por éste, solicitando del consejo de Indias, así como del obispo de Burgos un aumento a la autoridad que le permitiese intentar la conquista. Al mismo tiempo preparó un nuevo armamento proporcionado a los peligros y la importancia de la empresa que meditaba; pero si le fue relativamente fácil reunir el material y el personal necesarios, no pudo así mismo Velázquez, a quien un escritor nos presenta como poco generoso, crédulo y receloso, encontrar un jefe. Éste debía reunir cualidades casi siempre incompatibles: un gran talento y un valor intrépido, sin los cuales no se podía esperar buen resultado, y al mismo tiempo bastante docilidad y sumisión para no hacer nada sin sus órdenes, y dejarle a él, que no corría ningún riesgo, la gloria de la empresa y de su éxito. Unos, valientes y emprendedores, no querían verse reducidos al papel de instrumento; otros, más dóciles o más disimulados, no tenían las cualidades que se requerían para llevar a cabo una empresa tan vasta; éstos, los que acababan de hacer la campaña con Grijalba, querían que se diese a su jefe el mando supremo; aquéllos, preferían a Agustín Bermúdez o a Bernardino Velázquez. Mientras esto pasaba, dos favoritos del

gobernador, Andrés Duero, su secretario, y Amador de Lares, contador en Cuba, aliáronse con un hidalgo llamado Hernán Cortés, con la condición de partir con éste los beneficios.

«Expresáronse en términos tan buenos y melosos —dice Bernal Díaz— haciendo grandes elogios de Cortés, asegurando que era el hombre que más convenía para el empleo, que sería un jefe intrépido seguramente fiel a Velázquez, de quien era ahijado, que le convencieron y fue nombrado Cortés capitán general. Y como Andrés Duero era secretario del gobernador, se encargó de formular por escrito los poderes con buena tinta, muy amplios y a gusto de Cortés; y se les entregó debidamente firmados».

Ciertamente que no era el hombre a quien Velázquez hubiera escogido si hubiera podido leer en el porvenir.

Había nacido Cortés en 1485, en Medellín, y era hijo de familia antigua pero de escasa fortuna. Después de haber estudiado algún tiempo en Salamanca, volvió a su pueblo natal en el cual la residencia tranquila y apacible que en él disfrutaba, no podía convenir por mucho tiempo a su bullicioso carácter y a su genio caprichoso, así es que partió en breve para América, contando con

la protección de su pariente Ovando, gobernador de la Española.

En efecto, Cortés ocupó al llegar muchos empleos honrosos y lucrativos, sin contar con que también tomó parte en algunas expediciones dirigidas contra los indígenas. Desgraciadamente a la vez que se iniciaba en la táctica india, se familiarizó también con los actos de crueldad que a menudo han manchado el nombre castellano. En 1511, acompañó a Diego Velázquez en su expedición a Cuba, y de tal modo se distinguió, que, a pesar de ciertos disentimientos con su jefe, disentimientos completamente aclarados por los autores modernos, obtuvo en recompensa de sus servicios una gran concesión de tierras y de indios.

Gracias a su actividad e industria, había juntado Cortés en pocos años tres mil castellanos, suma considerable para su posición.

Aun cuando hasta entonces no había obtenido ningún mando en jefe, su actividad infatigable, que había sucedido a la fogosidad de la juventud, su prudencia muy conocida, su hombría de bien, como se decía entonces, su gran rapidez y decisión, y por último su talento, que se le reconocía en alto grado, para saber atraer los corazones con la cordialidad de su carácter, fueron cualidades que supieron hacer valer sus dos protectores para con Velázquez. Añadíase a esto, que tenía una hermosa presencia, una habilidad prodigiosa en todos los ejercicios corporales y una resistencia asombrosa aun entre aquellos aventureros acostumbrados a toda clase de sufrimientos.

Una vez recibida su comisión con pruebas del más respetuoso agradecimiento, enarboló Cortés, a la puerta de su casa, una bandera de terciopelo negro bordado de oro, que tenía en el centro una cruz roja rodeada de llamas azules y blancas y por debajo esta leyenda en latín: «Amigos, sigamos la cruz, y si tenemos fe, por este signo venceremos». Desde aquel momento reconcentró todos los recursos de su carácter ingenioso en los medios propios para realizar su empresa.

Llevado por un entusiasmo de que no le hubieran creído capaz jamás aun aquellos que le conocían a fondo, no sólo consagró todo el dinero que poseía al armamento de su flota, sino que empeñó sus propiedades, y pidió prestados a sus amigos sumas considerables, que le sirvieron para comprar buques, víveres, municiones de guerra y caballos. En pocos días se alistaron trescientos voluntarios

atraídos por la fama del general y estimulados por los riesgos y probables provechos de la expedición.

Pero Velázquez, siempre receloso y tal vez inducido por algunos envidiosos, quiso detener la expedición a su salida. Advertido por sus dos protectores de que el gobernador quería quitarle el mando en jefe, tomó Cortés su resolución, y aun cuando la tripulación estaba incompleta y el armamento era insuficiente, reunió sus hombres y levó anclas durante la noche. Burlado Velázquez de este modo, disimuló su cólera, pero puso en juego todos los medios de que podía disponer para detener a aquel que con tanta desenvoltura acababa de substraerse a su autoridad.

Acabó Cortés de abastecerse en Macaca y vio alistarse bajo sus banderas a un gran número de los compañeros de Grijalba: Pedro de Alvarado y sus hermanos Cristóbal de Olid, Alonso de Águila, Hernández de Portocarrero, Gonzalo de Sandoval y Bernal Díaz del Castillo, que debía escribir una preciosa crónica de los sucesos *quorum pars magna fuit*. Dirigióse después a la Trinidad, puerto situado en la costa meridional de Cuba, donde tomó nuevas provisiones.

Durante éste tiempo, el gobernador Verdugo recibió cartas de Velázquez encargándole que detuviese a Cortés, por habérsele quitado el mando de la escuadra; pero esto habría sido un acto peligroso para la seguridad de la ciudad, y Verdugo se abstuvo de hacerlo.

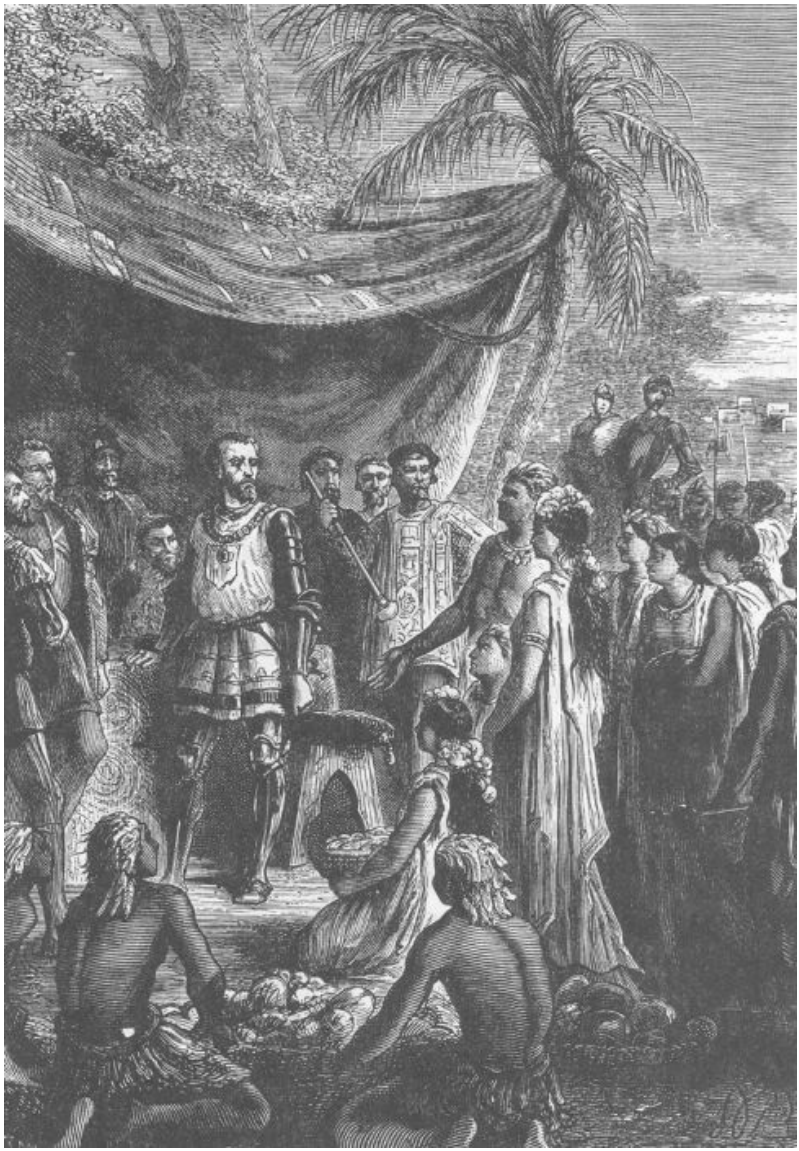
A fin de reunir nuevos soldados, fue Cortés a la Habana, mientras que su lugarteniente Alvarado iba por tierra al puerto en que se habían hecho los últimos preparativos. A pesar del mal éxito de su primera tentativa, aún expidió órdenes Velázquez de detener a Cortés; pero el gobernador, Pedro Barba, se hizo cargo en seguida de la imposibilidad de ejecutar la orden en medio de soldados que, según la expresión de Bernal Díaz, habrían dado con gusto su vida por Cortés.

Por último, después de haber enganchado más voluntarios, y embarcado todo lo que le pareció necesario, se hizo a la vela el 18 de febrero de 1591, con once buques, de los cuales el mayor tenía cien toneladas, ciento diez marineros, quinientos cincuenta y tres soldados, de ellos, trece arcabuceros, doscientos indios de la isla y algunas mujeres para los trabajos domésticos. Lo que constituía la

principal fuerza de la expedición, eran diez cañones, cuatro falconetes provistos de abundantes municiones y dieciséis caballos reunidos todos a gran costo. Con estos medios casi miserables, y que, sin embargo, tanto trabajo le había costado reunir, era con los que Cortés iba a entablar la lucha con un soberano cuyos dominios eran más extensos que todos los de la corona de España, empresa cuyas dificultades le habrían hecho retroceder si hubiera podido entrever siquiera la mitad; pero hace mucho tiempo que dijo un poeta que la fortuna ayuda a los audaces.

Después de una violenta tempestad tocó la expedición en la isla de Cozumel, cuyos habitantes, ya fuera por temor a los españoles, ya por estar convencidos de la importancia de sus dioses, abrazaron el cristianismo. En el momento en que la escuadra iba a dejar la isla, tuvo la suerte de recoger a un español llamado Jerónimo de Aguilar, que hacía ocho años era prisionero de los indios. Aquel hombre, que había aprendido perfectamente la lengua maya, y que poseía tanta habilidad como prudencia, prestó en breve grandes servicios como intérprete.

Después de haber doblado el cabo Cotoche, bajó Cortés a la bahía de Campeche, rebasó el Potonchán y subió el río Tabasco, con la esperanza de ser tan bien recibido como lo había sido Grijalba, y de recolectar tan gran cantidad de oro; pero se habían cambiado enteramente las disposiciones de los indígenas y hubo que emplear la violencia. Los indios derrotados en muchas acciones, a pesar de su número y su bravura, merced al terror que les inspiraron las detonaciones de las armas de fuego y el aspecto de los hombres montados a caballo, a los que tomaron por seres sobrenaturales. En estos combates perdieron mucha gente los indios, y los españoles tuvieron dos muertos, catorce hombres y muchos caballos heridos, curándose éstos últimos con la grasa de los indios, recogida de los muertos. Por último, se hizo la paz, y recibió Cortés víveres, trajes de algodón, un poco de oro y veinte mujeres esclavas, entre las cuales estaba aquella Marina, tan celebrada por todos los historiadores de la conquista, que debía prestar a los españoles tan señalados servicios como intérprete.



Buscando sitio a propósito para desembarcar, continuó Cortés su rumbo hacia el Oeste, pero no le encontró hasta San Juan de Ulloa. Apenas habían echado el ancla cuando se acercó una canoa, sin demostrar temor al buque almirante. Gracias a Marina, que era de origen azteca, supo Cortés que los pueblos de aquel país eran súbditos de un gran imperio que les había conquistado

recientemente.

Su monarca, llamado Moctezuma, habitaba en Tenochtitlán o Méjico, a setenta leguas hacia el interior. Participó Cortés a los indios sus pacíficas intenciones, les ofreció algunos regalos y desembarcó en la playa tórrida y malsana de Vera Cruz.

En breve afluyeron las provisiones, y al día siguiente del desembarco, Teutilo, el gobernador de la provincia, que había sido enviado por Moctezuma, vióse muy apurado para contestar a Cortés, que le pedía le condujese inmediatamente a presencia de su señor. Sabía el gobernador cuántas eran las inquietudes y cuántos los temores que asaltaban al emperador desde la llegada de los españoles, pero, sin embargo, hizo poner a los pies del general telas de algodón, mantas de pluma y objetos de oro, cuya riqueza no hizo sino excitar la codicia de los europeos. Cortés, para dar a aquellos pobres indios una idea de su poder, hizo maniobrar entonces a sus soldados y disparar algunas piezas de artillería, cuyas descargas les helaron de espanto.

Durante todo el tiempo de la entrevista, algunos pintores habían reproducido en telas de algodón blanco los buques, las tropas y todo lo que había llamado su atención. Aquellos dibujos, ejecutados con mucha habilidad, debían ser enviados a Moctezuma.

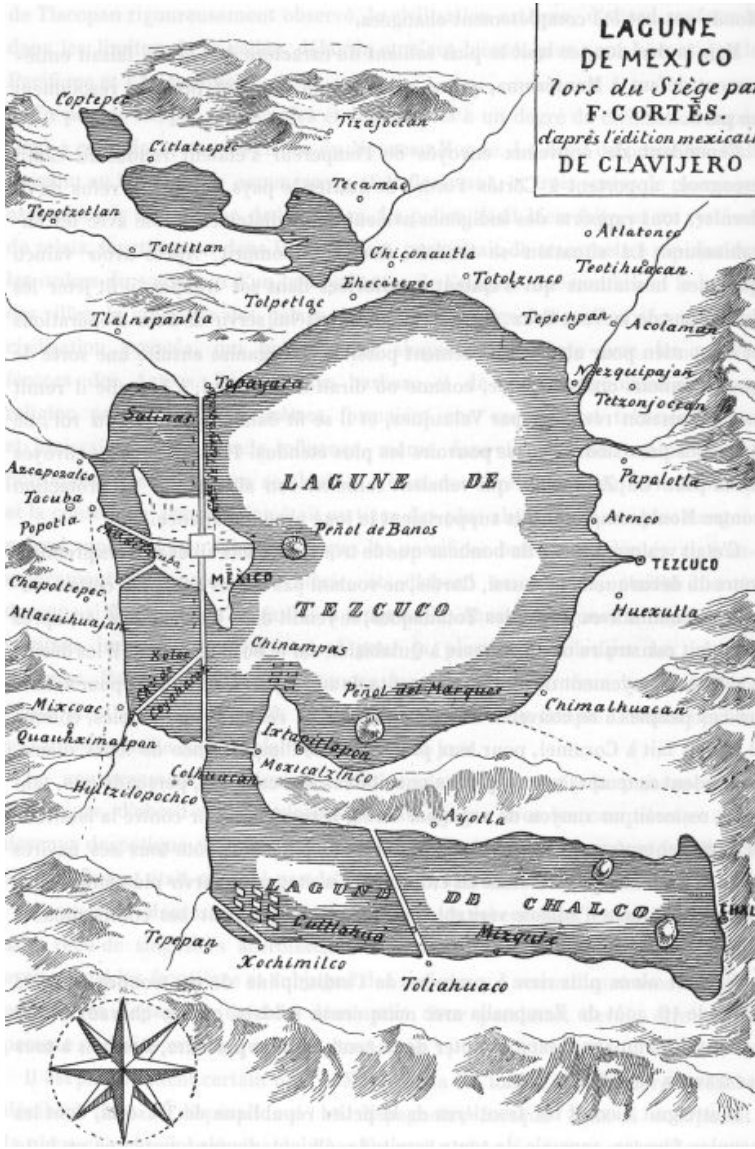
Antes de comenzar el relato de las luchas heroicas que iban a sucederse, nos parece conveniente dar algunos detalles acerca de aquel imperio de Méjico, tan poderoso, al parecer, pero que encerraba tan numerosos gérmenes de decadencia y disolución, que permitieron a aquel puñado de aventureros realizar la conquista.

La parte de la América sometida a Moctezuma llevaba el nombre de Anahuac; se extendía entre los 14 y los 20 grados de latitud Norte. Como a la mitad de esta región, se presentaba el clima muy variado, a causa de las diferencias de altura, un poco más cerca del Pacífico que del Atlántico; en una circunferencia de setenta leguas, y a siete mil quinientos pies sobre el nivel del mar, se desarrollaba una vasta hondonada en cuyo fondo había multitud de lagos que se conocen con el nombre de Valle de Méjico, tomado del nombre de la capital del imperio.

Como puede suponerse, poseemos muy pocos detalles auténticos acerca de un pueblo cuyos anales escritos fueron quemados por conquistadores ignorantes o cuando menos fanáticos, que

suprimieron con encarnizamiento todo lo que podía recordar las tradiciones religiosas y políticas de la raza conquistada.

Los toltecas habían venido del Norte en el siglo VII y se habían establecido en las llanuras de Anahuac. Era una raza inteligente aficionada a la agricultura y a las artes mecánicas, que sabía trabajar los metales y que construyó la mayor parte de los suntuosos y gigantescos edificios de que se encuentran ruinas en muchas partes de la Nueva España.



Después de cuatro siglos de dominación desaparecieron los toltecas del país con tanto misterio como habían penetrado en él, y fueron reemplazados un siglo más tarde por una tribu salvaje procedente del Noroeste, a la que en breve siguieron otros pueblos más adelantados, que parece debieron hablar la lengua tolteca. Las tribus más célebres de todas éstas son los aztecas y los alcolues o

tezcucanas que con facilidad se asimilaron el tinte de civilización que dejaron en el país los últimos toltecas. En cuanto a los aztecas, después de una serie de emigraciones y de guerras, fijaron su residencia en el valle de Méjico, en 1326, y allí levantaron su capital, Tenochtitlán. Durante un siglo, merced a un tratado de alianza ofensiva y defensiva entre los estados de Méjico, Tezcuco y Tlacopan, rigurosamente observado, la civilización azteca, encerrada al principio en los límites del valle, se desbordó y no tuvo en breve más límite que el Pacífico y el Atlántico.

En poco tiempo llegaron aquéllos a un grado de civilización superior al de todas las tribus del Nuevo Mundo. Se reconocía en Méjico el derecho de propiedad, florecía el comercio, y tres clases de moneda facilitaban las operaciones del cambio. Se hacía perfectamente la policía, y un sistema de postas que funcionaba a la perfección, permitía transmitir rápidamente las órdenes del soberano de un extremo a otro del imperio. El número y la belleza de las poblaciones y la vastedad de los palacios, de los templos y de las fortalezas, denotan una civilización muy avanzada, que representa un singular contraste con las costumbres feroces de los aztecas.

Nada más bárbaro ni más sanguinario que su religión politeísta; los sacerdotes formaban una corporación muy numerosa y gozaban de gran influencia aun en los asuntos exclusivamente políticos. Al lado de ritos parecidos a los de los cristianos, tales como el bautismo y la confesión, su religión era un tejido de absurdas y horribles supersticiones. Así es que, adoptados los sacrificios humanos al principio del siglo XIV, pues anteriormente habían sido muy raros, se hicieron en breve tan frecuentes, que se calculan en veinte mil por término medio al año, el número de víctimas inmoladas, de las cuales proveían la mayor parte de las veces las naciones vencidas. Este número se elevó aún mucho más en algunas circunstancias, como por ejemplo en 1486, cuando se inauguró el templo de Huitzilopchit, que murieron en un día
70 000
cautivos.

El gobierno de Méjico era monárquico, pero el poder de los emperadores, al principio muy restringido, se fue acrecentando con las conquistas hasta llegar a ser despótico. El soberano era elegido

entre los individuos de su familia, y su advenimiento al trono se señalaba con numerosos sacrificios humanos.

El emperador Moctezuma pertenecía a la raza sacerdotal, y su poder se había aumentado singularmente. A consecuencia de muchas guerras había ensanchado sus fronteras y subyugado naciones que acogieron con placer a los españoles, cuya dominación les parecía que debía ser menos pesada y menos cruel que la de los aztecas.

Es evidente que si Moctezuma hubiera caído con las fuerzas considerables de que disponía sobre los españoles, cuando éstos ocupaban la calurosa y malsana playa de Vera Cruz, no habrían podido resistir semejante choque, a pesar de la superioridad de sus armas y de su disciplina; habrían perecido todos, o habrían tenido que reembarcarse. El destino del Nuevo Mundo hubiera cambiado completamente.

Pero Moctezuma carecía por completo de decisión, rasgo tan sobresaliente del carácter de Cortés, y no supo en ninguna ocasión tomar resueltamente un partido.

Entretanto, habían marchado al campamento español nuevos enviados del emperador, llevando la orden a Cortés de abandonar el país y participándole que, en el caso de rehusar de hacerlo cesarían inmediatamente toda clase de relaciones entre los indígenas y los invasores. La situación se iba haciendo tirante, y comprendiéndolo así Cortés, después de haber vencido algunas vacilaciones que se manifestaron entre sus tropas, hizo echar los cimientos de Vera Cruz, fortaleza que debía servirle de base de operaciones y de sostén en caso de tener que reembarcarse. Inmediatamente organizó una especie de gobierno civil o Junta, como se diría hoy, a la que entregó su nombramiento revocado por Velázquez, y se hizo dar, en nombre del rey, provisiones y los más amplios poderes. Luego recibió a los enviados de la ciudad de Zempoalla, que habían venido a solicitar alianza contra Moctezuma cuyo yugo les era insoportable.

Verdaderamente era tener mucha suerte encontrar tales aliados a los primeros días del desembarco; así fue, que, no queriendo Cortés desperdiciar aquella ocasión, acogió con favor a los totonacas, fue a su capital, y después de haber hecho construir una fortaleza en Quiabislán, a las orillas del mar, les decidió a que

rehusasen pagar el impuesto. Aprovechó su estancia en Zempoalla para exhortar a aquellos pueblos a convertirse al cristianismo, y derribó sus ídolos, como había hecho en Cozumel, para probarles la impotencia de sus dioses.

Durante este tiempo se descubrió un complot en su campo, y persuadido de que mientras le quedara medio de volver a Cuba tendría que luchar con el cansancio y el descontento de sus soldados, Cortés hizo destruir todos sus buques en la costa, so pretexto de que estaban en muy mal estado para servir por más tiempo. Fue un acto de audacia verdaderamente inaudito, y con el que obligó a sus compañeros a vencer o morir.

No teniendo ya nada que temer de la indisciplina de sus tropas, salió Cortés el 16 de agosto de Zempoalla con quinientos soldados, quince caballos y seis cañones de campaña, además de doscientos indios porteadores destinados a los trabajos serviles.

En breve llegó a las fronteras de la pequeña república de Tlascala, cuyos pueblos, feroces enemigos de toda servidumbre, hacía mucho tiempo que estaban en lucha con Moctezuma.

Cortés se alababa de que su intención, tantas veces proclamada de librar a los indios al yugo mejicano, pondría a los tlascaltecas en su poder haciéndoles sus aliados. Pidióles, pues, pasaje por su territorio para ir a Méjico; pero sus embajadores fueron detenidos y cuando se adelantó por el interior del país tuvo que sostener durante catorce días consecutivos los ataques incesantes de treinta mil tlascaltecas armados que desplegaron un valor y una terquedad de que no habían visto nunca otro ejemplo los españoles en el Nuevo Mundo.

Pero las armas de aquellos valientes eran muy primitivas. ¿Qué podrían hacer con flechas y lanzas armadas de obsidiana o de huesos de pescados con estacas puntiagudas endurecidas al fuego, con espadas de madera y sobre todo con una táctica insuficiente?

Cuando advirtieron que en todos los combates que habían costado la vida a tan gran número de sus más valientes guerreros no había muerto ni un solo español, reputaron aquellos extranjeros seres superiores, no sabiendo qué concepto formar de aquellos hombres que devolvían a los espías sorprendidos en su campamento con las manos cortadas, y después de cada victoria no sólo no devoraban a los prisioneros como habían hecho los aztecas, sino

que los ponían en libertad cargados de presentes y pidiéndoles la paz.

Los tlascaltecas se declararon, pues, vasallos de España y juraron secundar a Cortés en todas las expediciones; por su parte, éste debía protegerles contra sus enemigos. Por lo demás, ya era tiempo de que se hiciese la paz; muchos españoles estaban heridos o enfermos y todos se hallaban extenuados de fatiga. Su entrada triunfal en Tlascala, donde fueron acogidos como seres sobrenaturales, no tardó en hacerles olvidar sus padecimientos.

Después de descansar veinte días en ésta, ciudad, emprendió Cortés la marcha hacia Méjico, con un ejército auxiliar de seis mil tlascaltecas. Dirigióse primero hacia Cholula, considerada por los indios como una ciudad santa, santuario y residencia querida de sus dioses, donde Moctezuma estaba seguro de atraer a los españoles, ya porque contara con que los dioses vengarían por sí mismos la violación de sus templos, ya porque pensara que sería fácil organizar una sedición y una matanza en aquella ciudad populosa y fanática.

Pero aunque Cortés fue advertido por los tlascaltecas, que le dijeron que debía desconfiar de las protestas de amistad y de afecto de los cholulanes, tomó alojamiento en el interior de la ciudad, porque quería aumentar su prestigio aparentando no temer nada. Avisado por los tlascaltecas que las mujeres y los niños habían abandonado la ciudad, y por Marina que se hallaba concentrado un cuerpo de tropas considerables a las puertas de la ciudad y de que habían abierto trampas y zanjas que estaban ocultas en la calle, mientras en los terrados se amontonaban piedras y flechas, hizo Cortés, adelantándose a sus enemigos, prender a los principales de la ciudad y organizar la matanza de sus habitantes, sorprendidos y privados de sus jefes. Durante dos días enteros los desgraciados cholulanes estuvieron expuestos a todos los horrores que pudieron inventar la rabia de los españoles y la venganza de los tlascaltecas, sus aliados. Seis mil habitantes degollados, los templos quemados y la ciudad medio destruida eran un ejemplo bastante terrible para aterrorizar a Moctezuma y sus súbditos.

Así fue que en todas partes, en las veinte leguas que le separaban de la capital, fue recibido como un libertador y no había ni un cacique que no tuviera que quejarse del despotismo imperial,

lo cual confirmó a Cortés en la esperanza de que fácilmente podría adueñarse de un imperio tan dividido.

A medida que bajaban las montañas de Chalco, el valle de Méjico, su lago inmenso profundamente cortado y rodeado de grandes ciudades, aquella capital levantada sobre pilotes, los campos tan bien cultivados, todo se desarrollaba ante la vista de los asombrados españoles.

Sin molestarse por las perpetuas dudas de Moctezuma, que hasta el último momento no supo recibir a los españoles como amigos o enemigos, se adelantó Cortés por la calzada que conducía a Méjico a través del lago.

No estaba ya más que a una milla de la ciudad, cuando algunos indios, que a juzgar por sus magníficos trajes debían ser altos personajes, llegaron a saludarle y anunciarle la venida del emperador.

En breve apareció Moctezuma llevado en hombros de sus favoritos, en una especie de litera adornada de oro y plumas, y provista de un magnífico dosel, que le protegía contra los ardores del sol.

A medida que adelantaba el emperador, los indios se prosternaban ante él y ocultaban la cabeza como si fuesen indignos de contemplarle.

La primera entrevista fue cordial, y Moctezuma condujo por sí mismo a sus huéspedes al cuartel que les había preparado. Era un vasto palacio rodeado de murallas de piedra y defendido por torres elevadas. En seguida tomó Cortés sus medidas e hizo apuntar sus cañones hacia las calles que conducían a él.

En la segunda entrevista fueron ofrecidos al general y a sus soldados magníficos presentes. Moctezuma le contó que, según una antigua tradición, los antepasados de los aztecas habían venido a aquel país guiados por un hombre blanco y barbudo, como los españoles. Después de haber fundado su poder, se había embarcado en el Océano prometiéndoles que sus descendientes vendrían un día a visitarles y a reformar sus leyes. Así, él los recibía, no como extranjeros, sino como padres, porque estaba persuadido de ver en ellos a los descendientes de su antiguo jefe, y les rogaba que se considerasen como señores de sus Estados.

Los días siguientes los emplearon los españoles en visitar la

ciudad, que les pareció más grande, más populosa y más bonita que ninguna de las que hasta entonces habían visto en América. Y lo que la hacía aún más singular eran sus calzadas, que la ponían en comunicación con la tierra firme, las cuales estaban cortadas de trecho en trecho para dar paso a las embarcaciones que pululaban en el lago. Sobre aquellas aberturas había puentes que fácilmente podrían ser destruidos, y por el lago del Este no había camino y era preciso comunicarse con la tierra firme por medio de canoas.

Aquella disposición de Méjico no dejó de inquietar a Cortés, pues en un momento podía quedar bloqueado en la capital, sin que de ninguna manera pudiera salir. Resolvió, pues, para prevenir toda tentativa sediciosa, asegurarse tomando al emperador como rehén. Las noticias que acababa de recibir le proporcionaban, por lo demás, un excelente pretexto: Qualpopoca, general mejicano, había atacado las provincias sometidas a los españoles, herido de muerte a Escalante y a siete de sus soldados, y por último, había paseado de ciudad en ciudad la cabeza de un prisionero decapitado, para demostrar que los invasores podían ser vencidos y no eran sino simples mortales.

Aprovechó Cortés estos sucesos para acusar al emperador de perfidia, diciendo que si les ponía buena cara a él y a sus soldados, era sólo con el fin de buscar la ocasión favorable para hacerles sufrir la misma suerte que a Escalante, procedimiento indigno de un soberano y muy diferente de la confianza que Cortés había tenido en él. Además, si las sospechas de todos los españoles eran infundadas, el emperador tenía un medio muy sencillo de justificarse haciendo castigar a Qualpopoca. Por último, para evitar que se repitieran agresiones que no podían conducir a una buena armonía, a fin de probar a los mejicanos que Moctezuma no alimentaba contra los españoles ningún mal designio, no tenía otro partido que tomar que venir a residir con ellos.

No se decidió muy fácilmente el emperador, y se comprende; pero tuvo que ceder a la violencia y a las amenazas.

Al anunciar a sus súbditos su nueva resolución, tuvo que asegurarles muchas veces que libremente y con todo su gusto se ponía en las manos de los españoles, y hubo de calmarles con palabras, porque amenazaban echarse sobre los extranjeros.

Aquel golpe audaz de Cortés superó sus esperanzas. Qualpopoca,

su hijo y cinco de los principales autores de la sublevación fueron presos por los mejicanos y entregados a un tribunal español, juez y parte a la vez, que les condenó a ser quemados vivos. No contento Cortés con haber castigado a aquellos hombres que no habían hecho más que ejecutar las órdenes de su emperador y oponerse a mano armada a la invasión de su país, impuso una nueva humillación a Moctezuma, poniéndole grillos en los pies, so pretexto de que los culpables le habían acusado en los últimos momentos.

Durante seis meses ejerció el conquistador la autoridad suprema en nombre del emperador reducido al papel de rey perezoso, cambiando los gobernadores que le desagradaban, haciendo entregar los impuestos, presidiendo todos los actos de la administración, enviando a las diferentes provincias del imperio españoles encargados de reconocer sus productos y examinar con muy especial cuidado los distritos mineros y los procedimientos en uso común para recoger el oro.

Por último, Cortés se aprovechó de la curiosidad que Moctezuma mostraba de ver los buques europeos, para traer de Veracruz aparejos y toda clase de materiales para construir dos bergantines destinados a asegurar sus comunicaciones por el lago con tierra firme.

Alentado con tantas pruebas de sumisión y humildad, aún fue más lejos Cortés, y exigió a Moctezuma que se declarase vasallo y tributario de España. Como se puede adivinar fácilmente, aquel acto de fe y homenaje fue acompañado de ricos y numerosos presentes, así como de una gran contribución que se cobró sin dificultad. Se aprovechó para reunir todo el oro y la plata que había arrebatado a los indios, y fundirlo, excepto algunas piezas que se conservaron a causa de la belleza del trabajo. Pero como todo no llegó más que a seiscientos mil pesos, aun cuando los españoles hubiesen usado de todo su poder, y Moctezuma hubiese agotado todos sus tesoros para satisfacerlos, el producto no ascendía sino a una suma irrisoria y muy poco en relación con la idea que los conquistadores se habían formado de las riquezas del país.

Así fue que cuando se puso aparte el *quinto* para el rey, el *quinto* para Cortés y las sumas que era necesario reembolsar para satisfacer los gastos ocasionados por el armamento, la parte que correspondió a cada soldado no llegó a cien pesos. ¡Haber sufrido tantas fatigas,

haber corrido tan grandes peligros y haber padecido tantas privaciones por cien pesos!, ¡valía más haberse quedado en la Española! Si a tan mezquino resultado venían a parar las magníficas promesas de Cortés, y si las particiones se habían hecho con justicia, lo cual no era cierto, hubiera sido necedad permanecer por más tiempo en un país tan miserable en aquella época en que a las órdenes de un jefe menos pródigo de promesas, pero más generoso, se podían conquistar países ricos en oro y pedrería, que serían justa compensación a los trabajos y penalidades de los valientes guerreros. De este modo murmuraban aquellos ávidos aventureros: unos aceptaban refunfuñando lo que les correspondía, otros lo rehusaron desdeñosamente.

Pero si Cortés había conseguido convencer a Moctezuma en la parte que se refería a la política, no pudo hacer lo mismo en lo que se refería a la religión. Jamás pudo decidirle a convertirse, y cuando quiso derribar los ídolos, como había hecho en Zempoalla, ocurrió una sedición que hubiera podido llegar a ser muy seria si inmediatamente no hubiera abandonado sus proyectos.

Desde entonces los mejicanos, que habían sufrido casi sin resistencia el aprisionamiento y sumisión de su monarca, resolvieron vengar sus dioses ultrajados, y prepararon una sublevación general contra los invasores.

Precisamente en el momento en que las cosas parecían tomar en el interior un aspecto menos favorable, recibió Cortés de Veracruz la noticia de que cruzaban muchos buques por delante del puerto. Al principio creyó que era una escuadra que Carlos V enviaba en su socorro en contestación, a la carta que él le había dirigido en 16 de julio de 1519 por Portocarreño y Montejo; pero en breve se desengañó, y supo que aquella escuadra, organizada por Diego Velázquez, que había sabido con cuánta facilidad su teniente había roto todos los lazos de dependencia que a él le unían, tenía por objeto desposeerle, hacerle prisionero y enviarle a Cuba, donde inmediatamente se le instruiría un proceso.

Componíase aquella escuadra, que iba mandada por Pánfilo de Narváez, de dieciocho buques que llevaban ochenta jinetes, cien infantes, de los cuales ochenta eran mosqueteros, ciento veinte ballesteros y doce cañones.

Narváez desembarcó sin oposición junto al fuerte de San Juan de

Ulloa; pero habiendo requerido a Sandoval, gobernador de Veracruz, que le entregase la ciudad, éste se apoderó de los que iban encargados de aquella insolente comisión y les envió a Méjico. Cortés los puso en seguida en libertad y obtuvo de ellos minuciosos informes acerca de los proyectos y las fuerzas de Narváez. El peligro que personalmente corría era grande; las tropas enviadas por Velázquez eran más numerosas y estaban mejor provista de armas y municiones que las suyas; además, le inquietaba, no la perspectiva de ser condenado y aun muerto, sino el temor de haber perdido el fruto de todos sus esfuerzos y el perjuicio que aquellas disensiones iban a producir a su patria. La situación era muy crítica, y después de haber reflexionado maduramente y pesado el pro y el contra de la determinación que iba a tomar, se decidió Cortés a combatir, a pesar de todas sus desventajas, antes que sacrificar sus conquistas y los intereses de España.

Pero antes de llegar a este extremo, envió Cortés a Narváez su capellán Olmedo, el cual fue muy mal recibido y vio rechazar todas las proposiciones de avenencia. Más éxito tuvo Olmedo con los soldados de Narváez, que le conocían la mayor parte, y a los que distribuyó gran número de cadenas, anillos de oro y dijes muy a propósito para darles una gran idea del conquistador. Pero habiéndolo sabido Narváez y no queriendo dejar por más tiempo expuestas sus tropas a la seducción, puso precio a la cabeza de Cortés y la de sus principales capitanes y se adelantó a su encuentro. Pero Cortés era demasiado listo para dar la batalla en condiciones desfavorables; contemporizando, dejó a Narváez y sus tropas que entrasen en Zempoalla, y tomó tan bien sus medidas, que compensado la inferioridad de sus fuerzas con la sorpresa y el terror de un ataque nocturno, hizo prisionero a su adversario y a todas sus tropas, sin perder por su parte más que dos soldados.

El vencedor trató bien a los vencidos, dejándoles la elección entre retirarse a Cuba o participar de su suerte. Esta última perspectiva, apoyada por regalos y promesas, pareció tan seductora a los recién desembarcados, que Cortés se vio a la cabeza de mil soldados al día siguiente de aquél en que estuvo a punto de caer en manos de Narváez.

Aquel brusco cambio de fortuna fue poderosamente secundado por la habilidad diplomática de Cortés, que se apresuró a tomar de

nuevo el camino de Méjico. Las tropas que había dejado al mando de Alvarado para custodiar sus tesoros y al emperador prisionero, hallábanse reducidas a los últimos extremos, por los indígenas que habían matado o herido a gran número de soldados y tenían al resto estrechamente amenazados de un asalto general. Hay que confesar que la conducta imprudente y criminal de los españoles, y sobre todo la matanza, durante una fiesta de los ciudadanos más distinguidos del imperio, habían producido la sublevación que temían y que habían querido prevenir.

Después de haberse reunido a Cortés dos mil tlascaltecas, se dirigió a marchas forzadas sobre la capital, adonde llegó afortunadamente antes de que los indios hubiesen roto los puentes de las calzadas y los diques que unían a Méjico con la tierra firme. A pesar de este esfuerzo, la situación no mejoró; cada día era preciso librar nuevos combates y hacer salidas para despejar las avenidas de los palacios ocupados por los españoles.

Comprendió entonces Cortés la falta que había cometido encerrándose en una ciudad en que podía ser asediado a cada instante y de la que era tan difícil salir. Tuvo entonces que recurrir a Moctezuma, que podía, por su autoridad y por el prestigio de que aún estaba rodeado, apaciguar la sublevación, o por lo menos dar un poco de respeto a los españoles y preparar su retirada; pero cuando el desgraciado emperador, que había llegado a ser el juguete de Cortés, se presentó en las murallas revestido de sus ornamentos reales, e invitó a sus súbditos a cesar en las hostilidades, se levantaron grandes murmullos de descontento acompañados de terribles amenazas; las hostilidades volvieron a empezar, y antes de que los soldados pudieran protegerle con sus escudos, el emperador fue acribillado a flechazos y alcanzado en la cabeza con una piedra que lo derribó.

Al ver esto, espantados los indios del crimen que acababan de cometer, suspendieron por un instante el combate y huyeron en todas las direcciones. En cuanto a Moctezuma, comprendiendo, aunque demasiado tarde, lo abyecto del papel que Cortés le hacía representar, se arrancó los apósitos con que le habían vendado sus heridas, y rehusando tomar toda clase de alimentos, expiró

maldiciendo a los españoles.

Después de tan funesto acontecimiento, no se podía pensar ya entrar en arreglos con los mejicanos, y a toda costa y rápidamente era preciso salir de una ciudad en que iban a ser bloqueados y sitiados por hambre. Comprendiéndolo así Cortés, se preparó en secreto; cada día veíanse estrechadas más de cerca sus tropas, y hasta él mismo tuvo que combatir muchas veces con la espada en la mano como un simple soldado.

Cuenta Solís, no se sabe según qué autoridad, que en uno de los asaltos que dieron los indios a uno de los edificios que dominaban el barrio de los españoles, reconociendo dos jóvenes mejicanos a Cortés que animaba a sus soldados con la voz, resolvieron sacrificarse para matar al autor de las calamidades de su patria. Acercáronse a él con ademán suplicante como si quisieran pedirle cuartel, y agarrándole por la cintura le arrastraron hacia las almenas, por las cuales se precipitaron, esperando poder llevarle tras sí en su caída. Pero Cortés, cuya fuerza y agilidad eran excelentes, pudo desprenderse de sus brazos, y los dos valientes mejicanos murieron en su tentativa generosa e inútil para la salvación de su país.

Una vez decidida la retirada, se trató de saber si se realizaría de día o de noche. De día se podía resistir mejor al enemigo, se verían mejor las emboscadas preparadas y se podría más fácilmente tomar precauciones para restablecer los puentes rotos por los mejicanos. Por otra parte, se sabía que los indios raras veces atacaban después de la puesta de sol; pero lo que decidió a Cortés en favor de una retirada nocturna fue que un soldado que la echaba de astrólogo había prometido a sus compañeros un éxito seguro si se operaba de noche.

Pusiéronse, pues en marcha a medianoche. Además de las tropas españolas llevaba Cortés a sus órdenes los destacamentos de Tlascala, de Zempoalla y de Cholula, que se elevaban todavía, a pesar de las pérdidas considerables que habían sufrido, a siete mil hombres. Sandoval mandaba la vanguardia; Cortés iba en el centro con los bagajes, los cañones y los prisioneros, entre éstos un hijo y dos hijas de Moctezuma; Alvarado y Velázquez de León mandaban la retaguardia. Habíase tenido el cuidado de construir un puente portátil que debía echarse en los sitios rotos de la calzada. Apenas

los españoles habían desembocado en el dique que conducía a Tacuba, que era el más corto, cuando fueron atacados por el frente, por los flancos y por la retaguardia, por inmensas masas de enemigos, mientras que una innumerable escuadrilla de canoas hacía caer sobre ellos una granizada de piedras y flechas. Estupefactos y ciegos, no saben los aliados a quién responder; húndese el puente de madera bajo el peso de la artillería y de los combatientes; amontonados en un estrecho camino, no pueden hacer uso de sus armas de fuego; privados de su caballería, que no puede maniobrar; mezclados con los indios que les atacan cuerpo a cuerpo, no teniendo ya fuerza para matar; rodeados por todas partes los españoles y sus aliados, ceden bajo el número siempre renovado de sus asaltantes; jefes y soldados, infantes y jinetes españoles y tlascaltecas están confundidos, y cada cual se defiende personalmente sin cuidarse de la disciplina ni de la salvación común.

Todo parecía perdido, cuando Cortés, con un centenar de hombres, llega a franquear la cortadura del dique, pasando sobre el montón de cadáveres que la han llenado; alinea sus soldados a medida que van llegando, y a la cabeza de los que están menos gravemente heridos, se hunde como una cuña en la pelea y consigue salvar a gran parte de los suyos. Al amanecer, todos los que habían podido escapar a la matanza de aquella *Noche triste*, como fue llamada aquella espantosa noche, se hallaban reunidos en Taboca. Cortés, con los ojos llenos de lágrimas, pasó revista allí a sus últimos soldados, que estaban todos cubiertos de heridas, y se dio cuenta de las sensibles pérdidas que había experimentado; cuatro mil indios tlascaltecas y cholulanes y casi todos los caballos habían muerto; toda la artillería, así como las municiones y la mayor parte de los bagajes, se habían perdido; muchos capitanes distinguidos, Velázquez de León, Salcedo, Moría, Lares y otros muchos, habían perecido. Uno de los más peligrosamente heridos era Alvarado, y ni un solo hombre quedaba, ya fuese oficial o soldado, que no estuviese herido.

Sin detenerse en Tabuca se dirigió hacia Tlascala, donde no sabían cómo serían recibidos. Aún tuvieron los españoles, siempre hostigados por los mejicanos, que librar una gran batalla en los campos de Otumba, contra una multitud de guerreros que algunos

historiadores calculan en doscientos mil. Merced a algunos jinetes que le quedaban, pudo Cortés, derribando todo lo que se le ponía delante, llegar hasta un grupo de altos personajes que fácilmente podían reconocerse por sus penachos dorados y sus vestidos lujosos, entre los cuales estaba el general manteniendo el estandarte. Cortés hendió el grupo con algunos caballeros y fue bastante afortunado o bastante diestro para derribar de una lanzada al general mejicano, al que un soldado llamado Juan de Salamanca mató de un sablazo. A partir del momento en que desapareció el estandarte, quedó ganada la batalla, y los mejicanos presa de inmenso pánico, huyeron a la desbandada. «Nunca los españoles corrieron mayor peligro, y sin la estrella de Cortés —dice Prescott— no hubiera sobrevivido ni uno solo para transmitir a la posteridad la relación de la sangrienta batalla de Otumba». El botín fue considerable, pudo indemnizar en parte a los españoles de las pérdidas que habían sufrido a su salida de Méjico, porque aquel ejército estaba compuesto de los principales guerreros de la nación, los cuales, persuadidos de obtener un éxito infalible, se habían adornado con sus más ricos trajes.

Al día siguiente entraban los españoles en territorio de Tlascala.

«Llamaré ahora la atención de los curiosos lectores —dice Bernal Díaz— hacia el hecho de que cuando volvimos de Méjico en socorro de Alvarado, formábamos un total de doce mil trescientos hombres, comprendidos en este número los jinetes, que eran noventa y siete, ochenta ballesteros, otros tantos arcabuceros, y más de dos mil

tlascaltecas con mucha artillería. Y nuestra segunda entrada en Méjico se verificó el día de San Juan de 1520, y nuestra huida el 10 de julio siguiente. Dimos la famosa batalla de Otumba el 14 de aquel mismo mes de julio, y ahora quiero llamar la atención acerca del número de hombres que murieron tanto en Méjico, en el paso de calzadas y de los puentes, como en los demás encuentros de Otumba y de los caminos. Aseguro que en el espacio de cinco días nos mataron ochocientos setenta hombres, comprendiendo entre ellos setenta soldados que nos mataron en la aldea de Ruslepeque, y cinco mujeres de Castilla; perdimos al mismo tiempo mil doscientos tlascaltecas. Y es sobre todo más de notar que murieron más hombres de la gente de Narváez que la de Cortés, al pasar los puentes, y fue esto porque se habían puesto en camino cargados de una gran cantidad de oro, cuyo peso les impidió nadar y salvar las cortaduras».

Las tropas de Cortés habían quedado, pues, reducidas a cuatrocientos cuarenta hombres, con veinte caballos, doce ballesteros y siete escopeteros, sin una carga de pólvora, todos heridos, cojos o estropeados de los brazos, es decir, que eran los mismos en número que cuando por primera vez entraron en Méjico, pero con la considerable diferencia de salir de la capital vencidos.

Al entrar en el territorio de Tlascala recomendó Cortés a su gente y particularmente a la de Narváez que no cometiesen ninguna vejación con los indígenas y que no irritasen a los aliados que les quedaban, pues en ello iba la salvación común. Afortunadamente habían sido vanos los temores que habían tenido acerca de la fidelidad de los tlascaltecas. La acogida que éstos hicieron a los españoles fue de las más cariñosas y no pensaron más que en vengar la muerte de sus hermanos asesinados por los mejicanos. En su capital, supo también Cortés la pérdida de dos destacamentos; pero por graves que fuesen estas desgracias no le desanimaron, porque aún tenía bajo sus órdenes tropas aguerridas y aliados fieles, Veracruz se conservaba intacta y aún podía probar otra vez su fortuna.

Pero antes de emprender una nueva campaña y establecer un nuevo sitio, necesitaba socorro y hacer preparativos. No dejó de hacerlo Cortés y envió cuatro buques a la Española, para alistar voluntarios y comprar caballos, pólvora y municiones, haciendo

cortar al mismo tiempo, en los montes de Tlascala, las maderas necesarias para la construcción de doce bergantines que debían ser llevados desarmados hasta el lago de Méjico, y allí lanzados al agua en el momento oportuno.

Después de haber reprimido algunas tentativas de sublevación que se produjeron especialmente entre los soldados que habían venido con Narváez, Cortés marchó de nuevo adelante, atacando primero con ayuda de los tlascaltecas a los de Tepeaca y de otras provincias inmediatas, con lo que tuvo la ventaja de familiarizar de nuevo a sus tropas con la victoria y de aguerrir a sus aliados.

Durante estos sucesos cayeron en poder de Cortés dos bergantines cargados de municiones y refuerzos enviados por Velázquez a Narváez, cuyas desventuras ignoraba aquél, y al mismo tiempo se unieron a él un gran número de españoles enviados por Francisco de Garay, gobernador de la Jamaica. Gracias a estos recursos, y a pesar de haberse desembarazado de muchos partidarios de Narváez de los que estaba descontento, el ejército de Cortés se compuso en breve de quinientos cincuenta infantes, de los cuales ochenta eran mosqueteros y cuarenta jinetes. Con tan débil cuerpo de ejército, sostenido por mil tlascaltecas, emprendió de nuevo el camino de Méjico el 28 de diciembre de 1520, seis meses después de haber tenido que abandonarla.

Hablaremos rápidamente de esta campaña, a pesar del interés que puede ofrecer, porque tuvo por teatro comarcas ya descritas, y además no es precisamente de la historia de la conquista de Méjico de lo que queremos tratar. Nos bastará decir que después de la muerte de Moctezuma, subió al trono su hermano Quetlabaca, que tomó para resistir todas las medidas de precaución compatibles con la ciencia estratégica de los aztecas; pero murió de viruelas, triste regalo que los españoles habían hecho al Nuevo Mundo en el momento en que sus brillantes cualidades de previsión y valor iban a serles más necesarias. Tuvo por sucesor a Guatimozín, sobrino de Moctezuma, conocido por su talento y por su valor.

En cuanto Cortés entró en el territorio mejicano, tuvo que combatir; se apoderó de Tezcuco, ciudad situada a veinte millas de Méjico y bañada por el lago central, en el cual los españoles vieron maniobrar tres meses después una flota imponente. Por aquel tiempo se descubrió una conspiración que tenía por objeto asesinar

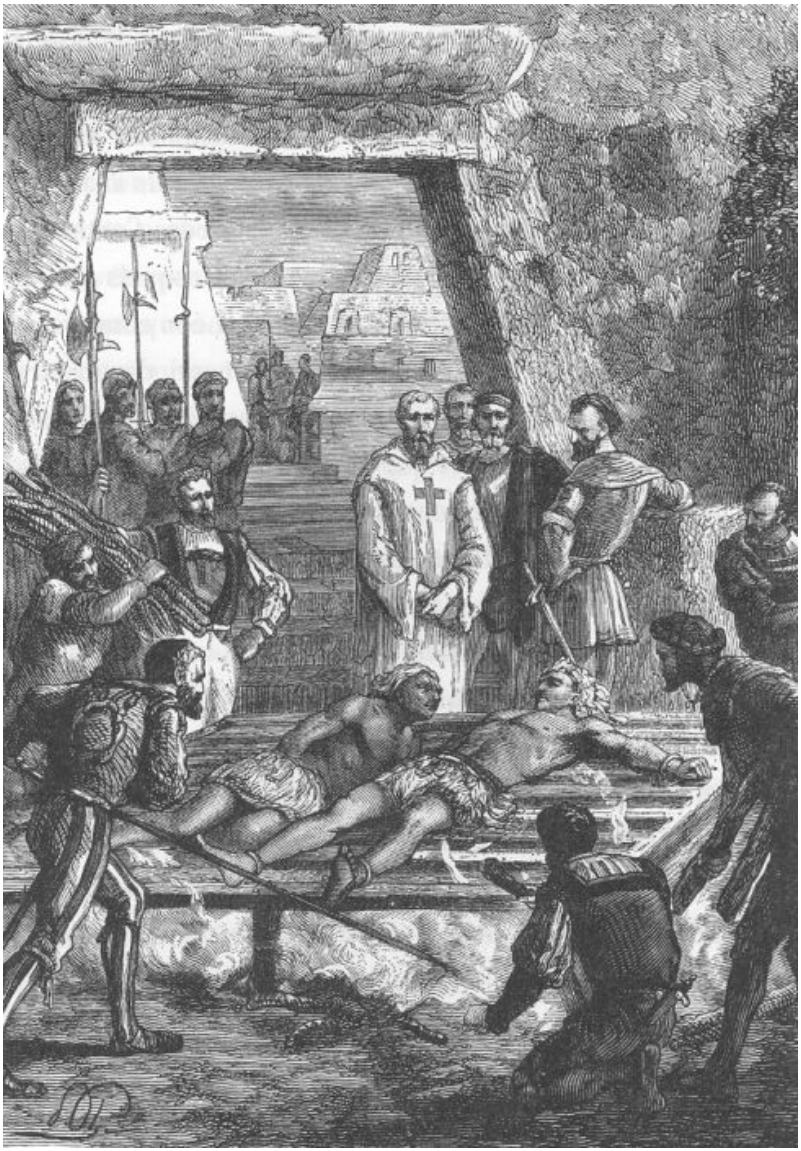
a Cortés y a sus principales capitanes, y fue ejecutado el principal instigador. Todo parecía además en aquel momento sonreír a Cortés; acababa de saber la llegada de nuevos socorros a Veracruz, y la mayor parte de las poblaciones que estaban bajo el dominio de Guatimozín se sometían a sus órdenes. El verdadero sitio principió en el mes de mayo de 1521, y continuó con alternativas de éxitos y reveses hasta el día en que se botaron al agua los bergantines. No temieron los mejicanos atacarles, y 4000 o 5000 canoas, cada una con dos hombres, cubrieron el lago y fueron a asaltar los buques españoles, en los cuales había embarcados cerca de trescientos hombres. Los nuevos bergantines llevaban cañones y en breve dispersaron la flota enemiga, que desde entonces les dejó el campo libre. Pero aquel éxito y otras ventajas conseguidas por Cortés no eran gran cosa, y el sitio parecía prolongarse demasiado. Así fue que el general resolvió apoderarse de la ciudad a viva fuerza. Desgraciadamente, el oficial encargado de proteger la línea de retirada por las calzadas, mientras los españoles entraban en la ciudad, considerando aquel puesto indigno de su valor, lo abandonó para acudir al combate.

Enterado Guatimozín de la falta cometida, supo aprovecharse de ella, y atacó por todas partes a los españoles, con tal encarnizamiento que mató mucha gente, y sesenta y dos soldados cayeron en su poder. El mismo Cortés estuvo en poco que cayera prisionero y fue gravemente herido en un muslo. Durante la noche se iluminó el gran templo del dios de la guerra en señal de triunfo, y los españoles oyeron con profunda tristeza resonar el gran tambor. Desde las posiciones que ocupaban asistieron a los últimos momentos de sus infortunados compañeros prisioneros, de los cuales los aztecas abrían el pecho para arrancarles el corazón, y arrojaban después su cuerpo por las escaleras del templo, a fin de que los destrozara la multitud que se disputaban los pedazos para celebrar un horrible festín.

Aquella espantosa desgracia hizo prolongar la duración del sitio hasta el día en que las tres cuartas partes de la ciudad habían sido tomadas o destruidas, y Guatimozín se vio obligado a ceder a instancias de sus consejeros, y abandonar a Méjico ganando la tierra firme, donde esperaba organizar la resistencia. Pero asaltada la barca que le llevaba, fue hecho prisionero, y mostró en su

cautividad más fuerza de carácter y más dignidad que su tío Moctezuma.

Desde entonces cesó toda resistencia, y Cortés pudo tomar posesión de la capital medio destruida. Después de una heroica resistencia, durante la cual ciento veinte mil, según unos, y doscientos cuarenta mil mejicanos según otros, habían muerto; después de un sitio que no duró menos de setenta y cinco días, Méjico, y con esta ciudad todo el imperio, sucumbió, no tanto a los golpes que le habían asestado los españoles como a las antiguas enemistades, a la revuelta de los pueblos conquistados y a la envidia de los Estados inmediatos que en breve habrían de echar de menos el yugo del que tan deliberadamente se habían rescatado.



A la embriaguez de la victoria sucedieron casi en seguida entre los españoles el despecho y la rabia. Las inmensas riquezas con que habían contado no existían o habían sido arrojadas al lago.

En la imposibilidad de calmar a los descontentos, Cortés tuvo que poner en el tormento al emperador y a su primer ministro. Algunos historiadores, y sobre todo Gomara, dicen que mientras los

españoles atizaban el fuego por debajo de la parrilla en que estaban extendidas las dos víctimas, el último volviendo la cabeza hacia su señor, pareció rogarle que hablase para poner fin sus torturas; pero Guatimozín reprimió aquel instante de debilidad con esta sola frase: «¿Y yo estoy en algún baño de placer?», respuesta que se ha transformado poéticamente en: «¿Y yo estoy sobre rosas?».

Los historiadores de la conquista se detienen la mayor parte en la toma de Méjico; pero nos queda que hablar de algunas otras expediciones realizadas por Cortés, con objetos diferentes y que vienen a arrojar una luz nueva sobre algunas partes de la América central; por último, no queremos abandonar este héroe, que ha desempeñado un papel tan importante en el desarrollo de la civilización y en la historia del Nuevo Mundo, sin dar algunos detalles sobre el fin de su vida.

Verdaderamente hablando, con la capital había caído en su poder el imperio mejicano, y aun cuando encontró algunas resistencias, sobre todo en la provincia de Oaxaca, fue aislada y bastaron algunos destacamentos para reducir a los últimos defensores, que estaban aterrorizados por los suplicios que habían sufrido los de Panuco que se habían sublevado. Al mismo tiempo, los pueblos de los países alejados del imperio enviaban embajadores para convencerse de la realidad de aquel maravilloso suceso, la toma de Méjico, para contemplar las ruinas de la aborrecida ciudad y hacer acto de sumisión.

Aseguróse Cortés de su situación, y después de incidentes demasiado largos que contar y que le hicieron decir: «Me ha sido más difícil luchar contra mis compatriotas que contra los aztecas», ya no tenía más que hacer que organizar su conquista. Comenzó por establecer la sede de sus dominios en Méjico, la cual reedificó y atrajo a ella a los españoles, haciéndoles concesiones de terrenos y dejando a los indios, al principio, bajo la autoridad de sus jefes naturales, aun cuando en breve fueron todos reducidos, excepto los tlascaltecas, al estado de esclavitud por el antiguo sistema de *repartimientos* que se usaba en las colonias españolas. Pero no se debe reprochar a Cortés el haber hecho tabla rasa con los derechos políticos de los indios, pues hay que reconocer que manifestó la más laudable solicitud para su bienestar espiritual. A este fin hizo venir algunos frailes franciscanos que, con su celo y su caridad, se

granjearon al poco tiempo la veneración de los indígenas, y en una veintena de años consiguieron la conversión completa de toda la región.

Al mismo tiempo, envió Cortés sus destacamentos al Estado de Michoacán, los cuales penetraron hasta el Océano Pacífico y visitaron a su regreso algunas ricas provincias situadas al Norte. Fundó establecimientos en todas las partes del país que le parecieron ventajosos, en Zacatula, en las orillas del Pacífico, en Coliman, en el Michoacán, en Santisteban, cerca de Tampico, en Medellín, cerca de Veracruz, etc.

Tan luego como Cortés pacificó al país, confió a Cristóbal de Olid un ejército considerable a fin de establecer una colonia en Honduras. Olid debía, al mismo tiempo explorar la costa meridional de esta provincia, y buscar un estrecho que pusiese en comunicación el Atlántico con el Pacífico; pero enloquecido Olid con el orgullo del mando, no bien llegó a su destino, se declaró independiente. Cortés envió en seguida a uno de sus parientes para prender al culpable, y él mismo marchó acompañando a Guatimozín a la cabeza de cien jinetes y cincuenta infantes, el 12 de octubre de 1524. Después de haber atravesado las provincias de Guatzacoalco, Talasco y el Yucatán, sufriendo privaciones de toda clase, operando una marcha de las más penosas, por terrenos pantanosos o movedizos a través de un océano de bosques ondulantes, llegaba el destacamento a la provincia de Aculán, cuando supo Cortés que se había tramado una conspiración por Guatimozín y los principales jefes indios, según se decía.

Aquella conspiración tenía por objeto asesinar en la primera ocasión a los jefes y a los soldados, continuar después adelantando hacia Honduras, destruir allí los establecimientos creados, y volver a Méjico, donde no sería difícil deshacerse de los invasores por medio de una revolución general.

Por más que Guatimozín protestó de su inocencia, no se le creyó

y fue colgado con otros muchos nobles aztecas de la rama de una ceiba que daba sombra al camino.

«La ejecución de Guatimozín —dice Bernal Díaz del Castillo— fue injusta y todos estuvimos acordes en censurarla. Más que su honor, el interés de su fama habría debido conservarle como oro en paño, porque era el trofeo vivo de su victoria».

Por último llegaron los españoles a Aculán, ciudad floreciente, donde se alojaron en magníficos cuarteles, tomando después la dirección del lago Petén, cuyos habitantes se convirtieron fácilmente al cristianismo.

No nos extenderemos en los sufrimientos y miserias que tuvo que sufrir la expedición en aquellas comarcas poco pobladas, hasta San Gil de Buenavista, en el golfo Dulce, donde Cortés, después de haber dispuesto la ejecución de Olid, y el restablecimiento de la autoridad central, se embarcó para volver a Méjico.

En la misma época confió a Alvarado el mando de trescientos infantes, ciento sesenta jinetes y cuatro cañones con un cuerpo de indios auxiliares.

Alvarado se adelantó por el sur de Méjico a la conquista de Guatemala. Redujo las provincias de Zacatulan, Tahuantepec, Soconusco, Utlatan, fundó la ciudad de Guatemala Vieja, y fue nombrado por Carlos V, después de un viaje que algún tiempo después hizo a España, gobernador de los países que había conquistado.

En menos de tres años después de la conquista, había sido sometido a la corona de Castilla, un territorio de más de cuatrocientas leguas de largo en la costa del Atlántico, y de quinientas en el Pacífico, y gozaba, con muy pocas excepciones, de una completa tranquilidad.

A su vuelta a Méjico, después de la inútil expedición de Honduras, que le había costado casi tanto tiempo y causado tantos padecimientos a los españoles como la conquista de Méjico, recibió Cortés, pocos días después de haber llegado, la noticia de su destitución provisional y la invitación de volver a España para disculparse. El conquistador no se apresuró a obedecer esta orden, esperando que sería revocada; pero sus infatigables calumniadores, sus enemigos encarnizados tanto en España cómo en Méjico, le acuciaron de tal modo que se vio precisado a ir a presentar su

defensa, a exponer sus agravios y a reclamar con altivez la aprobación de su conducta.

Partió, pues, Cortés acompañado de su amigo Sandoval de Tapia y de muchos jefes aztecas, entre los cuales estaba un hijo de Moctezuma. Desembarcó en Palos, en mayo de 1528, en el mismo sitio en que Cristóbal Colón había tomado tierra treinta y cinco años antes, y fue acogido con el mismo entusiasmo y las mismas muestras de alegría que el descubridor de América. Allí se encontró con Pizarro, que entonces estaba al principio de su carrera y que acababa de solicitar el apoyo del gobierno español. En seguida partió para Toledo, donde se encontraba la corte. El solo anuncio de su vuelta había producido un cambio completo en la opinión, y sus pretendidos proyectos de sublevación e independencia quedaban desmentidos por su inopinada llegada. Carlos V comprendió sin trabajo que se sublevaría el sentimiento público a la sola idea de castigar a un hombre que había añadido a la corona de Castilla su más hermoso florón.

El viaje de Cortés fue un triunfo continuado en medio de la multitud.

«Las casas y las calles de las grandes ciudades y de las aldeas — refiere Prescott— estaban llenas de espectadores impacientes por contemplar al héroe, cuyo brazo acababa por sí solo de conquistar un imperio a la España, y que para usar el lenguaje de un antiguo historiador, marchaba con la pompa y la gloria, no de un gran vasallo, sino de un monarca independiente».

Después de haberle concedido muchas audiencias, de haberle dado esas muestras particulares de favor que los cortesanos califican de considerables, Carlos V se dignó aceptar el imperio que Cortés le había conquistado y los magníficos presentes que le llevaba, y creyó que le recompensaba suficientemente dándole el título de marqués del Valle de Oaxaca y el cargo de capitán general de la Nueva España, sin restituirle, sin embargo, el gobierno civil, poder que en otro tiempo le había sido conferido por la Junta de Veracruz.

Cortés se casó después con la nieta del duque de Béjar, descendiente de una de las primeras familias de Castilla, y acompañó hasta el puerto al emperador que se dirigía a Italia; pero en breve, cansado de aquella vida frívola, tan poco en relación con

las costumbres activas de su existencia pasada, tomó el camino de Méjico en 1530, desembarcando en Villa-Rica.

Al principio tuvo algunos disgustos con la Audiencia, que en su ausencia había ejercido el poder y que había inaugurado las persecuciones contra él, y tuvo también conflictos con la nueva Junta civil, con motivo de los asuntos militares; y hastiado, al fin, se retiró a Cuernavaca, a sus inmensas propiedades, donde se ocupó en la agricultura. Se le debe la introducción de la caña de azúcar, de la morera, de la afición al cultivo del cáñamo y del lino y de la cría en grande escala de los corderos merinos.

Pero aquella vida apacible, exenta de aventuras, no podía ser duradera dado el carácter emprendedor de Cortés, y en 1532 y 1533 equipó dos escuadras, que fueron a hacer en el noroeste del Pacífico un viaje de descubrimiento. La última llegó al extremo meridional de la península californiana, sin haber obtenido el resultado que se proponía conseguir: el descubrimiento de un estrecho que comunicase el Pacífico con el Atlántico. Él mismo tampoco consiguió su propósito en 1536 en el mar Bermejo. En fin, tres años después, una última expedición, cuyo mando había confiado a Ulloa, penetró hasta el fondo del golfo, y siguiendo la costa exterior de la península, subió hasta el 29º de latitud. Desde allí el jefe de la expedición envió a Cortés uno de sus buques mientras él se adelantaba hacia el Norte; pero no se oyó hablar más del explorador.

Tal fue el éxito desgraciado de las expediciones de Cortés, que sin producirle ningún ducado no le costaron menos de trescientos mil castellanos de oro.

Sin embargo, dieron el resultado de conocer la costa del Océano Pacífico desde la bahía del Panamá hasta el Colorado. Se dio vuelta a la península de California y pudo saberse que aquella pretendida isla formaba parte del continente. Todos los repliegues del mar Bermejo o de Cortés, como lo llamaron los españoles con justo título, fueron cuidadosamente explorados, no sin tener disgustos con el virrey don Antonio de Mendoza, a quien el emperador había enviado a Méjico con un nombramiento humillante para el Marqués del Valle. Molestado éste por los continuos enredos, indignado de que sus prerrogativas de capitán general, si no absolutamente desconocidas fueran a lo menos continuamente discutidas, Cortés

volvió una vez más a España.

Aquel viaje, empero, no debía parecerse en nada al primero. Ya viejo, disgustado y abandonado de la fortuna, no tenía el conquistador nada que esperar del gobierno y no debía tardar en comprenderlo. Un día, hendiendo la multitud que rodeaba el coche del emperador, se subió al estribo de la portezuela, y Carlos V, fingiendo desconocerle, preguntó quién era aquel hombre. «Es —respondió orgullosamente Cortés— el que os ha dado más Estados que ciudades os dejaron vuestros padres». El favor público había apartado sus miradas de Méjico, que no había dado las riquezas que se esperaban, y todos estaban fijos entonces en los maravillosos tesoros del Perú.

Acogido, sin embargo, honrosamente por el Consejo Supremo de las Indias, Cortés expuso sus quejas; pero los debates se eternizaron y no pudo obtener ninguna satisfacción.

En 1547, cuando la desastrosa expedición de Carlos V contra Argel, Cortés, cuyos consejos no habían sido escuchados y que servía como voluntario, perdió tres esmeraldas esculpidas, de un grueso extraordinario, joyas que habrían pagado el rescate de un imperio. A su regreso repitió en vano su demanda, y fue tal el disgusto por estas injusticias y por las repetidas decepciones que experimentó, que su salud se fue afectando grandemente, y murió lejos del teatro de sus exploraciones, el 10 de noviembre de 1547, en Castilleja de la Cuesta, en los momentos en que se disponía a volver a América.

«Era un caballero errante —dice Prescott—. De toda aquella gloriosa falange de aventureros que la España del siglo XVI lanzó a la carrera de los descubrimientos y de las conquistas, no hay ninguno tan profundamente poseído del espíritu de empresas novelescas como Hernán Cortés. La lucha le agradaba, y prefería abordar una empresa por su lado más difícil…».

Esta pasión por lo romántico habría podido reducir al conquistador de Méjico al papel de un aventurero vulgar; pero Cortés fue seguramente un profundo político y un gran capitán, si se ha de dar este nombre al que realiza grandes acciones con sólo su genio. No hay ejemplo en la historia de que una empresa tan grande se haya llevado a tan buen fin con tan escasos medios, y se puede decir realmente que Cortés conquistó a Méjico sólo con sus propios

recursos.

Su influencia sobre sus soldados era resultado natural de su confianza en su habilidad; pero hay que atribuirlo también a sus maneras francas, que le hacían eminentemente a propósito para conducir una partida de aventureros. Cuando Cortés ascendió en categoría, si bien desplegó más pompa, sus veteranos continuaron gozando con él de la misma intimidad. Para terminar el retrato del conquistador, nos asociaremos completamente a lo que dice el honrado y verídico Bernal Díaz:

«Prefería su nombre de Cortés a todos los títulos que se le podían dar, y tenía mucha razón al hacerlo, porque el nombre de Cortés es tan famoso en nuestros días como fue el de César entre los romanos, o el de Aníbal entre los cartagineses».

El antiguo cronista concluye con un párrafo que pinta perfectamente el espíritu religioso del siglo XVI:

«Quizá no debía recibir su recompensa sino en un mundo mejor, y yo estoy plenamente convencido de ello; porque era un honrado caballero, y muy sincero en sus devociones a la Virgen, al apóstol San Pedro y a todos los santos».

III

La triple alianza. —Francisco Pizarro y sus hermanos. — Don Diego de Almagro. —Primeras tentativas. —El Perú, su extensión, su población y sus reyes. —Prisión de Atahualpa, su rescate y su muerte. — Pedro de Alvarado. —Almagro en Chile. —Lucha entre los conquistadores. —Proceso y ejecución de Almagro. —Expediciones de Gonzalo Pizarro y de Orellana. —Asesinato de Francisco Pizarro. —Sublevación y ejecución de su hermano Gonzalo.

Apenas fueron conocidas por los españoles las noticias que obtuviera Balboa acerca de las riquezas de los países situados al sur de Panamá, se organizaron muchas expediciones para intentar la conquista; pero todos fracasaron, ya fuera porque los jefes no estuvieran a la altura de su misión, ya porque los medios empleados no fuesen suficientes. Hay que reconocer también que las localidades exploradas por los primeros aventureros (zapadores, como se diría hoy), no respondía en manera alguna a lo que la codicia española esperaba.

En efecto, habíanse aventurado todos en lo que entonces se llamaba Tierra Firme, país eminentemente insalubre, montañoso, cenagoso, cubierto de bosques y cuyos raros habitantes, muy belicosos, habían presentado a los invasores un obstáculo más a los que la naturaleza había puesto con tanta prodigalidad en aquel país; de manera que se había ido enfriando poco a poco el entusiasmo. Y ya no se hablaba sino para burlarse de ellos, de los maravillosos relatos hechos por Balboa.

Sin embargo, existía en Panamá un hombre que conoció la realidad de los rumores que habían corrido acerca de las riquezas de los países bañados por el Pacífico; este hombre era Francisco Pizarro, que había acompañado a Núñez de Balboa al mar del Sur, y

que se asoció a otros dos aventureros llamados Diego de Almagro y Fernando Luque.

Antes de entrar en materia diremos algunas palabras acerca de los jefes de esta empresa.

Francisco Pizarro, que nació cerca de Trujillo entre 1471 y 1478, era hijo natural de un capitán llamado Gonzalo Pizarro, que no le

había enseñado más que a guardar cerdos. Cansado en breve de aquella existencia, y aprovechándose de que se había perdido uno de los animales confiados a su custodia, para no volver a la casa paterna, donde por el menor desliz era castigado con dureza, se hizo soldado y pasó algunos años guerreando en Italia, siguiendo después a Cristóbal Colón en 1510 a la Española. Sirvió allí con distinción, así como en Cuba, acompañó a Ojeda al Darién, descubrió, como hemos dicho más arriba, el Océano Pacífico con Balboa, y después de la ejecución de éste, ayudó a Pedrarias Dávila, del que había llegado a ser favorito, a conquistar todo el país conocido con el nombre de Castilla de Oro.

Si Pizarro era hijo natural, Diego de Almagro era un expósito recogido en 1475 en Aldea del Rey, según unos, o en Almagro, de donde había tomado su nombre, al decir de otros. Educado entre soldados, pasó gustoso a América, donde logró reunir una pequeña fortuna.

En cuanto a Fernando Luque, era un rico eclesiástico de Tabago, que ejercía las funciones de maestro de escuela en Panamá.

El más joven de aquellos tres aventureros tendría por entonces más de cincuenta años, y cuenta Garcilaso de la Vega que cuando fue conocido su proyecto, se hicieron objeto de burlas generales, especialmente Fernando de Luque, a quien sólo llamaba *Hernando el loco*.

Formada la asociación entre aquellos tres hombres, dos de los cuales eran conocidos por su valor y el tercero por su honradez, Luque dio el dinero necesario para el armamento de los buques y el pago de los soldados; Almagro contribuyó con una parte igual; pero Pizarro, que no poseía más que su espada, tuvo que pagar de otro modo su parte de contribución, y fue, por consiguiente, el que tomó el mando de la primera tentativa, que vamos a referir con algunos detalles que presentan con todo su valor la perseverancia e inflexible obstinación del conquistador.

«Habiendo pedido y obtenido permiso de Pedro Arias de Ávila —cuenta Agustín de Zarate, uno de los historiadores de la conquista de Perú—, equipó Francisco Pizarro con bastante trabajo un buque, en el cual se embarcó con ciento catorce hombres. A cincuenta leguas de Panamá descubrió una provincia pequena y pobre, llamada Perú, lo cual hizo dar después sin razón el mismo nombre a

todos los países que se fueron descubriendo a lo largo de esta costa, por espacio de más de mil doscientas leguas de longitud. Siguiendo adelante descubrieron los españoles otro país que llamaron Pueblo Quemado, pero los indios les mataron tanta gente, que se vieron obligados a retirarse en desorden al país de Chinchama, que no estaba lejos del sitio de donde habían partido. Entretanto, Almagro, que había quedado en Panamá, equipó un buque en el cual se embarcó con sesenta españoles, y bajó, siguiendo la costa, hasta el río de San Juan, a cien leguas de Panamá. No encontrando a Pizarro, subió hasta Pueblo Quemado, y habiendo reconocido por algunas señales, que los españoles habían estado allí, desembarcó su gente. Pero envalentonados los indios con la victoria que habían obtenido sobre Pizarro, resistieron valientemente, forzaron las trincheras en que Almagro se había parapetado y le obligaron a reembarcarse. Volvióse, pues, siguiendo siempre la costa hasta que llegaron a Chinchama, donde encontró a Francisco Pizarro. Dichosos con volverse a ver, reunieron sus gentes con algunos nuevos soldados que levaron, y viéndose seguidos de doscientos españoles, bajaron de nuevo por la costa».

«Mas de tal modo padecieron con la falta de víveres y los ataques de los indios, que don Diego se volvió a Panamá para reclutar gente y traer provisiones. Trajo, en efecto, ochenta hombres, con los cuales, y con los que le quedaban, llegaron hasta Catamez, país medianamente poblado en el cual encontraron grande abundancia de víveres. Advirtieron que los indios de aquellas tierras, que continuamente les atacaban y les hacían la guerra, tenían el rostro todo atravesado de clavos de oro, encajado en agujeros que se hacían expresamente para llevar estos adornos. Volvió, pues, otra vez a Panamá Diego de Almagro, mientras su compañero esperaba los refuerzos que debía llevarle a la isla de Gallo, donde sufrió mucho por la falta de todo lo preciso para la vida».

A su llegada a Panamá, Almagro no pudo conseguir de Los Ríos, sucesor de Ávila, que le permitiese hacer nuevos alistamientos, porque, según decía este último, no debía consentir que pereciera inútilmente más gente en una empresa tan temeraria, y hasta envió a la isla de Gallo un buque para que se trajese a Pizarro y sus compañeros.

Pero semejante decisión no podía agradar a Almagro ni a Luque; suponía la pérdida de los gastos realizados y de todas las esperanzas que les habían hecho concebir la vista de los adornos de oro y plata que llevaban los habitantes de Catamez. Enviaron, pues, un agente secreto a Pizarro, recomendándole que perseverase en su resolución y se negase a obedecer las órdenes del gobernador de Panamá. Pero

por más que Pizarro hizo muchas y seductoras promesas, el recuerdo de las pasadas fatigas estaban tan recientes que todos sus compañeros, a excepción de doce, le abandonaron.

Con aquellos hombres intrépidos, cuyos nombres han llegado hasta nosotros, estaba García de Jerez, uno de los historiadores de la expedición. Se retiró Pizarro a una isla inhabitada menos inmediata de la costa, a la cual dio el nombre de Gorgona.

Allí vivieron miserablemente los españoles, de mangles, pescados y caracoles, y esperaron durante cinco meses los socorros que Almagro y Luque debían enviarles.

Por último, vencido Los Ríos por las unánimes protestas de la colonia que se indignó al ver que se dejaba perecer tan miserablemente como malhechores a hombres cuyo único crimen era no haber desesperado de conseguir su empresa, envió a Pizarro un pequeño buque con el encargo de hacerle regresar; y a fin de que Pizarro no cayese en la tentación de servirse de él para emprender de nuevo su expedición, se tuvo cuidado de no embarcar en él ni un solo soldado.

A la vista de los socorros que llegaban, los trece aventureros se olvidaron pronto de sus privaciones, y se ocuparon en infundir sus esperanzas a los marineros que venían a buscarles. Entonces todos juntos, en vez de tomar el rumbo de Panamá, se hicieron a la vela, a pesar de los vientos y de las corrientes del Sudeste, y llegaron, después de haber descubierto la isla de Santa Clara, al puerto de Tumbez, situado más allá del tercer grado de latitud Sur, y allí vieron un templo magnífico perteneciente a los soberanos del país, a los Incas.

El país estaba poblado y muy bien cultivado; pero lo que sobre todo sedujo a los españoles y les hizo creer que habían llegado al país maravilloso de que tanto se había hablado, fue la gran abundancia de oro y plata; de tal modo, que estos metales se empleaban no sólo en el aderezo y adorno de los habitantes, sino hasta en los vasos y utensilios comunes.

Pizarro hizo reconocer el interior del país a Pedro de Candía y Alonso de Molina, los cuales le hicieron una descripción entusiasta, y se hizo llevar también algunos vasos de oro y algunas llamas, cuadrúpedos domésticos en el Perú. Por último, tomó a bordo a dos naturales, a los que se proponía enseñar la lengua española y

utilizarles como intérpretes cuando volviese al país.

Sucesivamente fue echando el ancla en Payta, en Sogarata y en la bahía de Santa Cruz, cuyo soberano, Capillana, acogió a aquellos extranjeros con tantas demostraciones de amistad, que muchos no quisieron volver a embarcarse.

Después de haber seguido la costa hasta Puerto Santo, Pizarro hizo rumbo a Panamá, a donde llegó al cabo de tres años, que había empleado en exploraciones peligrosas y que habían arruinado completamente a Luque y Almagro.

Antes de emprender la conquista del país que había descubierto, no pudiendo conseguir que Los Ríos le permitiese alistar nuevos aventureros, resolvió Pizarro dirigirse a Carlos V.

Tomó prestada la suma necesaria para ir a dar cuenta al emperador de sus empresas y pasó a España en 1528.

Hízole al emperador una pintura tan seductora del país que iba a conquistar, que obtuvo como recompensa de sus trabajos los títulos de gobernador, capitán general y alguacil mayor del Perú a perpetuidad, para él y sus herederos, y se le concedió al propio tiempo la nobleza, con mil escudos de pensión. Su jurisdicción, independiente de la del gobernador del Panamá, debía extenderse

por un espacio de doscientas leguas al sur del río Santiago, siguiendo la costa, que tomaría el nombre de Nueva Castilla, y cuyo gobierno le pertenecería; concesiones, por lo demás, que nada costaban a España, porque era cuidado de él el conquistarlas. Por su parte se comprometió Pizarro a alistar doscientos cincuenta hombres y a proveerse de buques, armas y municiones.

Dirigióse después Pizarro a Trujillo, donde determinó a sus hermanos Fernando, Juan y Gonzalo a seguirle, así como también a su hermanastro Martín de Alcántara.

Aprovechóse de su estancia en el pueblo natal, en Cáceres y en toda Extremadura para tratar de hacer una recluta; pero, a pesar del título de los *Caballeros de la Espada dorada* que prometió a los que quisieran seguirle a sus órdenes, no se presentaron muchos.

Volvió después a Panamá, donde las cosas no llevaron el giro que él se había prometido. Había conseguido que a Luque se le nombrase obispo protector de los indios; mas para Almagro, cuyos talentos y temible ambición conocía muy bien, no había pedido más que la nobleza y una gratificación de quinientos ducados con el gobierno de una fortaleza que debía construirse en Tumbez.

Poco satisfecho Almagro, que había gastado todo lo que poseía en los viajes preliminares, con la pequeña parte que se le concedía, rehusó intervenir en la nueva expedición y quiso organizar una por su cuenta. Fue preciso toda la destreza de Pizarro, además de la promesa que le hizo de cederle el cargo de adelantado, para calmarle y hacerle consentir en renovar la antigua asociación.

Eran tan limitados en aquel momento los recursos de los tres asociados, que no pudieron reunir más que tres pequeños buques con ciento ochenta soldados, de los cuales treinta y seis eran jinetes, y que salieron en el mes de febrero de
1531 al
mando de Pizarro y de sus cuatro hermanos, mientras Almagro se quedaba en Panamá organizando una expedición de socorros.

Al cabo de trece días de navegación, después de haber sido arrastrado por un huracán cien leguas más abajo del sitio a que se había propuesto llegar, tuvo que desembarcar Pizarro su gente y sus caballos en la bahía de San Mateo y seguir la costa.

Esta marcha fue muy difícil por un país erizado de montafias, poco poblado y cortado por ríos que tenían que atravesar en su

desembocadura. Por último, llegaron a un sitio llamado Coaquí, donde hicieron un gran botín, lo cual obligó a Pizarro a enviar dos de sus buques a Panamá y Nicaragua llevando un valor de más de treinta mil castellanos y gran número de esmeraldas; botín riquísimo que, según Pizarro, debía determinar a muchos aventureros a venir a unirse con él.

Continuó después el conquistador su marcha hacia el Sur, hasta llegar a Puerto Viejo, donde se le reunieron Sebastián Benalcázar y Juan Fernández, que llevaban doce jinetes y treinta infantes.

El efecto que la vista de los caballos y la detonación de las armas de fuego habían producido en Méjico se renovó en el Perú, y Pizarro pudo llegar sin encontrar gran resistencia hasta la isla de Puna, en el golfo de Guayaquil.

Pero más numerosos y más belicosos los insulares que sus connaturales de tierra firme, resistieron valientemente por espacio de seis meses a los ataques de los españoles, que a pesar de haber recibido de Nicaragua un socorro que les llevó Fernando de Soto, y aun cuando hicieron decapitar al cacique Tomalla y a diez y seis de los principales jefes, no pudieron vencer su resistencia.

Vióse, pues, Pizarro obligado a volver al continente, donde las enfermedades del país molestaron de tal modo a sus compañeros, que tuvo que detenerse tres meses en Tumbez, siendo objeto de los ataques continuos de los indígenas.

Desde Tumbez se dirigió a río Puira, descubrió el puerto de Payta, el mejor de aquella costa, y fundó la colonia de San Miguel, en la desembocadura de Chilo, a fin de que los buques que vinieran de Panamá encontraran un puerto seguro.

En aquel sitio recibió algunos embajadores de Huáscar, el cual le hacía saber que se había sublevado contra él su hermano Atahualpa y le rogaba que fuese a auxiliarle.

En el momento en que los españoles desembarcaron para conquistarle, estaba el Perú bañado por el Pacífico en una extensión de 1500 millas, y llegaba en el interior hasta muy lejos de la imponente cadena de los Andes. En su origen, la población estaba dividida en tribus salvajes y bárbaras, que no tenían idea alguna de civilización y que vivían continuamente en guerra las unas, con las otras. Durante una larga serie de siglos habían continuado las cosas en este estado, y nada hacía presagiar que había de llegar una era

mejor, cuando en las orillas del lago Titicaca se aparecieron a los indios un hombre y una mujer que pretendían ser hijos del sol.

Aquellos dos personajes, de majestuosa figura, llamados Manco-Capac y Mama-Ocllo, reunieron hacia mediados del siglo XII, según Garcilaso de la Vega, un gran número de tribus errantes, y echaron los primeros cimientos de la ciudad de Cuzco.

Manco-Capac enseñó a los hombres la agricultura y las artes mecánicas, mientras qué Mama-Ocllo enseñó a las mujeres el arte de hilar y tejer.

Luego que Manco-Capac hubo satisfecho las primeras necesidades de toda sociedad, dio leyes a sus súbditos y constituyó un Estado político regular, fundándose de este modo la dominación de los Incas o señores del Perú.

Su imperio se limitó en los principios a los alrededores de Cuzco, pero no tardó en ensancharse bajo los sucesores de Manco-Capac, y extenderse desde el trópico de Capricornio hasta la isla de las Perlas, en una extensión de 30º. Su poder llegó a ser tan absoluto como el de los antiguos soberanos asiáticos.

«Así es que —dice Zarate— jamás ha podido existir país en el mundo en que la obediencia y la sumisión de los súbditos haya llegado más lejos. Los Incas eran para ellos casi divinidades; no había sino poner un hilo sacado de su banda real en manos de cualquiera de ellos, para ser respetado y obedecido en todas partes; y llegaba a tal extremo el absoluto acatamiento a las órdenes del rey, que, quien era portador del hilo, podía por sí solo, sin ningún auxilio de soldados, exterminar una provincia entera, y matar en ella hombres y mujeres, porque a la sola vista de aquel hilo sacado de la banda real, todos se ofrecían a la muerte voluntariamente y sin ninguna resistencia».

Por lo demás, los antiguos cronistas están conformes en decir que aquel poder sin límites fue siempre empleado por los Incas en la felicidad y el bienestar de sus súbditos. En una serie de doce reyes que se sucedieron en el trono del Perú, no hay ni uno solo que no haya dejado el recuerdo de un príncipe justo y adorado de su pueblo. ¿No buscaríamos en vano en el resto del mundo un país cuyos anales refieran un hecho análogo? ¿No hemos de sentir, por consiguiente, que los españoles llevaran la guerra y sus horrores, las enfermedades y los vicios de otro clima y que en su orgullo

llamaban civilización, a pueblos felices y ricos, cuyos descendientes empobrecidos y embrutecidos, ni aun tienen para consolarse de su irremediable decadencia, el recuerdo de su antigua prosperidad?

«Los peruanos —dice Michelet en su admirable *Resumen de la historia moderna*— trasmitían los principales hechos a la posteridad por medio de nudos que hacían en cuerdas; tenían obeliscos, gnomos regulares para marcar el punto de los equinoccios y de los solsticios; su año era de trescientos sesenta y cinco días; tenían construidos prodigios de arquitectura y tallado estatuas con un arte sorprendente, y en fin, era la nación más aseada y más industriosa del Nuevo Mundo».

El Inca Huayna Capac, padre de Atahualpa, bajo cuya dominación fue destruido aquel imperio, lo había aumentado embellecido mucho. Aquel Inca que conquistó todo el país de Quito, había hecho con sus soldados y los pueblos vencidos un gran camino de quinientas leguas, desde Cuzco hasta Quito, al través de precipicios que habían sido terraplenados y de montañas allanadas. Correos de hombres establecidos de media legua en media legua, llevaban las órdenes del monarca por todo el imperio.

Tal era la admirable conservación de aquellos caminos, que para juzgar de su magnificencia bastará decir que el rey viajaba en un trono de oro que pesaba
25 000
ducados, y que la litera de oro en la cual iba el trono era llevada por los primeros personajes del Estado.

En la época en que los españoles se presentaron por primera vez en la costa, en 1526, el duodécimo Inca acababa de casarse, despreciando las antiguas leyes del reino, con la hija del rey de Quito, a quien había vencido, y de la que tuvo un hijo llamado Atahualpa, al que dejó este reino a su muerte, en 1529. Su hijo mayor Huáscar, cuya madre era de sangre inca, heredó el resto de los Estados; pero aquella división tan contraria a las costumbres establecidas desde tiempo inmemorial, excitó en Cuzco tal descontento, que Huáscar, animado por sus súbditos, se decidió a marchar contra su hermano, que no quería reconocerle por su señor y dueño. Sin embargo, Atahualpa, que no había hecho más que gustar el poder, no quiso abandonarlo, y atrayéndose con dádivas a la mayor parte de los guerreros que habían acompañado a su padre

a la conquista de Quito, salióle al encuentro con su ejército y la suerte favoreció al usurpador.

¿No es una cosa curiosa de notarse, que lo mismo en el Perú que en Méjico, se viesen favorecidos los españoles por circunstancias absolutamente excepcionales? En Méjico, recientemente sometidos los pueblos a la raza azteca, hollados sin compasión por sus vencedores, acogen a los españoles como libertadores; y en el Perú, la lucha encarnizada entre dos hermanos enemigos, impide a los indios volver todas sus fuerzas contra los invasores, a los que fácilmente hubieran podido exterminar.

Pizarro comprendió en el momento todo el partido que podía sacar de las circunstancias al recibir a los enviados de Huáscar, que venían a pedirle ayuda contra su hermano Atahualpa, a quien representaban como un rebelde y un usurpador. Tenía por seguro que tomando la defensa de uno de los competidores, podría más fácilmente oprimir a los dos. Inmediatamente se adelantó hacia el interior del país a la cabeza de fuerzas muy exiguas; sesenta y dos jinetes y ciento veinte infantes, de los cuales sólo unos veinte estaban armados con arcabuces y mosquetes, pues había tenido que dejar una parte de sus tropas en la custodia de San Miguel, adonde pensaba refugiarse en caso de desgracia, y donde debían desembarcar los socorros que pudieran llegar.

Dirigióse a Caxamalca, pequeña ciudad situada a unas veinte jornadas de la costa, teniendo para esto que atravesar un desierto de arenas ardientes, sin agua y sin árboles, que se extendía como unas veinte leguas de largo hasta la provincia de Motupé, y en el cual el menor ataque del enemigo, unido a los padecimientos sufridos por su pequeño ejército, habría podido de un solo golpe concluir con la expedición.

Adelantóse en seguida por las montañas y se internó por desfiladeros estrechos, en los cuales les habrían podido exterminar fuerzas poco considerables. Durante esta marcha recibió un enviado de Atahualpa que llevaba zapatos punteados y puños de oro, y Pizarro le invitó a que los tuviera puestos en su próxima entrevista con el Inca. Naturalmente, Pizarro fue pródigo en promesas de amistad y de afecto, y declaró al embajador indio que no haría sino seguir las órdenes del rey su señor, respetando la vida y los bienes de los habitantes. Tan luego como llegó a Caxamalca, alojó

prudentemente sus tropas en un templo o un palacio del Inca, al abrigo de toda sorpresa, y en seguida envió a uno de sus hermanos, con Soto y una veintena de jinetes, al campamento de Atahualpa, que no distaba más de una legua, para que le hicieran saber su llegada.

Los enviados del gobernador, que fueron recibidos con magnificencia, se quedaron asombrados de la multitud de adornos y vasos de oro y plata que vieron por todas partes en el campo indio. Volvieron con la promesa de que Atahualpa vendría al día siguiente a visitar a Pizarro y a darle la bienvenida en su reino. Al mismo tiempo describieron a Pizarro las maravillos riquezas que habían visto, lo cual le confirmó en el proyecto que había formado de apoderarse por traición del desgraciado Atahualpa y de sus tesoros.

Muchos autores españoles, y sobre todo Zárate, disfrazan los hechos que sin duda les han parecido demasiado odiosos, y hacen recaer la traición en Atahualpa, pero se poseen hoy demasiados documentos para no reconocer, con Robertson y Prescott, toda la perfidia de Pizarro.

Era muy importante para él tener en su poder al Inca para que le sirviera como de instrumento, de la misma manera que Cortés había usado de Moctezuma.

Aprovechóse, pues, de la honradez y de la simplicidad de Atahualpa, que había creído completamente en sus promesas de amistad para tenderle un lazo en el cual este último no podía dejar de caer. Por lo demás, ni un escrúpulo pasó siquiera por el alma desleal del conquistador, que cometió con tanta sangre fría como si fuera a librar una batalla entre enemigos prevenidos, aquella infame traición que será un eterno baldón para su memoria.

Dividió Pizarro su caballería en tres escuadrones, dejó en un solo cuerpo toda su infantería; ocultó sus arcabuceros en el camino que debía recorrer el Inca, y conservó a su lado unos veinte de sus más decididos compañeros.

Queriendo Atahualpa dar a los extranjeros una alta idea de su poder, se adelantó con todo su ejército, siendo él llevado en una especie de andas adornadas de plumas y cubierta de placas de oro y plata, cuajadas de piedras preciosas. Iba rodeado de histriones y bailarinas y acompañado de sus principales señores, que, como él, eran llevados en hombros de sus servidores. La marcha de este

ejército más bien parecía una procesión.

En cuanto el Inca llegó a donde estaban los españoles, asegura Robertson que el padre Vicente Valverde, capellán de la expedición y que más tarde recibió el título de obispo en recompensa de su conducta, se adelantó con un crucifijo en una mano y el breviario en la otra, y en un interminable discurso expuso al monarca la doctrina de la creación, la caída del primer hombre; la encarnación; la pasión y la resurrección de Jesucristo; la elección que Dios había hecho de San Pedro para que fuese su vicario en la tierra; el poder de este último trasmitido a los Papas y la donación hecha al rey de Castilla por el papa Alejandro de todas las regiones del Nuevo Mundo. Después de haber desarrollado toda esta doctrina, exhortó a Atahualpa abrazar la religión cristiana, a reconocer la autoridad suprema del Papa y a someterse al rey de Castilla como a su soberano legítimo. Si se sometía inmediatamente, Valverde le prometía que el rey su señor tomaría el Perú bajo su protección y le consentiría que continuara reinando; pero si rehusaba obedecer y perseveraba en su impiedad, él le declaraba la guerra y le amenazaba con una terrible venganza.

Era por lo menos una escena singular y una extraña arenga aquella que se representaba aludiendo a hechos desconocidos de los peruanos y de cuya veracidad un orador más hábil que Valverde no habría podido convencerles. Si se añade a esto que el intérprete conocía tan mal el español que se hallaba en la imposibilidad casi absoluta de traducir lo que apenas si él mismo comprendía y que debía faltar palabras a la lengua peruana para expresar ideas tan extrañas a su genio, nadie se sorprenderá al saber que del discurso del fraile español Atahualpa no entendió casi nada. Sin embargo, algunas frases en las que se atacaba su poder, le llenaron de sorpresa e indignación, pero su respuesta fue muy moderada. Dijo que dueño de su reino por derecho de sucesión, no se le alcanzaba que nadie hubiese podido disponer de él sin su consentimiento; añadió que de ninguna manera estaba dispuesto a renegar de la religión de sus padres para adoptar otra de la cual oía hablar por la primera vez; respecto de los demás puntos del discurso no comprendió nada y eran para él cosas tan nuevas, y dijo que le agradaría saber dónde las había aprendido Valverde.

—En este libro —respondió Valverde, presentándole su

breviario.

Atahualpa le tomó con presteza, volvió curiosamente algunas hojas y lo acercó a su oído.

—Esto que me enseña aquí no me habla ni me dice nada —dijo luego tirando el libro al suelo.

Aquélla fue la señal del combate, o mejor dicho, de la matanza.

Los cañones y los mosquetes entraron en juego, lanzáronse los jinetes, y la infantería cayó espada en mano sobre los peruanos, estupefactos. En algunos instantes el desorden llegó a su colmo, los indios huyeron en todas direcciones sin tratar de defenderse. En cuanto a Atahualpa, aun cuando sus principales oficiales se esforzaron por llevársele escudándole con sus cuerpos, Pizarro adelantó hacia él, dispersó o derribó a sus guardias, y agarrándole por su larga cabellera le derribó de la litera en que le llevaban. Sólo la noche pudo terminar la carnicería; cuatro mil indios quedaban muertos, un número mucho mayor fueron heridos y tres mil hechos prisioneros. Lo que prueba hasta la evidencia que no hubo combate, es que de todos los españoles sólo Pizarro fue herido, y eso no por los enemigos, sino por uno de sus soldados que quiso con demasiada precipitación apoderarse del Inca.

El botín recogido en los muertos y en el campo de batalla excedió a todo lo que los españoles habían podido imaginar; así es que su entusiasmo fue proporcionado a la conquista de tantas riquezas.

Al principio soportó Atahualpa con bastante resignación su cautividad, tanto más cuanto que, a lo menos con palabras, Pizarro hacía todo lo posible para dulcificársela; pero habiéndose dado cuenta enseguida de la codicia desenfrenada de sus carceleros, propuso a Pizarro pagarle un rescate que consistiría en hacer llenar hasta la altura que él pudiese alcanzar con la mano una habitación de veintidós pies de largo por diez y seis de ancho de vasos, utensilios y adornos de oro. Pizarro aceptó contentísimo, el Inca prisionero dictó en seguida las órdenes necesarias y todas las provincias las ejecutaron prontamente y sin murmurar. Además fueron licenciadas las tropas indias y Pizarro pudo enviar a Soto y cinco españoles a Cuzco, ciudad situada a más de doscientas leguas de Caxamalca, mientras él mismo sometía el país en cien leguas a la redonda.

Mientras esto sucedía, desembarcó Almagro con doscientos soldados. Pusiéronse aparte para él y para sus hombres (con algún disgusto, y esto es fácil de imaginar) cien mil pesos; se reservó el quinto del rey y aún quedaron 1.
528 500
pesos para repartirlos entre Pizarro y sus compañeros. El producto

del saqueo y la matanza fue solemnemente distribuido entre los que a él tenían derecho, el día de Santiago, patrón de España, después de una ferviente invocación a la divinidad. Deplorable mezcla de religión y profanación, muy frecuente por desgracia en aquellos tiempos de superstición y avaricia.

Cada jinete recibió por su parte 8000 pesos y cada infante 4000, o sea
40 000
y
20 000
francos, respectivamente, pues había allí para satisfacer aun a los más descontentadizos, después de una campaña que no había sido larga ni pesada. Así fue que muchos de aquellos aventureros, deseosos de gozar en paz y en su patria de una fortuna inesperada, se apresuraron a pedir su licencia. Pizarro se las concedió sin dificultad, porque comprendía que la fama de su rápida fortuna no tardaría en llevarle nuevos refuerzos, y con su hermano Fernando, que marchó a España a llevar al emperador magníficos presentes y la relación de su triunfo, marcharon sesenta españoles cargados de dinero, pero ligeros de escrúpulos.

Tan pronto como Atahualpa pagó su rescate, reclamó su libertad, pero Pizarro, que sólo le había conservado la vida con objeto de cubrirse con la autoridad y el prestigio que el emperador ejercía sobre sus súbditos y con el objeto también de amontonar todos los tesoros del Perú, se hizo el sordo a las reclamaciones del prisionero, suponiendo que éste había, desde hacía mucho tiempo, ordenado en secreto levantar tropas en las provincias alejadas del imperio. Además, habiendo advertido Atahualpa que Pizarro no era más instruido que el último de sus soldados, sentía hacia el gobernador un desprecio que desgraciadamente no supo disimular. Tales fueron los motivos, bien fútiles, por no decir otra cosa, que determinaron a Pizarro a mandar instruir el proceso del Inca.

Nada más odioso que aquel proceso en que Pizarro y Almagro fueron a la vez jueces y partes. Los capítulos de la acusación, los unos son tan ridículos y los otros tan absurdos, que verdaderamente no se sabe qué admirar más, si la desvergüenza o la iniquidad de Pizarro, que sometía a tales humillaciones al jefe de un poderoso imperio en el cual no tenía jurisdicción. Declarado Atahualpa

culpable, fue condenado a ser quemado vivo; pero, como había concluido por pedir el bautismo para librarse de las insistencias de Valverde, se contentaron con estrangularle. ¡Digno paralelo de la ejecución de Guatimozín! ¡Maldad de las más atroces y de las más odiosas cometidas por los españoles en América, donde se mancharon con todos los crímenes imaginables!

Sin embargo, aún había entre aquella turba de aventureros algunos hombres que habían conservado el sentimiento del honor y de su propia dignidad, y protestaron altamente en nombre de la justicia indignamente pisoteada y vendida, pero sus voces generosas quedaron ahogadas por las declaraciones interesadas de Pizarro y de sus dignos acólitos.

En seguida el gobernador invistió con la dignidad real a uno de los hijos de Atahualpa, con el nombre de Pablo Inca; pero la guerra entre los hermanos y los acontecimientos ocurridos desde la llegada de los españoles, habían debilitado considerablemente los lazos que unían a los peruanos con los reyes, y aquel joven que en breve debía morir vergonzosamente, no tuvo ni aun la autoridad que Manco Capac, hijo de Huáscar, que fue reconocido por los pueblos de Cuzco. En breve también trataron algunos jefes del país de dividir en reinos el imperio del Perú, y uno de ellos fue Ruminagui, comandante de Quito, que hizo asesinar a los hermanos y a los hijos de Atahualpa y se declaró independiente.

Reinaba la discordia en el campo peruano, y los españoles resolvieron aprovecharse de ella. Adelantóse Pizarro rápidamente sobre Cuzco, lo cual no pudo hacer antes por carecer de fuerzas. A la sazón una multitud de aventureros atraídos por los tesoros llevados a Panamá, corrían hacia el Perú y pudo reunir quinientos hombres después de haber dejado una importante guarnición en San Miguel al mando de Benalcázar. Pizarro no tenía ya razón para esperar. Por el camino libró algunos combates con grandes cuerpos de ejército, pero el resultado fue siempre que los indígenas tuvieron enormes pérdidas, siendo insignificantes las de los españoles. Cuando entraron en Cuzco y tomaron posesión de la ciudad, se extrañaron mucho del poco oro y piedras preciosas que encontraron en ella, por más que excedía con mucho al rescate pagado por Atahualpa. ¿Obedecería acaso su extrañeza a que se habían familiarizado con las riquezas del país, o a que estaban muchos más

en el reparto?

Durante aquel tiempo, cansado Benalcázar de su inacción, aprovechó la llegada de un refuerzo que venía de Nicaragua y de Panamá para dirigirse hacia Quito, donde, al decir de los peruanos, Atahualpa había dejado la mayor parte de sus tesoros. Púsose a la cabeza de ochenta jinetes y de ciento veinte infantes; batió en muchas ocasiones a Ruminagui, que le cerraba el paso, y merced a su prudencia y a su habilidad pudo entrar victorioso en Quito; pero no encontró allí lo que buscaba: los tesoros de Atahualpa.

En la misma época Pedro de Alvarado, que se había distinguido mucho a las órdenes de Cortés y que había sido nombrado gobernador de Guatemala en recompensa de sus servicios, fingió ignorar que la provincia de Quito se hallaba bajo el mando de Pizarro y organizó una expedición de quinientos hombres, de los cuales doscientos eran jinetes, y, desembarcando en Puerto Viejo, quiso llegar a Quito sin guía, subiendo a Guayaquil y atravesando los Andes. Aquel camino fue uno de los más malos y más penosos que podía haber escogido. Antes de llegar a las llanuras de Quito habían perecido la quinta parte de los aventureros y la mitad de los caballos después de haber sufrido horriblemente por la sed y el hambre, sin contar con los efectos de las cenizas ardiendo del Chimborazo, volcán inmediato a Quito, y de las nieves que les molestaron; los demás aventureros estaban completamente desanimados y absolutamente imposibilitados de combatir; y con la mayor sorpresa y al mismo tiempo que con cierto sentimiento de inquietud, se vieron de pronto los compañeros de Alvarado en presencia, no de un ejército indio como esperaban, sino de un ejército de españoles a las órdenes de Almagro. Disponíanse estos últimos a acometerles cuando algunos capitanes más moderados propusieron una avenencia, en virtud de la cual Alvarado se retiró a su gobierno, después de haber tomado cien mil pesos por sus gastos de armamento.

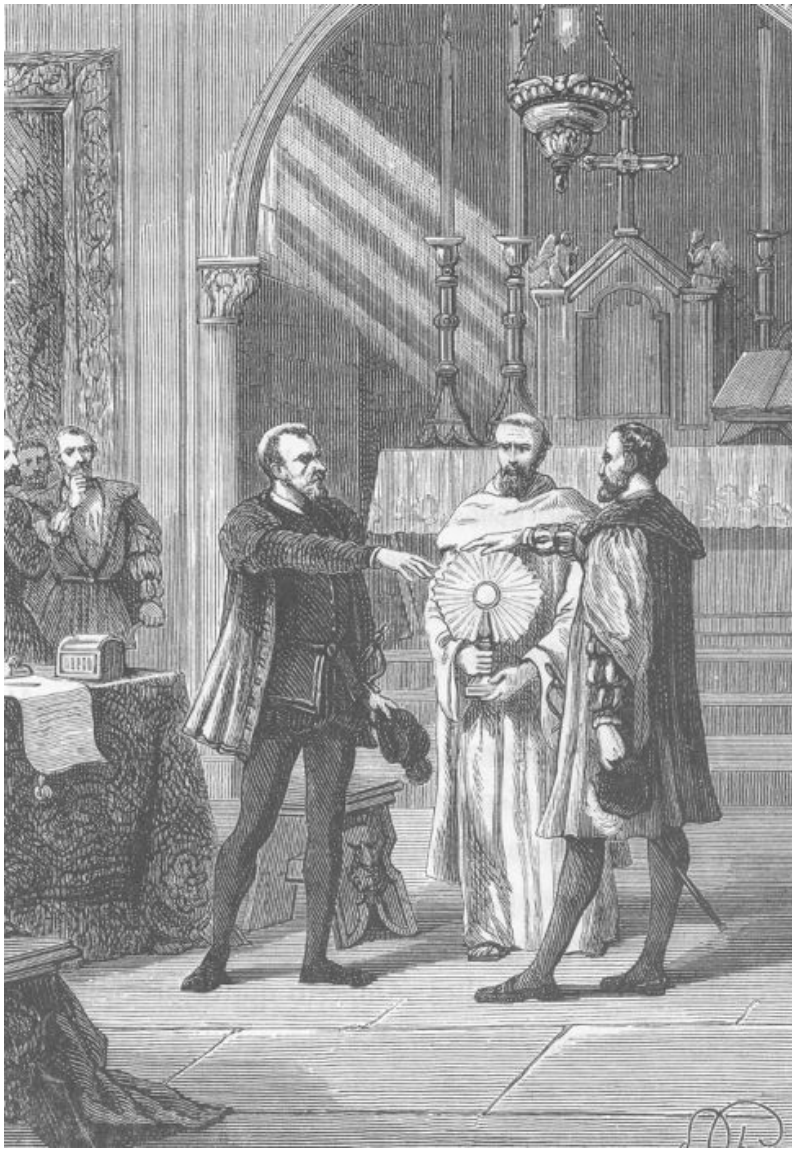
Mientras estos acontecimientos se desarrollaban en el Perú, Fernando Pizarro caminaba con rumbo a España, donde necesariamente había de proporcionarle una excelente acogida la prodigiosa cantidad de oro, plata y piedras preciosas que llevaba. Obtuvo para su hermano Francisco la confirmación en sus funciones de gobernador con poderes más amplios; para sí mismo el

nombramiento de caballero de Santiago y para Almagro la confirmación de su título de Adelantado, y que se extendiera su jurisdicción doscientas leguas, sin limitarlas, empero, exactamente lo cual dejaba una puerta abierta a las disputas y a las interpretaciones arbitrarias.

Aún no había llegado Pizarro al Perú cuando Almagro, sabedor de que se le había confiado un gobierno especial, pretendió que Cuzco pertenecía a él, y tomó sus disposiciones para conquistarla; pero Juan y Gonzalo Pizarro no creyeron que debían dejarse despojar y estaban a punto de venir a las manos, cuando Francisco Pizarro, a quien con frecuencia llaman *el Marqués*, o *el Gran Marqués*, llegó a la capital.

Almagro no había podido perdonar nunca a este último la doblez de que había dado prueba en sus negociaciones con Carlos V, y el desenfado con que se había hecho conceder a costa de sus dos asociados la mayor cantidad de autoridad y el gobierno más extenso; pero como encontró una gran oposición a sus designios, y como no era el más fuerte, disimuló su descontento y aparentó alegrarse de su reconciliación.

«Renovaron entonces su sociedad —dice Zarate—, con la condición de que Almagro iría a descubrir el país por el lado del Sur, y que si encontraba alguno que fuese bueno se pediría a Su Majestad el gobierno para él; pero si no se encontraba ninguno que le acomodase repartirían entre los dos el gobierno de don Francisco. Fue tomado este acuerdo de una manera solemne, y prestaron juramento sobre la Hostia consagrada, de no emprender nada en lo sucesivo el uno contra el otro. Algunos dicen que Almagro juró que no emprendería jamás nada ni contra Cuzco ni contra el país que se halla al lado allá hasta ciento treinta leguas de distancia, aun cuando Su Majestad le diese el gobierno. Se añade que, dirigiéndose al Santísimo Sacramento, pronunció estas palabras: “Señor: si violo el juramento que ahora hago, quiero que me confundas y me castigues en mi cuerpo y en mi alma”».



Después de aquel solemne convenio que debía ser observado con tan poca fidelidad cómo el primero, preparó Almagro todas sus cosas para su partida. Gracias a su liberalidad muy conocida así como a su reputación de valiente, reunió quinientos sesenta hombres, tanto de caballería como de infantería, con los cuales se adelantó por tierra hacia Chile.

El trayecto fue excesivamente penoso, y los aventureros tuvieron que sufrir particularmente los rigores del frío al pasar los Andes y que combatir a pueblos muy belicosos que no habían recibido ninguna civilización y que les acometieron con una furia de que en el Perú no habían podido tener idea. No pudo Almagro fundar ningún establecimiento, porque apenas hacía dos meses, que estaba en el país, cuando supo que los indios del Perú se habían sublevado, que habían asesinado a la mayor parte de los españoles, y tuvo que volver en seguida atrás.

Después de suscribir un nuevo convenio acordado entre los conquistadores (1534), Pizarro volvió a las provincias inmediatas al mar, en las que, no teniendo ya que temer ninguna resistencia, pudo establecer un gobierno regular. Para ser un hombre que jamás había estudiado legislación, dictó muy sabios reglamentos sobre la administración de justicia, percepción de impuestos, repartición de indios y trabajos de las minas. Si este conquistador tiene algunos lados de su carácter que fácilmente se prestan a la crítica, es preciso reconocer que no le faltó cierta elevación de ideas y que tenía conciencia del papel que desempeñaba de fundador de un gran imperio. Por mucho tiempo dudó sobre la elección de la futura capital de las posesiones españolas. Cuzco tenía para él el atractivo de haber sido la residencia de los Incas; pero esta ciudad, situada a más de cuatrocientas millas del mar, se encontraba muy lejos de Quito, cuya importancia parecía grande a Pizarro. Pronto le agradó la belleza y la fertilidad de un gran valle regado por un río, el Rimac, y allí estableció en 1536 la sede de su poder, y en breve, merced al magnífico palacio que se hizo construir y a las suntuosas moradas de sus principales capitanes, la ciudad *de los Reyes*, o Lima, como se llama por corrupción el nombre del río que la baña, no tardó en tomar el aspecto de una gran ciudad.

Mientras estos cuidados retenían a Pizarro lejos de su capital, pequeños cuerpos de ejército enviados en diversas direcciones se internaban por las provincias más lejanas del imperio, a fin de extinguir los últimos restos de resistencia, de tal modo que no quedó en Cuzco sino un pequeño destacamento. El Inca que vivía entre los españoles, creyó el momento oportuno para fomentar una sublevación general en la cual esperaba concluir con la dominación extranjera; y aun cuando estaba muy custodiado, supo tomar sus

medidas con tal habilidad, que no despertó las sospechas de los opresores, y hasta se le permitió asistir a una gran fiesta que debía celebrarse a algunas leguas de Cuzco, y para la cual se habían reunido los personajes más principales del imperio.

Tan pronto como el Inca se presentó, levantóse el estandarte de la sublevación, desde los confines de la provincia de Quito hasta Chile, se puso el país en armas, y gran número de pequeños destacamentos españoles fueron sorprendidos y exterminados. Defendida Cuzco por los tres hermanos Pizarro con ciento setenta españoles solamente, sufrió durante ocho meses los ataques incesantes de los peruanos, que se habían ejercitado en el manejo de las armas tomadas a sus adversarios. Los conquistadores resistieron valientemente, pero sufrieron pérdidas sensibles, y sobre todo la de Juan Pizarro.

Cuando Almagro supo estas noticias, dejó precipitadamente a Chile, atravesó el desierto montuoso, pedregoso y arenoso del Atacama, en el que sufrió tanto por el calor y la sed, como había sufrido en los Andes con la nieve y el frío, penetró en el territorio peruano, derrotó a Manco Capac en una gran batalla y llegó cerca de la ciudad de Cuzco, después de haber perseguido a los indios. Entonces trató de hacerse entregar la ciudad so pretexto de que no estaba comprendida en el gobierno de Pizarro, y violando una tregua, se apoderó de Fernando y de Gonzalo Pizarro, y se hizo reconocer por gobernador.

Durante este tiempo, un cuerpo considerable de indios cercó a Lima, interceptó toda comunicación y destruyó las pequeñas columnas de tropa que con gran trabajo envió Pizarro al socorro de Cuzco en diversas ocasiones. En esta época envió todos sus buques a Panamá para obligar a sus compañeros a hacer una resistencia desesperada; trajo de Trujillo las fuerzas a las órdenes de Alfonso de Alvarado, y confió a este último una columna de quinientos hombres que avanzó hasta algunas leguas de la capital sin sospechar siquiera que ésta se hallaba en poder de compatriotas perfectamente decididos a estorbarle el camino.

Pero Almagro deseaba más bien atraer a aquellos nuevos adversarios que destruirlos, y dispuso las cosas de modo que pudiera sorprenderlos y hacerlos prisioneros. Se le ofrecía la ocasión de terminar la guerra y hacerse de un solo golpe dueño de

los dos gobiernos. Así se lo aconsejaron algunos de los oficiales, sobre todo Orgoño, que deseaba la muerte de los dos hermanos del conquistador, diciéndole también que se adelantase a marchas forzadas con sus tropas victoriosas contra Lima, donde Pizarro, sorprendido, no podría resistirlo. Pero a los que Júpiter quiere perder, dice un poeta latino, los enloquece, y Almagro, que en tantas otras circunstancias había desechado todo escrúpulo, no quiso invadir el gobierno de Pizarro a la manera de un rebelde, y volvió tranquilamente a Cuzco.

Considerado el hecho desde el punto de vista de sus intereses, Almagro cometía una grave falta, de la que no debía tardar en arrepentirse; pero si consideramos lo que jamás debe perderse de vista, es decir, el interés de la patria, los actos de agresión que ya había cometido y el haber provocado la guerra civil enfrente de un enemigo dispuesto a aprovecharse de ella, constituían un crimen capital, que sus adversarios no habían de tardar en hacerle presente.

Si Almagro necesitaba una decisión inmediata para hacerse dueño de la situación, Pizarro tenía que esperarlo todo del tiempo y de las circunstancias. Mientras llegaban los refuerzos que le habían prometido enviar de Darién, entabló con su adversario negociaciones que duraron muchos meses, y durante éstas, uno de sus hermanos y Alvarado hallaron medios de escaparse con más de setenta hombres. Aun cuando Almagro había sido engañado tantas veces, consintió, sin embargo, en recibir al licenciado Espinosa, encargado de decirle que si el emperador sabía lo que pasaba entre los dos competidores, y tenía noticias del estado a que sus desavenencias habían llevado las cosas, llamaría indudablemente a uno o a otro y le reemplazaría. Por último, después de la muerte de Espinosa, fray Francisco de Bobadilla, a quien Pizarro y Almagro habían remitido la decisión de sus diferencias, decidió que Fernando Pizarro sería incontinenti puesto en libertad; que Cuzco sería entregada al marqués y que se enviarían a España a algunos capitanes de los dos bandos, con el encargo de hacer valer los derechos recíprocos de los competidores, y remitiéndose a la decisión del emperador.

Apenas había sido puesto en libertad el último de sus hermanos, cuando Pizarro, rechazando toda idea de paz y de amistosos arreglos, declaró que sólo las armas habían de decidir si él o

Almagro habían de ser los señores del Perú.

En poco tiempo reunió setecientos hombres, cuyo mando confió a sus hermanos, y siendo muy difícil atravesar las montañas para llegar a Cuzco por un camino directo, siguieron las orillas del mar hasta Nasca, y penetraron en una ramificación de los Andes que debía llevarlos a la capital.

Quizá Almagro debió defender los desfiladeros de las montañas; pero no tenía más que quinientos hombres y confiaba además en su brillante caballería que en aquel terreno quebradizo no hubiera podido desplegarse. Esperó, pues, al enemigo en las llanuras de Cuzco. El 26 de abril de 1538, se atacaron los dos bandos con igual encarnizamiento; pero la victoria se decidía en breve, merced a la compañía de mosqueteros que el emperador, al saber la sublevación de los indios, había mandado a Pizarro. Ciento cuarenta soldados murieron en aquel combate, que recibía el nombre de Las Salinas. Orgoño y muchos capitanes distinguidos fueron muertos a sangre fría después de la batalla, y ni Almagro, viejo y enfermo, pudo librarse de los Pizarros.

Los indios, que reunidos en armas en las montañas inmediatas, se proponían caer sobre el vencedor, huyeron con la mayor precipitación.

«Nada —dice Robertson— prueba mejor el ascendiente que los españoles tenían sobre los americanos, como ver a éstos, testigos de la derrota y dispersión de uno de los bandos, no tener valor para atacar al otro debilitado y cansado por la misma victoria, y no atreverse a caer sobre sus opresores, cuando la fortuna les ofrecía una ocasión tan favorable».

En aquella época una victoria no era completa si no iba seguida inmediatamente del pillaje, y por consiguiente, la ciudad de Cuzco fue entrada a saco. Todas las riquezas que en ella encontraron los compañeros de Pizarro no bastaron a satisfacerles; todos tenían tan alta idea de sus méritos y de los servicios que habían prestado, que se hubiera necesitado, para premiar a cada uno, un cargo de gobernador. Fernando Pizarro los dispersó, enviándoles a conquistar nuevas tierras con algunos partidarios de Almagro que se habían reunido y que le importaba alejar.

Respecto a éste último, convencido Fernando Pizarro de que su nombre sería siempre un incentivo de agitación perpetua, resolvió

deshacerse de él. Mandó, pues, instruir un proceso, el cual, como es de presumir, terminó con una sentencia de muerte. Al saber esta noticia, Almagro tuvo algunos momentos de turbación muy natural, durante los cuales hizo presente su mucha edad y la manera muy diferente como él se había portado con Fernando y Gonzalo Pizarro, cuando fueron sus prisioneros; pero en seguida recobró su sangre fría y esperó la muerte con el valor de un soldado. Fue estrangulado en su prisión y decapitado públicamente en 1538.

Después de algunas expediciones afortunadas, Fernando Pizarro pasó a España a dar cuenta al emperador de lo que había ocurrido, y allí encontró la opinión muy prevenida contra él y sus hermanos. Su crueldad, sus violencias, su desprecio a los más sagrados compromisos, habían sido expuestos con toda su desnudez y sin contemplación de ninguna especie por algunos partidarios de Almagro, y Fernando Pizarro necesitó de una habilidad maravillosa para conseguir ganarse al emperador, que no podía juzgar de qué lado estaba la justicia, puesto que sólo los interesados podían ilustrarle, y sólo veía las consecuencias deplorables de la guerra civil para su gobierno. Decidióse, pues, Carlos V a enviar a aquellos sitios un comisario especial, al cual dio los poderes más amplios, y que después de haberse enterado de los sucesos, debía establecer la forma de gobierno que juzgara más conveniente.

Confióse esta delicada misión a un juez de la audiencia de Valladolid llamado Cristóbal de Vaca, que no se mostró indigno de su cargo. Y, cosa digna de notarse, se le recomendó que, respecto de Francisco Pizarro, usase de los mayores miramientos, en los momentos precisamente en que su hermano Fernando era detenido y arrojado en una prisión, en la que debía permanecer olvidado por espacio de veinte años.

Mientras estos acontecimientos ocurrían en España, el marqués dividía el país conquistado, guardaba para sí y sus partidarios los distritos más fértiles o los mejor situados, y no concedía a los compañeros de Almagro, a los de Chile, como los llamaban, sino los territorios estériles y apartados.

Después confió a Pedro Valdivia, uno de sus maestros de campo, la ejecución del proyecto que Almagro no había hecho más que iniciar, la conquista de Chile.

Partió Valdivia el 18 de enero de 1540 con ciento cincuenta

españoles, entre los caules debían ilustrarse Pérez Gómez, Pedro de Miranda y Alonso de Monroy, y atravesó el desierto de Atacama, empresa que aún hoy se considera como una de las más penosas, y llegó a Copiapó, situado en el centro de un hermoso valle.

Al principio fue recibido con gran cordialidad; pero cuando se concluyó la recolección, tuvo que sostener numerosos combates con una raza de indios muy diferentes de los del Perú, con los araucanos, que eran valientes e infatigables guerreros, y sólo fundó, en 12 de febrero de 1541, la ciudad de Santiago.

Valdivia pasó en Chile ocho años dirigiendo la conquista y la organización del país. Menos codicioso que los demás conquistadores contemporáneos suyos, no buscaba las riquezas minerales sino para asegurar el desarrollo y la prosperidad de su colonia, a la que supo aficionar a la agricultura.

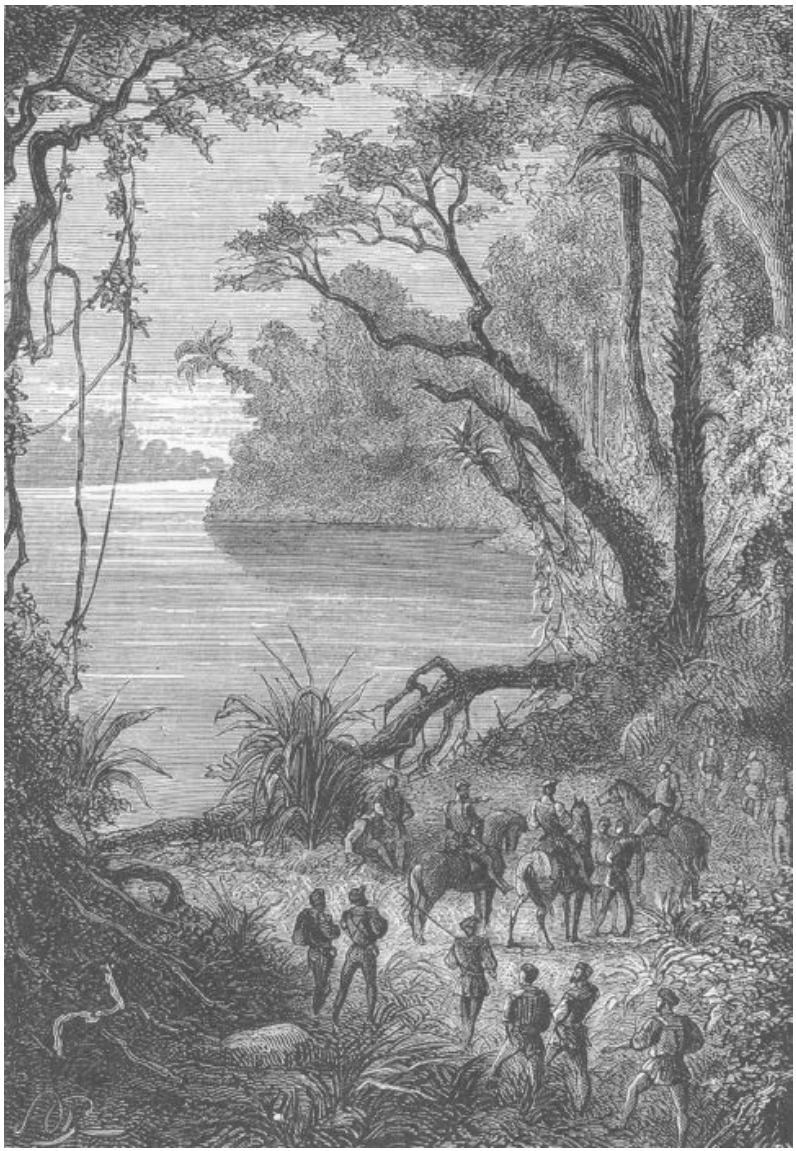
«La mejor mina que he descubierto es la que proporciona pan y vino, y alimento para el ganado. Quien tiene esto, tiene dinero: de las minas no vivimos ni aun de substancia, pues muchas veces tiene alguno una buena mina que no da jugo».

Estas sabias palabras de Lescarbot en su *Historia de la Nueva Francia*, habría podido pronunciarlas Valdivia, porque expresan mejor que otras sus sentimientos. Su valor, su prudencia y su humanidad, esta última sobre todo, que resalta de una manera especial al lado de la crueldad de Pizarro, le concedieron un puesto aparte y de los más distinguidos entre los conquistadores del siglo XVI.

En la época en que Valdivia marchaba hacia Chile, Gonzalo Pizarro, a la cabeza de trescientos cuarenta españoles, de los cuales la mitad iban montados, y de cuatro mil indios, atravesaba los Andes a costa de tales fatigas, que la mayor parte de estos últimos murieron de frío; internóse después hacia el Este en el continente en busca de un país en el que decían que abundaban la canela y las especias. Recibidos los españoles en aquellas vastas sabanas cortadas por lagunas y bosques vírgenes, por lluvias torrenciales que no duraron menos de dos meses, y no habiendo encontrado sino muy escasa población, y sobre todo poco industriosa y muy hostil, tuvieron que sufrir con frecuencia los padecimientos del hambre, porque entonces no existían allí bueyes ni caballos, y los mayores cuadrúpedos eran los tapires y las llamas, y aun estos últimos no se

encontraban sino muy difícilmente en aquellas vertientes de los Andes.

Mas a despecho de estas dificultades que habrían desanimado a exploradores menos enérgicos que los *descubridores* del siglo XVI persistieron en su tentativa y bajaron por el río Napo o Coca, afluente en la margen izquierda del Marañón, hasta su confluencia.



Allí construyeron con gran trabajo un bergantín que fue tripulado por cincuenta soldados al mando de Francisco Orellana; pero ya sea que la violencia de la corriente le arrastrase, ya que no hallándose a la vista de su jefe quisiera a su vez ser jefe de una expedición de descubrimientos, es lo cierto que no esperó a Gonzalo Pizarro en el punto de cita, y que continuó bajando el río hasta que llegó al Océano.

Semejante navegación a través de más de dos mil leguas por regiones desconocidas, sin guía, sin brújula y sin provisiones, con una tripulación que murmuró más de una vez contra la loca tentativa de su jefe, cruzando por poblaciones casi constantemente hostiles, semejante navegación, decimos, es verdaderamente maravillosa.

Desde la embocadura del río que acababa de bajar con su barco mal construido y averiado, llegó Orellana hasta la isla de Cubagua y desde allí se hizo a la vela a España. Si el proverbio: «a gran distancia, gran mentira», no hubiera existido desde mucho tiempo antes, Orellana lo habría inventado.

En efecto, difundió las fábulas más absurdas acerca de la opulencia de los países que había atravesado; los habitantes eran tan ricos, que los techos de los templos estaban formados con placas de oro, lo cual dio ocasión a la leyenda de El Dorado. Habló también Orellana de la existencia de una república de mujeres guerreras que habían fundado un vasto imperio, lo cual fue causa de que al Marañón se le diera el nombre de río de las Amazonas. Mas si se despoja su relación de todo lo ridículo y grotesco que debía agradar a la imaginación de sus contemporáneos, queda sin embargo sentado que le expedición de Orellana es una de las más notables de aquella época tan fecunda en empresas gigantescas y que facilitó las primeras noticias acerca de la inmensa zona del país que se extiende entre los Andes y el Atlántico.

Pero volvamos a Gonzalo Pizarro. Su perplejidad y su consternación fueron grandes cuando, al llegar a la confluencia del Napo y del Marañón, no encontraron a Orellana, que debía esperarle allí. Temiendo que hubiera ocurrido alguna desgracia a su lugarteniente, siguió la corriente del río por espacio de cincuenta leguas, hasta que se encontró a un desgraciado oficial abandonado por haber hecho algunas observaciones a Orellana acerca de su

perfidia. Al saber el cobarde abandono y la miseria en que se les dejaba, se desanimaron hasta los más valientes, y Pizarro tuvo que ceder a sus instancias y volver a Quito, del que le separaban más de mil doscientas millas.

Para expresar cuál serían sus sufrimientos en aquel viaje de regreso, bastará decir que después de haber comido caballos, perros y reptiles, raíces y animales salvajes, después de haber masticado todo el cuerpo de sus equipos, los desgraciados sobrevivientes, desgarrados por las malezas, pálidos y descarnados, pudieron llegar a Quito en número de ochenta. Cuatro mil indios y doscientos españoles habían perdido la vida en aquella expedición que no había durado menos de dos años.

Mientras Gonzalo Pizarro conducía la desgraciada expedición que acabamos de referir, los antiguos partidarios de Almagro, que jamás habían podido unirse francamente a Pizarro, se agrupaban en torno del hijo de su antiguo jefe y concertaban en secreto la muerte del marqués. En vano advirtieron repetidas veces a Francisco Pizarro lo que se tramaba contra él, nunca quiso dar crédito a las advertencias, y decía: «Perded cuidado, estaré con seguridad mientras todos en el Perú sepan que puedo en un momento dado quitar la vida al que se atreviese a concebir el proyecto de atentar a la mía».

El domingo, 26 de junio de 1541, en el momento de la siesta, Juan Herrada y dieciocho conjuradores salen de la casa de Almagro espada en mano y armados de pies a cabeza corriendo hacia la casa de Pizarro y gritando: «Muera el tirano, muera el infame». Invaden el palacio, matan a Francisco de Chaves, que acudía al ruido, y penetran en la habitación en que estaban con Francisco de Pizarro, su hermano Francisco Martín, el doctor Juan Velázquez y una docena de servidores.

Estos saltan por las ventanas, a excepción de Martín Pizarro, de otros dos caballeros y de dos pajes que se hacen matar defendiendo la puerta del departamento del gobernador. Pizarro, que no tuvo tiempo de ponerse la coraza, agarra su espada y un escudo, y defendiéndose valientemente, mata a cuatro de sus adversarios y hiere a otros muchos. Uno de los que le acometen atrae sobre sí, desviándose, los golpes de Pizarro, y durante este tiempo los demás encuentran facilidad de entrar y cargar sobre él con tal furia, que no

puede parar todos los golpes; se halla tan cansado, que apenas si puede mover su espada.

«Estando de este modo —dice Zárate—, llegaron al fin hasta él y concluyeron de matarle de una estocada en el cuello. Al caer pidió en alta voz confesión, y no pudiendo ya hablar, hizo en tierra la señal de la cruz y la besó, y de este modo entregó su alma a Dios».

Algunos negros arrastraron su cuerpo hasta la iglesia, a donde Juan Barbazán, su antiguo criado fue el único que se atrevió a ir a reclamarle. Aquel fiel servidor hizo en secreto las honras fúnebres, porque los conjurados habían saqueado su casa y no habían dejado ni aun con qué pagar los cirios.

Así concluyó Francisco Pizarro, asesinado en la misma capital del vasto imperio que España debía a su valor y a su perseverancia infatigable, pero a la cual, es preciso confesarlo, él lo entregaba asolado, diezmado y sumergido en un mar de sangre. Comparado a menudo con Cortés, tuvo tanta ambición y valor y capacidad militar como él, pero excedió hasta el último extremo las faltas del marqués del Valle, la crueldad y la avaricia, a lasa cuales unió la perfidia y la doblez. Si es preciso trasladarse a la época en que vivió, para explicar ciertos rasgos del carácter de Cortés, que son poco estimables, hay, por lo menos, que reconocerle la gracia, los modales distinguidos y la simpática franqueza que le hicieron ser tan querido del soldado. En Pizarro se reconoce, por el contrario, una rudeza y una aspereza de sentimientos poco simpáticos, y sus cualidades caballerescas desaparecen completamente detrás de la rapacidad y perfidia que son los rasgos más notables de su personalidad.

Si Cortés encontró en los mejicanos adversarios valientes y resueltos que le opusieron dificultades casi insuperables, a Pizarro no costó ningún trabajo vencer a los peruanos afeminados y miedosos que jamás opusieron resistencia formal a sus ejércitos. De las conquistas del Perú y de Méjico, la menos difícil fue la que proporcionó a España las mayores ventajas metálicas, y por eso fue la más apreciada.

De nuevo iba a estallar la guerra civil después de la muerte de Pizarro cuando llegó el gobernador delegado por el gobierno de la metrópoli, el cual, en cuanto hubo reunido las tropas necesarias marchó contra Cuzco, y se apoderó sin gran trabajo del hijo de

Almagro, le hizo decapitar con cuarenta de sus partidarios, y gobernó el país con firmeza hasta la llegada del virrey Blasco Núñez Vela.

No es nuestra intención entrar en los detalles de sus desavenencias con Gonzalo Pizarro, el cual, aprovechándose del descontento general causado por los nuevos reglamentos sobre repartimientos, se sublevó contra el representante del emperador, y después de muchas peripecias, que no pueden referirse aquí, por no tener lugar en esta narración, concluyó la lucha con la derrota y ejecución de Gonzalo Pizarro, ocurrida en 1548. Su cuerpo fue llevado a Cuzco y enterrado completamente vestido. «Nadie —dice Garcilaso de la Vega— quiso darle un pobre paño». Así concluyó el asesino jurídico de Almagro. ¿No es ocasión de repetir aquellas palabras de la Escritura: «El que a hierro mata a hierro muere»?

II

PRIMER VIAJE ALREDEDOR DEL MUNDO

Magallanes, sus principios, sus disgustos, su cambio de nacionalidad. —Preparativos de la expedición. —Río de Janeiro. —La bahía de San Julián. —Sublevación de una parte de la escuadra. —Castigo terrible de los culpables. —El Estrecho de Magallanes. —Los patagones. —El Pacífico. —Las islas de los Ladrones. —Cebú y las Filipinas. —Muerte de Magallanes. —Borneo. —Las Molucas y sus productos. —Separación de la Trinidad y de la Victoria. —Vuelta a Europa por el cabo de Buena Esperanza. —Ultimas desventuras.

Ignorábase aún la inmensidad del continente descubierto por Cristóbal Colón, así es que se buscaba obstinadamente en la costa de América, que se suponía formada por muchas islas, el famoso estrecho que debía llevar más rápidamente al Océano Pacífico y hasta a las islas de las Especias, cuya posesión habría hecho la riqueza de España. Mientras Cortereal y Cabot le buscaban en el Océano Atlántico, y Cortés en el fondo del golfo de California; mientras que Pizarro bajaba a la costa del Perú, y Valdivia conquistaba a Chile, la resolución de aquel problema estaba reservada a un portugués al servicio de España, llamado Hernando de Magallanes.

Hijo de un noble de *cota y armas*, nació Hernando de Magallanes en Oporto, en Lisboa, en Villa de Sabrosa o en Villa de Figueiro, no se sabe con exactitud, y en una fecha que tampoco se sabe, hacia fines del siglo XV. Había sido educado en la casa del rey don Juan II, donde recibió una educación tan completa como podía dársele en aquella época. Después de haber estudiado de una manera muy

especial las matemáticas y la navegación, porque existía en aquella época en Portugal una corriente irresistible que impulsaba al país entero hacia las expediciones y los descubrimientos marítimos, abrazó Magallanes, aún muy joven, la carrera de la marina y se embarcó en 1505 con Almeida, que pasaba a las Indias. Intervino en el saqueo de Quiloa y en todos los sucesos de aquella campaña. Al año siguiente acompañó a Vaz Pereira a Sofala; después, de vuelta por la costa de Malabar, le vemos asistir a la toma de Malaca con Albuquerque y conducirse con tanta prudencia como valor. Tomó parte en las expediciones que envió Albuquerque hacia el año 1510 a descubrir las famosas islas de las Especias al mando de Antonio de Abreu y de Francisco Serrano, y que descubrieron a Banda, Amboina, Ternate y Tidor. Durante aquel tiempo abordó Magallanes a las islas de Malasia, separadas seiscientas leguas de Malaca, y obtuvo cerca del archipiélago de las Molucas noticias circunstanciadas que le hicieron pensar en el viaje que más tarde debía realizar.

De vuelta a Portugal consiguió Magallanes, no sin dificultad, autorización para examinar los archivos de la Corona, y en breve obtuvo la certeza de que las Molucas se hallaban situadas en el hemisferio que se había concedido a España en la bula de demarcación adoptada en Tordesillas por los reyes de España y Portugal y confirmada en 1494 por el papa Alejandro VI.

En virtud de aquella demarcación que debía dar lugar a tantos debates apasionados, todos los países situados a trescientas sesenta millas al Oeste del meridiano de la islas de Cabo Verde debían pertenecer a España, y todos los que estuvieran al Este del mismo meridiano a Portugal.

Pero Magallanes era demasiado activo para estar por mucho tiempo sin hacer servicio. Marchó, pues, a guerrear al África, a Azamor, ciudad de Marruecos, donde recibió en la rodilla una herida ligera que, interesándole, sin embargo un nervio, leí dejó cojo para el resto de su vida, obligándole a volver a Portugal.

Consciente de la superioridad de sus conocimientos teóricos y prácticos y de que los servicios que había prestado le colocaban por encima de la turba de cortesanos, Magallanes debía resentirse más vivamente que ningún otro del injusto tratamiento que recibió del rey Manuel con motivo de algunas quejas formuladas por los habitantes de Azamor contra los oficiales portugueses. En breve las prevenciones del rey Manuel se cambiaron en una aversión verdadera que se tradujo en una imputación ultrajante, cual era la de que para escapar a acusaciones irrefutables, fingía Magallanes sufrir de una herida sin consecuencia de la que estaba completamente curado. Semejante aserción era grave para el honor tan susceptible y sin tacha de Magallanes; así es que se determinó a tomar entonces una resolución extrema, que por lo demás respondía a la magnitud de la ofensa recibida. Para que nadie pudiera ignorarlo, hizo constar en una acta auténtica, que renunciaba a sus derechos de ciudadano portugués, cambiaba de nacionalidad y tomaba en España cartas de naturaleza. Era esto proclamar tan solemnemente como era posible hacerlo, que quería ser tratado como súbdito de la corona de Castilla, a la cual deseaba consagrar en lo sucesivo sus servicios y su vida entera. Grave determinación, como se ve, que nadie vituperó, y que los historiadores más rigurosos han excusado, testigos Barros y Faria y Sousa.

Al mismo tiempo que él, un hombre profundamente versado en los conocimientos cosmográficos, el licenciado Ruy Faleiro, que también había caído en la desgracia de Manuel, abandonaba a Lisboa con su hermano Francisco y un comerciante llamado Cristóbal de Haro. Celebró un contrato de asociación con Magallanes para ir a las Molucas por una vía nueva que no se

determinaba y que quedaba secreta excepto para Magallanes. Tan luego como llegaron a España en 1517, sometieron los dos asociados su proyecto a Carlos V, el cual le aceptó en principio; pero faltaba lo que siempre es más dificultoso, los medios de ejecución. Por fortuna encontró Magallanes en Juan de Aranda, factor de la cámara de comercio, un partidario entusiasta de sus teorías, que le prometió poner en juego toda su influencia para que pudiera realizar su empresa. Vio, en efecto, el gran canciller, al cardenal y obispo de Burgos, Fonseca; y supo exponer con tanta habilidad el considerable beneficio que resultaría para España el descubrimiento de un nuevo camino que llevase al centro de producción de las especias, y el perjuicio inmenso que resultaría para el comercio de Portugal que se firmó un convenio el 22 de marzo de 1518, en el que el emperador se comprometió a hacer todos los gastos del armamento, con la condición de que la mayor parte de los beneficios serían para él.

Pero antes de hacerse a la mar, tuvo Magallanes muchos obstáculos aún que vencer. Fueron en primer lugar las advertencias del embajador portugués, Alvaro de la Costa, que hasta trató, viendo la inutilidad de sus tentativas, de hacer asesinar a Magallanes, según dicen Faria y Sousa. Después tropezó con la mala voluntad de los empleados de la *Casa de Contratación de Sevilla*, envidiosos de ver que se diera a un extranjero el mando de una expedición tan importante, y del último favor que acababa de concederse a Magallanes y a Ruy Faleiro, que habían sido nombrados comendadores de la orden de Santiago. Pero Carlos V había dado su consentimiento por un acta pública que parecía debía ser irrevocable. Tratóse, sin embargo, de hacerle volver sobre su decisión, organizando el 22 de octubre de 1518 un motín pagado con dinero de Portugal. El movimiento estalló con el pretexto de que Magallanes, que acababa de hacer sacar a tierra uno de sus buques para repararle y pintarle, había puesto en él las armas portuguesas. Aquella última tentativa se frustró miserablemente, y las tres ordenanzas de 30 de marzo, 6 y 30 de abril, concluyeron por fijar la composición de las tripulaciones y nombrar el estado mayor. Por último, una cédula fechada en Barcelona el 26 de julio de 1519, confirió el mando único de la expedición a Magallanes.

¿Qué había pasado con Ruy Faleiro? No podríamos decirlo

exactamente, pero éste, que hasta entonces había sido tratado con las mismas consideraciones que Magallanes y que quizá había concebido el proyecto, se vio de pronto excluido del mando de la expedición, poco después de haber tenido algunas disensiones, cuya causa no se conoce. Su salud, ya quebrantada, recibió su último golpe con esta afrenta, y el pobre Ruy Faleiro, que casi se había vuelto loco, habiendo regresado a Portugal para ver a su familia, fue preso y no pudo conseguir que le pusieran en libertad sino merced a la intercesión de Carlos V.

Por último, después de haber Magallanes en persona prestado fe y homenaje a la corona de Castilla, recibió a su vez el juramento de sus oficiales y marineros, y dejó el puerto de Sanlúcar de Barrameda en la mañana del 10 de agosto de 1519.

Pero antes de entrar en la relación de aquella memorable campaña, es preciso dar algunos detalles acerca del que nos ha conservado la relación más completa de ella, de Francisco Antonio Pigafetta o Jerónimo Pigaphette, como se le llama frecuentemente en Francia. Pigafetta nació en Vicenza hacia el año 1491 y descendía de una familia noble. Formaba parte del séquito del embajador Francisco Chiericalco, que León X envió a Carlos V, que a la sazón se hallaba en Barcelona. Sin duda le estimularon los rumores que corrían en España acerca de los preparativos de la expedición, y obtuvo licencia para tomar parte en el viaje. Aquel voluntario fue por lo demás un excelente recurso, porque se mostró en todas las circunstancias tan fiel e inteligente observador como atrevido y valiente compañero. Fue herido en el combate de Cebú, al lado de Magallanes, lo cual le impidió asistir al banquete durante el cual un gran número de sus compañeros debían encontrar la muerte. En cuanto a sus relatos, aparte de algunas exageraciones de detalle muy del gusto de su tiempo, es exacto, y la mayor parte de las descripciones que le debemos, han sido confirmadas por los viajeros y los hombres de ciencia modernos, sobre todo por Alcides d'Orbigny.

Tan pronto como el *lombardo*, que así se le llamaba a bordo de la Victoria, llegó a Sanlúcar el 6 de septiembre de 1522, después de haber cumplido el voto que había hecho de ir descalzo a dar las gracias a Nuestra Señora de la Victoria, presentó a Carlos V, que se hallaba en Valladolid, el diario completo del viaje.

A su vuelta a Italia, y valiéndose del original y de algunas notas complementarias, a petición del papa Clemente VII y del gran maestre de la orden de Malta, Villiers de
L'Isle-Adam,
escribió un relato más extenso de la expedición, del cual envió muchas copias a algunos grandes personajes, y sobre todo a Luisa de Saboya, madre de Francisco I; pero esta última, no pudiendo comprender según cree el erudito Harrisse, autor de la *Bibliotheca Americana Vetustissima*, la especie de jerga empleada por Pigafetta y que parecía una mezcla de italiano, de veneciano y de español, mandó a un tal Santiago Antonio Fabre que la tradujera al francés; mas en lugar de hacer una traducción fiel, Fabre hizo una especie de compendio. Suponen, sin embargo, algunos críticos, que el relato debió ser escrito en su origen en francés; y fundan su opinión en la existencia de tres manuscritos franceses del siglo XVI, que ofrecen variantes de consideración, y de los cuales dos están depositados en la Biblioteca Nacional de París.

Pigafetta murió en Vicenza hacia el año 1534, en una casa que aún se podía ver en 1800, en la calle de la Luna, y que tenía la divisa muy conocida de: «No hay rosa sin espinas».

No hemos querido, empero, atenernos sólo a la relación de Pigafetta, y la hemos comparado y completado por medio de la de Maximiliano Transilvan, secretario de Carlos V, de la cual se encuentra la traducción italiana en la magnífica recopilación de Ramusio.

Componíase la escuadra de Magallanes: de la *Trinidad*, de 120 toneladas, y en la cual se enarbolaba el pabellón del comandante de la expedición; del *San Antonio*, igualmente de 120 toneladas, mandado por su segundo Juan de Cartagena, la persona conjunta de Magallanes, como dice la cédula; de la *Concepción*, de 90, mandada por Gaspar de Quesada; de la famosa *Victoria*, de 85, al mando de Luis de Mendoza; y por último, del *Santiago*, de 75, mandada por Juan Serrão, llamado por los españoles Juan Serrano.

Cuatro de aquellos capitanes y casi todos los pilotos eran portugueses, Barbosa y Gómez, en la *Trinidad*; Luis Alonso de Goes y Vasco Gallego, en la *Victoria*; Serrão y Juan López de Caravalho, en la *Concepción*; Juan Rodríguez de Moefrapil, en el *San Antonio*; y Juan Serrão, en el *Santiago*, así como veinticinco marineros,

formaban un total de treinta y tres portugueses en un conjunto de doscientos treinta y siete individuos, cuyos nombres nos han conservado, y entre los cuales figuraban bastante número de franceses.

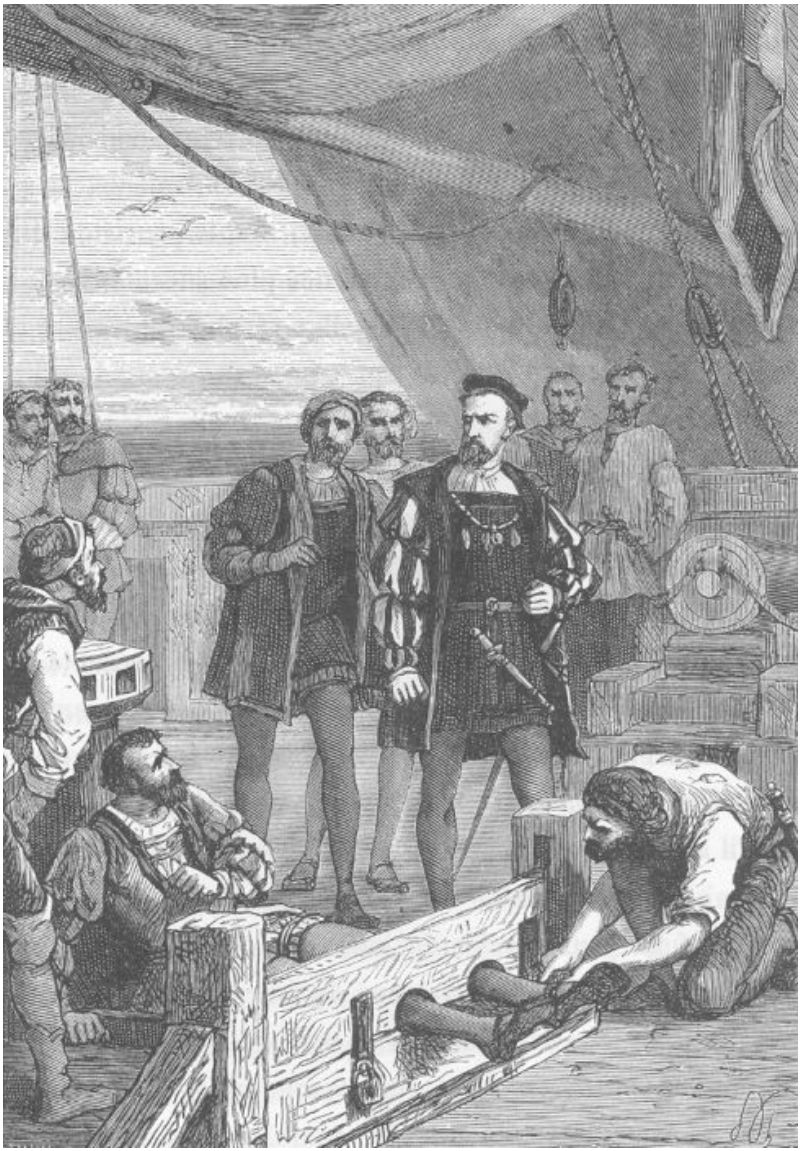
De entre los oficiales, cuyos nombres acabamos de citar, recordaremos que Duarte Barbosa era cuñado de Magallanes, y que Esteban Gómez, que después fue enviado por Carlos V en busca del paso del Noroeste y que en 1524 siguió las costas de América, desde la Florida hasta Rhode-Island y quizá hasta el cabo Cod, volvió a Sevilla el 6 de mayo de 1521, sin haber participado hasta el fin de aquel memorable viaje.

Nada mejor ordenado que esta expedición, para la cual se habían reunido todos los recursos que podía ofrecer el arte náutico de la época. En el momento de la partida entregó Magallanes a sus pilotos y capitanes sus últimas instrucciones así como las señales que debían asegurar la simultaneidad de las maniobras y evitar una separación posible.

El lunes por la mañana, 10 de agosto de 1519, levó anclas la flota y bajó el Guadalquivir hasta Sanlúcar de Barrameda, que forma el puerto de Sevilla, donde concluyó de abastecerse, y el 20 de septiembre se hizo definitivamente a la mar.

Seis días después arribó a Tenerife, en el archipiélago de las Canarias, y allí hizo leña y agua. Al abandonar estas islas se manifestaron los primeros síntomas de disentimiento, que tan funesto había de ser a la expedición entre Magallanes y Juan de Cartagena. Pretendía este último que el comandante en jefe le enterara del rumbo que pensaba hacer, pretensión que al punto fue rechazada por Magallanes, que declaró no tener que dar cuenta de ninguna especie a su subordinado.

Después de haber pasado entre las islas de Cabo Verde y el África, divisaron la Sierra Leona, donde la calma chicha y los vientos contrarios detuvieron durante unos veinte días la marcha de la flota.



Ocurrió entonces un sensible incidente. En un consejo celebrado a bordo del buque almirante, se suscitó una viva discusión, y Juan de Cartagena, que aparentaba tratar con desprecio al capitán general, le contestó con altivez e insolencia. Vióse Magallanes obligado a arrestarle por sí mismo y hacerle poner el cepo, instrumento compuesto de dos pedazos de madera superpuestos y

con agujeros de trecho en trecho, en los cuales entraban las piernas del marinero a quien se quería castigar. Contra este castigo demasiado humillante para un oficial superior, reclamaron vivamente los demás capitanes, cerca de Magallanes, y consiguieron que Cartagena quedase arrestado nada más, bajo la custodia de uno de ellos.

A las calmas sucedieron las lluvias, las borrascas y las ráfagas impetuosas, que obligaron a los buques a mantenerse a la capa. Durante aquellas tempestades, los navegantes fueron testigos muchas veces de un fenómeno eléctrico cuya causa no se conocía entonces; se creía ser un signo manifiesto de la protección del Cielo, y aún hoy se designa con el nombre de fuego de San Telmo.

Una vez pasada la línea equinoccial —paso que no parece que antes de aquella época se haya celebrado con la grotesca ceremonia del bautismo que ha estado en uso hasta nuestros días—, hizo rumbo al Brasil, donde la flota echó ancla el 13 de diciembre de 1519, en el magnífico puerto de Santa Lucía, conocido hoy con el nombre de Río Janeiro. Por lo demás, aquélla no era la primera vez que los europeos visitaban la bahía, como por mucho tiempo se ha creído. Se la conocía desde 1511 con el nombre de Bahía de Cabo Frío. Cuatro años antes de la llegada de Magallanes había sido también visitada por Pero López, y parece que desde principios del siglo XVI debió también ser frecuentada por marinos de Dieppe, que, herederos de la pasión de sus antepasados, los normandos, por las navegaciones aventureras, recorrieron el mundo y fundaron en casi todas partes establecimientos o factorías.

En aquel sitio la expedición española se procuró, a cambio de espejos, pedazos de cintas, tijeras, cascabeles o anzuelos, gran cantidad de provisiones, entre las cuales cita Pigafetta, las ananas, la caña de azúcar, patatas, gallinas y carne de anta, que se cree fuera tapir.

Las noticias que da en su relación acerca de las costumbres de

los habitantes son bastantes curiosas y merecen que las copiemos.

«Los brasileños —dice— no son cristianos; pero tampoco son idólatras, porque no adoran nada; el instinto natural es su única ley».

Ésta es una declaración interesante y una confesión singular de parte de un italiano del siglo XVI, demasiado inclinado a la superstición, y que prueba una vez más que la idea de la divinidad no es innata, como han pretendido algunos teólogos.

«Los indígenas viven muchos años y llegan a muy viejos; van completamente desnudos; duermen en redes de algodón llamadas hamacas, que cuelgan de postes por los dos extremos. En cuanto a sus barcos, llamados canoas, están hechos de un solo tronco de árbol ahuecado y pueden contener hasta cuarenta hombres. Son antropófagos, pero sólo en ocasiones, y no comen más que a los enemigos hechos prisioneros en el combate. Su traje de ceremonia es una especie de túnica hecha de plumas de papagayo tejidas unas con otras y arregladas de modo que las grandes plumas de las alas y de la cola les forman una especie de cinturón en los riñones, lo cual les da una extraña y ridícula figura».

Ya hemos dicho que el manto de plumas estaba en uso en las costas del Pacífico entre los peruanos, y es curioso hacer notar que los brasileños también lo llevaban. Algunos ejemplares de este adorno singular se han visto en la exposición del museo etnográfico. Por lo demás, éste no era el único adorno de los salvajes, que se pasaban por tres agujeros abiertos en el labio inferior pequeños cilindros de piedra, costumbre que aún se encuentra entre las poblaciones oceánicas, y que hace recordar nuestra moda de los pendientes en las orejas. Aquellos pueblos eran extremadamente crédulos y buenos, así es que Pigafetta dice que fácilmente se les habría podido convertir al cristianismo, porque asistieron en silencio y con recogimiento a la misa que se celebró en tierra, observación que ya había hecho Alvarez Cabral.

Después de una estada de trece días en aquel sitio, continuó la escuadra su rumbo al Sur, siguiendo la costa y llegó, a los 34º 40' de latitud austral, a un país por el que corría un gran río de agua dulce: era el río de la Plata.

Los indígenas, llamados charrúas, experimentaron tal espanto a la vista de los buques, que se refugiaron precipitadamente en el

interior del país, llevándose consigo cuanto tenían más precioso, y no fue posible apoderarse de uno. En este país fue donde, cuatro años antes, había sido asesinado Juan Díaz de Solís por una tribu de charrúas armados con ese aparato terrible que aún hoy usan los *gauchos* de la República Argentina, llamado boleadoras, y que está formado por bolas de metal unidas a los dos extremos de una larga tira de cuero llamado *lazo*.

Un poco más abajo del estero del río de la Plata, que en otro tiempo se consideró como un brazo de mar que desembocaba en el Pacífico, entró la flotilla en el puerto Deseado. Hízose allí gran provisión de pingüinos, aves que constituyeron un manjar muy suculento para las tripulaciones de los cinco buques, y después se detuvo a 49º 30' en un magnífico puerto en que Magallanes resolvió invernar y al que puso el nombre de bahía de San Julián.

Dos meses llevaban en aquel sitio los españoles, cuando un día vieron a un hombre que les pareció de una estatura gigantesca. Al ver a los españoles comenzó a bailar y a cantar, echándose tierra en la cabeza. Era un patagón, y se dejó llevar sin resistencia a los buques. Al ver todo lo que le rodeaba manifestó la más viva extrañeza, pero nada le sorprendió tanto como un gran espejo de acero que le presentaron.

«El gigante, que no tenía la menor idea de aquel mueble y que sin duda por la vez primera veía su cara, retrocedió tan asustado que derribó por tierra a cuatro de nuestros hombres que estaban detrás de él». Volviéronle a tierra cargado de presentes, y la excelente acogida que recibió determinó a sus compañeros, en número de dieciocho, trece mujeres y cinco hombres, a subir a bordo. Grandes, con la cara ancha y teñida de rojo, excepto los ojos, que estaban rodeados por círculos amarillos, y con los cabellos blanqueados con cal, iban envueltos en enormes pieles y llevaban anchos zapatos de piel, lo cual hizo que se les diera el nombre de pies grandes o patagones. Su estatura, sin embargo, no era tan gigantesca como pareció a nuestro cándido cronista, porque varía entre 1,92 y 1,72 metros; la cual, sin embargo, excede a la talla ordinaria de los europeos. Por armas sólo tenían un arco corto y macizo y flechas de caña cuya punta estaba formada por un guijarro cortante.

El capitán, para retener a dos de aquellos salvajes que quería

llevar a Europa, usó de una superchería que en el día calificaríamos de odiosa, pero que en el siglo XVI no tenía nada de particular, pues se consideraba en todas partes a los negros y a los indios como especie de animales. Los cargó de presentes y cuando vio que no podían valerse de las manos, ofreció a cada uno de ellos unos grillos de hierro. De buena gana se lo hubieran querido llevar, porque estimaban el hierro más que todo lo que les habían regalado; y entonces se les propuso que se los atarían en las piernas, lo cual aceptaron sin desconfianza. Los marineros cerraron entonces los grillos de modo que los indígenas se encontraron encadenados, y nada puede dar idea de su furor cuando comprendieron aquella estratagema más digna de salvajes que de hombres civilizados.

Tratóse aún, pero en vano, de capturar a algunos otros, y en aquella caza fue herido uno de los españoles con una flecha envenenada que le hizo morir instantáneamente. Intrépidos cazadores, aquellos pueblos se dedicaban sin descanso a la persecución de los guanaquis y otras cazas, porque están dotados de tal voracidad que «lo que bastaría para alimentar a veinte marineros, apenas si puede satisfacer a siete u ocho».

Presintiendo Magallanes que la estada se iba a prolongar demasiado y viendo también que el país no suministraba sino muy escasos recursos, dispuso que se economizaran los víveres y que se pusiera la gente a ración, a fin de que se pudiera esperar la primavera sin muchas privaciones y llegar a una comarca donde abundara la caza.

Pero, descontentos los españoles con la esterilidad del paraje y la prolongación y el rigor del invierno, principiaron a murmurar. Aquella tierra, decían, dijérase que se hundía en el Sur hasta el polo Antártico, y no parecía que en ella hubiese ningún estrecho; ya habían muerto muchos por causa de las privaciones excesivas, y era ya tiempo de tomar otra vez el camino de España, si no quería el comandante ver perecer en aquel sitio toda su gente.

Decidido Magallanes a morir o a llevar a buen fin la empresa de que tenía el mando, respondió que el emperador le había señalado el rumbo de su viaje; que bajo ningún pretexto podía ni quería apartarse de él, y que, en su consecuencia, le seguiría directamente hasta el fin de aquella tierra hasta que encontrase algún estrecho. Respecto a la escasez de víveres podían sus gentes añadir a su

ración el producto de la pesca o de la caza.

Magallanes creyó que con una declaración tan firme iba a imponer silencio a los descontentos y que ya no oiría hablar de privaciones, por las cuales sufrían él tanto como los hombres de su tripulación; pero se equivocó; algunos capitanes, y en particular Juan de Cartagena, tenían interés en que estallase una sublevación.

Comenzaron los rebeldes por recordar a los españoles su antiguo odio a los portugueses. El capitán general —decían— era de estos últimos y no se había acogido francamente al pabellón español; a fin de poder volver a entrar en su patria y hacerse perdonar sus delitos, quería cometer alguna maldad notable, y nada sería tan ventajoso a Portugal como la destrucción de aquella magnífica escuadra. En lugar de llevarles al archipiélago de las Molucas, donde tanta opulencia se les había ofrecido, quería arrastrarles a las regiones heladas, a la región de las nieves perpetuas, donde les sería fácil hacerles perecer; y luego, con ayuda de los portugueses que iban embarcados en la escuadra, volvería a su patria llevándose los buques de que se hubiera apoderado.

Tales fueron los rumores y las acusaciones que hicieron circular entre los marineros Juan de Cartagena y sus cómplices Luis de Méndez y Gaspar de Quesada, cuando el domingo de Ramos, 1.º de abril de 1520 convocó Magallanes a los capitanes, oficiales y pilotos para oír la misa a bordo de su buque y almorzar en seguida con él.

Alvaro de la Mezquita, primo del capitán general, se dirigió, en vista de esta invitación, con Antonio de Coca y sus oficiales al buque almirante; pero ni Mendoza, ni Quesada, y con mucha más razón ni Juan de Cartagena, prisionero de este último, se presentaron. A la noche siguiente subieron con treinta hombres de la *Concepción* al *San Antonio* y quisieron que se les entregara a Mezquita. El piloto Juan de Liorraga recibió cuatro puñaladas en el brazo en defensa de su capitán, mientras Quesada gritaba: «Vais a ver cómo este loco nos echa a perder el negocio». Con gran dificultad los tres buques *Concepción, San Antonio y Santiago*, cayeron en poder de los rebeldes, que contaban con más de un cómplice entre las tripulaciones; pero, a pesar de aquel éxito, los tres capitanes no se atrevieron a atacar abiertamente al comandante en jefe, y le enviaron un comisionado con proposiciones de arreglo. Magallanes les respondió que vinieran a bordo de la *Trinidad* para

entenderse con él; pero ellos rehusaron enérgicamente, y no teniendo ya más consideraciones que guardar, Magallanes hizo apresar la embarcación que le había llevado esta respuesta, y escogiendo entre su tripulación seis hombres fuertes y decididos, los mandó a bordo de la *Victoria* bajo el mando del alguacil Espinosa. Éste entregó a Mendoza una carta de Magallanes mandándoles que fuesen a bordo de la *Trinidad*, y como se sonriese con aire burlón, Espinosa le dio una puñalada en el cuello mientras un marinero le tiraba un hachazo a la cabeza.

En tanto que ocurrían estos sucesos, otra embarcación cargada con quince hombres armados se acostaba a la *Victoria* y se apoderaba de ella, sin que los marineros, sorprendidos por la rapidez de la ejecución, opusieran la menor resistencia.

A la mañana siguiente, 3 de abril, fueron apresados los otros dos buques sublevados, no sin que hubiera gran efusión de sangre. El cuerpo de Mendoza fue descuartizado, mientras un escribano leía en alta voz la sentencia que le deshonraba.

Tres días después fue decapitado Quesada, y cortado a pedazos por su propio criado, que se resignó a esta triste necesidad para salvar la vida.

En cuanto a Cartagena, el alto puesto que la real cédula le había conferido en la expedición le salvó de la muerte; pero fue abandonado en la playa con el capellán Gómez de la Reina, y allí fueron recogidos algunos meses después por Esteban Gómez.

Cuarenta marineros acusados de rebelión fueron perdonados, porque se consideraron indispensables sus servicios, y Magallanes pudo esperar que el espíritu de sedición desapareciera después de aquella represión severa.

Tan pronto como la temperatura se hizo más clemente, se levaron anclas, y la escuadra volvió a hacerse a la mar el 25 de agosto, siguiendo la costa y explorando con cuidado todos los golfos para encontrar el estrecho tan obstinadamente buscado.

A la altura del cabo de Santa Cruz, uno de los buques, el *Santiago*, encalló en las rocas durante un huracán violento que sopló del Este; pero afortunadamente pudieron salvarse la tripulación y las mercancías, además del velamen y aparejos, que se repartieron entre los cuatro buques restantes.

Por último, el 21 de octubre, según Pigafetta, y el 27 de

noviembre, según Maximiliano Transilvano, la flotilla penetró por un pequeño brazo de mar en un golfo en cuyo fondo se abría un estrecho que, como en breve se vio, desembocaba en el mar del Sur. Dieron al estrecho el nombre de las *Once Mil Vírgenes*, porque aquel día les estaba consagrado. A uno y a otro lado de aquel estrecho se levantaban tierras elevadas y cubiertas de nieve, en las cuales se veían muchas hogueras, sobre todo en la de la izquierda; pero los navegantes no pudieron entrar en comunicación con los indígenas.

Los detalles que Pigafetta y Martín Transilvano nos han proporcionado acerca de la disposición topográfica y de la hidrografía del estrecho son bastante vagos, y como tendremos que volver sobre ellos cuando hablemos de la expedición de Bougainville, no nos detendremos ahora sobre el particular. Después de una navegación de veintidós días a través de aquella sucesión de canales y brazos de mar, anchos unas veces como una legua, otras como cuatro, que se extienden en una longitud de cuatrocientas cuarenta millas y que ha recibido el nombre de estrecho de Magallanes, desembocó la escuadra en un mar inmenso y profundo.

La alegría fue indiscreptible cuando por fin se llegó al objeto de tantos y tan largos esfuerzos; ya, en adelante, el camino estaba abierto; las acertadas previsiones de Magallanes se habían realizado.

Nada hay más extraordinario que la navegación que hizo Magallanes por aquel Océano que se llamó Pacífico, porque durante cuatro meses no experimentó en él ninguna tempestad; las privaciones que tuvieron que soportar los tripulantes en aquel largo espacio de tiempo fueron excesivas; la galleta no era más que una mezcla de polvo y gusanos, el agua corrompida exhalaba un olor fétido. Fue preciso, para no morirse de hambre, comerse los ratones y alimentarse con serrín de madera y masticar todos los cueros que hallaron a mano. Como era fácil de prever, en tales condiciones las tripulaciones fueron diezmadas por el escorbuto; diecinueve hombres murieron y treinta se vieron atacados de violentos dolores en los brazos y en las piernas, que les hicieron padecer por mucho tiempo. Por último, después de haber recorrido más de cuatro mil leguas sin encontrar ni una sola isla en un mar en que debían descubrirse tantos archipiélagos muy poblados, llegaron a dos islas

desiertas y estériles que por esta razón llamaron las *Infortunadas*, pero cuya posición se ha indicado de una manera muy contradictoria para que sea posible reconocerlas.

A los 12º de latitud septentrional y 46º de longitud, el miércoles, 6 de marzo, descubrieron los navegantes sucesivamente tres islas en las cuales hubieran querido detenerse para tomar provisiones; pero los insulares que subieron a bordo robaron tantas cosas sin que fuese imposible impedirlo, que hubo que renunciar a ello. Sin embargo, encontraron medio de apoderarse de una chalupa, y Magallanes, incomodado con la impudencia de aquellos indígenas, hizo un desembarco con cuarenta soldados, quemó gran número de viviendas y embarcaciones y mató siete hombres. Aquellos insulares no tenían ni rey, ni jefe, ni religión; cubríanse la cabeza con sombrero de palma, y llevaban una barba y unos cabellos largos que les bajaban hasta la cintura. De color aceitunado por lo general, creían embellecerse pintándose los dientes de negro y rojo; y, sin duda, para protegerse de los ardores del sol, se untaban el cuerpo con aceite de coco. Sus canoas, construidas de una manera singular, llevaban una vela muy grande de estera que fácilmente podría hacer zozobrar la embarcación si no tuvieran la precaución de darle una posición más estable por medio de una larga pieza de madera sostenida a alguna distancia por dos perchas; es lo que se llama el *balancín*. Aquellos insulares, muy industriosos, tenían para el robo una aptitud singular, lo cual hizo que a su país se diese el nombre de *Islas de los Ladrones*.

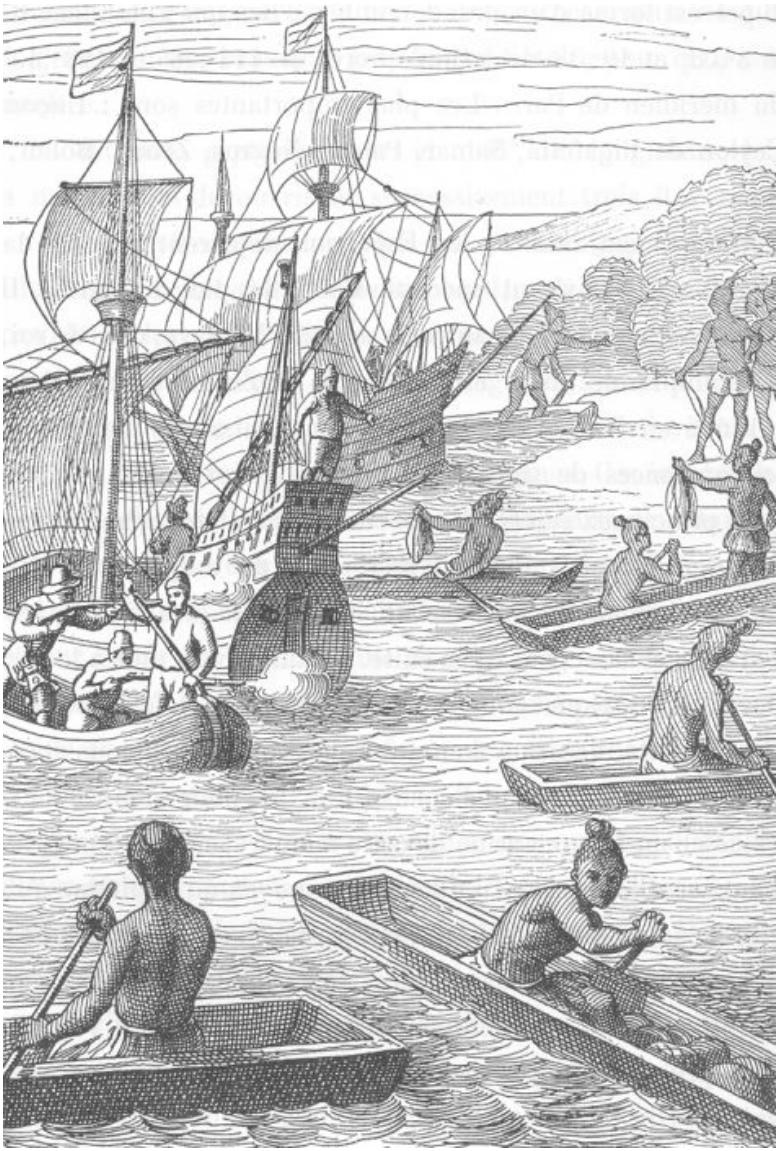
El 16 de marzo se vio a trescientas leguas de las islas de los Ladrones una tierra elevada, que en breve se reconoció ser una isla, conocida hoy con el nombre de Sámar. En ella resolvió Magallanes dar algún descanso a sus tripulaciones extenuadas, e hizo levantar en tierra dos tiendas para los enfermos. Los indígenas les llevaron bananas, vino de palmera, cocos y pescados a cambio de espejos, peines, cascabeles y otras bagatelas análogas. El cocotero es el árbol precioso entre los demás, y facilita a los indígenas su pan, su vino, su aceite y su vinagre, sin contar con que además, y al mismo tiempo, sacan de él vestidos y las maderas necesarias para la construcción y el techado de sus cabañas.

Familiarizados en breve los indígenas con los españoles les dijeron que su archipiélago producía clavo, canela, pimienta, nuez

moscada, jenjibre, maíz, y que hasta se recolectaba en él el oro; y Magallanes dio a este archipiélago el nombre de islas de San Lázaro, que más tarde se cambió por el de Filipinas, tomando el nombre de Felipe de Austria, hijo de Carlos V.

Este archipiélago está formado de un gran número de islas que se extienden en la Malasia entre los 5º 32' y los 19º 38' de latitud Norte, y los 114º 65' y los 123º 43' de longitud Este del Meridiano de París. Las más importantes son: Luzón, Mindoro, Leite (la Ceylán de Pigafetta), Samar, Panay, Negros, Cebú, Bohol, Paluán y Mindanao.

Después de haberse repuesto un poco, se hicieron de nuevo los españoles a la mar con el objeto de explorar el archipiélago. Sucesivamente visitaron las islas de Cenalo, Huinaugan, Ibuson y Abarien, así como otra isla llamada Masava, cuyo rey, Colambú, pudo hacerse comprender por medio de un esclavo natural de Sumatra, que había llevado Magallanes de la India a Europa, y que por sus conocimientos del malayo prestó en muchas circunstancias señalados servicios. El rey subió a bordo con seis u ocho de sus principales súbditos, llevando al capitán general algunos presentes, en cambio de los cuales recibió una túnica de tela roja y amarilla hecha a la turca y un gorro de escarlata fina, en tanto que a las personas de su séquito se les regalaba espejos y cuchillos. Se le enseñaron las armas y se dispararon algunos cañonazos, que les llenaron de espanto. «Luego, Magallanes —dice Pigafetta— hizo armar con todas las piezas de la armadura a uno de nosotros y mandó a tres hombres que pegasen fuertes sablazos y golpes con verduguillo para demostrar al rey que nada podía herir a un hombre armado de aquella manera, lo cual le sorprendió mucho; y volviéndose hacia el intérprete, dijo por medio de él, al capitán, que un hombre armado de aquella manera podía combatir contra ciento». «Sí —respondió el intérprete en nombre del comandante—, y cada uno de los tres buques tiene doscientos hombres armados así».



«Admirado el rey de todo lo que había visto, se despidió del capitán rogándole que enviase con él a tierra dos de los suyos para enseñarles algunas particularidades de la isla. Pigafetta fue uno de los designados, y se hace lenguas de la excelente acogida que les hicieron. El rey les dijo que se encontraban en su isla pedazos de oro tan grandes como nueces, y hasta como huevos, mezclados con

la tierra, que se cribaba para encontrarlos, y que todos sus vasos y hasta algunos utensilios de su casa eran de este metal. Estaba muy bien vestido al uso del país, y era el hombre más hermoso de los que he visto entre aquellos pueblos. Sus cabellos negros le caían sobre los hombros; un velo de seda le cubría la cabeza, y en las orejas llevaba dos anillos. Desde la cintura hasta las rodillas estaba cubierto con una tela de algodón bordada de seda. En cada uno de sus dientes se veían tres manchas de oro, de manera que podía decirse que tenía los dientes ligados con este metal, y estaba perfumado con estoraque y benjuí. Tenía la piel pintada, pero el fondo era aceitunado».

El día de la Resurrección bajaron a tierra para celebrar la misa, después de haber construido en la orilla una especie de pequeña iglesia con velas y ramajes de árboles. Se había levantado un altar, y durante el tiempo que duró la ceremonia religiosa, el rey, con una gran afluencia de su pueblo, escuchó en silencio e imitó todos los movimientos de los españoles.

Colocóse después con gran aparato una cruz en una colina, y se levaron anclas para dirigirse al puerto de Cebú, que era el más propio para abastecer los buques y traficar. Llegaron a él el domingo, 7 de abril, y Magallanes hizo en seguida bajar a tierra a uno de sus oficiales con el intérprete, como embajador cerca del rey de Cebú. El enviado explicó que el jefe de la escuadra estaba a las órdenes del mayor rey de la tierra, y añadió que el objeto del viaje era las islas Molucas; pero que deseando visitarle al mismo tiempo que tomar algunas provisiones en cambio de mercancías, se había detenido en aquel país, al que venían como amigos.

—Que sean bien venidos —respondió el rey—; pero si se proponen traficar, deben pagar un derecho al que están sometidos todos los buques que entran en mi puerto, como lo ha hecho no hace cuatro días un junco de Siam, que vino a cargar oro y esclavos, y como puede atestiguar un comerciante moro que se ha quedado en el país.

Respondió el español que su señor era un rey demasiado grande para someterse a semejante exigencia, que habían venido con intenciones pacíficas, pero que si quería la guerra tendría con quien habérselas.

Advertido el rey de Cebú por el mercader moro del poder de los

que se presentaban y a los que tomó por portugueses, consintió al fin en renunciar a sus pretensiones; más aún; el rey de Masaba, que había servido de piloto a los españoles, cambió tan bien las disposiciones de su colega, que obtuvieron el privilegio exclusivo del comercio de la isla, y se selló una amistad leal entre el rey de Cebú y Magallanes, por medio del cambio de sangre que los dos se sacaron del brazo derecho.

Desde aquel momento les llevaron víveres de todas clases y se entablaron relaciones muy cordiales. El sobrino del rey fue a bordo con una numerosa comitiva a visitar a Magallanes, y éste se aprovechó de la visita para contar la maravillosa creación del mundo y la redención del hombre, y para invitarle a convertirse al cristianismo, así como su pueblo.

Los indígenas no mostraron ninguna repugnancia a hacerse bautizar, y el 14 de abril, el rey de Cebú, el de Masaba, el mercader moro, quinientos hombres y otras tantas mujeres recibieron el bautismo.

Pero aquello, que no era más que una moda, pues no se puede decir que los indígenas conociesen la religión que abrazaban y que estuviesen persuadidos de su verdad, llegó a ser un verdadero frenesí, después de una cura milagrosa que operó Magallanes. Habiendo sabido que el padre del rey estaba enfermo desde hacía dos años y a punto de morir, prometió el capitán general, si consentía en hacerse bautizar, y si los indígenas quemaban sus ídolos, que se curaría.

«Añadió que estaba tan convencido de lo que decía, cuenta Pigafetta (porque es bueno citar textualmente los autores en semejantes materias), que consentía en perder la cabeza si lo que prometía no se verificaba en el momento. Hicimos entonces con toda la pompa posible una procesión, desde la casa en que estábamos a la casa del enfermo, el cual, efectivamente, encontramos en muy lamentable estado, de modo que no podía ni hablar, ni moverse. Le bautizamos con dos de sus mujeres y diez hijas, y en seguida, después del bautismo, le preguntó el capitán cómo se encontraba, y él respondió de pronto, que gracias a Nuestro Señor, se encontraba bien. Todos fuimos testigos de este milagro; el capitán dio gracias a Dios, entregó al príncipe una bebida refrigerante y continuó enviándosela cada día hasta que estuvo

enteramente restablecido. Al quinto día, el enfermo estaba curado por completo y se levantó. Su primer cuidado fue hacer quemar en presencia del rey y de todo el pueblo un ídolo, hacia el que tenía gran veneración y que algunas viejas habían escondido sigilosamente en su casa. Hizo en seguida derribar algunos templos que había a la orilla del mar y donde se reunía el pueblo para comer las viandas consagradas a las antiguas divinidades. Todos los habitantes aplaudieron aquellas ejecuciones y se propusieron ir a destruir todos los ídolos, hasta los que servían en la casa del rey, gritando al mismo tiempo: *¡Viva Castilla!* en honor del rey de España».

Cerca de Cebú hay otra isla llamada Mactan, que tenía dos jefes; el uno había reconocido la autoridad de los españoles, pero el otro había rehusado enérgicamente, y Magallanes resolvió imponérsela.

El 26 de abril, un viernes, tres chalupas con sesenta hombres armados de corazas, cascos y mosquetes, y unos treinta *barangais*, entre los cuales iban el rey de Cebú, su yerno y gran cantidad de guerreros partieron para la isla de Mactan. Esperaron los españoles el día y saltaron al agua en número de cuarenta y nueve, porque las chalupas no podían acercarse a tierra a causa de las rocas y de los bajos.

Más de quinientos indígenas les esperaban y se arrojaron en seguida sobre ellos, en tres batallones, atacándoles por el frente y los flancos. Los mosqueteros y los ballesteros tiraron desde lejos sobre la multitud de guerreros, sin hacerles gran daño, porque estaban protegidos con escudos. Acribillados a pedradas, a flechazos, a lanzadas, acosados por el número pusieron fuego los españoles a algunas casas, para asustar e intimidar a los naturales, pero éstos, encarnizándose más a la vista del incendio, redoblaron sus esfuerzos y acometieron por todos lados a los españoles, que a duras penas podían resistirles, cuando un incidente desgraciado vino a comprometer el éxito del combate. Los indígenas no tardaron en observar que todos los golpes que dirigían a las partes del cuerpo de sus enemigos protegidas por las armaduras no les herían, y se decidieron a lanzar sus flechas y sus dardos contra la parte inferior del cuerpo, que estaba sin defensa. Herido Magallanes en una pierna, con una flecha envenenada, dispuso la retirada, que principió en buen orden, pero en breve se cambió en una huida tal,

que sólo siete u ocho españoles quedaron a su lado. Con gran trabajo retrocedían combatiendo para tomar las chalupas, y ya les llegaba el agua a las rodillas, cuando se arrojaron muchos insulares a la vez sobre Magallanes, que, herido, también en un brazo, no podía sacar su espada y le dieron en la pierna tal sablazo, que cayó en el acto en el agua, donde no les costó gran trabajo acabar con él.

Sus últimos compañeros, todos heridos, y entre ellos Pigafetta, volvieron apresuradamente a las embarcaciones. Así murió el ilustre Magallanes, el 27 de abril de 1521.

«Estaba adornado de todas las virtudes —dice Pigafetta—; siempre mostró una constancia inquebrantable, aun en medio de las más grandes adversidades. En el mar se sujetaba a mayores privaciones que el resto de su tripulación. Versado más que ningún otro en el conocimiento de las cartas náuticas, poseía perfectamente el arte de la navegación, como lo probó dando la vuelta al mundo,

cosa que ningún otro se había atrevido a hacer antes que él».

El elogio fúnebre de Pigafetta, puede parecer algo hiperbólico, pero es verdadero en el fondo. Magallanes necesitó una constancia y una perseverancia singulares, para internarse, despreciando el terror de sus compañeros, en regiones en que el espíritu supersticioso de la época imaginaba peligros fantásticos. Necesitó, para llegar a descubrir en la extremidad de aquella larga costa, el estrecho que tan justamente lleva su nombre, de una ciencia náutica singular; y debió estar atento y vigilante en todos los momentos para evitar en aquellos parajes desconocidos y sin instrumentos de precisión, todo suceso desgraciado. Si se perdió uno de sus buques debe imputarse al orgullo de su capitán más que a la impericia y a la falta de precaución del general. Por último, añadiremos con nuestro entusiasta cronista: «La gloria de| Magallanes sobrevivirá a su muerte».

Duarte Barbosa, cuñado de Magallanes, y Juan Serrano, fueron elegidos comandantes por los españoles, a los que esperaban otras catástrofes.

El esclavo que hasta entonces había servido de intérprete, había sido ligeramente herido durante el combate. Desde la muerte de su señor, se mantenía apartado, no prestando ningún servicio a los españoles y tendido en su petate. A consecuencia de algunas observaciones un poco vivas de Barbosa, haciéndole saber que no había quedado libre por la muerte de Magallanes, desapareció de pronto y fue a ver al rey recién bautizado, al cual le expuso que si podía atraer a algún lazo a los españoles y matarlos en él, se haría dueño de todas sus provisiones y mercancías. Convocados a una solemne asamblea, para recibir los presentes que el rey de Cebú destinaba al emperador, Serrano, Barbosa y veintisiete españoles, acometidos de improviso durante un festín, fueron todos asesinados, excepto Serrano, a quien condujeron atado a la orilla del mar. Allí suplicó a sus compañeros que le rescataran, pues si no, iba a ser asesinado, pero Juan Carvalho y los demás, temiendo que la sublevación se hiciese general y que durante las negociaciones les atacase una escuadra numerosa a la cual no hubieran estado en situación de resistir, no escucharon las súplicas del desgraciado Serrano, y se hicieron a la vela, llegando a la isla poco apartada de Bohol.

Allí, considerando que su número era demasiado reducido para dirigir tres buques, quemaron la *Concepción*, después de haber transbordado a los demás lo que contenía de más valor; luego costearon la isla de Panilingán y se detuvieron en Betuán, que forma parte de Mindanao, isla magnífica que tiene muchos puertos y ríos muy abundantes en pesca, y al noroeste de la cual está situada la isla de Luzón, la más importante del archipiélago. Tocaron también en Paloán, donde encontraron provisión de cerdos, cabras gallinas, bananas de diversas especies, cocos, caña de azúcar y arroz. Para ellos, según la expresión de Pigafetta, aquélla fue una tierra de promisión.

Entre las cosas que les parecieron notables, el viajero italiano cita los gallos que los indígenas crían para la riña, pasión que después de tantos años se conserva aún en toda su fuerza en el archipiélago de las Filipinas.

De Paloán los españoles pasaron a la isla de Borneo, centro de la civilización malaya, donde ya no se encuentran poblaciones miserables, sino pueblos ricos que les reciben magníficamente. El recibimiento que les hizo el rajá, es bastante curioso, y digno, por consiguiente, de que digamos de él algunas palabras.

En el desembarcadero, encontraron dos elefantes cubiertos de seda, que les llevaron a casa del gobernador de la ciudad, mientras que doce hombres conducían los regalos que debían ofrecer al raja. Desde la casa del gobernador, donde pasaron la noche, hasta el palacio del rajá, las calles estaban custodiadas por hombres armados. Bajaron de sus elefantes y entraron en una sala llena de cortesanos a cuyo extremo había otra sala menor, cubierta de paños de oro, en que había trescientos hombres de la guardia del rajá, armados de puñales. Al través de una puerta pudieron entonces ver al soberano sentado delante de una mesa, con un niño, mascando betel. Detrás de él no había más que mujeres.

El ceremonial exigía que la pretensión de los españoles, pasara sucesivamente por boca dé tres personajes, cada uno más elevado de categoría que los otros, antes de ser transmitida por medio de una cerbatana puesta en un agujero de la pared, a otro oficial principal que debía comunicarla al rajá. Hubo después un cambio de regalos y los embajadores españoles fueron conducidos a sus buques con el mismo ceremonial que a su llegada. La capital está

edificada sobre pilotes dentro de la mar misma, así es que cuando sube la marea las vendedoras de géneros atraviesan las calles en barcas.

El 29 de julio más de cien piraguas rodeaban los dos buques, mientras un gran número de juncos levaba anclas para acercarse a ellos. Temiendo los españoles ser atacados a traición, tomaron la delantera e hicieron una descarga de artillería que mató mucha gente en las piraguas, después de lo cual, el rey les dio sus disculpas, diciendo que su escuadra no se dirigía contra ellos, sino contra los gentiles, con quienes los musulmanes tenían combates diarios.

Aquella isla produce el arak, alcanfor, canela, jenjibre, naranjas, limones, caña de azúcar, melones, rábanos, cebollas, etc., y sus objetos de cambio son el cobre, azogue, cinabrio, cristal, paños de lana y tela, y sobre todo el hierro y cristal de roca, sin hablar de la porcelana y de los diamantes, algunos de un tamaño y de un valor extraordinario. Sus animales son los elefantes, búfalos, caballos, cerdos, cabras y aves de corral. La moneda de que se sirven para las transacciones es de bronce y se llama *sapeca*; es una piececita que se perfora para ensartarla con las demás.

Los viajeros, al salir de Borneo, buscaron un sitio a propósito para carenar sus buques, que seguramente lo necesitaban mucho, porque invirtieron más de cuarenta y dos días en este trabajo.

«Lo más notable que he encontrado en esta isla, dice Pigafetta, son unos árboles cuyas hojas, cuando caen, están animadas. Se parecen a las del moral, aunque son más cortas; su pecíolo es corto y puntiagudo, y cerca del pecíolo, a uno y otro lado, tienen dos pies. Si se les toca, se escapan; pero no echan sangre cuando se las aplasta entre los dedos. He conservado una en una caja durante nueve días, y, cuando abrí la caja, la hoja se estaba paseando alrededor de ella. Creo que viven del aire».

Estos curiosísimos animales son hoy muy conocidos y llevan el nombre vulgar de *moscas-hojas*; son de color gris obscuro, y esto les hace confundir con hojas secas, porque, en efecto, tienen toda la forma de tales.

En aquellos parajes la expedición española, que había conservado en vida de Magallanes su carácter científico, se fue inclinando sensiblemente a la piratería. Así es que muchas veces se

apoderó de juncos, obligando a las tripulaciones a pagar fuertes rescates.

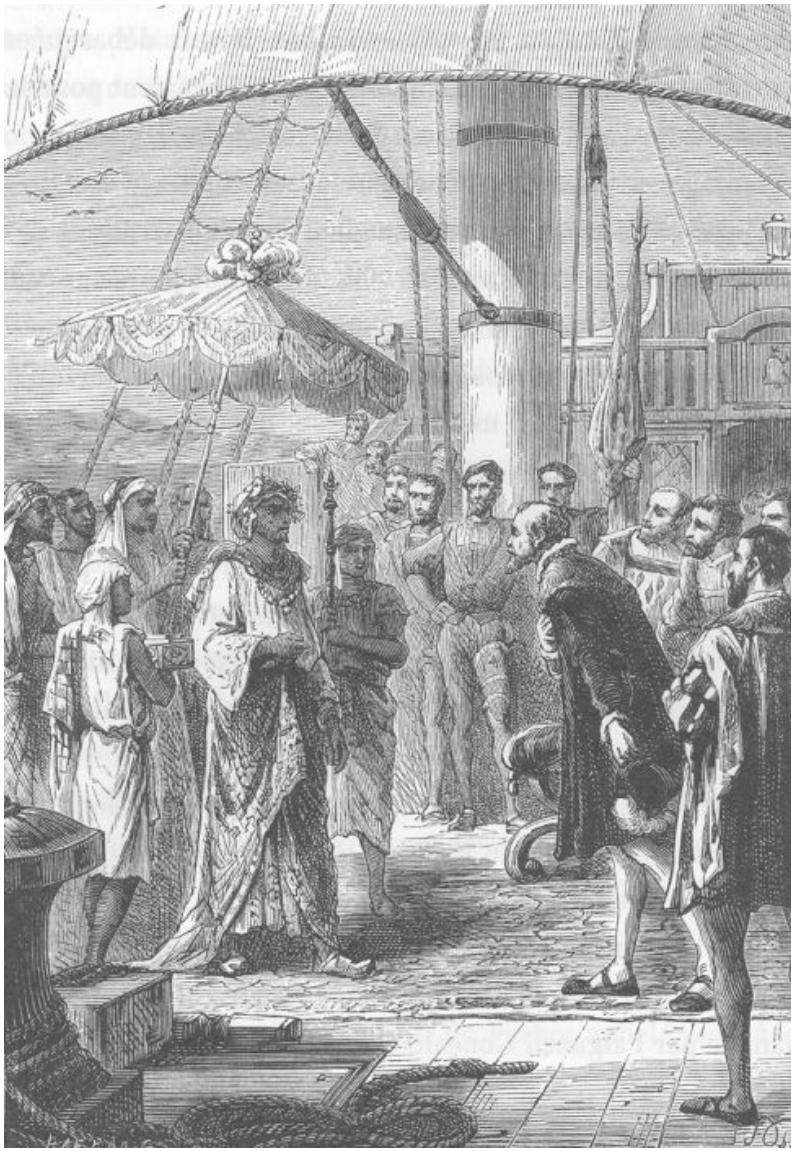
Pasó después al archipiélago de Joló, nido de bandidos malayos que en estos últimos tiempos ha sido sometido por las armas españolas. Luego volvieron a Mindanao, que habían visitado ya, porque sabían que las Molucas, tan ardientemente buscadas, debían hallarse cerca. En fin, después de haber visitado muchas islas cuya nomenclatura no nos enseñaría gran cosa, el miércoles, 6 de noviembre, descubrieron el archipiélago, acerca del cual los portugueses habían contado tantas fábulas espantosas, y dos días después desembarcaron en Tidor. El objeto del viaje estaba conseguido.

El rey salió a recibir a los españoles y les hizo entrar en su piragua. «Estaba sentado bajo un quitasol de seda que le cubría enteramente. Delante de él se hallaba uno de sus hijos, que llevaba el cetro real, dos hombres que tenían cada uno una vasija de oro llena de agua para que se lavara las manos, y otros dos con cajitas doradas llenas de betel».

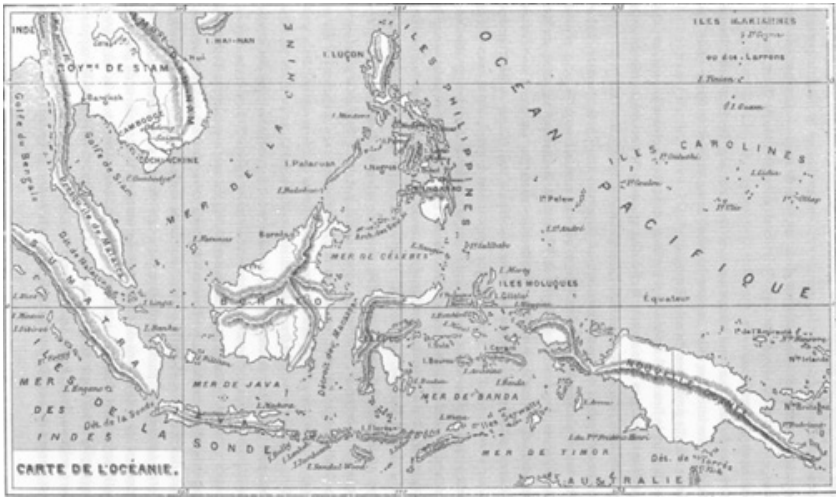
Después subió a los buques, donde los españoles se mostraron muy atentos con él y le colmaron, lo mismo que a los personajes de su séquito, de regalos que les parecieron preciosísimos.

«Este rey es moro, es decir, árabe —dice Pigafetta—; tiene unos cuarenta y cinco años de edad y es bien formado y de bella fisonomía. Su traje consistía en una camisa fina, con mangas bordadas en oro; una falda que le bajaba desde la cintura hasta los pies y un velo de seda (sin duda un turbante) que le cubría la cabeza y sobre el cual llevaba una guirnalda de flores. Se llama rajá sultán Manzor».

A la mañana siguiente, en una larga entrevista que tuvo con los españoles, declaró Manzor su intención de ponerse con sus islas de Tidor y de Ternate bajo la protección del rey de España.



Ésta es la ocasión de dar algunos pormenores sobre el archipiélago de las Molucas tomados de la relación de Pigafetta, que seguimos paso a paso, en la versión que, acompañada de muy preciosas notas, ha dado de esta obra Edmund Charton.



Este archipiélago propiamente hablando, se compone de las islas Gilolo, Ternate, Tidor, Mornay, Bachiam y Misal; pero generalmente se han comprendido bajo el nombre de Molucas, los grupos de Banda y de Amboina. Trastornado antiguamente por repetidas conmociones volcánicas, este archipiélago contiene un gran número de volcanes, casi todos apagados o dormidos desde largos años. El aire es ardiente, y sería imposible la respiración, si no viniesen a refrescar la atmósfera frecuentes lluvias. Las producciones naturales son preciosísimas: la primera de ellas es el sagutero, cuya medula, llamada sagú, reemplaza con el ñame a los cereales, en toda la Malasia. Luego que se derriba el árbol, se le extrae la medula, que se ralla, se pasa por un tamiz y se dispone en panecillos, que se secan a la sombra. Después vienen el moral textil, el árbol del clavo, la nuez moscada, el alcanfor, el árbol de la pimienta y generalmente todos los árboles de especias, lo mismo que todos los frutos de los trópicos. Sus bosques contienen maderas preciosas, como el ébano, el palo de hierro, el tek, célebre por su solidez, y que se emplea desde la más remota antigüedad en las construcciones de lujo, y el laurel calilabán, que da un aceite esencial aromático muy estimado. En aquella época los animales domésticos eran pocos en las Molucas; pero entre los salvajes más curiosos se contaba el babirusa, enorme jabalí de colmillos retorcidos; el oposum, especie de zarigüeya un poco mayor que nuestra ardilla; el falangero, marsupial que vive en los bosques espesos y obscuros, donde se

alimenta de hojas y de frutas; el tarsero, especie de jerbo, animalito muy gracioso, inofensivo, de pelo rojizo y de tamaño de un ratón, pero cuyo cuerpo ofrece cierta semejanza con la del mono. Entre las aves se notaban los periquitos y las cacatúas, las aves del paraíso, acerca de las cuales se contaban tantas fábulas y se decía que no tenían piernas; los martín-pescadores y los casuarios, grandes zancudas casi del tamaño de avestruces.

Un portugués llamado Lorosa se hallaba establecido desde largo tiempo en las Molucas. Los españoles le escribieron una carta, con la esperanza de que haría traición a su patria uniéndose a ellos, y de él obtuvieron curiosas noticias acerca de las expediciones que el rey de Portugal había enviado al cabo de Buena Esperanza, al Río de la Plata y a las Molucas; pero a causa de diversas circunstancias, las últimas expediciones no se habían verificado. Hacía dieciséis años que vivía en aquel archipiélago, y los portugueses establecidos en la India de hacía diez años guardaban sobre este hecho el más profundo silencio. Cuando vio a los españoles que hacían sus preparativos de marcha, se fue Lorosa a bordo con su mujer y sus objetos para regresar a Europa. El 12 de noviembre se desembarcaron todas las mercancías destinadas a hacer el cambio y las cuales procedían en su mayor parte de cuatro juncos que habían apresado en Borneo. Indudablemente los españoles hicieron un comercio ventajoso, y aún hubieran hecho más de no haber tenido tanta prisa por volver a España.

Las embarcaciones de Gilolo y de Cachian vinieron también a traficar con ellos, y pocos días después recibieron del rey Tidor una provisión considerable de clavo. Aquel rey les invitó a un gran banquete que, según decía, tenía costumbre de dar a los que cargaban clavo por vez primera en un buque o en un junco; pero los españoles, recordando lo que les había sucedido en Filipinas, rehusaron cortésmente. Cuando el cargamento estuvo completo se hicieron a la vela, y apenas la *Trinidad* se había hecho a la mar, se vio que tenía una vía de agua considerable, y fue preciso volver a toda prisa a Tidor; pero no habiendo podido llegar a descubrirla los hábiles buzos que puso el rey a disposición de los españoles, tuvieron que descargar en parte el buque para hacer las reparaciones necesarias. No queriendo los marineros que tripulaban la *Victoria* esperar a sus compañeros, y comprendiendo

perfectamente que la *Trinidad* no se encontraría en estado de poder llegar a España, se decidió por el estado mayor que se dirigiera a Darién, donde descargaría su precioso cargamento, que sería transportado al través del istmo hasta el Atlántico, donde lo tomaría un buque que iría expresamente, pero aquel desgraciado barco, aún más desgraciado que los que lo tripulaban, no debía volver a España. Mandado por el alguacil Gonzalo Gómez de Espinosa, que llevaba como piloto a Juan de Carvalho, se hallaba en tal estado que después de haber salido de Tidor, se vio obligado a entrar en Ternate, en el puerto de Talangomi, y la tripulación, compuesta de diecisiete hombres, fue inmediatamente aprisionada por los portugueses. Reclamó Espinosa, pero se le respondió amenazándole con colgarle de una verga, y el desgraciado alguacil, después de haber sido llevado a Cochín, fue enviado a Lisboa, donde por espacio de siete meses estuvo encerrado en la prisión de Limoeiro con otros dos españoles, únicos de la tripulación de la *Trinidad*. En cuanto a la *Victoria*, ricamente cargada, salió de Tidor al mando de Juan Sebastián Elcano, que después de haber sido simple piloto a bordo de uno de los buques de Magallanes, tomó el mando de la *Concepción*, el 27 de abril de 1521, substituyendo a Juan López de Carvalho que fue desposeído a causa de su incapacidad. Su tripulación no estaba compuesta más que de cincuenta y tres europeos y trece indios. Cincuenta y cuatro europeos se quedaron en Tidor, en el *Trinidad*.

Después de haber pasado por medio de las islas de Caioan, Laigoma, Sico, Giofi, Cafi, Laboan, Tolimán, Bachian, Mata y Batutiga dejó la *Victoria* al Oeste esta última isla, y gobernando hacia el Oeste-Sudoeste se detuvo durante la noche en la isla Sula o Xula. Diez leguas más allá los españoles echaron el ancla en Buru, la Boera de Bugainville, donde tomaron provisiones. Treinta y cinco leguas más allá se detuvieron en Banda, donde se encuentra el macis y la nuez moscada; luego en Solor, donde se hace un gran comercio de sándalo blanco, y allí se detuvieron quince días para carenar su buque, que había sufrido mucho, completando al mismo tiempo una gran provisión de pimienta; luego llegaron a Timor, donde no pudieron avituallarse sino prendiendo a traición al jefe de una aldea que vino a bordo con su hijo. Aquella isla era frecuentada por los juncos de Luzón y por los paraos de Malaca y Java que

hacían en ella un gran comercio de sándalo y pimienta. Un poco más lejos, tocaron los españoles en Java, donde se practicaban, según parece en aquella época, los *sutties*, en uso en la India hasta los últimos tiempos.

Entre los cuentos que Pigafetta refiere sin creer completamente en ellos, hay uno muy curioso. Trata de un ave gigantesca, el *epyornis*, del cual se han encontrado, hacia 1850, huesos y huevos enormes en Madagascar. Esto prueba con cuánta prudencia se debe obrar antes de lanzar al dominio de lo maravilloso muchas leyendas que parecen fabulosas, pero cuyo origen es cierto.

«Al Norte de Java la Mayor —dice Pigafetta—, en el golfo de la China, hay un gran árbol llamado campangangui, del que se cuelgan algunas aves llamadas *garula*, tan grandes y con tanta fuerza que levantan un búfalo y hasta un elefante y le llevan volando hasta cierto sitio del árbol llamado *puzathaer*».

Esta leyenda corrió entre los persas y los árabes desde el siglo IX, y un ave juega en los cuentos de los últimos un papel maravilloso con el nombre de rock. No es, pues, extraño que Pigafetta recogiese entre los malayos una tradición análoga.

Después de haber salido de Java la Mayor, dobló la *Victoria* la península de Malaca, que hacía ya unos diez años que había sido sometida a Portugal, por el gran Albuquerque.

Cerca de allí están Siam y el Cambodje, y un poco más allá Chiempa, donde crece el ruibarbo. Esta substancia se encuentra de la manera siguiente: «una cuadrilla de veinte o veinticinco hombres van al bosque y allí pasan la noche en los árboles para librarse de los leones (nótese que no hay leones en aquel país), y de las demás fieras, y al mismo tiempo para mejor percibir el olor del ruibarbo que el viento lleva hasta ellos. A la mañana se dirigen al sitio de donde viene el olor y buscan el ruibarbo hasta que lo encuentran. El ruibarbo es la madera podrida de un gran árbol que adquiere el olor de su putrefacción misma; la parte mejor del árbol es la raíz, y sin embargo el tronco que se llama *calama*, tiene la misma virtud medicinal».

Evidentemente no podremos adquirir conocimientos botánicos siguiendo a Pigafetta; nos expondríamos a engañarnos, tomando en serio los embustes que le contó el moro que le refirió estas cosas. Y sin embargo, el viejo lombardo nos da, con la mayor seriedad del

mundo, detalles fantásticos acerca de la China, incurriendo en crasos errores, que supo evitar su contemporáneo Duarte Barbosa. Gracias a éste último, sabemos que el comercio de *anfian* o de opio existía ya en aquella época.

Una vez que la *Victoria* salió de las costas de Malaca, tuvo buen cuidado Sebastián Elcano de evitar la costa de Zanguebar, donde los portugueses estaban establecidos desde principios del siglo. Hizo rumbo en alta mar, hasta los 42º de latitud Sur, y durante nueve semanas tuvo que tener cargadas las velas a causa de los vientos del Oeste y del Noroeste, que produjeron una horrible tempestad. Para conservar este rumbo, necesitó el capitán tener una gran perseverancia y un deseo no menor de llevar a buen fin su empresa. El buque tenía muchas vías de agua, y la mayor parte de los marineros pedían que se detuviese en Mozambique, porque las carnes no saladas se habían corrompido, y la tripulación no tenía más bebida ni más alimento que agua y arroz.

Al fin, el 6 de mayo, se dobló el cabo de las Tormentas, y ya pudo esperarse que se haría un viaje favorable. Sin embargo, aún aguardaban muchos trabajos a los navegantes. En dos meses murieron de inanición veintiún hombres, entre europeos e indios, y si el 9 de junio no hubieran tomado tierra en Santiago de Cabo Verde, habrían muerto todos de hambre. Como este archipiélago pertenecía a Portugal, tuvieron buen cuidado de decir que venían de América y ocultaron cuidadosamente los países que habían descubierto, pero uno de los marineros tuvo la imprudencia de decir que la *Victoria* era el único barco de la escuadra de Magallanes, que volvía a Europa, y los portugueses se apoderaron en seguida de la tripulación de una chalupa, disponiéndose a atacar al buque español. Pero habiendo observado Elcano desde a bordo todos los movimientos de los portugueses y sospechando, por los preparativos que veía, que querían apresar la *Victoria*, se hizo a la vela, dejando en poder de los portugueses a trece hombres de su tripulación.

Maximiliano Transilvano atribuye la detención en las islas de Cabo Verde a otro motivo distinto que Pigafetta. Dice que el cansancio de los tripulantes ocasionado por las privaciones y por el incesante trabajo de las bombas, había determinado al capitán a detenerse para comprar algunos esclavos que le ayudasen a maniobrar. No teniendo dinero, pagaron los españoles en especias,

lo cual abrió los ojos a los portugueses.

«Para ver si nuestros diarios de navegación estaban bien —refiere Pigafetta—, hicimos preguntar en tierra qué día era de la semana. Se nos respondió que era jueves, y esto nos sorprendió, porque, según nuestros diarios, no era sino miércoles. No podíamos persuadirnos de que nos habíamos engañado en un día; y aun a mí me extrañó más que a los otros, porque habiendo estado siempre bien para poder llevar mi diario, había marcado sin interrupción los días de la semana y los de los grupos de meses. Después supimos que no había error en nuestros cálculos, porque habiendo marchado continuamente hacia el Oeste siguiendo el curso del sol y habiendo vuelto al mismo punto, debíamos haber ganado veinticuatro horas a los que se habían quedado en el mismo sitio; y no es preciso pensar mucho para convencerse de ello».

Sebastián Elcano ganó con la mayor rapidez la costa del África, entró en 6 de septiembre en la bahía de San Lúcar de Barrameda con una tripulación de diecisiete individuos, casi todos enfermos, y dos días después echó el ancla en el muelle de Sevilla, después de haber realizado la vuelta al mundo.

Tan pronto como Sebastián Elcano llegó, dirigióse a Valladolid, donde estaba la corte, y recibió de Carlos V la acogida que merecía, por haber sufrido con valor tantos trabajos. Al valiente marino se le concedió, con una pensión de quinientos ducados el derecho de tomar como armas un globo terráqueo con esta divisa: *Primus circumdedisti me*. El rico cargamento de la Victoria decidió al emperador a enviar una segunda escuadra a las Molucas. Sin embargo, no se concedió el mando a Sebastián Elcano, sino que se reservó al comendador García de Loasia, que no tenía otros títulos que su nombre famoso. A pesar de esto, Elcano fue investido con el mando supremo, a la muerte del jefe de la expedición, que ocurrió después de haber franqueado la escuadra el estrecho de Magallanes; pero lo conservó poco, pues murió seis días después.

En cuanto a la nao *Victoria*, se conservó en el puerto de Sevilla, pero a pesar de los muchos cuidados que con ella se tuvieron, concluyó al fin destruida por la acción del tiempo.

III

LAS EXPEDICIONES POLARES Y LAS INVESTIGACIONES EN BUSCA DEL PASO DEL NOROESTE

I

Los «hombres del Norte». —Erico el Rojo. —Los Zenos. — Juan Cabot. — Cortereal. —Sebastián Cabot. —Willughby. — Chancellor.

Con el descubrimiento de la Islandia, la famosa Tule y aquel océano *croniano*, en que el cieno, los bajos y los hielos hacían tan peligrosa la navegación, y en el que las noches son tan claras como un crepúsculo. Piteas había abierto a los escandinavos el camino del Norte. La tradición de las navegaciones realizadas por los antiguos en las Orcadas, en las Feroe, y hasta en Islandia, se conserva aún entre los monjes islandeses, hombres instruidos y atrevidos marinos, como lo prueban sus establecimientos en aquellos archipiélagos. Así es que fueron los pilotos de los Northmen, *hombres del Norte* (Normandos), nombre que generalmente se dio a los piratas escandinavos, noruegos y daneses y que tan temibles se hicieron en la Edad Media en toda la Europa. Pero a todas las noticias que debemos a los antiguos griegos y romanos, acerca de estas comarcas

hiperbóreas son extremadamente vagas y, por decirlo así, fabulosas; no sucede lo mismo en lo que concierne a las empresas aventureras de los normandos. Las *sagas* (llámanse así los cantos islandeses y daneses) son muy preciosos, y las numerosas noticias que nos dan se ven confirmadas todos los días por los descubrimientos arqueológicos hechos en América, en Groenlandia, en Islandia, en Noruega y en Dinamarca. Existe en ellos un manantial de noticias muy preciosas largo tiempo desconocido y no explotado, del que se debe la revelación al erudito danés C.
C. Rafn,
que nos ha dado acerca de los descubrimientos precolombinos en el continente americano datos auténticos del mayor interés.

La Noruega era pobre y estaba muy sobrecargada de población; de aquí la necesidad de una emigración muy permanente que permitió a una parte muy considerable de sus habitantes buscar en regiones más favorecidas el alimento que un suelo helado les negaba.

Cuando encontraban algún país bastante rico para proporcionarles un importante botín, regresaban a su país y volvían a la primavera siguiente a la comarca descubierta, acompañados de aquéllos a quienes arrastraba el amor al lucro, a la vida fácil y a la sed de los combates.

Intrépidos cazadores y pescadores, acostumbrados a los peligros de la navegación entre el continente y esa masa de islas que le limitan y parecen defenderlo de los asaltos del Océano, al través de esos fiordos estrechos y profundos que parecen cor tados en el suelo con alguna espada gigantesca, partían en sus buques de encina y su aparición hacía temblar a los ribereños del mar del Norte y de la Mancha.

Aquellos barcos grandes o pequeños, largos o cortos, terminaban con frecuencia en la parte de delante en un espolón de tamaño enorme, por encima del cual se levantaba la proa, a veces de una gran altura, afectando la forma de una S. Los *hallnstningar*, que así se llaman las representaciones gráficas que con frecuencia se encuentran en las rocas de Suecia y Noruega, nos permiten formarnos una idea de aquellas rápidas embarcaciones que podían llevar una tripulación considerable: tales son la *Serpiente Larga* de Olaf Triggvason, que tenía treinta y dos órdenes de remos y

contenía noventa hombres; el buque de Canut, que llevaba setenta, y los dos buques de Olaf el Santo, que muchas veces llevaron doscientos hombres.

Los reyes de la mar, como sé llamó casi siempre a aquellos aventureros, vivían en el Océano, no estableciéndose jamás en tierra, pasando del robo de un castillo al incendio de una abadía, devastando las costas de Francia, remontando los ríos, sobre todo el Sena hasta París, recorriendo desde el Mediterráneo hasta Constantinopla, estableciéndose después en Sicilia y dejando en todas las regiones del mundo profundas huellas de sus incursiones o de su estancia.

Y era esto porque la piratería, lejos de ser, como hoy, un acto que cae bajo el imperio de las leyes, era en aquella sociedad bárbara o a medio civilizar no sólo un acto de valor, cantado por los escaldas, que reservaban sus alabanzas más entusiastas para celebrar las luchas caballerescas, las incursiones aventureras y todas las manifestaciones de la fuerza. Desde el siglo VIII aquellos temibles corredores de los mares frecuentaron los grupos de las Orcadas, de las Hébridas, de las Shetland y de las Feroe, donde encontraron a los monjes irlandeses que se habían establecido allí desde un siglo antes para catequizar a las poblaciones idólatras.

En 1861, un pirata noruego, llamado Naddod, fue arrastrado por la tempestad a una isla cubierta de nieve, a la que dio el nombre de Snoland, *tierra de la nieve*, nombre que después se cambió en el de Iceland, *tierra de hielo*. Aun allí los normandos encontraron a los monjes irlandeses, con el nombre de *papis*, en los cantones de Papeya y de Papili.

Algunos años después, se instaló en el país Ingolfo y fundó Reijkiavik. En 885, el triunfo de Haroldo Haarfager, que acababa de someter con sus armas a toda Noruega, llevó a Islandia una escuadra considerable de descontentos, que se establecieron bajo la forma del gobierno republicano, que acababa de ser derribado en su patria y que subsistió hasta 1261, época en que la Islandia cayó bajo la dominación de los reyes de Noruega.

Estos atrevidos compañeros, amantes de aventuras, correrías y de la caza en persecución de las focas o de las morsas, una vez instalados en Islandia, conservaron sus costumbres errantes e hicieron atrevidas expediciones hacia el Oeste, donde tres años

después de la llegada de Ingolfo, descubrió Guunbjorn las cimas encinosas de las montañas de Groenlandia.

Cinco años después, un desterrado, Erico el Rojo, expulsado de Islandia por haber perpetrado un homicidio, encontró la tierra entrevista por Guunbjorn hacia el 64º de latitud septentrional. La esterilidad de aquella costa y sus hielos le impulsaron a buscar hacia el Sur una temperatura más templada, tierras más abundantes en caza; dobló, pues, el cabo de Farewell, al extrema de Groenlandia, se fijó en la costa oriental y construyó para sí y sus compañeros grandes viviendas, cuyas ruinas encontró Jordgensen. Aquel país podía entonces merecer el nombre de Tierra Verde (Groenlandia), que le dieron los normandos, pero el crecimiento anual y considerable de los hielos le han convertido desde aquella época en una tierra de desolación.

Erico volvió a Islandia a buscar a sus amigos, y el año mismo de su vuelta a Brattahalida (así se llamó su establecimiento) se unieron a él catorce buques cargados de emigrantes: era equello un verdadero éxodo. Esto pasaba en el año 1000, y tan pronto como los recursos del país lo permitieron, la población groenlandesa se aumentó; y en 1121 Gardar, la capital del país, fue sede de un obispado, que subsistió hasta después que Colón descubriera las Antillas.

En 968 Bjarn Heriulfson, que había llegado de Noruega a Islandia, para pasar el invierno con su padre, supo que éste había emigrado con Erico el Rojo a Groenlandia, y, sin vacilar, el joven se hizo a la mar con rumbo a aquella isla.

Buscando al acaso un país cuya situación no conocía exactamente, las corrientes le arrojaron a las costas que se cree fueran las de nueva Escocia, las de Terranova y del Maine. Sin embargo, acabó por llegar a la Groenlandia, donde Erico, el poderoso *jarl* noruego, le reconvino por no haber examinado con mayor cuidado los países cuyos descubrimientos debía a una feliz casualidad.

Erico había enviado a su hijo Leif a la corte de Noruega, pues eran muy frecuentes en aquella época las relaciones entre la metrópoli y las colonias, y el rey, que se había convertido al cristianismo, acababa de enviar a Islandia una misión encargada de abolir el culto de Odín. Aprovechando la ocasión, confió a Leif

algunos sacerdotes que debían catequizar a los groenlandeses; pero el joven aventurero, apenas estuvo de regreso en su patria, dejó a los santos varones trabajar en el cumplimiento de su difícil tarea; y enterado del descubrimiento de Bjarn, equipó sus buques y se puso en busca de las tierras que aquél había entrevisto. Sucesivamente desembarcó en una llanura pedregosa y estéril, a la cual dio el nombre de Helluland, y después se supo que era Terranova; luego encontró una costa baja, arenosa, detrás de la cual se desarrollaba una inmensa cortina de obscuros bosques alegrados por los cantos de las aves. Se hizo a la mar por tercera vez, y poniendo la proa al Sur llegó a la bahía de Rhode Island, de suave clima, cuyo río está tan poblado de salmones; se estableció allí y construyó grandes edificios de madera, a los que dio el nombre de *Leifsbudir* (casa de Leif). Después envió algunos de sus compañeros a explorar el país y volvieron con la buena noticia de que éste tenía vides silvestres, por lo cual le llamó *Vinland*.

En la primavera del año 1001, después de haber cargado su buque de pieles, uvas, maderas y otras producciones del país, Leif tomó la ruta de Groenlandia, habiendo hecho la preciosa observación de que el día más corto en Vinland duraba nueve horas, lo cual ha permitido situarla a los 41º 24′ 10″. Esta feliz expedición y el salvamento de una embarcación noruega que llevaba quince hombres, valieron al hijo de Erico el sobrenombre de *el Afortunado*.

La expedición de Leif hizo grande ruido, y la relación de las maravillas del país en que se había establecido, impulsó a su hermano Thorvaldo a dirigirse allí con treinta hombres. Thorvaldo, después de haber pasado el invierno en Leifsbudir, exploró las costas del Sur, volvió en otoño a Vinland, y al año siguiente, 1004, subió por la costa del norte de Leifsbudir. Durante este viaje de vuelta los normandos encontraron por la primera vez esquimales y los degollaron cruelmente sin motivo. A la noche siguiente se hallaron de repente rodeados de una numerosa escuadrilla de *kayacs*, de donde salió una nube de flechas. Sólo Thorvaldo, el jefe de la expedición, fue herido mortalmente, y sus compañeros le enterraron en un promontorio, al cual dieron el nombre de promontorio de la Cruz.

Ahora bien, en el siglo XVIII, descubrióse en el golfo de Boston una tumba de mampostería, donde se encontraron huesos humanos

y un puño de espada *de hierro*. Los indios no conocían este metal y, por consiguiente, aquellos huesos no podían ser de sus esqueletos, ni tampoco eran restos de los europeos que desembarcaron después del siglo XV, porque sus espadas no tenían aquella forma característica. Se creyó, pues, que aquel sepulcro era el de un escandinavo; pero no nos atrevemos a asegurar que fuese el de Thorvaldo, hijo de Erico el Rojo.

En la primavera de 1007, tres buques, llevando ciento setenta hombres y animales, salieron de Eriksfjord, con objeto de fundar un establecimiento permanente. Los emigrantes reconocieron el Helluland, el Markland y el Vinland, desembarcaron en una isla donde construyeron chozas y principiaron a cultivar la tierra. Es de creer que tomaron mal sus medidas o que les faltó previsión, porque habiéndoles sorprendido el invierno sin provisiones, sufrieron cruelmente por causa del hambre. Sin embargo, tuvieron bastante ánimo para volver al continente, donde pudieron, con una abundancia relativa, esperar el fin del invierno.

A principios de 1008, se pusieron a buscar a Leifsbudir y se establecieron en Mount-Hope-Bay, en la orilla opuesta al antiguo establecimiento de Leif. Allí trabaron por primera vez relaciones con los indígenas llamados *screllings* en las sagas, y por cuyo retrato fácil es reconocer a los esquimales. El primer encuentro fue pacífico. Hicieron con ellos un comercio de cambios, hasta el día en que el deseo que tenían los esquimales de procurarse hachas de hierro, siempre con gran prudencia rehusadas por los normandos, les impulsó a cometer agresiones que obligaron a éstos a volver a su patria sin haber dejado rastros duraderos de su paso por el país después de tres años de estancia en él.

Compréndese fácilmente que no podemos referir en detalle todas las expediciones que, partiendo de Groenlandia, se sucedieron en las costas del Labrador y de los Estados Unidos.

Aquellos de nuestros lectores que deseen enterarse minuciosamente pueden ver la interesante publicación de Gabriel Gravier, obra la más completa en esta materia, y de la cual tomamos algunos antecedentes relativos a las expediciones normandas.

En el año mismo en que Erico *el Rojo* tomaba tierra en Groenlandia (983), un tal Hari Marson, fue arrojado por la

tempestad fuera del derrotero ordinario, a las costas de un país designado con el nombre de Tierra de los Hombres Blancos, y que se extiende, según Rafin, desde la bahía de Cheasapeake hasta la Florida.

¿De dónde venía aquel nombre de Tierra de los Hombres Blancos? ¿Se habían establecido ya allí algunos compatriotas de Marson? Hay motivos para suponerlo así, en vista de los términos mismos de la crónica. Compréndese, pues, qué interés habrá en poder establecer la nacionalidad de los primeros colonos. Por lo demás, las sagas no nos han revelado todos sus secretos, y probablemente son aún desconocidos, y como las nacionalidades que se han encontrado sucesivamente han confirmado hechos ya admitidos, es de esperar que nuestros conocimientos acerca de las navegaciones islandesas llegarán a ser más precisos.

Otra leyenda, de la que en muchas partes sus relatos son puros romances, pero que encierra, sin embargo, un fondo de verdad, refiere que un tal Bjorn, obligado a abandonar la Islandia a consecuencia de unos amores desgraciados, se refugió en un país que estaba del otro lado del Vinland, donde le encontraron en 1027 algunos de sus compatriotas.

En 1051, durante una nueva expedición, los *skrellings* mataron a una mujer islandesa, y en 1867 exhumóse un sepulcro que tenía una inscripción *rúnica* con huesos y objetos de adorno que aún hoy se conservan en el Museo de Washington. Este descubrimiento se ha hecho en el sitio indicado, precisamente por la saga que refiere estos sucesos, y esta misma saga no fue encontrada hasta 1863.

Pero los normandos establecidos en Islandia y en la Groenlandia, no fueron los únicos que frecuentaron las costas de América hacia el año 1000, como lo prueba el nombre de Grande Irlanda, dado también a la Tierra de los Hombres Blancos. Así consta en las historias de Madoc-op-Owen, de los irlandeses y de los galos, que fundaron allí colonias y acerca de los cuales no poseemos sino muy

pocos datos. A pesar de su vaguedad y de su incertidumbre, Avezac y Gaffarel están conformes, sin embargo, en reconocerlas por verosímiles.

Después de haber dicho algunas palabras acerca de las excursiones y de los establecimientos de los normandos en el Labrador, en el Vinland y en los países más meridionales, es preciso que volvamos al Norte. Las colonias fundadas al principio en las inmediaciones del cabo Farewel, no tardaron en extenderse a lo largo de la costa occidental, que en aquella época estaba infinitamente menos desolada que hoy, y aun hasta las latitudes boreales a que no se ha llegado en nuestros días. Así es que en aquellos tiempos se pescaba la foca, la morsa y la ballena en la bahía de Disco, y se contaban ciento noventa ciudades en el Westerbygd y ochenta y seis en el Esterbygd. Hoy día está muy lejos de haber tal número de establecimientos daneses en esas costas heladas.

Aquellas ciudades no eran probablemente sino grupos poco considerables de esas casas de madera y piedras de las que se han encontrado muchas ruinas desde el cabo Farewel hasta Upernavik a los 72º 50'. Al mismo tiempo numerosas inscripciones rúnicas, hoy ya descifradas, han venido a dar un grado de certeza absoluta a hechos por tanto tiempo ignorados. Pero ¡cuántos de estos vestigios del pasado quedan aún por descubrir! ¡Cuántos de estos preciosos testigos del valor y del genio emprendedor de la raza escandinava estarán enterrados bajo los hielos!

Se ha conseguido igualmente la prueba de que el cristianismo había sido llevado a América, y sobre todo a Groenlandia. En este país, se celebraron, según las instrucciones del papa Gregorio IV, visitas pastorales para fortalecer en su fe a los normandos recientemente convertidos, y para evangelizar las tribus indias y los esquimales. Además, Riant, en 1865, ha sentado, de una manera irrefutable, que las cruzadas fueron predicadas lo mismo en Groenlandia que en el obispado de Gardar, que en las *islas y tierras vecinas*, y que hasta en 1418 pagó la Groenlandia a la Santa Sede el diezmo y el dinero de San Pedro, que se componía en aquel año de 2600 libras de dientes de morsas.

Las colonias noruegas debieron su decadencia y su ruina a causas muy diversas: a la extensión muy rápida de los hielos (Hayes

ha comprobado que los hielos del Hermano Juan corren con una velocidad de treinta metros por año); a la mala política de la madre patria, que impidió el cruzamiento de colonos; a la fiebre amarilla, que diezmó la población de Groenlandia de 1347 a 1351; y, por último, a las depredaciones de los piratas, que en 1418 asolaron aquellos países, ya debilitados y en los cuales se ha creído reconocer algunos habitantes de las Orcadas y de las Feroe, de que vamos a hablar.

Uno de los compañeros de Guillermo *el Conquistador*, llamado Saint-Clair o Sinclar, no habiéndole parecido bastante proporcionada a sus méritos la parte de país conquistada que había recibido, fue a correr aventuras a Escocia, donde no tardó en obtener fortuna y honores. En la segunda mitad del siglo XIV las islas Orcadas pasaron a ser del dominio de sus descendientes.

Hacia 1390, un tal Nicolás Zeno, perteneciente a una de las familias más nobles y más antiguas de Venecia, que había equipado a su costa un buque con objeto de visitar por curiosidad Inglaterra y Flandes, naufragó en el archipiélago de las Orcadas, a donde fue arrojado por la tempestad. Ya iba a ser asesinado por los habitantes, cuando el conde Enrique Sinclair le tomó bajó su protección. La historia de aquel naufragio, de las aventuras y descubrimientos que le siguieron, publicada en la recopilación de Ramusio, había sido escrita, dice el erudito geógrafo Clemente Markham, en sus *Abords de la région inconnue*, por Antonio Zeno; mas, por desgracia, uno de sus descendientes, llamado Nicolás Zeno, que nació en 1515, rompió, siendo niño, aquellos papeles, cuyo valor no conocía. «Habiendo podido salvarse algunas cartas, pudo más tarde redactar la relación tal como ahora la tenemos, y tal como fue impresa en Venecia». Encontróse también en el palacio una antigua carta, carcomida por el tiempo, que explicaba estos viajes, y en fin, una copia desgraciadamente incompleta, según su relato y la cual creía necesaria para su inteligencia. Como esto lo hizo atropelladamente, sin estar guiado por los conocimientos geográficos que hoy nos permiten reconocer dónde se engaña, confunde de la manera más deplorable toda la geografía que hace en su relato, mientras que las partes de la carta que no han sido alteradas de esta manera, y que son originales, presentan una exactitud que adelanta en muchas generaciones a la geografía de Nicolás Zeno, el joven, y confirman

de un modo notable la posición de la antigua colonia de Groenlandia. En estos hechos no solamente tenemos la solución de todas las discusiones que se han suscitado con este objeto, sino la prueba más indiscutible de la autenticidad del relato, porque evidentemente Nicolás Zeno, el joven, no podía inventar ingeniosamente una historia de la que habría, por decirlo así, desfigurado por ignorancia la verdad al aparecer la carta.

El nombre de Zichmni, en el cual los escritores contemporáneos, y en primer lugar Major, que ha sacado los hechos del dominio de la fábula, ven el nombre de Sinclair, no parece ser aplicable más que a este conde de las Orcadas.

En aquella época los mares del norte de Europa estaban infestados de piratas escandinavos. Sinclair, que había descubierto en Zeno un hábil marino, se unió a él y juntos hicieron la conquista del país de Frisland, nido de piratas que asolaban todo el norte de Escocia. En las cartas de marear del fin del siglo XV y en los mapas de principios del siglo XVI se designa con este nombre el archipiélago de las Feroe; indicación verosímil, porque Bauche ha encontrado en las denominaciones actuales de los puertos y de las islas de este archipiélago muchos nombres de los que Zeno había dado; por último, los detalles que se deben al navegante veneciano acerca de las aguas, abundantes en pesca y peligrosas por sus bajos, que dividen este archipiélago, son aún hoy verdaderos.

Satisfecho Zeno de su posición, escribió a su hermano Antonio para que viniera a reunirse con él. Mientras Sinclair conquistaba las Feroe, los piratas noruegos desolaban las Shetland, en aquel tiempo llamadas Eastland. Nicolás se hizo a la vela para darles la batalla; pero tuvo que huir delante de su escuadra, mucho más numerosa que la que él llevaba, y refugiarse en una islita de la costa de Islandia.

Después de haber invernado Zeno en aquel lugar, desembarcó al año siguiente en la costa oriental de Groenlandia a los 69º de latitud septentrional, en un sitio «en el que había un monasterio de la orden de Predicadores, y una iglesia dedicada a Santo Tomás. Las celdas estaban caldeadas por un manantial natural de agua caliente, que utilizaban los monjes para preparar sus alimentos y cocer el pan. Los religiosos tenían también jardines cubiertos durante la estación de invierno y caldeados de la misma manera, de suerte que

se hallaban en estado de producir flores, frutos y hierbas, como si viviesen en un clima templado». Lo que parece confirmar estos datos, es que de 1828 a 1830, un capitán de la marina danesa encontró a los 69º una población de seiscientos individuos, de tipo completamente europeo.

Pero aquella expedición aventurera por países cuyo clima se parecía tan poco al de Venecia, fue fatal a Zeno, que murió poco tiempo después de haber vuelto a Frisland.

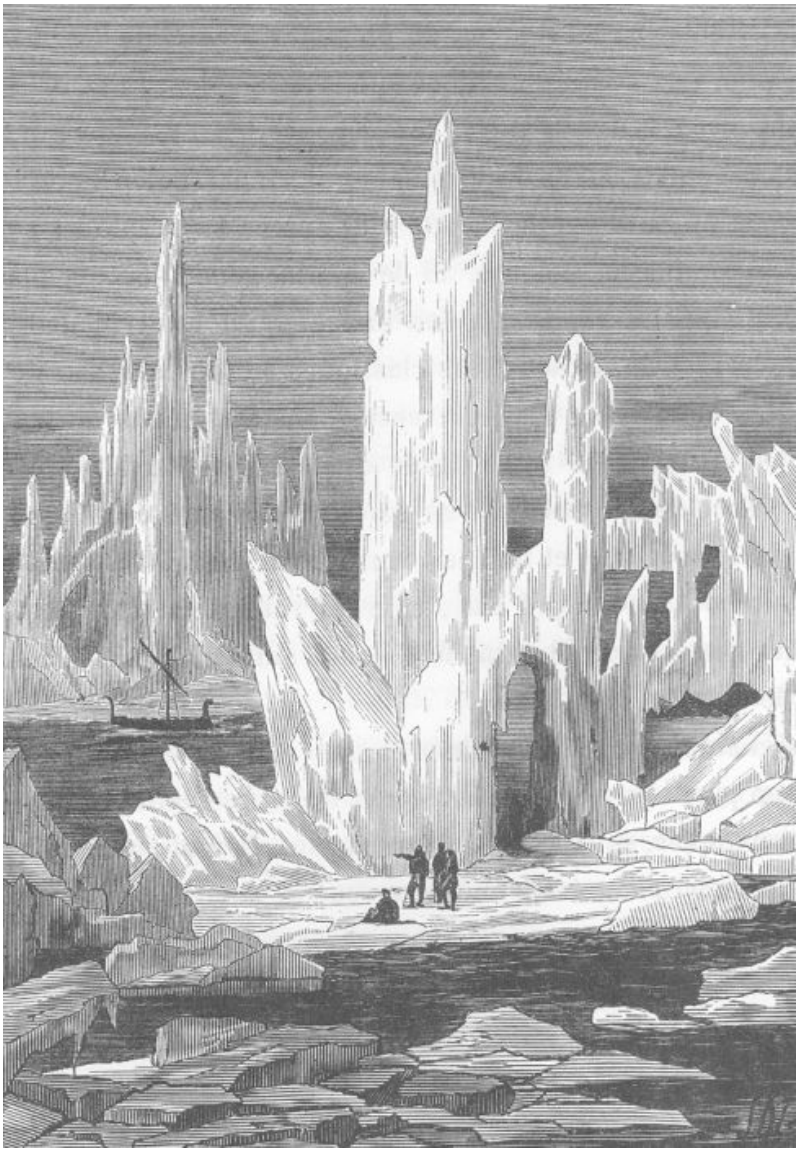
CARTE DES ETABLISSEMENTS NORMANDS

AU

GROENLAND ET EN AMÉRIQUE

(d'après la Carte publiée par C.C. Rafn, dans les Antiquitates Americanae)

BAIE DE BAFFIN
BAIE D'HUDSON
GROENLAND
GROENLAND HAUT
HELLU-LAND
MARKLAND
Hellu-Land
Ile Bacalaos
Iles Açores
Iles Bermudes
ISLANDE
NORWEGE
SPITZBERG
SPITZBOTHNIE
ESTOTILAND
IRLANDE
Upernavik
Disco-Isl.
Fiskernäs
Frederikshaab
Godthaab
Julianehaab
Cap Farewell
Cap Desolation
Cap Walsingham
Cap Chidley
Cap Farvel
Cap Race
Cap Cod
Cap Florida
Cap Hatteras
Cap Breton
Cap Charles
Cap Henry
Cap Fear
Cap Finisterre
Cap Ortegal
Cap de la Hague
Cap Lizard
Cap Clear
Cap Nord
Cap Nord-Ost
Cap Nord-West
Cap Wardhuus
Cap Nord-Cap



Un viejo marino que acompañó al veneciano y que según él había estado durante muchos años prisionero en el país del extremo Oeste, dio a Sinclair detalles tan precisos y tan tentadores acerca de la fertilidad y extensión de aquellas regiones, que este último se resolvió a conquistarlas con Antonio Zeno, que había ido a reunirse con su hermano; pero las poblaciones se mostraron en todas partes

tan hostiles, opusieron tal resistencia al desembarque de los extranjeros, que Sinclair tuvo que volver a Frisland, después de una larga y peligrosa navegación. Éstos son todos los detalles que se han conservado hasta aquí, y debemos sentir vivamente la pérdida de los que Antonio debía dar en sus cartas a su padre Carlos respecto de los países que Forster y Malte Brun han creído poder identificar con Terranova.

¿Quién sabe si Cristóbal Colón, en su viaje a Inglaterra y durante sus peregrinaciones hasta Tule, oiría hablar de las antiguas expediciones de los normandos y de los Zenos, y si estas noticias le confirmaron en las teorías que profesaba y en las ideas para cuya realización fue a reclamar el apoyo del rey de Inglaterra?

Del conjunto de los hechos que acabamos de exponer brevemente, resulta que América era conocida de los europeos y estuvo colonizada antes de Colón; pero a consecuencia de diversas circunstancias, principalmente por la falta casi completa de comunicaciones entre los pueblos del norte de Europa con los del Mediodía, los descubrimientos de los normandos no eran conocidos sino por rumores vagos en España y Portugal. Según todas las apariencias, nosotros sabemos de ellos mucho más que los compatriotas y los contemporáneos de Colón. Si el marino genovés tuvo conocimientos de estos rumores, sin duda los refirió a los indicios que había recogido en las islas de Cabo Verde y a sus recuerdos clásicos sobre la famosa isla Antilla y sobre la Atlántida de Platón. De estos datos procedentes de tan diversos manantiales nació en él la certidumbre de que se podía llegar al Oriente por la ruta del Occidente; pero sea de esto lo que quiera, su gloria es completa; es, sin duda, Colón el descubridor de América, y no aquéllos a quienes la casualidad de los vientos y de las tempestades empujó a su pesar hacia aquellas tierras, sin que les animara el deseo de buscar las playas asiáticas, a donde Cristóbal Colón hubiera llegado si América no le hubiera interceptado el paso.

Las noticias que vamos a dar acerca de la familia Cortereal, aunque más completas que todas las que se encuentran en los diccionarios biográficos, son todavía bastante vagas; pero es preciso que nos contentemos con ellas, porque hasta ahora la historia no ha registrado nada más acerca de esta familia de intrépidos navegantes.

Juan Vaz Cortereal era bastardo de un noble llamado Vasco Annes da Costa, a quien él puso el mote de Cortereal, a causa de la magnificencia de su casa y servidumbre. Dedicado como tantos otros nobles de aquella época a las aventuras marítimas, Juan Vaz robó en Galicia a una joven llamada María de Abarca, con la cual se casó.

Después de haber sido paje del infante don Fernando, el rey le envió con Alvaro Martins Homem al Atlántico septentrional. Los dos navegantes vieron entonces una isla designada después con el nombre de *Terra dos Bacalhaos* (tierra de los bacalaos), y que probablemente sería Terranova. La fecha de este descubrimiento se ha fijado aproximadamente por el hecho de que a su vuelta llegaron a Terceira, y hallando la capitanía de aquella isla vacante por la muerte de Jacome de Brujas, le pidieron a la infanta doña Brites, viuda del infante don Fernando, que se la concedió con la condición de que la dividirían entre los dos, suceso confirmado por una donación fechada en Évora a 2 de abril de 1464.

Sin que se pueda garantizar la autenticidad de este descubrimiento de América, lo cierto es, sin embargo, que el viaje de Cortereal debió señalarse por algún acontecimiento extraordinario; porque no se hacían entonces donaciones de esta importancia sino a los que habían prestado algún gran servicio a la corona.

Vaz Cortereal, establecido en Terceira, se hizo construir, de 1490 a 1497, en la ciudad de Angra, un hermoso palacio donde habitó con sus tres hijos. Gaspar, su hijo tercero, después de haber estado al servicio del rey Manuel, cuando éste no era más que duque de Béjar, se sintió desde muy temprano atraído hacia las empresas y descubrimientos que habían ilustrado el nombre de su padre. Por cédula fechada en Cintra el 12 de marzo de 1500, el rey Manuel donó a Gaspar Cortereal las islas y la tierra firme que pudiera descubrir, añadiendo un dato precioso, a saber: que «ya en otras épocas las había buscado por su cuenta y a sus expensas».

Esto significa que Gaspar Cortereal no emprendía por primera vez sus viajes. Es verosímil que sus investigaciones se dirigieran hacia los puntos donde su padre había señalado la isla de los Bacalaos. Equipó a su costa, aunque con auxilio del rey, dos buques, a principios del verano de 1500, y después de hacer escala en

Terceira, tomó rumbo hacia el Noroeste. Su primer descubrimiento fue el de una tierra cuyo aspecto de vegetación y de verdor parecía haberle encantado: era el Canadá. Allí vio un gran río que llevaba témpanos de hielo, el San Lorenzo, que algunos de sus compañeros tomaron por un brazo de mar, y al cual dio el nombre de *Río Nevado*. «El caudal de agua de este río es tan grande, que no es probable que este país sea una isla, sin contar con que debía estar pop todas partes cubierta de una capa de nieve muy espesa para poder dar nacimiento a tal corriente de agua».

Las casas de aquel país eran de madera cubiertas de pieles. Los habitantes no conocían el hierro y se servían de espadas de piedra aguzadas; sus flechas estaban armadas de espinas o huesos de peces o piedras puntiagudas; los hombres eran altos y bien formados y tenían la cara y el cuerpo pintado de diversos colores, por galantería, llevando pulseras de oro y cobre y vistiéndose de pieles.

Cortereal prosiguió su viaje y llegó al cabo de los *Bacalhaos*, «pescados que se encuentran en estas costas en cantidad tan grande que no permiten avanzar a las carabelas». Siguiendo después la costa por espacio de doscientas leguas del 56º al 60º o quizá más, fue dando nombre a las islas, ríos y golfos que encontraba, como lo prueban la Tierra del Labrador, la bahía de la Concepción, etc., desembarcando y poniéndose en relación con los naturales. Fríos rigurosísimos y un verdadero río de gigantescos témpanos de hielo impidieron a la expedición suba más arriba, y volvió a Portugal con cincuenta y siete indígenas.

El año mismo de su vuelta, el 15 de mayo de 1501, Gaspar Cortereal, cumpliendo una orden de 15 de abril, recibió a bordo provisiones y salió de Lisboa con la esperanza de extender el campo de sus descubrimientos; pero desde aquella época ne se volvió a oír hablar de él.

Miguel Cortereal, su hermano, que era primer ujier del rey, pidió entonces y obtuvo permiso para ir en su busca y proseguir su empresa. Por real cédula de 15 de enero de 1502, se le hizo donación de la mitad de la tierra firme y de las islas que su hermano hubiera podido encontrar; y saliendo el 10 de mayo de aquel año con tres carabelas, llegó a Terranova, donde dividió su pequeña escuadra para que cada uno de los buques pudiera explorar aisladamente la costa, señalando previamente un punto de cita.

Pero en la fecha fijada, Miguel no se presentó, y las otras dos carabelas, después de haberle esperado hasta el 20 de agosto, hicieron rumbo a Portugal.

En 1503 el rey envió dos carabelas para averiguar el paradero de los dos hermanos; pero las investigaciones fueron infructuosas y los buques volvieron sin haber conseguido su objeto.

El último de los hermanos Cortereal, Vasco Annes, cuando supo estas tristes noticias, siendo capitán y gobernador de las islas de San Jorge y Terceira, y alcalde mayor de la ciudad de Tavilla, resolvió armar un buque a sus expensas y marchar en busca de sus hermanos. El rey debió oponerse a esta expedición, temiendo perder el último de aquella familia de buenos servidores.

En las cartas de aquella época, el Canadá está designado con el nombre de *Terra dos Cortereales*, denominación que se extiende a veces mucho más abajo del Canadá y abarca una gran parte de la América del Norte.

Todo lo que concierne a Juan y Sebastián Cabot ha estado envuelto, hasta estos últimos tiempos, en una obscuridad que no se ha disipado todavía completamente, a pesar de los estudios concienzudos del americano Biddle en 1831, del francés Avezac y del inglés Nicholls que, aprovechando los hallazgos hechos en los archivos de Inglaterra, de España y de Venecia, ha construido un monumento imponente, aunque discutible en algunas de sus partes. En estas dos últimas obras hemos tomado los elementos de este breve estudio, pero sobre todo en la de Nichols, que tiene sobre la de Avezac la ventaja de contar la vida entera de Sebastián Cabot.

No hay seguridad ni en el nombre ni en la nacionalidad de Juan Cabot, ni menos en la época de su nacimiento. Juan Cabota, Saboto o Cabot debió de nacer, si no en el mismo Génova, como dice Avezac, a lo menos en las inmediaciones de esta ciudad, y quizá en el mismo Castiglione, en el primer cuarto del siglo XV. Algunos historiadores han dicho que era inglés; quizá el amor propio nacional obligaría a Nicholls a aceptar esta opinión, a lo menos así parece resultar de las expresiones que emplea. Lo que se sabe sin ningún género de duda, es que Juan Cabot fue a Londres para ocuparse en el comercio y que se estableció en Bristol, que era a la sazón la segunda ciudad del reino, en uno de los arrabales que tenía el nombre de Cathay, tal vez a causa de los muchos venecianos que

en él residían y del comercio que hacían en los países del extremo Oriente.

Allí debieron de nacer los últimos hijos de Cabot, Sebastián y Sancho, si se recuerda en este punto lo que refiere el antiguo cronista Edén: «Sebastián Cabot me dijo que había nacido en Bristol, y que a la edad de cuatro años había ido con su padre a

Venecia y que había vuelto con él a Inglaterra algunos años después, lo cual hizo pensar que había nacido en Venecia». En 1476, Juan Cabot estaba en Venecia y allí recibió el 29 de marzo cartas de naturalización, lo cual prueba que no era originario de aquella ciudad y que debía haber merecido aquel honor por algún servicio hecho a la república.

Avezac se inclina a creer que se había aficionado al estudio de la cosmografía y de la navegación, quizá con el célebre florentino Pablo Toscanelli, el cual le enseñaría a conocer las teorías acerca de la distribución de las tierras y de los mares en la superficie del globo. Al mismo tiempo debió quizá oír hablar de las islas situadas en el Atlántico y designadas con los nombres de Antillas, de tierra de las Siete Ciudades o del Brasil. Lo que parece más seguro es que los negocios de su comercio le llamaron al Levante, dicen que a la Meca, y así supo cuál era el país de donde venían las especias, que en aquella época constituían el ramo más importante del comercio veneciano.

Cualesquiera que sean las teorías especulativas, es lo cierta que Juan Cabot fundó en Bristol un importante establecimiento de comercio. Su hijo Sebastián, a quien los primeros viajes habían aficionado a la mar, se instruyó en todos los ramos conocidos de la navegación e hizo algunas excursiones por el Océano a fin de familiarizarse con la práctica de este arte como lo estaba ya con la teoría.

«Desde hace siete años —dice el embajador español en un despacho del 25 de julio de 1498, a propósito de una expedición mandada por Cabot— los de Bristol arman todos los años dos, tres o cuatro carabelas para ir a buscar la isla del Brasil y la de las Siete Ciudades, según la ilusión de este genovés».

En aquella época, Europa entera se hacía eco del ruido que hacían los descubrimientos hechos por Colón.

«Sentí —dice Sebastián Cabot en un relato que nos ha conservado Ramusio— un gran deseo y como un ardor en el corazón por hacer también yo alguna cosa notable, y sabiendo por el examen de la esfera que si navegaba hacia la mitad del viento del Oeste llegaría más rápidamente a encontrar la India, hice conocer en seguida mi proyecto a Su Majestad, que quedó muy satisfecho».

El rey a quien se dirigió Cabot es el mismo Enrique VII que

algunos años antes había rehusado dar apoyo a Cristóbal Colón. Compréndese, por consiguiente, que acogiera con satisfacción el proyecto que acababan de someterle Juan y Sebastián Cabot, porque aunque Sebastián, en el fragmento que acabamos de copiar, se atribuye a sí solo todo el honor del proyecto, no es menos cierto que su padre fue el promotor de la empresa, como así lo prueba la siguiente real cédula que traducimos extractándola: «Nos, Enrique… permitimos a nuestros amados Juan Cabot, ciudadano de Venecia, y a Luis, Sebastián y Sancho, sus hijos, que bajo nuestra bandera y con cinco buques de tonelaje y tripulación que juzguen conveniente descubran a su costa y cargas… les otorgamos, así como a sus descendientes y derechohabientes, licencia de ocupar, poseer… la carga que con los provechos, beneficios y ventajas que resulten de esta navegación, nos paguen en mercancías o en dinero el quinto del provecho obtenido en cada uno de sus viajes cuantas veces entren en el puerto de Bristol (a cuyos puertos estarán obligados a abordar). Prometemos y garantizamos a éstos, sus herederos o derechohabitantes que estarán exentos de toda clase de derecho de aduana para las mercancías que trajeren de los países así descubiertos… Mandamos y ordenamos a todos nuestros súbditos, así en la tierra como en el mar, que den asistencia al dicho Juan y sus hijos… Dado en… el 5 de marzo de 1495».

Tal es la cédula concedida a Juan Cabot y a sus hijos a su vuelta del continente americano, y no como han pretendido algunos autores con anterioridad a este viaje. Desde que llegó la noticia a Inglaterra de los descubrimientos hechos por Colón, es decir, probablemente el 1493, Juan y Sebastián Cabot prepararon la expedición a su costa y salieron a principios del año 1494 con la idea de llegar a Catay y después a las Indias. No puede haber duda acerca de este punto, porque en la Biblioteca Nacional de París se conserva el único ejemplar de la carta grabada en 1544, es decir, viviendo aún Juan Cabot, la cual refiere el viaje y la fecha exacta y precisa del descubrimiento del cabo Bretón.

Probablemente debióse a las intrigas del embajador español el retraso que sufrió la expedición de Cabot, porque el año 1496 transcurrió todo entero sin que se realizara el viaje.

Al principio del año siguiente salió por fin, después de haber encontrado «la tierra primera vista», siguió la costa y no tardó en

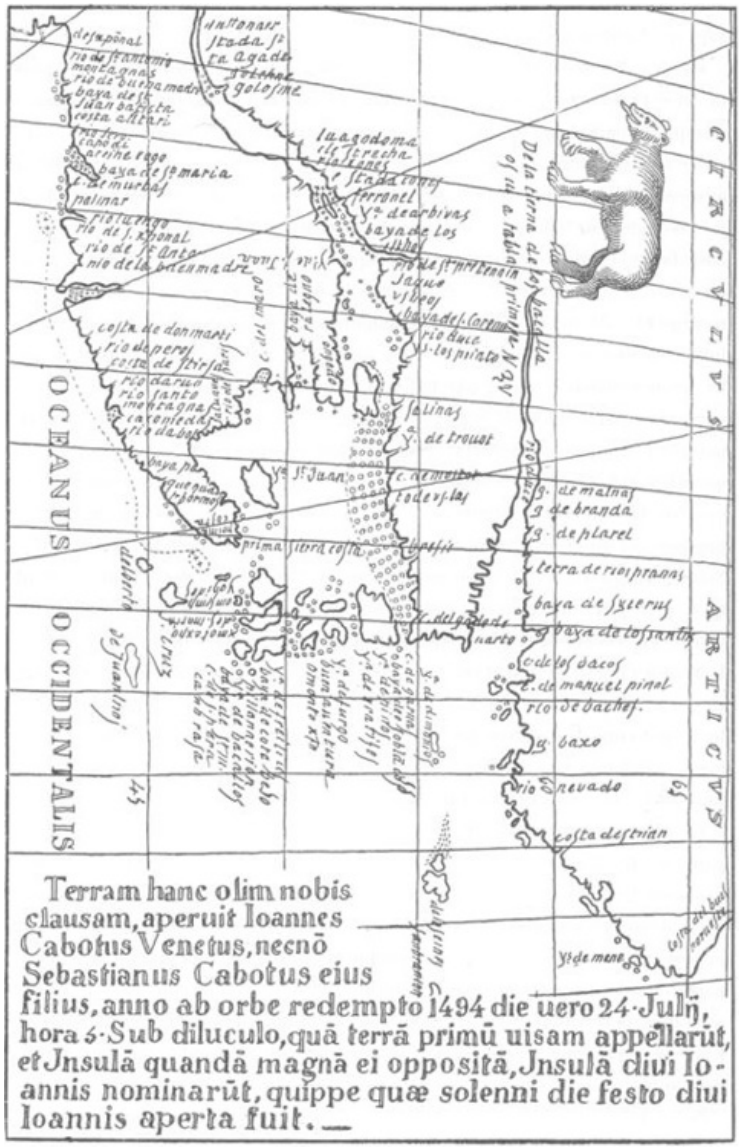
enterarse, con disgusto suyo, que corría hacia el Norte. «Entonces, siguiéndole para asegurarme si acaso había algún paso, no pude descubrirlo, y habiéndome adelantado hasta los 56º, viendo que en aquel sitio la tierra volvía hacia el Este, desesperé de descubrir un paso y viré de bordo para examinar la costa hacia esta dirección, hacia la línea equinoccial, siempre con el mismo objeto de encontrar un paso a las Indias, y al fin llegué al país que hoy se llama la Florida, donde habiéndome llegado a faltar las provisiones, resolví volver a Inglaterra».

Esta relación de la que más arriba hemos dado el principio, fue hecha por Cabot a Fracastor cuarenta o cincuenta años después del suceso. No es extraño, por consiguiente, que Cabot mezclase en ella dos navegaciones completamente distintas, la de 1494 y la de 1497. Añadiremos aún algunas reflexiones a este relato: la primera tierra que vio fue sin duda el cabo Norte, extremidad septentrional de la isla del cabo Bretón, y la isla que está opuesta a él es la del príncipe Eduardo, por mucho tiempo conocida por el nombre de isla de San Juan. Probablemente Cabot penetró en el río San Lorenzo, que tomó por un brazo de mar, cerca del sitio donde hoy se levanta Quebec, y costeó la orilla septentrional del golfo, de tal modo que vio la costa del Labrador hundirse hacia el Este. Tomó a Terranova por un archipiélago y continuó su rumbo al Sur, no hasta la Florida como él dice (pues el tiempo que consagró a este viaje se oponía a que llegase tan abajo), sino hasta la bahía Cheasapeake. Este país es el que más tarde llamaron los españoles *Tierra de Esteban Gómez*.

El 3 de febrero de 1498, el rey Enrique VII firmó en Westminster nuevas cédulas autorizando a Juan Cabot o a su representante debidamente autorizado para tomar en los puertos de Inglaterra seis buques de doscientas toneladas de porte y para comprar al mismo precio que se compraba para la Corona todo lo que necesitara para el armamento, y permitiéndole embarcar contramaestres, marineros, pajes y otros individuos que quisieran pasar con él voluntariamente a la tierra y las islas recientemente descubiertas. Entonces Juan Cabot hizo los gastos del equipo de dos buques, y los comerciantes de Bristol armaron a su costa otros tres.

Según todas las probabilidades, la muerte (y una muerta inopinada y súbita) fue la que impidió a Juan Cabot tomar el mando de esta expedición, y su hijo Sebastián fue el que dirigió la

escuadra, que llevaba trescientos hombres y víveres para un año. Después de haber visto la tierra a los 45º, Sebastián Cabot siguió la costa hasta los 58º o quizá más arriba; pero hacía tanto frío y había tal abundancia de hielos flotantes, aun cuando era el mes de julio, que fue imposible adelantarse más hacia el Norte. Los días eran muy largos y las noches excesivamente claras, detalle interesante para fijar la latitud alcanzada, porque sabemos que bajo el paralelo 60 los días más largos son de dieciocho horas. Estos diversos motivos obligaron a Sebastián Cabot a virar de bordo y tocó en las islas Bacalhaos, cuyos habitantes, cubiertos con pieles de animales, tenían por armas arcos y flechas, lanzas, dardos y espadas de madera. Los navegantes pescaron en aquel sitio abadejos; y eran tan numerosos, dice una antigua relación, que impedían andar al buque. Después de haber seguido toda la costa de América hasta los 38º, emprendió Cabot el rumbo de Inglaterra, a donde llegó a principios de otoño.



En suma, aquel viaje tenía un triple objeto de exploración, de comercio y de colonización, como lo indican el número de los buques que tomaron en él parte y la fuerza de las tripulaciones; sin embargo, no parece que Cabot desembarcase a nadie o que hiciese tentativas de fundar establecimientos, ya en el Labrador, ya en la bahía de Hudson, que en 1571, bajo el reinado de Enrique VIII,

debía explorarse completamente por bajo de aquellos parajes de los abadejos designados con el nombre genérico de Terranova.

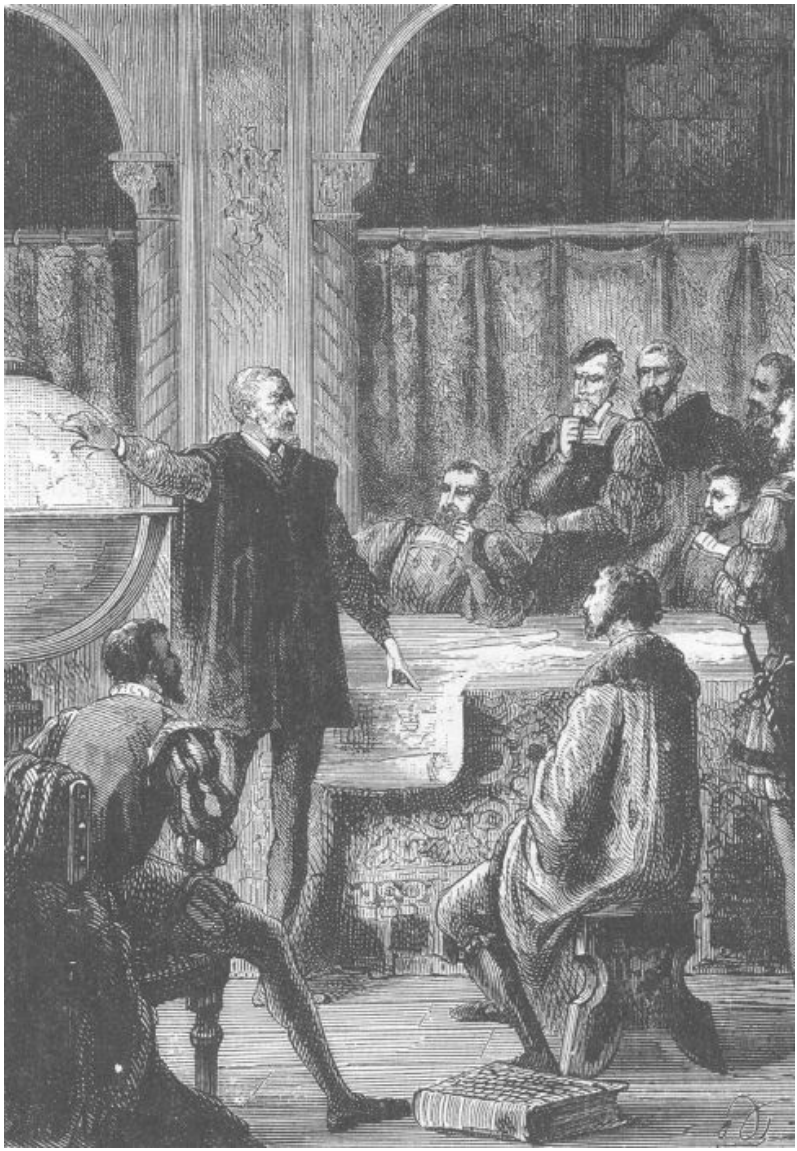
Después de aquella expedición, casi por completo infructuosa, perdemos de vista a Sebastián Cabot, si no del todo, a lo menos lo bastante para reseñar sus acciones y sus viajes hasta 1517. El viajero Ojeda, del cual hemos hablado antes refiriendo sus diversas empresas, había salido de España en el mes de mayo de 1499, y sabemos que en aquel viaje encontró un inglés de Caquifbaco, en la costa de América. ¿Sería Cabot? Nada ha podido aclararse sobre este punto, pero puede creerse que no permaneció ocioso y que debió emprender alguna nueva expedición. Lo que sabemos es que el rey de Inglaterra, despreciando los solemnes contratos que había hecho con Cabot, concedió a los portugueses y a los negociantes de Bristol ciertos privilegios de comercio de los países descubiertos por éste. Aquella manera tan poco generosa de reconocer sus servicios lastimó al navegante y decidió aceptar las ofertas que se le habían hecho en diferentes ocasiones de entrar al servicio de España.

Desde la muerte de Vespucio, acaecida en 1512, era Cabot el viajero de mayor renombre, y para atraérselo escribió Fernando de Aragón, en 13 de septiembre de 1512, a *lord* Willoughby, comandante en jefe de las tropas enviadas a Italia, encargándole tratase con el navegante veneciano.

En cuanto llegó a Castilla, recibió Cabot, por cédula de 20 de octubre de 1512, el grado de capitán con un sueldo de cinco mil maravedises, y se le fijó por residencia Sevilla, hasta que se le presentarse ocasión de utilizar sus conocimientos y experiencia. Iba a encargarse del mando de una expedición muy importante, cuando murió Fernando *el Católico*, el 23 de enero de 1516, y probablemente después de haber obtenido licencia se volvió a Inglaterra.

Dice Edén que Cabot fue nombrado al año siguiente, con *sir* Tomás Pert, para el mando de una escuadra que debía ir a China por el Noroeste. El 11 de junio se hallaba en la bahía de Hudson a los 67º y medio de latitud; el mar extendíase ante libre de hielo tan lejos como podía desear para realizar su empresa, cuando la cobardía de su compañero, el miedo y la sublevación de los tripulantes que no querían pasar de allí, le obligaron a volver a Inglaterra. En su *Theatrum orbis terraram* traza Ortelius la forma de

la bahía de Hudson tal como verdaderamente es, y hasta indica en su extremidad septentrional un estrecho que se dirige hacia el Norte. ¿Cómo —dice Nicholls— el geógrafo ha podido ser tan exacto? ¿Quién, sino Cabot, le ha podido dar las noticias que reproduce en su carta?



A su vuelta a Inglaterra encontró Cabot el país asolado por una

horrible peste que había paralizado hasta las transacciones comerciales. Pero en breve, ya fuera porque hubiera transcurrido el tiempo de su licencia, ya porque quisiera substraerse al azote o porque fuera llamado a España, el navegante veneciano se volvió a este país.

El 5 de febrero de 1518 fue nombrado Cabot piloto mayor con un sueldo que, añadido al que tenía, formaba un total de
125 000
maravedises, o sean 300 ducados; pero no ejerció verdaderamente las funciones de su cargo hasta el regreso de Carlos V de Inglaterra. Su principal destino consistía en examinar a los pilotos, a los que no se permitía ir a las Indias sin haber sufrido este examen.

La época no era nada favorable a las grandes expediciones marítimas. La lucha entre Francia y España absorbía todos los recursos en hombres y dinero de los dos países; así es que Cabot, que parecía que tenía por patria la ciencia más bien que tal o cual país, hizo a Contarini, embajador de Venecia, algunas confidencias con la intención de pasar al servicio de las escuadras de la república, pero cuando llegó la respuesta del Consejo de los Diez, ya tenía otros proyectos en la mente y no llevó más adelante su tentativa. En el mes de abril de 1524 preside Cabot una conferencia de marinos y cosmógrafos reunidos en Badajoz para discutir si las Molucas pertenecían, según el célebre tratado de Tordesillas, a España o a Portugal, y el 31 de mayo se decidió que las Molucas estaban a los 20º, en aguas españolas. Quizá esta resolución de la Junta de que era presidente y la cual ponía en poder de España una gran parte del comercio de especias, influyó bastante en las resoluciones del Consejo de las Indias. Sea como fuere, lo cierto es que en el mes de septiembre de aquel año fue autorizado Cabot para tomar el mando, con el título de capitán general, de tres buques de cien toneladas cada uno, y de una carabela pequeña que llevaban entre todos ciento cincuenta hombres.

El objeto de este viaje era atravesar el estrecho de Magallanes, explorar con cuidado las costas occidentales de América y llegar a las Molucas, donde encontraría para volver un cargamento de especias. Se había fijado como fecha para la partida el mes de agosto de 1525, pero las intrigas de Portugal consiguieron retardarla hasta abril de 1526.

Desde aquel momento, diferentes circunstancias pudieron hacer augurar mal del viaje. Cabot no tenía más que una autoridad nominal, y la asociación de comerciantes que había hecho los gastos del armamento, no aceptándole de buen grado como jefe, encontró medio de contrariar los planes del viajero veneciano.

Así es que en lugar del segundo comandante que había designado, se le impuso otro y se entregaron a cada capitán instrucciones selladas que debían abrir en alta mar. Aquellas instrucciones encerraban la absurda disposición de que, en caso de muerte del capitán general, once individuos debían sucederle cada uno a su vez. ¿No era eso autorizar el asesinato?

Apenas estuvieron fuera de la vista de tierra cuando comenzó a manifestarse el descontento. Esparcióse el rumor de que el capitán general no estaba a la altura de su cargo; después, como se viera que aquellas calumnias no le hacían mella, se pretendió que la escuadra estaba ya falta de víveres. Estalló la sublevación en cuanto se llegó a tierra; pero Cabot no era hombre que se dejara arrollar y había sufrido demasiado con la villanía de *sir* Tomás Pert para soportar semejante afrenta. A fin de cortar el mal de raíz, se apoderó de los capitanes amotinados, y a pesar de su reputación y de los brillantes servicios que habían prestado anteriormente, les hizo poner en un bote y los abandonó en tierra. Cuatro meses después tuvieron la suerte de ser recogidos por una expedición portuguesa que parece tenía instrucciones de contrarrestar los proyectos de Cabot.

El navegante veneciano se adelantó entonces por el río de la Plata, el cual su predecesor Solís había principiado a explorar cómo piloto mayor. A la sazón la expedición sólo se componía de dos buques, pues uno se había perdido durante el viaje. Cabot remontó el río de la Plata y descubrió una isla que llamó Francisco Gabriel, y en la cual construyó el fuerte de San Salvador, cuyo mando confió a Antonio de Grajeda. Con una de sus carabelas, a la cual había quitado la quilla y remolcado por sus embarcaciones, entró Cabot en el Paraná, levantó en la confluencia del Caracarama y del Terceiro un nuevo fuerte, y después de haber asegurado de este modo su retirada, se adelantó hacia el interior de este río. Cuando llegó a la confluencia del Paraná con el Paraguay, siguió el segundo, cuya dirección se acomodaba más con su proyecto de llegar al

Oeste, a la región de donde venía la plata. Sin embargo, el país no tardó en cambiar de aspecto y los habitantes en modificar su actitud. Hasta entonces habían acudido maravillados a la vista de los buques, pero en las orillas cultivadas de Paraguay se opusieron con valor al desembarque de los extranjeros, y habiendo tratado tres, españoles de tomar frutos de una palmera, se trabó una lucha en la cual perdieron la vida trescientos naturales. Aquella victoria puso fuera de combate a veinticinco españoles, lo cual era demasiado para Cabot, que recogió rápidamente sus heridos en el fuerte del Espíritu Santo y se batió en retirada.

Ya Cabot había enviado al emperador dos de sus compañeros para ponerle al corriente de la tentativa de sublevación de sus capitanes y darle a conocer los motivos que le habían obligado a modificar el rumbo fijado a su viaje y a pedirle socorro en hombres y provisiones. La respuesta llegó al fin; el emperador aprobaba lo que Cabot había hecho, le mandaba colonizar el país en que acababa de establecerse, pero no le enviaba ni un hombre ni un maravedí. Cabot trató de procurarse en el país los recursos que necesitaba e hizo algunos ensayos de cultivo. Al mismo tiempo, para sostener el buen ánimo de sus tropas, redujo a la obediencia a las naciones inmediatas, hizo construir fuertes, y subiendo el Paraguay llegó a Potosí y a las corrientes de aguas de los Andes que alimentan el Atlántico. Por último, se preparaba a penetrar en el Perú, de donde venía el oro y la plata que había visto en manos de los indígenas; mas para intentar la conquista de esta vasta región necesitaba tropas que no podía reunir.

Entretanto, el emperador se hallaba en la imposibilidad de enviárselas. Las guerras de Europa absorbían todos sus recursos; las Cortes rehusaban votar nuevos subsidios y las Molucas acababan de ser empeñadas a Portugal. En estas condiciones, después de haber ocupado por cinco años el país y de haber esperado todo este tiempo unos socorros que jamás llegaban, tuvo Cabot que evacuar en parte sus establecimientos y volver a España con alguna de su gente. El resto, compuesto de ciento veinte hombres que quedaron para la custodia del fuerte del Espíritu Santo, después de muchas peripecias que no podemos contar aquí, perecieron a manos de los indios o se vieron obligados a refugiarse en las costas del Brasil, en los establecimientos portugueses.

A los caballos importados por Cabot se debe la maravillosa raza salvaje que hoy vive en rebaños numerosos en las pampas del Plata, y éste fue el único resultado de aquella expedición.

Algún tiempo después de su vuelta a España, resignó Cabot su empleo y fue a establecerse en Bristol hacia el año 1548, es decir, al principio del reinado de Eduardo VI. ¿Cuáles fueron los motivos de este nuevo cambio? ¿Estaba descontento Cabot por haber sido abandonado a sus propias fuerzas durante su expedición? ¿Habíase sentido lastimado por la manera con que fueron recompensados sus servicios? No sabríamos decirlo; pero Carlos V se aprovechó de la partida de Cabot para retirarle la pensión, que Eduardo VI se apresuró a reemplazar señalándole 250 marcos anuales, o sean 116 libras esterlinas y una fracción, lo cual era para la época una suma considerable.

El destino que tuvo Cabot en Inglaterra sólo puede designarse con el nombre de intendente de la marina, puesto que sus funciones eran las de velar por los asuntos marítimos bajo la autoridad del rey y del Consejo. Daba permisos, examinaba pilotos, redactaba instrucciones, trazaba cartas, tarea muy variada y para la cual poseía lo que es raro poseer, conocimientos teóricos y prácticos.

Al mismo tiempo enseñaba la cosmografía al joven rey, le explicaba la variación de la brújula y sabía interesarle en las cosas de la navegación y en la gloria que resulta de los descubrimientos marítimos. Estaba allí en una situación magnífica, casi única, y se sirvió de ella para poner en ejecución un proyecto que hacía mucho tiempo acariciaba.

El aquel tiempo no existía el comercio propiamente dicho en Inglaterra. Todo el tráfico estaba en manos de las ciudades anseáticas de Amberes, Hamburgo, Brema, etc. Las compañías de comerciantes habían obtenido por diferentes privilegios rebajas considerables en los derechos de entrada, y acabaron por monopolizar el comercio inglés. Cabot pensó que los ingleses tenían tantas cualidades como aquellos comerciantes para llegar a ser manufactureros, y que la marina, ya poderosa, que poseía Inglaterra, podía perfectamente servir para explotar los productos del suelo y de las fábricas. ¿A qué, pues, recurrir a los extraños cuando por sí mismos podían hacer sus negocios? ¿Si hasta entonces no se había podido llegar a Catay y a la India por el Noroeste, no

podía tratarse de llegar a aquellos países siguiendo la ruta del Nordeste? ¿Y si no se conseguía, no se encontrarían hacia aquel lado pueblos más comerciantes y más civilizados que los miserables esquimales de las costas del Labrador y de Terranova?

Reunió Cabot un gran número de comerciantes notables de Londres y les expuso sus proyectos, constituyendo con ellos una asociación de la que fue nombrado presidente el 14 de diciembre de 1551. Al mismo tiempo, consiguió interesar mucho al rey, y habiéndole hecho conocer el perjuicio que a sus súbditos ocasionaba el monopolio de que gozaban los extranjeros, obtuvo su abolición el 23 de febrero de 1551, e inauguró la práctica de la libertad comercial.

La asociación de los comerciantes ingleses, que tomó el nombre de *comerciantes aventureros*, se apresuró a hacer construir buques apropiados a las dificultades de la navegación en las regiones árticas. El primer perfeccionamiento que obtuvo la marina inglesa se debió a Cabot, y consistió en forrar las quillas de los barcos, como había visto practicar en España y aún no se hacía en Inglaterra.

Reunióse en Deptford una escuadrilla de tres buques, que fueron la *Buena Esperanza*, cuyo mando se dio a *sir* Hugo Willughby, valiente hidalgo que había adquirido en la guerra una gran reputación; la *Buena Confidencia*, mandada por Cornelio Durfort, y la *Buenaventura*, cuyo capitán era Ricardo Chancellor, hábil marino, amigo particular de Cabot, que recibió el título de piloto mayor.

El piloto del *Buenaventura* era Esteban Burrugh, marino consumado que debía hacer muchas expediciones por los mares del Norte y llegar a ser después el jefe de los pilotos de Inglaterra.

Si la edad y sus importantes funciones impidieron a Cabot ponerse a la cabeza de la expedición, a lo menos quiso presidir todos los detalles del armamento y redactó las instrucciones que se han conservado hasta nosotros y que prueban la prudencia y la habilidad de aquel notable navegante. En ellas recomienda el uso de la corredera, instrumento destinado a medir la velocidad de los buques; que se lleve con regularidad el diario de los sucesos ocurridos en la mar, consignando en él por escrito todas las noticias acerca del carácter, costumbres, trajes y recursos de todos los pueblos que se visiten, así corrió los productos del país; que no se

haga ninguna violencia a los naturales, sino que se les trate con cortesía; que se castigue severamente toda blasfemia o juramento, así como la embriaguez; que se haga oración por la mañana y por la tarde, y se lean las Santas Escrituras una vez al día. Termina recordando sobre todo la unión y la concordia; recuerda a los capitanes la magnitud de la empresa y el honor que con ella van a alcanzar, y por fin, les promete unir sus oraciones a las de ellos para el mejor éxito de su obra común.

El 20 de mayo de 1558 se hizo la escuadra a la vela en presencia de la Corte reunida en Greenwich, en medio de un inmenso concurso de gente después de fiestas y regocijos a los que el rey no pudo asistir por hallarse enfermo.

Cerca de las islas Loffoden, en las costas de Noruega, a la altura de Wardöus, la escuadra se separó del *Buenaventura*. Los dos buques de Willughby, arrastrados por el temporal, tocaron sin duda en Nueva Zelanda y se vieron obligados por los hielos a bajar hacia el Sur. El 18 de septiembre entraron en el puerto formado por la embocadura del río Arzina, en la Laponia oriental. Algún tiempo después la *Buena Confidencia*, separada de Willughby por una nueva tempestad, entró en Inglaterra; en cuanto a este último, los pescadores rusos encontraron al año siguiente su buque en medio de los hielos; toda la tripulación había muerto de frío. Así a lo menos lo hace creer el diario llevado por el infortunado Willughby hasta el mes de enero de 1554.

Por su parte, Chancellor, después de haber esperado en vano en el sitio previamente designado a los dos buques, que con él debían navegar en conserva, creyó que le habían adelantado, y doblando el cabo Norte entró en un vasto golfo, que no es otro que el mar Blanco, y desembarcó en la embocadura del Dwina, cerca del monasterio de San Nicolás, en el sitio mismo en que poco después debía levantarse la ciudad de Arkángel. Los habitantes de aquellos desolados parajes dijeron que el país estaba bajo la soberanía del gran Duque de Rusia, y a pesar de la enorme distancia que le separaba de Moscou, Chancellor resolvió dirigirse allí en seguida. En aquel tiempo ocupaba el trono el zar Iván IV, Wassiliewitz, llamado *el Terrible*. Desde hacía algún tiempo los rusos habían sacudido el yugo tártaro, e Iván reunió todos los pequeños principados rivales en un solo cuerpo de Estado, cuyo poder

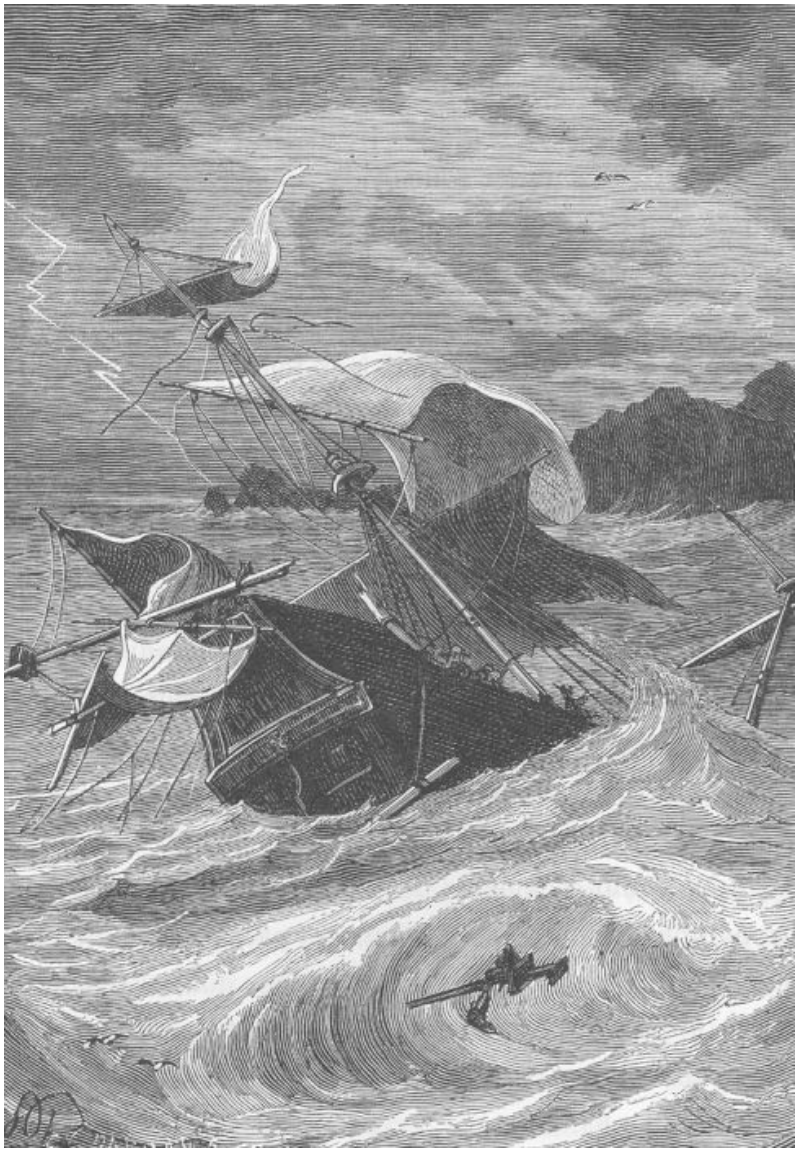
empezaba a ser considerable. La situación, de Rusia, exclusivamente continental, lejos de toda mar frecuentado, aislada del resto de Europa, de la que aún no formaba parte, y cuyas costumbres y trajes eran todavía asiáticos, prometía a Chancellor el éxito más completo.

El zar, que hasta entonces sólo por Polonia había podido

procurarse mercancías de origen europeo, y que quería llegar hasta los mares germánicos, vio con placer a los ingleses tratan de un comercio que debía ser ventajoso para las dos partes. No sólo acogió, por consiguiente, a Chancellor con cortesía, sino que le hizo los ofrecimientos más ventajosos concediéndole grandes privilegios y alentándole con la afabilidad de su acogida a renovar su viaje.

Chancellor vendió con beneficio sus mercancías, tomó otro cargamento de pieles, aceite de foca y de ballena, cobre y otros productos, e inmediatamente volvió a Inglaterra con una carta del zar.

Las ventajas que la compañía de comerciantes aventureros había obtenido con aquel primer viaje, le animó a intentar otro, y Chancellor hizo al año siguiente una nueva excursión a Arkángel, llevando a Rusia dos agentes de la Compañía, que celebraron con el soberano moscovita un tratado ventajoso. Después hizo de nuevo rumbo a Inglaterra, con un embajador que Iván enviaba en su compañía a la Gran Bretaña. De los cuatro buques que componían la escuadra, uno naufragó en las costas de Noruega, otro al salir de Dronthein, y el *Buenaventura*, en el que iban Chancellor y el embajador, se fue a pique el 10 de noviembre de 1556 en la bahía de Pitsligo, en la costa oriental de Escocia. Menos afortunado que el embajador moscovita, que tuvo la suerte de salvarse, Chancellor pereció en el naufragio, y los presentes y las mercancías que llevaba a Inglaterra se perdieron.



Tales fueron los principios de la Compañía inglesa en Rusia. Muchas expediciones se han sucedido en aquellas tierras, pero como refiriéndolas nos saldríamos de nuestro asunto, volveremos a Cabot.

Sabido es que la reina María de Inglaterra se casó con el rey de España, Felipe II. Cuando éste fue a Inglaterra, se mostró muy mal dispuesto contra Cabot, que había abandonado el servicio de España

y procuraba en aquellos momentos a Inglaterra un comercio que en breve iba a aumentar el poder marítimo de un país ya temible. No ha de causar extrañeza, por consiguiente, que ocho días después del desembarco del rey, se obligase a Cabot a renunciar al empleo y la pensión que Eduardo VI habíale concedido con carácter vitalicio. En su lugar fue nombrado Worthington, y cree Nicholls que aquel hombre poco honrado, que ya había tenido que ver con la justicia, tenía por misión secreta apoderarse de los planos, cartas, instrucciones y proyectos de Cabot, los cuales podían ser útiles a España. El hecho es que todos esos documentos están hoy perdidos, a no ser que se encuentren en el archivo de Simancas.

A partir de esta época la historia pierde por completo de vista al viejo marino. El mismo misterio que rodea su nacimiento envuelve el lugar y la fecha de su muerte. Sus inmensos descubrimientos, sus trabajos cosmográficos, su estudio de las variaciones de la aguja imantada, su circunspección, su humanidad, su honradez, aseguran a Sebastián Cabot uno de los primeros puestos entre los descubridores. Figura perdida hasta nuestros días en la sombra y en la vaguedad de la leyenda, debe Cabot a sus biógrafos Biddle, Avezac y Nicholls ser mejor conocido, más apreciado y por primera vez haber brillado con luz propia.

II

Juan Verrazzano. —Jacobo Cartier y sus tres viajes al Canadá. —La ciudad de Hochelaga. —El tabaco. —El escorbuto. —Viaje de Roverbal. —Martin Frobisher y sus viajes. —Juan Davis. —Barentz y Heemskerke. —El Spitzberg. —Invernada en la Nueva Zembla. —Regreso a Europa. —Reliquias de la expedición.

Desde 1492 hasta 1524, Francia, a lo menos oficialmente, se había abstenido de toda empresa de descubrimientos y de colonización; pero Francisco no podía ver impasible que el poder de su rival Carlos V recibiese un considerable aumento en la conquista de Méjico, y encargó al veneciano Juan Verrazzano, que estaba a su servicio, que hiciera un viaje de exploración. Nos detendremos un poco en la narración de este viaje, aunque los sitios visitados han sido ya reconocidos muchas veces, por ser ésta la primera vez que el pabellón de Francia ondeó sobre las playas del Nuevo Mundo. Además, esta exploración iba a preparar las de Jacobo Cartier y de Champlain al Canadá, así como los malhadados experimentos de colonización de Juan Ribaut y de Laudonnière en la Florida y el sangriento viaje de represalias de Gourgues y la tentativa de Villegagnon para fundar un establecimiento en el Brasil.

No se tienen noticias biográficas de Verrazzano. ¿En qué circunstancias entró al servicio de Francia? ¿Cuáles eran sus títulos para el mando de semejante expedición? Nada se sabe del viajero veneciano, porque no ha quedado de él más que la traducción italiana de su relación dirigida a Francisco I, publicada en la colección de Ramusio. En la obra de Lescarbot sobre la Nueva Francia y en la *Historia de los Viajes*, se publicó la traducción francesa de esta traducción italiana; mas para este resumen rápido nos serviremos del texto italiano de Ramusio, salvo en ciertos

pasajes, en los cuales la traducción de Lescarbot nos ha parecido que puede dar una idea de aquella lengua tan rica, tan original y tan maravillosamente modulada del siglo XVI.

Según la carta dirigida desde Dieppe a Francisco I, Verrazzano salió el 8 de julio de 1524 con cuatro buques para hacer descubrimientos en el Océano, y se vio obligado por la tempestad a refugiarse con dos de ellos, la *Delfina* y la *Normanda*, en Bretaña, donde pudo reparar sus averías. Desde allí se dio a la vela para las costas de España, en las cuales parece que dio caza a algunos buques españoles. El 17 de enero de 1524 le vemos salir únicamente con la Delfina de un pequeño islote inhabitado cerca de la Madera y lanzarse al Océano con una tripulación de cincuenta hombres bien provistos de víveres y municiones para ocho meses de viaje.

Veinticinco días después, y habiendo andado quinientas leguas hacia el Oeste, le asaltó una terrible tempestad y a los veinticinco días, es decir, el 8 o el 9 de marzo, y habiendo andado otras cuatrocientas leguas, descubrió hacia los 30º de latitud Norte una tierra que creyó no haber sido explorada hasta entonces.

«En el momento de descubrirla nos pareció muy baja, pero cuando nos acercamos a un cuarto de legua vimos por las grandes hogueras encendidas a lo largo de la orilla del mar que estaba habitada, y poniéndonos en disposición de tomar puerto para anclar y reconocer el país, navegamos más de cincuenta leguas en vano, hasta que viendo que la costa iba siempre dirigiéndose al Mediodía, resolvimos deshacer el camino andado».

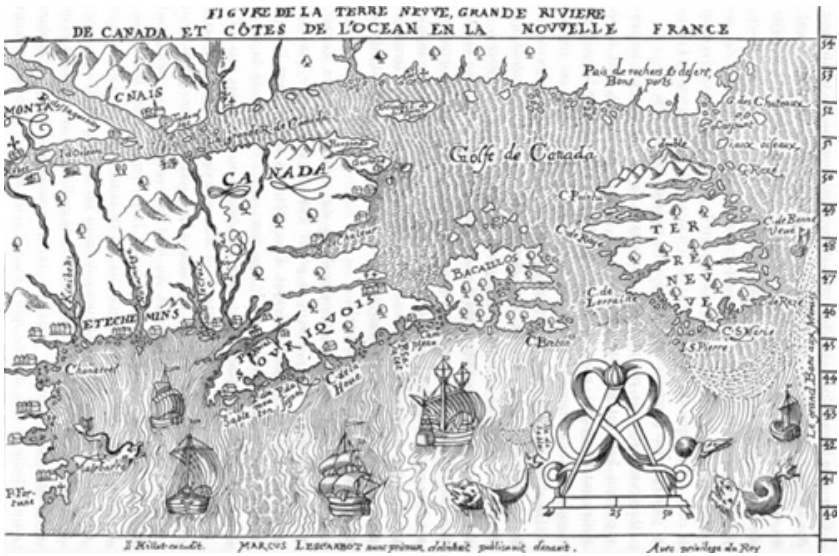
Hallando al fin los franceses un sitio propio para desembarcar, vieron muchos indígenas que iban hacia ellos, pero que huyeron al verlos saltar en tierra. Tranquilizados y atraídos por las señales y ademanes amistosos de los franceses, se manifestaron muy sorprendidos de sus trajes, de sus rostros y de la blancura de su piel. Aquellos indígenas estaban enteramente desnudos, menos en la mitad del cuerpo, que llevaban cubierto de pieles de marta suspendidas de un estrecho cinturón de hierbas primorosamente tejido y adornado de colas de animales que les caían hasta las rodillas. Algunos llevaban coronas de plumas de aves.

«Son de piel morena, dice la relación, y muy semejantes a los sarracenos. Tienen el cabello negro, no muy largo y recogido detrás

de la cabeza, en forma de coleta; son bien proporcionados de miembros, de mediana estatura, aunque un poco más altos que nosotros, y su único defecto es tener la cara bastante ancha. Son poco fuertes, pero sí ágiles, y los más ligeros corredores de la tierra».

Verrazzano no pudo recoger pormenores acerca de las costumbres y género de vida de estos pueblos a causa del poco tiempo que permaneció entre ellos. La playa en aquel paraje estaba formada de arena menuda que acá y allá levantaba pequeñas colinas detrás de las cuales había «bosquecillos muy espesos y maravillosamente agradables a la vista». A juzgar por las apariencias, había en aquel país abundancia de ciervos, gamos y liebres, lagos y estanques de agua dulce y gran cantidad de aves.

Aquella tierra está situada a los 34º de latitud. Es, pues, la parte de los Estados Unidos que lleva hoy el nombre de Carolina, en la cual el aire es puro y sano, el clima templado y el mar tranquilo y sin escollos, y, a pesar de la falta de puertos, fácil de navegación.



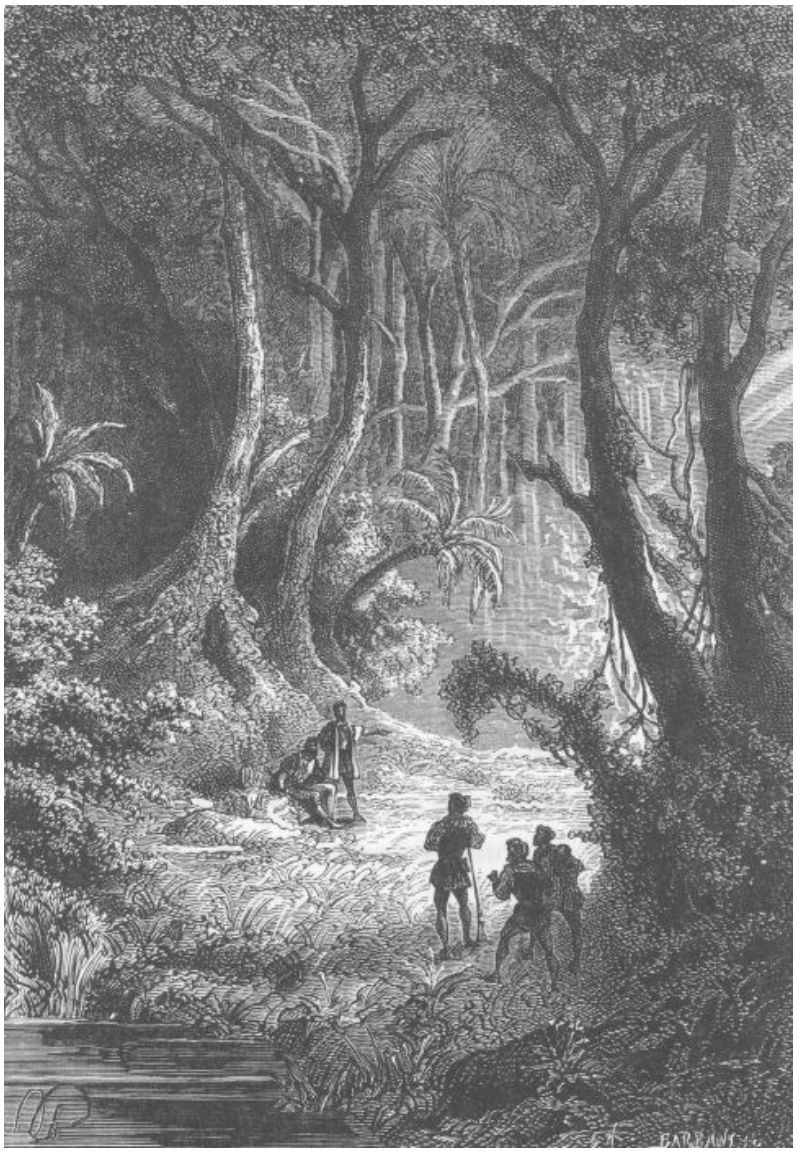
Durante todo el mes de marzo los franceses fueron costeando aquella tierra, que les pareció habitada por poblaciones numerosas. La falta de agua les obligó muchas veces a saltar en tierra, y pudieron observar que lo que más agradaba a los salvajes eran espejos, cascabeles, cuchillos y hojas de papel. Un día enviaron a

tierra una chalupa con veinticinco hombres. Un joven marinero saltó al agua, «porque no podía tomar tierra a causa del oleaje y de las corrientes, a fin de dar algunas frioleras a aquel pueblo, y habiéndoselas arrojado desde lejos, porque desconfiaba de aquella gente, fue empujado con violencia por las olas sobre la playa. Los indios, viéndole en aquel estado, se apoderaron de él y lleváronle muy lejos de la orilla, con gran temor del pobre marinero, que creía que iban a sacrificarle. Habiéndole puesto al pie de un cerro, frente al sol, le desnudaron completamente, maravillándose de la blancura de su piel, y encendiendo una gran hoguera, le hicieron volver en sí y recobrar las fuerzas; y entonces fue cuando, lo mismo el pobre joven que los que estaban en el barco, creyeron que los indios iban a inmolarle, a asarle en la hoguera y a comérselo, como hacen los caníbales, pero no sucedió así, pues habiendo manifestado deseos de volver a la embarcación, le condujeron de nuevo a la orilla del mar, y después de besarle con mucho cariño, se retiraron a una colina para verle desde allí al entrar en su barca».

Continuando después por la orilla hacia el Norte, por más de cincuenta leguas, llegaron los franceses a una tierra que les pareció más hermosa y que estaba cubierta de espesos bosques. En ellos penetraron veinte hombres más de dos leguas tierra adentro, hasta que el temor de extraviarse les hizo volver a la playa. En esta expedición encontraron dos mujeres, una joven y otra vieja, con niños, y se apoderaron de uno de éstos, que podía tener ocho años, con objeto de llevársele a Francia; pero no pudieron hacer otro tanto con la joven, porque se puso a gritar con todas sus fuerzas pidiendo socorro a sus compatriotas, que estaban ocultos en los bosques.

En aquella tierra los salvajes eran más blancos que los que los expedicionarios habían encontrado hasta entonces; cazaban las aves con lazo y usaban un arco de madera muy dura y flechas armadas con espinas de pescado. Sus canoas, que tenían veinte pies de longitud por cuatro de anchura, estaban formadas por el tronco de un árbol grueso ahuecado por medio del fuego. Las vides silvestres eran muchas y trepaban por los troncos de los árboles en largos festones, como sucede en Lombardía. Con un poco de cultivo habrían producido, sin duda, excelente vino, «porque su fruto era suave y dulce, semejante al nuestro, y pensamos que los indígenas

le estimaban, porque dondequiera que crecían estas vides tenían cuidado de cortar las ramas de los árboles de alrededor para que pudiese madurar el fruto». Rosas silvestres, azucenas, violetas y toda especie de plantas y flores odoríferas, nuevas para los europeos, alfombraban por todas partes el suelo y embalsamaban el aire con sus perfumes.



Después de haber permanecido durante tres días en aquellos sitios deliciosos, los franceses continuaron siguiendo la costa hacia el Norte, navegando de día y anclando de noche. Como la tierra hacía un recodo hacia el Este, torcieron también en esta dirección por espacio de cincuenta leguas y descubrieron una isla de forma triangular apartada unas diez leguas del continente y semejante por su magnitud a la isla de Rodas, a la cual dieron el nombre de la madre de Francisco I, Luisa de Saboya. Después descubrieron otra isla a distancia de otras quince leguas, que poseía un puerto magnífico y cuyos habitantes acudieron en tropel a visitar los buques extranjeros. Entre ellos había dos reyes de hermosa estatura y belleza, vestidos con una piel de ciervo, con la cabeza desnuda, el pelo echado atrás y atado en forma de ramillete y ostentando en el cuello un gran collar adornado de piedras del colores. Aquélla era la nación más notable que hasta entonces habían encontrado.

«Las mujeres son graciosas, dice la relación publicada por Ramusio; las unas llevan en los brazos pieles de lobo cerval, el cabello trenzado y las trenzas largas y pendientes sobre el pecho; las otras tenían peinados muy parecidos a los de las mujeres de Egipto y Siria; las de más edad y las casadas llevaban pendientes de cobre labrado. Esta tierra estaba situada bajo el paralelo de Roma a los 41º 40' pero su clima es mucho más frío».

El 5 de mayo, Verrazzano salió de aquel puerto y costeó el litoral por espacio de ciento cincuenta leguas, llegando a un país cuyos habitantes no tenían ninguna semejanza con los que habían encontrado hasta entonces, porque eran tan salvajes que fue imposible establecer con ellos ningún comercio ni ninguna relación constante. Lo que parecía que estimaban especialmente eran Ion anzuelos de pescar, los cuchillos y los objetos de metal, no haciendo caso para nada de las chucherías que hasta entonces habían servido para los cambios. Veinticinco hombres armados saltaron en tierra y se adentraron al país por espacio de dos o tres leguas; pero los indígenas los recibieron a flechazos y se retiraron a sus inmensos bosques, que parecían cubrir toda la tierra.

Cincuenta leguas más adelante hallaron un vasto archipiélago compuesto de treinta y dos islas inmediatas a la tierra firme, de la cual estaban separadas por estrechos canales, que recordaron al navegante veneciano los archipiélagos del Adriático, inmediatos a

las costas de la Esclavonia y de la Dalmacia. En fin, los franceses avanzaron todavía otras ciento cincuenta leguas, y a los 50º de latitud encontraron las tierras descubiertas en otro tiempo por los bretones. Hallándose a la sazón escasos de provisiones y habiendo reconocido la costa de América en una longitud de setecientas leguas, volvieron a Francia y desembarcaron sin novedad en Dieppe, en el mes de julio de 1524.

Algunos historiadores cuentan que los salvajes que habitaban las costas del Labrador hicieron prisionero a Verrazzano; suceso materialmente imposible, pues dirigió desde Dieppe a Francisco la relación del viaje que acabamos de resumir; y por lo demás, los indios de aquellas regiones no eran antropófagos. Ciertos autores, fundados no sabemos en qué documentos ni en qué circunstancias, dicen que Verrazzano cayó en poder de los españoles, fue llevado a España y allí ahorcado; pero creemos más acertado confesar que no sabemos nada de cierto acerca de Verrazzano y que ignoramos en absoluto la recompensa que pudo valerle su largo viaje. Quizá cuando algún erudito haya registrado nuestros archivos, cuya clasificación e inventario están todavía muy lejos de hallarse terminados, se encontrará algún nuevo documento; mas por ahora tenemos que atenernos a la relación de Ramusio.

Diez años después, un capitán de marina llamado Jacobo Cartier, que había nacido el 21 de diciembre de 1484, concibió el proyecto de establecer una colonia en las regiones septentrionales de la América. Favorablemente acogido por el almirante Felipe Chabot y por Francisco I, que decía que le enseñaran la cláusula del testamento de Adán que le desheredaba del Nuevo Mundo en

provecho de los reyes de España y Portugal, Cartier salió de Saint-Malo con dos buques el 20 de abril de 1534. En que él iba, sólo desplazaba sesenta toneladas y llevaba sesenta y un hombres de tripulación. Fue tan afortunada la navegación, que a los veinte días descubrió Cartier el cabo de Buena Vista en Terranova. Subió hacia el Nordeste hasta la isla de las Aves, la cual encontró rodeada de un hielo quebrado y delicuescente, pero en la que sin embargo pudo hacer una provisión de cinco o seis toneladas de urías, cercetas y pájaros bobos, sin contar los que comieron frescos. Después exploró toda la costa de la isla, la cual en aquella época tenía gran cantidad de nombres bretones, lo que prueba la frecuencia asidua con que los franceses visitaron aquellos sitios. Luego, penetraron en el estrecho de Bella Isla, que separa el continente de la isla de Terranova, llegó al golfo de San Lorenzo. En toda esta costa los puertos son excelentes.

«Si la tierra correspondiese a la bondad de los puertos, dice el navegante malvuino, sería una gran felicidad; pero no se la debe llamar *tierra*, porque no es sino un montón de guijarros y rocas áridas, sitio a propósito para los animales feroces; de tal suerte, que en todo el país hacia el Norte no he visto tanta tierra, como puede caber en un *benneau* (carretón)».

Después de haber costeado el continente, fue arrojado Cartier por una tempestad, a la costa occidental de Terranova, donde exploró los cabos Real y Leche, las islas Columbarias, el cabo del San Juan, las islas de la Magdalena, y la bahía Miramichi en el continente. En este sitio tuvo algunas relaciones con los naturales, «que mostraron grande admiración y alegría al ver las armaduras y otras cosas, bailando en torno de ellos y haciendo otras muchas ceremonias, entre otras la de echarse agua del mar en la cabeza con las manos; y aun cuando nos dieron todo lo que tenían no quisieron tomar nada.»

A la mañana siguiente aumentó considerablemente el número de salvajes, y los marineros franceses hicieron una buena recolección de pieles de animales. Después de haber explorado Cartier la bahía de los Caroles, llegó a la entrada del río San Lorenzo, donde vio indígenas que no tenían ni las maneras ni el lenguaje de los primeros.

«A éstos sí que verdaderamente se los puede llamar salvajes, pues no se puede hallar gente más pobre en el mundo, y creo que entre todos ellos no podría hallar valor de cinco sueldos, exceptuando sus barcos y sus redes. Llevan la cabeza completamente afeitada, salvo un mechón de cabellos en lo más alto de la cabeza, los cuales dejan crecer hasta que son largos como

la cola de un caballo y que atan encima de la cabeza con agujas de cuero. No tienen otra vivienda que sus barcos, los cuales vuelcan y se meten debajo de ellos». Después de haber plantado una gran cruz en aquel sitio, obtuvo Jacobo Cartier del jefe que se llevaría con él dos de sus hijos y que se los traería en su próximo viaje, e inmediatamente hizo rumbo a Francia desembarcando en Saint-Malo el 5 de septiembre de 1534.

El 19 de mayo del año siguiente salió Cartier de Saint-Malo, a la cabeza de una escuadrilla compuesta de tres buques llamados la *Grande* y la *Pequeña Herminia* y el *Emerillón*, en los que habían tomado pasaje algunos de los principales nobles, entre los cuales conviene citar a Carlos de la Pommeraye y a Claudio de Pont-Briand, hijo del señor de Moncevelles y copero del Delfín.

Al principio fue dispersada la escuadra por una tempestad, y no pudo reunirse hasta Terranova. Después de haber fondeado en la isla de las Aves, en el puertecillo de las Arenas Blancas, que está en la bahía de los Castillos, penetró Cartier en la bahía de San Lorenzo, donde descubrió la isla Natiscotec, que los franceses llaman Anticosti, y entró en el gran río Hochelaga, que conduce al Canadá. En las orillas de este río está el país de Saguenay, del que procede el cobre rojo que llamaban *caquetdazé* los dos indígenas que en su primer viaje se habían llevado. Pero antes de penetrar en el San Lorenzo, quiso Cartier reconocer todo el golfo buscando algún paso hacia el Norte; volvió a la bahía de las Siete Islas, subió el río y pronto llegó al Saguenay, que desemboca en el San Lorenzo por su orilla septentrional. Un poco más allá entró en las tierras del Canadá después de haber rebasado catorce islas, que no habían sido visitadas por ningún viajero antes que él.

«Al día siguiente llegó con doce barcos cargados de provisiones el cacique del Canadá, llamado Donacona, acompañado de dieciseis hombres. Comenzó por hacer un discurso delante del más pequeño de nuestros buques, hablándonos a su modo y agitando el cuerpo y sus miembros de manera maravillosa, lo cual es una ceremonia de alegría y seguridad; y cuando llegó a la nave general donde estaban los dos indios que habían ido a Francia, el cacique habló con ellos y ellos con él. Principiaron a contarle lo que habían visto en Francia y el buen trato que les habían dado, con lo cual el cacique se puso muy contento y pidió al capitán que le permitiera abrazarle y

besarle, que es la manera de hacer una buena acogida en la dicha tierra. El país de Stadacone o de San Carlos es fértil y está lleno de muy buenos árboles de la naturaleza y especie de los de Francia, como encinas, olmos ciruelos, cedros, vides, oxiacantos que dan frutos tan grandes como ciruelas de dama, y otros árboles bajo los cuales crece también el lino, que es tan bueno como el de Francia».

Después llegó Cartier con sus barcos y su galeón hasta un paraje que es el Richelieu de hoy; luego, hasta un gran lago formado por el río, el lago San Pedro, y por último a Hochelaga o Montreal, es decir, a doscientas diez leguas de la desembocadura del San Lorenzo.

En este sitio «las tierras están labradas y hay grandes y hermosas campiñas llenas de trigo, que es como el del Brasil; sus granos son tan gruesos o más que un guisante, y con él viven tan bien como nosotros con el trigo. Entre estas campiñas está situada y tiene su asiento la ya dicha ciudad de Hochelaga, cerca y junto a una montaña, que está en su alrededor, muy bien labrada y desde encima de la cual se ve hasta muy lejos. Nosotros llamamos a esta montaña *Mont-Royal* (Montreal)».

No pudo ser más cordial la acogida hecha a Jacobo Cartier. El jefe o *aguana*, que estaba paralítico, rogó al capitán que le tocase, como si esperase que le pudiera curar. Luego los ciegos, los tuertos, los cojos y los tullidos, vinieron a sentarse cerca de Jacobo Cartier para que les tocase, tomándole por un dios que había bajado del cielo para curarlos.

«El dicho capitán, viendo la piedad y fe de este dicho pueblo, dijo el Evangelio de San Juan, a saber: *In principio*, haciendo la señal de la cruz sobre los pobres enfermos y pidiendo a Dios que les diese conocimiento de nuestra santa fe y gracia para recibir el cristianismo y el bautismo. Luego el dicho capitán tomó un libro de orar y en alta voz leyó la pasión de Nuestro Señor, tan bien que todos los asistentes pudieron oírle, y todo aquel pobre pueblo guardaba mucho silencio mirando al cielo y haciendo unas ceremonias tales como nosotros no hemos visto jamás hacer».

Después de haber reconocido el país que se descubría a treinta leguas a la redonda desde lo alto de Montreal y de haber recogido algunos datos acerca de las cataratas y saltos de agua del San Lorenzo, Cartier hizo rumbo al Canadá, donde no tardó en reunirse

con sus buques.

Le debemos las primeras noticias acerca del tabaco para fumar, que no parece haber estado en uso en toda la extensión del Nuevo Mundo.

«Tiene una hierba, dice, de la que hacen gran acopio en el verano para el invierno; la estiman mucho y sólo los hombres la usan de la manera siguiente. La secan al sol y la llevan al cuello en una pequeña piel de animal a guisa de saco, como una trompetilla de piedra o de madera; después a cada momento desmenuzan la dicha hierba y la meten en uno de los extremos de la dicha trompetilla; luego ponen un carbón encendido encima y aspiran por el otro extremo de tal modo que se llena el cuerpo de humo, tanto que les sale por la boca y por las narices como por un tubo de chimenea. Hemos experimentado el dicho humo, y después de haberle tenido en nuestra boca parece como si hubiéramos tenido polvo de pimienta, tan caliente está».

En el mes de diciembre los habitantes de Stadacone se vieron atacados por una enfermedad contagiosa que no era otra que el escorbuto. «La dicha enfermedad invadió de tal modo nuestras naves, que a mediados de febrero de ciento diez hombres que éramos no había ni diez sanos».

Ni ruegos, ni oraciones, ni votos a Nuestra Señora de Roquemador consiguieron llevarles un consuelo. Hasta el 18 de abril murieron veinticinco franceses, y ya no quedaban más que cuatro que no estuviesen atacados de la enfermedad. Pero en aquella época un jefe salvaje enseñó a Cartier que el cocimiento de las hojas y el jugo de un árbol que se crece sea el abeto del Canadá o la acacia era muy saludable.

«En cuanto dos o tres hubieron experimentado los efectos bienhechores, hubo tal prisa por tomar la dicha medicina, que poco menos que querían matarse por quien la había de tomar primero. De suerte que un árbol tan grueso y tan grande como jamás he visto ninguno, se ha empleado en menos de ocho días y ha hecho tal operación, que si todos los médicos de Lovaina y Montpellier hubiesen estado allí con todas las drogas de Alejandría, no hubieran conseguido en un año el resultado que el dicho árbol consiguió en ocho días».

Algún tiempo después, habiendo advertido Cartier que

Donacona trataba de promover un levantamiento contra los franceses, le hizo prender con otros nueve indígenas para llevarles a Francia, donde murieron. El 6 de mayo salió de Santa Cruz, bajó el San Lorenzo, y después de una navegación en la que no ocurrió ningún incidente digno de mención, desembarcó en Saint-Malo el 16 de julio de 1536.

En vista de la relación de su viaje, que el navegante malvuino hizo a Francisco I, éste resolvió tomar posesión efectiva del país, y habiendo nombrado a Francisco de la Roche, señor de Roberval, virrey del Canadá, mandó armar cinco buques que debían transportar cargados de provisiones y municiones para dos años a la colonia que se iba a establecer, a Roberval y a un cierto número de soldados, de artistas y de nobles. Hiciéronse a la vela los cinco buques el 23 de mayo de 1541, y se vieron tan molestados por los vientos, que emplearon más de tres meses en llegar a Terranova, y hasta el 23 de agosto no arribó Cartier al puertecillo de Santa Cruz. En cuanto desembarcó sus provisiones, envió a Francia dos de sus buques con cartas para el rey, dándole cuenta de lo que había hecho y de que el señor Roberval aún no había parecido y se ignoraba su paradero. Hizo comenzar inmediatamente los trabajos de desmonte, levantar un fuerte y echar los primeros cimientos de la ciudad de Quebec. Después en compañía de Martín de Paimpont y de otros nobles, se dirigió a Hochelaga y examinó las tres cataratas: de Santa María, de la China y de San Luis. Cuando regresó a Santa Cruz halló a Roberval que acababa de llegar, y en octubre de 1542 entró de nuevo en Saint-Malo, donde probablemente murió diez años después. En cuanto a la nueva colonia, habiendo muerto Roberval en un segundo viaje, quedó reducida a una simple factoría hasta 1608, fecha de la fundación de Quebec por Champlain, cuyos servicios y descubrimientos referiremos más adelante.

Hemos visto cómo Cartier, habiendo salido al principio en busca del paso del Noroeste, se vio arrastrado a tomar posesión del país, y a echar las bases de la colonia del Canadá. Un movimiento parecido se producía en Inglaterra, mantenido por los escritos de *sir* Humphrey Gilbert y de Ricardo Wills, que al fin concluyeron por fijar la opinión pública, demostrando que no era más difícil encontrar aquel paso que lo había sido descubrir el estrecho de Magallanes.

Uno de los más ardientes partidarios de esta exploración, era un atrevido marino llamado Martín Frobisher, que, después de haberse dirigido inútilmente a los ricos armadores, encontró al fin en Ambrosio Dudley, conde de Warwick, favorito de la reina Isabel, un protector, cuyos auxilios pecuniarios le permitieron armar una pinaza y dos malos barcos de veinte a veinticinco toneladas. Con tan escasos medios se dispuso el intrépido navegante a afrontar los hielos en los sitios que desde la época de los normandos no habían sido visitados. Salió de Deptford el 8 de junio de 1576, y reconoció el sur de la Groenlandia, que tomó por la Frislandia de Zeno. Detenido en breve por los hielos, tuvo que retroceder a Labrador sin poder abordarla, y penetró en la bahía de Hudson; Después de haber costeado las islas Salvaje y Resolución, entró en un estrecho al que dio su nombre, pero que también ha sido llamado por algunos geógrafos entrada de Lunley. Desembarcó en la tierra de Cumberland, tomó posesión del país en nombre de la reina Isabel, y trabó algunas relaciones con los indígenas; pero como el frío aumentara rápidamente, se vio obligado a volver a Inglaterra. Frobisher sólo dio detalles científicos y geográficos bastante vagos acerca de las comarcas que había visitado; sin embargo se le dispensó una acogida muy entusiasta, cuando enseñó una piedra negra y pesada, en la cual se encontró un poco de oro. Inflamáronse al punto las imaginaciones, y muchos señores, y hasta la reina misma, contribuyendo a los gastos de una nueva expedición, compuesta de un buque de doscientas toneladas y cien hombres de tripulación, y de dos barcos más pequeños que llevaban provisiones de boca y guerra para seis meses. Frobisher llevaba a sus órdenes marinos tan expertos como Fenton, York, Jorge Beste y C. Hall.

El 31 de mayo de 1577, se hizo a la vela la expedición, y pronto divisó Groenlandia, cuyas montañas estaban cubiertas de nieve y las costas defendidas por una barrera de hielo. El tiempo era malo. Nieblas excesivamente intensas, espesas como puré de guisantes, como dirían los marineros ingleses, islas de hielo de una media legua de circunferencia; montañas flotantes que ocupaban de setenta a ochenta brazas en el mar, tales fueron los obstáculos que impidieron a Frobisher llegar antes del 9 de agosto al estrecho que había descubierto en la campaña precedente. Tomó posesión del país y persiguió por tierra y por mar a algunos pobres esquimales,

que heridos «en aquel encuentro saltaron desesperados desde lo alto de las rocas al mar —dice Forster en sus *Viajes al Norte*—, lo cual no habría sucedido si se hubieran mostrado más sumisos, o si hubiéramos podido hacerles comprender que no éramos sus enemigos». En breve descubrió una gran cantidad de piedras, parecidas a las que había llevado a Inglaterra (la marcasita de oro), y se dio mucha prisa a recoger doscientas toneladas. Llenos de júbilo, los marineros ingleses levantaron una columna conmemorativa en uno de los picos, al cual dieron el nombre de *Warwick-Mount*, y elevaron solemnes acciones de gracias al Cielo. Después subió Frobisher una treintena de leguas por el mismo estrecho, hasta una isleta que recibió el nombre de *Island Smith's*. Allí encontraron los ingleses dos mujeres y se apoderaron de una con su hijo, dejando a la otra a causa de su extrema fealdad. Era tal la superstición y la ignorancia de aquellos tiempos, que sospechando que aquella mujer tenía los pies hendidos, la hicieron quitarse el calzado para asegurarse de que tenía los pies lo mismo que ellos.

Viendo después Frobisher que el frío aumentaba y queriendo poner en seguridad los tesoros que creía haber recogido, renunció por aquella vez a continuar por más tiempo buscando el paso del Nordeste. Hízose, pues, a la vela para Inglaterra, a donde llegó a fines de septiembre, después de una tempestad que dispersó su escuadra.

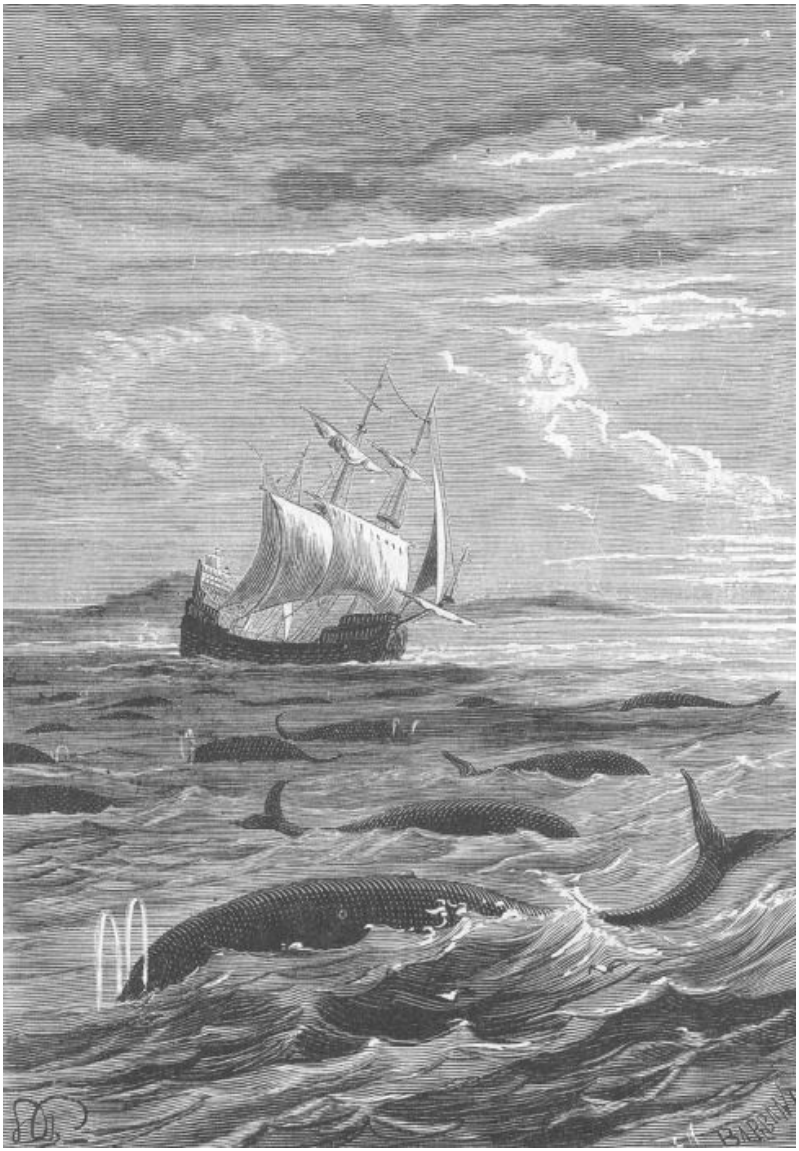
El hombre, la mujer y el niño de que se habían apoderado, fueron presentados a la reina, y se cuenta a este propósito que, viendo en Bristol el salvaje al trompeta de Frobisher a caballo, quiso hacer lo mismo y se montó con la cara vuelta a la cola del animal.

Acogidos aquellos salvajes con curiosidad, obtuvieron permiso de la reina para cazar en el Támesis, toda clase de aves, incluso cisnes, lo cual estaba prohibido a todo el mundo bajo las penas más severas. Por lo demás, no vivieron mucho tiempo: murieron antes que el niño tuviera quince meses.

Pronto se reconoció que las piedras llevadas por Frobisher contenían realmente oro; y tal fiebre se apoderó en seguida de la nación, y sobre todo de los nobles, que rayó en el delirio. ¡Se había

encontrado un Perú, un El Dorado!

La reina Isabel, a pesar de su gran sentido práctico, cedió a la corriente y resolvió levantar un fuerte en el país recientemente descubierto, al cual ella misma dio el nombre de *Meta incógnita* (límite desconocido), y dejar con cien hombres de guarnición, al mando de los capitanes Fenton, Beste y Filpot, tres buques que se cargarían de piedras auríferas. Aquellos cien hombres fueron cuidadosamente escogidos, eran panaderos, carpinteros, albañiles, refinadores de oro y obreros de casi todos los oficios. Componíase la escuadra de quince buques, que aparejaron en Harwich, el 31 de mayo de 1578. Veinte días después descubrieron las costas de la Frislandia occidental.



Las ballenas, en compactos grupos, rodeaban a los buques, y hasta se refiere que uno de los barcos, impulsado por un buen viento, chocó tan violentamente contra una ballena, que quedó súbitamente detenido, y después de haber lanzado el animal un gran grito, dio un tremendo salto fuera del agua y se hundió al punto. Dos días después la escuadra encontró una ballena muerta,

que se cree fuera la que había chocado con la *Salamandra*.

Cuando Frobisher llegó a la entrada del estrecho a que había dado su nombre, le encontró lleno de hielos flotantes, y dice la antigua relación de Jorge Beste que el barco *Dennis*, de 100 toneladas «recibió tal choque contra un escollo de hielo, que se fue a pique a la vista de toda la escuadra». A continuación de esta catástrofe «se levantó de pronto una horrible tempestad del Sureste, y los barcos se vieron rodeados por todos lados de hielos, y dejando detrás de sí a muchos aún delante de ellos, que les fue imposible atravesar. Algunos, ya porque hubiesen encontrado un sitio más libre de hielos y hallado un lugar por donde correr, cargaron sus velas y se dejaron ir a la deriva; otros detuvieron su marcha y echaron el ancla en una gran isla de hielo; los últimos se vieron rápidamente encerrados en medio de islotes y fragmentos de bancos de hielo, quedando a merced de los témpanos, y teniendo que proteger los costados de los buques con cables y almohadones, que se colgaron de las bordas, a fin de defenderlos de los choques furiosos y de los embates del hielo».

El mismo Frobisher se vio arrojado fuera de su rumbo, y en la imposibilidad de volver a Groenlandia por el estrecho que pronto habría de recibir el nombre de Davis, penetró hasta la bahía de la Condesa Warwick. En cuanto hubo reparado sus buques con las maderas que debían servir para la construcción de viviendas, cargó quinientas toneladas de piedras, semejantes a las que antes había llevado, y considerando ya bastante avanzada la estación y que las provisiones se habían consumido o perdido con el *Dennis*; que las maderas de construcción se habían empleado en reparar los buques, y que había perdido cuarenta hombres, hizo rumbo a Inglaterra, el 31 de agosto. Las tempestades y los huracanes le acompañaron hasta las costas de su patria, y en cuanto a los resultados de su expedición, eran casi nulos en lo que respecta a descubrimientos, y las piedras que había ido al cargar en medio de tantos peligros no tenían ningún valor.

Es el último viaje ártico en que tomó parte Frobisher. Eril 1585 le encontrarnos de vicealmirante con Drake; en 1588 sel distingue contra la *Armada Invencible*; en 1590 forma parte día la escuadra de Walter Raleigh en las costas de España; y por últimó en un desembarco en las costas de Francia es tan gravemente herido, que

apenas si tuvo tiempo de llevar su escuadra al Portsmouth antes de morir. Si los viajes de Frobisher no tuvieron por objeto más que el interés, hay que culpar de ellos, no al navegante, sino a las pasiones de la época; pero no es menos cierto que en circunstancias difíciles y con medios irrisorios, probó su valor, su habilidad y su perseverancia. Corresponde, en una palabra, a Frobisher la gloria de haber mostrado el camino a sus compatriotas y de haber hecho los primeros descubrimientos en los parajes en que debía ilustrarse el nombre inglés.

Si había que renunciar a la esperanza de encontrar en las regiones circumpolares países en que el oro abundase tanto como en el Perú, no era esto motivo para no continuar buscando pon el norte un paso hacia la China. Los marinos más hábiles sostenían esta opinión, que encontró entre los comerciantes de Londres bastantes adeptos. Con ayuda de muchos altos personajes se equiparon dos buques; el *Sunshine*, de cincuenta toneladas y veintitrés hombres de tripulación, y el *Moonshine*, de treinta y cinco toneladas; los cuales zarparon de Portsmouth, el 7 de junio de 1585, al mando de Juan Davis.

Éste descubrió la entrada del estrecho que recibió su nombre, y tuvo que atravesar inmensos campos de hielo a la deriva en el mar, después de haber tranquilizado a su tripulación, asustada del choque de los bancos de hielo y del estallido de los bloques en medio de la niebla intensa que los envolvía. El 20 de julio Davis descubrió la Tierra de Desolación, aunque no pudo llegar a ella, y nueve días después entró en la bahía Gilbert, donde cambió con una población pacífica varias bagatelas por pieles de focas y otros animales. Los indígenas volvieron a los pocos días en tan gran número, que no se presentaron menos de treinta y siete canoas alrededor de los buquqes de Davis. En aquel paraje el navegante observó la presencia de una enorme cantidad de leños flotantes, entre los cuales cita un árbol entero, que no tenía menos de sesenta pies de longitud. En 6 de agosto ancló cerca de una montaña de color de oro, que recibió el nombre de Raleigh, en una hermosa bahía llamada Tottness, y al mismo tiempo dio a los dos cabos de esta tierra de Cumberland, los nombre de Dyer y de Walsingham.

Durante once días Davis dirigió el rumbo hacia el Norte por una mar libre de hielos, muy franca y cuyas aguas tenían el color del

Océano, y ya se creía a la entrada del mar que comunica con el Pacífico, cuando el tiempo cambió de repente y se puso tan brumoso que le obligó a volver a Yarmouth, donde desembarcó el 30 de septiembre.

Davis tuvo la habilidad de comunicar a sus armadores la esperanza que había concebido, y el 7 de mayo siguiente (1586) volvió a partir con los dos buques que habían hecho la campaña precedente, añadiéndoles la *Mermaid*, de ciento veinte toneladas, y la pinaza *North-Star*. Al llegar a la punta meridional de Groenlandia, el 25 de junio, Davis envió el *Sunshine* y la *North-Star* a buscar hacia el Norte un paso en la costa oriental, mientras él, siguiendo el mismo rumbo que el año anterior, se adelantaba por el estrecho que lleva su nombre, hasta los 69º. Pero los hielos eran en aquel año en mucho mayor número, y el 17 de julio la expedición encontró un campo de hielo (*icefield*) de tales dimensiones, que tardó trece días en costearlo. El viento, al pasar por aquella planicie de hielo, se enfriaba de tal modo, que las jarcias y las velas se helaron, y los marineros se negaron a seguir adelante; por lo que fue preciso bajar de nuevo hasta el Este-Sudeste. Allí Davis exploró la tierra de Cumberland sin encontrar el estrecho que buscaba, y después de haber tenido una escaramuza con los esquimales, en la cual le hicieron tres muertos y dos heridos, el 19 de septiembre volvió a tomar el rumbo ds Inglaterra.

Aunque tampoco esta vez tuvieron buen éxito sus investigaciones, no perdió las esperanzas, como lo prueba la carta que escribió a la Compañía en la cual decía que había reducido el problema del paso a una especie de certidumbre.

Previendo, sin embargo, que le había de costar más trabajo que antes el decidir a la Compañía a enviar una nueva expedición, añadía que los gastos de la empresa serían cubiertos ampliamente con el producto de la pesca de las focas y de las ballenas, tan abundantes en aquellos parajes que parecía que habían establecido en ellos su cuartel general. El 15 de mayo de 1587 se dio a le vela con el *Sunshine*, la *Elisabeth*, de Darmouth, y la *Helene*, de Londres. Esta vez subió mucho más al Norte que las anteriores, pues llegó a los 72º 12', es decir, sobre poco más o menos a la latitud de Upenavik, y señaló el cabo Handerson's Hope. Detenido por los hielos y obligado a volver atrás navegó por el estrecho de Frobisher,

y después de haber atravesado un ancho golfo, llegó, hacia el 61º 10' latitud, a la vista de un cabo, al cual dio el nombre de Chudleig. Este cabo forma parte de la costa del Labrador y la entrada meridional del estrecho de Hudson. Después de haber costeado las playas de América, hasta el 52º, tomó de nuevo el camino de Inglaterra, a donda llegó el 15 de septiembre.

Aunque no se había encontrado la solución del problema, habíanse obtenido resultados preciosos; pero a estos resultados no se les daba entonces grande importancia. Estaba ya reconocida la mitad de la bahía de Baffin y se tenían nociones exactas sobre aquellas costas y los pueblos que las habitaban. Desde el punta de vista geográfico, éstas eran grandes conquistas, pero muy poco a propósito para conmover y entusiasmar a los mercaderes de la City; por tanto, los ingleses abandonaron durante un larguísimo período toda tentativa hacia el Noroeste.

Por entonces acababa de nacer un pueblo nuevo: los holandeses, apenas libres del yugo español, inauguraron la política comercial que debía formar la grandeza y prosperidad de su patria, con varias expediciones sucesivas cuyo objeto era buscar por el Nordeste un camino para la China, proyecto ideado en otro tiempo por Sebastián Cabot y que había dado a Inglaterra el comercio de Rusia. Los holandeses, con su instinto práctico, se habían puesto al corirente de los adelantos de la navegación inglesa, y aun habían establecido factorías en Kola y en Arkángel; pero querían pasar más allá en busca de nuevos mercados. Pareciéndoles muy difícil atravesar el mar de Kara, y siguiendo los consejos del cosmógrafo Plancius, resolvieron buscar un camino nuevo por el norte de la Nueva Zembla. Los mercaderes de Ámsterdam se dirigieron entonces a un experto marino llamado Guillermo Barentz, natural de la isla de Terschelling, cerca de Texel.

Esta expedición salió de Texel en 1594 en el *Mercurio*, dobló el cabo Norte, vio la isla de Waigatz y se encontró en el 4 de julio enfrente de la costa de la Nueva Zembla, hacia los 73º 25'. Navegó a lo largo del litoral, dobló el cabo Nassau el 10 de julio, y tres días después se halló en contacto con los hielos. Desde aquella fecha hasta el 3 de agosto intentó abrirse paso por los bancos de hielo y haciendo ensayos en diferentes partes, subieron hasta las islas de Orange el extremo de la Nueva Zembla, recorriendo mil setecientas

millas y virando de bordo hasta ochenta y una veces.

No creemos que hasta entonces ningún navegante mostrara tanta perseverancia. Añadiremos que aprovechó aquel largo crucero para fijar astronómicamente y con rara precisión la latitud de una serie de posiciones. En fin, la tripulación, cansada de aquella lucha infructuosa, pidió misericordia y fue preciso volver a entrar en Texel.

Los resultados obtenidos fueron juzgados tan importantes que el año siguiente los Estados de Holanda confiaron a Jacobo Van Heemskerke el mando de una escuadra de siete buques, de la cual Barentz fue nombrado primer piloto. Esta escuadra, después de haber tocado en diferentes puntos de la Nueva Zembla y del Asia, se vio obligada por los hielos a retrocer sin haber hecho ningún descubrimiento importante, y entró en Holanda el 18 de septiembre.

En general, los gobiernos no tienen la perseverancia de los simples particulares. La considerable armada del año 1595 no había producido nada y en cambio había costado una gran suma, lo cual desanimó sobremanera a los Estados de Holanda. Substituyendo entonces su acción los comerciantes de Amsterdam a la del gobierno, que se contentaba con prometer una prima al que descubriese el paso del Nordeste, armaron dos buques, cuyo mando confiaron a Heemskerke y a Juan Corneliszoon-Rijp. En realidad, Barentz, aunque sólo tenía el título de piloto, era el verdadero comandante. Gerrit de Veer, cronista del viaje, embarcó como contramaestre.

Los holandeses salieron el 10 de mayo de 1596 de Amsterdam, pasaron por Shetland y las Feroe, y el 15 de junio divisaron los primeros hielos, «de lo que nos sorprendimos mucho porque creíamos que eran cisnes blancos». Hallábanse al sur del Spitzberg en las inmediaciones de la isla de los Osos, a la que no tardaron en llegar y en la que desembarcaron el 11 de junio. Allí recogieron una gran cantidad de huevos de gaviotas y con mucho trabajo mataron a alguna distancia del mar un oso blanco que debía dar su nombre a la tierra que Barentz acababa de descubrir. El 19 de junio desembarcaron en una gran tierra que creyeron formaba parte de la Groenlandia y a la cual dieron el nombre de Spitzberg, a causa de sus montañas agudas, y exploraron una gran parte de la costa

occidental. Obligados por los hielos a volver a la isla de los Osos, se separaron en aquella altura de Juan Rijp, que debía tratar de hacer otra vez rumbo al Norte. El 11 de julio habían llegado al cabo Kanin, y cinco días después ganaban la costa occidental de Nueva Zembla, que lleva el nombre de Tierra de Willughby. En aquel sitio cambiaron de dirección, y subiendo al Norte llegaron el 19 a la isla de la Cruz, en la que el hielo adherido a las orillas les impidió el paso. Detuviéronse en aquel sitio hasta el 4 de agosto, y dos días después doblaron el cabo Nassau. Tras de muchas peripecias, que serían demasiado largas de contar, llegaron a las islas de Orange en el extremo septentrional de Nueva Zembla. Comenzaron a bajar a lo largo de la costa oriental; pero se vieron en breve obligados a entrar en una ensenada, en la que se encontraron completamente bloqueados por los hielos y en la que «tuvieron que pasar todo el invierno sufriendo mucho por el frío, la miseria y la tristeza». Esto era el 26 de agosto. «El 30, los témpanos empezaron a amontonarse uno sobre otro contra el buque en medio de una ventisca. El buque fue levantado y rodeado de manera que todo lo que había en él y a su alrededor comenzó a estallar y a romperse. Parecía que la nave iba a quebrarse en mil pedazos, lo cual era una cosa horrible de ver y oír y que hacía erizar los cabellos. Después de este gran peligro fue el buque enderezándose y levantándose como si hubiera sido impulsado por alguna máquina». En breve el buque se rompió de tal modo que la prudencia obligó a desembarcar algunas provisiones, las velas, la pólvora, las balas, los arcabuces y demás armas y a levantar una tienda o cabaña para ponerse al abrigo de la nieve y de los ataques de los osos. Algunos días después los marineros que se habían adelantado dos o tres leguas por el interior del país, encontraron cerca de un río de agua dulce gran cantidad de maderas flotando, y descubrieron rastros de cabras silvestres y de renos. El 11 de septiembre, viendo que la bahía se había llenado de bloques enormes amontonados unos sobre otros y pegados entre sí, comprendieron los holandeses que se verían obligados a invernar en aquel sitio y resolvieron, «a fin de estar mejor resguardados contra el frío y mejor armados contra las fieras», levantar una casa que fuese capaz de contenerles a todos, abandonando entretanto el buque a sí mismo, ya que cada día se hacía menos seguro y cómodo. Afortunadamente encontraron en la orilla árboles enteros,

sin duda procedentes de Siberia y que habrían sido lanzados allí por la corriente, en tal número, que bastaron no sólo para la construcción de su vivienda, sino hasta para calentarse durante el invierno.

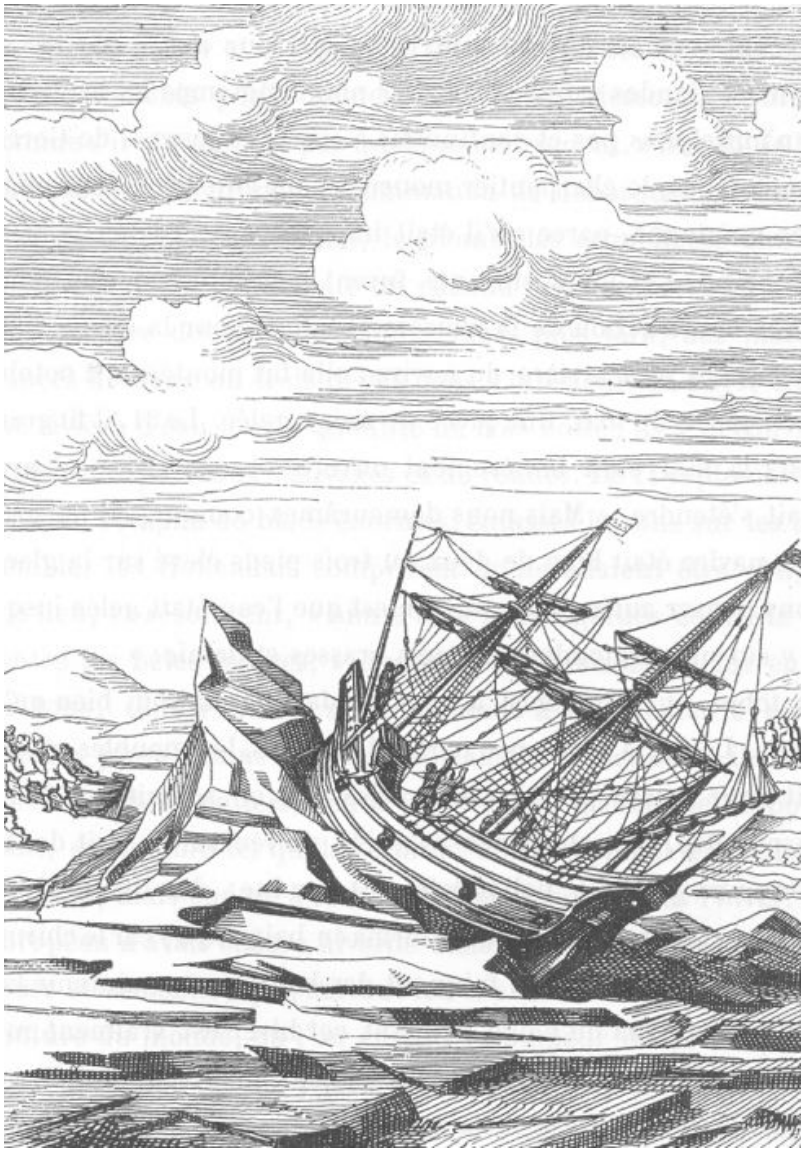
Jamás ningún europeo había invernado en aquellas regiones, en medio de aquella mar perezosa e inmóvil, que, según las equivocadas frases de Tácito, forman el cinturón del mundo, donde se oye el rumor del sol que se levanta. Así es que aquellos diecisiete holandeses no podían imaginarse los padecimientos de que estaban amenazados, y por lo demás lo soportaron con una paciencia admirable, sin murmurar una palabra, y sin hacer la menor tentativa de indisciplina o de insubordinación. La conducta de aquellos bravos marineros, ignorantes de lo que les reservaba un porvenir tan obscuro y que habían puesto con una admirable confianza «sus asuntos en manos de Dios», podrá ser siempre mostrada como ejemplo aun a los marineros de hoy día. Puede decirse de ellos que en realidad tenían en el corazón el *aes triplex* de que habla Horacio. A la habilidad, a la ciencia y a la previsión de su jefe Barentz, así como a su espíritu de disciplina, debieron el salir de la Nueva Zembla, que pudo ser su tumba, y volver a ver las playas de su patria.

Los osos, muy numerosos en aquella época del año, hicieron frecuentes visitas a la tripulación. Los marineros mataron más de uno, pero se contentaron con desollarles para aprovechar las pieles, y no se los comieron quizá porque creían que su carne era malsana. Sin embargo, hubiese sido un considerable suplemento de provisiones que les habría permitido no tocar las carnes saladas y evitar mucho más tiempo los ataques del escorbuto. Pero no anticipemos los sucesos y continuemos siguiendo el diario de Gerrit de Veer.

El 23 de septiembre murió el carpintero y al día siguiente fue enterrado en la hendidura de una montaña porque el frío les impidió cavar la tierra. Los siguientes días los dedicaron al transporte de las maderas flotantes y a la construcción de la casa. Para cubrirla, fue preciso demoler las cámaras de proa y popa del buque; se la techó el 2 de octubre, y se colocó encima, a guisa de mayo, un pedazo de nieve helada. El 31 hizo viento muy fuerte del Noroeste; la mar estaba completamente abierta y sin hielos en todo

el espacio que la vista podía alcanzar. «Pero nosotros continuamos como sujetos y detenidos por el hielo y no podíamos pensar en otra cosa a no ser en que el agua estaba helada hasta en el fondo, aun cuando tuviera una profundidad de tres brazas y media».

El 12 de octubre empezaron a dormir en la casa, aun cuando no estaba terminada. El 21 se sacaron del buque la mayor parte de los víveres, de los muebles y todo lo que podía necesitarse, porque conocieron que el sol no tardaría en desaparecer. Púsose en el techo de la casa una chimenea y en el interior se colgó un reloj holandés; levantáronse camas a lo largo de las paredes y se transformó un tonel en bañera, porque el cirujano había oportunamente recomendado el uso frecuente de los baños para sostener la buena salud de la gente. Es verdaderamente asombrosa la nevada de aquel invierno; desapareció completamente la casa bajo aquella espesa capa que, por lo demás, elevó sensiblemente la temperatura interior. Cada vez que necesitaban salir tenían que horadar un largo corredor bajo la nieve. Todas las noches oían primero a los osos y luego a las zorras pasearse por encima de la cubierta de la vivienda y les sentían tratar de levantar algunas tablas del techo para penetrar en el interior; así es que adquirieron la costumbre de trepar a la chimenea desde donde podían, como desde una garita, tirar y cazarlos.



Habían colocado además un gran número de trampas en las cuales cayeron muchas zorras azules, cuya preciosa piel les servía para resguardarse del frío y cuya carne les permitía economizar sus provisiones. Siempre alegres y de buen humor, soportaban bastante bien el fastidio de aquella larga noche polar y el rigor del frío. Éste fue tal, que durante dos o tres días en que no habían podido hacer

tanto fuego como al principio, a causa del humo que era devuelto por el viento, las paredes y el suelo de la casa se helaron hasta la profundidad de dos dedos y aun las mismas literas donde aquellos pobres se acostaban. Fue preciso deshelar el vino de Jerez para distribuir la ración que se hacía cada dos días en la medida de una media pinta.

«El 7 de diciembre continuó el mal tiempo con una tempestad violenta del Nordeste que produjo un frío horrible. Como no sabíamos ningún medio para librarnos de él nos pusimos a deliberar juntos sobre lo que mejor se podía hacer en aquella extrema necesidad, y uno de nosotros propuso que se usara la hulla que del buque habíamos traído a la casa, y que hiciéramos fuego con ella porque da más calor y dura más. Al atardecer hicimos un gran fuego con la hulla, que nos proporcionó un gran calor; pero no tomamos precauciones contra lo que podía sucedemos, porque como el calor nos reanimó completamente no tratamos sino de retenerle mucho tiempo. A este fin nos pareció que lo mejor era tapar bien todas las redijas y la chimenea para que aquel dulce calor se mantuviese encerrado, y después cada cual se fue a dormir a su litera, reanimados por aquel calor que habíamos conseguido y continuamos hablando un buen rato. Pero al fin se apoderó de nosotros un desvanecimiento, tan pronto de uno como de otro, y lo observamos primero en uno de los nuestros que estaba enfermo, y que por esta razón podía sufrirlo menos. Y también lo conocimos en nosotros mismos que sentíamos una angustia muy grande que nos sorprendió de manera que algunos que fueron los más valientes, salieron de sus literas y principiaron por destapar la chimenea y luego abrieron las puertas. Pero el que abrió éstas se desvaneció y cayó sin conocimiento en la nieve, lo cual, habiéndolo visto yo, corrí a él y le encontré tendido y privado de los sentidos. Fui corriendo a buscar vinagre y le froté la cara hasta que volvió de su desmayo. Después, cuando todos volvimos de nuestro desvanecimiento, el capitán dio a cada uno un poco de vino para que se nos confortara el corazón.

»El 11 continuó el tiempo claro pero con un frío extremado, tal como no lo he experimentado nunca, ni lo hubiera creído; hasta los zapatos, helados en nuestros pies, estaban tan duros como el cuerno, e interiormente estaban cubiertos de hielo manera que no podíamos servirnos de ellos. Los vestidos que llevábamos sobre el cuerpo estaban blancos del granizo y del hielo».

El 25 de diciembre, día de Navidad, el tiempo fue tan rudo como los días precedentes. Las zorras aullaban sobre la casa, lo cual dijo un marinero que era de mal augurio, y habiéndole preguntado por qué, respondió: «Porque no podemos echarlas al puchero, o ponerlas en el asador, lo cual sería un buen presagio».

Si el año 1596 había, concluido extremadamente mal, el principio del 1597 no era más agradable. Violentas tempestades de nieve y granizo no permitieron a los holandeses salir de la casa, y en ella celebraron alegremente la fiesta de Reyes, como refiere el ingenuo e interesante relato de Gerrit de Veer.

«Por esto hemos pedido al capitán que en medio de nuestra miseria, nos permita divertirnos un poco, gastando una parte del vino que se nos debe distribuir cada dos días. Con dos libras de harina hicimos tortas de aceite y cada cual tomó una galleta de pan blanco que mojamos en vino y hemos comido. Nos parecía que estábamos en nuestra patria y entre nuestros parientes y amigos, y nos divertimos tanto como si hubiéramos celebrado un banquete, tan buen sabor encontramos a los manjares. Hicimos también una pantomima, y nuestro condestable hizo de rey de Nueva Zembla, país encerrado entre dos mares y lejos lo menos doscientas leguas».

A partir del 21 de enero, comenzaron a ser las zorras menos numerosas, reaparecieron los osos y los días principiaron a ser más largos, lo cual permitió a los holandeses salir un poco, después de tan largo encierro. El 24, uno de los marineros que hacía mucho tiempo estaba enfermo murió y fue enterrado en la nieve a alguna distancia de la casa. El 28, que hizo muy buen tiempo, todos salieron, se pasearon y ejercitáronse en correr y en jugar a los bolos para desentumecer los miembros, pues estaban muy débiles y casi todos enfermos de escorbuto. Estaban tan debilitados que tuvieron que descansar muchas veces para poder llevar a su casa las maderas que necesitaban. Por fin, en los primeros días de marzo, después de muchas tempestades y deshielos pudieron asegurarse de que el mar estaba franco. A pesar de esto, el tiempo estaba aún muy duro y el frío era glacial. No se podía pensar en hacerse a la vela tanto más cuanto que el buque continuaba sujeto al hielo. El 15 de abril hicieron una visita al barco y lo encontraron en bastante buen estado.

A principios de mayo comenzaron a impacientarse los marineros

y preguntaron a Barentz si no pensaba tomar pronto las disposiciones necesarias para la partida; pero éste les respondió que era preciso esperar hasta fines del mes, y que entonces, si no había medio de servirse del buque, se arreglaría para disponer la chalupa y la canoa mayor y ponerlos en estado de salir a la mar. El día 20 empezaron los preparativos, y es fácil imaginarse con qué alegría y qué ardor los llevarían a cabo. Se carenó la chalupa, se arreglaron las velas, y cuando las dos embarcaciones fueron arrastradas hasta el mar, se embarcaron las provisiones. Viendo luego que el agua estaba abierta y que el viento era fuerte, Heemskerke fue a buscar a Barentz que hacía mucho tiempo que estaba enfermo y le declaró: «que le parecía conveniente salir de allí y empezar en nombre de Dios el viaje para abandonar la Nueva Zembla».

«Guillermo Barentz tenía de antemano escrita una carta explicando cómo habíamos salido de Holanda para ir a buscar el reino de China y lo que nos había sucedido, a fin de que si por casualidad llegaba allí alguien después de nosotros, pudiese saber lo ocurrido. Puso aquella carta en la funda de un mosquete y le colgó de la chimenea».

El 13 de junio de 1597 abandonaron por fin los holandeses su buque, que aún no había salido de su prisión de hielo, y encomendándose a Dios, se hicieron a la mar las dos chalupas; llegaron a las islas Orange y bajaron la Costa occidental de la Nueva Zembla, en medio de peligros que se renovaban incesantemente.

«El 20 de junio, Nicolás Andrieu se puso muy débil y todos comprendimos que moriría muy pronto. El teniente gobernador vino a nuestra chalupa y nos dijo que Nicolás Andrieu se hallaba muy malo y que era evidente que acabarían pronto sus días; a lo mal dijo Guillermo Barentz: “Me parece también que mi vida no durará mucho”. No pensamos que Barentz estuviese tan malo porque hablábamos con él y Guillermo Barentz miró la pequeña carta que ya había hecho en nuestro viaje. Hablamos un poco a este propósito; al fin dejó la carta y me dijo: “Gerardo, dame de beber”. Cuando hubo bebido le sobrevino tal debilidad, que poniendo los ojos en blanco, murió tan súbitamente que ni aun tiempo tuvimos de llamar al capitán que estaba en la otra barca. La muerte de Guillermo Barentz nos llenó de consternación, pues era nuestro principal conductor y nuestro único piloto, en el que habíamos

puesto toda nuestra confianza. Pero nosotros no podíamos oponernos a la voluntad de Dios, y este pensamiento nos tranquilizó un poco».

Así murió el ilustre Barentz, en medio de sus descubrimientos como sus sucesores Franklin y Hall. En los términos tan comedidos y tan sobrios con que está redactada la corta oración fúnebre de Gerrit Veer, se conoce el afecto, la simpatía y la confianza que aquel atrevido marino había sabido inspirar a sus desgraciados compañeros. Barentz es una de las glorias de la Holanda, tan fecunda en valientes y hábiles navegantes. Más adelante diremos lo que se ha hecho para honrar su memoria.

Después de haberse visto muchas veces obligado a sacar las embarcaciones del agua, para no ser aplastados entre los hielos; después de haber sufrido sed y hambre, llegaron los holandeses al cabo Nassau. En una ocasión, forzados a sacar la canoa sobre un banco de hielo que amenazaba desfondarla, perdieron una parte de las provisiones y estuvieron a punto de ahogarse, porque el hielo se rompía bajo sus pies.

Pero, en medio de tantas miserias, algunas veces tuvieron buenos hallazgos: en la isla de las Cruces, adonde llegaron tres marineros a través del hielo, encontraron sesenta huevos de pato silvestre. «Pero no sabían donde ponerlos para transportarlos, hasta que uno de ellos se quitó los calzones y, atándolos por debajo, pusieron en ellos los huevos y entre dos los llevaron en una pica, llevando el tercero el mosquete. Así volvieron después de doce horas, tardanza que nos hizo temer que les hubiera sucedido alguna desgracia. Los huevos fueron muy bien venidos, y nos regalamos con ellos como señores».

Desde el 19 de julio los holandeses navegaron por un mar, si no enteramente libre de hielos, a lo menos libre de los grandes bancos que tanto trabajo les había costado franquear. El 28 de julio, entrando en el golfo de San Lorenzo, encontraron dos barcas rusas a las cuales al principio no se atrevieron a acercarse; pero cuando vieron a los marineros dirigirse hacia ellos sin armas y haciendo demostraciones de amistad, desecharon todo temor, especialmente cuando les conocieron por haberles encontrado el año anterior en las inmediaciones de Waigatz. De aquellos marineros recibieron algunos auxilios, y en seguida continuaron su viaje a lo largo de la

costa de Nueva Zembla, acercándose a ella todo cuanto el hielo les permitía.

Una vez que saltaron en tierra descubrieron la coclearia, planta cuyas hojas y semillas son uno de los antiescorbúticos más poderosos que se conocen. Consumieron de ella en abundancia y experimentaron un grande alivio.

Entretanto íbanse agotando sus provisiones; no les quedaba va más que un poco de pan y una mínima cantidad de carne y se decidiéronla salir a alta mar a fin de acortar la distancia que les separaba de las costas de Rusia, donde esperaban hallar algunos barcos pescadores que pudieran socorrerlos. No se engañaron en esta esperanza, aunque todavía tuvieron muchos trabajos que sufrir. Los rusos se mostraron apiadados de su infortunio y consintieron en cederles en varias ocasiones víveres que les salvaron de morir de hambre.

Una espesa niebla había separado las dos embarcaciones y no volvieron a encontrarse hasta mucho más allá del cabo Kanine, al otro lado del mar Blanco en la isla Kildyn, donde los pescadores informaron a los holandeses de que en Kola había tres buques de su nación dispuestos a darse a la vela para volver a su patria. Al saber esto, despacharon a uno de ellos acompañado de un lapón y volvieron tres días después con una carta firmada por Juan Rijp.

Los holandeses se quedaron estupefactos a la vista de aquella firma; solamente comparando aquella carta que acababan de recibir con otras que Heemskerke tenía en su poder, se persuadieron de que procedía en efecto del capitán que les había acompañado el año anterior. Pocos días después, el 30 de septiembre, Rijp en persona se presentó con una barca cargada de provisiones para buscarlos y llevarles a la ría de Kola, donde estaba anclado su buque.

Rijp se maravilló mucho de todo lo que le contaron y del terrible viaje de cuatrocientas leguas que habían hecho y que no había durado menos de ciento cuatro días, desde el 13 de junio al 25 de septiembre. Algunos días de reposo y un alimento sano y abundante bastaron para hacer desaparecer los últimos vestigios del escorbuto, y repusieron a los marinos de sus fatigas. El 17 de octubre, Juan Rijp salió de la ría de Kola, y el 1.º de noviembre la tripulación holandesa llegó a Amsterdam.

«Teníamos, dice Gerrit Veer, los mismos vestidos que llevábamos

en la Nueva Zembla y en la cabeza gorros de piel de zorra blanca, y nos dirigimos a la casa de Pedro Hasselaer, que había sido uno de los procuradores de la ciudad de Amsterdam, y había estado encargado de dirigir el armamento de los buques de Juan Rijp y de nuestro capitán. Llegamos a su casa en medio de la admiración general, porque desde largo tiempo pasábamos por muertos; la noticia de nuestra llegada corría hasta el palacio del príncipe, donde estaban a la mesa a la sazón el señor canciller y el embajador del muy ilustre rey de Dinamarca, de Noruega, de los godos y de los vándalos. Inmediatamente nos llevaron a su presencia el señor
L'Ecoutets
y otros dos señores de la ciudad, e hicimos ante el dicho señor embajador y ante los señores burgomaestres, el relato de nuestro viaje; después de lo cual cada uno de nosotros se retiró a su casa. Los que no eran de la ciudad se alojaron en una posada hasta que recibimos nuestras pagas, y después cada cual se fue a donde quiso.

»He aquí los nombres de los que volvieron de este viaje: Jacobo Heemskerke, comisionado y capitán; Pedro Peterson Vosf Gerardo de Veer, contramaestre; Juan Vos, cirujano; Jacobo Jansen Sterrenburg, Leonardo Henri, Lorenzo Guillaume, Juan Hillebrants, Jacobo Jansen Hoochwouth, Pedro Corneille, Jacobo de Buisen y Jacobo Everts».

De todos estos valientes marinos, no tenemos más que decir sino que de Veer publicó al año siguiente la relación de su viaje, y que Heemskerke, después de haber hecho varias campañas en la India, recibió en 1607 el mando de una escuadra de veintiséis buques, con la cual el 25 de abril, bajo el peñón de Gibraltar entró en una reñida batalla con los españoles, en la que vencieron los holandeses, pero perdió la vida su almirante.

Hasta cerca de trescientos años después, en 1871, nadie volvió a ver el sitio donde el desgraciado Barentz y sus compañeros habían invernado. Hasta entonces Barentz era el único que había doblado la punta septentrional de la Nueva Zembla. El 7 de septiembre de 1871, el capitán noruego Ellin Carlsen, conocido por sus muchas correrías por el mar del Norte y el Océano glacial, llegó a la rada de Gracia de Barentz, y el 9 descubrió la casa que había servido de refugio a los holandeses. Parecía haber sido construida el día antes; tal era el admirable estado de conservación en que se encontraba.

Todo se hallaba en la misma posición que cuando los náufragos la abandonaron y únicamente los osos, las zorras y los demás animales que habitan esas regiones inhospitalarias, habían visitado aquellos parajes. Alrededor de la casa yacían esparcidos grandes toneles y montones de huesos de foca y de oso. En el interior todo se hallaba en su sitio, era la reproducción fiel del curioso grabado de Gerrit de Veer. Las literas estaban ordenadas a lo largo de la pared, como se ven figuradas en el dibujo, lo mismo que el reloj, los mosquetes y las alabardas. Entre los utensilios de cocina, las armas y los diferentes objetos recogidos por el capitán Carlsen, citaremos dos cacerolas marinas de cobre, copas, cañones de fusil, tijeras, limas, un par de botas, diecinueve cartucheras, algunas de las cuales estaban llenas de pólvora; el reloj de pared, una flauta, cerradura y candados, veintiséis candeleros de estaño, fragmentos de grabados y tres libros holandeses, uno de ellos la *Historia de China*, última edición de Mendoza, que indica el objeto que llevaba Barentz en esta expedición, y un *Manual de Navegación*, que prueba todo el cuidado que el piloto tenía de ponerse al corriente de las cosas de su profesión.

A su vuelta al puerto de Hammerfest, el capitán Carlsen encontró a un holandés llamado Lister Kay, el cual compró las reliquias de Barentz y las envió al gobierno neerlandés. Estos objetos fueron depositados en el museo de marina de la Haya, y se ha construido una casa abierta por delante, enteramente igual a la que reproduce el dibujo de Gerrit de Veer, en la cual cada uno de los objetos e instrumentos recogidos ocupa el lugar, que ocupaba en la casa de Nueva Zembla. Estos preciosos testimonios de un importante acontecimiento marítimo del primer invierno pasado en los mares árticos, estos recuerdos conmovedores de Barentz, de Heemskerke y de sus valientes compañeros, rodeados de todo el respeto y todo el afecto que merecen, constituyen uno de los monumentos más interesantes del museo. Al lado del reloj, figura un cuadrante de cobre, en medio del cual se ha trazado un meridiano. Este curioso cuadrante, inventado por Plancius, y que servía sin duda para determinar las desviaciones de la brújula, es hoy el único modelo existente de un instrumento náutico que no había de ser muy común. Desde este punto de vista, es también precioso como lo son en otro concepto la flauta que usaba Barentz,

y los zapatos del pobre marinero que murió durante el invierno. No puede verse sin un doloroso sentimiento esta curiosa colección.

IV

LOS VIAJES DE AVENTURAS Y LA GUERRA DE CORSO

Drake. —Cavendish. —De Noort. —Walter Raleigh.

Una choza bien miserable de Tavistock, en el Devonshire, fue, en 1540, el lugar del nacimiento de Francisco Drake, que por su valor indomable debía ganar tantos millones como luego perdió con la misma facilidad con que los había ganado. Su padre, Edmundo Drake, era uno de esos clérigos que se dedican a la educación del pueblo. Su pobreza sólo se igualaba con la estimación que se le profesaba por su carácter. Cargado de familia, se vio en la precisión de dejar a su hijo abrazar la profesión marítima, hacia la cual sentía éste una viva pasión, permitiéndole entrar de grumete a bordo de un buque de cabotaje que hacía la travesía a Holanda.

Laborioso, activo, terco y económico, pronto el joven Francisco Drake adquirió los conocimientos teóricos necesarios para poder dirigir un barco. En cuanto realizó algunas economías, aumentadas por la venta de una embarcación que su primer patrón le había legado, hizo algunos viajes más largos, visitó la bahía de Vizcaya, el golfo de Guinea y consumió todo su dinero en proporcionarse un cargamento que quería vender en las Indias occidentales. Pero tan pronto como llegó al río de la Hacha, fueron confiscados el buque y el cargamento no se sabe con qué fútil pretexto. Todas sus reclamaciones fueron inútiles, y Drake, que se veía arruinado, juró vengarse de tamaña injusticia, y cumplió su palabra.

En 1567, es decir, dos años después de esta aventura, una escuadrilla, compuesta de seis buques, de los cuales el más fuerte

desplazaba setecientas toneladas, salía del puerto de Plymouth, con aprobación de la reina, con objeto de hacer una expedición por las costas de Méjico. Drake mandaba un buque de cincuenta toneladas. Al principio capturó la escuadrilla a algunos negros en Cabo Verde, especie de ensayo general de lo que había de pasar en Méjico.

Luego asedió la Mina y allí se apoderaron también de algunos negros que fueron a vender a las Antillas. Tal vez por los consejos de Drake se apoderó Haxkins de la ciudad de Río de la Hacha; luego llegó a San Juan de Ulloa, después de una terrible tempestad; pero el puerto estaba defendido por una escuadra numerosa y armado con una potente artillería; la escuadra inglesa fue derrotada y Drake tuvo que volver a Inglaterra en enero de 1568, a costa de grandes trabajos.

Después hizo Drake dos expediciones a las Indias occidentales para estudiar el país. Cuando creyó haber reunido los conocimientos necesarios, armó a su costa dos buques, el Swan, de 25 toneladas, mandado por su hermano Juan, y el Pacha of Plymouth, de 70 toneladas. Entre los dos buques llevaban por tripulación setenta veteranos de mar, con quienes podía contar. Desde julio de 1572 a agosto de 1573, unas veces solo y otras en compañía de un tal capitán Rawse, realizó Drake un crucero fructuoso en las costas de Darién; atacó las ciudades de Veracruz y de Nombre de Dios, e hizo un botín considerable. Desgraciadamente aquellas excursiones fueron acompañadas de muchas crueldades y actos de violencia que hoy avergonzarían; pero no insistiremos sobre los actos de piratería y de barbarie que tan frecuentes eran en el siglo XVI.

Después de haber cooperado a reprimir la sublevación de Irlanda, Drake, cuyo nombre comenzaba a ser conocido, se hizo presentar a la reina Isabel, a la cual expuso el proyecto de ir a asolar las costas occidentales de la América del Sur, pasando por el estrecho de Magallanes, y consiguió, el título de almirante, que le confiara una escuadra de cinco buques, en la cual se embarcaron ciento setenta marineros escogidos.

El 15 de noviembre de 1577, Francisco Drake salió de Plymouth, trabó relaciones con los moros de Mogador, de las que no pudo lisonjearse, hizo algunas capturas de poca importancia antes de llegar a las islas de Cabo Verde, donde tomó provisiones, y tardó

cincuenta y seis días en atravesar el Atlántico y ganar la costa del Brasil. Siguióla hasta el estero de la Plata, donde hizo provisiones de agua, llegó a la bahía de las Focas, en Patagonia, traficó con los salvajes y mató un gran número de pájaros bobos y lobos marinos, para el abastecimiento de los buques.

«Algunos patagones que se vieron el 13 de mayo un poco más abajo de la bahía de las Focas, dice la relación original, llevaban en la cabeza una especie de cuerno, y casi todos usaban, en vez de sombreros, hermosas plumas de aves. Tenían también el rostro pintado de muchos y diversos colores, y cada uno llevaba un arco en la mano, con el cual cada vez que tiraban lanzaban dos flechas. Son hombres muy ágiles, los que nosotros hemos podido ver, bastante entendidos en el arte de la guerra, porque se mantenían en buen orden marchando y avanzando, y aunque eran muy pocos hombres aparentaban estar en gran número».

Charton, en sus *Viajeros antiguos y modernos*, hace notar que Drake no insiste en lo de la estatura extraordinaria que Magallanes había atribuido a los patagones. Hay, sin embargo, para esto algunas razones. En Patagonia existe más de una tribu, y la descripción que Drake hace aquí de los salvajes que encontró, no se parece en nada a la que hace Pigafetta de los patagones del puerto de San Julián. Si, como hoy parece probado, existe una raza de hombres de elevada estatura, su residencia está en la orilla del estrecho, en el extremo meridional de la Patagonia, y no a quince días de navegación del puerto Deseado, a donde Drake llegó el 2 de junio. Al día siguiente fondeó en la ensenada de San Julián, donde encontró una horca levantada en otro tiempo por Magallanes para castigar a algunos rebeldes de su tripulación. A su vez Drake escogió este sitio para desembarazarse de uno de sus capitanes, llamado Doughty, acusado desde hacía mucho tiempo de traición y conjura, y que en varias empresas se había separado de la escuadra. Algunos marineros confesaron que habían sido solicitados por él para unírsele y deshacer el viaje, y fue convicta del crimen de rebelión y sedición, y, según las leyes de Inglaterra, condenado por un Consejo de guerra a ser decapitado. Esta sentencia fue inmediatamente ejecutada, aun cuando Doughty protestó enérgicamente de su inocencia hasta el último momento. La culpabilidad de Dougthy, ¿estaba bien probada? Si Drake fue

acusado al volver a Inglaterra, a pesar de la moderación de que siempre dio pruebas con los suyos, de haberse aprovechado de la ocasión para deshacerse de un rival que temía, es difícil admitir que los cuarenta jueces que pronunciaron la sentencia se concertasen para obedecer los secretos designios de su almirante y condenar a un inocente.

El 20 de agosto, la escuadra, reducida a tres buques, por consecuencia de averías ocurridas en los otros dos, que el almirante mandó destruir inmediatamente después, entró en el estrecho, que desde Magallanes no había sido franqueado. Allí encontró Drake serenos puertecillos, pero hace constar que era muy difícil fondear en ellos, a causa de la profundidad del agua en las inmediaciones de tierra, y que los vientos violentos que soplaban por ráfagas súbitas, hacían muy peligrosa la navegación. En una tormenta que le alcanzó a la salida del estrecho en el Pacífico, perdió Drake uno de sus buques, mientras que su último compañero era separado de él algunos días después, y no le volvió a ver hasta el fin de la campaña.

Arrastrado por las corrientes hacia el Sur del estrecho hasta los 55º 1/3, no tenía más que un solo barco, pero por el mal que causó a los españoles demostró las rapiñas que habría podido llevar a cabo si hubiese tenido a sus órdenes las escuadras con que había salido de Inglaterra.

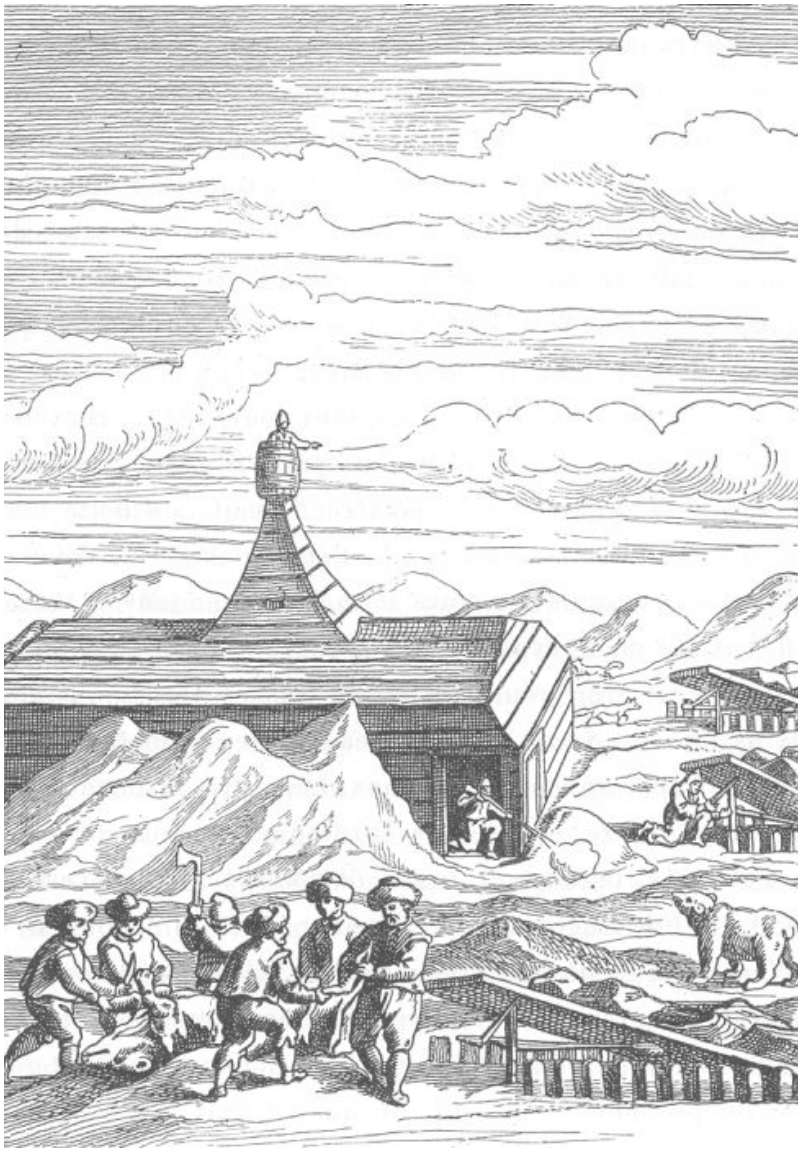
En un desembarco en la isla de la Mocha, tuvieron los ingleses dos muertos y muchos heridos, entre estos últimos el propio Drake, que fue alcanzado por dos flechas en la cabeza y se vio en absoluta imposibilidad de castigar a los indios por su perfidia. En el puerto de Valparaíso se apoderó de un buque ricamente cargado de vinos de Chile y de lingotes de oro, valuados en 37,000 ducados; después saqueó la ciudad, abandonada precipitadamente por sus habitantes. En Coquimbo, donde se tenían noticias de su próxima llegada, se encontró con fuerzas poderosas que le obligaron a reembarcarse. En Arica saqueó tres pequeños barcos, en uno de los cuales encontró cincuenta y siete barras de plata, valuadas en 50,160 libras; y en el puerto de Lima, donde estaban fondeados doce buques o barcas, el botín fue considerable. Pero lo que alegró más a Drake fue saber que un galeón llamado el *Cagafuego* navegaba hacia Paraca muy ricamente cargado; inmediatamente se lanzó en su persecución, y en el camino capturó una barca que llevaba ochenta libras de oro, o sea

11 080

escudos, y no le costó gran trabajo, a la altura del cabo de San Francisco, apoderarse del *Cagafuego*, en el cual encontró ochenta libras de oro; esto hizo decir, riéndose, al piloto español: «Capitán,

nuestro buque ya no se debe llamar *Caga-fuego*, sino *Caga-plata*; el vuestro es el que debe llamarse *Caga-fuego*». Después de haber hecho otro gran número de presas, más o menos ricas, en las costas del Perú, supo Drake que se preparaba contra él una escuadra considerable, y pensó que ya era tiempo de volver a Inglaterra.

A este fin se le ofrecían tres caminos: o repasar el estrecho de Magallanes o atravesar el mar del Sur y doblar el cabo de Buena Esperanza para volver por el Atlántico, o remontar la costa de China y entrar por el mar Glacial y el cabo Norte. Drake se decidió por este último como más seguro. Se hizo, pues, a la vela, llegó al 38º de latitud Norte, y desembarcó en la bahía de San Francisco, que tres años antes había sido visitada por Bodega. Era entonces el mes de junio; la temperatura era muy baja, y la tierra estaba cubierta de nieve. Los detalles que da Drake acerca de la acogida que le hicieron los indígenas, son muy curiosos. «Cuando llegamos, los salvajes manifestaron una gran admiración al vernos, y pensando que éramos dioses nos recibieron con grande humanidad y reverencia».



«Mientras estuvimos allí continuaron visitándonos y trayéndonos unas veces magníficos penachos hechos con plumas de diversos colores, y otras *petun* (tabaco), que es una hierba de que los indios usan ordinariamente. Pero antes de presentárnoslo se detenían un poco lejos, en un sitio en que habíamos levantado nuestras tiendas. Luego hacían largos discursos a manera de arengas, y cuando

concluían dejaban sus arcos y flechas en aquel sitio y se acercaban a nosotros para ofrecernos sus presentes.

»La primera vez que vinieron sus mujeres, se detuvieron en el mismo sitio y se arañaron y arrancaron la piel de la carne de sus mejillas, lamentándose de una manera admirable, que nos sorprendió sobremanera; pero después supimos que era una especie de sacrificio que nos hacían».

Los detalles que da Drake acerca de los indios de California, son quizá los únicos que ha facilitado sobre las costumbres y los usos de las naciones que visitó. Haremos notar con este motivo la costumbre de las largas arengas que el viajero ha advertido y que encontramos entre los indios del Canadá, como Cartier hizo constar unos cuarenta años antes.

Drake no subió más arriba por el Norte, y renunció a su proyecto de volver por el mar Glacial. Cuando se hizo a la vela fue para bajar hacia la línea, llegar a las Molucas y volver a Inglaterra por el cabo de Buena Esperanza. Como esta parte del viaje se verifica por países ya conocidos, y como las observaciones de Drake no son ni numerosas ni nuevas, las referiremos rápidamente. El 13 de octubre de 1579, el almirante inglés llegó a los 8º de latitud Norte, a un grupo de islas cuyos habitantes teñían las orejas muy prolongadas por el peso de los adornos que se colgaban a ellas; las uñas, que dejaban crecer, parecían servirles de armas defensivas, y sus dientes «negros como la pez de los barcos» adquirían este color por el uso del betel. Después pasó Drake por las Filipinas, y el 14 de noviembre llegó a Témate. El rey de esta isla vino a bordo de su buque con cuatro canoas cargadas con sus principales oficiales, revestidos de sus trajes de ceremonia. Después del cambio de cortesías y presentes de costumbre, recibieron los ingleses arroz, caña de azúcar, gallinas, higos, clavo y harina de sagú. Al día siguiente algunos marineros que bajaron a tierra asistieron al Consejo. «Cuando el rey llegó llevaban delante de él una rica sombrilla o quitasol todo bordado de oro. Iba vestido según la moda del país, pero con un traje extremadamente magnífico, porque estaba cubierto desde los hombros hasta el suelo con un largo manto de tela de oro. Tenía por adorno en la cabeza una especie de turbante, todo adornado de oro fino y rica pedrería con borlas de la misma tela. Del cuello le colgaba una hermosa cadena de oro, con

largos eslabones doblados y redoblados. En los dedos llevaba seis sortijas de piedras extremadamente preciosas, e iba calzado con zapatos de tafilete».

Después de haber permanecido algún tiempo en el país para refrescar su tripulación, se hizo de nuevo a la mar; pero el 9 de enero de 1580, chocó contra una roca y le fue preciso, para ponerse a flote, tirar al agua ocho cañones y una gran cantidad de provisiones. Un mes después llegó a Baratena, donde reparó su buque. Esta isla produce con profusión oro y plata, cobre y azufre, especias, limones, cohombros, cocos y otros frutos deliciosos. «Hemos cargado nuestro buque abundantemente, pudiendo decir que desde nuestra salida de Inglaterra no hemos pasado por ningún sitio donda hayamos encontrado más comodidad de hacer víveres y provisiones que en esta isla y la de Ternate».

Al salir de aquella isla tan rica, Drake tomó tierra en Java la Mayor, donde fue calurosamente acogido por los cinco reyes que se dividían la isla y por las poblaciones. «Este pueblo es de hermosa corpulencia, y es también muy curioso y está provisto de armas como espadas, dagas, rodelas; y todas estas armas están hechas de una manera ingeniosa».

Hacía poco tiempo que Drake estaba en Java, cuando supo que no lejos de allí estaba anclada una escuadra poderosa, que supuso era española. Para evitarla se hizo a la vela precipitadamente, y en los primeros días de junio dobló el cabo de Buena Esperanza; detúvose en Sierra Leona, para hacer agua, y volvió a entrar en Plymouth en 3 de noviembre de 1580, después de una ausencia de tres años menos algunos días.

Al principio la acogida que tuvo en Inglaterra fue extremadamente fría. Sus golpes de mano sobre las ciudades y buques españoles, entonces que las dos naciones se hallaban en plena paz, le hacían ser considerado con justo título por una parte de la sociedad como un pirata que pisotea el derecho de gentes.

Durante cinco meses, la misma reina, contenida por las necesidades diplomáticas, fingió ignorar su vuelta; pero al cabo de este tiempo, ya fuera porque las circunstancias hubiesen cambiado, y porque no quisiera continuar siendo rigurosa con aquel hábil marino, fue a Deptford, donde estaba anclado el buque de Drake, subió a bordo, y armó caballero al navegante.

A partir de aquel día, concluyó su papel de descubridor, y su vida de hombre de guerra y de enemigo implacable de los españoles no es el objeto de este estudio. Cargado de honores, investido de importantes mandos, murió Drake en la mar, el 28 de enero de 1596, durante una expedición contra los españoles. Pertenécele el honor de haber sido el segundo que pasó el estrecho de Magallanes

y de haber visitado la Tierra de Fuego hasta las alturas del cabo de Hornos. Igualmente subió por la costa de América del Norte más arriba de lo que lo habían hecho sus antecesores, y reconoció muchas islas y archipiélagos.

Muy hábil navegante, salió con demasiada precipitación del estrecho de Magallanes, y si se le atribuyen pocos descubrimientos es sin duda porque descuidó ponerlos en su diario o porque frecuentemente los designa de una manera tan inexacta, que cuesta gran trabajo encontrarlos. Él fue quien inauguró aquella guerra de corso, con que los ingleses primero, y después los holandeses, tanto daño habían de hacer a los españoles. Los considerables beneficios que obtuvo animaron a sus contemporáneos e hicieron nacer en ellos la afición a las largas navegaciones aventureras. De todos los que siguieron el ejemplo de Drake, el más ilustre es, sin disputa, Tomás Cavendish o Candish. Había entrado muy joven en la marina militar inglesa, y tuvo una juventud borrascosa, durante la cual disipó rápidamente su pequeña fortuna.

Lo que el juego le había llevado resolvió recuperarlo de los españoles. Habiendo obtenido en 1585 cartas patentes, hizo el corso en las Indias orientales, y volvió a Inglaterra con un botín considerable. Animado por aquel fácil éxito de salteador de las grandes vías marítimas, pensó que conquistar un poco de honor y gloria al mismo tiempo que hacía su fortuna era lo que más valía. Compró, pues, tres buques, el *Désir*, de 20 toneladas; el *Content*, de 60, y el *Hugh-Gallant*, de 40; en los cuales embarcó ciento veintitrés soldados y marineros. Habiéndose hecho a la vela el 22 de julio de 1586, pasó por las Canarias, bajó a la Sierra Leona, atacó y saqueó la ciudad, se hizo de nuevo a la mar, atravesó el Atlántico, señaló el cabo de San Sebastián en el Brasil; siguió la costa de Patagonia y llegó el 27 de noviembre al puerto deseado. Allí encontró gran cantidad de perros marinos tan grandes y tan fuertes que cuatro hombres apenas podían matarlos, y un gran número de aves a las que la falta de alas les impedía volar y que se alimentaban de pescados. Generalmente se les designa con el nombre de pingüinos o pájaros bobos. En aquel puerto muy seguro carenaron los buques. Durante su estada tuvo Cavendish algunas escaramuzas contra los patagones, «hombres de una estatura gigantesca y cuyos pies tenían 18 pulgadas de largo», los cuales le hirieron dos marineros, con sus

flechas armadas por un guijarro cortante.

El 7 de enero de 1597, Cavendish llegó al estrecho de Magallanes, y recogió, en la parte más estrecha del canal, veintiún españoles y dos mujeres, únicos sobrevivientes de la colonia fundada tres años antes con el nombre de Ciudad Felipe por el capitán Sarmiento. Construida para impedir el paso del estrecho, no tenía aquella ciudad menos de cuatro fuertes y muchas iglesias. Cavendish pudo ver la fortaleza, que en aquella fecha estaba desierta y ya medio arruinada. Sus habitantes, imposibilitados por los continuos ataques de los indios, de hacer sus recolecciones, habían muerto de hambre o habían perecido al tratar de llegar a los establecimientos españoles de Chile. A consecuencia de este lamentable relato, Cavendish cambió el nombre de Ciudad Felipe en el de *Puerto del Hambre*, con el cual se conoce hoy este sitio. El 21 entró en una hermosa bahía que recibió el nombre de Isabel, y en la cual fue enterrado el carpintero del *Hugh-Gallant*. No lejos de allí desembocaba un hermoso río, a cuyas orillas habitaban los antropófagos, que tan rudamente habían hecho la guerra a los españoles, y que trataron en vano de atraer a los ingleses al interior del país.

Al desembocar la escuadra en el mar del Sur, el 24 de febrero, la asaltó una violenta tempestad que la dispersó. El *Hugh-Gallant* se quedó solo, haciendo agua por todas partes, y se necesitaron los mayores trabajos del mundo para mantenerlo a flote. El 15 pudo reunirse a sus conservas y en vano trató Cavendish de desembarcar en la isla de Mocha, donde Drake había sido tan maltratado por los araucanos. Aquel país, rico en oro y plata, aún no había podido ser dominado por los españoles, y sus habitantes, decididos a todo para conservar su libertad, rechazaron a mano armada toda tentativa de desembarco. Fueles preciso, pues, llegar a la isla de Santa María, donde los indios, tomándoles por españoles, les facilitaron en abundancia maíz, gallinas, cerdos y otras provisiones.

El 30 del mismo mes, echó el ancla a los 32º 50' en la bahía de Quintero. Bueyes, vacas, caballos silvestres, liebres y perdices en abundancia, tales fueron los animales que encontraron unos treinta mosqueteros que penetraron en el país. Atacado Cavendish por los españoles, tuvo que reembarcarse apresuradamente, después de haber perdido doce hombres. En seguida asoló, saqueó y quemó las

ciudades de Paraca Cincha, Piscea y Paitia, y devastó la isla de «Puna, donde hizo un botín de
645 000
libras de oro en moneda, Después de haber hechado a pique el *Hugh-Gallant*, en vista de la absoluta imposibilidad en que estaba de sostenerse sobre el mar, continuó su fructífero crucero, y a la altura de la Nueva España, 9 quemó un buque de 120 toneladas, saqueó e incendió a Aguatulio, y se apoderó, después de seis horas de combate, de un navío de 708 toneladas cargado de ricas telas y de
112 000
pesos en oro».

Entonces, «victorioso y contento» quiso Cavendish poner al abrigo de un revés los óptimos despojos que llevaba. Se dirigió a las islas de los Ladrones, las Filipinas y Java la Mayor, dobló el cabo de Buena Esperanza, tomó víveres en Santa Elena, y el 9 de septiembre de 1588 fondeó en Plymouth, después de dos años de viajes, de correrías y de combates.

Dice un refrán que es más difícil conservar que adquirir, y Cavendish hizo lo que pudo por confirmarlo. Dos años después de su vuelta ya no poseía de la inmensa fortuna que había llevado más que la suma necesaria para armar una tercera expedición, que debía ser la última.

El 6 de agosto de 1591 salió con cinco buques, y en la costa de Patagonia vio dispersada su escuadra por una tempestad, sin que pudiera reuniría hasta el puerto Deseado. Asaltado en el estrecho de Magallanes por terribles huracanes, se vio obligado a deshacer el camino andado, después de haberse visto abandonado por tres de sus buques. La falta de víveres frescos, el frío y las privaciones de todas clases que tuvo que sufrir y que habían diezmado su tripulación, le obligaron a remontar el litoral del Brasil, en que los portugueses se opusieron a toda tentativa de desembarco, y tuvo, por consiguiente, que hacerse a la mar sin haber podido avituallarse. Quizá de disgusto, tanto como por causa de las privaciones, murió Cavendish antes de haber podido ganar las costas de Inglaterra.

Un año después de la vuelta de los compañeros de Barentz, dos buques, el *Mauritius* y el *Hendrick-Fredrick*, así como los dos yates *Eendracht* y *Esperance*, tripulados por doscientos cuarenta y ocho

hombres, salieron del puerto de Amsterdam el 2 de junio de 1598. El comandante en jefe de esta escuadra era Oliverio de Noort, entonces de treinta años aproximadamente de edad, hombre conocido por sus muchos viajes y largos corsos. Llevaba por segundo o vicealmirante, a Jacobo Claaz de Ulpenda, y por piloto a un tal Melis, experto marino de origen inglés. Aquella expedición armada por muchos comerciantes de Amsterdam o con la ayuda y el concurso de los Estados de Holanda, debía perseguir un doble objeto; era a la vez comercial y militar. Los holandeses en otros tiempos se contentaban con tomar en Portugal las mercancías que transportaban con sus buques de cabotaje por toda Europa; pero entonces se veían reducidos a ir a buscarlas al centro mismo de producción. A este fin debía enseñar Noort a sus compatriotas el camino inaugurado por Magallanes, haciendo de paso el mayor daño posible a los españoles y a los portugueses.

En aquella época, Felipe II, del que los holandeses habían sacudido el yugo, y que acababa de reunir Portugal a sus Estados, había prohibido a sus súbditos toda relación comercial con los revoltosos de los Países Bajos. Tenía, pues, Holanda, si no quería verse arruinada y volver a caer bajo la dominación española, absoluta necesidad de abrirse un camino hacia las islas de las Especias. El rumbo menos frecuentado por los buques enemigos era el del estrecho de Magallanes, y éste fue el que recomendó a Noort. Después de haber tocado en Gorea, se detuvieron los holandeses en el golfo de Guinea, en la isla del Príncipe. Los portugueses, fingiendo acoger amistosamente a los hombres que bajaron a tierra, aprovecharon una ocasión favorable para arrojarse sobre ellos y asesinarlos sin piedad. En el número de los muertos figuraba Cornelio Noort, hermano del almirante, Melis, Daniel Goerrits y Juan de Bremen; sólo pudo escapar el capitán Pedro Esias. Era una triste entrada en campaña y un funesto presagio que no debía ser engañador. Furioso por aquel lazo, desembarcó Noort ciento veinte hombres, pero encontró a los portugueses tan bien fortificados, que después de una viva escaramuza en la que tuvo aún diecisiete hombres muertos o heridos, vióse obligado a levar anclas sin haber podido vengarse de la indigna y cobarde traición de que su hermano y doce compañeros habían sido víctimas.

El 25 de diciembre, uno de los pilotos, llamado Juan Volkers,

fue abandonado en la costa de África a causa de sus manejos desleales, de la desanimación que trataba de sembrar entre los tripulantes, y de su rebelión bien probada.

El 5 de enero reconocieron los holandeses la isla de Annobón, situada un poco más abajo de Guinea, y se cambió el rumbo para atravesar el Atlántico. Apenas Noort acababa de fondear en la bahía de Río de Janeiro, cuando envió a tierra a algunos marineros para hacer aguada y comprar a los naturales algunas provisiones; pero los portugueses se opusieron al desembarco y mataron once hombres. Entonces, rechazados de las costas del Brasil por los portugueses y los indígenas, combatidos por los vientos contrarios, habiendo tratado en vano de llegar a la isla de Santa Elena, donde creían que podrían tomar las vituallas de que tenían gran necesidad, privados de su piloto, erraron a la ventura por el Océano. Desembarcaron en las islas desiertas de Martín Vaz, volvieron a la costa del Brasil, al río Dulce, que tomaron por la isla de la Ascensión, y finalmente, tuvieron que invernar en la isla desierta de Santa Clara. Su detención en esta isla se señaló con muchos sucesos desgraciados. El buque almirante chocó contra un escollo con tal violencia, que con una mar un poco fuerte se hubiera perdido. Hubo también algunas ejecuciones sangrientas y bárbaras de marineros rebeldes, sobre todo la de un pobre hombre, que habiendo herido a un piloto de una puñalada, fue condenado a tener la mano clavada en el palo mayor. Se desembarcó a los enfermos, que eran muchos en la escuadra, y casi todos curaron al cabo de quince días. Del 2 al 21 de junio se detuvo Noort en esta isla, que no estaba separada del continente más que una legua; pero antes de hacerse a la mar, tuvo que incendiar el Eendracht, porque no tenía bastantes marineros para la maniobra. Hasta el 20 de diciembre, después de haber sido arrastrado por muchas tempestades, no pudo fondear en el puerto Deseado, donde la tripulación mató en algunos días gran cantidad de perros y leones marinos y más de cinco mil pájaros bobos. «El general ha ido a tierra», dice la traducción francesa del relato de Noort publicada por Bry, «con una partida de gente armada, pero no vieron a nadie, sino algunas sepulturas, en las cuales ponen sus muertos colocados en alto y levantados en rocas, y cubiertos con muchas piedras todas teñidas de rojo; y tienen además adornadas sus sepulturas con dardos, penachos y otras rarezas que usan por

armas».

Vieron también los holandeses, pero demasiado lejos para poderles tirar, búfalos, ciervos y avestruces, y recogieron en un solo nido diez huevos de esta ave. El capitán Jacobo Iansz Huy de Cooper murió durante la estada en el puerto Deseado, donde fue enterrado.

El 23 de noviembre entró la flota en el estrecho de Magallanes, y durante un desembarco fueron muertos tres holandeses por los patagones. Su muerte fue vengada con el asesinato de toda una tribu de enoos. Aquella larga navegación al través de los desfiladeros y lagos del estrecho de Magallanes, se señaló con el encuentro de dos buques holandeses al mando de Sebald de Weerdt, que habían invernado no lejos de la bahía de Mauricio, donde abandonaron al vicealmirante Claaz, que dicen se había hecho muchas veces culpable de insubordinación.

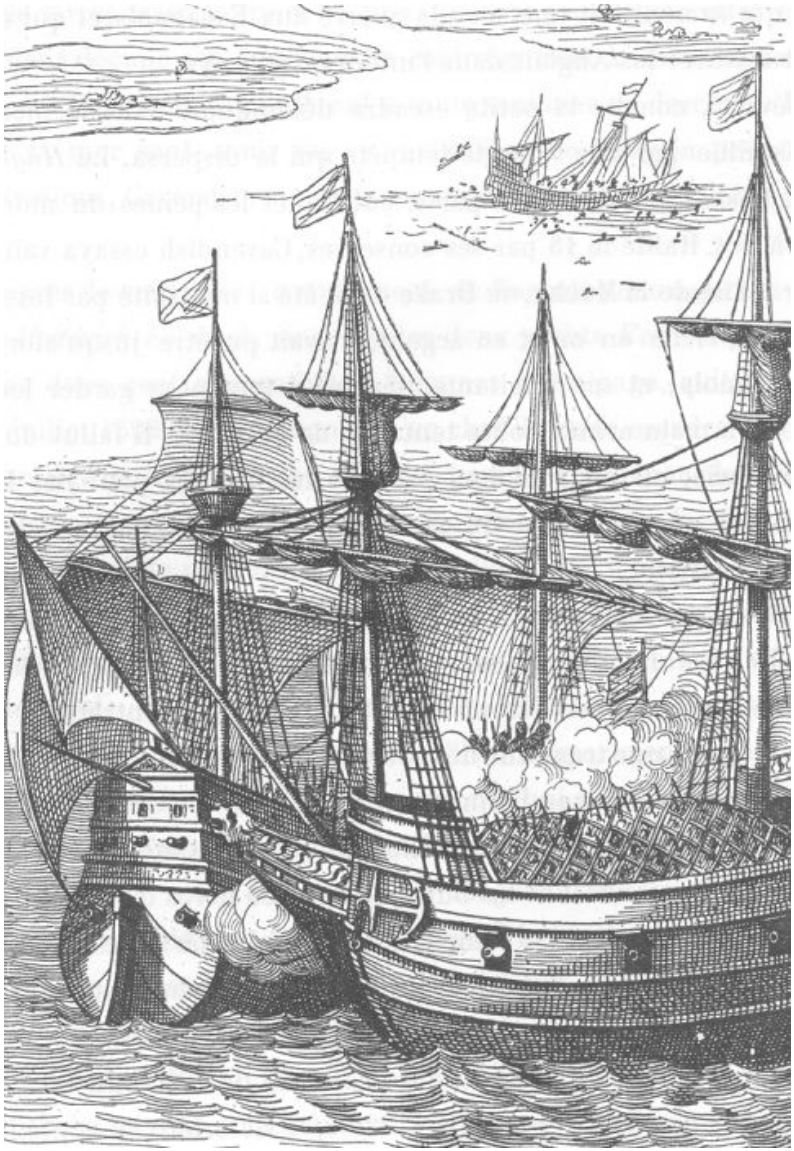
¿No hay en estos actos que tan frecuentemente vemos cometer en aquella época por navegantes españoles, ingleses y holandeses, un signo de los tiempos? Lo que calificamos hoy de espantosa barbarie, parecía sin duda una pena relativamente suave a aquellos hombres acostumbrados a hacer poco caso de la vida humana. Y sin embargo, ¿hay nada más cruel que abandonar un hombre sin armas y sin provisiones en un país desierto? El desembarcarle en una región poblada por feroces caníbales que deben repartirse su carne, ¿no es condenarle a una muerte horrible?

El 29 de febrero de 1600 desembarcó Noort en el Pacífico, después de haber invertido noventa y nueve días en atravesar el estrecho. Quince días después, una tempestad le separó del *Handrick-Fredrick*, del que no se volvió a hablar más. En cuanto a Noort, se quedó solo con su yate, y llegó a la isla de la Mocha, donde fue bien acogido por los naturales, al revés de lo que había sucedido con sus antecesores.

Después siguió la costa de Chile, donde pudo procurarse víveres en abundancia a cambio de cuchillos de Nuremberg, de hachas, camisas, sombreros y otros objetos de poco valor. Luego de haber asolado, saqueado y quemado gran número de poblaciones en esta costa y en la del Perú, de haber echado a pique todos los buques que encontró y amontonado un considerable botín, sabiendo Noort que una escuadra, a las órdenes del hermano del virrey don Luis de

Velasco, había sido enviada en su persecución, juzgó conveniente hacer rumbo a las islas de los Ladronesca donde llegó el 16 de septiembre: «Los habitantes vinieron alrededor de nuestro buque con más de doscientas canoas; venían tres, cuatro o cinco hombres en cada canoa, y gritaban desaforadamente: hierro, hierro, que es muy buscado por ellos. Viven lo mismo en el agua que en tierra, y saben bucear muy diestramente, lo cual vimos echándoles cinco piezas de hierro al mar, que un solo hombre fue a recoger».

Noort pudo asegurarse, a su costa, de que aquellas islas merecían perfectamente el nombre que tenían. Los insulares trataron, en efecto, de arrancar los clavos del buque, y se apoderaron de todo lo que estaba al alcance de su mano. Uno de ellos, habiendo llegado a trepar a lo largo de una cuerda, tuvo la audacia de penetrar en un camarote, agarrar una espada y echarse con ella al mar.



El 14 de octubre siguiente atravesó Noort el archipiélago de las Filipinas, donde operó muchos desembarcos y quemó, saqueó o echó a pique gran número de barcos españoles o portugueses o juncos chinos. Cruzaba por el estrecho de Manila, cuando fue atacado por dos grandes navíos españoles. En el combate que se siguió, los holandeses tuvieron cinco muertos y veinticinco heridos

y perdieron un bergantín que fue apresado con sus veinticinco hombres de tripulación. Los españoles perdieron más de doscientos hombres, porque se prendió fuego al buque almirante y se fue a pique. Lejos de recoger los holandeses los heridos y hombres válidos que trataban de escaparse a nado, «navegando con el trinquete por entre las cabezas de los nadadores, atravesaron algunas de ellas a lanzadas y hasta les dispararon cañonazos». A continuación de esta sangrienta y estéril victoria, fue Noort a reparar sus averías a Borneo, tomó un rico cargamento de especias de Java, y habiendo doblado el cabo de Buena Esperanza, desembarcó el 26 de agosto en Rotterdam después de un viaje de tres años y no volviendo sino con un solo buque y cuarenta y ocho hombres de tripulación. Si los comerciantes que habían hecho el gasto del cargamento aprobaron la conducta de Noort, que traía un cargamento que cubría con mucho sus desembolsos y que había enseñado a sus compatriotas el camino de la India, nosotros debemos, alabando, sin embargo, sus cualidades de marino, hacer grandes reservas acerca de la manera como ejerció el mando, censurar de una manera severa la barbarie que señaló con una estela sangrienta el primer viaje alrededor del mundo ejecutado por los holandeses.

Vamos ahora a hablar de un hombre que, dotado de cualidades eminentes y de defectos por lo menos iguales, lanzó su vida en direcciones diferentes y muchas veces opuestas, y después de haber llegado al colmo de los honores a que puede aspirar un noble, murió en un cadalso acusado de traición y de felonía; este hombre era *sir* Walter Raleigh. Si tiene lugar en esta galería de grandes viajeros no es como fundador de la colonización inglesa ni como marino, sino como descubridor; además, lo que de él tenemos que decir no es en honra suya.

Walter Raleigh estuvo cinco años en Francia guerreando contra la Liga, en medio de aquellos gascones que formaban el núcleo de los ejércitos de Enrique de Navarra, y entre ellos perfeccionó los hábitos de fanfarronería y mentira que le eran naturales. En 1577, después de una campaña contra los españoles en los Países Bajos, volvió a Inglaterra y tomó vivo interés en las cuestiones que

apasionaban a sus tres hermanos uterinos, Juan, Unfredo y Adriano Gilbert. En aquella época, Inglaterra pasaba por una crisis económica muy grave: la agricultura se transformaba; en todas partes las tierras de labor se convertían en dehesas, y el número de jornaleros agrícolas se redujo extraordinariamente, y de aquí una miseria general y un aumento de población desocupada, que no tardó en ser alarmante. Al mismo tiempo había sucedido a una serie de guerras una paz que debía durar todo el reinado de Isabel, y habían quedado, por consecuencia, un gran número de aventureros que no sabían cómo satisfacer sus apetitos de emociones violentas. En semejantes circunstancias era necesario una emigración que, desembarazando el país de su exceso de población, permitiera a los miserables que se morían de hambre proveer a su existencia en una tierra virgen, aumentando al mismo tiempo la influencia y la prosperidad de la madre patria. Todos los hombres de talento que seguían en Inglaterra el movimiento de las ideas, como Hackluyt, Tomás Harriot, Carlyle, Peckham y los hermanos Gilbert, comprendieron esta necesidad, pero sólo a estos últimos pertenece la gloria de haber sabido designar el sitio favorable para el establecimiento de las colonias. Raleigh no hizo más que asociarse a sus hermanos e imitar su ejemplo. Por más que se le ha considerado como iniciador de proyecto tan fecundo, la verdad es que ni le concibió ni comenzó su ejecución. Tratábase de la colonización de las playas americanas del Atlántico, y *sir* Raleigh, omnipotente con la reina Isabel, inconstante y sin embargo celosa en sus afectos, estimuló a sus hermanos y aun gastó
40 000
libras esterlinas en tentativas de colonización. Se guardó bien de salir de Inglaterra, porque no podía convenirle la vida de paciencia y de abnegación de colonizador. Abandonó, pues, y vendió la concesión que se le había hecho cuando vio la inutilidad de sus esfuerzos, pero reservándose la quinta parte de los beneficios eventuales de la colonia.

Al mismo tiempo armó buques contra las posesiones españolas. Él mismo tomó parte poco tiempo después en la lucha y en los combates que salvaron a Inglaterra de la *Armada Invencible*, y después se dedicó a sostener los derechos del prior Da Crato al trono de Portugal. Poco tiempo después de su vuelta a Inglaterra,

cayó en desgracia de su real señora, y cuando salió de la prisión, cuando estuvo encerrado en su castillo de Sherbone, concibió el proyecto de su viaje a la Guayana; empresa en su concepto gigantesca y cuyos resultados maravillosos debían atraerle las miradas del mundo entero y hacerle recobrar el favor de su soberana.

El descubrimiento y la conquista de El Dorado, de ese país donde, según Orellana, los templos estaban cubiertos de láminas de oro, donde todos los objetos, aun los más viles, son de oro, donde se anda sobre piedras preciosas, ¿cómo no le habían de proporcionar «más gloria (son las palabras mismas que Raleigh emplea en su relación) que la que adquirieron Cortés en Méjico y Pizarro en el Perú. Tendría bajo su dominio más ciudades, más pueblos y más oro que el rey de las Españas, que el sultán de los turcos y que cualquier emperador». Ya hemos hablado de las fábulas que Orellana contó en 1539 y que dieron lugar a más de una leyenda. Humboldt nos descubre el origen de estas fábulas, pintándonos la naturaleza del suelo y las rocas que rodean el lago Parima entre el río Esequibo y el río Branco. «Son, dice ese gran viajero, rocas de pizarra maclífera de talco brillante que resplandecen en medio de una sábana de agua y refleja los rayos del sol de los trópicos». Así se explican esas cúpulas de oro macizo, de esos obeliscos de plata y todas estas maravillas que el espíritu entusiasta y fantástico de los españoles les hizo entrever. ¿Creía Raleigh en la existencia de aquella ciudad de oro para cuya conquista iba a sacrificar tantas vidas? ¿Estaba bien persuadido de ello y cedió a las ilusiones de un alma ávida de gloria? No lo sabemos; pero el hecho es que, como dice Philarete Chasles, «en el momento mismo de embarcarse nadie creía en sus promesas, todos desconfiaban de sus exageraciones y se temían los resultados de una expedición dirigida por un hombre tan temerario y de una moralidad tan equívoca».

Sin embargo, parecía que Raleigh lo había previsto todo para aquella empresa y que había hecho los estudios necesarios. No sólo hablaba de la naturaleza del suelo de la Guayana, de sus producciones y población con aplomo imperturbable, sino que había enviado a su costa un buque mandado por el capitán Whiddon a fin de preparar el camino a la escuadra que iba a

conducir en persona a las orillas del Orinoco. Sin embargo, lo que se guardó bien de decir al público, es que su emisario le envió noticias completamente desfavorables a la empresa. Raleigh salió de Plymouth el 9 de febrero de 1595, con una escuadrilla de cinco buques y cien soldados, sin contar los marinos, los oficiales y los voluntarios. Después de haberse detenido cuatro días en Fuerteventura, una de las Canarias, para tomar leña y agua, pasó a Tenerife, donde debía reunirse con el capitán Brereton; y habiéndole esperado en vano ocho días, Raleigh hizo rumbo a la Trinidad, donde encontró a Whiddon.

La isla de la Trinidad estaba entonces gobernada por don Antonio de Berreo, del cual se decía que había reunido datos precisos acerca de la Guayana. El gobernador vio con desagrado la llegada de los ingleses, y envió inmediatamente a Cumaná y a la isla Margarita emisarios encargados de reunir tropas para atacarlos, prohibiendo al mismo tiempo a los indios y a los españoles tener ninguna relación con ellos. Raleigh, advertido de lo que pasaba, resolvió adelantarse al ataque, y cuando llegó la noche bajó secretamente a tierra con cien hombres, se apoderó sin disparar un tiro de la ciudad de San José, a la cual pusieron fuego los indios, y se llevó a bordo a Berreo y a los principales personajes. Al mismo tiempo llegaron los capitanes Jorge Gifford y Knynin, de quienes se había separado en las costas de España, y todos hicieron rumbo al Orinoco, penetraron en la bahía de Capuri con una enorme galera y tres embarcaciones cargadas de cien marineros y soldados, entraron en el laberinto inextricable de islas y de canales que forman su embocadura y subieron por el río hasta unas ciento diez leguas. Las noticias que Raleigh da sobre sus campañas son tan fabulosas, amontonan tantas mentiras unas sobre otras con el desenfado de un gascón trasladado a las orillas del Támesis, que podría calificarse su relación entre los viajes imaginarios. Dice que algunos españoles que habían visto la ciudad de Manoa, llamada El Dorado, le contaron que aquella ciudad sobrepujaba en extensión y riqueza a todas las del mundo y a todo lo que los conquistadores habían visto en América, y añade: «Allí no hay invierno; el suelo es seco y fértil, y la caza y las aves de toda especie abundan en gran manera; los pajarillos llenaban el aire de cánticos desconocidos, que para nosotros formaban un verdadero concierto. Un capitán enviado en

busca de minas encontró vetas de oro y de plata; pero como no tenía más instrumento que su espada, no pudo arrancar aquellos metales para examinarlos detenidamente. Sin embargo, se llevó algunas muestras para estudiarlas después.

Un español de Caracas daba a aquella mina el nombre de *Madre del oro*». Después, sabiendo Raleigh que el público está prevenido contra sus exageraciones, añade: «Tal vez se me creerá víctima de una ilusión falsa y engañosa, pero ¿por qué habría emprendido yo un viaje tan difícil si no hubiese tenido la convicción de que no existe en el mundo un país más rico en oro que la Guayana? Whiddon y Milechappe, nuestro cirujano, me trajeron muchas piedras que tenían gran semejanza con los zafiros, y mostrándoselas a algunos habitantes de Orinoco, me dijeron que de estas piedras había una montaña entera». Un viejo cacique de ciento diez años de edad, que, sin embargo podía andar todavía diez millas a pie sin fatigarse, fue a visitarle y le ponderó el poder formidable del emperador de Manoa, contra el cual no tendrían fuerzas suficientes. Describióle aquellos pueblos como muy civilizados, diciéndole que llevaban vestidos y poseían grandes riquezas, principalmente en láminas de oro, y por fin habló de una montaña de oro puro. Raleigh cuenta que quiso acercarse a ella, pero, por desgracia, estaba en aquel momento medio sumergida. «Tenía, dice, la forma de una torre y me pareció más bien blanca que amarilla. Un torrente que se precipitaba todavía hinchado por las lluvias, formaba un ruido terrible que se oía a muchas leguas de distancia y que ensordeció a nuestra gente. Recordé la descripción que Berreo me había hecho del brillo del diamante y de las demás piedras preciosas diseminadas en las diferentes partes del país. Yo dudaba acerca del valor de aquellas piedras; sin embargo, su blancura extraordinaria me sorprendió. Después de un momento de descanso en las orillas del Vinicapara, y de una visita a la población del cacique, este último me prometió llevarme al pie de la montaña por un rodeo; pero, en vista de las numerosas dificultades que se presentaban, preferí volver a la desembocadura del Cumaná, donde los caciques de los alrededores vinieron a traerme diferentes regalos consistentes en productos raros del país». Haremos gracia al lector de la descripción de hombres tres veces mayores que los ordinarios, los cíclopes, de indígenas que tenían sus ojos en los hombros, la

boca en el pecho y los cabellos que les nacían en medio de la espalda; afirmaciones todas referidas formalmente, pero que dan a la relación de Raleigh una semejanza singular con un cuento de hadas. Creeríase, al leerla, que era una página arrancada de los cuentos de las *Mil y Una Noches*.

Si ponemos a un lado todos estos cuentos de una imaginación delirante, ¿qué queda para el geógrafo? Nada o casi nada. Verdaderamente no valía la pena de anunciar con gran ruido y no menor estrépito esta expedición fantástica.

V

MISIONEROS Y COLONOS. COMERCIANTES Y TURISTAS

I

Carácter francamente resuelto del siglo XVII. — Exploración más completa de las regiones ya descubiertas. — A la sed de oro sucede el celo apostólico. —Los misioneros italianos en el Congo. —Los misioneros portugueses en Abisinia. —Brue en el Senegal y Flacourt en Madagascar. — Los apóstoles de la India, de la Indochina y del Japón.

El siglo XVII, más francamente resuelto que el precedente, en el sentido de que habiéndose hecho los grandes descubrimientos a poca costa, se trata con preferencia de completar en este período las noticias ya adquiridas, contrasta de la misma manera con el que le sigue, porque los métodos científicos no se aplicaron aún como lo fueron cien años después por los astrónomos y los marinos. En efecto, parece que los relatos de los primeros exploradores que no pudieron tomar más que una noción, digámoslo así, de las regiones recorridas mientras guerreaban, habían ejercido una gran influencia en cierta parte del espíritu público. La curiosidad, en el más estrecho significado de esta palabra, llegó hasta su último límite y se recorrió el mundo para tener una idea de los trajes y de las

costumbres de cada nación, de los productos y de la industria de cada país, pero no para estudiarlos. No se trata, al remontarse hasta las fuentes, de explicarse científicamente el porqué de las cosas; se ve; la curiosidad está satisfecha y se pasa adelante. Las observaciones son puramente superficiales y parece que hay prisa por recorrer todas las regiones que el siglo XVI había descubierto.

Después, la abundancia de riquezas esparcidas de pronto por la Europa entera tras una crisis económica. El comercio, como la industria, se transforman y cambian; se han abierto nuevas vías, surgen nuevos intermediarios, nacen nuevas necesidades, aumenta el lujo, y el deseo de hacer rápidamente fortuna por medio de especulaciones lucrativas trastorna muchas cabezas. Si Venecia ha muerto desde el punto de vista comercial, los holandeses, como dice muy oportunamente Leroy-Beaulieu, van a convertirse en «los reclutadores y factores de Europa», y los ingleses se preparan a echar las bases de su inmenso imperio colonial.

A los comerciantes suceden los misioneros. En numerosos grupos recorren los países recientemente descubiertos, evangelizando, civilizando a los pueblos salvajes, estudiando y describiendo el país. El desarrollo del celo apostólico es uno de los rasgos dominantes del siglo XVII, y debemos reconocer cuánto debe la geografía y las ciencias históricas a aquellos hombres abnegados, modestos e instruidos. El viajero no hace más que pasar, el misionero se estaciona en el país. Este último tiene evidentemente más facilidad para adquirir un conocimiento íntimo de la historia y de la civilización de los pueblos que estudia; es, pues, muy natural, que les debamos relaciones de viajes, descripciones e historias que aún hoy son consultadas con fruto y que han servido de base a trabajos posteriores.

Si hay algún país al cual con más razón y más particularmente sean aplicables estas reflexiones, es África y sobre todo Abisinia. ¿Qué conocíamos de este vasto continente triangular en el siglo XVII? Nada más que las costas, se dirá. Error. Desde los tiempos más remotos eran conocidos de los antiguos el Astapus y el Bhar-el-Abiad, los dos brazos del Nilo; y se habían adelantado hasta los grandes lagos interiores, si hemos de creer las listas de pueblos y países encontrados en Carnac por Mariette. En el siglo XII, el geógrafo árabe Edrisi escribe para Roger II de Sicilia una excelente

descripción de África y confirma estos datos. Después, Cadamosto e Ibn-Batutah recorren África y este último llega hasta Tombuctu. Marco Polo declara que África no se une a Asia más que por el istmo de Suez y visita a Madagascar. Por último, cuando los portugueses, después de Vasco de Gama, determinan el perímetro de África, algunos se detienen en Abisinia y se establecen pronto entre este país y Portugal relaciones diplomáticas. Ya hemos dicho algo de Francisco Alvarez; pues bien, poco después de él se instalan en el país muchos misioneros portugueses, entre los cuales debemos citar a los padres Páez y Lobo.

El padre Páez salió de Goa en 1588 para ir a predicar el cristianismo en la costa oriental del África septentrional. Después largas y dolorosas desventuras, desembarcó en Massauah, en Abisinia, y recorrió el país en 1618, siguiendo una punta hasta las fuentes del Nilo Azul (descubrimiento del que Bruce debía hacer constar la autenticidad y cuya descripción no difiere sino en algunas particularidades sin importancia de la del viajero escocés). En 1604 llegó Páez a la residencia del rey Za Denghel, y con tal éxito le predicó, que le convirtió con toda su corte, llegando en breve a tener sobre el monarca abisinio tal influencia que éste escribió al Papa y al rey de España para ofrecerles su amistad pidiéndoles hombres que pudieran instruir a su pueblo.

El padre Jerónimo Lobo desembarcó en Abisinia en 1625 con Alfonso Meneses, patriarca de Etiopía. Pero los tiempos habían cambiado mucho. El rey, convertido por Páez, había sido asesinado, y su sucesor, que había llamado a los misioneros portugueses, no tardó en morir. Prodújose entonces contra los cristianos una violenta reacción y los misioneros fueron expulsados, reducidos a prisión o entregados a los turcos. Entonces Lobo fue encargado de ir a buscar la suma necesaria para el rescate de sus colegas. Después de numerosas peripecias, que le llevaron al Brasil, a Cartagena, a Cádiz, a Sevilla, a Lisboa y a Roma, donde dio al rey de España y al Papa los más numerosos y preciosos detalles acerca de la Iglesia de Etiopía y de las costumbres de los habitantes, hizo un último viaje a la India y volvió a Lisboa, donde murió en 1678.

En la costa del Atlántico, en el Congo, se había introducido el cristianismo en 1489, el año mismo en que lo descubrieron los portugueses. Al principio se enviaron allí frailes dominicos; pero

como sus progresos fuesen casi nulos, el Papa, con consentimiento del rey de Portugal, envió algunos capuchinos italianos. Tales fueron Carlos de Piacenza, en 1667; Juan Antonio Cavazzi, del 1654 a 1668, y luego Antonio Zucchelli y Gradisca, de 1696 a 1704. Solamente citamos estos misioneros porque son los que han publicado las relaciones de sus viajes. Cavazzi exploró paso a paso Angola, el país de Matamba, las islas Coanza y Loana. En el ardor de su celo apostólico no encontró nada mejor para convertir a los negros, que quemar sus ídolos, reprender a los reyes por el antiguo uso de la poligamia, someter al suplicio del potro o hacerles desgarrar las carnes a latigazos a los que caían en la idolatría. A pesar de esto, conquistó entre los indígenas un ascendiente considerable, que, mejor dirigido, habría podido producir resultados muy útiles al desarrollo de la civilización y al progreso de la religión. Idénticas censuras pueden dirigirse al padre Zucchelli y a los demás misioneros del Congo.

La relación de Cavazzi, publicada en Roma en 1687, afirma que la influencia portuguesa se extendía a doscientas o trescientas millas de la costa. Existía en el interior una ciudad muy importante, conocida con el nombre de San Salvador, que poseía doce iglesias, un colegio de jesuitas y una población de
50 000
almas. Pigafetta publicó a fines del siglo XIV la relación del viaje de Duarte López, embajador del rey del Congo cerca de las cortes de Roma y Lisboa. A este relato acompaña un mapa en el cual se representa un lago, el Zambré, en el sitio ocupado por el Tangañica, y más al Oeste el lago Acque Lunda, de donde sale el Congo. Bajo el Ecuador están indicados dos lagos: uno, el del Nilo, otro más al Este, que lleva el nombre de Colué, y que parece ser el Alberto, y el Victoria Nyanza. Tan curiosas noticias fueron rechazadas por los geógrafos del siglo XIX, que dejaron en blanco todo el interior de África.

Los franceses habían fundado en la costa occidental de África, en la desembocadura del Senegal, algunos establecimientos bajo la hábil administración de Andrés Brue, los cuales no tardaron en tomar una extensión considerable. Aun cuando este Brue sea poco conocido, porque su título oficial era *Comandante por el rey y Director General de la Compañía real de Francia en las costas del*

Senegal y otros parajes del África, y aun cuando el artículo que le concierne sea más propio para ocupar un sitio en las colecciones biográficas, merece, sin embargo, un lugar entre los más distinguidos colonizadores y exploradores. No contento con extender la colonia hasta sus límites actuales, exploró comarcas que en estos últimos tiempos han sido visitadas por el teniente Mage y que no lo habían sido desde entonces. Andrés Brue establece las postas francesas por el Este hasta más allá de la unión del Senegal y del Falemé, y por el Norte hasta Arguin (que después abandonó Francia, reservándose sin embargo sus derechos), y al Mediodía hasta la isla de Bisao. En el interior exploró el Galán y el Bambú, tan fértil en oro, recogió los primeros documentos acerca de los fellatas y de los musulmanes que, habiendo venido del Norte, quisieron realizar la conquista religiosa de todas las poblaciones negras del país. Las noticias reunidas por Brue sobre la historia y emigraciones de estos pueblos son muy preciosas y aun hoy prestan una viva luz al geógrafo y al historiador. No solamente Brue nos ha dejado el relato de los hechos de que fue testigo y la descripción de los lugares que visitó, sino que también le debemos numerosas indicaciones sobre los productos del país, las plantas, los animales y todos los objetos que pueden dar lugar a una explotación comercial e industrial. Estos documentos curiosos, recopilados con poco acierto por el padre Labat, han sido objeto hace algunos años de un trabajo muy interesante hecho por Berlioux.

Al sudeste de África, durante la primera mitad del siglo XVII, fundaron los franceses algunos establecimientos comerciales en Madagascar, isla por mucho tiempo conocida con el nombre de San Lorenzo; y bajo la administración de Flacourt se levantó el fuerte Delfín, se reconocieron muchos distritos desconocidos del la isla, así como las islas inmediatas a la costa, y se ocuparon, en 1649, las islas Mascareñas. Si con sus compatriotas fue Flacourt firme y moderado, no observó la misma conducta con los naturales, provocando una rebelión general, por consecuencia de lo cual fue relevado. Por lo demás, las excursiones al interior del Madagascar fueron excesivamente raras y hay que esperar hasta nuestros días para encontrar alguna exploración formal.

Las únicas noticias que durante el siglo XVII llegaron a Europa respecto a la Indochina y al Tibet, se deben a los misioneros. Los

nombres de los padres Alejandro Rodas, Antonio de Andrada, Abril y Benedicto Goes, no pueden ser pasados en silencio. En sus *Cartas Anuales* se encuentra gran copia de noticias acerca de estas regiones por tanto tiempo cerradas a los europeos, que aún hoy conservan su interés real. El padre Tachard se dedicó en Cochinchina y Tonquín a las observaciones astronómicas, con cuyo resultado probó hasta la última evidencia cuan erradas eran las longitudes dadas por Tolomeo. Con ellas llamó la atención del mundo científico sobre la necesidad de una reforma en la representación gráfica de los países del extremo Oriente, y sobre la absoluta necesidad de buenas observaciones realizadas por sabios especiales o por navegantes familiarizados con los cálculos astronómicos. El país que más particularmente atraía a los misioneros era China, aquel inmenso imperio tan populoso y que desde la llegada de los europeos a la India aplicaba con el mayor rigor la absurda política de abstenerse de toda relación, cualquiera que fuese, con los extranjeros. Sólo a fines del XVI pudieron los misioneros conseguir el permiso, tantas veces pedido, de penetrar en el Imperio Central. Sus conocimientos en matemáticas y en astronomía facilitaron su establecimiento y les permitieron recoger, ya en los antiguos anales del país, ya durante sus viajes, una prodigiosa cantidad de noticias muy preciosas para la historia, la etnografía y la geografía del Celeste Imperio. Los padres Mendoza, Ricci, Trigault, Visdoleu, Lecomte, Verbiest, Navarrete, Schall y Martini merecen una mención especial por haber llevado a China las ciencias y las artes de Europa y haber esparcido en Occidente las primeras nociones precisas y verídicas acerca de la civilización inmóvil de la Tierra de las Flores.

II

Los holandeses en las islas de las Especias. —Lemaire y Schouten. —Tasman. —Mendaña. —Quirós y Torres. — Pyrard de Laval, Pedro del Valle. —Tavernier. —Thevenot. — Bernier. —Roberto Knox. —Chardin. —De Bruyn. — Kaempfer.

No tardaron los holandeses en darse cuenta de que el poder portugués en Asia estaba en decandencia, y conociendo con cuánta facilidad una nación hábil y prudente podría apoderarse en poco tiempo de todo el comercio del extremo Oriente, después de un gran número de expediciones particulares y de viajes de reconocimiento acabaron por fundar en 1602 la célebre Compañía de las Indias, que había de elevar a tan alto grado la prosperidad y la riqueza de la metrópoli.

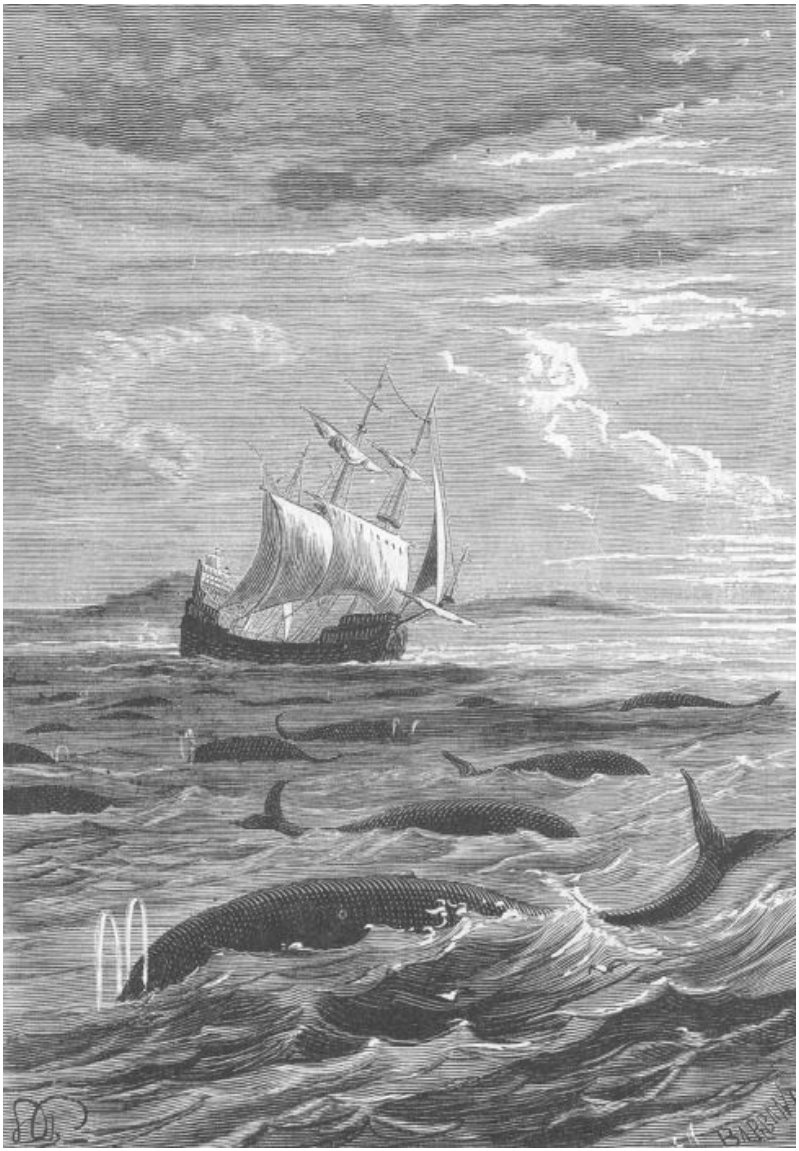
En sus luchas con los portugueses, así como en sus relaciones con los naturales, siguió la Compañía una sabia política de moderación. Lejos de fundar colonias y de reparar y ocupar las fortalezas que tomaban los portugueses, presentábanse como simples negociantes a quienes sólo interesaba el tráfico. Evitaban levantar toda factoría fortificada, salvo cuando tenían que interceptar las grandes vías comerciales. Así es que en poco tiempo pudieron apoderarse de todo el cabotaje entre la India, la China y el Japón y Oceanía. La única falta que la poderosa Compañía cometió, fue monopolizar el comercio de las especias. Persiguió a los extranjeros que se habían establecido o que venían a tomar carga en las Molucas y en las islas de la Sonda, y para elevar el valor de su precioso comercio prohibió el cultivo de algunos productos en un gran número de islas y castigó con la pena de muerte la exportación y venta de granos y ramas de árboles de especias. En pocos años se establecieron los holandeses en Java, Sumatra, Borneo, las Molucas

y el Cabo de Buena Esperanza, que eran los mejores puntos de escala para los buques que volvían de Europa.

Fue entonces cuando un rico comerciante de Amsterdam, llamado Jacobo Lemaire, en compañía de un hábil marino de nombre Guillermo Cornelis Schouten, concibió el proyecto de llegar a las Indias por una nueva ruta. Los Estados de Holanda habían prohibido a todo súbdito de las provincias unidas que no estuviesen al servicio de las Compañías de las Indias ir a las islas de las Especias por el cabo de Buena Esperanza o por el estrecho de Magallanes. Schouten, dicen unos, y Lemaire, según otros, trataron de eludir aquella prohibición buscando un paso por el Sur del estrecho de Magallanes. Lo que sí es cierto es que Lemaire pagó una mitad de los primeros gastos de la expedición y Schouten la otra mitad con ayuda de varios negociantes, cuyos nombres se han conservado y que ocupaban los primeros cargos de la ciudad de Horn. Equiparon un buque de 360 toneladas, la *Concordia*, y un yate que llevaba una tripulación de sesenta y cinco hombres y veintinueve cañones. Indudablemente el armamento estaba poco en relación con la magnitud de la empresa; pero Schouten era un experto marino, los tripulantes habían sido escogidos con mucho cuidado, y los buques estaban abundantemente provistos de víveres y aparejos de repuesto. Lemaire era el comisario y Schouten el capitán; se guardó secreto respecto a su destino, y los oficiales y marineros se alistaron por tiempo ilimitado y con la condición de ir a donde los llevase. El 25 de junio de 1615, once días después de haber salido de Texel, cuando no se podía temer una indiscreción, reunieron a la tripulación para darle lectura de una orden, en la que se decía: «que las naves buscarían otro paso distinto que el de Magallanes para entrar en el mar del Sur, y descubrir, ciertos países meridionales, a fin de lograr inmensos beneficios, y que si el Cielo no favorecía este designio, debían dirigirse a las Indias Orientales». Aquella declaración fue recibida con entusiasmo por los tripulantes, que, como todos los holandeses en aquel tiempo, estaban inclinados a los grandes descubrimientos.

Como se ha podido notar, el camino que entonces se seguía generalmente para llegar a América del Sur, era costear África hasta más abajo de la línea equinoccial. La *Concordia* no temió apartarse de él; llegó al litorial del Brasil, a la Patagonia y al puerto Deseado,

a cien leguas al norte del estrecho de Magallanes. Una tempestad impidió por muchos días que los buques entrasen en el puerto, y durante una marea el yate se acostó sobre una de sus bandas y se quedó varado. La pleamar le puso a flote, pero mientras se le carenaba se prendió fuego en las jarcias, y a pesar de los sobrehumanos esfuerzos de las dos tripulaciones, quedó todo el buque consumido. El 13 de enero de 1616, Lemaire y Schouten llegaron a las islas Sebaldinas, descubiertas por Sebaldo de Weerdt, y siguieron la costa de la Tierra del Fuego a poca distancia de tierra. La costa se prolongaba al Este cuarto Sudeste, y estaba limitada por altas montañas cubiertas de nieve. El 24 de enero, al mediodía, se vio el extremo que se extendía hacia el Este de otra tierra que pareció así mismo muy elevada. La distancia entre aquellas dos islas, según la opinión general, parecía ser de ocho leguas, y entraron en el estrecho que las separa. De tal modo estaba cubierto de ballenas, que fue preciso correr más de una bordada para evitarlas. La isla, situada al Este, recibió el nombre de Tierra de los Estados, y la del Oeste, el de Mauricio de Nassau.



Veinticuatro horas después de haber embocado este estrecho, que recibió el nombre de Lemaire, salió la flotilla y llegó a un archipiélago de islas pequeñas situadas a estribor, a las que dio el nombre de Barnevelt, en honor del gran pensionario de Holanda. Después Lemaire dobló a los 58º el cabo de Hornos, llamado así en recuerdo de la ciudad en que se había armado la expedición, y

entró en el mar del Sur. Lemaire subió inmediatamente, atravesando las islas de Juan Fernández, donde creyó conveniente detenerse a fin de refrescar su tripulación atacada de escorbuto. Schouten y Lemaire, como lo había hecho Magallanes, pasaron sin advertirlo por entre los principales archipiélagos de la Polinesia, y el 10 de abril llegaron a la isla de los Perros, donde sólo encontraron un poco de agua dulce y algunas hierbas. Esperaban llegar a las islas de Salomón, pero pasaron al norte del archipiélago Peligroso, donde descubrieron la isla Waterland, llamada así porque encerraba un gran lago, y la isla de las Moscas, a la que dieron este nombre porque no fue posible desembarazarse en cuatro días de una nube de estos insectos que acometió al buque y de los que sólo se vio libre merced a un cambio de viento.

Lemaire atravesó después el archipiélago de los Amigos y llegó al de los Navegantes o de Samoa, cuyas cuatro pequeñas islas aún conservan los nombres que entonces les dieron:
Goed-Hope,
de los Cocos, de Hornos y de los Traidores. Los habitantes de aquellos sitios se mostraron muy aficionados al robo y se esforzaron por arrancar las cabillas del buque y cortar las cadenas. Como continuaba el escorbuto molestando a la tripulación, se recibió con placer como regalo del rey un jabalí negro y algunas frutas. El soberano, llamado *Latú*, no tardó en acudir en una piragua a la vela, que tenía la forma de los trineos de Holanda, escoltada por una escuadrilla de veinticinco embarcaciones. El soberano no se atrevió a subir a bordo de la *Concordia*; pero su hijo fue más audaz y con viva curiosidad oyó la explicación de todo lo que veía.

A la mañana siguiente había aumentado sensiblemente el número de las piraguas, y por ciertos indicios comprendieron los holandeses que se preparaba un ataque. En efecto, de pronto cayó una granizada de piedras sobre el buque; las piraguas se acercaban demasiado, molestando en exceso, y para deshacerse de ellas, los holandeses viéronse obligados a hacer una descarga de mosquetería. Con justa razón, pues, recibió aquella isla el nombre de isla de los Traidores.

Era el 18 de mayo; Lemaire hizo cambiar el rumbo, dirigiendo la proa al Norte, para llegar a las Molucas por el norte de Nueva Guinea. Probablemente pasó a la vista del archipiélago de Salomón,

de las islas del Almirantazgo y de las Mil Islas; después siguió la costa de Nueva Guinea desde los 143º hasta la bahía de Geelwink; desembarcó muchas veces y dio nombre a una multitud de sitios: las Veinticinco Islas, que forman parte del archipiélago del Almirantazgo; el Alto Coi, el Alto Monte
(Hoog-Berg),
que parece corresponder a una porción de la costa próxima de la bahía de Kornelis Kinerz; Moa y Arimoa, dos islas que más tarde las avistó Tasman; la isla que entonces recibió el nombre de Schouten, llamada hoy Misori y que no hay que confundir con otras islas Schouten, situadas un poco más al Oeste en la costa de Guinea, y por último el cabo
Goed-Hope,
que parece ser el cabo Saavedra, en el extremo occidental del Misori. Después de haber visitado las tierras de los papuas, llegaron a Gilolo, una de las Molucas, donde fueron cordialmente acogidos por sus compatriotas.

Cuando hubieron descansado bien de sus fatigas y se curaron del escorbuto, fueron a Batavia, adonde llegaron el 23 de octubre de 1616, trece meses después de haber salido de Texel y sin haber perdido en aquel largo viaje más que trece hombres. Pero la Compañía de las Indias entendió que se lesionaban sus derechos llegando a las colonias por una vía no prevista en las cartas, privilegio que se le había concedido cuando se estableció, y el gobernador hizo apresar la *Concordia* y prender a los oficiales y marinos, a los cuales embarcó para Holanda, donde debían ser juzgados. El pobre Lemaire, que esperaba otra recompensa a los trabajos, fatigas y descubrimientos que había hecho, no pudo soportar aquel golpe tan tremendo e imprevisto, cayó enfermo de disgusto y murió a la altura de la isla Mauricio. En cuanto a Schouten, no parece que fuese molestado al volver a su patria, e hizo otros muchos viajes a las Indias, que no se señalaron por ningún descubrimiento nuevo. Volvía a Europa en 1625, cuando un mal tiempo le obligó a entrar en la bahía de Antón Gil, en la costa oriental de Madagascar, donde murió.

Tal fue aquella expedición importante, que por el estrecho de Lemaire abría una nueva vía menos larga y menos peligrosa que por el de Magallanes, expedición notable por sus muchos

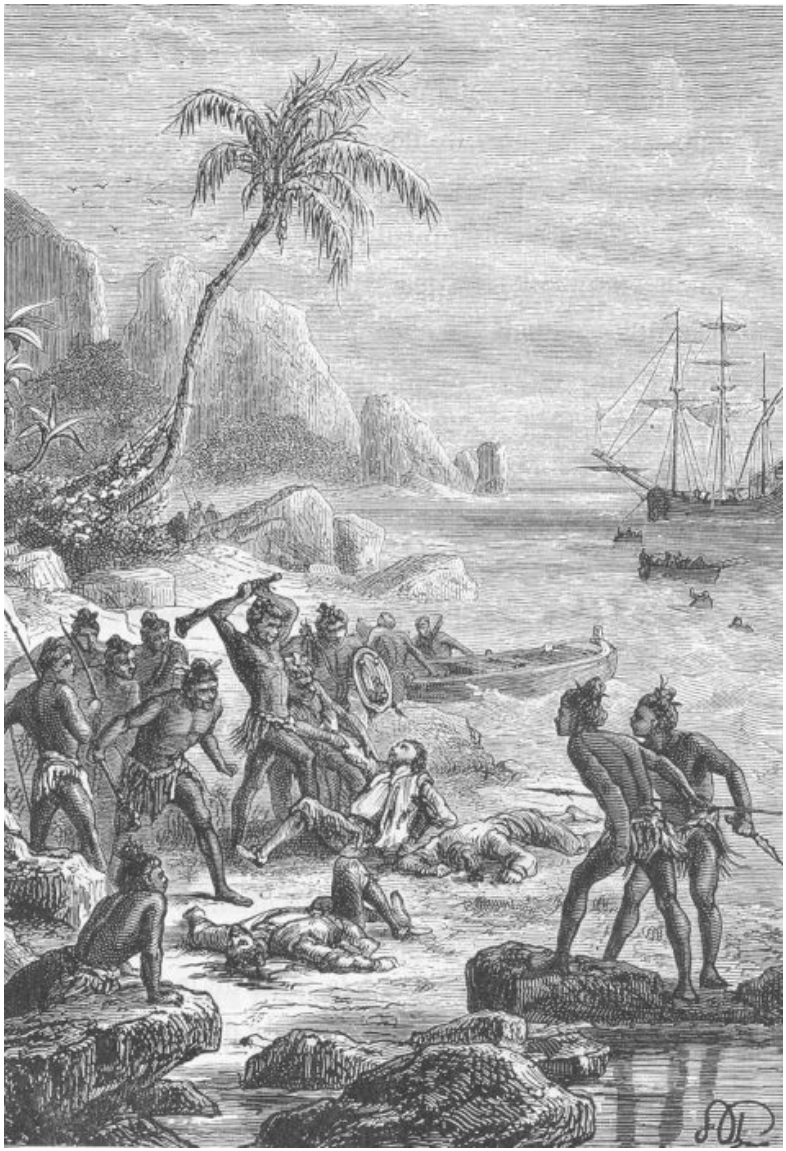
descubrimientos en Oceanía y por una exploración más atenta en los puntos ya visitados por los navegantes españoles o portugueses. Pero es con frecuencia muy difícil atribuir con certeza a uno u otro de estos pueblos el descubrimiento de algunas islas, tierras o archipiélagos inmediatos a Australia.

Puesto que hablamos de los holandeses, haremos un breve paréntesis en el orden cronológico de los descrubimientos, para referir las expediciones de Juan Abel Tasman antes de las de Mendaña y Quirós.

¿Cuáles fueron los principios de Tasman? ¿Por qué serie de circunstancias abrazó la vida de marino? ¿Cómo adquirió aquella ciencia y aquella habilidad náutica de la que dio tantas pruebas, y gracias a las cuales realizó tan importantes descubrimientos? No se sabe. Comienza su biografía en su salida de Batavia el 2 de junio de 1639. Después de haber pasado las Filipinas, visitó, con Mateo Quast, durante su primer viaje, las islas Bonin, conocidas entonces con el nombre fantástico de «islas del Oro y de la Plata». En otra expedición, compuesta de dos buques que mandaba en jefe y que salieron de Batavia el 14 de agosto de 1642, llegó a la isla Mauricio el 5 de septiembre y se adelantó hacia el Sudeste en busca del continente austral. El 24 de noviembre descubrió una tierra a los 42º 25' de latitud Sur, a la cual dio el nombre de Van Diemen, gobernador de las islas de la Sonda, y que hoy con mucha razón se llama Tasmania; fondeó en la bahía de Federico Enrique y reconoció que esta tierra estaba habitada, aun cuando, sin embargo, no pudo ver ningún indígena.

Después de haber seguido esta costa por algún tiempo, hizo rumbo hacia el Este con intención de subir en seguida hacia el Norte para ganar el archipiélago de Salomón. El 13 de diciembre, a los 42º 10' de latitud, llegó a la vista de una tierra montañosa que siguió hacia el Norte hasta el 18 de diciembre. Allí fondeó en una bahía; pero el más atreyido de los salvajes que se encontraron no se acerca al buque sino a la distancia de un tiro de piedra. Su voz era ruda, elevada su estatura, su tez de un aceitunado que tiraba a amarillo; sus cabellos, negros y casi tan largos como los de los japoneses, los llevaba levantados sobre la coronilla. Al día siguiente se atrevieron a pasar a bordo de uno de los buques para hacer algunos cambios, y cuando Tasman vio sus disposiciones pacíficas,

envió a tierra una chalupa para adquirir algunos conocimientos más exactos. De los marinos que la tripulaban, tres fueron muertos, sin provocación por los indígenas, y los demás, huyendo a nado, fueron recogidos por las embarcaciones de los buques. Cuando éstos estuvieron en situación de hacer fuego sobre los agresores, ya habían desaparecido. El lugar en que ocurrió este funesto suceso recibió el nombre de bahía de los Asesinos (*Moordenaars-bay*).



Persuadido Tasman de que no podía entablar ninguna relación con pueblos tan feroces, levó ancla y remontó las costas hasta su extremidad, a la cual llamó cabo de María Van-Diemen, en honor de su *dama*, porque dice una leyenda que, habiendo tenido la audacia de pretender la mano de la hija del gobernador de las Indias orientales, éste le embarcó en dos buques averiados, el *Heemskerke*

y el *Zeechen*.

Aquellas tierras descubiertas de esta manera, recibieron el nombre de Tierra de los Estados, que en breve se cambió por el de Nueva Zelanda.

El 21 de enero de 1643 descubrió Tasman las islas de Amsterdam y de Rotterdam, donde encontró una gran cantidad de cerdos, gallinas y frutas. El 6 de febrero llegaron los buques a un archipiélago de unas veinte islas, que fueron llamadas islas del Príncipe Guillermo, y después de haber avistado a Anthong-Java, Tasman siguió la costa de Nueva Guinea, a partir del cabo de Santa María, pasó por los sitios que ya habían sido reconocidos por Schouten y Lemaire y fondeó en Batavia el 15 de junio siguiente, después de diez meses de viaje.

Según sus instrucciones, fechadas en 1664, Tasman, en una segunda expedición, debía visitar la tierra de Van-Diemen, y hacer una exploración minuciosa de la costa occidental de la Nueva Guinea, hasta que llegase a los 17º de latitud Sur, a fin de reconocer si esta isla pertenecía al continente austral. No parece que Tasman pusiera en ejecución este proyecto. Por lo demás, la pérdida de sus diarios nos deja en la inseguridad más absoluta acerca del camino que siguió y de los descubrimientos que pudo hacer. Desde aquella fecha se ignoran por completo los sucesos que marcaron el fin de su carrera, así como el lugar y el día de su muerte.

A partir de la toma de Malaca por Albuquerque, comprendieron los portugueses que al Sur de Asia se extendía un nuevo mundo. Pronto participaron de sus ideas los españoles, y desde entonces se hicieron por el Océano Pacífico una serie de viajes en busca de un continente austral, cuya existencia parecía geográficamente necesaria para contrabalancear la inmensa extensión de tierras conocidas. Java la Mayor, designada después con los nombres de Nueva Holanda y de Australia, debió ser visitada acaso por los franceses, o lo que es más probable, por Saavedra, de 1530 a 1540, y fue buscada por una multitud de navegantes, entre los cuales citaremos a los portugueses Serrao y Meneses y a los españoles Saavedra, Hernando de Grijalva, Alvarado, Iñigo Ortiz de Retes, que exploraron la mayor parte de las islas del norte de Nueva Guinea y hasta aquella gran isla. Vienen después Mendaña, Torres y Quirós, sobre los cuales nos detendremos un poco, a causa de la

importancia y de la autenticidad de los descubrimientos que se les deben.

Alvaro Mendaña de Neyra, era sobrino del gobernador de Lima, don Pedro de Castro, que apoyó vivamente, cerca del gobierno de la metrópoli, el proyecto concebido por su sobrino de buscar nuevas tierras en el Océano Pacífico. Cuando Mendaña tomó el mando de dos buques y ciento veinte soldados y marineros, tenía veintiún años. El 19 de noviembre de 1567 aparejó en el puerto del Callao, de Lima, y después de haber visitado la pequeña isla de Jesús, reconoció, el 7 de febrero, entre los 7º y 8º de latitud Sur, la isla de Santa Isabel, donde los españoles construyeron un bergantín, con el que reconocieron el archipiélago de que forma parte.

«Los habitantes, dice la relación de un compañero de Mendaña, son antropófagos, y se devoran entre sí cuando pueden hacerse prisioneros de guerra, y hasta cuando no están en hostilidad abierta, y pueden apresarse por traición».

Uno de los jefes de la isla envió a Mendaña, como un bocado exquisito, un cuarto de niño; pero el general español lo hizo enterrar en presencia de los naturales, y éstos se mostraron muy admirados de un acto que no podían comprender. Los españoles recorrieron después la isla de las Palmas, la de los Ramos, llamada así porque fue descubierta el domingo de Ramos, la de la Galera y la de Buena Vista, cuyos habitantes ocultaban sus intenciones hostiles, que no tardaron en conocerse, con amigables demostraciones. La misma acogida tuvieron en la isla de San Dimas, en la Sesarga y en la Guadalcanar, donde encontraron por primera vez el jengibre.

En el viaje de vuelta a Santa Isabel, los españoles siguieron un rumbo distinto, que les permitió descubrir la isla de San Jorge, donde comprobaron la existencia de murciélagos tan grandes como milanos. Apenas el bergantín llegó al puerto de Santa Isabel, cuando levó el ancla nuevamente porque aquel sitio era tan malsano que murieron cinco soldados y muchos otros cayeron enfermos. Detúvose Mendaña en la isla Gualdalcanar, y allí, de diez hombres que bajaron a tierra para proveerse de agua, sólo un negro pudo escapar a los golpes de los indígenas, que habían visto con gran disgusto que los españoles se habían llevado uno de los suyos. El castigo fue terrible; los españoles mataron veinte hombres e

incendiaron muchas viviendas. Luego Mendaña visitó varias islas del archipiélago Salomón, entre otras las Tres Marías y San Juan, y en esta última, mientras se carenaban y calafateaban los buques, tuvieron muchos combates con los naturales, a los cuales hicieron algunos prisioneros. Después de esta accidentada detención se hizo Mendaña de nuevo a la mar, y visitó las islas de San Cristóbal, Santa Catalina y Santa Ana; pero a la sazón el número de enfermos era considerable, los víveres y las municiones estaban casi agotados, los aparejos medio podridos, y fue preciso hacer rumbo al Perú. La separación del buque almirante, el descubrimiento de cierto número de islas que es difícil identificar, y entre las que probablemente están las Sándwich, las tempestades violentas que arrancaron las velas, y las enfermedades causadas por la insuficiencia y putrefacción del agua y de la galleta, señalaron aquél largo y penoso viaje de regreso, que concluyó en California, en el puerto de Colima, después de cinco meses de navegación.

El relato de Mendaña no excitó entusiasmo a pesar de que dio el nombre de Salomón al archipiélago descubierto por él para hacer creer que de allí procedían los tesoros del rey de los judíos. Los relatos maravillosos no producían ningún efecto en aquellos hombres, a quienes bastaban las riquezas del Perú; necesitaban pruebas; y la más pequeña pepita de oro o el menor grano de plata, habría hecho en ellos más impresión que todos los relatos del descubridor. Tuvo, pues, Mendaña que esperar veintisiete años antes de poder organizar una nueva expedición.

Pero aquella vez el armamento era considerable, porque Alvaro Mendaña se proponía fundar una colonia en la isla de San Cristóbal, que había avistado en su primer viaje. Así es que el 11 de abril de 1595 salieron del puerto de Lima cuatro buques llevando cerca de cuatrocientas personas, la mayor parte casadas, y entre ellas doña Isabel, mujer de Mendaña, tres cuñados del general y al piloto Pedro Fernández Quirós, que después debía hacerse célebre como comandante en jefe de otra expedición. Hasta el 16 de junio no acabaron de equiparse, y sólo entonces pudieron abandonar definitivamente las costas del Perú. Al cabo de un mes de navegación en que no ocurrió ningún incidente notable, descubrieron una isla que, siguiendo la costumbre, fue llamada con el nombre de la santa que se festejaba aquel día, que era el de la

Magdalena. Inmediatamente fue rodeada la escuadra de una multitud de canoas que entre todas llevarían más de cuatrocientos indios casi blancos y de una hermosa presencia, y que regalando a los marineros cocos y otros frutos, parecían invitarles a desembarcar. Pero apenas habían subido a bordo aquellos indios, cuando empezaron a robar, y fue preciso disparar un cañonazo para deshacerse de ellos; y uno que en el alboroto había sido herido cambió bien pronto sus disposiciones. Hubo que responder con los mosquetes a la granizada de flechas y piedras que lanzaron sobre los buques. No lejos de aquella isla descubrieron otras tres, San Pedro, la Dominica y Santa Cristina, y todo el grupo se le llamó de *las Marquesas de Mendoza*, en honor del gobernador del Perú. En un principio las relaciones con los indios habían sido muy amigables, tanto, que una india, viendo los cabellos rubios de doña Isabel de Mendoza, le pidió como recuerdo que le diese un bucle; pero por culpa de los españoles no tardaron en ser hostiles hasta el día en que los naturales, habiendo comprendido la enorme inferioridad de sus armas, pidieron la paz.

El 5 de agosto se hizo la escuadrilla a la mar y recorrió cuatrocientas leguas hacia el Oesnorueste. El 20 de agosto descubrieron las islas de San Bernardo, llamadas después las islas del Peligro, luego las islas de la reina Carlota, en las cuales no desembarcaron a pesarl de la carencia de víveres, la isla Solitaria, cuyo vocablo dice bastante acerca de su situación, y por último llegaron al archipiélago de Santa Cruz. Pero en aquel momento y durante una tempestad el buque almirante se separó de la escuadra, y aun cuando se envió muchas veces a buscarle no se tuvieron más noticias de él. En seguida que llegaron se acercaron unas cincuentas canoas tripuladas por una multitud de naturales teñidos de obscuro o de un negro vivo.

«Todos tenían los cabellos rizados, blancos, rojos o de otro color, porque estaban pintados, y los dientes de la misma manera teñidos de rojo, la cabeza medio afeitada, el cuerpo desnudo a excepción de un pequeño velo de tela fina, el rostro y los brazos pintados de negro reluciente, rayados de diversos colores; el cuello y los miembros cargados con muchas vueltas de un cordón hecho con pequeños granos de oro o de madera negra, con dientes de pescado, como medallas de nácar y perlas. Llevaban por armas arcos y

flechas envenenadas y puntiagudas, endurecidas al fuego o armadas con huesos templados en jugo de hierbas; grandes piedras, espadas de madera pesada o de una madera rayada con tres puntas de arpón de más de un palmo cada una. Llevaban en bandoleras morrales de hojas de palma bien trabajados llenos de tortas que hacen de algunas raíces con que se alimentan».

Al principio creyó Mendaña reconocerlos por los habitantes de la isla que buscaban, pero no tardó en desengañarse; los buques fueron acogidos por una granizada de flechas. Aquellos sucesos contrariaron tanto más a Mendaña cuanto se había determinado a establecer su colonia en aquel archipiélago, viendo que no podía encontrar las islas Salomón. Con este motivo surgió la discordia que en breve dividió a los españoles, y poco después fue sofocada una sublevación fomentada contra el general, y ejecutados los culpables. Pero aquellos tristes acontecimientos y las fatigas del viaje habían afectado tan profundamente la salud del jefe de la expedición, que murió el 17 de octubre, después de haber tenido tiempo de designar a su esposa para sucederle en el mando de la expedición. Muerto Mendaña, se redoblaron las hostilidades con los naturales; pero había ya españoles tan debilitados por las enfermedades y por las privaciones, que una veintena de indios decididos habrían podido dar cuenta de ellos fácilmente. Persistir en querer fundar un establecimiento en tales condiciones, hubiera sido una locura; todos lo comprendieron así, y el 18 de noviembre se levó el ancla. El proyecto de Isabel de Mendoza era llegar a Manila, donde reclutarían colonos para volver con objeto de fundar un establecimiento, y consultó a sus oficiales que aprobaron por escrito su proyecto, encontrando en Quirós un afecto y una habilidad que no debían tardar en verse puestos a una ruda prueba. Al principio se apartaron de la Nueva Guinea a fin de no verse detenidos en los numerosos archipiélagos que la rodean, y para llegar más pronto a Filipinas, como lo exigían las averías que habían sufrido los buques.

Después de haber pasado a la vista de muchas islas rodeadas de arrecifes de madréporas a las que las tripulaciones querían abordar, permiso que negó Quirós siempre con mucha prudencia; después de haberse separado de uno de los buques de la escuadra que no quería o no podía seguir, llegaron a las islas de los Ladrones, que muy pronto habían de tomar el nombre de islas Marianas.

Los españoles bajaron muchas veces a tierra a comprar víveres, pero los indígenas no querían ni su oro ni su plata; preferían el hierro y todas las herramientas de este metal. El relato contiene algunos detalles acerca del culto de los salvajes a sus antepasados, y son tan curiosos que vamos a reproducirlos textualmente:

«Deshuesan los cadáveres de sus padres, queman las carnes y tragan la ceniza mezclada con tuba, que es un vino de coco. Lloran a los difuntos todos los años una semana entera, y hay un gran número de lloronas que se alquilan expresamente. Además, todos los vecinos van a llorar a casa del difunto y los de casa de éste hacen lo mismo cuando les toca a los vecinos. Estos aniversarios son muy frecuentes porque se regala abundantemente a los asistentes. Se llora toda la noche y se bebe todo el día. Se relata, en medio de los llantos, la vida y los hechos del muerto a partir del día de su nacimiento, todo el curso de su vida, refiriendo su fuerza, su estatura, su nobleza, y en una palabra todo lo que pueda honrarle. Si en el relato hay alguna acción graciosa, los concurrentes se ceban a reir a carcajadas, beben un trago súbitamente y luego se ponen a llorar a lágrima viva. Algunas veces se reúnen hasta doscientas personas en estos ridículos aniversarios».

Cuando los españoles llegaron a las Filipinas, las tripulaciones no eran más que una colección de esqueletos pálidos y medio muertos de hambre. El 11 de febrero de 1596 desembarcó doña Isabel en Manila al estruendo del cañón y fue solemnemente recibida formando las tropas. Habían perdido cincuenta hombres de la tripulación desde su salida de Santa Cruz, y el resto fue alojado y alimentado a costa del público; las mujeres todas encontraron con quien casarse en Manila, excepto cuatro o cinco que se hicieron religiosas. En cuanto a doña Isabel, fue llevada al Perú algunos años después por Quirós, que no tardó en someter al virrey un nuevo proyecto de viaje. Pero Luis de Velasco, que había sucedido a Mendoza, envió al navegante al rey de España y al Consejo de Indias, pretextando que semejante decisión traspasaba los límites de su autoridad. Pasó, pues, Quirós a España y luego a Roma, donde fue muy bien acogido por el Papa, que le recomendó calurosamente a Felipe III. Por fin, después de muchos desengaños y solicitudes sin cuento, obtuvo en 1605 los poderes necesarios para armar en Lima los dos buques que creyera más conveniente para ir en busca del

continente austral y continuar los descubrimientos de Mendaña.

El 21 de diciembre de 1605 salió Quirós del Callao con dos navíos y un buque ligero. A mil leguas del Perú, aún no había descubierto ninguna tierra; a los 25º latitud meridional tuvo noticias del un grupo de islitas que pertenecen al archipiélago Peligroso: eran la *Conversión de San Pablo*, la *Osnabrugh* de Wallis y la *Decena*, llamada así porque fue vista la décima. Aun cuando esta isla estaba defendida por fuertes, entabló relaciones con los naturales, cuyas viviendas estaban esparcidas por la orilla del mar en medio de palmeras. El jefe de aquellos indígenas, fuerte y bien proporcionado, llevaba a la cabeza una especie de corona hecha de plumitas negras tan finas y tan flexibles, que se las hubiera tomado por de seda. Su cabellera rubia, que le caía hasta la cintura, excitó la admiración de los españoles, pues éstos no podían comprender que un hombre con el rostro tan obscuro pudiera tener una cabellera de un rubio tan dorado, «y prefirieron creer que era casado y que llevaba los cabellos de su mujer». Aquel color singular se debía al continuo uso de los polvos de cal, que quema los cabellos y los hace amarillear.

Aquella isla, a la que Quirós dio el nombre de Sagitaria, es, según Fleuerieu, la isla de Taití, una de las principales del grupo de la Sociedad. Quirós reconoció en los días siguientes otras muchas islas, en las que no desembarcó y a las que impuso nombres tomados del calendario, siguiendo una costumbre que ha transformado en una verdadera letanía todos los vocablos indígenas de la Oceanía. Llegó sobre todo a una isla que se llamó de la *Gente Hermosa*, a causa de la belleza de sus habitantes y de la blancura y coquetería de las mujeres, que los españoles declararon superaba en gracias y atractivos hasta a sus mismas compatriotas de Lima, cuya belleza es, sin embargo, proverbial. Según Quirós, esta isla está situada bajo el mismo paralelo que Santa Cruz, adonde tenía intención de dirigirse. Hizo pues, rumbo al Oeste, y llegó a una isla llamada Taumaco por los indígenas, a los 10º de latitud meridional y a las ochenta leguas al este de Santa Cruz. Debía ser una de las islas Duff. Supo allí Quirós que si dirigía su rumbo hacia el Sur descubriría una gran tierra cuyos habitantes eran más blancos que los que hasta entonces había encontrado. Esta noticia le decidió a abandonar su proyecto de llegar a la isla de Santa Cruz, e hizo

rumbo al Sudoeste, y el 1.º de mayo de 1606, después de haber descubierto otras muchas islitas, llegó a una bahía ancha de más de ocho leguas. A esta isla dio nombre del Espíritu Santo, que aún conserva; era una de las Nuevas Hébridas. ¿Qué ocurrió durante su estada? La relación no dice nada sobre esto, pero sabemos por otra parte que la tripulación se sublevó e hizo prisionero a Quirós, y que abandonando el segundo buque y el bergantín, se hizo a la mar el 11 de julio, tomando el rumbo de América, adonde llegó el 3 de octubre de 1606, después de nueve meses de viaje. Chardon no dice nada acerca de este suceso y echa la culpa de la separación al comandante del segundo buque, Luis Vaes de Torres, por haber abandonado a su general saliendo de la isla del Espíritu Santo; pero se sabe, por una carta del mismo Torres, dirigida al rey de España (publicada por *lord* Stanley al final de su edición inglesa de la *Historia de las Filipinas*, por Antonio de Morga), que estuvo quince días esperando a Quirós en la bahía de San Felipe y Santiago. Reunidos los oficiales en consejo, resolvieron levar anclas el 26 de junio y continuar buscando el continente austral. Detenido por los malos tiempos que le impidieron dar la vuelta a la isla del Espíritu Santo, y acuciado por las reclamaciones de una tripulación entre la cual comienza a soplar cierto aire revoltoso, decidióse Torres a hacer rumbo al Nordeste, para llegar a las islas españolas. A los 11º 1/2 descubrió una tierra que creyó fuese el principio de Nueva Guinea. «Toda esta tierra es tierra de Nueva Guinea, dice Torres, y está poblada por indios que no son muy blancos y que van desnudos aun cuando llevan la cintura cubierta con cortezas de árboles… Combaten con jabalinas, escudos y una especie de mazas de piedra, todo adornado con muy hermosas plumas. A lo largo de esta tierra hay otras islas habitadas, y en toda la costa se encuentran numerosos y vastos puertos con ríos muy anchos y muchas planicies. Fuera de estas islas se extienden arrecifes y bajíos; las islas están entre estos escollos y la tierra firme y hay un corto canal en el centro. Tomamos posesión de estos puertos en nombre de Vuestra Majestad… Habiendo corrido trescientas leguas sobre esta costa, he visto decrecer nuestra latitud como dos grados y medio hasta encontrarnos a los nueve grados; en este punto principia un banco de tres a nueve brazas que se prolonga por la costa. Lejos, a causa de los numerosos bajos y poderosas corrientes, hemos

decidido torcer nuestro rumbo al sudeste por el canal profundo de que ya he hablado hasta el undécimo grado. Hay en él de un extremo a otro un archipiélago de innumerables islas por el cual he pasado, y al concluir el grado once el fondo se hace más bajo. Allí había tres grandes islas que al principio parecían hacia el Sur; estaban habitadas por un pueblo negro muy robusto y todo desnudo que tenía por armas largas y fuertes lanzas, flechas y mazas de piedra mal labradas».

Los geógrafos modernos han estado acordes en reconocer en los parajes designados de este modo, la parte de la costa australiana que termina en la península de York, recientemente visitada por el capitán Moresby, y la extremidad de la Nueva Guinea. Sábese que Torres desembocó en el estrecho que lleva su nombre y que separa la Nueva Guinea del cabo York; pero la exploración más reciente de la parte Sudeste de la Nueva Guinea, en la que se ha hecho constar la presencia de un pueblo de color relativamente claro, muy diferente del papus, ha venido a dar un grado de certeza inesperado a los descubrimientos de Quirós. Es por esto por lo que hemos tenido que detenernos en ellos un poco rifiriéndonos a un trabajo muy erudito de
M. E. T.
Hamy, que ha aparecido en el *Boletín de la Sociedad de Geografía*.

Ahora debemos decir algunas palabras de viajeros que han recorrido países poco frecuentados y que facilitaron a sus contemporáneos un conocimiento exacto de un modo casi desconocido hasta hace poco.

El primero de estos viajeros es Francisco Pyrard, de Laval. Habiendo embarcado en 1601 en un buque malvino para ir a comerciar a las Indias, naufragó en el archipiélago de las Maldivas. Estos islotes o atoles, en número de doce, más o menos, situados al sur de la costa de Malabar, bajan por el Océano Indico, desde el cabo Comorín hasta el Ecuador. El buen Pyrard nos refiere su naufragio, la huida de una parte de sus compañeros de cautividad en el archipiélago y su larga permanencia de siete años en las Maldivas, que casi se le hizo agradable por el cuidado que puso en aprender la lengua indígena. Tuvo, pues, tiempo de instruirse en las costumbres, los hábitos, la religión y la industria de los habitantes, y de estudiar los productos y clima del país. Así es que su relación

es muy rica en detalles de todo género. Hasta estos últimos años ha conservado su atractivo, porque los viajeros no frecuentan por su voluntad aquel archipiélago malsano, cuyo aislamiento había apartado a los navegantes y a los conquistadores. El relato de Pyrard es aún instructivo y agradable de leer.

En 1607 el rey de Bengala envió una escuadra a las Maldivas a fin de que se apoderara de los ciento o ciento veinte cañones que el soberano de estas islas debía al naufragio de muchos buques portugueses. A pesar de la libertad en que se le dejaba y aun cuando había llegado a ser propietario, quería Pyrard volver a su querida Bretaña; por lo tanto vio con gusto aquella ocasión de dejar el archipiélago con los tres compañeros únicos que quedaban de la tripulación entera. Pero la odisea de Pyrard no estaba completa. Conducido primero a Ceilán fue llevado a Bengala y consiguió llegar a Cochín. Aprisionado por los portugueses en esta última ciudad, cayó enfermo y fue cuidado en el hospital de Goa. De allí salió para servir durante dos años como soldado; al cabo de este tiempo fue preso nuevamente, y hasta 1611 no pudo volver a ver a su hermosa ciudad de Laval. Después de tantas travesías, debió sin duda sentir Pyrard deseos de descansar, y así debe creerse, por el silencio que la historia guarda sobre el fin de su vida, que sin duda fue dichosa.

Si el honrado burgués Francisco Pyrard fue lanzado a aventuras en que pudo dejar su vida, y, por decirlo así, lo hizo contra su voluntad y por haber querido hacer fortuna demasiado rápidamente, otras fueron las circunstancias novelescas que decidieron a viajar a Pietro Della Valle.

Descendiente de una noble y antigua familia, es unas veces soldado del Papa y otras marino, dedicándose a perseguir a los corsarios berberiscos. A su vuelta a Roma se encontró con que un rival afortunado se había aprovechado de su ausencia para conquistar a una joven con la que él debía casarse. Tan gran mal necesitaba un remedio heroico. Della Valle decidió visitar como peregrino al sepulcro de Cristo. Pero si, como dice el refrán, por todas partes se va a Roma, no hay derrotero, por largo que sea, que no conduzca a Jerusalén, y así debió conocerlo Della Valle. En 1614 se embarcó en Venecia, pasó trece meses en Constantinopla, llegó por mar a Alejandría y luego al Cairo y se unió a una caravana que

al fin le condujo a Jerusalén. Pero por el camino le tomó gusto a la vida de viajero, porque sucesivamente visitó a Bagdad, Damasco y Alepo y hasta llegó a las ruinas de Babilonia. Indudablemente Della Valle había sido notado por el amor como una víctima fácil, porque a su vuelta se enamoró de una joven cristiana de Mardín, de maravillosa belleza, y con ella se casó. Podría creerse que ya se había fijado el destino de aquel infatigable viajero, pero nada de eso. Della Valle encontró medio de acompañar al *sha* de Persia en su guerra contra los turcos y de recorrer durante cuatro años consecutivos las provincias del Irán. En 1621 salió de Ispahan, y en el mes de diciembre del mismo año perdió a su mujer, la hizo embalsamar y llevó consigo el ataúd durante cuatro años, que empleó en explorar a Ormuz, las costas occidentales de la India, el golfo Pérsico, Alepo y la Siria, desembarcando en Nápoles en 1626.

Los países que visitó este hombre original, impulsado por un deseo verdaderamente extraordinario, describiólos con estilo vivo, alegre, natural y hasta con cierta fidelidad; pero inaugura la pléyade de viajeros aficionados, curiosos y comerciantes. Es el primero de esta fecunda raza de turistas que todos los años aumentan la literatura geográfica con numerosos volúmenes en los que el hombre estudioso no encuentra nada que utilizar sino áridas relaciones.

Tavernier es un curioso insaciable. A los veintidós años había recorrido Francia, Inglaterra, los Países Bajos, Alemania, Suiza, Polonia, Hungría e Italia. Luego, cuando Europa no le ofreció alimento suficiente a su curiosidad, partió para Constantinopla, donde se detuvo un año, y llegó a Persia, donde la ocasión y también algún diablo que le empuja hacen comprar tapices, tisús, piedras preciosas y esas mil bagatelas por las que la curiosidad iba a apasionarse, y por las que se debían pagar sumas fabulosas.

El beneficio que sacó Tavernier de este cargamento, le animó a emprender de nuevo su viaje; pero como hombre listo y prudente, antes de ponerse en camino, aprendió en casa de un joyero el arte de conocer las piedras preciosas, y durante cuatro viajes sucesivos, de 1638 a 1663, recorrió la Persia, el Mongol, las Indias hasta la frontera de China y las islas de la Sonda. Cegado por la fortuna que su tráfico le había proporcionado, quiso. Tavernier gozar a lo gran señor, y en breve se vio a las puertas de la miseria. Esperaba

conjurarla enviando a uno de sus sobrinos a Oriente con una pacotilla considerable; pero, por el contrario, fue consumida por este joven, que le pareció conveniente apropiarse el depósito que se le había confiado y se estableció en Ispahan.

Tavernier, que era instruido, recogió muchas observaciones interesantes acerca de la historia, los productos, las costumbres y los usos de los países que había visitado. Su relación contribuyó seguramente a dar a sus contemporáneos una idea mucho más justa de la que tenían formada de los países de Oriente.

Por lo demás, hacia este lado se dirigen todos los viajeros, cualquiera que sea el objeto que se propongan durante el reinado de Luis XIV. El África se abandona completamente, y si la América es teatro de una verdadera exploración, ésta se hace sin la ayuda del gobierno.

Mientras Tavernier realizaba sus últimas y lejanas excursiones, un arqueólogo distinguido, Juan de Thevenot, sobrino de Melquisedec Thevenot, (el erudito a quien se debe la publicación de una interesante serie de viajes), recorrió primero la Europa, luego Malta, Constantinopla, el Egipto, Túnez e Italia.

En 1661 volvió con una importante colección de medallas y de inscripciones de monumentos que hoy son poderoso auxilio para el historiador y el filólogo. En 1664 volvió a marchar de nuevo a Levante, y recorrió la Persia, Basora y la India, donde visitó a Masulipatam, Berampur, Orengabat y Golconda; pero las fatigas que había sufrido le impidieron volver a Europa, y murió en Armenia en 1667. El éxito de sus relatos fue considerable y por cierto bien merecido por el cuidado y la exactitud de aquel viajero cuya ciencia en historia, en geografía y en matemáticas rebasaba con mucho el nivel ordinario de sus contemporáneos.

Fáltanos ahora hablar del amable Bernier, *el lindo filósofo*, como le llamaban en su galante reunión, de la que formaban parte Ninón y la Fontaine, Mad de la Sablière, Saint-Evremont y Chapelle, sin contar a otros muchos buenos y alegres caracteres refractarios a la grave solemnidad que en aquella época pesaba sobre todo lo que rodeaba a Luis XIV. No podía Bernier librarse de aquella moda de los viajes, y después de haber visitado de paso la Siria y el Egipto, residió doce años en la India, donde sus especiales conocimientos en medicina le conciliaron el favor del gran Aureng-Zeb y le

permitieron visitar detenidamente y con gran fruto un imperio que en aquella época estaba en todo el apogeo de su prosperidad.

Al sur del Indostán reservaba Ceylán más de una sorpresa a sus exploradores. Roberto Knox, que fue hecho prisionero por los indígenas, debió a esta triste circunstancia el residir mucho tiempo en el país y recoger los primeros documentos auténticos acerca de los inmensos bosques y pueblos salvajes de Ceylán. Por un celo comercial de que no fueron los únicos en dar ejemplo, habían hasta entonces guardado secreto los holandeses sobre las noticias que habían adquirido acerca de una isla de la que trataban de hacer una colonia.

Otro comerciante, Juan Chardin, hijo de un joyero de París, envidioso del éxito de Tavernier, quiso como él hacer fortuna en el comercio de diamantes. Los países que atraen a estos negociantes son aquéllos cuyo renombre de riqueza y prosperidad se ha hecho proverbial como Persia y la India con sus ricos trajes centelleantes de oro y pedrería y sus ricas minas de diamantes de un tamaño

fabuloso. La ocasión para visitar aquellos países ha sido bien escogida. Merced a los emperadores mongoles, se han desarrollado la civilización y el arte; se han levantado mezquitas, palacios y templos y han surgido de pronto ciudades. Su gusto (ese gusto tan extraño, tan francamente caracterizado y tan diferente del nuestro) admira en la construcción de edificios gigantescos, así como en la joyería, como en la orfebrería y en la fabricación de esas bagatelas por las que principiaba a apasionarse el Oriente. Hombre hábil, Chardin, tomó un asociado tan conocedor como él, y al principio no hacía más que atravesar rápidamente la Persia para llegar a Ormuz y embarcarse para las Indias. Al año siguiente estaba de vuelta en Ispahan y se dedicó a aprender la lengua del país para tratar los negocios directamente y sin intermediario y de simpatizar con el *sha* Abbas II. Desde entonces estuvo hecha su fortuna, porque es a la vez de buen tono y de cortesano listo tener el mismo proveedor que su soberano; pero Chardin tuvo otro mérito, que el de hacer fortuna. Supo recoger en el gobierno de Persia gran copia de noticias sobre las costumbres, las creencias, los usos, las ciudades y la población de aquel país que han hecho de su relato hasta nuestros días el *vade mecum* del viajero. Esta guía es tanto más preciosa cuanto que Chardin tuvo cuidado de contratar en Constantinopla un hábil dibujante llamado Grelot, el cual reprodujo los monumentos, las ciudades, las escenas, los trajes y las ceremonias que tan bien retratan lo que Charron llama «todos los días de un poblado».

Cuando en 1670 Chardin regresó a Francia, la revolución del edicto de Nantes había arrojado de su patria, a consecuencia de bárbaras persecuciones, una multitud de artesanos que fueron a enriquecer el extranjero con nuestras artes y nuestra industria. Siendo Chardin protestante, comprendió muy bien que su religión le impediría llegar «a lo que se llama honores y fortuna». Como, según su expresión, «no era libre para creer lo que quisiere», resolvió volver a las Indias, «donde sin que se le obligase a cambiar de religión alcanzaría una posición honrosa. Así, pues, en aquellos tiempos había más libertad de conciencia en Persia que en Francia». Esta aserción de parte de un hombre que ha hecho la comparación, es poco honrosa para el nieto de Enrique IV.

Pero Chardin no siguió el mismo rumbo en este viaje. Pasó por

Esmirna, por Constantinopla, y desde allí, atravesando el mar Negro, desembarcó en Crimea disfrazado de religioso. Al atravesar la región del Caúcaso tuvo ocasión de estudiar a los abkases y los circasianos. Después penetró en la Mingrelia, donde fue despojado de una parte de las alhajas que llevaba de Europa y de sus objetos y papeles, y él mismo pudo librarse gracias a la solicitud de los teatinos, entre los cuales había recibido hospitalidad. Sin embargo, escapó de aquellos peligros para caer en manos de los turcos, que a su vez le obligaron a pagar rescate. Después de otras muchas desventuras, llegó a Tiflis el 17 de diciembre de 1672; y como en aquella época la Georgia se hallaba gobernada por un príncipe tributario del *sha* de Persia, le fue fácil llegar a Evirán, a Tauris, y por último a Ispahan.

Después de una permanencia de cuatro años en Persia y de haber hecho un último viaje a la India, en la cual realizó una fortuna considerable, Chardín volvió a Europa, y fijó su residencia en Inglaterra, por estarle prohibido por motivos religiosos el vivir en su patria.

El diario de su viaje forma una obra considerable, en la cual todo lo que corresponde a Persia está muy especialmente desarrollado. Su larga estancia en aquel país y su trato con los primeros personajes del Estado, le permitieron reunir documentos numerosos y auténticos; así es que puede decirse que fue más conocida Persia en el siglo XVII que lo fue cien años después.

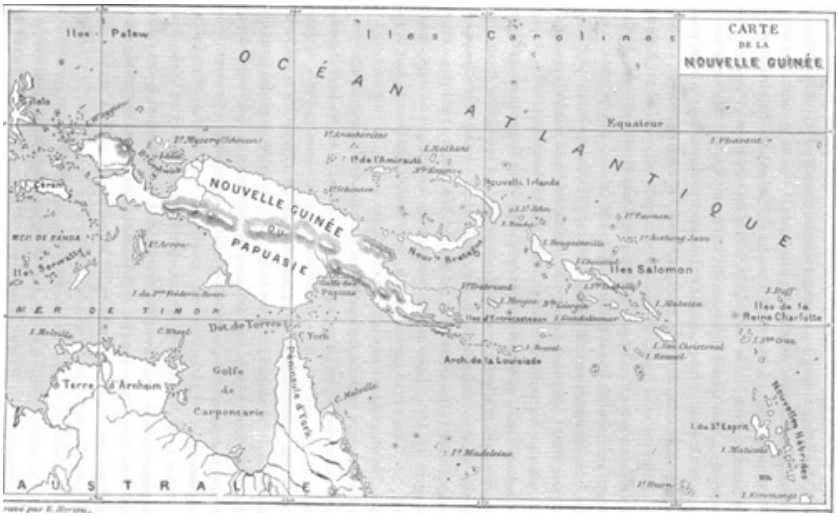
Los países en que acababa de estar Chardin fueron visitados más tarde por un pintor holandés llamado Cornelio de Bruyn o Le Brun. Lo que ha aumentado el valor de su obra es la belleza y la exactitud de los dibujos que la acompañan; pues en cuanto al texto, no hay en él nada que no fuera conocido antes, a excepción de los samoyedos, a quienes fue el primero en visitar.

Ahora debemos hablar del westfaliano Kaempfer, casi naturalizado en Suecia, por el mucho tiempo que estuvo en los países escandinavos, donde rehusó la brillante posición que se le ofrecía para acompañar como secretario a un embajador que se dirigía a Moscú. De este modo pudo ver las principales ciudades de Rusia, país que a la sazón apenas si había entrado en la vida de civilización occidental; luego llegó a Persia, donde abandonó al embajador Fabricius para alistarse en la compañía holandesa de las

Indias y continuar sus viajes. Primero visitó Persépolis, Schiraz y Ormuz, en el golfo Pérsico, donde estuvo gravemente enfermo, y embarcó en 1688 para las Indias orientales, visitando la Arabia Feliz, la India, la costa de Malabar, Ceilán, Java, Sumatra y el Japón. El objeto de sus viajes era exclusivamente científico. Médico, pero dedicado especialmente a los estudios de historia natural, Kaempfer recogió, describió y dibujó o desecó gran número de plantas, en aquella época desconocidas en Europa, dio noticias nuevas, acerca de su empleo farmacéutico o industrial, y recogió un inmenso herbario, que hoy se conserva con la mayor parte de sus manuscritos en el *British Museum* de Londres. Pero la parte más interesante de su relación, hoy anticuada e incompleta desde que el país se abrió a nuestros sabios, fue por mucho tiempo la relativa al Japón. Había sabido procurarse libros que trataban de la historia, de la literatura y de las ciencias del país, y de aquellos hechos que no habían podido saber por medio de algunos personajes, entre los cuales supo hacerse lugar, y cuyos libros contenían noticias que no era costumbre comunicar a los extranjeros.

En suma, si todos los viajeros de que acabamos de hacer mención no son, propiamente hablando, descubridores, si no exploran ningún país desconocido antes de ellos, tienen, a lo menos, en distintos grados, y según sus aptitudes o sus estudios, el mérito de haber hecho conocer mejor los países que visitaron. Además, han sabido relegar al dominio de la fábula muchos relatos que otros hombres menos ilustrados habían aceptado inocentemente y que desde entonces habían pasado al dominio público, y nadie pensaba en comprobarlos.

Gracias a ellos, la historia del Oriente empezó a ser un poco conocida; comenzaban las emigraciones de los pueblos y se iban dando cuenta de las evoluciones de los grandes imperios, cuya existencia por mucho tiempo había sido problemática.


CARTE
DE LA
NOUVELLE GUINÉE
Iles Carolines
Iles Palaos
OCÉAN ATLANTIQUE
Equateur
NOUVELLE GUINÉE
ou
PAPUASIE
Nouvelle Irlande
Nouvelle Bretagne
Iles Salomon
MER DE BANDA
Iles Sarwatty
MER DE TIMOR
Golfe de Carpentarie
Terre d'Arnhem
Détroit de Torres
York
Archipel de la Louisiade
Nouvelles Hébrides
AUSTRALIE

VI

LOS FILIBUSTEROS

I

Guillermo Dampier o un rey del mar en el siglo XVII.

Guillermo Dampier nació en 1612 en East-Toker, y desde su infancia, a causa de la muerte de sus padres, se encontró entregado a sí mismo. Como no tenía gran afición al estudio, prefería hacer novillos y pelearse con sus compañeros, a estarse quieto en los bancos de la escuela; así fue que, aún muy joven, se embarcó como grumete en un buque mercante. Después de un viaje a Terranova y una campaña en las Indias orientales, se alistó en la marina militar, y herido en un combate, volvió a Grenwich para curarse. Libre de preocupaciones, olvidó su compromiso al salir del hospital militar, y partió para la Jamaica en calidad de capataz de una plantación; pero no tardó mucho en echar de ver que este oficio no era propio para él, y al cabo de seis meses abandonó sus negros y se embarcó para la bahía de Campeche, donde trabajó por espacio de tres años en recolectar maderas tintóreas. Al cabo de este tiempo, se le encuentra en Londres; pero las leyes y los agentes del gobierno se encargan de hacerle respetar su contrato, y vuelve a la Jamaica, donde en breve se pone en relación con los famosos piratas y filibusteros que en aquella época hicieron tanto daño a los

españoles.

Establecidos en la isla de la Tortuga y en la costa de Santo Domingo aquellos aventureros ingleses o franceses, habían jurado un odio implacable a España.

Sus expediciones no se limitaron al golfo de Méjico; atravesaron el istmo de Panamá, y devastaron las costas del Océano Pacífico, desde el estrecho de Magallanes hasta California. El terror exageró mucho más las expediciones de aquellos filibusteros, que tenían, sin embargo, bastante de maravillosas.

Entre aquellos aventureros, que a la sazón estaban mandados por Harris, Sáwkins y Shays, se alistó a Dampier. En 1680 le vemos en el Darién, donde saquea a Santa María, trató en vano de sorprender a Panamá, y con sus compañeros, tripulando canoas robadas a los indios, captura ocho buques bien armados, que estaban fondeados no lejos de la ciudad. En aquellas circunstancias fueron tan considerables las pérdidas de los filibusteros en el combate y tan escaso el botín, que se separaron; unos llegaron al golfo de Méjico, y otros se establecieron en la isla de Juan Fernández, donde no tardaron en atacar a Arica. Pero también esta vez salieron mal parados, se produjo entre ellos una escisión, y Dampier fue a Virginia, donde su capitán esperaba reclutar gente. Allí, con la intención de penetrar en el Océano Pacífico por el estrecho de Magallanes, armó el capitán Cook un buque, y Dampier tomó parte en este viaje, comenzando por hacer el corso en la costa de África, en las islas de cabo Verde, en Sierra Leona y en el río Scherborough, porque éste era el rumbo que habitualmente seguían los buques destinados a la América del Sur. A los 36º de latitud meridional, advirtió Dampier (que anotaba en su diario todos los hechos interesantes) que el mar se volvió blanco, o mejor dicho, pálido, sin que se le alcanzara la causa. Si hubiera hecho uso del microscopio, se lo hubiera explicado fácilmente. Sin incidentes pasaron las islas Sevaldinas, atravesaron el estrecho de Lemaire, doblaron el cabo de Hornos el 6 de febrero de 1684, y en cuanto el capitán Cook pudo librarse de las tempestades que ordinariamente combaten a los buques que entran en el Pacífico, ganó la isla de Juan Fernández, donde esperaba avituallarse. Dampier se preguntaba si encontrarían a un indio de Nicaragua que había dejado allí el capitán Sharp en 1680. «Este individuo vivió solo por

espacio de más de tres años en la isla. Se hallaba en los bosques cazando cabras montesas, cuando el capitán inglés mandó reembarcar su gente, y se hizo a la vela sin notar su ausencia. El indio no tenía más que un fusil y su cuchillo, un pequeño cuerno de pólvora y un poco de plomo. Después de haber gastado las balas y la pólvora encontró el modo de serrar con su cuchillo el cañón del fusil, haciendo pedazos pequeños y construyendo con ellos arpones, lanzas, anzuelos y un largo cuchillo. Con aquellos instrumentos se proporcionó todas las provisiones que produce la isla: cabras y pescados. A una media milla del mar había levantado una pequeña choza cubierta de pieles de cabras. Ya no tenía traje ninguno y solo una simple piel le servía para cubrirse los riñones». Si nos hemos detenido un tanto hablando de este solitario forzoso, es porque ha servido de tipo a Daniel de Foe para su *Robinson Crusoe*, esa novela que ha hecho la delicia de todos los niños.

No referiremos aquí en detalle las expediciones en que tomó parte Dampier. Nos basta decir que en esta campaña visitó las islas de los Galápagos. Viendo el capitán Swan, a cuyo bordo servía Dampier en 1686, que se frustraban todas las empresas, se dirigió a las Indias orientales, donde los españoles estaban más confiados y donde esperaba apoderarse del galeón de Manila. Pero nuestros

aventureros llegaron a Guaham cuando no tenían más que víveres para tres días. Los marineros habían convenido que si el viaje se prolongaba se comerían sucesivamente a todos los que habían sido partidarios de hacer aquel viaje, comenzando por el capitán, que había hecho la proposición, y siguiendo por Dampier. «De aquí resultó, dice jovialmente, que después de haber fondeado en Guaham le dijo Swan abrazándole: "¡Ah, Dampier!, ¡que mala comida les hubiera usted dado!"». «Y tenía razón, porque —añade— yo estaba delgado y descarnado como él robusto y grueso». Los puntos que visitó y saqueó Dampier en esta campaña, fueron Mindanao, Manila, algunas costas de la China, las Molucas, Nueva Holanda y las islas Nicobar. En este último archipiélago se separó de sus compañeros y fue recogido medio muerto en la costa de Sumatra. Durante esta campaña descubrió Dampier muchas islas, hasta entonces desconocidas, y principalmente el grupo de las Baschi. Restablecióse en breve, y como era un verdadero aventurero, recorrió todo el Sur del Asia, Malaca, el Tonquín, Madras y Benculem, alistado como artillero al servicio de Inglaterra. Cinco meses después desertó y volvió a Londres. El relato de sus aventuras y sus corsos le atrajo un sinnúmero de simpatías entre la alta sociedad, y fue presentado al conde Oxford, *lord* del Almirantazgo. En breve recibió el mando de un buque llamado *Roebuck*, para intentar un viaje de descubrimientos por los mares que ya había explorado. El 14 de enero de 1699 salió de Inglaterra con el proyecto de pasar por el estrecho de Magallanes y dar la vuelta a la Tierra del Fuego para empezar sus descubrimientos en las costas del Pacífico, que hasta entonces eran las menos visitadas. Después de haber pasado el 10 de marzo el Ecuador, se hizo a la vela para el Brasil, donde tomó vituallas. Lejos de poder bajar la costa de la Patagonia fue rechazado por el viento a diez y seis leguas al sur del cabo de Buena Esperanza, desde donde se hizo a la vela por el Estesudoeste hacia la Nueva Holanda. Aquella larga travesía no se señaló con ningún incidente, y el 1.º de agosto Dampier descubrió tierra, buscó en seguida un puertecillo para desembarcar en él, y cinco días después llegó a la bahía de los Perros Marinos, en la costa occidental de Australia; pero no encontró más que una tierra estéril en que no había agua ni vegetación. Hasta el 31 de agosto siguió el litoral a lo largo sin

descubrir lo que buscaba. En un desembarco que hizo, tuvo una ligera escaramuza con algunos habitantes, que parecían muy escasos en el país. Su jefe era un joven de mediana estatura, pero vivo y experto; rodeaba sus ojos un círculo de pintura blanca, y una raya del mismo color le bajaba desde lo alto de la frente hasta el extremo de la nariz; asimismo tenía rayados el pecho y los brazos. En cuanto a sus compañeros, tenían la piel negra, la mirada feroz, los cabellos crespos y eran altos y delgados.

Hacía cinco semanas que Dampier rasaba de cerca la tierra y no había encontrado ni agua ni víveres; sin embargo, no quería soltar prendas y esperaba continuar subiendo la costa hacia el Norte; pero los bajos que encontró a cada paso y el monzón del Noroeste que empezaba a soplar, le obligaron a renunciar a su empresa, después de haber descubierto más de trescientas leguas de continente austral, y se dirigió a Timor, donde esperaba descansar, y que lo hiciera su tripulación, fatigada por aquel largo viaje. Pero conocía poco aquellos sitios y sus mapas eran deficientes. Necesitó, pues, operar un reconocimiento como si los holandeses no hubieran estado establecidos allí desde hacía mucho tiempo; así es que entre Timor y Anamabao descubrió un paso en el sitio en que su mapa indicaba una bahía. La llegada de Dampier a un puerto que sólo los holandeses conocían, les sorprendió y disgustó sobremanera; pensaron que no habían podido llegar allí los ingleses sino por medio de mapas tomados en algún buque de su nación. Sin embargo, concluyeron por volver de su estupor, y les acogieron con agrado.

Dampier se hizo a la mar aun cuando ya amenazaba el monzón, y se dirigió hacia la costa septentrional de la Nueva Guinea, a donde llegó cerca del cabo Maho de los holandeses, el 4 de febrero de 1700. Entre las cosas que llamaron su atención, cita Dampier la prodigiosa cantidad de una especie de palomas, de murciélagos de tamaño extraordinario, y las pechinas, especie de caracoles, cuya concha vacía no pesaba menos de doscientas cincuentas y ocho libras. El 7 de febrero se acercó a la isla del rey Guillermo, y corriéndose hacia el Este, no tardó en avistar el cabo de Buena Esperanza, de Schouten y la isla que ha recibido el nombre de este navegante. El 24 presenció la tripulación un espectáculo singular: «Dos peces que acompañaban al buque desde hacía cinco o seis días

vieron una gran serpiente marina, y se pusieron a perseguirla. Era como de figura y tamaño de las caballas, pero de un color amarillo verdoso. La serpiente, que huía velozmente, sacaba la cabeza fuera del agua, y uno de los peces se esforzaba en agarrarla de la cola. Tan pronto como se revolvía, el primer pez se quedaba atrás y el otro ocupaba su lugar. Así la tuvieron mucho tiempo en este ejercicio, siempre dispuesta a defenderse, huyendo hasta que se les perdió de vista».

El 25 dio Dampier el nombre de San Matías a una isla montañosa de unas diez leguas de largo, situada por encima y hacia el este de las islas del Almirantazgo. Siete u ocho leguas más allá descubrió otra isla, la cual recibió el nombre de Borrascosa, a causa de los violentos torbellinos que le impidieron arribar a ella. Creíase Dampier entonces cerca de la costa de Nueva Guinea, mientras que seguía la de la Nueva Irlanda, y trató de desembarcar en ella; pero estaba rodeado de piraguas, en las que iban más de doscientos indígenas, y la costa estaba cubierta de una multitud inmensa. Viendo que sería imprudente enviar a tierra una chalupa, Dampier hizo virar de bordo, pero apenas dio esta orden cuando el buque fue acribillado a pedradas que lanzaban los indígenas con una máquina cuya forma no se pudo describir, pero que fue causa de que se diera a aquel paraje el nombre de bahía de los Honderos. Un solo cañonazo llenó de estupor a los indígenas y puso fin a las hostilidades. Un poco más allá, a alguna distancia de las costas de la Nueva Irlanda, están las islas Dionisio y San Juan, que descubrieron los ingleses, y Dampier fue el primero que, al pasar por el estrecho que separa la Nueva Irlanda de la Nueva Bretaña, reconoció las islas Volcán, de la Corona, G. Rook,
Long-Rich
y Ardiente.

Después de este largo crucero señalado por importantes descubrimientos, hizo rumbo al Oeste, llegó a la isla Missore y después a la de Cerán, una de las Molucas, donde se detuvo mucho tiempo. Dirigióse después a Borneo, pasó por el estrecho de Macasar, y el 23 de junio llegó a Batavia en la isla de Java. Allí se detuvo hasta el 17 de octubre, que hizo rumbo a Europa. Al llegar a la isla de la Ascensión el 23 de febrero de 1701, se encontró con que su buque tenía una vía de agua tan considerable que fue

imposible taparla. Por lo tanto hubo de varar el buque y transportar a tierra la tripulación y el cargamento. Afortunadamente no les faltaron agua, tortugas, cabras y cangrejos; podían, pues, aguardar hasta que llegara un buque a la isla que devolviera los náufragos a su patria, lo cual no se hizo esperar, porque el 2 de abril llegó un barco inglés que los tomó a su lado y les condujo a Inglaterra. Con motivo de los viajes de Wood Rodgers, aún tendremos ocasión de hablar de Dampier.

II

EL POLO Y LA AMÉRICA

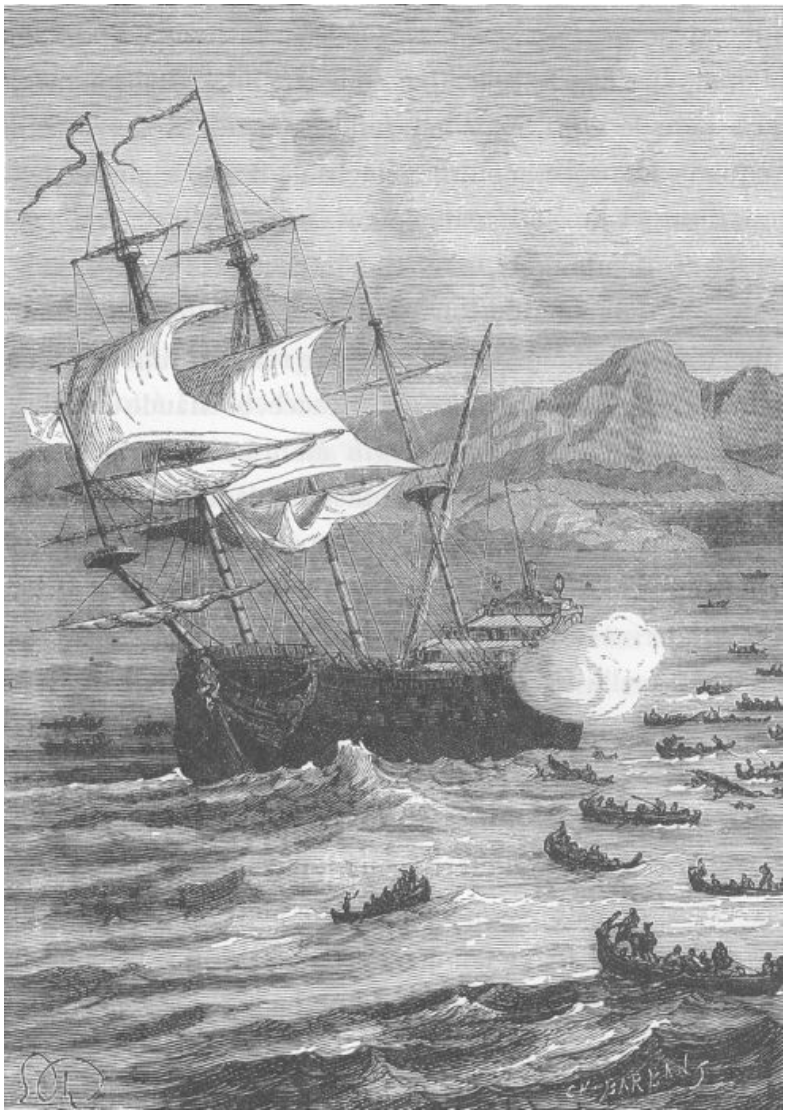
Hudson y Baffin. —Champlain y La Sale. —Los ingleses en la costa del Atlántico. —Los españoles en la América del Sur. —Resumen de los conocimientos adquiridos a fines del siglo XVII. —La medida de los grados terrestres. —Progresos de la cartografía. —Inauguración de la geografía matemática.

Si Inglaterra había abandonado desde hacía unos veinte años sus tentativas para encontrar un paso por el Noroeste, no se había renunciado sin embargo a buscar por aquella vía un paso que no debía descubrirse hasta nuestros días, y eso para hacer constar que no podía atravesarse. Un hábil marino, Enrique Hudson, del cual dice Ellis «que nunca nadie entendió mejor el oficio de la mar, que su valor estaba a prueba de todos los sucesos y que su aplicación fue infatigable», celebró un tratado con una compañía de mercaderes para buscar el paso del Noroeste. El 1.º de mayo de 1607 salió de Gravesend con un simple barco, el *Hopewell*, y doce hombres de tripulación, llegando el 13 le junio a la costa oriental de la Groenlandia al 73º y dándola un nombre que respondía a sus esperanzas, cual era el de cabo de Tente Firme (*hold with hope*). El tiempo era bueno y menos frío que a los 10º más abajo. El 27 de junio remontó Hudson cinco grados más al Norte, pero por uno de esos bruscos cambios tan frecuentes en aquellos países, el 2 de julio el frío se hizo muy riguroso. Sin embargo, el mar estaba libre, el viento en calma; y maderas flotantes derivaban en gran cantidad. El 14 del mismo mes, a los 33º 23' el patrón y su segundo de a bordo bajaron a una tierra que formaba la parte septentrional de Spitzberg. Allí encontraron huellas de bueyes almizcleños y de

zorras, gran cantidad de aves acuáticas, dos arroyos de agua dulce, y caliente uno de ellos, lo cual demostró a los navegantes que bajo aquellas latitudes era posible la vida en aquella época del año. No tardó Hudson en hacerse a la mar; pero se encontró detenido a la altura de los 82º por un espeso banco de hielo que en vano trató de romper o rodear. Tuvo que regresar a Inglaterra, adonde llegó el 15 de septiembre, después de haber descubierto una isla, que probablemente es la de Juan Mayen. No habiéndole dado resultado el camino que hacia el Norte había seguido en aquel primer viaje, intentó obtenerlo por otro nuevo, y en efecto, el 21 de abril del año siguiente, se hizo a la vela y se adelantó entre Spitzberg y la Nueva Zembla; pero tuvo que contentarse con seguir durante algún tiempo las costas de la tierra sin poder remontar tanto como hubiera querido. El fracaso de aquella segunda tentativa aún fue más completo que el de la campaña de 1607; así es que la Compañía Inglesa que había hecho los gastos de las dos tentativas se negó a hacer otros nuevos, y éste fue sin duda el motivo que determinó a Hudson a entrar al servicio de Holanda.

En 1609 la Compañía de Ámsterdam le entregó el mando de un buque con el cual salió de Texel a principios de aquel año. Después de haber doblado el cabo Norte avanzó a lo largo de las costas de Nueva Zembla, pero su tripulación, compuesta de ingleses y holandeses que habían hecho las campañas de las Indias Orientales, se amotinó en breve por el frío y los hielos. Vióse, pues, obligado Hudson a cambiar de rumbo y a proponer a sus marineros sublevados buscar un paso, ya por el estrecho de Davis, ya por las costas de Virginia, donde encontrarían seguramente una salida, según las noticias del capitán Smith, que había visitado aquellas costas. No podía ser dudosa la elección de aquella tripulación tan poco disciplinada, y Hudson, para no comprometer enteramente los gastos hechos por la Compañía de Ámsterdam, tuvo que tomar rumbo a las islas Feroe, bajar hacia el Sur hasta el 44º paralelo y buscar en la costa de América el estrecho cuya existencia se le había asegurado. El 18 de julio desembarcó en el continente con objeto de cambiar su palo de mesana que una tempestad había roto, y aprovechóse de este desembarco para cambiar pieles con los indígenas. Pero habiendo sus marineros indisciplinados molestado con sus exacciones a los pobres salvajes tan pacíficos, le obligaron a

hacerse a la vela y continuó siguiendo la costa hasta el 3 de agosto, en que por segunda vez tomó tierra. A los 40º 30' descubrió una gran bahía que recorrió en canoa por espacio de cincuenta leguas. Entretanto empezaban a escasear los víveres y no era posible procurarse otros en tierra. Los marineros, que parecían haber impuesto su voluntad al capitán durante aquella larga campaña, se reunieron en conciliábulo, proponiendo los unos invernar en Terranova para volver al año siguiente a buscar el paso, y queriendo los otros dirigirse a Irlanda. Este último partido fue el que se tomó; pero cuando se acercaron a las costas de la Gran Bretaña ejerció la tierra tan poderoso atractivo sobre su gente, que Hudson se vio obligado a entrar en Darmout el 7 de noviembre.



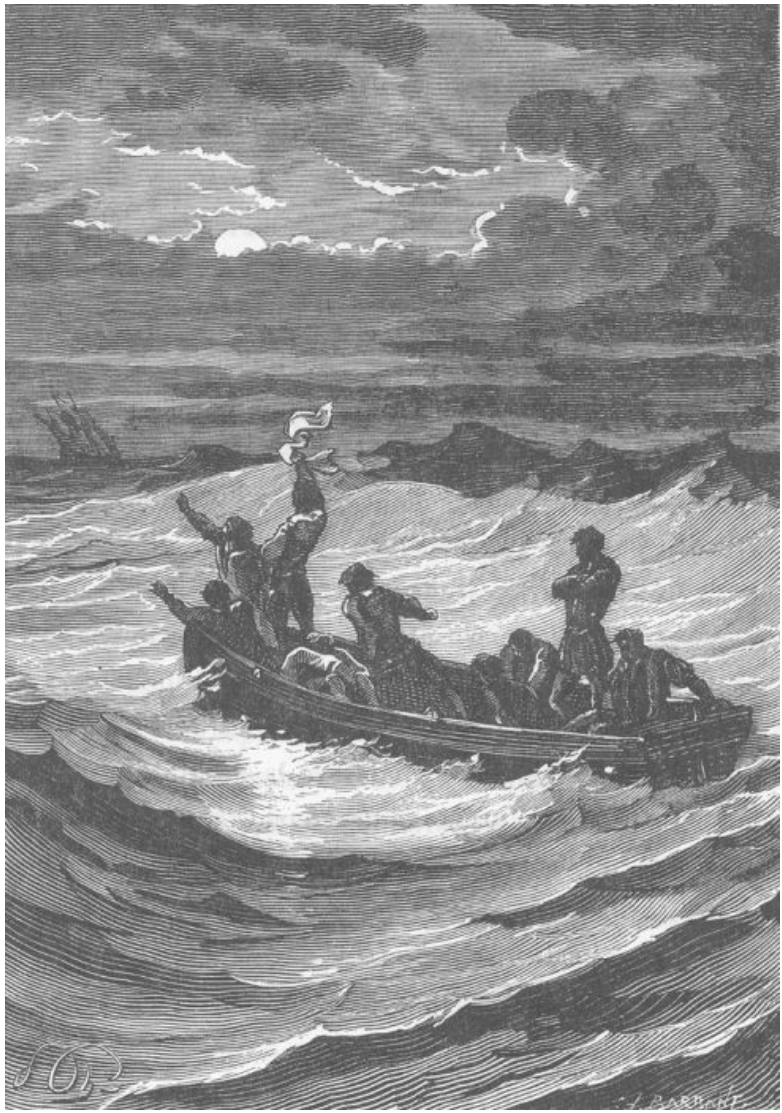
A pesar de los disgustos que había sufrido, trató de renovar al año siguiente (1610) sus contratos con la Compañía holandesa; pero el precio que puso ésta a su concurso fue tan excesivo, que le obligaron a renunciar a su proyecto y a comprometerse a pasar por las exigencias de la Compañía inglesa. Esta impuso a Hudson la condición de embarcar más bien como acompañante que como segundo a un experto marino llamado Coleburne, en el cual tenía

toda su confianza. Compréndese perfectamente cuánto lastimaría a Hudson esta exigencia, y, por consiguiente, que se aprovechase de la primera ocasión que se le presentó para desembarazarse de aquel vigilante que le había sido impuesto. Aún no había salido del Támesis cuando envió a Coleburne a tierra con una carta para la Compañía, en la cual se esforzaba en paliar y justificar su extraño proceder.

Cuando el buque trataba de detenerse en los últimos días de mayo, en uno de los puertos de la Islandia, la tripulación tramó el primer complot a propósito de Coleburne; pero el plan fue desbaratado fácilmente, y cuando el 1.º de junio dejó la isla, ya Hudson había restablecido su autoridad.

Después de haber pasado el estrecho de Frobisher, reconoció la tierra de Desolación, de Davis, en el estrecho que recibió su nombre, y penetró en una ancha bahía de la que visitó toda la costa occidental, hasta principios de septiembre. En esta fecha fue desembarcado uno de sus oficiales inferiores, que no cesaba de excitar a la sublevación contra su jefe; pero esta medida de justicia sólo sirvió para irritar a los marineros. En los primeros días de noviembre llegó Hudson al fondo de la bahía en la que buscó un sitio a propósito para invernar, y habiéndolo encontrado hizo poner en él su buque en seco, resolución que se concibe difícilmente. Por una parte Hudson había salido de Inglaterra con víveres sólo para seis meses, que se consumían con bastante largueza y vio era posible pensar en procurarse un suplemento de alimentación en vista de la esterilidad del país; por otra parte, la tripulación había dado numerosas señales de sedición, de modo que no podía contarse de ninguna manera con su disciplina y su buena voluntad. Sin embargo, aun cuando tuvieran muchas veces que contentarse con una escasa ración, el invierno no fue demasiado penoso para los ingleses, merced a numerosas bandadas de aves que se presentaron; pero en cuanto llegó la primavera y el buque se halló en estado de tomar la vuelta de Inglaterra, comprendió Hudson que su suerte estaba decidida, tomó sus disposiciones, distribuyó a cada uno su parte de galleta, pagó las soldadas y esperó los acontecimientos. No se hicieron éstos esperar; apoderándose los conjurados de su capitán, de su hijo, de un voluntario, del carpintero y de cinco marineros; los embarcaron en una chalupa sin armas, sin

provisiones y sin instrumentos y les abandonaron a merced del Océano. Los culpables llegaron a Inglaterra, aunque no todos, porque dos fueron muertos por los indios; otro murió de una enfermedad y los demás tuvieron que sufrir mucho por causa del hambre. Por lo demás, no se les molestó ni persiguió; sólo en 1674 la Compañía dio un empleo a bordo de un buque al hijo de Enrique Hudson «perdido en el descubrimiento del Noroeste» y que absolutamente carecía de fortuna.



Las expediciones de Hudson fueron seguidas por las de Button y Gibbons, a los que se debe, a falta de nuevos descubrimientos, una serie de observaciones muy atinadas acerca de las mareas, las variaciones del tiempo y la temperatura y de muchos fenómenos naturales.

En 1615, la Compañía inglesa confió a Byleth, que había tomado parte en los últimos viajes, el mando de una embarcación de

cincuenta toneladas. El nombre de ésta, el *Descubrimiento*, era de buen agüero, y llevaba como piloto al famoso Guillermo Baffin, cuyo renombre eclipsó al de su capitán.

El 13 de abril salieron de Inglaterra los exploradores ingleses, y desde el 6 de mayo reconocieron el cabo Farewell, pasaron de la isla Consolación a las de los Salvajes, donde encontraron un gran número de naturales, y remontaron hacia el Noroeste hasta los 64º. El 10 de julio tenían la tierra a estribor y la marea venía del Norte, por lo cual concibieron tal esperanza de que el paso buscado existía, que dieron al cabo descubierto en aquel sitio el nombre de Consutlo. Probablemente era el cabo Walsingham, porque después de haberle doblado advirtieron que la tierra volvía hacia el Nordeste y al Este. Durante este año los descubrimientos llegaron solamente hasta la entrada del estrecho de Davis; el 9 de septiembre estaban de vuelta en Plymouth sin haber perdido un solo hombre.

Eran tan grandes las esperanzas concebidas por Byleth y Baffin, que al año siguiente consiguieron hacerse a la mar de nuevo en el mismo buque. El 14 de mayo de 1616, después de una navegación en la que no ocurrió nada notable, penetraron los dos capitanes en el estrecho de Davis, reconocieron el cabo Esperanza de Sanderson, punto extremo a que anteriormente había llegado Davis, y subieron hasta los 72º 40' a la isla de las Mujeres, llamada así porque en ella encontraron algunas esquimales. El 12 de junio se vieron obligados por los hielos a entrar en una bahía de la costa. Los esquimales les llevaron muchos cuernos, sin duda de morsas, de bueyes almizcleños, lo cual fue causa de que se llamase aquella entrada *Horn sound* (estrecho de los cuernos). Después de una estada de varios días pudieron hacerse a la mar y partir. En los 75º 40' encontraron una inmensa extensión de agua, libre de hielos, y penetraron sin gran peligro hasta más allá de los 78º de latitud hasta la entrada del estrecho que prolongaba hacia el Norte la inmensa bahía que acababan de recorrer y que tomó el nombre de Baffin. Haciendo después rumbo al Oeste y luego al Sudoeste, Byleth y Baffin descubrieron las islas Carey, el estrecho de Jones, la isla Coburgo y el estrecho de Lancastre; por último, bajaron toda la costa occidental de la bahía Baffin hasta la Tierra de Cumberland, y desesperando entonces de poder llevar más adelante sus descubrimientos, Byleth, que tenía en su tripulación gran número

de escorbúticos, tuvo que volver a las costas de Inglaterra, donde desembarcó el 30 de agosto en Douvres.

Si aún esta expedición resultó un fracaso, porque no se había encontrado el paso del Noroeste, sin embargo fue muy importante. Byleth y Baffin habían hecho retroceder prodigiosamente los límites de los mares conocidos en las tierras de Groenlandia, y el capitán y el piloto aseguraban, y así se lo escribieron al director de la Compañía, que la bahía visitada por ellos era un excelente sitio de pesca donde se encontraban millones de ballenas, focas y morsas. No debían tardar los sucesos en darles completamente la razón.

Bajemos ahora por la costa de América hasta el Canadá y veamos lo que allí había sucedido desde Jacobo Cartier. Se recordará que éste había hecho un ensayo de colonización que no había tenido importantes resultados; sin embargo, algunos franceses se habían quedado en el país y en él se habían casado formando una base de colonización. De vez en cuando recibían algunos refuerzos que les llevaban los buques pescadores de Dieppe o de Saint-Malo; pero era muy difícil establecer la corriente de emigración. En tales circunstancias un noble llamado Samuel de Champlain, veterano de las guerras de Enrique IV, que durante dos años y medio había recorrido las Indias orientales, se comprometió, por medio del comendador Chastes, con el señor de Pontgravé a continuar los descubrimientos de Jacobo Cartier y escoger los sitios más favorables para la fundación de ciudades y centros de población. No es este lugar para hablar del modo cómo Champlain entendió su papel de colonizador, ni tampoco para ocuparnos en sus grandes servicios, que le merecieron el sobrenombre de padre del Canadá; dejaremos, pues, a un lado todo lo que corresponde a esta parte de su papel, y por cierto no la menos brillante, y nos limitaremos a los descubrimientos que realizó en el interior del continente.

Habiendo salido de Honfleur el 15 de marzo de 1603, los dos jefes de la empresa subieron primero el San Lorenzo hasta la ensenada de Tadusac, a ochenta leguas de su desembocadura. Allí fueron bien acogidos por las poblaciones que, sin embargo, no tenían «ni fe, ni ley, viviendo sin Dios ni religión, como bestias». Dejando en aquel sitio sus buques, que no habrían podido avanzar más adelante sin correr gran riesgo, llegaron en botes a la catarata San Luis, donde Jacobo Cartier se había detenido; penetraron un

poco más en el interior, y volvieron a Francia, donde Champlain hizo imprimir para el rey una relación de este viaje.

Enrique IV resolvió continuar la empresa, pero mientras esto pasaba, murió Chastes y se transmitió su privilegio a Monts, con el título de vicealmirante y gobernador de la Acadia. Champlain acompañó a Monts al Canadá y allí pasó tres años enteros, ya ayudándole con sus consejos y sus cuidados en sus tentativas de colonización, ya explorando las costas de la Acadia, que reconoció hasta más allá del cabo Cod, ya haciendo incursiones en el interior y visitando las tribus salvajes, a las que quería y le importaba atraerse. En 1607, después de un nuevo viaje a Francia para reclutar colonos, volvió Champlain a Nueva Francia y fundó en 1608 una población que debía ser Quebec. El año siguiente lo consagró a remontar el San Lorenzo y a hacer su hidrografía. Champlain penetró en una piragua con dos compañeros solamente y algunos algonquines, entre los iroqueses, y los venció en una gran batalla que dio a orillas de un lago que recibió su nombre; después bajó el río Richelieu hasta el San Lorenzo. En 1610 hizo una nueva incursión a las tribus de los iroqueses, a la cabeza de sus aliados los algonquines, que difícilmente se sometían a la disciplina europea. Durante esta campaña empleó máquinas de guerra que sorprendieron extraordinariamente a los salvajes y le aseguraron con facilidad la victoria. En el ataque de una aldea hizo construir un castillete de madera que doscientos hombres de los más vigorosos «llevaron delante del poblado hasta la distancia de una pica, y en él hizo subir a tres arcabuceros perfectamente a cubierto de las flechas y de las piedras que pudieran tirarles o lanzarles».

Algún tiempo después le vemos explorar el río Ottawa y adelantarse hacia el Norte del continente hasta setenta y cinco leguas de la bahía de Hudson. Después de haber fortificado a Montreal en 1615, remontó por dos veces el Ottawa, exploró el lago Hurón y llegó por tierra hasta el lago Ontario, que atravesó.

Es muy difícil dividir en dos partes la vida tan ocupada de Champlain. Todas sus excursiones, todos sus reconocimientos no tenían otro objeto que el desarrollo de la obra a que había consagrado su existencia. Así es que destacadas de lo que les da interés parecen sin importancia, y, sin embargo, si la política colonial de Luis XIV y de su sucesor hubiera sido diferente, Francia

poseería en América una colonia que seguramente no cedería en prosperidad a los Estados Unidos. A pesar del abandono de los franceses, el Canadá ha conservado un ferviente amor hacia la madre patria.

Para llegar a Roberto Cavelier de la Sale, es preciso saltar unos cuarenta años. En este tiempo los establecimientos franceses en el Canadá adquirieron alguna importancia y se extendieron por una parte del Norte de América. Los cazadores y tramperos recorrían los bosques y cada año atraían con sus cargamentos de pieles nuevas noticias acerca del interior del continente. A éstos secundaron poderosamente en su tarea los misioneros, y en primer lugar, el padre Marquette, que extendió sus excursiones por los grandes lagos y hasta el Mississipi, haciéndose digno en particular de nuestro reconocimiento. Otros dos hombres merecen también ser conocidos por las facilidades y auxilios que prestaron a los exploradores: fueron éstos Frontenac, gobernador de Nueva Francia, y el intendente de Justicia y Policía Taln.

En 1678, llegó al Canadá sin objeto determinado Cavelier de la Sale. «Había nacido en Rouen —dice el padre Charlevoix—, de una familia acomodada, pero habiendo pasado algunos años con los jesuitas, no tuvo parte en la herencia de sus padres. De talento cultivado, quería distinguirse y se sentía con genio y valor suficientes para conseguirlo. En efecto, no le faltó ni resolución para emprender, ni constancia para seguir un negocio, ni firmeza para vencer los obstáculos, ni recursos para reparar sus pérdidas; pero no supo hacerse amar ni intimidar a los que mandaba, y en cuanto obtuvo autoridad la ejerció con dureza y altanería. Con tales defectos, no podía ser afortunado y realmente no lo fue».

Este retrato del padre Charlevoix, nos parece un poco sobrecargado de sombras, y no creemos que en él se aprecie en su justo valor el gran descubrimiento que debemos a Cavalier de La Sale, descubrimiento que no tiene semejante, no diremos igual, sino en el Río de las Amazonas, por Orellana, en el siglo XVI, y en el del Congo por Stanley, en el XIX. Es lo cierto que apenas llegó al país, La Sale comenzó con una aplicación extraordinaria a estudiar los idiomas indígenas y a frecuentar el trato de los salvajes, para ponerse al corriente de sus usos y costumbres. Al mismo tiempo recogió de los tramperos una multitud de noticias acerca de la

disposición de los ríos y de los lagos. Informó de sus proyectos de exploración a Frontenac, quien le animó y le dio el mando de un fuerte construido a la salida del lago en el San Lorenzo. Mientras esto sucedía llegó a Quebec un tal Jolyet, trayendo la noticia de que con el padre Marquette y otras cuatro personas, habían llegado a un gran río llamado el Mississipi, que corría hacia el Sur. Cavelier La Sale comprendió en seguida todo el partido que podría sacarse de una arteria de tal importancia, sobre todo si, como él pensaba, el Mississipi desembocaba en el golfo de Méjico. Era fácil poner en comunicación el San Lorenzo con el mar de las Antillas por los lagos y el Illinois, afluente del Mississipi. ¡Que maravillosos provechos iba a obtener Francia con este descubrimiento! Explicó La Sale al conde de Frontenac el proyecto que había concebido y obtuvo de él cartas de recomendación muy eficaces para el ministro de Marina. Al llegar a Francia supo La Sale la muerte de Colbert, pero entregó a su hijo, el marqués de Seignelay, que le había sucedido, los despachos de que era portador. Aquel proyecto, que parecía descansar sobre sólidas bases, no podía menos de agradar a un joven ministro, así fue que Seignelay presentó La Sale al rey, el cual mandó que le fueran expedidos títulos de nobleza, concediéndole el señorío de Catarocuy y el gobierno del fuerte que había levantado, con el monopolio del comercio en los países que pudiera descubrir.

Supo igualmente La Sale hacerse patrocinar por el príncipe de Conti, quien le pidió que le llevase consigo al caballero Tonti, hijo del inventor de la tontina, por el cual se interesaba. Ésta fue para La Sale una preciosa adquisición, porque Tonti, que había hecho la campaña en Sicilia, donde un casco de granada le había llevado una mano, era un valiente y hábil oficial que se mostró siempre muy afectuoso con él.

El 14 de julio de 1678 La Sale y Tonti se embarcaron en la Rochela, llevando con ellos unos treinta hombres, obreros y soldados, y un recoleto, el padre Hennepin, que les acompañó en todos sus viajes.

Comprendiendo que la ejecución de su proyecto exigía recursos más considerables de los que podía disponer, hizo construir La Sale un barco en el lago Erie y dedicó un año entero a recorrer el país visitando a los indios y haciendo un activo comercio de pieles, que almacenó en su fuerte del Niágara, mientras que Tonti obraba de la

misma manera en otros puntos. Por último, encontrándose su barco, el *Griffon*, en estado de hacerse a la vela, se embarcó hacia mediados de agosto del año 1679 en el lago Erie, con unos treinta hombres y tres padres recoletos, dirigiéndose a Machillimackinac. En la travesía de los lagos Saint-Clair y Hurón sobrevino una ruda tempestad que causó la deserción de una parte de su gente, que el caballero Tonti recogió e hizo seguirle. Después que llegó a Machillimackinac entró en la bahía Verde. Pero durante este tiempo sus acreedores de Quebec vendieron todo lo que poseía, y el *Griffon*, que había sido enviado cargado de pieles al fuerte de Niágara, se perdió o fue robado por los indios, pues no se ha sabido nada de él. Aun cuando la partida del *Griffon* disgustó a sus compañeros, continuó su rumbo, y llegó al río San José, donde encontró un campamento de miamis, y a donde en breve se le unió Tonti. Su primer cuidado fue construir en aquel lugar un fuerte; después atravesaron la línea que divide las aguas entre la planicie de los grandes lagos y el Mississipi, y luego ganaron el río Illinois, afluente en la orilla izquierda de este gran río. Con una pequeña tropa con la cual no podía contar aún enteramente, la situación de La Sale era crítica en medio de una nación poderosa que al principio había sido aliada de Francia pero que después se había declarado contra ella merced a la excitación de los iroqueses y de los ingleses, envidiosos éstos de los progresos de la colonia canadiense.

Era preciso entretanto atraerse a toda costa a aquellos indios que por su situación podían impedir toda comunicación entre La Sale y el Canadá, y a fin de impresionarles se dirigió a su campamento en el que había más de tres mil hombres reunidos. No llevaba más de treinta hombres, pero atravesó orgullosamente su poblado y se detuvo a alguna distancia. Los illineses, que aún no habían declarado la guerra, quedaron sorprendidos y adelantaron a su encuentro haciéndole demostraciones pacíficas. ¡Tan versátil es el carácter de los salvajes, y tanta impresión hace en ellos cualquier muestra de valor! La Sale se aprovechó sin pérdida de tiempo de sus disposiciones amistosas, y en el mismo sitio donde está su campamento levantó un pequeño fuerte que llamó de la Angustia, aludiendo a los temores que había experimentado. En él dejó a Tonti con toda su gente, y, él, inquieto por la suerte del *Griffon*, volvió con tres franceses y un indio al fuerte de Catarocuy, separado

del de las Angustias quinientas leguas. Antes de partir había enviado con el padre Hennepin a uno de los compañeros llamado Dacan con la misión de subir el río Mississipi hasta más allá del río Illinois, y si era posible hasta sus fuentes. «Aquellos dos viajeros —dice el padre Charlevoix— salieron del fuerte de Angustia el 28 de febrero, y habiendo entrado en el Mississipi se remontaron hasta los 46º de latitud Norte. Allí se vieron detenidos por un salto de agua bastante alto que tiene toda la anchura del río, y al cual el padre Hennepin dio nombre de *San Antonio de Padua*. Entonces cayeron no sé cómo en manos de los sioux, los cuales les tuvieron por mucho tiempo prisioneros».

Habiendo descubierto La Sale en su viaje de regreso a Catarocuy un nuevo sitio a propósito para la construcción de un fuerte, llamó a él a Tonti, el cual se puso inmediatamente a construirlo, mientras La Sale continuaba su camino; este fuerte fue el de San Luis. A su llegada a Catarocuy, tuvo noticias que habrían desanimado a un hombre de carácter menos templado. No solamente había perdido el *Griffon*, en el cual tenía más de
10 000
escudos en pieles, sino que un buqque que le llevaba de Francia un cargamento valuado en
22 000
francos había naufragado y sus enemigos habían esparcido el rumor de su muerte. No teniendo nada que hacer en Catarocuy y habiendo probado con su presencia que los rumores esparcidos acerca de su desaparición eran falsos, se volvió al fuerte Angustias y quedó atónito al no encontrar a nadie.

He aquí lo que había sucedido. Mientras que el caballero Tonti se hallaba ocupado en la construcción del fuerte de San Luis, la guarnición del fuerte Angustias se había sublevado, robó los almacenes y después de hacer otro tanto con el fuerte Miani, huyó a Machillimackinac. Encontrándose Tonti casi solo enfrente de los illineses sublevados contra él, a causa de las depredaciones de su gente, y pensando que no podría resistir en el fuerte Angustias con los cinco franceses que componían su guarnición, había salido de él el 11 de septiembre de 1680 retirándose a la bahía del lago Michigan. Después de haber dejado La Sale una guarnición en el fuerte de San Luis, llegó a Machillimackinac, donde encontró a

Tonti, a fines de agosto; volvieron juntos a Catarocuy, y allí se embarcaron el 28 de agosto de 1681 en el lago Erie con cincuenta y cuatro personas. Al cabo de una excursión de ochenta leguas a lo largo del río helado de los illineses, llegaron al fuerte Angustias donde las aguas libres les permitieron servirse de sus canoas. El 6 de febrero de 1682 llegó La Sale a la confluencia del Illinois y del Mississipi. Bajó el río; reconoció la desembocadura del Missouri, la del Ohio, donde levantó un fuerte; penetró en el país del Arkansas, del cual tomó posesión en nombre de Francia; atravesó el país de los natchez, donde hizo un tratado de amistad con los naturales; y, por último, el 9 de abril, después de una navegación de trescientas cincuenta leguas en una frágil barquilla, desembocó en el golfo de Méjico. Se habían realizado las previsiones tan acertadamente concebidas por Cavalier de La Sale. Inmediatamente tomó solemne posesión del país, al que dio el nombre de Luisiana, y llamó San Luis al inmenso río que acababa de descubrir.

Nada menos que año y medio necesitó La Sale para volver al Canadá. Esto no sorprende si se piensa en los muchos obstáculos sembrados en su camino. ¡Qué energía!, ¡qué fuerza de alma necesitó uno de los mayores viajeros por el que Francia puede enorgullecerse, para llevar a buen fin semejante empresa!

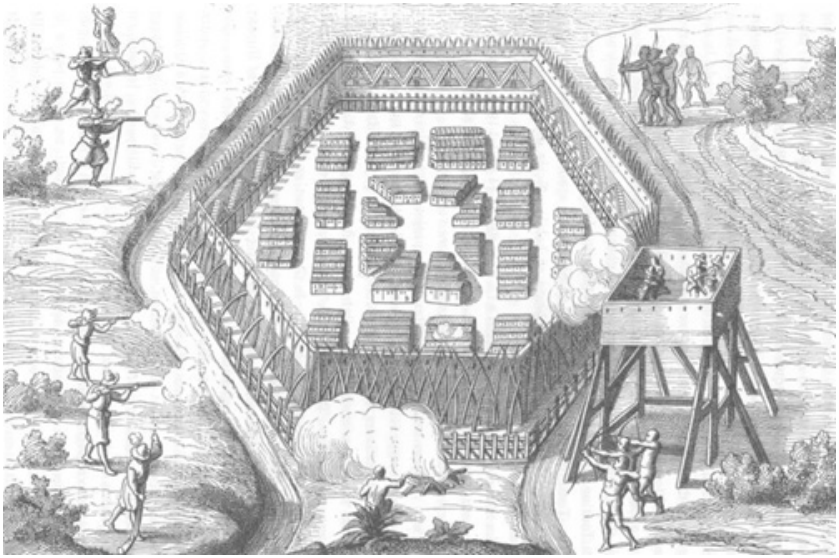
Por desgracia, Lefèvre de La Barre, que había sucedido en el gobierno del Canadá a Frontenac, hombre bien intencionado pero que se dejó prevenir contra La Sale por sus muchos enemigos, escribió al ministro de Marina que no se debían mirar los descubrimientos de este último como muy importantes. «Este viajero —decía— está actualmente con una veintena de vagabundos franceses y salvajes en el fondo de la bahía donde la echa de soberano, saquea y tiraniza a los de su nación, expone a los pueblos a las incursiones de los iroqueses, y cubre todas estas violencias con el pretexto de que Su Majestad le ha dado permiso para hacer por sí solo el comercio en los países que pueda descubrir».

«Cavalier de La Sale no podía permanecer impasible ante aquellas calumniosas imputaciones. Por un lado el honor le mandaba volver a Francia para disculparse, y por otro creía que no debía dejar a nadie que se aprovechase de sus descubrimientos. Partió, al fin, y fue muy bien recibido por el ministro Seignelay, que no había hecho gran caso de las cartas de La Barre, comprendiendo

que no se realizan grandes cosas sin herir el amor propio de alguno y sin crearse muchos enemigos. De esta buena disposición se aprovechó La Sale para exponer su proyecto de reconocer por mar la desembocadura del Mississipi, a fin de facilitar el camino a los buques franceses y de fundar allí un establecimiento. Agradó al ministro estos planes, y le dio una comisión por la cual se ponían a sus órdenes todos los, franceses y salvajes desde el fuerte San Luis del Illinois hasta el mar. Al mismo tiempo el comandante de la escuadra que le transportaba, a América estaría bajo su dependencia y le prestaría desde su desembarque cuantos socorros reclamase, siempre que no fuese en perjuicio del rey. Cuatro buques de los cuales el uno era una fragata de cuatro cañones mandada por Beaujeu, debían llevar doscientas ochenta personas, comprendidas las tripulaciones, a la desembocadura del Mississipi y formar el núcleo de la nueva colonia. Soldados y artistas fueron muy mal escogidos, según se vio después, porque ni uno solo sabía su oficio. El 24 de julio de 1684 salió de la Rochela, y poco después, tuvo que volver a entrar en el puerto, por haberse roto de pronto el bauprés de la fragata con un tiempo magnífico. Aquel inexplicable incidente, fue el punto de partida de la desinteligencia entre Beaujeu y La Sale, pues al primero no podía agradarle ser subordinado de un simple particular, lo cual no perdonaba a Cavelier; y sin embargo, nada le hubiera sido más fácil que rehusar aquél mando. En cuanto a La Sale, no tenía la afabilidad y cortesía necesarias para hacer volver a razón a su compañero. A causa de las trabas que se habían puesto a Beaujeu y a la rapidez y al secreto de la expedición, las contiendas aumentaron durante el viaje. Cuando llegaron a Santo Domingo, los disgustos de La Sale habían sido tan grandes que cayó gravemente enfermo; curó, sin embargo, y la expedición se hizo a la vela el 25 de noviembre. Un mes después estaban a la altura de la Florida, pero como habían asegurado a La Sale que en el golfo de Méjico todas las corrientes llevan al Este, no dudó que la desembocadura del Mississipi debía quedar al Oeste, error que fue causa de todas sus desgracias».

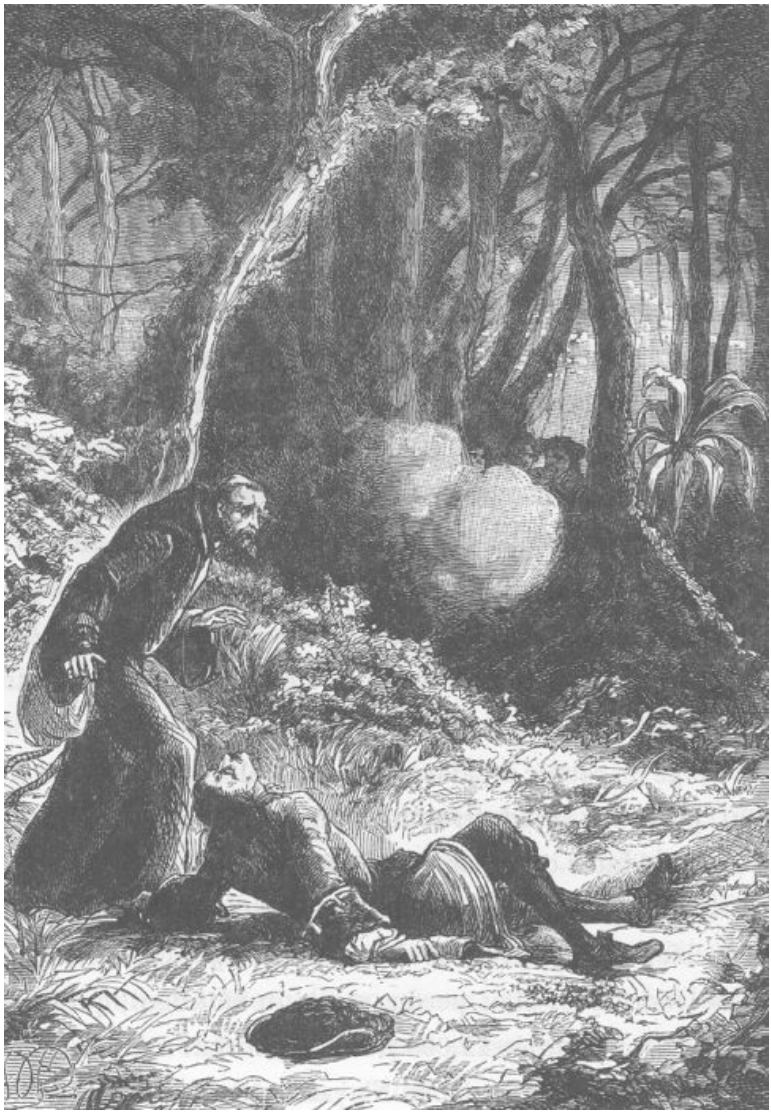
Dispuso, pues, La Sale que se dirigieran al Oeste y sin advertirlo y hasta sin querer hacer caso de algunos indicios que le rogaron advirtiese, rebasó la desembocadura del Mississipi. Cuando advirtió su error, rogó a Beaujeu que volviese atrás; pero éste no consintió

en ello, y viendo La Sale que nada podría conseguir dado el espíritu de contradicción de su compañero, se decidió a desembarcar su gente y provisiones en la bahía de San Bernardo. Pero hasta en este último acto Beaujeu empleó una mala voluntad culpable, que ha hecho muy poco honor a su juicio y a su patriotismo. No sólo se negó a desembarcar todas las provisiones, so pretexto de que algunas estaban en el fondo de la bodega y que no había tiempo para cambiar toda la estiva, sino que dio asilo a su bordo al patrón y a los tripulantes de la urca que llevaba las municiones, utensilios y herramientas necesarias para el nuevo establecimiento, los cuales, según parece, habían hecho encallar en la costa su buque con propósito deliberado. Al mismo tiempo, gran cantidad de salvajes se aprovecharon del desorden del naufragio de la urca para robar todo lo que pudieron hallar a mano. Sin embargo, La Sale, que tenía el talento de disimular sus impresiones desagradables y de encontrar en su imaginación recursos apropiados a las circunstancias, mandó que se levantara el establecimiento. Para animar a sus compañeros, muchas veces puso mano a los trabajos, pero éstos adelantaban muy lentamente a causa de la ignorancia de los obreros. En breve, habiéndole llamado la atención la semejanza que había entre el lenguaje y las costumbres de los indios de aquellos sitios con los del Mississipi, se persuadió de que no estaba muy lejos de este río, e hizo muchas excursiones para llegar a él; pero si encontró un país hermoso, fértil no era, por más que se adelantó, el que buscaba.



Cada vez volvía al fuerte más sombrío y más duro, y ciertamente no era éste el medio de restablecer la calma en aquellos caracteres avinagrados por los sufrimientos y la ineficacia de sus esfuerzos. Se había sembrado granos, pero casi nada había nacido por falta de lluvias, y lo único que brotó fue asolado por los salvajes y por las fieras. Los cazadores que se alejaban del campamento eran asesinados por los indios, y las enfermedades encontraban una presa fácil en aquellos hombres debilitados por el cansancio, la pena y la miseria. En poco tiempo el número de colonos se redujo a siete. Finalmente, resolvió intentar un último esfuerzo para llegar al Mississipi, y bajando este río encontrar recursos entre las naciones con las que había hecho alianza. El 12 de enero de 1687 partió con sus hermanos, sus sobrinos, dos misioneros y doce colonos. Hallábanse próximos al país de los cenis, cuando, a consecuencia de un altercado entre uno de sus sobrinos y tres de sus compañeros, asesinaron éstos al joven y a su criado mientras dormían y resolvieron hacer otro tanto con el jefe de la expedición. Inquieto La Sale por no ver llegar a su sobrino, marchó en su busca, el 19 por la mañana, con el padre Anastasio. Los asesinos, viéndole acercarse, se emboscaron en un matorral y uno de ellos le descargó un tiro de fusil en la cabeza, dejándole muerto en el acto. Así murió Roberto Cavelier de La Sale, «hombre de una capacidad —dice el padre Charlevoix— de un gran talento, de un valor y de una firmeza de

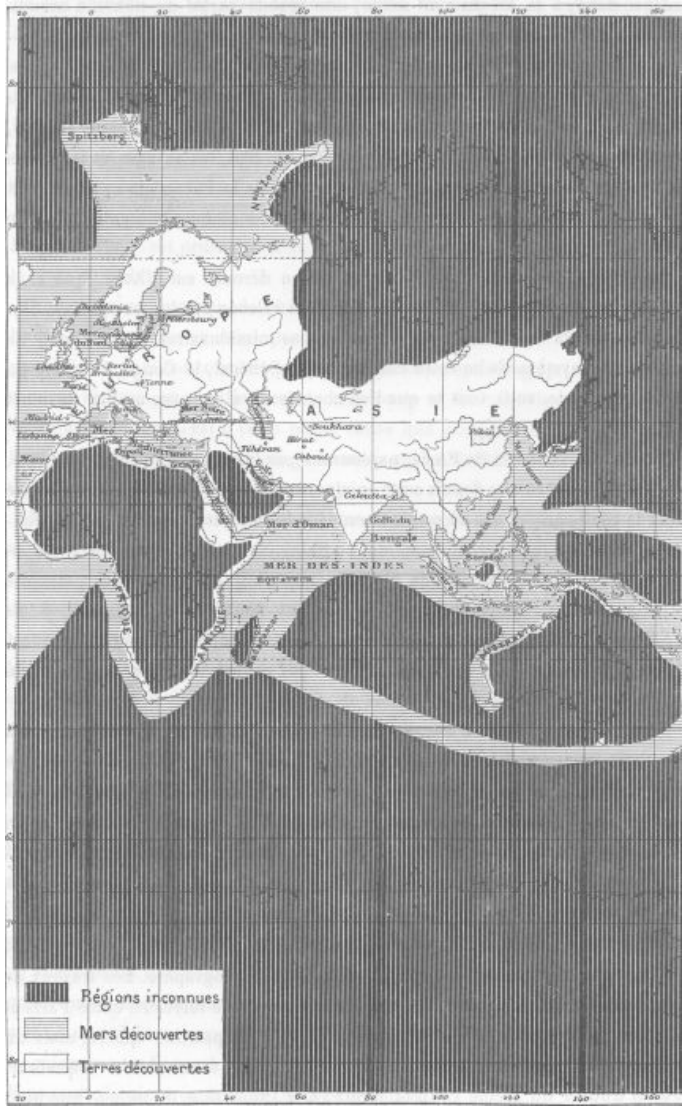
alma que habrían podido llevarle a hacer grandes cosas si, con tan buenas cualidades, hubiera sabido dominar su carácter sombrío y atrabiliario y ceder en su severidad, o mejor, en la rudeza de su natural…». Contra él se habían esparcido muchas calumnias, pero es preciso oír con reserva estos rumores maliciosos, pues «es muy general exagerar los defectos de los desgraciados y hasta imputarles los que no tienen, sobre todo cuando han dado lugar a su infortunio o cuando no han sabido hacerse amar. Lo que hay de más triste para la memoria de este hombre célebre es que fue llorado por muy pocas personas, y que el mal éxito de sus empresas (de la última solamente) le ha dado un cierto aspecto de aventurero para aquellos que no juzgan más que por las apariencias. Desgraciadamente los que juzgan así son el mayor número y, en cierto modo, la voz pública».



Poca cosa tenemos que añadir a tan elocuentes frases. La Sale no supo hacerse perdonar su primer éxito. Ya hemos dicho que por una serie de circunstancias fracasó su segunda empresa, y puede decirse que murió víctima de la envidia y de la mala voluntad del caballero Beaujeu. A esta pequeña causa se debe que no hayan podido los franceses fundar en América una colonia poderosa que en breve se hubiera encontrado en estado de competir con los establecimientos

ingleses.

Hemos referido los comienzos de las colonias inglesas. Los sucesos que después ocurrieron en Inglaterra les fueron muy favorables. Las persecuciones religiosas, las revoluciones de 1648 y de 1688, hicieron afluir en ellas gran número de emigrantes que, animados de un excelente espíritu, comenzaron a trabajar y transportaron al otro lado del Atlántico las artes, la industria y en poco tiempo la prosperidad de la madre patria. En breve los inmensos bosques que cubrían el suelo de la Virginia, de la Pensilvania y de la Carolina, cayeron bajo el hacha del *squatter*, y fueron roturados y sembrados, mientras que los corredores de los bosques, rechazando a los indios hacia el interior, hacían que el país fuera mejor conocido y preparaban la obra de la civilización.

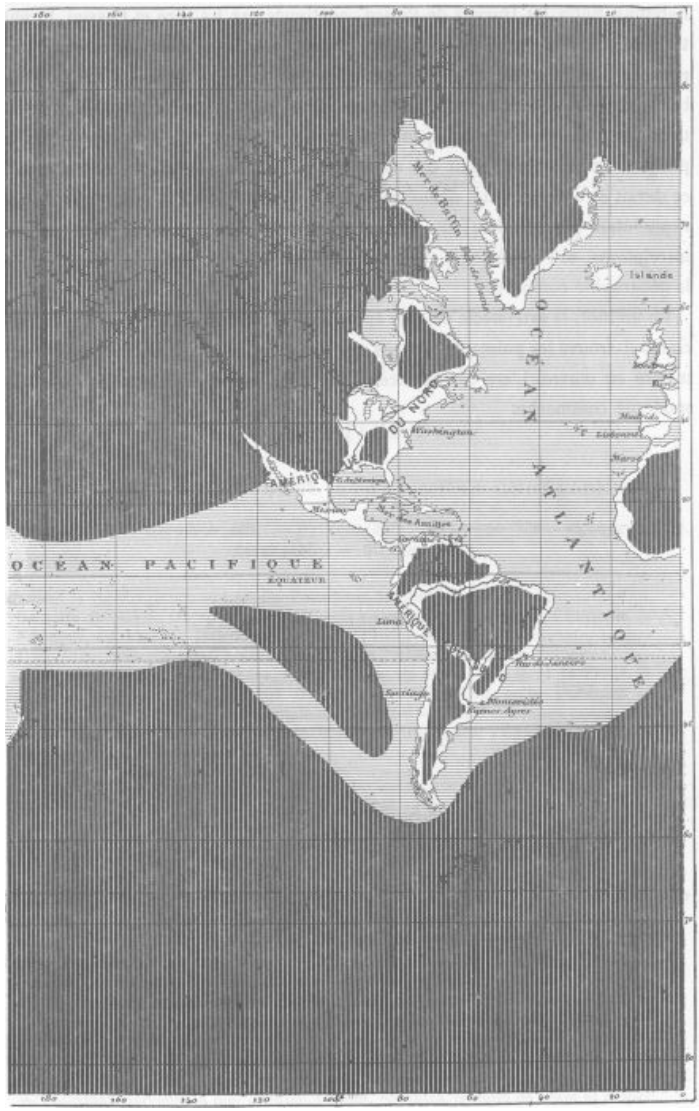


De un modo distinto ocurrían las cosas en Méjico, en toda la América central, en el Perú, en Chile, y en las costas del Atlántico. Los españoles habían extendido sus conquistas; pero, lejos de trabajar como los ingleses, habían reducido los indios a la esclavitud; en lugar de dedicarse a los cultivos propios a la variedad de los climas y a los países de que se habían apoderado, sólo buscaban en el producto de sus minas las fuentes de prosperidad

que debieron haber pedido a la tierra. Si un país puede llegar de este modo rápidamente a obtener una prodigiosa riqueza, un régimen tan ficticio no tiene más que una época. Con las minas no tarda en agotarse una prosperidad que no se renueva, y los españoles debían hacer esta triste experiencia.

Así, pues, a fines del siglo XVn se conocía una gran parte del Nuevo Mundo.

En la América del Norte se habían reconocido o colonizado el Canadá, las costas del Océano Atlántico y del golfo de Méjico, el valle de Mississipi, las costas de la California y el Nuevo Méjico. Todo el centro del continente, a partir desde el río del Norte hasta Tierra Firme, estaba sometido a lo menos nominalmente a los españoles. En el Sur, aun se ocultaban a las miradas de los exploradores las sabanas y bosques del Brasil, las pampas de la Argentina y el interior de la Patagonia. Tenía que pasar mucho tiempo aún antes de que se conociesen.



En el África, había sido pacientemente seguida y descrita por los navegantes la larga línea de costas que se desarrolla en el Atlántico y el mar de las Indias. Sólo en algunos puntos habían intentado los colonos o los misioneros penetrar el misterio de este vasto continente. El Senegal, el Congo, el valle del Nilo y la Abisinia era todo lo que se conocía con algunos detalles y certeza.

Aunque los países del Asia recorridos por los viajeros de la Edad

Media, no habían sido visitados desde aquella época, se había explorado cuidadosamente toda la parte interior de este continente; la India nos era conocida, y aun en ella habíamos fundado algunos establecimientos; nuestros misioneros recorrían la China; y el Japón, aquel famoso Cipango, que tan poderoso atractivo ejerció sobre los viajeros del siglo precedente, nos era al fin conocido. Sólo la Siberia y todo el ángulo nordeste del Asia habían escapado a nuestras investigaciones, y se ignoraba todavía si América no estaba unida al Asia, misterio que en breve debía ponerse en claro. En la Oceanía quedaban aún por descubrir numerosos archipiélagos, islas o islotes aislados, pero las islas de la Sonda estaban colonizadas; se habían reconocido en parte las costas de la Australia y de la Nueva Zelanda y se empezaba a dudar de la existencia de aquel gran continente austral que, según Tasman, se extendía desde la Tierra del Fuego a Nueva Zelanda, pero fueron necesarios aún los largos y minuciosos reconocimientos de Cook, para relegar definitivamente al dominio de la fábula una quimera por tanto tiempo acariciada.

Hallábase la geografía a punto de transformarse; íbanse a aplicar a ella los grandes descubrimientos hechos en astronomía, y los trabajos de Fernel, y sobre todo de Picard, acerca de la medida de un grado terrestre entre París y Amiens, permitían ya saber que el globo no es una esfera, sino un esferoide; es decir, una bola aplastada en los polos y abultada en el Ecuador. Esto equivalía a encontrar de una vez la forma y dimensión del mundo que habitamos. Por último, los trabajos de Picard, continuados por La Hire y Cassini, se terminaron a principios del siglo siguiente. Las observaciones astronómicas que por el cálculo de los satélites de Júpiter se habían hecho ya posibles, permitían la rectificación de nuestras cartas. Esta rectificación que se había ya verificado en algunos sitios, se hizo indispensable desde que aumentó considerablemente el número de los puntos cuya posición astronómica había sido observada, y ésta fue la obra del siglo siguiente. Al mismo tiempo se estudió más la geografía histórica, que empezaba a tomar por base el estudio de las inscripciones, y la arqueología, que debía llegar a ser uno de los instrumentos más útiles de la geografía comparada.

En una palabra, el siglo XVII es una época de transición y de progreso; busca y encuentra los poderosos medios que su sucesor, el

siglo XVIII, debía poner en obra. La era de las ciencias acaba de abrirse, y con ella comienza el mundo moderno.

FIN

JULES VERNE. Jules Gabriel Verne (Nantes, 8 de febrero de 1828 – Amiens, 24 de marzo de 1905), conocido en los países de lengua española como Julio Verne, fue un escritor francés de novelas de aventuras. Es considerado junto a H.
G. Wells
uno de los padres de la ciencia ficción. Es el segundo autor más traducido de todos los tiempos, después de Agatha Christie, con 4185 traducciones, de acuerdo al *Index Translationum*. Algunas de sus obras han sido adaptadas al cine. Predijo con gran exactitud en sus relatos fantásticos la aparición de algunos de los productos generados por el avance tecnológico del siglo XX, como la televisión, los helicópteros, los submarinos o las naves espaciales. Fue condecorado con la Legión de Honor por sus aportes a la educación y a la ciencia.